

GABINETE DE ARQUEOLOGÍA

Boletín no. 8, año 8, 2010



**Evidencias arqueológicas
de aborígenes de La Florida
en La Habana: siglos XVII y XVIII**



**Arqueología
Subacuática en Cuba.
Reseña histórica**

**El desarrollo urbano
de Bejucal
en el siglo XIX**

**La gubia: artefacto
por antonomasia de
los aborígenes de Cuba**



GABINETE DE ARQUEOLOGÍA

Director General: Dr. Eusebio Leal Spengler
Dirección Editorial: Roger Arrazcaeta Delgado
Edición: Marietta Suárez Recio
Comité Editorial: Antonio Quevedo Herrero, Carlos A. Hernández Oliva, Ivalú Rodríguez Gil, Lisette Roura Álvarez, Lic. Carmen Lezcano Montes, Lic. Rebecca O. Linsuaín, Daniel Vasconcellos Portuondo y Osvaldo Jiménez Vázquez.
Consejo Científico: Dr. Eusebio Leal Spengler, MSc. César García del Pino, Lic. Raida Mara Suárez Portal, Dra. Lourdes Domínguez González, Dr. Gabino La Rosa Corzo, Dra. Raquel Carreras Rivery, MSc. Alfredo Rankin Santander, MSc. Roberto Valcárcel Rojas, Dr. David R. Watters, Dr. Pedro Paulo A. Funari, Dra. Theresa Ann Singleton y Dr. Antonio Tejera Gaspar.
Asesoría: Lic. Pedro Juan Rodríguez
Traducción: Raúl Mesa Morales
Diseño: Themis García Ojeda
Fotografía: Francisco F. Navarrete Quiñonez y Lic. Néstor Martí Delgado
Colaboradora: Alina L. Velásquez Margüenda

Los autores de los artículos asumen la responsabilidad de sus criterios

Correspondencia y canje

Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, Tacón no. 12, entre O'Reilly y Empedrado, La Habana Vieja, Código Postal 10 100, Ciudad de La Habana, Cuba

Telfs. 861-4469 y 860-4298

E-mail gabinete@arqueologia.ohch.cu
roger@arq.patrimonio.ohc.cu

Esta es una publicación del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana

Imagen de la cubierta: Recipiente de *Busycom perversum* del siglo xvii tardío, cultura calusa, hallado en la iglesia de Paula en La Habana Vieja; Pecio Sánchez Barcaítegui, hundido en la bahía de La Habana en 1895; estación de ferrocarril de Bejucal, reconstruida en 1882; gubias de conchas, artefacto típico de las culturas preagroalfareras de Cuba.

ISSN: 1680-7693

La Habana Vieja es un referente destacado de la integración entre restauración-rehabilitación del patrimonio arquitectónico, y de proyecto económico-social en beneficio de la comunidad; este hecho palpable se ha reconocido en la esfera profesional y por diferentes premios nacionales e internacionales. Además de esa labor de praxis, una parte del éxito está sustentada en una vehemente actividad científica y educativa, propugnada día a día por las instituciones que agrupa la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

El resultado obtenido por la Oficina, con la creación de un Gabinete de Arqueología para la investigación del pasado colonial, a través del estudio de la cultura material, no solo ha permitido la recuperación de algunos rasgos del acervo arqueológico habanero, sino también la interpretación y reconstrucción de la vida ciudadana en distintos segmentos de tiempo de la vieja capital.

Lo mejor es que estos estudios arqueológicos no se han quedado guardados en archivos o circunscritos a la sabiduría de una élite científica, sino que están asequibles al gran público en los museos, sitios arqueológicos exhibidos e inmuebles restaurados, también son divulgados en la prensa radial, televisiva y escrita del país. La conciencia y el compromiso social que nos hemos construido en más de veinte años de labor ininterrumpida del Gabinete, nos permite desarrollar el trabajo en dos vertientes esenciales: la investigación pura para generar conocimientos tributarios a la ciencia arqueológica e histórica, y la traducción de esos resultados en una interpretación asequible y transferible a la población cubana.

En los últimos años, al trabajo de investigación arqueológica del patrimonio colonial desarrollado en La Habana y Trinidad, se han sumado Santiago de Cuba, Bayamo, Camagüey y Cienfuegos, donde las respectivas Oficinas del Historiador o Conservador de esas ciudades han tomado como modelo la estructura organizativa y la experiencia de la Oficina del Historiador de La Habana, y en particular la de su Gabinete de Arqueología. Seguramente los estudios que desplieguen estas entidades nos permitirán tener una comprensión más unitaria y coherente de nuestra herencia histórica, facilitarán el análisis comparativo entre las urbes y permitirán trazar estrategias conjuntas de investigación.

Con todo, esperamos que este nuevo número del boletín contribuya al desarrollo de la ciencia arqueológica en Cuba, y que sus escritos produzcan novedosos conocimientos y debates científicos, tanto para nacionales como para extranjeros.

DIRECTOR EDITORIAL

Contenido

ARQUEOLOGÍA

Evidencias de aborígenes de La Florida en La Habana: siglos xvii y xviii /
Osvaldo Jiménez Vázquez y Roger Arrazcaeta
Delgado / 4

La Arqueología Histórica en el estudio de la resistencia esclava / Gabino La Rosa Corzo / 15

Botijas españolas del monasterio de Santo Domingo, La Antigua Guatemala / Clive Carruthers / 21

Arqueología Histórica en Puerto Cabello, Venezuela / Lisette Roura Álvarez / 38

Excavaciones en La Dionisia: Arqueología Histórica en una plantación cafetalera /
Odlanyer Hernández de Lara / 46

Arqueología Subacuática en Cuba. Reseña histórica / Alessandro López Pérez y Mónica Pavía Pérez / 56

La conservación de los cañones de San Salvador de La Punta / Manuel Rolando Almeida Estévez / 67

Valle de los Ingenios. Excepcional patrimonio industrial de Cuba / Roger Arrazcaeta Delgado, Alfredo Rankin Santander, Lisette Roura Álvarez y Javier Rivera / 70

La gubia: artefacto por antonomasia de los aborígenes de Cuba / Gerardo Izquierdo Díaz, Roberto Valcárcel Rojas y Ulises M. González Herrera / 91

Arqueología del sitio Bacuranao I / Jorge F. Garcell Domínguez / 99

Sexo y fecundación mágica entre los aborígenes de Jagua / Marcos Evelio Rodríguez Matamoros / 113

El petroglifo de la cueva de Waldo Mesa, Holguín, Cuba. Reconstrucción histórico-documental / Racso Fernández Ortega, Divaldo A. Gutiérrez Calvache y Victorio Cué Villate / 124

PENSAMIENTO arqueológico

Nazismo, fascismo y “vichismo”: la Historia y la Arqueología al servicio de los regímenes autoritarios de Europa / Glaydson José da Silva / 135

RETROSPECTIVA

Cuba Precolombina: Sus habitantes y su historia / Felipe Pichardo Moya / 143

HISTORIA

El desarrollo urbano de Bejucal en el siglo xix / Dania Lunar Jiménez / 160

Un pícaro, gran almirante de las Indias / César García del Pino / 171

Puerto Cabello y La Habana: dos ciudades, una historia / Lisette Roura Álvarez / 173

Las ermitas de Nuestra Señora de la Candelaria de La Popa en Cartagena de Indias y la de Trinidad en Cuba / Nelson Melero Lazo / 177

PINTURA MURAL

Tres décadas de un stacco. Restauración de un testigo patrimonial / Sandra Páez Rosabal, Yanira Arteaga Romero, Aida C. Núñez Miranda y Yamir Chig Bello / 189

CATÁLOGO HABANERO

Sandra Páez Rosabal y Yanira Arteaga
Romero / 196

PERSONALIDADES

Juan Antonio Cosculluela y Barreras: El mito
de la ciénaga / Michael Sánchez Torres / 198

NUESTRA COLECCIÓN

Botones en la Tercera Orden de San
Francisco de Asís / Eduardo Martell Ruiz,
Ernesto Acuña Rico y Yanisley Rodríguez
Companioni / 205

BIBLIOTECA

Kenia Chinique Cruz / 210

BREVES del boletín

Jorge Brito Niz *in memoriam* / Carlos A.
Hernández Oliva / 211

Arqueología en un medio tren francés o
jamaicano / Jorge F. Garcell Domínguez / 213

Bicentenario del arqueólogo Charles Darwin /
Fernando Ortega Sastriques / 215

Labores arqueológicas en el antiguo
Convento Santa Teresa de Jesús / Yoao
Hidalgo Navarro / 216

Hallazgos bajo el Teatro Martí / Roger
Arrascaeta Delgado, Osvaldo Jiménez
Vázquez, Lázaro R. Rodríguez Matos y

Eduardo Martell Ruiz / 218

Plantas epilíticas asociadas a los sillares
constructivos del castillo de Atarés / Rubén
Cabrera García / 219

Hallazgo de una piedra litográfica en un sitio
arqueológico / Alexander Manuel Pérez
Almira / 221

Coloquio Internacional de Arqueología y
Simposium Internacional de Arte Rupestre /
Dany Morales Valdés y Liamne Torres
La Paz / 222

Curso de Arqueología Subacuática /
Fernando Padilla González / 224

Jornada Científica del Instituto Cubano de
Antropología en homenaje a Enrique M.
Alonso / Yanelis Cordero Cabrera / 225

Curso de Técnicas de Arqueología de
Salvamento / Liamne Torres La Paz y Dany
Morales Valdés / 227

Buscadores de fósiles / Jorge Isaac
Mengana / 228

DE LOS AUTORES / 229

Normas editoriales / 231



Evidencias de aborígenes de La Florida en La Habana: siglos xvii y xviii

Por: Osvaldo Jiménez Vázquez y Roger Arrazcaeta Delgado

RESUMEN

Desde los años sesenta del siglo xx se vienen realizando hallazgos de artefactos de conchas de moluscos marinos del género *Busycon* en sitios arqueológicos de La Habana Vieja. La distribución geográfica de este género, la tipología de los artefactos y la cronología de los contextos donde se descubrieron sugieren que eran elementos foráneos en nuestra ciudad en época colonial. Este artículo reúne la información de once nuevos sitios, con lo cual aumenta la cifra total de los reportados en La Habana hasta dieciocho, y el número de piezas llega a veinticinco, correspondientes a las especies *Busycon perversum*, la más común, *Busycon carica* y *Busycon spiratum*. Asimismo, se postula la hipótesis de que los artefactos corresponden tipológicamente a vasijas o cucharones fabricados por la cultura calusa del suroeste de La Florida, o por grupos sometidos a estos.

ABSTRACT

Since the 1960's of the 20th century, artifacts made out of seashells from the *Busycon* genus have been found in archaeological sites in Havana's historic center. The geographical distribution of this genus, the typology of artifacts and the chronology of contexts where they were found suggest they had been imported in colonial times. This paper gathers information on eleven new sites, thus increasing the figure to eighteen and the number of pieces to twenty-four corresponding to the species *Busycon perversum* (the most frequent), *Busycon carica* and *Busycon spiratum*. Likewise, it is put forward that typologically, the artifacts match vessels or ladles made by the Calusas from Southwest Florida or groups under their rule.

Introducción

La Villa de San Cristóbal de La Habana, en su segundo y definitivo emplazamiento septentrional, fue un punto de gran importancia para las Américas, sobre todo después del establecimiento en firme del sistema de flotas y armadas en 1561 (Marrero, 1974: 148). Aquí convergía gente de diversos orígenes, constituyendo la sociedad habanera desde el propio siglo xvi un muestrario de etnias, coincidiendo en la procreación los blancos, los africanos y los indios (Le Riverend, 1960: 56). Esta situación social se mantuvo a lo largo de todo el período colonial. En referencia a los aborígenes, en La Habana estuvieron representadas diversas naciones, entre ellas los "naturales" de Cuba, de Campeche y La Florida. De estos últimos, entre los inicios del siglo xvi y hasta el año 1823, llegaron a La Habana aborígenes de los pueblos calusa, timucua, creek, jove, miami, tancha, muspa, rioseco (o Jeaga), yamasee e indios de Georgia (Worth, 2004: 1, 5, 6, 8 y 9). Una interesante evidencia material de la estancia de aborígenes de La Florida en nuestra ciudad es la constituida por el hallazgo de vasijas elaboradas en conchas de tres especies de moluscos del género *Busycon* (Röding, 1758), las cuales han aparecido desde los años sesenta del pasado siglo y hasta 2008 en dieciocho sitios arqueológicos del área urbana de La Habana Vieja. Sobre su presencia en estos contextos históricos se han considerado dos hipótesis, las cuales trataremos de dilucidar con el auxilio de la información arqueológica e histórica.

Discusión

¿Cómo llegaron a La Habana los recipientes de *Busycon*?

Se han postulado dos hipótesis:

1. Leandro Romero (1995: 141), quien primero prestó atención a este asunto, estimó que estos materiales, y ciertos fragmentos de cerámicas, eran evidencias de las relaciones existentes entre los aborígenes de La Florida y la villa de La Habana desde la segunda mitad del siglo xvi, y consideró, además, que las vasijas habían sido utilizadas como achicadores durante las travesías entre La Florida y La Habana a bordo de canoas (comunicación personal a Roger Arrazcaeta, 1990).

2. Por su parte, Pérez *et al.* (2007: 6) consideran, en referencia particular a los moluscos, que posiblemente formaban parte de la cultura material de los aborígenes cubanos, tomando en cuenta que la tecnología de elaboración de estas vasijas era análoga a la utilizada por algunas culturas precolombinas de Cuba.

De estas dos hipótesis, consideramos que la primera presenta argumentos científicos de mayor valor. A continuación exponemos nuestros criterios:

Taxonomía y análisis tipológico

Los moluscos sobre cuyas conchas se elaboraron los artefactos corresponden al género *Busycon*, siendo *Busycon perversum* (Linné, 1758) la especie más utilizada (91 % de los casos); esta forma es nativa del sudeste de Norteamérica, encontrándose desde New Jersey hasta México y nunca se ha registrado en el Caribe, aunque existe un reporte (Smith, 1937) que es erróneo. Por excepción, dos piezas fueron trabajadas en *Busycon spiratum* (Lamarck, 1816) y *Busycon carica* (Gmelin, 1791), la primera distribuida desde Carolina del Norte hasta Texas y la otra, desde la costa sur de Cabo Cod hasta Cabo Cañaveral, Florida.

Las veinticuatro conchas estudiadas muestran evidencias de modificación para su uso como recipientes. En general, la tecnología empleada consistió en la extracción de la columela y la eliminación de parte del labio interno (figura 2).

Además, algunas piezas muestran otras modificaciones intencionales. En siete casos (Casa de la Obrapía, Maestranza de Artillería, Iglesia de Paula, Casa Prat Puig, Oficios 212, Muralla de Mar, Teatro Martí), cierta área del labio externo fue rebajada probablemente con el objetivo de no dañar la boca al ingerir líquidos. En dos ejemplares (Muralla de Mar y Habana 620) se observa un agujero abierto por percusión en la última vuelta por la cara ventral, quizás con el fin de extraer el molusco para consumirlo.

Otras dos piezas (Hotel Saratoga, Casa Prat Puig), muestran agujeros en la cara dorsal; en la primera pieza la perforación es grande y circular (± 56 mm), mostrando en los bordes claras huellas de rebajado; en el otro caso el agujero es rectangular (longitud 25 mm; ancho 8 mm) y fue abierto por percusión, los bordes muestran las huellas del impacto (figura 3).

La ubicación dorsal de estos agujeros parece coincidir con una práctica conocida entre los indios calusas

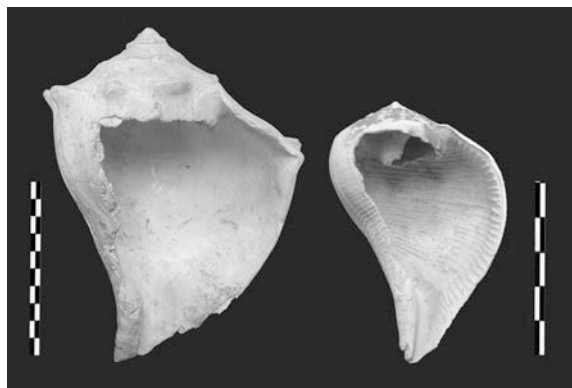


Fig. 1. Recipientes, *Busycon spiratum*, Casa Cuna, a la derecha; *Busycon carica*, Casa de la Obrapía, a la izquierda, Habana Vieja.

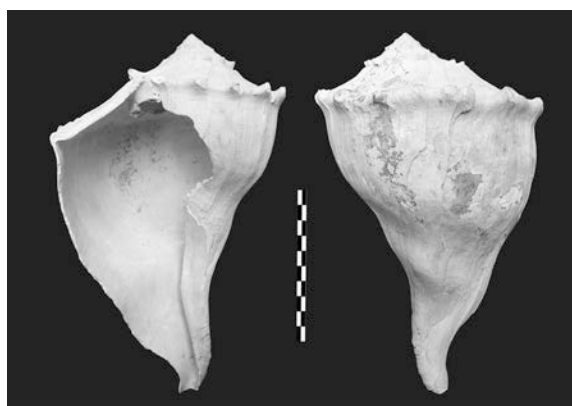


Fig. 2. Recipiente, *Busycon perversum*, vista ventral y dorsal, Convento de Santa Teresa, Habana Vieja.

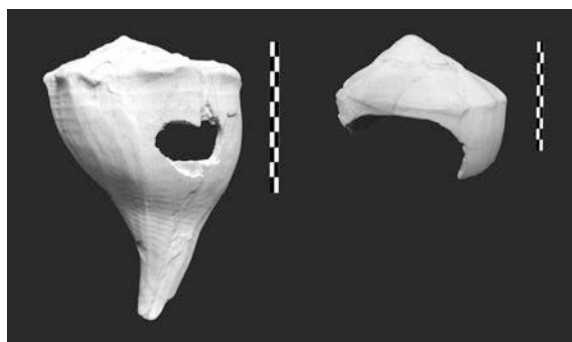


Fig. 3. Recipientes *Busycon perversum*, con agujeros dorsales; en Hotel Saratoga, a la derecha, y Casa Prat Puig, a la izquierda.

ARQUEOLOGÍA

del sureste de La Florida, quienes perforaban las vasijas para inutilizarlas pues mataban así el espíritu que habitaba en ella, lo que se hacía cuando moría su dueño (Blanchard y Marquardt, 1989: 13).

En siete piezas (Hotel Saratoga, Convento de Santa Teresa, Casa Cuna, Mercaderes 162, Maestranza de Artillería y solar en San Ignacio 64) se observa el pulimento de toda la superficie externa de las conchas. Tres de estas piezas (figura 4; Convento de Santa Teresa, Casa Cuna y Maestranza de Artillería) muestran un pulimento y rebajado excepcional que ha hecho desaparecer todas las irregularidades, incluso los tubérculos.

Estos recipientes parecen ser copas ceremoniales empleadas en el consumo de la "bebida negra" (cassee-na o casina para los españoles), una bebida a manera de té cafeinado que se obtenía hirviendo las hojas del Yaupon Holly (*Ilex vomitoria*), planta aquifoliácea muy común en el sudeste de los Estados Unidos.¹ Los recipientes de concha para el consumo ritual de la bebida negra fueron usados por diferentes tribus norteamericanas desde cerca del año 1000 AD hasta al menos los años 1500 AD. En La Florida, la ceremonia de la bebida negra fue practicada, entre otros, por los ais (Andrews y Andrews, 1945) y calusa. Un testimonio de su uso entre los calusa lo encontramos en el libro *Llanto sagrado de la América Meridional*, escrito por el misionero agustino fray Francisco Romero en 1693. Este monje cuenta que de paso por La Habana tuvo en

sus manos una misiva enviada por el jefe calusa Carlos al obispo Compostela, en la cual le reiteraba su disposición, y la de sus vasallos, a convertirse al catolicismo:

"...parecía no aseguraba del todo sus ofertas si no hacía alguna demostración de las que tienen en sus rústicas políticas fuerza y vínculo, y buscando entre ellas la que más le aseguraba, pensó era la más competente enviar la copa en que bebía la casina (yerba que por sana, la usa de continuo toda La Florida) era alhaja, que aunque basta y sin curiosidad, esmaltada de ámbar, la veneraban sus vasallos con respeto de vaso sagrado."

La copa mencionada en el texto era presumiblemente un recipiente de concha de *Busycon*, el cual había sido pulimentado cuidadosamente hasta adquirir la apariencia de estar "esmaltado de ámbar".

Los recipientes ceremoniales encontrados fuera de la Florida presentan grabados muy elaborados, como se aprecia en un ejemplar procedente del montículo Spiro, Oklahoma (figura 5).

En el montículo Spiro y en Moundville, Alabama, se han obtenido, además, varios recipientes que conservaban anillos de residuos oscuros en su interior, sugiriendo que estos fueron usados para los rituales en que se ofrecía la bebida negra. En los ejemplares de recipientes ceremoniales de la Maestranza de Artillería y la Casa Cuna, también se observan estos anillos de residuos.

Con la excepción de los probables recipientes ceremoniales antes mencionados, los restantes constituyen

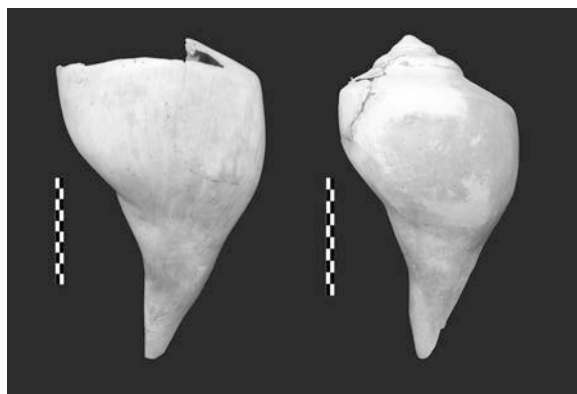


Fig. 4. Recipientes ceremoniales, *Busycon perversum*; Casa Cuna a la derecha, Maestranza de Artillería a la izquierda, Habana Vieja.



Fig. 5. Recipiente ceremonial con grabado en el dorso, *Busycon perversum*; montículo Spiro, Oklahoma, Estados Unidos; a su lado un bivalvo que contiene hojas de Yaupon Holly (*Ilex vomitoria*).

¹ http://wikipedia.org/wiki/Black_drink#Cassina_use_by_the_ais.

vasijas de uso común, muy similares tipológicamente a los "cucharones/vasijas" estudiados por Marquardt (1992: 216), los cuales corresponden a los pueblos indios del suroeste de La Florida, quienes explotaron intensamente como materia prima las gruesas conchas de los grandes moluscos gasterópodos *Busycon* y *Pleuroploca* (Kiener, 1840).

Varias imágenes de los artefactos de La Habana Vieja fueron enviadas a John Dietler (Departamento de Antropología, Universidad de California), quien se especializa en el estudio de la industria de la concha de los aborígenes del sur de La Florida. Este considera que todos los artefactos son recipientes tipo cucharones, y coinciden con las tipologías 1 y 2A de vasijas descritas por Luer (2002: 145), por lo cual es muy probable que estas tuvieran su origen en la región arqueológica Caloosahatchee o fueran elaboradas por algún pueblo afín a los calusa. Las vasijas estudiadas por este autor proceden de la excavación de un montículo sepulcral de arena nombrado "Aqui Esta", localizado al norte de Fort Myers, Florida, y fechado entre los años 1000 y 1200 AD. Este contiene restos humanos, vasijas de cerámica y unas cuarenta conchas de *Busycon* perforadas en su mayoría por la cara opuesta a la apertura natural debido, presumiblemente, a que fueron "muertas" ceremonialmente antes de ser enterradas. Precisamente en este último tipo de contexto arqueológico es donde son más frecuentes, en los Estados Unidos, los hallazgos de estos recipientes. Los estudios de Luer indican que durante este período de tiempo existieron en el suroeste de La Florida dos o tres formas diferentes de vasijas de concha.

Respecto a las vasijas con la superficie externa altamente pulida, este especialista plantea que sólo conoce un ejemplar de La Florida, el cual fue encontrado por Frank H. Cushing en Cayo Marco en 1896 (figura 6). Sin embargo, fuera de esta región son más frecuentes. Por último, John Dietler considera que el hallazgo de una vasija elaborada en una concha de *Busycon spiratum* es raro ya que esta especie exhibe una concha fina y de pequeño tamaño (77-102 mm), que no se presta para usarse como vasija, y nunca ha visto en La Florida un ejemplar hecho con esta especie.

Además del criterio tipológico, otras evidencias dan valor a la hipótesis que defendemos. Una de ellas es la concentración de los sitios en que han aparecido estos artefactos, en La Habana Vieja, excepto uno próximo al Complejo Agroindustrial Manuel Martínez Prieto, mu-



Fig. 6. Recipiente muy pulido, *Busycon perversum*; recolectado por Frank H. Cushing en un montículo en Cayo Marco, Florida, en 1896.

nicipio Boyeros, Ciudad de La Habana, en el cual se encontró un fragmento de *Busycon perversum* sin evidencias de modificación antrópica (Crespo y Jiménez, 2004: 71). Este resto fue relacionado con testimonios aborígenes precolombinos recolectados en la misma área, sin embargo, tal asociación no es confiable, pues el lugar del hallazgo estaba muy alterado y las evidencias se encontraban mezcladas con abundantes restos de cerámicas históricas de los siglos XVIII y XIX (Crespo et al., 1994: 45).

Un último criterio se basa en la cronología de los contextos que ha sido posible fechar, enmarcada entre finales del siglo XVII y primera mitad del XVIII.

Argumentos históricos

Las relaciones de La Habana con La Florida, en tiempos históricos, se iniciaron en el año 1513 con la llegada a la península del conquistador español Juan Ponce de León (Romero, 1995: 141).

A partir de esta fecha se produjo un trasiego eventual de indios floridanos hacia Cuba, el cual incluyó indios del sur (Worth, 2003). En el año 1569, Pedro Menéndez de Avilés creó en La Habana lo que pudiéramos llamar el primer colegio jesuita interindiano, destinado a educar a niños y jóvenes indios de la vecina Florida (Marrero, 1974: 392). Sin embargo, los indios del sur de la Florida y los cayos adyacentes, en particular los calusa, permanecieron recelosos y resistentes ante los españoles por más de ciento setenta y cinco años. A fines del siglo XVII, los pescadores

ARQUEOLOGÍA

habaneros, en particular los tortugueros, habían establecido buenas relaciones con los indios matacumbes que ocupaban la cayería que se prolonga a partir de la extremidad meridional de La Florida, desde Cayo Largo hasta Cayo Hueso, llamados entonces en su totalidad Cayos de los Mártires (figura 7).

Muchos de estos indios aprendieron español y en la década de los setenta del siglo XVII venían a La Habana a trocar algunos de sus productos, particularmente ámbar. A través de los "indios de los cayos" hubo contacto con los calusa e informada la Corona pidió, hacia 1680, al obispo García de Palacios que buscara en Cuba eclesiásticos dispuestos a organizar misiones entre estos núcleos de "infieles". García de Palacios sugirió

que se encomendase la misión a los jesuitas. Compostela, que sucedió a García de Palacios, recibió una segunda Real Cédula en la cual se insistía en la necesidad de convertir a los calusa, utilizando para ello los recursos humanos de la diócesis cubana, si bien la Corona estaba dispuesta a encargarse del costo económico [AGI, Santo Domingo, 151 (A. A.); Marrero, 1976: 102]. Gracias a los contactos de los pescadores habaneros con los indios matacumbes, relacionados con los calusa, y a la intercesión de varios obispos, en particular fray Evelino Hurtado de Compostela, esta situación fue cambiando (Marrero, 1975: 163). El obispo envió un mensaje mediante un pescador habanero para negociar con Carlos, el cacique calusa, quien a pesar de las advertencias hechas por sus consejeros los que pensaban que los españoles realmente planificaban esclavizarlo en Cuba, respondió con el envío de un número indeterminado de familias de indios de los cayos para que vivieran en La Habana y así probar las verdaderas intenciones de los españoles. Los indios fueron asentados por las autoridades cubanas en el acantilado conocido como La Cabaña, al otro lado del puerto, donde vivieron por un período de un año y medio (Marrero, 1976: 103). Casi un año después, el cacique Carlos viajó a La Habana. El sábado 3 de diciembre del año 1689, día del apóstol de las Indias, san Francisco Javier, arriba este a La Habana, acompañado de:

"dos hermanos, dos hijos, el capitán de sus armas que llaman El Grande y hasta 20 indios que ellos se intitulan nobles y caballeros, pidiendo el santo bautismo y ofreciendo la reducción de todos sus vasallos... después de haber asistido un mes en esta ciudad, hoy, que es el día 2 de enero de 1690, se vuelve en el mismo barco en que lo trajeron, dando muestra de estar muy agradecido y muy gustoso en haber hecho este viaje" (Marrero, 1976: 103).

Sin embargo, a pesar de las buenas voluntades del obispo Compostela y del cacique Carlos, no se encontraron religiosos dispuestos a partir voluntariamente a evangelizar el territorio de los calusa. Posteriormente, en noviembre de 1697, Carlos aceptó que un reducido grupo de cinco misioneros franciscanos llevaran la fe católica al territorio peninsular bajo su dominio; estos se trasladaron a la costa oeste de la Florida en una embarcación pilotada por un navegante habanero nombrado Francisco Romero. Esta misión tuvo una breve existencia pues los misioneros fueron apresados por los nativos y abandonados en los cayos, donde los res-

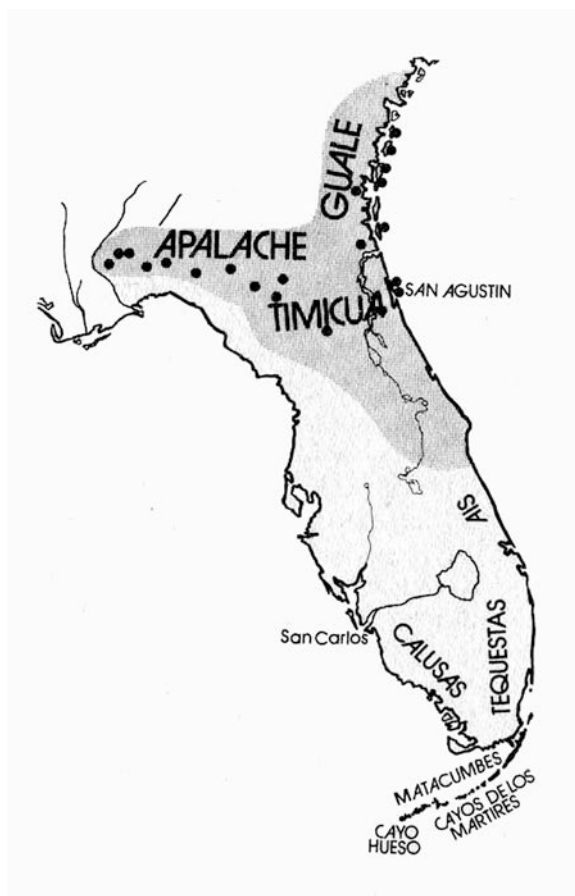


Fig. 7. Mapa de La Florida a fines del siglo XVII (Marrero, 1976: 101); observe la distribución de las diferentes tribus floridanas.

cató la misma embarcación que los había llevado (Marrero, 1976: 101-106; Hann, 1991: 85-91; MacMahon y Marquardt, 2004). El viajero italiano Giovanni F. Gemelli Careri, quien por entonces estaba en La Habana, fue testigo del regreso de los misioneros franciscanos, dejando reflejado en su libro de memorias *Giro del Mondo* que:

"el viernes 21 de febrero llegó otro barco del cayo de Matacumbé, pequeña isla del canal de La Florida, con cinco franciscanos que el cacique Carlos había solicitado en el mes de noviembre pasado como misioneros, los que devolvió completamente desnudos por hacer sacar por la noche una procesión frente a la pagoda de los idólatras, por un celo poco oportuno. Los nativos huyeron de inmediato, pero regresaron armados y maltrataron a los religiosos, echándolos del país; de modo que éstos se vieron obligados a retirarse semidesnudos a Matacumbé, un cayo habitado por indios católicos" (Pérez y Berthe, 1971: 83 y 84).

Este personaje también menciona en dos ocasiones el comercio de los calusas con los habitantes de La Habana:

"El sábado 11 de enero llegó un barco de la Florida en veinticuatro horas, que dejó en tierra algunos indios de un cayo, súbditos de un cacique llamado Carlos. Tanto los hombres como las mujeres sólo tenían cubiertas las partes de su cuerpo que el pudor les enseñaba a cubrir; llevaban los cabellos largos y trenzados por detrás; eran idólatras e inclinados tanto a la ociosidad como a toda clase de vicios abominables; se les permitía comerciar, a fin de conducirlos a la verdadera religión, puesto que su príncipe o cacique había accedido a recibir catorce misioneros franciscanos. Sus mercancías más apreciadas consisten en pescados, conchas de tortugas y unos pajaritos que se llaman cardenales".²

"El martes 4 de marzo entró un patache de la Florida, con frutas de esa región y numerosos pájaros cardenales que he visto comprar hasta en diez pesos duros cada uno por los tripulantes de los galeones, y los más baratos por seis. Cuando todo hubo terminado, se dijo que se habían gastado más de dieciocho mil pesos fuertes en esa clase de pajaros".³

A fines del siglo XVII y primeros años del XVIII, ocurrieron una serie de acontecimientos que dieron otro matiz a las relaciones entre las autoridades y habitantes de La Habana y los indios del sudeste de Florida. Los

ingleses atacaron y destruyeron una cadena de misiones franciscanas, al sur de los actuales estados de Georgia y Alabama, las cuales marcaban la frontera entre los dominios de España e Inglaterra (Larrúa, 2004: 206). Junto a los británicos venían como aliados los indios de la tribu yamasee, provenientes de Georgia, los cuales habían sido armados con mosquetes con llave de chispa. Los yamasee penetraron en las regiones central y sur de la península floridana, capturando y vendiendo como esclavos en la ciudad de Charleston, Carolina del Sur, a cientos de indios de las tribus locales. La mayor parte de la reducida población de aborígenes del sur de la Florida se vio obligada a emigrar a los cayos del estrecho peninsular. En 1704, las autoridades de La Habana concedieron permiso para la inmigración permanente de un reducido grupo de indios provenientes de Cayo Hueso, que se asentarían en el mismo sitio donde otros lo habían hecho años atrás, es decir, en el acantilado de La Cabaña, en la margen oriental del puerto (Güemes y Horcasitas, 1743, en Worth, 2004). En 1711, los indios de los cayos sufrieron un feroz ataque de los yamasee que ocasionó muchos muertos, no obstante, la mayoría de ellos fue apresada. Algunos indios sobrevivientes lograron llegar a La Habana a bordo de un barco español y solicitaron de las autoridades que trajesen a sus familiares a la ciudad para cristianizarlos y así salvar sus almas. El obispo fray Jerónimo de Nostris y de Valdés aportó finanzas propias para tal empresa y solicitó además la contribución económica de la población de La Habana.⁴ Finalmente, en la primavera de 1711, dos naves españolas capitaneadas por don Luis Perdomo navegaron a La Florida y trataron infructuosamente de contactar con el cacique Carlos, quien se encontraba en operaciones bélicas contra los yamasee. Allí conocieron que unos 2 000 indios calusas y de otras tribus esperaban ser trasladados a La Habana, no obstante, solo les fue posible embarcar unos 270. La lista de refugiados incluía a jefes como Felipe, cacique calusa bautizado así en honor del rey de España. Llegaron también nobles y personas sin rango, 50 indios calusa y 220 de otros poblados, y otros caciques de las tribus jove, miami, tancha, muspa y rioseco o

² *Cardinalis cardinalis*, pequeña ave passeriforme que habita en La Florida.

³ Pezuela (1868: 242) ofrece una cifra mucho más elevada -180 000 pesos*. Consideramos que esto es un error, cometido al agregar un cero de más al número original. Portell Vilá (1938: 24) y Marrero (1975: 164), repiten este error.

⁴ Swanson, G. (s/f): 1761: "End of the native people" en <http://www.floridakeyshistory.com/pdf/nativend.pdf>

jeaga (Hahn, 1991: 45-47). Todas estas personas fueron ubicadas en la Loma de La Cabaña (Worth, 2003: 4). A los emigrados no les fue bien en La Habana, de la cantidad original, más de 200 murieron en un intervalo de sólo tres meses debido a la proliferación de enfermedades como tifus y viruela. Con posterioridad, los pocos sobrevivientes que quedaron fueron redistribuidos entre varios residentes locales deseosos de asumirlos, no sólo en La Habana sino también en otras regiones de Cuba, y un grupo de entre 16 y 18 retornó a su patria, en La Florida (Worth, 2003). De acuerdo con la información histórica y arqueológica que hemos expuesto, es muy probable que la mayor parte de los artefactos de *Busycon* que estudiamos hayan llegado a La Habana a partir del primer éxodo forzado del año 1704. La amplia distribución de los artefactos en diferentes contextos de la ciudad pudiera indicar la presencia de sus propietarios entre las familias ciudadinas, quizás realizando labores domésticas.

Aunque una gran cifra de indios había fallecido, se sabe que entre 1720-1724 existía una comunidad con más de 200 personas fuera de la ciudad. En la villa de Nuestra Señora de la Asunción de Guanabacoa sobrevivía posiblemente un muy reducido grupo hacia 1731. De esta época se ha documentado la presencia de una mujer calusa en Guanabacoa, cuyo nombre era Leonor Sayas, bautizada así probablemente en honor de la progenitora o la hermana de don Cristóbal de Sayas Bazán, sacristán de la parroquia de esta villa ultramarina, y quien fuera designado por el obispo Jerónimo de Nostris y de Valdés para aprender el idioma de estos inmigrantes y actuar como protector de los "Indios de los cayos de la costa de Florida" (Díaz, 1729; Soto, 1731, en Worth, 2004: 7). Otros grupos de estos "indios Cayos", como también se les denominaba, arribaron durante las décadas siguientes, incluido un grupo de 60 ó 70 que escapaba de un ataque creek a Cayo Hueso, acontecido en mayo de 1760. Estos sobrevivientes fueron asentados, como de costumbre, en la altura de La Cabaña (Worth, 2003), corriendo la misma suerte de otros grupos de indios que llegaron antes, es decir, murieron en poco tiempo a causa de las enfermedades infecciosas comunes en la época.

Indios floridanos en otros lugares de Cuba

Documentos a los que hicimos referencia con anterioridad indican que los aborígenes floridanos del sureste fueron reubicados también en otras localidades fuera de La Habana, tal es el caso de zonas despobladas de la costa sur de Cuba como la Bahía de Jagua, cerca de la actual Ciudad de Cienfuegos. Incluso, se propuso asentarlos en la región de Managua [Managuana en documentos antiguos], al sur de La Habana (León, 1732).⁵ Documentos posteriores ofrecen información sobre incursiones de indios de la Florida a la costa norte de Cuba, en las proximidades de San Juan de los Remedios y Sierra Morena, esta última una pequeña población asentada en los límites entre las actuales provincias de Villa Clara y Matanzas. Estos documentos están incluidos en la correspondencia enviada por el capitán general Diego José Navarro, durante su gobierno (1777-1782), al Consejo de Indias (García y Melis, 1978).⁶ En estos se dice que: "*los indios habitantes de los cayos de Bahamas...⁷ cuando se veían acosados de los de La Florida se pasaban en sus cayucos a vivir... en las proximidades de Remedios y Sierra Morena*".

Nada hemos logrado saber acerca de la identidad de estos "indios de La Florida" y por qué razón atacaban a los que vivían en la costa norte de Cuba, tan distante de esta península. Respecto a los indios que habitaban los cayos localizados al norte de San Juan de los Remedios, hemos encontrado información en las Actas Capitulares de esta ciudad, recopilada por Martínez Escobar (1944: 43-44) y Martínez Fortún (1949: 43-75; 1949: 2). En estas se dice que: "*en 1703, los indios que habitaban los cayos del Canal de Bahama próximos a Cuba, dedicados a la pesca, visitaban continuamente a Remedios para vender pescado y tortugas, adquiriendo, en cambio, otros artículos. Eran considerados como amigos, pues, gratuitamente, prestaban servicios inapreciables a los remedianos, dándoles aviso oportuno de la presencia de velas sospechosas en el mar, lo que permitía la preparación inmediata para la resistencia o para la fuga. En el cabildo de 3 de febrero de 1718 se da orden de que se les dejara pescar libremente, autorizándoles a vender por sí lo que trajesen. Y, finalmente, en el 3 de enero de 1721 se les fijó como precio en venta de la tortuga el de dos reales por cada siete libras*".

⁵ León, M. de (1732): Letter proposing Managua [Managuana] near Havana as a residence for the Keys Indians, July 8, 1732. Archivo General de Indias, Santo Domingo 860, folios 84r-89v (tomado de Worth, 2004).

⁶ AGI, sección XI-Cuba, 1777-1780, legajo 1 293.

⁷ Estos cayos de Bahamas son algunos de los que hoy se incluyen en la mitad occidental del archipiélago Sabana-Camagüey, entre Matanzas y Caibarién.

Llama nuestra atención que la primera referencia en las Actas Capitulares a estos indios de los cayos próximos a Remedios coincide en fecha con el inicio del éxodo forzado de los indios del sur de la Florida hacia el archipiélago próximo a esta península, y luego a La Habana. Es posible que algunos grupos de indios de los cayos floridanos hubieran huido en sus embarcaciones hacia las islas del extremo occidental del archipiélago Sabana-Camagüey. Para ellos, la travesía de la Florida a Cuba no debió ser difícil pues eran hábiles navegantes, al decir de Chuck Blanchard (1989: 12), un arqueólogo floridano estudioso de los calusa: *"se movían en un mundo donde el conocimiento de los vientos, las mareas y las corrientes fue para ellos una segunda naturaleza"*. Además, desde fechas históricas bien tempranas existían relaciones entre los aborígenes de La Florida y de Cuba. Hernando de Escalante Fontaneda, un español que vivió entre los calusa por diecisiete años, fue testigo en 1560 de la presencia de indios naturales de Cuba en el dominio calusa, sobre esto dice:

"En la provincia de Carlos, antiguamente aportaron muchos indios de Cuba, en busca deste río; y el padre del rey Carlos, que se llamaba Senquene, los tomó y hizo un pueblo de ellos, que hasta hoy día esta la generación, y por las mismas causas que ellos, partieron otros de sus tierras, que venían a buscar el río Jordán" (Escalante Fontaneda, 1841).

Por otra parte, el idioma no era una dificultad para entenderse con los habitantes de Remedios, pues muchos de los calusas que habitaban los cayos de la Florida a fines del siglo XVII, habían aprendido el castellano.

Resumiendo, es posible que los indios que habitaban los cayos cercanos a Remedios en la primera mitad del siglo XVIII, fueran de origen calusa o de tribus afines y que los indios de La Florida que los atacaban durante la década de los setenta y ochenta de ese siglo pertenecieran a la tribu creek, la cual tomó el mando en los enfrentamientos con los calusa luego de las guerras Yamassee de 1715 (Worth, 2003). Existen evidencias documentales de que la guerra entre ambas tribus se prolongó hasta fines del siglo XVIII (Worth, 2003: 9).

Conclusiones

Como se ha explicado en este artículo, sostenemos la hipótesis de que los hallazgos de artefactos elaborados con las conchas de *Busycon* en sitios arqueológicos

de La Habana Vieja son la prueba arqueológica de la diáspora hacia Cuba, a partir de inicios del siglo XVIII, de aborígenes del sur de La Florida. La documentación de la época, estudiada por Worth (2003, 2004), indica un amplio movimiento migratorio desde tierra firme y cayos adyacentes a La Florida, protagonizado principalmente por los aborígenes calusas y motivado por los conflictos armados entre estos y los aborígenes yamassee, en los primeros tiempos, y los creek a partir de 1715. Este éxodo forzado, había estado precedido por una época de acercamiento entre los indios del sur de La Florida y las autoridades de La Habana a fines del siglo XVII, favorecido por los buenos oficios de los obispos García de Palacios y Compostela (Hahn, 1991).

Los contextos que hemos podido fechar (Iglesia de Paula, Mercaderes 162, Casa Prat Puig y Casa Cuna, etcétera), con el auxilio de la estratificación arqueológica y la cerámica histórica, corresponden al final del siglo XVII y primera mitad del XVIII.

Aunque el 91% de los artefactos son recipientes de uso ordinario, tres de ellos (Convento de Santa Teresa, Casa Cuna y Maestranza de Artillería; ver figura 4) debieron serlo para fines religiosos relacionados con la ceremonia de la bebida negra, practicada extendidamente entre los calusas y los ais de La Florida. El extraordinario pulimento, el rebajado de sus bordes y las marcas de residuos de la bebida negra son un indicativo confiable para aseverarlo.

Agradecimientos

J. F. Milera (†), Departamento de Colecciones, Instituto de Ecología y Sistemática, CITMA; doctora Lourdes Domínguez, Luis A. Francés, Alejandro Nolasco, Rubén Cabrera, Luigi Hernández, Eduardo Martell (Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana); Alexander Pérez Almira, Joao Hidalgo (Grupo de Arqueología, Empresa de Monumentos, Oficina del Historiador); Abel Hernández Muñoz (Museo de Historia Natural, Sancti Spiritus); doctor John E. Worth (Director asistente, Randell Research Center, Florida Museum of Natural History, Florida), John Dietler (Departamento de Antropología, Universidad de California).

Tabla 1. Datos generales de las conchas de *Busycon*, La Habana Vieja

Sitio	Contexto	Cronología	N	Fuente	Longitud total (mm)
1. Casa de la Obrapia, esquina a Mercaderes	Caballeriza 1, 100235, secc. AX 0.25 - 0.50 m	Siglo XVI-XVIII	1	Domínguez, 1948:5; L. Domínguez, com. pers., 2007	<i>Busycon carica</i> (adulto), 171
2. Palacio de los Capitanes Generales	Código 100197, caja 419	?	2	Romero, 1995: 141	<i>Busycon perversum</i> (juvenil), 193
3. Garita de la Maestranza de Artillería	Rellenos secundarios, GBC207, GBC202	Siglos del XVII-XIX	2	Romero, 1984: 135 Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> (adulto sin espira), 275 <i>Busycon perversum</i> fragmento (adulto)
4. Hotel Saratoga, Prado y Dragones	Basurero	Finales siglo XVIII, inicios XIX	2	Torres et. al., 2001: 76	<i>Busycon perversum</i>
5. Teatro Martí, Dragones y Zulueta	Basurero	Finales siglo XVIII, inicios XIX	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> fragmento (adulto)
6. Muralla de Mar, Empedrado y Tacón	Basurero A-36 (UE-54)	1725-1800	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> (adulto), 219
7. Hostal del Comendador, Obrapia 55 esquina a Baratillo	Relleno letrinoso secundario (UE-52)	Finales siglo XVII, primera mitad XVIII	1	Roura, 2002: 9	<i>Busycon perversum</i> (adulto sin espira), 190
8. Casa Cuna, Oficios 212 esquina a Muralla	Letrina (UE-37c)	Finales siglo XVII, a primer cuarto XVIII ⁸	4	Pérez et. al., 2007	<i>Busycon perversum</i> (adulto), 262 (adulto), 209 (adulto), 274 <i>Busycon spiratum</i> (adulto), 65
9. Convento de Santa Teresa, Compostela 508 esquina a Teniente Rey	Basurero ⁹	Segunda mitad del siglo XVII, primera década del XIX	3	Joao Hidalgo, com. pers., 2007	<i>Busycon perversum</i> (adulto), 267 <i>Busycon perversum</i> (adulto)
10. San Pedro 12	?	Siglo XIX	1	Pérez et. al., 2005	<i>Busycon perversum</i> (adulto), 231
11. Zanja Real, tramo próximo a la Puerta del Arsenal	Rellenos secundarios junto a la Muralla	?	1	Alexander Pérez, com. pers., 2007	<i>Busycon perversum</i>
12. Casa, Habana 620	Canal hidráulico	?	1	Pérez et. al., 2007	<i>Busycon perversum</i> (juvenil), 128

⁸ De acuerdo con las evidencias recuperadas en la UE-37c, a su posición estratigráfica y relación con la UE-37b suprayacente, los autores de este trabajo la redefinimos cronológicamente.

⁹ Comunicación personal de Joao Hidalgo.

Continuación tabla 1. Datos generales de las conchas de *Busycon*, La Habana Vieja

Sitio	Contexto	Cronología	N	Fuente	Longitud total (mm)
13. Mercaderes 162 esquina a Lamparilla	Rellenos secundarios, A-32, UE-72 y UE-11	Finales del siglo XVII a inicios del XVIII	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> (adulto), <i>Busycon</i> sp.
14. Casa Prat Puig, Teniente Rey 159 esquina a Cuba	A-18-14-UI	1701-1750	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> (adulto), 171
15. Casa San Ignacio 314 esquina a Amargura	?	?	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i>
16. Solar, San Ignacio 64 esquina a Lamparilla	Rellenos secundarios vertidos después de 1750, A-39, cantera 1, trinchera 8, UE26	Siglo XVIII?	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> (adulto)
17. Iglesia de Paula, Avenida del Puerto	Rellenos secundarios, A-14, UE 84	Siglo XVII tardío	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> (adulto), 222
18. O'Reilly 214, esquina a San Ignacio	Rellenos secundarios,	Siglo XVIII	1	Este trabajo	<i>Busycon perversum</i> (adulto)

BIBLIOGRAFÍA

ANDREWS, C. M. y E. W. ANDREWS (1945): "Jonathan Dickinson's Journal or, God's Protecting Providence", being the *Narrative of a Journey from Port Royal in Jamaica to Philadelphia between August 23, 1696 to April 1, 1697*. Yale University Press.

BLANCHARD, C. (1989): "The Calusa and Their Watercraft", en *Calusa News* 3, Florida Museum of Natural History.

COLECTIVO DE AUTORES (2005): *San Pedro 12 y 14: Estudio histórico-arqueológico de un sitio urbano*, Empresa de Restauración de Monumentos, Agrupación de Trabajos Especializados, Equipo de Arqueología, Oficina del Historiador, Multimedia.

CRESPO DÍAZ, R., M. RIVERO DE LA CALLE, J. F. MILERA (1994): "Primer reporte de *Crassostrea virginica*, Gmelin, 1791 (Mollusca: Bivalvia: Ostreidae) en un sitio arqueológico aborigen de Cuba", en *Boletín Casimba*, no. 6, año 5, serie 1.

CRESPO DÍAZ, R., O. JIMÉNEZ VÁZQUEZ (2004): "Arqueología precolombina del municipio Boyeros", en *Gabinete de Arqueología*, no. 3, año 3.

DÍAZ, J. H. (1729): Baptismal record for Maria Antonia, daughter of Leonor de Sayas, May 13, 1729, Archivo Parroquial, Church of Nuestra Señora de la Asunción (Guanabacoa), Registro de Bautismos, Book 3P, folio 29, no. 159.

DOMÍNGUEZ, L. (1984): "La casa de la Obrapia o Calvo de la Puerta en la Habana Vieja", en *Arqueología colonial: dos estudios*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.

ESCALANTE FONTANEDA, H. (1841): *Memoire sur la Floride ses côtes et ses habitants...* (Colección Ternaux-compans), Paris.

GARCÍA DEL PINO, C. A. y A. MELIS CAPPÀ (1978): *Catálogo parcial de los fondos de la sección XI -Cuba- del Archivo General de Indias*, Editorial Orbe, La Habana.

GUÉMES Y HORCASITAS, J. F. DE (1743): Letter regarding the Keys Indians, July 26, 1743, Archivo General de Indias, Santo Domingo 860, folios 136r-143v.

HANN, J. H. (1991): *Missions to the Calusa*, Gainesville, University of Florida Press.

ARQUEOLOGÍA

LARRÚA, S. (2004): *Cinco siglos de evangelización franciscana en Cuba* (t. I, 1492-1886), Custodia Franciscana del Caribe, Carolina, Puerto Rico.

LEÓN, M. DE (1732): Letter proposing Managuna [Managuana] near Havana as a residence for the Keys Indians, July 8, 1732, Archivo General de Indias, Santo Domingo 860, folios 84r-89v.

LE RIVEREND, J. J. (1960): *La Habana (biografía de una provincia)*, Imprenta El Siglo xx, Muñiz y Cia, Brasil 153-157, La Habana.

LUER, G. M. (2002): "The Aqui Esta Mound: Ceramic and Shell Vessels of the Early Mississippian-Influenced Englewood Phase", en *The Archaeology of Upper Charlotte Harbor*, Florida, edited by G. M. Luer. FASP Publication no. 15, Florida Anthropological Society, Tallahassee.

MACMAHON, D. A., W. H. MARQUARDT (2004): *The Calusa and Their Legacy: South Florida People and Their Environments*, University Press of Florida.

MARRERO, L. (1974): *Cuba: Economía y sociedad*, t. II, Editorial Playor, S. A., Madrid.

_____ (1975): *Cuba: Economía y sociedad*, t. IV, Editorial Playor, S. A., Madrid.

_____ (1976): *Cuba: Economía y sociedad*, t. V, Editorial Playor, S. A., Madrid.

MARQUARDT, W. H. (1992): "Shell artifacts from de Caloosahatchee area", cap. 5, en *Culture and Environment in the Domain of the Calusa*, monograph 1, Institute of Archaeology and Paleoenvironmental Studies, University of Florida, Gainesville.

MARTÍNEZ ESCOBAR, J. (1944): *Historia de Remedios*, Biblioteca de Historia, Filosofía y Sociología, vol. XV, Jesús Montero, editor, Obispo 521, La Habana.

MARTÍNEZ FORTÚN y FOYO, J. A. (1949): *Anales y efemérides de San Juan de los Remedios y su jurisdicción*, t. I (1492-1849), Imprenta Pérez Sierra y Comp., Compostela no. 102-104.

_____ : *Apuntes históricos de Caibarién* (apéndice), La Habana.

PÉREZ ALMIRA, A. M., J. M. TORRES PICO, R. MUÑOZ REITOR, Y. OCTURNEL CAMPOS, M. MENÉNDEZ CEPERO, J. L. PAGÉS ALBA (2007): *Estudio histórico-arqueológico de Oficios*

212, Empresa de Restauración de Monumentos, Agrupación de Trabajos Especializados, Equipo de Arqueología, Oficina del Historiador, Multimedia.

PÉREZ DE LA RIVA, J., J. P. BERTHE (1971): "La Habana de fines del siglo xvii vista por un italiano, Gemelli Careri", en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, año 62, no. 2, mayo-agosto.

PEZUELA, J. (1868): *Historia de la Isla de Cuba*, t. II, Imprenta de Bailly-Baillière, Madrid.

PORTELL VILÁ, H. (1938): *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, t. I (1512-1853), Jesús Montero, editor, Obispo 521, La Habana.

ROMERO, FRAY FRANCISCO (1693): *Llanto Sagrado de La América Meridional*, Milán.

ROMERO ESTÉBANEZ, L. S. (1984): "La maestranza de artillería de La Habana. Sitio histórico arqueológico", *Memorias del 2do Simposio de la Cultura*, Ciudad de La Habana.

_____ (1995): *La Habana arqueológica y otros ensayos*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.

ROURA, L. (2002): "Enterramientos humanos en la casa de Obrapia no. 55", en *Gabinete de Arqueología* no. 2, año 2.

SMITH, M. (1937): *East Coast Marine Shells*, Edwards Brothers Inc., Michigan.

SOTO, F. A. DE (1731): "Baptismal record for Maria Casilda, daughter of Leonor de Sayas, April 15, 1731", Archivo Parroquial, Church of Nuestra Señora de la Asunción (Guanabacoa), Registro de Bautismos, book 3P, folio 55, no. 111.

TORRES PICO, J. M., R. CRESPO DÍAZ y R. VERGARA

RODRÍGUEZ (2001): "Restos de animales en un yacimiento histórico habanero", en *Gabinete de Arqueología*, no.1, año 1.

WORTH, J. E. (2003): "The evacuation of South Florida, 1704-1760", paper presented at 60th annual Southeastern Archaeological Conference, Charlotte, North Carolina, November 13.

_____ (2004): "A history of Southeastern Indians in Cuba, 1513-1823", paper presented at 61st Annual Meeting of The Southeastern Archaeological Conference, St. Louis, Missouri, October 21-23.

La Arqueología Histórica en el estudio de la resistencia esclava¹

Por: Gabino La Rosa Corzo

RESUMEN

La implementación de los postulados de la Arqueología Histórica en el estudio de contextos de resistencia esclava en Cuba, como los refugios de cimarrones y palenques, brinda la posibilidad de reconstruir la cultura material de estos. Así es posible diferenciar variantes y particularidades dentro de grandes conjuntos culturales, descubrir su interrelación no visible documentalmente y diferenciar grupos étnicos dentro de una misma comunidad o asentamiento, a partir de tiosos y piedras. De esta manera, la arqueología complementa la información aportada por las fuentes históricas escritas, sesgadas en muchos aspectos, completando, con ello, la visión histórica de aquella sociedad esclavista.

ABSTRACT

The implementation of principles of Historical Archaeology within the framework of studies involved with the contexts of slave resistance in Cuba, namely runaway slave settlements and shelters, helps rebuilding their material culture. Based on sherds and stones it is possible to make distinctions and identify special features within large cultural groups and discover the interrelation among links, which goes unnoticed in the documentation and determine differences among ethnical communes inside the same community or settlement. In this way, archaeology complements the information slanted in many ways, found in written historic sources, thus completing the approach of the former slave society.

Los estudios arqueológicos de sociedades con escritura tienen una larga tradición en el Viejo Mundo, y se enmarcan dentro de las llamadas Arqueología Clásica, Arqueología Bíblica y Arqueología Posmedieval, entre otras.

Sin embargo, el término Arqueología Histórica no se usa en Europa, e inclusive, algunos autores discrepan de su uso, o por lo menos, dudan de la existencia de un campo del saber que se ha desarrollado de forma particular en el Nuevo Mundo para dar respuesta a las interrogantes nacidas de la necesidad de conocer las sociedades que surgieron al calor de la colonización europea. Estas discrepancias han sido recogidas en numerosos trabajos, en particular en un volumen editado por Pedro Pablo Funari, Martin Hall y Sian Jone, titulado: *Historical Archaeology, Back from the Edge*, publicado durante 1999 en Londres.

Este término se aplica de manera particular al estudio de los asentamientos humanos que nacieron del contacto y mezcla de las culturas autóctonas con las de otros continentes; a procesos y fenómenos acerca de los cuales la documentación escrita es pobre, fragmentada o inexistente.

Pero esta no es la única razón. Se trata de que la aplicación de los principios de la ciencia arqueológica a estos fenómenos, con independencia de la existencia de fuentes documentales más o menos ricas, pone al descubierto mecanismos internos de los procesos de transculturación, etnicidad e identidad, muy poco visibles, por decirlo de algún modo, dentro de la documentación histórica.

Como campo del saber, encuentra sus primeros ensayos durante los años treinta de la pasada centuria en Estados Unidos y otras partes de América, como por ejemplo Cuba, pero no fue hasta el año 1967, con la creación de la Society for Historical Archeology, que cobró cuerpo a escala continental como campo específico del quehacer arqueológico.

En el caso de Cuba, aunque desde 1962 existieron instituciones que contaron con financiamiento estatal para dedicarse a las investigaciones arqueológicas, estas priorizaron el estudio de sociedades ágrafas, por lo que este campo fue desarrollado fundamentalmente gracias al interés

¹ Conferencia impartida por el doctor Gabino La Rosa Corzo en el II Seminario Internacional de Arqueología, celebrado en La Habana en octubre de 2007.

| ARQUEOLOGÍA |

particular de determinados profesionales, hasta el nacimiento del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

Así, al combinar la información histórica y la contenida en los restos y desechos materiales de aquellos procesos históricos, se emprendió la búsqueda de respuestas a la historia de la gestación del Nuevo Mundo.

Desde sus primeros balbuceos se inclinó hacia el estudio de los espacios del poder colonial. De esta manera, los campamentos militares y fortificaciones, iglesias, palacios y haciendas, y en menor medida las comunidades indias, condujeron a la descripción de objetos y útiles vinculados al proceso de colonización, vistos, en lo fundamental, desde los centros de poder y las espaciosas y cómodas viviendas de las élites gobernantes. En esta visión debió tener peso el carácter museal de la Arqueología de aquellos años.

Con el surgimiento de sociedades e instituciones que asumieron el papel directriz y orientador de las investigaciones en este terreno, en la segunda mitad de esa centuria, el nuevo campo del saber se fortaleció, precisó objetivos y métodos particulares, y justificó su existencia como un campo específico de la Arqueología como disciplina científica.

Las dos últimas décadas han sido testigos de importantes variaciones en este terreno. Desde los espacios de las élites, se ha ido ampliando el interés, los objetivos y las interrogantes hacia los espacios de clases y sectores populares. Hoy día, a pesar de la no existencia de principios metodológicos uniformes en la disciplina a escala internacional, los enfoques sociales dentro de la Arqueología Histórica han venido ganando terreno.

Dado que la disciplina denominada Arqueología fundamenta su estudio en el análisis de las evidencias de la cultura material, no sólo amplía y complementa, sino que también penetra en aspectos que son interés de las ciencias sociales contemporáneas y que van más allá de la reconstrucción histórica de los acontecimientos.

Se trata no sólo de que la Arqueología Histórica es el recurso más provisorio para establecer la relación entre los datos materiales, aportados por las evidencias, y los datos documentales. La Arqueología Histórica, al fundamentar su análisis y reconstrucción, tanto en el tiempo como en el espacio histórico, a partir de los remanentes de la cultura material, es capaz de diferenciar variantes y particularidades dentro de grandes núcleos culturales, poner al descubierto la interrelación no visible documentalmente de vínculos y nexos,

y diferenciar grupos étnicos dentro de una misma comunidad o asentamiento desde tuestos y piedras.

Una revisión de lo que acontece en esta disciplina en los últimos años resulta reveladora. Sin abandonar la consecución de objetivos en las grandes ciudades, y de la contribución de la llamada Arqueología urbana al rescate patrimonial y al fomento de las economías nacionales, el interés se ha ido extendiendo hacia las zonas rurales y hacia cuestiones esenciales de la historia americana, como por ejemplo la esclavitud. Y dentro de esta última, la atención ha ido girando desde las viviendas de los hacendados hacia los espacios de los esclavos, en lo fundamental las enfermerías, barracones y cementerios.

Entre las numerosas contribuciones al estudio de los espacios de los esclavos tenemos los trabajos de Leland Ferguson (1992) y James Delle (1994). Este desplazamiento se hace patente en tres importantes compilaciones de temas de Arqueología Histórica, me refiero a los textos de Jay Havisser, 1999; Theresa Singleton, 1999 y Paul Farnsworth, 2001, dedicados en gran medida a esos espacios.

Sin embargo, y especialmente en el Caribe, aún resultan pobres los esfuerzos destinados al estudio de los espacios de la resistencia esclava, a pesar de que en ellos tiene la Arqueología Histórica uno de sus retos más trascendentales como ciencia.

Desde el punto de vista histórico se ha reconocido que el proceso de las gestas independentistas y su ideario constituyen el principal rasgo social que tipifica las sociedades americanas. Sin embargo, está aún por reconocerse que la resistencia a la esclavitud y el ideario abolicionista, fenómenos estrechamente vinculados a los anteriores, son sus rasgos distintivos fundamentales o, por lo menos, forman parte importante de los anteriores.

En estos terrenos son los recursos de la Arqueología Histórica los que permiten efectuar una crítica más efectiva a las fuentes documentales generadas desde los centros del poder colonial. Y dado que estas fuentes constituyen, hasta el presente, el soporte informativo fundamental para el conocimiento de esa parte de la historia americana, resulta difícil encontrar resultados donde el esclavo, y sobre todo estos en su condición de cimarrones, sean contemplados y estudiados desde una perspectiva antropológica.

La Arqueología Histórica facilita un acercamiento más abarcador y de mayores ribetes al cimarrón: a su

modo de vida, costumbres, tácticas defensivas y, sobre todo, el proceso de transculturación en el que se encontraba inmerso.

Las evidencias materiales obtenidas mediante trabajos controlados permiten establecer no sólo marcos cronológicos de ocupación de los lugares utilizados como refugios o asentamiento. Aunque existen similitudes, en sentido general, entre los lotes de evidencias arqueológicas de los contextos coloniales urbanos y de viviendas y otras construcciones rurales, puede afirmarse que las evidencias arqueológicas y la deposición y distribución espaciales que caracterizan los sitios o refugios de cimarrones, gozan de particularidades y ribetes distintivos y constituyen un novedoso campo de experimento y validación de los postulados fundamentales de la Arqueología Histórica.

Las características específicas de los sitios que sirvieron de escondite a los cimarrones, dentro de las que se cuentan la inaccesibilidad y el camuflaje, lo que incide en el apoyo logístico y en un mayor grado de dificultades para el trabajo arqueológico; las relaciones táctico-espaciales de los conjuntos de sitios entre sí, ya que, por ejemplo, dentro de un conjunto de sitios localizados en una misma zona agreste cada sitio pudo tener una función particular dentro de las tácticas defensivas y subsistenciales.

Según mi experiencia, existen campamentos o sitios destinados a vigías; otros, a actividades primarias de carnicería y, otros, a paraderos o lugares de tránsito entre las haciendas del llano y los sitios más adentrados, siempre ocupados por un mayor número de personas con estancias más prolongadas. Así, las particularidades de la deposición y asociación de las evidencias materiales, en correspondencia con la función del sitio dentro de las tácticas defensivas de estos grupos que vivían en acoso, requieren de un tratamiento singular dentro de la Arqueología Histórica, amén de un conocimiento muy profundo de la vida cotidiana del cimarrón.

La resistencia a la esclavitud por parte de los africanos y sus descendientes nacidos en cautiverio, constituye parte consustancial de la historia y de la formación de las sociedades americanas.

Sin embargo, no sólo se encuentran presentes las particularidades concomitantes a la función del sitio en particular; existen otros postulados que de manera compleja inciden en este tipo de estudio.

Una de estas cuestiones es la constante permuta de refugios o escondites que hacían los cimarrones. Re-

curso con el que lograban burlar el cerco de sus perseguidores. El repliegue táctico era en este caso parte consustancial de la sobrevivencia, lo que a su vez incidió en la deposición, distribución espacial y tipo de evidencias materiales que en estos sitios se localizan. Las bandas cimarronas, amparadas en las ciénagas, desarrollaron tácticas de supervivencia mucho más violentas; mientras que los apalencados, afincados en asentamientos en lugares apartados de las altas montañas crearon y recrearon otras formas de sobrevivencia y de resistencia a la esclavitud.

Estas diferencias cualitativas en el modo de resistencia de los grupos de esclavos prófugos en correspondencia con el medio geográfico y con sus recursos grupales, confieren a la resistencia esclava, como fenómeno social inherente a las sociedades americanas que basaron su desarrollo en la economía de plantaciones esclavistas, matices y complejidades que sólo la Arqueología Histórica y el estudio de los restos de la cultura material de estas diferentes formas de agrupamiento humano pueden develar.

Pero hay mucho más: en los países de América donde la resistencia esclava y las comunidades que ella generó sólo son parte de su historia, por haber desaparecido como entidades y no haber quedado descendientes como los que aún pugnan por el reconocimiento de su legitimidad, como, por ejemplo, en Brasil, Colombia, Jamaica y Surinam, se carece de respuestas adecuadas sobre las condiciones de subsistencia, de los componentes de la cultura material y de la vida cotidiana.

El estudio histórico o arqueológico que se hace acerca de las plantaciones y haciendas esclavistas son una parte del problema, si se quiere la más sórdida y crítica del sistema, pero la parte más edificante, la parte más consonante con la historia de los pueblos y con el espíritu americano, mira hacia los quilombos o palenques, que como aldeas ocultas y secretas levantadas por comunidades de africanos y sus descendientes nacidos en América caracterizan, en esencia, el espacio de los marginales en buena parte de las sociedades caribeñas.

Casos excepcionales resultan los de Brasil, Colombia, Jamaica y Surinam, lugares en los que todavía es posible dialogar con los descendientes de aquellas comunidades marginadas o poner sobre el tapete los derechos de sus descendientes, como divulgara un trabajo publicado en *The New York Times* el 23 de enero del año 2001, sobre la comunidad del Mangal do Barro Vermelho, en Brasil (Rohter, 2001); terreno en el cual se

ARQUEOLOGÍA

han destacado los trabajos antropológicos de Bárbara Kopytoff sobre Jamaica (1975) y Richard Price sobre Surinam (1975) y Del Castillo sobre Colombia (1982), dentro de un reducido grupo de historiadores y antropólogos que han ofrecido una visión de las estructuras sociales, el parentesco, el linaje, la residencia y el imaginario colectivo, así como los remanentes africanos en las lenguas de aquellos poblados y sus pobladores.

Sin embargo, por constituir estudios basados en *fuentes vivas* no brindan la posibilidad de su generalización en muchos otros territorios del Caribe, donde aquellas comunidades y sus descendientes desaparecieron en el proceso de integración de las sociedades americanas, tal es el caso de Cuba.

Empero, las características administrativas de la corona española en América determinaron la existencia de una abundante documentación en la que, durante las últimas décadas, numerosos historiadores y antropólogos han hurgado en busca de respuestas a estas cuestiones.

En el caso de la mayor de las Antillas, donde la economía de plantación esclavista alcanza su mayor desarrollo entre 1790 y 1860 y que fue uno de los últimos bastiones de la esclavitud y el colonialismo en el continente, atesora en sus archivos miles de documentos que permiten penetrar en el proceso histórico por el que atravesó la esclavitud del africano y sus descendientes en la Isla, así como estudiar las diferentes vías por las cuales este expresó su inconformidad, ya fuera de forma abierta o directa mediante la conspiración o la rebelión, o en forma de resistencia, con el apalencamiento, cimarronaje individual o en grupos, e inclusive de manera pasiva: como lo fueron el aborto, el suicidio, la rotura de equipos y la resistencia al trabajo, entre otras.

Pero sucede que esta documentación es muy ilustrativa acerca de las formas y frecuencias de las fugas, de las zonas geográficas que sirvieron de refugio o asentamiento, número de habitantes que podía tener, tipos de cultivos, número y tipo de viviendas; pero contiene poca información acerca de la vida cotidiana de estas comunidades, del grado de asimilación de la cultura impuesta, de las técnicas para subsistir adquiridas en cautiverio o heredadas de sus ancestros.

Por ello, es la Arqueología, o sea, el estudio de los espacios ocupados y de la basura o desechos materiales de estos grupos humanos, lo que nos posibilita acceder a los detalles de su vida cotidiana y conocer su cultura material, y así, poder develar las raíces africa-

nas y el proceso de transculturación que en ella debió producirse como reflejo de las variaciones ocurridas en la vida, conducta, conocimientos y hábitos de los grupos esclavizados como consecuencia de su introducción en los territorios americanos.

Por esto, numerosos antropólogos han buscado en la Arqueología una vía de acceso a la comprensión de la cultura material del palenque, pues, como sucede con toda documentación histórica, los documentos sobre los marginales emanaron del centro; en cambio, la cultura material de estos se recreó en sus orígenes y respondió a la visión, misión y recursos propios.

Como una consecuencia inmediata de este proceso en los estudios antropológicos y arqueológicos americanos, desde mediados del pasado siglo la Arqueología en Cuba ha desplegado importantes trabajos de terreno en la búsqueda de evidencias materiales a través de las cuales se pueda emprender la reconstrucción etnohistórica de las aldeas fundadas por los esclavos prófugos.

Sobre la base de la amplia documentación histórica existente en la Isla, fue posible establecer, inicialmente con carácter de hipótesis, la presencia de diferencias regionales en las formas de manifestarse la resistencia esclava. El trabajo de campo y el estudio de las evidencias materiales permitió poner al descubierto que, efectivamente, en las zonas montañosas de la región oriental de la Isla, por ejemplo, predominó como forma principal de resistencia esclava el apalencamiento o erección de aldeas ocultas, a pesar de que la cifra de población esclava en esa zona era inferior a la concentrada en la región occidental, territorio en el que se encontraban las cifras mayores de esclavos y contaba con algunas cordilleras montañosas y zonas de ciénagas.

Dada la alta concentración de plantaciones esclavistas en las llanuras que rodean estas cordilleras de relativa poca altura, a los esclavos prófugos sólo les quedaba como espacio marginal o vía de escape las zonas pantanosas del sur del territorio y estas elevaciones, pero el espacio físico disponible era reducido, por lo que aquí la erección de aldeas estables en las que se cultivara y se restableciera la vida en comunidad era de mucho riesgo; de ahí que lo que predomina son los escondites o refugios temporales en cuevas y abrigos rocosos.

Estas diferencias en las formas que adoptó la resistencia esclava determinaron variaciones en los sistemas de acoso y exterminio. Mientras en la región oriental se organizaban grandes expediciones durante dos o tres meses al año con tropas de hasta ciento cincuenta efec-

tivos, en las zonas de las regiones central y occidental la persecución descansó en pequeñas partidas de rancheadores, de apenas seis integrantes, que rastreaban de manera permanente un territorio asignado.

Se ha podido comprobar, mediante el trabajo de campo, que en las zonas orientales parece frecuente la erección de aldeas en las laderas de las grandes montañas como recurso táctico defensivo, o sea, los poblados cimarrones en Cuba no fueron levantados ni en las cimas ni en las partes bajas o cuencas de arroyos. Lo primero los hubiera hecho visibles desde largas distancias y lo segundo habría sido un error táctico defensivo de primer orden. Por esto, se seleccionaban las laderas y para hacer el espacio habitable se construían taludes artificiales en los que erigían sus ranchos y viviendas. En cambio, en el occidente, los conjuntos de pequeños refugios, casi siempre en abrigos rocosos y cuevas, se encuentran vinculados entre sí, ofreciendo cada uno de ellos una función específica dentro de las tácticas defensivas, pues existen escondites cercanos a las plantaciones que sirvieron de vigías mientras que los restantes, de forma escalonada, ofrecían abrigo cada vez más a un número mayor de individuos.

Se conoce que los esclavos prófugos, en ocasiones, ascendían a los refugios con grilletes, los cuales eran rotos y abandonados en los escondites cercanos a las plantaciones; se puede afirmar que como recursos alimenticios consumieron aves, reptiles y mamíferos que eran obtenidos mediante la caza y la captura en las zonas boscosas, pero también aves de corral, cerdos, vacas y caballos, los cuales eran

hurtados de las plantaciones cercanas. Es incuestionable que el carácter de subsistencia de la economía de estos marginales los llevó al uso indiscriminado de todo lo que sirviera de fuente de alimento; y la presencia de restos de perros (*Canis familiaris*) en numerosos fogones de estos refugios, con huellas evidentes de su consumo como alimento, no es sólo manifestación de esto, sino también de tradiciones que se remontan al continente de origen, donde algunas culturas conservan estos hábitos y que también, al parecer, como en el caso de los yorubas, se vincula a determinados ritos y cultos (La Rosa, 2005).

En cambio, el consumo elevado de azúcar como recurso energético fue un hábito adquirido por el esclavo en la plantación azucarera, lo que implica la abundancia de los restos de hormas de barro de las que se usaban para la fabricación de este producto en los ingenios. La substracción del azúcar de un ingenio resultaba fácil para el esclavo si se hacía durante el proceso productivo, o sea, junto con el molde que la contenía durante el proceso de purga; después que el pan de azúcar era extraído, se guardaba bajo llave. Las quejas de los administradores de los ingenios atestiguan esto. Es curioso comprobar como en los escondites cercanos a las plantaciones azucareras estos tiestos resultan muy abundantes y prácticamente inexistentes en los más alejados.

El uso del tabaco está refrendado por la documentación histórica en el caso de los poblados (palenques), en los que en ocasiones se registra la presencia de este cultivo y también en lo referente a los refugios temporales testimonian lo mismo la abundancia de pipas de fumar y cachimbas de elaboración rústica. De muchos es conocido que los africanos introducidos durante los siglos XVIII y XIX ya traían el hábito del consumo del tabaco en pipas. Matthew C. Emerson (1999: 47-82) ha realizado un magnífico estudio acerca de la presencia africana en las decoraciones de las pipas rústicas de fumar de los esclavos en plantaciones de Estados Unidos. En el caso de Cuba, se ha podido estudiar una amplia colección procedente no sólo de



Fig. 1. Hormas de barro para fabricar azúcar vistas desde dos ángulos, lo que facilita apreciar el carácter particular de este contenedor. También aparece una damajuana y una botija. Estos tres contenedores resultan relativamente comunes en los sitios de cimarrones. Colección Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad. (Foto del autor.)



Fig. 2. Fragmento de una olla de hierro colado con tres patas de apoyo, conocida en Cuba por trébede. Procede del sitio Cueva de los Matojos. (Foto del autor.)

ARQUEOLOGÍA

plantaciones sino también de palenques y refugios de cimarrones (La Rosa, 1999).

Los cimarrones y apalencados utilizaron todos los recursos materiales que podían obtener en las plantaciones, por esto es común la presencia de restos de contenedores de líquidos, tales como las botijas y las damajuanas y vasijas para la preparación de alimentos como las ollas de hierro colado (trébedes) y ollas de barro; pero altamente significativo ha resultado la comprobación de que los cimarrones refugiados en las alturas Habana-Matanzas fabricaron útiles de barro, entre los que se encuentran las cachimbas para fumar y las ollas para cocer alimentos, algunos de los cuales fueron decorados con motivos que recuerdan los diseños africanos.

En fin, la Arqueología brinda la posibilidad de reconstruir la cultura material de los refugios de los cimarrones y los palenques como espacio de la marginalidad para con ello completar la visión histórica de aquella sociedad, pues la historia social del Caribe se revelará en su plenitud en la misma medida en que incluya dentro de su objeto el espacio de los marginales, por cuanto en él subsistió una cultura con signos y funciones propios que revelan las transformaciones más profundas que se producían en las sociedades de la América de las pasadas centurias y a las cuales no es ajena la América actual.

BIBLIOGRAFÍA

DEL CASTILLO, N. (1982): *Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos*, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

DELLE, J. A. (1994): "The settlement pattern of sugar plantations on St. Eustatius, Netherlands Antilles". In *Spatial Patterning in Historical Archaeology: Selected Studies of Settlement*, edited by D. Linebaugh and G. Robinson. Occasional paper in *Archaeology* n. 2. Williamsburg, Va. William and Mary Center for Archaeological Research.

EMERSON, M. (1999): "African inspirations in a New World Art and Artifact: Decorated Tobacco Pipes from the Chesapeake", in *I, Too, Am America*, Archaeological Studies of African-American Life, Edited by Theresa A. Singleton, University Press of Virginia, London.

FARNSWORTH, P. (ed.) (2001): *Island Lives. Historical Archaeologies of the Caribbean*, University of Alabama Press, London.

FERGUSON, L. (1992): *Uncommon Ground. Archaeology and Early African America, 1650-1800*, Smithsonian Institution Press, Washington.

FUNARI, P. P., M. HALL y S. JONES: (1999): *Historical Archaeology from the Edge*, Routledge, London.

HAVISER, J. B. (ed.) (1999): *African Sites Archaeology in the Caribbean*, Markus Wiener Publishers, Princeton.

KOPYTOFF, B. (1975): *The Maroon of Jamaica an Ethnohistorical Study of Incomplete Politics 1655-1905*, un Published P. H. D. Dissertation, University of Pennsylvania.

LA ROSA, G. (1999): "La huella africana en el ajuar del cimarrón". Una contribución arqueológica, en *El Caribe arqueológico*, Santiago de Cuba, n. 3.

_____ **(2005):** "La subsistencia del cimarrón: estudio arqueológico", en *Gabinete de Arqueología*, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, boletín no. 4, año 4.

PRICE, R. (1975): *Saramaks Social Structure, Analysis of a Maroon Society in Surinam*, University of Puerto Rico, Río Piedras.

ROHTER, L. (2001): "Former Slave Havens in Brazil Gaining Rights", *The New York Times International*, Tuesday, January 23.

SINGLETON T. (ed.) (1999): *I, Too, am America. Archaeological Studies of African American Life*, University Press of Virginia, London.

Botijas españolas del monasterio de Santo Domingo, La Antigua Guatemala¹

Por: Clive Carruthers

RESUMEN

El monasterio de Santo Domingo en Antigua Guatemala estuvo ocupado desde 1543 hasta 1773. Su restauración reciente y la excavación del sitio revelaron más de 350 000 tientos de cerámica local o de importación, entre ellos 585 bordes (golletes) de botijas (jarras de aceite), incluyendo 13 botijas completas. Las marcas encontradas en 113 de los bordes comprenden diseños impresos, a relieve, por incisión y grabados. Se observó un predominio de los diseños impresos, con 39 marcas diferentes en 91 bordes. Algunas marcas registradas anteriormente, idénticas a las de Santo Domingo, ayudan a sugerir rutas de distribución de productos, así como a fechar marcas que no se habían registrado con antelación. Las marcas de los bordes y los métodos de marcado evolucionaron con el cambio de la forma de los bordes.

ABSTRACT

The Santo Domingo Monastery in La Antigua Guatemala was occupied from 1543 until 1773. Recent construction and site excavation uncovered more than 350 000 imported and local ceramic sherds, among which were 585 botija or olive jar mouth rims, including 13 complete vessels. Rim marks found on 113 of the mouth rims include impressed, embossed, incised and engraved designs. Impressed marks predominate, with 39 different marks found in 91 rims. Some previously reported marks, identical from those from Santo Domingo help in postulating product distribution routes and in dated previously unreported marks. Rim marks and marking methods evolved concurrently with changing rim forms.

Introducción

La orden religiosa más poderosa y prestigiosa en Guatemala durante el período colonial español fue la de los dominicos. Su monasterio y centro de operaciones estaba localizado en la capital Santiago de Guatemala, ahora Antigua Guatemala (figura 1), desde la fundación de la ciudad en 1543 hasta su destrucción y abandono en 1773. Durante los dos siglos siguientes, el convento se convirtió en uno de los vertederos de basura de la ciudad. Esto generó la acumulación de 2 metros de relleno con salientes ocasionales de los muros del monasterio destruido, visibles desde las plantaciones de café que rodearon las pequeñas viviendas que eventualmente ocuparon la nueva superficie. Durante los últimos 25 años, una porción sustancial del complejo original ha recuperado mucho de su antiguo prestigio y vida social, primero como residencia privada y después como hotel de categoría internacional y centro de convenciones.

El proyecto del hotel incluyó una consolidación notable y la incorporación de las antiguas estructuras dominicas con la antigua casa y se añadieron nuevas estructuras. Durante la construcción del hotel, la gran cantidad de trincheras, pozos de prueba y excavaciones realizadas revelaron más de 350 000 fragmentos de cerámica que han estado sujetos a un continuo estudio y análisis desde 1996. La cerámica recuperada incluye muchos fragmentos y sólo algunas piezas completas de vasijas de almacenaje o embarque, conocidas como jarras de aceite o botijas.

Se examinaron 585 porciones de la boca o del cuello de estos contenedores, como parte de una búsqueda que indicara cambios temporales ocurridos a lo largo de los 230 años de existencia del monasterio. Durante el proceso, se registraron 113 marcas en los bordes, muchas de las cuales no se habían registrado con anterioridad. Este parece ser el mayor número de bordes marcados hallado en cualquiera de los sitios registrados, convirtiéndolo en un importante foco de investigación. También se registraron varias marcas raras impresas en los hombros de las botijas.

¹ Artículo originalmente publicado en *Historical Archaeology*, 37 (4), 2003. Traducción al español publicada con permiso de la Society for Historical Archaeology. Traducción de Raúl Mesa y revisión de Roger Arrazcaeta.

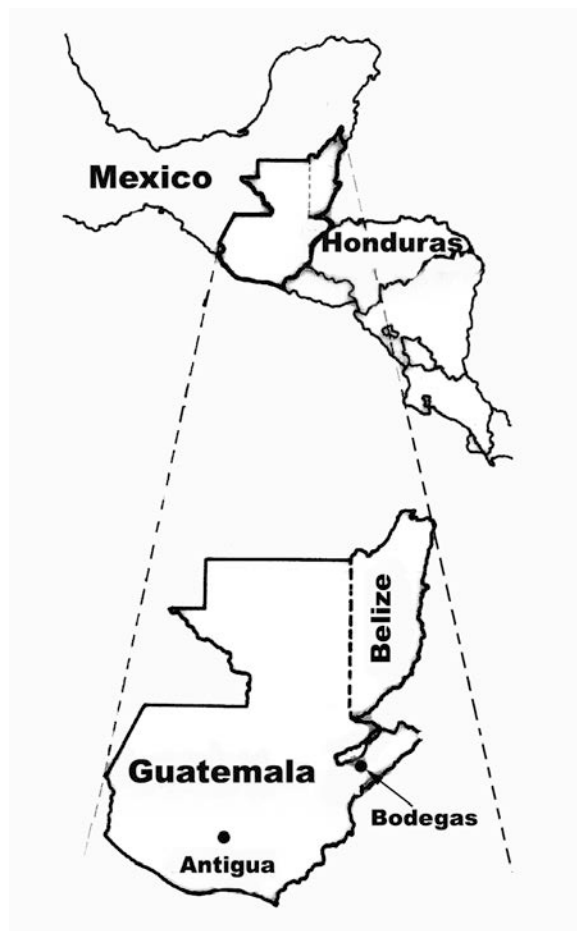


Fig. 1. Mapa en donde se sitúa La Antigua, Guatemala (dibujado por M. Flores).

Las grandes jarras de cerámica para almacenaje o embarque, de origen español, son comunes en las colonias del Caribe hispano y en los sitios de naufragio, aunque resultan menos frecuentes en la costa oeste de los Estados Unidos y sitios del Pacífico. Estas aportan información temporal sobre un sitio. Comúnmente se les conoce como jarras de aceite por los arqueólogos con orientación norteamericana, aunque es comprensible que este sea un término genérico o de tipo, y no constituye necesariamente una designación de contenido (Goggin, 1960: 4-5; Lister and Lister, 1987: 128-133; Marken, 1994: 45-50; Avery, 1997: 89-92). En los documentos de los archivos españoles a estos contenedores cerámicos se les denomina botijas, botijas peru-

leras, botijuelas y botijas de media arroba, aunque botija es el término que se utiliza con mayor frecuencia, muchas veces en sentido genérico.

En un importante estudio sobre las botijas, realizado por John M. Goggin (1960), este reconoció que las formas de la botija y el borde cambiaron en el transcurso del tiempo y propuso una división temporal tripartita según observaciones realizadas por él. En la figura 2 se indican las divisiones temporales según las formas del cuerpo y del borde de la botija. El trabajo de Goggin continúa siendo la base de estudios posteriores y todavía sus observaciones son aceptadas en lo fundamental.

Los trabajos realizados más recientemente y colecciones mayores de botijas provenientes de contextos con fechados más exactos, como en el caso de los naufragios (Martin, 1979; Skowronek, 1987; James, 1988; Marken, 1994; Avery, 1997) contribuyen a reajustar las fechas que Goggin indica para los diferentes períodos. Uno de los cambios es el que estipula una fecha más temprana para la transición entre los períodos de estilo medio a tardío, por ejemplo 1780. El devastador terremoto de 1773 brinda un terminus ante quem conveniente para el monasterio de Santo Domingo y las cerámicas recuperadas. Esta fecha es ligeramente anterior a la transición propuesta en las formas de botija del estilo medio al tardío. Por lo tanto, cualquier forma de botija de estilo tardío hallada en la excavación podría sugerir la existencia de formas del estilo tardío al menos en fecha tan temprana como 1773.

Terminología

La elección actual del término botija o jarra de aceite al parecer se basa fundamentalmente en las tradiciones, el idioma o la esfera de investigación. Por lo general, los arqueólogos que trabajan en los Estados Unidos utilizan el término "jarra de aceite," aunque los investigadores hispanohablantes o los que trabajan con fuentes de archivos del período tienden a utilizar cada vez más el término botija.

Los documentos de embarque del período colonial aplicaban diferentes designaciones para estos contenedores de cerámica, pero la designación más común en las colonias era el término botija. Las publicaciones de Juan José Falla (1994: 36, 330-331; 1996: 231, 257-259, 263, 267, 331-332, 336-337, 388-389, 470) reproducen una serie de documentos oficiales registrados por la Notaría Real en Guatemala, durante el período de 1582

a 1633, y mencionan la palabra botija en 18 ocasiones. Al describir transacciones o deudas, en 17 de las entradas a documentos los notarios utilizaron el término botijas de vino y en una entrada (Falla, 1996: 470) utilizaron el término botija de aceite y botija de aceitunas. Según estas referencias, el término botija se utilizó genéricamente en el período colonial temprano en Guatemala para referirse a cualquier vasija de cerámica con una forma reconocida, la cual se utilizaba para guardar diferentes productos.

Los investigadores con influencia de los Estados Unidos reconocen algunas deficiencias con el término jarra de aceite, ya que frecuentemente discuten extensamente acerca de la terminología de vasijas antes de volver a retomar el viejo término acuñado por William Henry Colmes, en 1903 (Marken, 1994: 45; Avery, 1997: 89), ante la falta de mejores alternativas (Goggin, 1960: 3-5; Martin, 1979: 282; Marken, 1994: 45-50; Avery, 1997: 89-92). Loïc Langouet (1973: 102) ha evitado el tema en sus trabajos en francés al utilizar el término jarres espagnoles.

Botija normalmente se utiliza en las publicaciones en español (Rubio Sánchez, 1973: 151-152, 167, 184-186; Fournier García, 1985: 545-548; Fournier y Fournier, 1989: 18; Buys, 1992: 13; Rodríguez Girón, 1996; Iglesias, 1997) y cada vez más en los trabajos en inglés siempre que esté involucrado el estudio de documentos de archivos españoles (Rice y Smith, 1989; Rice y Van Beck, 1993; Rice, 1994; DeFrance, 1996; Jamieson, 2000; Schávelzon, 2000; Smith, 2000). El término botija, más que el término jarra de aceite, es el que se adecua al uso común, al menos en lo que respecta a las aplicaciones durante la mayor parte del siglo XVI tardío y principios del XVII. Consecuentemente, es el que se utilizará para mantener el balance en este trabajo.

Botijas

Un estudio realizado durante 1996-2000 con 585 bordes completos y parciales de botijas o con bocas de estas ayudó a identificar varios bordes que podrían clasificarse como del estilo tardío de Goggin. Esto sugiere que las botijas de estilo tardío llegaron al monasterio de Santo Domingo en Antigua Guatemala antes de la destrucción de la edificación por el terremoto de 1773. En esta fecha, las lozas cerámicas producidas localmente habían sustituido los productos importados casi en su totalidad.

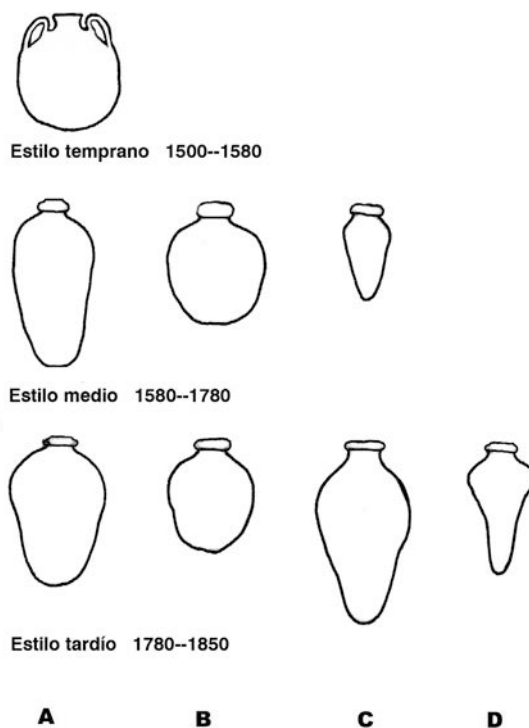


Fig. 2. Comparación de las formas de las botijas (Goggin, 1960: 28).

Idealmente, los perfiles estratigráficos podrían ayudar en la determinación de la edad relativa de muchas de las botijas marcadas, pero en realidad esto no ha resultado factible. El sitio ha sido objeto de grandes alteraciones por un sinnúmero de fases constructivas y de consolidación, que efectuados después de devastadores sismos, que, a su vez, antecedieron la destrucción final. Tampoco se puede dejar de mencionar la considerable degradación ocurrida en el período posterior al abandono del sitio, debido a la actitud de personas que buscaban materiales de construcción o artículos con probable valor. Además, deja mucho que desear el proceso de control de la excavación, la información sobre la procedencia de los artefactos y el marcado de estos. Los procedimientos de construcción y la excavación para construir las estructuras del hotel frecuentemente precedieron los trabajos arqueológicos. Otra complicación está dada por el fechado de la cerámica local en Antigua, la cual mantuvo casi la misma forma, pasta, colores y diseño desde el siglo XVI tardío hasta la

ARQUEOLOGÍA

fecha (Luján Muñoz, 1975: 35; Deagan, 1987: 93; Lister y Lister, 1987: 249-51). También se recuperaron algunos fragmentos de loza blanca con vidriado de sal, británica, modelos con diseños de puntos, arabescos y cestas; cuentas y ovillos; y cebada.² Asimismo, se recuperaron muchos fragmentos de loza crema verde y naranja con el borde de plato estilo Reina (Queens-shape) en contextos similares a los que produjeron formas de bordes de botija de estilo tardío, pero no existe certeza de que procedan de depósitos fechados en el período de vida activa del monasterio o si se introdujeron en calidad de relleno proveniente de otras locaciones de Antigua. El vidriado de sal con estos patrones está ilustrado y fechado para el período que va de 1740 a 1775, mientras que la loza crema está fechada en un lapso que abarca de 1759-1775 (South, 1977: 211; Noël Hume, 1982: 115-117, 124-125).

En ningún borde de botija de estilo temprano o tardío se han registrado marcas impresas, grabadas o incisas, lo cual es confirmado por el análisis realizado en este estudio. Cada vez resulta más claro que el precocido de las marcas en los bordes de las botijas representa fundamentalmente al comerciante o consignatario. Esto queda claramente indicado en la documentación de los manifiestos de embarque registrada por George Avery (1997: 201-207), donde se anota el comerciante o comprador así como la marca solicitada.

Marcas en los bordes de las botijas

Las 113 marcas registradas en bordes de botijas representan el mayor número registrado en un solo sitio arqueológico. En este estudio se identificaron cuatro variedades diferentes de marcas en el borde de las botijas (tabla 1). Tres se aplicaron en la fábrica antes de cocerlas y la cuarta se grabó después de la cochura, en cualquier momento durante la vida de la vasija.

En 91 de los bordes marcados, el método que más prevaleció fue el estampado o impresión sobre la pasta blanda. Esto dejó una marca impresa de profundidad variable, en dependencia de la fuerza aplicada, lo que al parecer se hizo con un hierro de marcar. Las marcas hechas a relieve (n = 6) se aplicaron en los bordes de las botijas con una herramienta de estampado similar, pero con un diseño de impresión diferente en la cara de la herramienta. El tercer método para la aplicación de marcas en el borde de las botijas en el sitio de producción, fue la aplicación de incisiones a mano alzada con un instrumento duro y afilado antes de proceder a la cocción (n = 9). La cuarta marca hallada en los bordes obedece a un diseño hecho por rayado, limado o grabado (n = 7) hecho después de la cocción de la pieza.

Marcas impresas o estampadas

Las marcas impresas se hallaron en 91 bordes o en un 80,5% de los bordes marcados. Existen 39 diseños estampados diferentes, varios de los cuales se hallan en más de un borde de botija. La mayoría aparece ilustrada en las figuras 3-4 y 6-8. Algunas de las marcas encontradas en Santo Domingo han sido reportadas en otras publicaciones, pero muchas representan marcas no registradas anteriormente. Estas marcas deberán ayudar a los investigadores a desarrollar patrones de distribución de las botijas y por extensión, de distribución del producto. También pueden esclarecerse los cambios temporales en las formas de los bordes.

Resulta difícil separar las marcas de los bordes en categorías significativas, pero con el objetivo de realizar descripciones han sido separadas en grupos arbitrarios que aparecen mostrados en diferentes figuras. El primer grupo es el que ilustra un escudo o blasón (fig. 3). Hay 23 marcas en forma de escudo con tres diseños diferentes: un escudo con una línea horizontal

Tabla 1. Bordes de botijas de Santo Domingo y métodos de marcación

Por impresión	A relieve	Por incisión	Grabadas	No marcadas	Total
91 (15,5%)	6 (1,1%)	9 (1,5%)	7 (1,2%)	472(80,7%)	585(100%)

² En idioma español, la literatura especializada en el tema puede utilizar los términos en inglés al describir estos diseños y referirse a los mismos como: "dot, diaper, and basket; bead and reel; and barley patterns".

que divide la marca ($n = 13$) (fig. 3b-d); un escudo con una línea diagonal, según descripción de la terminología heráldica desciende de la diestra a la siniestra ($n = 7$) (fig. 3e-g), con el extremo inferior de la diagonal toca el escudo por encima del ángulo. En la figura 3a y h se observa una marca similar pero la base de la línea diagonal toca el contorno bajo el ángulo ($n = 3$).

Los bordes de las botijas que presentan estas marcas no están vidriados; estas se hallan compuestas básicamente de una pasta gris con temperante de arena y presentan una eflorescencia crema/blanca o una superficie externa similar a un engobe. En el pasado esta coloración de la superficie se atribuía al engobe (Goggin, 1960: 11, 4, 20; Martin, 1979: 281). Más recientemente, la eflorescencia ha sido atribuida a la reacción química de los minerales de arcilla (James, 1988: 51, 52 y Avery, 1997: 131 dan una reseña de los estudios relevantes realizados acerca del tema). Todos los bordes de las botijas con marcas en forma de blasones o escudos se clasificaron como bordes de botijas del tipo A del estilo medio de Goggin, con la excepción de uno correspondiente a una botija tipo B del estilo medio (fig. 4).

El primer grupo de marcas en forma de escudos en los bordes ($n = 13$) (fig. 3b-d) está presente en dos perfiles de bordes diferentes, aunque el sello es idéntico en ambos casos. La primera forma de borde ($n = 8$) tiene aspecto triangular y su superficie exterior es recta o ligeramente convexa y posee un reborde alzado. La otra forma de borde ($n = 5$) tiene un reborde pronunciado, alzado, y un perfil más convexo en el borde exterior. Se considera que este último borde es posterior a los más triangulares y llanos, pero en la colección del monasterio de Santo Domingo los bordes tienen pastas y marcas idénticas. Al parecer, provienen del mismo centro de producción, pero en la rueda del alfarero hubo una mano diferente. Si estas dos formas fueron contemporáneas o no lo fueron, es algo que aún está abierta a la especulación. Resulta interesante destacar que los perfiles de borde más convexos presentan una marca aplicada en posición horizontal (fig. 3b), aunque en el caso de los bordes en forma triangular la marca fue aplicada en posición vertical (fig. 3c, d). Esto sugiere que hubo una evolución continua en el proceso de los bordes para ajustarse a sus perfiles cambiantes.

La segunda marca en forma de escudo utilizada en los bordes ($n = 7$) (fig. 3e-g) presenta una línea diagonal que divide al escudo, toca el borde exterior justo

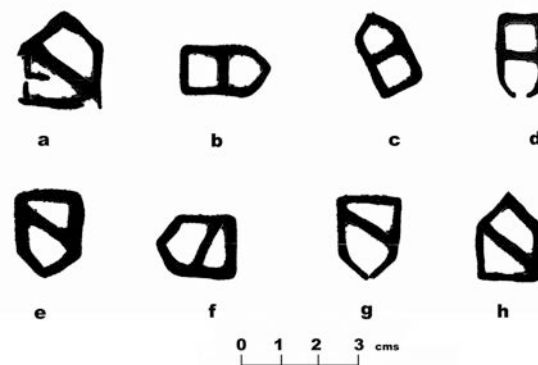


Fig. 3. Marcas en forma de escudo o blasón en el borde de las botijas, orientadas según sus bordes (dibujo de C. Sequen).

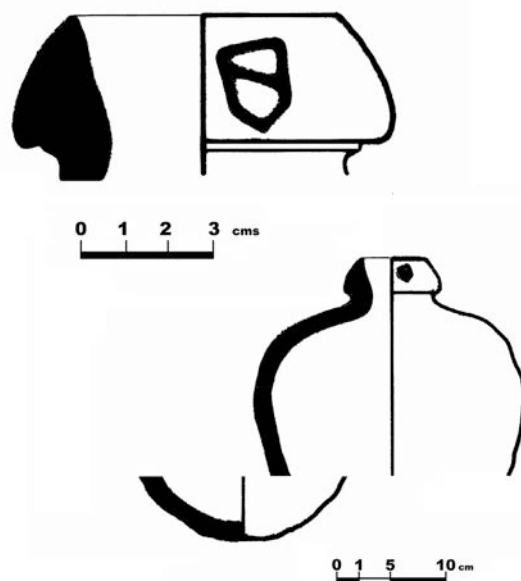


Fig. 4. Forma de borde tipo A de estilo medio con escudo impreso, realizado en una botija de tipo B de estilo medio (dibujo de D. Samayoa).

encima del ángulo inferior y se observa en los bordes triangulares, fundamentalmente de pasta gris con temperante de arena. Las marcas son estampadas, excepto una que aparece en posición horizontal. La pasta, el temperante y los perfiles de estos bordes son similares al número ocho, con el escudo dividido por una línea horizontal.

ARQUEOLOGÍA

El hallazgo sorprendente de una marca en forma de escudo en el borde de una botija completa tipo B (fig. 4), cambia el concepto de que las marcas impresas son encontradas solamente en la forma de botija tipo A (Goggin, 1960: 15; Marken, 1994: 115). Esta botija tiene un borde en forma triangular y su estilo se enmarca dentro del período correspondiente al siglo XVI tardío–siglo XVII temprano. La pasta es igual a la de otras botijas con una marca similar y al parecer se hizo con el mismo tipo de herramienta. La superficie exterior es similar a un engobe crema/blanco, mientras en el interior se aprecia un vidriado de color verde pálido. La botija (29,5 cm de altura y 24 cm de ancho) tiene capacidad para 6,4 litros, que es más que la mitad de la antigua arroba de aceite de Castilla de 12,56 litros (Enciclopedia Universal Ilustrada VI, 1910: 424; citada en Martín, 1979: 283).

La causa de esta forma de borde y marca aparentemente anómalos en una botija del tipo B queda abierta a la especulación. Con independencia del caso, este descubrimiento inusual de la forma de borde estampado de tipo A, correspondiente al estilo medio, en un cuerpo tipo B del estilo medio, de debe ser una alerta para los investigadores acerca de la posibilidad de que algunos bordes estampados, sin cuerpo suficiente para determinar la forma, podrían pertenecer a botijas del tipo B.

La tercera categoría (fig. 3a, h) también presenta una línea diagonal que divide el escudo, pero en este caso el extremo inferior de la diagonal toca el perfil exterior bajo el ángulo. Aquí se observa que el perfil del borde es triangular nuevamente. Estas vasijas concuerdan con las formas de borde del tipo A del estilo medio de Goggin. En dos de los ejemplos existe suficiente hombro y cuerpo para confirmar que son botijas del tipo A.

Fechar estas marcas es más bien una especulación, porque no se han reportado ejemplos de marcas en forma de escudo en bordes provenientes de contextos con un fechado certero. Al utilizar datos de perfiles de bordes provenientes de naufragios (Marken, 1994: 49-52; Avery, 1997: 120, fig. 25) hemos observado (fig. 5) que las formas triangulares corresponden a la última parte del siglo XVI y llegan hasta ejemplos del naufragio del Atocha (1622). Algunos bordes de este naufragio tienen también un perfil exterior ligeramente redondeado.

Teniendo en cuenta las formas de bordes hallados en contextos debidamente fechados, hemos propuesto

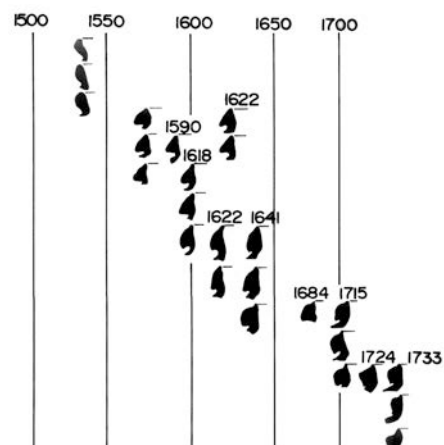


Fig. 5. Organigrama cronológico para los bordes de las botijas de aceite de estilo medio pertenecientes a la forma A (Avery, 1997: 120, fig. 25).

un rango aproximado de fechas que abarca desde aproximadamente 1590 a principios de la década de los veinte del siglo XVII para las botijas con escudos impresos en los bordes. Todas las marcas en forma de escudo, y de estas ocho dentro de un grupo de trece, con una línea horizontal presentan un perfil triangular y pudieran ser fechadas tempranamente dentro de este rango. Esto se adecua bien con otras cerámicas halladas en los mismos niveles de excavación en el monasterio de Santo Domingo, por ejemplo Columbia Liso, Caparra Azul, así como otros materiales correspondientes al siglo XVI tardío y el XVII temprano de la Ciudad de México y Puebla (Pasinski, 1998).

Los intervalos de fechas propuestos o sugeridos para las marcas halladas en los bordes de botijas aparecen señalados en la tabla 2. Necesariamente, los intervalos de fechado son aproximados y pueden cambiar cuando se obtienen más datos de los archivos o según las evidencias debidamente fechadas que proporciona la arqueología. A la luz de los descubrimientos de este estudio, donde se constata que la morfología de los bordes con marcas idénticas puede diferir ligeramente, no queda claro si esas diferencias son el resultado del trabajo de ceramistas diferentes que fabricaban botijas en el mismo momento o si las botijas se produjeron en un intervalo de varios años. Aun cuando se conoce la fecha de un naufragio como es el caso del Atocha, no se puede asumir que la fecha de produc-

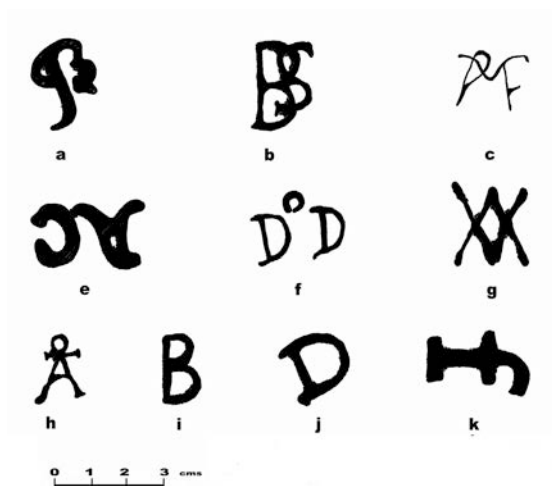


Fig. 6. Marcas impresas de letras en bordes de botijas (dibujo de D. Samayoa).

Tabla 2. Fechados sugeridos para las marcas de bordes de las botijas ilustradas

Fechado	Identificación de las figuras
1580-1600	Figura 7m
1580-década del 1620	Figura 10a, e
1590-década del 1620	Figura 3a, e-h; fig. 4; fig. 6a, d, f, h-j; fig. 11d, g; fig. 12 g
1600-década del 1620	Figura 3b-d
Década del 1610-1620	Figura 6g; fig. 7 a-c, f-g, j-l
Décadas del 1610-1640	Figura 6e; fig. 7 d-e
Décadas del 1630-1650	Figura 7 g; fig. 8
Década del 1640-1650	Figura 6 b-c; fig. 11 a-c, e, g

ción estuviera dentro de un intervalo de un año o dos. El Atocha regresaba de vuelta a España desde América con botijas que probablemente se reciclaban para reembarcar productos a España o a lo mejor se utilizaban para almacenar agua, según era la costumbre en aquellos tiempos (Bankston, 1986: 138).

La segunda forma de marca impresa más frecuente hallada en bordes de botijas tiene la forma de una B estampada (fig. 6h). Se hallaron doce de esas marcas, al parecer todas hechas con el mismo instrumento. Los doce bordes que presentan esta marca no están vidriados y fueron hechos de una pasta gris con temperante de arena. Se ha sugerido que las botijas con pasta y temperantes similares provienen de la cuenca del río Guadalquivir, que fluye a través de Sevilla (Lister, 1987: 256; Avery, 1997: 147-148).

A pesar de las marcas similares, se presentan tres perfiles de borde diferentes: triangular con un reborde muy pequeño ($n = 6$), perfil exterior ligeramente convexo y reborde alzado diferente ($n = 3$) y borde con perfil exterior convexo diferente y un borde alzado prominente ($n = 3$). Según ejemplos bien fechados, los tres perfiles de borde corresponden a períodos de tiempo ligeramente diferentes y tienen el perfil triangular ubicado más tempranamente. Sin embargo, debido al uso de una herramienta de estampado aparentemente idéntica, utilizada para las tres formas de borde, cabe preguntarse si los perfiles de bordes dife-

rentes obedecen simplemente a la idiosincrasia de al menos tres ceramistas que fabricaban botijas en la misma fecha.

Según formas de borde existentes bien fechadas (fig. 5), estos bordes marcados corresponden al período de 1580 hasta la década de los veinte del siglo XVII. La cerámica registrada en los mismos niveles de excavación (Pasinski, 1998), junto a estos bordes con perfiles triangulares y la marca B, incluye Columbia Liso, Sevilla Blanco, Sevilla Azul sobre Blanco, alguna cerámica de vidriado de plomo temprana, atribuida aproximadamente a 1560-1580 en este sitio, así como unos pocos tiestos atribuidos a un origen temprano de Puebla y Ciudad de México. Desde el punto de vista temporal, ninguno de estos materiales contradice el fechado según los perfiles de borde, aunque alguna cerámica no perteneciente a botijas sí presenta fechas intermedias más tempranas. Dos de los bordes ligeramente convexos, marcados con B, tienen una asociación cerámica similar a los perfiles de borde triangulares mencionados anteriormente, aunque el tercer ejemplo no presenta una buena asociación cerámica.

En la fig. 6a-g, i-j se ilustran otras marcas de borde impresas en las que se utiliza una letra o combinaciones de estas. Incluye una B cursiva, o una B con una S sobre-estampada, una MF o una PMF, una DD, una XX, una A con un círculo encima, una D simple y una f horizontal.

ARQUEOLOGÍA

La única marca de borde previamente reportada que aparece en la figura 6 es la que muestra una DD, la cual fue registrada e ilustrada por Marken (1994: 64, 75, fig. 4.10, fig. 4.21A) en los naufragios del San Antonio (1621), el Atocha (1622) y el Concepción (1641). Existen tres marcas DD en la colección de Santo Domingo, cada una con un pequeño círculo encima de las letras, similares al ejemplar del San Antonio. La forma del borde de los tres ejemplos de Santo Domingo presenta un perfil exterior convexo o redondeado y un reborde ligeramente alzado similar a la forma de los bordes hallados en el Concepción (Marken, 1994: 90, fig. 4.34). Estilísticamente hablando, los ejemplos de Santo Domingo se ubican en el último período de las marcas DD registradas con anterioridad. Consecuentemente, la fecha de 1640 con algunos años de más o de menos es la que se ha postulado para la marca DD en las botijas de Santo Domingo. Existe una marca de borde ilustrada con una f en Avery (1997: 113, fig. 20), proveniente de un naufragio no identificado fechado en el período de 1622-1625. Sin embargo, no es idéntica a las dos marcas f (fig. 6j) halladas en los bordes de Santo Domingo. Las dos marcas f de Santo Domingo son mayores en 3,0 cm que la mayoría de las marcas, por lo que no resulta sorprendente que aparezcan en posición horizontal en el borde. Las marcas con la f impresa tienen una forma triangular y como tales, estilísticamente, les corresponde el primer cuarto del siglo XVII.

En casi todas las botijas intactas tipo A encontradas bajo el piso original de una casa particular en Antigua Guatemala, se halló una marca en forma de A con un círculo sobrepuesto (fig. 6g). La construcción original de esta vivienda comenzó en 1597 (comunicación personal de los propietarios), por lo que las botijas y las marcas presumiblemente se aproximan o son ligeramente posteriores a esa fecha. La forma del borde es similar a las halladas en el naufragio de San Martín (1618) (Avery, 1997: 110, fig. 18).

Los bordes en los que aparece una B con una S sobrepuesta (fig. 6b) y la marca MF tienen formas que concuerdan con los ejemplos correspondientes a la década del cuarenta del siglo XVII, por lo que se pueden asignar a ese período provisionalmente. Los bordes con una B cursiva (fig. 6a), la imagen de espejo de una AC cursiva (fig. 6d), una doble X (fig. 6f) y una D mayúscula (fig. 6i) tienen perfiles de borde triangular-

res y, como tales, probablemente estén fechados en el siglo XVI tardío o en el primer cuarto del siglo XVII.

En la figura 7a-m aparecen otras trece marcas de borde impresas. De estas, cinco (fig. 7b-d, i, l) ya se han registrado con anterioridad, lo cual resulta útil para asignar posibles fechas a esta colección. La marca en la figura 7b es similar a la de piezas registradas en el naufragio del San Martín (1618) las cuales fueron ilustradas por Avery (1997; fig. 18). Esta marca es similar al ejemplo de Santo Domingo y presenta una forma de borde triangular corto que es análogo, por lo que probablemente esté fechada más o menos en el mismo período. Goggin (1960: 16, fig. 6D) también registró otras marcas de borde algo similares, aunque no idénticas, halladas en el techo de una bóveda en el Convento de San Francisco, Ciudad Trujillo, República Dominicana. Mitchel Marken (1994: 76-77, fig. 4.22B) también las registró en el Atocha (1622).

La marca con una cruz sobrepuesta sobre un diamante o una AM flanqueada por dos círculos (fig. 7C), también ha sido registrada (Marken, 1994: 76-77, fig. 4.22D) en el Atocha (1622) y en la vivienda particular de Antigua mencionada anteriormente para el caso de la descripción de la marca A. Teniendo en cuenta que

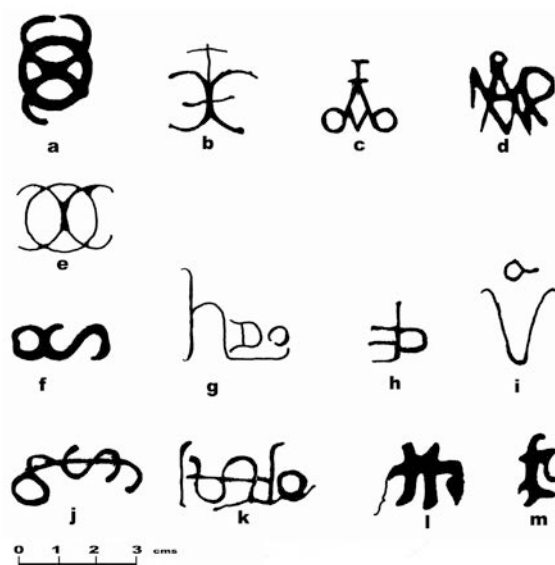


Fig. 7. Marcas impresas en bordes de botijas del tipo A de estilo medio (dibujo de C. Sequen).

todas las marcas de borde se adecuan con las del primer cuarto del siglo XVII, y existe una fecha veraz (1622), se puede asignar una fecha similar para los ejemplos de Antigua, Guatemala.

La colección de Santo Domingo contiene dos ejemplos con la marca MAR (fig. 7d), la cual también se ha registrado en el naufragio del Concepción (1641) (Marken, 1994: 91, fig. 4.37B) y en el antiguo convento de San Francisco, Antigua Guatemala. Los bordes hallados en Guatemala tienen un perfil externo convexo y un reborde alzado, similar a las formas de borde encontradas en el naufragio del Concepción (1641). Consecuentemente, puede asignarse la fecha aproximada de 1641 para los ejemplos de la colección de Santo Domingo.

En Santo Domingo se hallaron dos ejemplos de marcas de borde en forma de V, con un pequeño círculo y una línea sobresaliente sobre la marca principal en un borde redondeado (fig. 7i). Goggin (1960: 15-16, fig. 6A) registró en San Agustín, Florida, una marca similar a la de Guatemala aunque la primera está impresa al revés en el borde. Las marcas de Santo Domingo se repiten tres veces alrededor del borde y se hallan en bordes triangulares con un perfil exterior moderadamente redondeado. Estos son similares a los bordes hallados en los naufragios del San Martín (1618) y el Concepción (1641), por lo que se ha asumido la fecha 1618-1641 para esta marca.

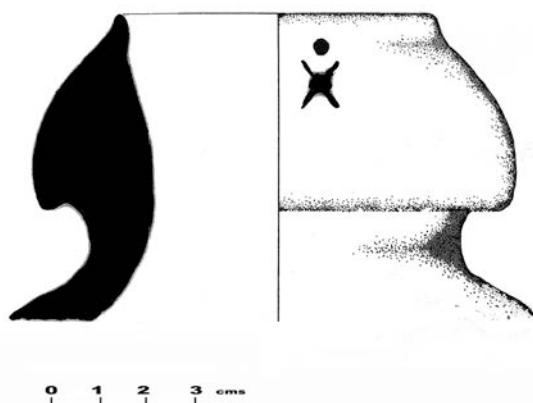


Fig. 8. Pequeña marca impresa en un borde de botija del tipo A de estilo medio (dibujo de C. Sequen).

Marken (1994: 76-77, fig. 4.23B) registró una marca de borde repetida en forma de H, en la cual la barra transversal tiene un aspecto sobresaliente y apunta hacia abajo. Esta fue hallada en el Atocha (1622). Los perfiles de borde de cuatro marcas similares (fig. 7l) pertenecientes a la colección de Santo Domingo presentan la misma forma que los ejemplos del Atocha, por lo que se piensa que regresaba del Nuevo Mundo. Es probable una fecha de producción tan temprana como 1620 o 1621 para estos bordes marcados de Santo Domingo.

La marca de borde (fig. 7h) en la que aparece una línea vertical con tres líneas horizontales orientadas hacia la izquierda y un medio círculo a la derecha es la más pequeña registrada, aunque se exceptúan algunos círculos impresos. Esta marca (monasterio de Santo Domingo) ha sido hallada en una forma de borde asociada con fechas a partir de 1641, o probablemente posteriores. También se ha hallado otra pequeña marca de borde en el mismo sitio en la que aparece una X debajo de un pequeño círculo (fig. 8) sobre una forma de borde que sugiere un período correspondiente a la década del cuarenta del siglo XVII. Como este es un período de evolución en las formas de los bordes de las botijas, resultaría más fácil imprimir con sellos más pequeños en los bordes anulares sobresalientes de las botijas. Esto sugiere que las marcas más pequeñas prevalecieron más desde mediados hasta finales del siglo XVII.

Ninguna de las marcas ilustradas en la figura 7a, e-g, j-k, o en la figura 8 han sido observadas en la literatura revisada por el autor. Las formas de borde con estas marcas se asocian con los ejemplos fechados desde finales del siglo XVI hasta 1641 y, a menos que surja información contradictoria al respecto, se considerará que estas se corresponden con ese período. En esas fechas generalizadas se exceptúan las marcas (fig. 7h y fig. 8) mencionadas en el párrafo anterior. Las marcas de borde pequeñas aparecen en bordes con un perfil exterior más convexo que en el resto de las marcas que aparecen en la figura 7 y se consideran fechadas en 1641 o más tarde.

Entre los artefactos hallados en Santo Domingo se encontraron once bordes de botija con círculos impresos correspondientes al menos a cinco tamaños o estilos (fig. 9a-i). De estos, diez se asocian con formas de borde fechadas desde finales del siglo XVI hasta aproximadamente 1641. Sólo una (fig. 9b) presenta un perfil de borde similar al de los ejemplos fechados a

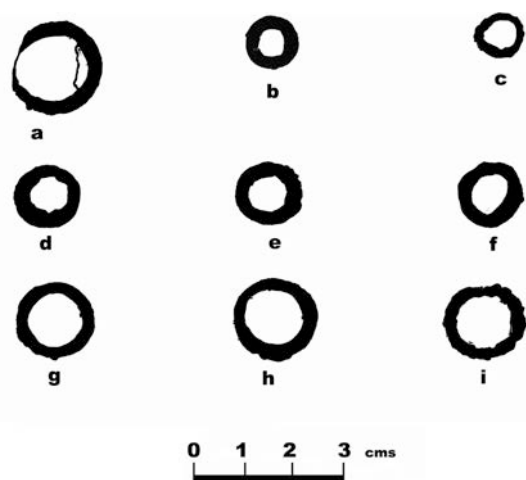


Fig. 9. Círculos impresos en bordes de botijas del tipo A de estilo medio (dibujo de C. Sequen).

partir de 1641 o después. Avery (1997: 113, fig. 20) registra un círculo impreso proveniente de un naufragio no identificado, fechado en el período de 1622 a 1625. Otro borde de botija con un círculo impreso fue registrado por el autor en un sitio portuario colonial de Las Bodegas, lago Izabal, al noreste de Guatemala. Esta última forma de borde es similar a la encontrada en el naufragio de 1622-1625 mencionado anteriormente.

Marcas estampadas o en relieve

La colección de Santo Domingo incluye al menos 50 bordes de botijas fabricadas de una pasta roja diferente, entre los que se incluyen seis con marcas de borde hechas a relieve (fig. 10a-e). Se aplicó la identificación de colores a través de la tabla Munsell a la pasta de cuatro de estos bordes marcados, los cuales coincidieron con la designación 10R 5/8 (fig. 10a-b, e-f). Las marcas de borde hechas a relieve en la pasta roja, frecuentemente en un marco ornamental, indican diferencias en los orígenes de la arcilla y estilos de marcado utilizados en las botijas de pasta gris, sugiriendo una fuente de materia prima diferente para esas botijas. Evidentemente, hubo un trabajo más cuidadoso en la preparación de las marcas y las botijas tienen un acabado mejor, con bordes bien pulidos. Marken (1994: 76) resalta esta variante de pasta. Debajo del piso de la casa particular de Antigua Guatemala, mencionada



Fig. 10. Marcas de borde hechas a relieve en botijas de pasta roja (dibujo de C. Sequen).

anteriormente, se recuperaron cinco botijas similares de pasta roja, entre las que se encontraban tres con marcas de borde hechas a relieve.

Una de las marcas registradas anteriormente (P23), encerrada dentro de un marco hexagonal (fig. 10b) resulta similar a una marca obtenida del naufragio del Atocha (1622) (Marken, 1994: 77, fig. E), aunque en el ejemplo del Atocha la marca está hecha al revés y la marca de Antigua, al derecho (Marken, 1994: 76-77). Debido a la similitud en el estilo de marcado se piensa que la marca a relieve registrada por Goggin (1960: 16, fig. 6C) también aparece en una botija similar de pasta roja, que proviene de la misma fuente.

En un antiguo sitio de Huaca Palomino, entre Lima y el puerto del Callao, Perú (Cadenas Martín, 1973; fig. VI) se registraron otros cinco bordes de botija de grano fino y marcas a relieve. Mercedes Cadenas Martín (1973-1974) considera que la cerámica colonial recuperada de ese sitio está fechada aproximadamente a partir de mediados del siglo XVI hasta principios del siglo XVII. Entre las formas de bordes de botija ilustradas, una representa claramente un borde alto acampanado del estilo temprano de Goggin y los otros son más bien

achataados y muestran formas similares a las provenientes de la Armada (1588)(Martín, 1979) y de Santa Elena (South *et al.*, 1988), todo lo cual corrobora el fechado de Cadenas Martín. Como estas botijas no provienen de Sevilla o del área del valle del Guadalquivir es necesario buscar la fuente de origen.

Un posible origen es el área de Cazalla de la Sierra, ubicada a 75 km al norte-noreste de Sevilla, la cual fue un importante centro de producción de vinos (Avery, 1997: 145) y aguardiente durante los siglos XVI y XVII. Florence Lister y Robert Lister (1997: 136) han sugerido que esa zona pudo haber sido un área productora de cerámica. Avery (1997: 145-148) menciona una sección delgada de una teja hecha de pasta roja, la cual proviene de la región de Cazalla y menciona además que la geología de la región produce arcillas que una vez cocidas generan una cerámica con una pasta de color rojo fuerte. Las arcillas de Cazalla son diferentes de las de Sevilla y del valle del río Guadalquivir, cuyas arcillas generan tonos grises al cocerlas. En Rubio Sánchez (1973: 163), Lister y Lister (1987: 317), Falla (1996: 261, 337-338) y Avery (1997: 203-205) se encuentran varias referencias al vino de Cazalla. Las referencias de Avery, tomadas de los manifiestos de embarque, mencionan vino en botijas peruleras a partir de 1583, 1584 y 1613 y sólo se utiliza la palabra botija en el manifiesto a partir de 1615, mientras que Lister habla de botijas peruleras para un embarque en 1580. La referencia de 1604, tomada de Rubio Sánchez, menciona un embarque de 200 botijas de vino proveniente de Cazalla destinado a Guatemala. Consecuentemente, existe la posibilidad de que las botijas hechas de pasta de color rojo intenso, y, particularmente las que presentan una marca de borde hecha a relieve, provengan de la región de Cazalla, España.

Las botijas de pasta roja con marcas de borde hechas a relieve tienen formas de borde similares a las registradas para el siglo XVI tardío y XVII temprano. Los perfiles de borde son triangulares y son similares a varios de los ilustrados por Martín (1979: 280, fig. 1), teniendo en cuenta las piezas halladas en los naufragios de la Armada (1588). También tienen formas similares a las ilustradas por Avery (1997; fig. 17), según las piezas halladas en el naufragio de El Rosario (1590) y algunas de las encontradas en el San Martín (1618) y de otro naufragio no identificado correspondiente al período de 1622-1625. Todo esto sugiere que las botijas con pasta roja y marcas estampadas a relieve en el

borde están fechadas, al menos, en un período tan temprano como la década de los ochenta del siglo XVI hasta inicios de la década del veinte del siguiente siglo.

Bordes con marcas incisas

Las marcas de borde practicadas mediante incisión se hicieron con un objeto afilado, mientras la pasta aún estaba blanda. Siete de estas marcas aparecen representadas en la figura 11a-g. Otra marca adicional realizada mediante incisión en forma de S aparece ilustrada en la figura 12f. Esta comparte el borde con una marca grabada que se realizó en un momento posterior.

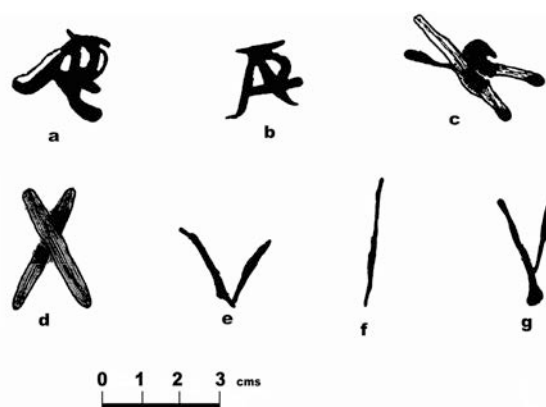


Fig. 11. Marcas hechas por incisión en bordes de botijas (dibujo de C. Sequen).

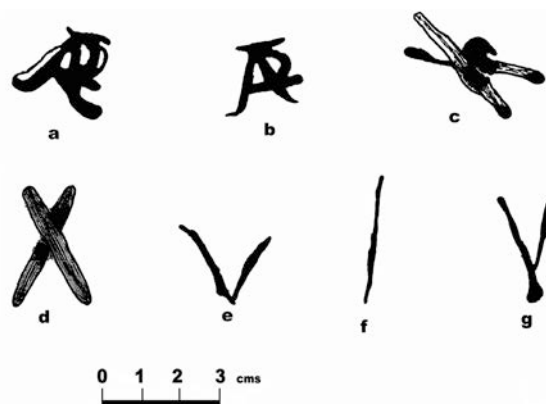


Fig. 12. Marcas rayadas o grabadas en bordes de botijas (dibujo de C. Sequen).

ARQUEOLOGÍA

Cinco de estas marcas se hicieron mediante el empleo de alguna combinación de líneas rectas (fig. 11c-g). La línea representada por una incisión ligera (fig. 11f) podría ser simplemente el resultado de una falla durante la fabricación y probablemente no representa una marca verdadera. Por otra parte, dos de las marcas (fig. 11a-b) presentan una realización más cuidadosa y al parecer son el resultado de la combinación del tallado y la incisión. Al parecer, existen variantes con las mismas letras AR o AP. Este estilo es una reminiscencia de una marca en la que aparece una R parcial observada por Goggin (1960: 15 y fig. 7B) hallada en el convento de San Francisco, Ciudad Trujillo, República Dominicana. Las otras marcas hechas por incisión en forma de S (fig. 12g) y una B se hicieron con titubeo, lo cual puede apreciarse a partir de las evidencias dejadas por un instrumento que se alzaba y dejaba caer nuevamente. Ninguno de los bordes de botija que se hicieron por incisión presenta vidriado y exhiben eflorescencia de color crema en la superficie.

Las marcas fueron objeto de estudio para determinar si la incisión tenía algún tipo de implicación temporal, lo cual fue inducido por la posibilidad de que se hubieran utilizado otros métodos de marcado al tener en cuenta que las formas posteriores de borde presentaban un perfil más redondeado y, consecuentemente, resultaba más difícil la aplicación de los métodos tradicionales de estampado. Aquí se incluye más incisión en los bordes y posibles marcas en los hombros. De un conjunto de nueve marcas, se excluyó la única que presenta forma de línea recta (fig. 11f), la cual probablemente fue una falla de manufactura. Tres de los ocho bordes restantes con incisión (fig. 11d, 12g) presentan un perfil triangular que concuerda con los bordes del siglo XVII temprano. Los cinco bordes restantes (fig. 11a-c, e, g) tienen perfiles de borde más acordes con los de mediados del siglo XVII. Los tres bordes (fig. 11a-c) con la AR y una X realizada con una incisión profunda tienen un reborde alzado muy diferente y un perfil casi anular sobresaliente, que se asocia con los bordes de mediados hasta finales del siglo XVII. Teniendo en cuenta que cinco de las ocho marcas de borde hechas por incisión fueron halladas en formas de borde de estilos posteriores, se sugiere que las marcas hechas por incisión antes de la cocción pueden haber prevalecido algo más desde mediados hasta finales del siglo XVII que en períodos anteriores.

Marcas de bordes grabadas, ralladas o limadas

Marken (1994: 76, 78) ilustra y analiza ocho marcas de borde grabadas (Marken utiliza el término incisión) que fueron registradas en el naufragio del Atocha (1622), pero no se ha encontrado ninguna otra referencia sobre este tipo de marca de borde. En la colección de Santo Domingo existen siete bordes con marcas realizadas después de la cocción de la pieza; seis aparecen ilustradas en la figura 12a-f, con la marca adicional de una V que no aparece ilustrada. Estas marcas consisten en líneas rectas en diferentes combinaciones, las cuales forman líneas paralelas, cruzadas o perfiles en forma de V. Probablemente, estas marcas se hicieron con el objetivo de poder diferenciar entre botijas con perfiles similares durante los trabajos de almacenamiento o embarque. En una marca que presenta una X grabada se hizo después de la cocción (fig. 12f) también se observa una f practicada mediante incisión antes de la cocción.

Ninguna de las siete marcas grabadas se halló en botijas intactas, pero teniendo en cuenta los perfiles de borde todas se encuentran incluidas en las formas de borde del tipo A correspondientes al estilo medio de Goggin. Cuatro marcas (fig. 12a-b, e-f) están en bordes con perfil triangular, que se asocia con botijas del siglo XVI tardío o del primer cuarto del siglo XVII. Los otros tres bordes grabados (fig. 12c-d) tienen rebordes más pronunciados y perfiles más redondeados o convexos y se considera que corresponden a formas de borde de mediados del siglo XVII. No se hallaron bordes grabados en ninguna de las formas asociadas con el siglo XVII tardío o con el XVIII. Los siete bordes con marcas grabadas no presentan vidriado con superficie similar a un engobe crema.

Goggin (1960: 15; fig. 7) y Marken (1994: 79, 80) analizan e ilustran las marcas grabadas en los hombros. En la colección bajo estudio no se observó ninguna marca de hombro grabada, aunque sí hay presencia de marcas de hombro estampadas.

Marcas impresas en el hombro

La presencia de marcas de borde en los hombros de tres botijas completas tipo A de Goggin y en un fragmento de un hombro, resultó sorprendente porque los ejemplos de esas marcas sólo se han observado en el trabajo de Langouet (1973: 100, lámina 2, MM1). Su

marca representa un 6 en cursiva, pero aparece descrita en el trabajo de referencia como una gamma griega. Langouet ubicó esta botija en el museo de Saint-Malo, Francia, y piensa que llegó desde España en algún momento entre el final del siglo XVI y la mitad del XVIII.

La marca que aparece en las botijas del tipo A del monasterio de Santo Domingo es una Lo mucho mayor que las marcas más frecuentes que aparecen en los bordes. La L tiene 3 cm de altura y la O, quizás un círculo, tiene una alineación diferente y posee 2 cm de diámetro (fig. 13). Los dos caracteres tienen una alineación ligeramente diferente en las botijas, lo que sugiere que las dos letras se imprimieron con dos instrumentos separados.

Esta marca se halla en vasijas que se encuentran fechadas en etapa muy posterior a las marcas de borde más tempranas, ya que la forma del borde concuerda con las marcas halladas en bordes del tipo A de estilo medio tardío o bordes del tipo A de estilo tardío (Goggin, 1960: 19, fig. 8D). Estas formas de borde de estilos más tardíos tienen un estrecho anillo sobresaliente que dificulta imprimir la mayoría de las marcas anteriores, por lo que el hombro sería la ubicación lógica para identificar las marcas. Es fácil pasar por alto las marcas realizadas en los hombros porque generalmente fueron realizadas suavemente sobre la pasta, y la aplicación posterior del vidriado contribuye a oscurecer la marca. Esta impresión superficial es probablemente un resultado de la ubicación en el hombro de la vasija, ya que una impresión profunda habría producido deformación en el hombro aún blando.

Las tres botijas de Santo Domingo son de la variedad tipo A de Goggin, con un vidriado color verde esmeralda oscuro, tanto en su parte interna como en la externa. Para dos de estas botijas se registraron volúmenes de 17,5 y 20,8 l, pero no se pudo determinar el volumen de la tercera porque tenía la base rota. El aspecto y las mediciones de altura y diámetro resultaron similares. En los materiales registrados en Santo Domingo se encontró un fragmento de hombro vidriado de color verde grisáceo que presentaba una marca similar. Otra botija completa con forma similar: vidriado, tamaño y marca, se encuentra en una colección privada en Antigua Guatemala. Teniendo en cuenta que se encontraron cuatro botijas intactas y una porción con marcas impresas en los hombros, se espera hallar en otros lugares marcas en los hombros de formas similares de botijas. Considerando el estilo de borde y la ubicación de los hallazgos en el monasterio de Santo Domingo, se piensa que las botijas con marcas en los hombros ya estaban en uso en el momento de la destrucción del monasterio, en 1773. Consecuentemente, para estas botijas se ha estipulado una fecha determinada poco antes o contemporánea con 1773, quizás el tercer cuarto del siglo XVIII.

En otra botija se aprecia una marca en forma de un pequeño círculo impreso, la cual fue aplicada antes de cocer la pieza (fig. 14). Esta marca se muestra en una botija tipo B de Goggin. En Lister y Lister (1987: 211, fig. 123e) aparece registrada una marca con una ubicación similar pero no es idéntica. El ejemplo del Monasterio de Santo Domingo presenta un vidriado de estaño de color blanco crema en el interior y en ambas superficies del aro de la boca, y un poco hacia la parte de los hombros. El ejemplo de los Lister se describe como vidriado con estaño opaco en el borde

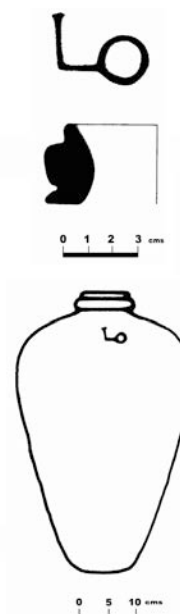


Fig. 13. Botija vidriada en verde con marca impresa en el hombro (dibujo de C. Sequen).

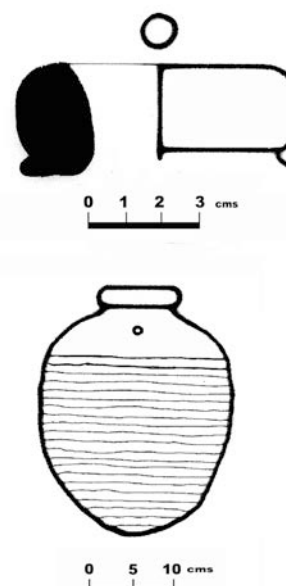


Fig. 14. Botija vidriada con marca impresa en el hombro (dibujo de C. Sequen).

ARQUEOLOGÍA

y tiene la misma forma que la botija de Santo Domingo. Esto se adecua con el estilo tardío de Goggin para la botija del tipo B, la cual tiene una capacidad de 6,3 l. El vidriado con estaño blanco en el interior de las botijas del tipo B de Goggin se asocia con las botijas del tipo B de estilo tardío (Goggin, 1960: 30).

El autor también registró varios fragmentos de botijas y un borde con el interior vidriado con estaño blanco, asociado con material fechado en los últimos veinte años del siglo XVIII. Este hallazgo, proveniente de la boca del río Dulce, al noreste de Guatemala, se asocia con varios fragmentos de cerámica crema, dos fragmentos con vidriado blanco de sal y fragmentos de botija de estilo tardío. El material de Santo Domingo sugiere una fecha anterior para el caso de los hallazgos de los materiales de estilo tardío que la fecha postulada anteriormente por Goggin (1960) y se ha pensado en una fecha tan temprana como 1773, momento en que se produjo la destrucción del monasterio.

Discusión

En Guatemala se han hallado muchas botijas, especialmente en Antigua. Algunas de estas, que tienen marcas en las bocas de sus respectivos bordes, se han encontrado en casas particulares, hoteles, tiendas de antigüedades e iglesias. Se han registrado en los arcos de iglesias, bajo los pisos de las casas, así como en diferentes excavaciones. No obstante, no se ha ejecutado un análisis sustancial sobre estas vasijas. Afortunadamente, este estudio estimulará el interés acerca del tema y se logrará la compilación de una mayor cantidad de datos sobre las botijas de Guatemala.

En un contexto subacuático ubicado en Las Bodegas, lago Izabal, Guatemala, se recuperaron trece bordes de botijas y una botija completa del tipo A en el año 1991 (Orozco, 1993). Todas concuerdan con las formas del estilo medio de Goggin. Además del círculo estampado en un borde, se observaron otras marcas estampadas. Una tiene la forma de un escudo poligonal que presenta una línea diagonal desde cerca de la esquina superior hasta el ángulo inferior, similar a siete marcas observadas en los bordes de botija de Santo Domingo (fig. 3e-g). La marca restante hallada en las Bodegas es una *f* minúscula ubicada en posición horizontal con proyecciones en ángulo desde su base. Esta marca no se ha observado en ninguno de los informes sobre botijas de aceite a los cuales se ha hecho

referencia. No resulta sorprendente que dos de las tres marcas halladas en las Bodegas, lago Izabal, también estén presentes en el monasterio de Santo Domingo, teniendo en cuenta que gran parte de las mercancías destinadas a Antigua Guatemala, arribaban por el puerto de Bodegas. Otra botija completa del tipo A de estilo tardío fue hallada en un contexto subacuático de Puerto Izabal, en el lago del mismo nombre. Este puerto comenzó sus operaciones en 1804, cuando cerró Bodegas.

Avery (1997) compiló una subdivisión de las formas de borde de estilo medio de Goggin al tomar como base bordes de botijas bien fechados (fig. 5). Su tabla muestra un cambio significativo entre las formas de bordes de mediados del siglo XVII y las de principios del siglo XVIII. El cambio en la forma del borde no es un fenómeno súbito porque hubo un proceso evolutivo de las formas con perfil triangular del siglo XVI tardío y principios del XVII a una forma del borde exterior más redondeada en fecha tan temprana como 1621 en el caso de algunas botijas encontradas en el naufragio del San Antonio (Marken, 1994: 64, fig. 4.10) y el Atocha (1622) (Marken, 1994: 73; fig. 4.19B). Este redondeo en el borde exterior también se observa en la última botija con fechado exacto —donde se aprecia una marca de borde impresa—, la cual fue hallada en el naufragio del Concepción (1641) (Marken, 1994: 90, fig. 4.34). Al parecer, el cambio de la forma de borde triangular a una configuración de borde más sobresaliente puede constituir una ayuda para la interpretación temporal de las formas de los bordes de las botijas cuando no existe disponibilidad de más información. No obstante, debe valorarse cuidadosamente el uso de la evolución de las formas de los bordes porque en un naufragio se han hallado estructuras de bordes diferentes que deberían tener el mismo fechado. Es posible que este cambio se deba a que fueron fabricadas por productores diferentes. Como se observó anteriormente, las botijas con las mismas marcas de borde también tenían formas de borde ligeramente diferentes, aunque su origen fuera el mismo centro de producción y hubieran sido fabricadas en la misma fecha. Sencillamente, se trata de bordes de botijas que fueron fabricadas por diferentes ceramistas.

Ninguna botija proveniente de contextos fechados después de 1641 ha sido registrada con marcas de borde hechas mediante estampado o impresión. Las formas de borde de las botijas del siglo XVIII temprano tienen un aspecto más sobresaliente y presentan un

reborde pronunciado. Marken (1994: 50) las menciona como bordes del tipo 4 y los describe como *"bordes ligeramente engrosados... con una sección superior ligeramente cóncava que lleva a un reborde bien definido"*. Son similares a los bordes fechados hasta 1684 y 1715, según las ilustraciones de Avery (1997: 120), reproducidas en la figura 5 del presente trabajo. Este cambio en las formas de borde puede ser una ayuda notable al sugerir un contexto cronológico para determinados depósitos del monasterio de Santo Domingo, donde no existen otros materiales para realizar diagnósticos.

Todos los bordes donde aparecen marcas ilustradas en las referencias disponibles se hallan en vasijas cuyos bordes de estilo medio temprano han sido ilustrados por Avery. Si estas observaciones soportan un mayor nivel de escrutinio cuando se hallan otros bordes de botijas marcadas y fechadas, la combinación de marcas estampadas en los bordes en el caso de bordes triangulares o ligeramente redondeados ilustrados por Avery constituye un importante indicador cronológico de los bordes de estilo medio temprano hasta aproximadamente 1641. De los 113 bordes marcados de botijas provenientes del monasterio de Santo Domingo, 111 marcas aparecen en formas de borde del tipo A correspondientes al estilo medio temprano, las cuales concuerdan con las mostradas por Avery, fechadas al menos hasta 1641. Algunos de los bordes marcados en la colección de Santo Domingo aparecen en vasijas con un borde exterior más redondeado o convexo que los bordes con un fechado exacto, lo que sugiere que las marcas de borde impresas se continuaron haciendo hasta después de 1641. En un borde asociado con las botijas del tipo B de Goggin se registró una marca estampada similar a un marco ornamental, la cual presentaba huellas de erosión. Estos bordes tienen un perfil más redondeado en forma de donuts (rosquilla). En un borde con un perfil similar también se observó una marca estampada en una pieza proveniente de la colección del lago Izabal, las Bodegas. Como ninguno de estos bordes redondeados conservaba una cantidad suficiente del cuerpo de la botija que posibilitara identificar la forma de la vasija, no se puede decir con seguridad que estos bordes de botija con formas del tipo B se correspondan con formas del cuerpo de ese tipo. Otra excepción en las marcas de borde impresas hallada fundamentalmente en las formas de bordes del tipo A de Goggin es una botija completa media del tipo B de Goggin, en la que aparece una marca impresa en forma de escudo en el borde (fig. 4).

Las investigaciones realizadas hasta la fecha indican que las marcas de borde de las botijas aparecen registradas desde 1583 hasta 1641, aunque es probable que más investigaciones contribuyan a identificar marcas de bordes anteriores y posteriores a esa época. La fecha inicial de 1583 ha sido obtenida de los registros de los manifiestos de embarque de los archivos registrados por Avery (1997: 203). La marca de borde estampada más antigua registrada por la arqueología proviene de Santa Elena, Carolina del Sur (South et al. 1988: 274, fig. 30) y la más tardía corresponde al naufragio del Concepción (1641) (Marken, 1994: 90). Como Santa Elena sólo estuvo ocupada de 1566 a 1587 (South et al. 1988: 1), probablemente la botija con la marca no llegó hasta después de 1587. La marca está representada por la unión de Ag y aparece en las formas de borde de estilo medio de Goggin.

Resumen final

Algunas formas de botija correspondientes al estilo tardío de Goggin estuvieron presentes en Antigua Guatemala, en fechas tan tempranas como el momento en que se destruye el convento de Santo Domingo, en 1773. Esto indica que la transición de 1780 de las formas de botija de estilo medio al tardío estipulada por Goggin puede desplazarse en el tiempo desde 1780 hasta al menos 1773.

Las marcas de los bordes evolucionaron conjuntamente con las formas de estos. En la medida en que los bordes se hicieron más redondeados y más sobresalientes se aplicaron a veces marcas en posición horizontal, algunas se hicieron más pequeñas y hubo más presencia de incisión. Después que las marcas de borde quedaron fuera de estilo o se hizo más complejo aplicarlas, hizo su aparición la marca estampada en los hombros. Las marcas impresas en los hombros, halladas en el monasterio de Santo Domingo, estuvieron presentes muy avanzado el tercer cuarto del siglo XVIII y se hallaron en botijas de los tipos A y B de estilo tardío de Goggin.

La morfología de los bordes de las botijas evolucionó en el transcurso del tiempo y se puede utilizar como un indicador general de tiempo. Sin embargo, resulta evidente que la forma del borde de las botijas no es un marcador temporal preciso porque existen bordes con marcas similares, probablemente fabricados en la misma fecha, que evidencian perfiles de borde ligeramente diferentes.

Agradecimientos

Los propietarios del Hotel Santo Domingo, quienes posibilitaron que los investigadores pudieran tener acceso a las colecciones y concedieron a estos un espacio para estudiar y trabajar con los materiales, merecen un agradecimiento especial por su ayuda y cooperación durante y después de la excavación. Zoila Rodríguez, directora del proyecto en sus fases iniciales, amablemente me posibilitó presentarme como voluntario y estudiar las botijas. Tony Pasisnki, que estudió la cerámica importada, demostró ser un colega valioso y aportó sugerencias perspicaces, además de participar

en las numerosas revisiones del artículo. Los revisores anónimos de este trabajo también contribuyeron con observaciones excelentes y sugirieron cambios, la mayoría de los cuales se incorporaron al mismo. Los dibujos son el resultado de la dedicación de M. Flores, D. Samayoa y C. Sequen. Muchos amigos y familiares también constituyeron una ayuda especial y fuente de tolerancia durante los cinco años que tardó la gestación de este artículo, pero para ganar en brevedad sus nombres permanecerán anónimos. Naturalmente, cualquier error u omisión, serán exclusivamente responsabilidad del autor.

BIBLIOGRAFÍA

AVERY, G. E. (1997): "Pots as Packaging: The Spanish Olive Jar and Andalusian Transatlantic Commercial Activity, 16th-18th Centuries", doctoral dissertation, University of Florida, Gainesville.

BANKSTON, J. (1986): *Nautical Instruction, 1587*, by Diego García de Palacio, manuscript. Translation by J. Bankston, Terrenate Associates, Bisbee, AZ.

BUYS, J. (1992): "La cerámica colonial", paper presented at the Annual Meeting of The Society for Historical and Underwater Archaeology, Kingston, Jamaica [Manuscript on file with author].

CADENAS MARTÍN, M. (1973): "Cerámica de transición: Huaca Palomino (Valle de Rimac)", *Boletín del Seminario de Arqueología*, no. 14, Lima, Perú.

DEAGAN, K. (1987): *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean 1500-1800*, vol. 1, Ceramics, Glassware, and Beads, Smithsonian Institution Press, Washington, DC.

DEFRANCE, S. D. (1996): "Iberian Foodways in the Moquegua and Torata Valleys of Southern Peru", *Historical Archaeology*, 30 (3): 20-48.

FALLA, J. J. (1994): *Extractos de escrituras públicas*, vol. I, años 1567 a 1648, Archivo General de Centroamérica, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

_____ (1996): *Extractos de escrituras públicas*, vol. II, años 1543 a 1659, Archivo General de Centroamérica, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

FOURNIER GARCÍA, P. (1985): *Evidencias arqueológicas de la importación de cerámica en México, con base en los materiales del ex convento de San Jerónimo*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México DF, México.

FOURNIER GARCÍA, P. y MA. DE LOURDES FOURNIER (1989): *Materiales históricos de misiones, presidios, reales, rancherías y haciendas de la región Pima-Opata de Sonora. Tres estudios sobre cerámica histórica*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México DF, México.

GOGGIN, J. M. (1960): "The Spanish Olive Jar, An Introductory Study", Yale University Publications in *Anthropology*, n. 62.

IGLESIAS, T. (1997): *Una muestra arqueológica subacuática, la botija de oliva*, Museo Municipal, Varadero, Cuba.

JAMES, S. R. (1988): "A Reassessment of the Chronological and Typological Framework of the Spanish Olive Jar", in *Historical Archaeology*, 22 (1): 43-66.

JAMIESON, R. W. (2000): *Domestic Architecture and Power: The Historical Archaeology of Colonial Ecuador*, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York, NY.

LANGOUET, L. (1973): "Les Jarres de La Rance", en *Cahiers de la Société d'Histoire et d'Archéologie de l'Arrondissement de Saint-Malo*, 1973 (Saint-Malo, France).

LISTER, F. C., y R. H. LISTER (1987): *Andalusian Ceramics in Spain and New Spain, A Cultural Register from the Third Century B. C. to 1700*, University of Arizona Press, Tucson.

LUJÁN MUÑOZ, L. (1975): *Historia de la mayólica en Guatemala*, Guatemala City, Guatemala.

MARKEN, M. W. (1994): *Pottery from Spanish Shipwrecks 1500-1800*, University Press of Florida, Gainesville.

MARTIN C. J. M. (1979): "Spanish Armada Pottery", in *The International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration*, 8 (4): 279-302.

NOEL HUME, I. (1982): *A Guide to the Artifacts of Colonial America*, 3rd ed. New York, Knopf.

OROZCO, R. (1993): "Bodegas: Un puerto español sobre el golfo dulce", Informe sobre sitios históricos en la cuenca del lago Izabal-Río Dulce, temporada 1992-1993, informe del Instituto de Antropología e Historia (IDEAH), Ciudad de Guatemala, Guatemala.

PASINSKI, T. (1998): "Informe preliminar sobre la cerámica de importación, siglos XIV al XVIII", proyecto arqueológico ex convento de Santo Domingo, Antigua Guatemala, Guatemala, Centro América.

RICE, P. M. (1994): "The Kilns of Moquegua, Peru: Technology, Excavation, and Function", in *Journal of the Field Archaeology*, 21 (3): 325-344.

RICE, P. M., y G. G. SMITH (1989): "Spanish Colonial Wineries of Moquegua, Peru", in *Historical Archaeology*, 23 (2): 41-49.

RICE, P. M., y S. L. VAN BECK (1993): "The Spanish Colonial Kiln Tradition of Moquegua, Peru", in *Historical Archaeology*, 27 (4): 65-81.

RODRÍGUEZ GIRÓN, Z. (1996): *Las vasijas vidriadas del ex convento de Santo Domingo, La Antigua Guatemala* (catálogo), Instituto de Investigaciones Históricas, Antropológicas y Arqueológicas, Universidad de San Carlos, Guatemala.

RUBIO SÁNCHEZ, M. (1973): *Comercio de y entre las provincias de Centroamérica*, t. I., Editorial del Ejército, Ciudad de Guatemala, Guatemala.

SCHÁVELZON, D. (2000): *The Historical Archaeology of Buenos Aires: A City at the End of the World*, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.

SKOWRONEK, R. K. (1987): "Ceramics and Commerce: The 1554 Flota Revisited", in *Historical Archaeology*, 21 (2): 101-111.

SMITH, G. C. (2000): "Heard through the Grapevine: Andean and European Contributions to Spanish Colonial Culture and Vinticulture in Moquegua, Peru", doctoral dissertation, Department of Anthropology, University of Florida, Gainesville, University Microfilms International, Ann Arbor.

SOUTH, S. (1977): *Method and Theory in Historical Archaeology*, Academic Press, New York.

SOUTH, S., R. K. SKOWRONEK, y R. E. JOHNSON (1988): "Spanish Artifacts from Santa Elena", *Anthropological Studies 7*, occasional Papers of the South Carolina Institute of Archaeology and Anthropology, The University of South Carolina, Columbia.

Arqueología Histórica en Puerto Cabello, Venezuela

Por: Lisette Roura Álvarez

RESUMEN

Durante los años 2006 y 2007, un equipo de especialistas pertenecientes a la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana intervino con un proyecto interdisciplinario en el Centro Histórico de la ciudad de Puerto Cabello, estado Carabobo, Venezuela, con el objetivo de confeccionar el plan de rehabilitación de la zona histórica, en el cual estuvo presente la arqueología como especialidad necesaria dentro del proceso de reconstrucción del patrimonio porteño.

Este artículo se centra en los resultados del trabajo efectuado en los tres objetivos arqueológicos intervenidos, los cuales contribuyeron a esclarecer interrogantes y a concientizar a los investigadores locales acerca de la política de restauración y sensibilización del patrimonio edificado.

ABSTRACT

A team of specialists from the Office of the Historian of Havana City took part in an interdisciplinary project developed for the historic center of Puerto Cabello City, State of Carabobo, Venezuela during 2006 and 2007. The goal was to design a plan for the rehabilitation of the historic center, which would include archaeology as a needful discipline within the process to reclaim heritage in that city.

This article concentrates on the results of the work carried out in three archaeological sites, which helped answering questions and made local researchers aware of the policy of restoration and raised their awareness of the heritage built.

Puerto Cabello abandona su anonimía, se clava al pecho el Fuerte de San Felipe (...) y definitivamente comienza la ciudad.¹

La ciudad de Puerto Cabello posee todo lo interesante y apetecible que un arqueólogo, dedicado a la vertiente histórica, pueda desear. A fuerza de sudor, los conquistadores vascos logran en este sitio vencer al pantano y al mangle, y logran aprovechar el excelente puerto virgen. Un breve análisis de los progresos urbanísticos de la ciudad nos revela su rápida evolución en solamente sesenta o setenta años, los cuales están comprendidos dentro del siglo XVIII. Este núcleo arquitectónico refleja una época en la historia del país, constituida por tipologías en las que pueden reconocerse influencias tanto hispanas como caribeñas. Esto lo hace merecedor de características únicas dentro del panorama regional, de innegables valores patrimoniales.

Breve reseña histórica

San Juan Bautista de Puerto Cabello: cacao, contrabando, mangle y pantano. Es posible que en el bojeo realizado por Alonso de Ojeda a la costa norte de Venezuela, en 1501, se haya explorado la majestuosa bahía porteña, llamándola entonces Puerto Flechado; o quizás corresponda con el Puerto Muerto del cosmógrafo Diego Rivero (1529), cuestiones que aún no han sido esclarecidas y no deben darse como concluyentes.² Sin duda, corresponde a don Juan de Pimentel, en el año de 1578, la primera referencia cartográfica con el nombre actual de la población, cuando en el dibujo anexo a su Relación... sobre la provincia de Caracas hace mención a "Pueblo de Cabello", en lo que constituye el primer mapa del litoral central de Venezuela.

Ubicado en la costa norte, en el llamado Golfo Triste y mirando hacia el Mar Caribe, fue considerado desde la época de la conquista el mejor puerto de todo el territorio: "es el mejor puerto de toda tierra firme, en que

¹ Armas Chitty, J. A. de (1974): *Historia de Puerto Cabello*. Ediciones del Banco del Caribe, Caracas.

² Ídem, pp. 16-17.



Fig. 1

caven mas de 3 000 Navios, tiene de distancia cerca de 4 leguas.³ Sin embargo: "A Puerto Cabello nadie llega porque le teme al tremendo por insalubre, aparte de que hay tierras extensas donde nadie puede fijar su casa sin exponerse al peligro inmediato."⁴ No obstante, se reporta un ataque por parte del corsario holandés Jacobe en noviembre de 1642, que incendia dos buques que se estaban carenando en la rada, destruyen casas y toman prisioneros al capitán Pérez de Hurtado, a tres marineros y tres soldados que hacen resistencia a los invasores.⁵ La Corona necesitaba un puerto por donde expedir el cacao que se producía en el norte del país y sitúa en

Puerto Cabello una guarnición de soldados que garantizaran el éxito de estas operaciones, ya que las aguas del Caribe estaban plagadas por entonces de corsarios y piratas que amenazaban con apropiarse de las mercancías que se enviaban a la Metrópoli. Las habitaciones de estos soldados fueron las primeras construcciones de la zona, pero el contrabando ilícito con los holandeses fructificó de tal manera entre los militares que el gobierno español no pudo controlar a los traficantes y la zona llegó a constituir a principios del siglo XVIII el refugio de la peor gente del interior y de los que lograban escapar de la mano de la justicia.

No es hasta 1720 cuando Pedro José de Olavarriaga realiza la exploración de la franja costera venezolana con el objetivo de hallar un puerto que sirviera de base para el embarque de la producción de alrededor de un millón de árboles de cacao. Su informe sirvió para la creación, ocho años más tarde, de la Compañía Guipuzcoana, y en 1730 arriba a Puerto Cabello como Director General de empresa, al frente de los primeros barcos. Ante la necesidad de comenzar rápidamente las operaciones comerciales, se inicia la construcción del almacén de la compañía, que serviría además como alojamiento de los vascos radicados en la zona, lo que constituyó oficialmente la primera construcción sólida de lo que posteriormente se convertiría en ciudad. Esta fue levantada en las inmediaciones del canal de entrada a la bahía, en la rivera opuesta a los terrenos donde se desarrollara posteriormente el centro urbano y en las cercanías de donde se empezara a construir, en 1733, la fortaleza de San Felipe, la obra de defensa más sólida de la región y la que provocó un mayor asentamiento poblacional como resultado de la seguridad que inspiraba en los habitantes del área.

Tres años más tarde había aumentado considerablemente la población en la incipiente villa, pero aún así la única construcción confortable de que podían disponer los "operarios y demás dependientes" era el almacén de la compañía "no siendo este a propósito ny suficiente para la Comodidad de tanta gente", por lo tanto "se sigue la forzosa necesidad de construir algunas casas para una

³ "Ynfome sobre la costa de Caracas, Yslas de Tucaca, Puerto Cavello y Borburata y del modo que podrá impedir en parte o en todo, el trato y el comercio con los Holandeses" (1729), en Pinto C., José y Carrillo, José G. (1973): *Proceso de formación de Puerto Cabello* (documentos). Ediciones del Banco del Caribe C. A., Caracas, p. 42.

⁴ Armas Chitty, J. A. de (1974): Ob. cit., pp. 70-71.

⁵ AGI. Santo Domingo, 215. Cartas del gobernador de Venezuela escritas al gobernador de Curazao desde isla de Bonaire cuando desalojó al enemigo de aquella isla...

ARQUEOLOGÍA

*Capilla, cuarteles para operarios y dependientes, almacenes de Pólvora y Erramientas, Fraguas; & y generalmente todo lo demás”.*⁶

En 1735, la Compañía Guipuzcoana se había fortalecido y había construido una sede para la empresa mucho más cómoda en la banda de tierra donde se planificaba la ciudad, la que constituye hoy en día la construcción más antigua del Centro Histórico y uno de los objetivos del proyecto arqueológico.

Poco a poco los pantanos adyacentes al acceso portuario fueron rellenados y la villa comenzó su desarrollo definitivo hacia el oeste. Al trazar una pequeña muralla con puente levadizo en los límites de la península, esta comenzó a conocerse como Puente Dentro, donde vivían los vecinos más acaudalados de la región, y Puente Afuera o El Arrabal, la zona donde se congregaba la población flotante, artesanos, negros libres y todo tipo de maleantes.

En 1743, el inglés Charles Knowles ataca el poblado y se encuentra con un excelente sistema defensivo que no permite que este sea tomado. Ya en 1772 la zona contaba con 420 casas y en 1786 se censaban en toda la ciudad 4 000 personas, de las cuales el 62 % eran de color, libres, 27 % blancas, 10 % esclavos y 1 % indios libres. De ese total, más de 400 habitantes se dedicaban

al comercio y la navegación, incluyendo calafates, marineros y carpinteros de rivera.⁷

Finalmente, en 1811 y tras veintiocho años de reclamo por parte de los vecinos de la zona, el 5 de agosto se le otorga el título de ciudad a la ya amplia zona poblada, concediéndole el nombre de San Juan Bautista de Puerto Cabello.

Proyecto arqueológico

Durante los años 2006 y 2007, como parte del Proyecto de Intercambio y Apoyo Técnico para el Rescate y Fortalecimiento del Patrimonio Histórico de Puerto Cabello, comienzan las investigaciones vinculadas con la arqueología en esa localidad. Tras realizar minuciosas investigaciones históricas y una revisión de los trabajos arqueológicos previos en la ciudad, se efectúa un levantamiento de los sitios con potencial para ser estudiados: sistema de fortificaciones, antiguo acueducto y múltiples viviendas, pero se decide intervenir los sitios que deben restaurarse inmediatamente, dependiendo de las prioridades en los proyectos de rehabilitación por ejecutar a corto plazo. Este análisis llevó a la necesidad de adentrarse en las interioridades de dos inmuebles ubicados en la zona de desarrollo



Fig. 2. Plano de la ciudad confeccionado por Juan de Gayangos Lascari en 1744.

⁶ Disposiciones: para el establecimiento de los operarios y demás dependientes como para la saca de los materiales del Fuerte de Sn. Felipe (1733), en Pinto C., José y Carrillo, José G. (1973): Ob. cit., p. 49.

⁷ Revista *Punta Brava*, no. 12, mayo de 1967, en Spencer, Klarissa (2006): "Un puerto, dos ciudades y una historia: evolución histórico-urbana de la ciudad de Puerto Cabello" (inédito).

primigenio de la villa: La Casa Guipuzcoana -la vivienda más antigua conservada- y una modesta casa que se convertiría en el Consultorio Médico Barrio Adentro I, de la cual se afirmaba constituía uno de los inmuebles más antiguos de la ciudad por su apariencia y posición dentro del núcleo urbano. El tercer sitio escogido estaba varios kilómetros del Centro Histórico, donde se asentó desde 1548 la ciudad Nuestra Señora de la Asunción de Borburata, primer establecimiento poblacional de la costa norte central del país y génesis de lo que posteriormente sería la ciudad de Valencia, capital actual del estado Carabobo.

Casa Guipuzcoana

La Casa Guipuzcoana está enclavada en la entrada de la bahía y fue construida en 1734 para albergar a los miembros de la Compañía y a la vez servir de almacén a esta. Todavía hoy es considerada como la construcción civil más bella y emblemática del Centro Histórico, fungiendo como biblioteca pública y sede de la Oficina del Cronista de la Ciudad.

Los diferentes usos a lo largo de su existencia en función de la comunidad han provocado grandes transformaciones en su conformación espacial, ocultando en parte su aspecto original y sustituyendo estructuras antiguas por modernas. Es una construcción realizada en piedra, ladrillos y madera, de tres pisos y techumbre de tejas con múltiples aguas de caída, construida al más puro estilo constructivo español, con patio central y columnas, y elementos que denotan la tradición norteña de la península ibérica.

En 1792, la Compañía Guipuzcoana se retira de la región y realiza un inventario de todos sus bienes, dejándonos constancia gráfica del aspecto primigenio de esta construcción. Al analizar los dibujos encontrados se evidencia la adición y también la falta de elementos arquitectónicos originales, los cuales debían ser investigados para cotejar el proyecto de restauración. En total, fueron identificados seis muros divisorios desaparecidos y once vanos tapiados o transformados, y la adición de una escalera realizada por Grazziano Gasparini en la única intervención "restauradora" efectuada al inmueble durante la década de los setenta del siglo xx. No obstante, estos datos debían ser comprobados y decidimos llevar a cabo una prospección arqueológica parietal que cubriera la mayor parte del inmueble. Este estudio complementaría el proyecto de restauración de la edificación y proporcionaría una



Fig. 3. Casa Guipuzcoana

solución a los problemas de ventilación y proliferación de agentes biológicos que atentaban contra la conservación de paredes y fondos bibliográficos, que afectaba de igual manera la salud del personal que allí labora y los que acuden a consultar la bibliografía existente.

De un total de once vanos antiguos identificados como transformados, se trabajó en cinco de ellos. Se pudo definir que en la última restauración practicada al inmueble se le aplicó un revestimiento a las paredes compuesto por cemento y arena, de una dureza extraordinaria, pudiendo identificarse en algunos casos pequeños fragmentos de cuarzo en él.

Todo parece indicar que el friso original de la edificación, que debió haber tenido un alto contenido de cal, fue eliminado para aplicar el que en estos momentos puede observarse en todas sus paredes. Se comprobó que todos los vanos tenían una medida standard de 1.50 m de ancho, que algunos de ellos fueron efectivamente tapiados, pero la ausencia de puertas representadas en el inventario de 1792 nos hace pensar en la posibilidad de que este plano tenga errores.

A través del estudio parietal de este inmueble se pudo comprobar:

- Las grandes transformaciones a que se ha visto sometido a través del tiempo.
- La poca confiabilidad de los datos que puede aportarnos el plano fechado en 1792, y que constituye hasta la fecha el más antiguo que se conserva de la vivienda.

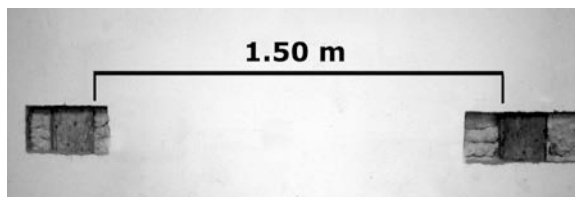


Fig. 4. Detalle de uno de los vanos originales tapiados, encontrado durante las investigaciones arqueológicas parietales.

- La presencia de vanos y elementos originales de la edificación que aún se encuentran bajo las capas de friso.

Por lo tanto, se recomienda, dado el creciente deterioro del edificio, las condiciones a que se enfrentan los trabajadores y visitantes, y la evidencia de las transformaciones sucedidas, se acometa con urgencia su restauración, para de esta manera lograr mantener en estado óptimo el inmueble más antiguo y emblemático de la ciudad.

Casa de la calle Anzoátegui 1-19

Esta edificación, futuro Consultorio Médico Barrio Adentro I, está ubicada en la calle Anzoátegui no. 1-19 en el entorno de la plaza Salom, ubicada en el Centro Histórico de la ciudad. Una de las hipótesis a corroborar a través de las excavaciones arqueológicas es el asentamiento de esta casa en uno de los sitios de más antigüedad dentro del panorama urbano histórico ciudadano. La observación de los elementos constructivos presentes en esta casa nos indicaba su probable antigüedad, como por ejemplo los muros limítrofes levantados con piedras coralinas –técnica tradicional de las construcciones coloniales de la región–, la utilización de rollizos en la conformación estructural del techo y la típica distribución espacial de las habitaciones en las viviendas porteñas: alargadas, patio y traspatio laterales, y zaguán enfrentado al patio. Sin embargo, con el paso del tiempo y al ampliarse la ciudad, los límites entre los terrenos firmes y los pantanosos se han perdido, y la ubicación en uno y otro darían una cronología aproximada de construcción al inmueble.

Las investigaciones se llevaron a cabo teniendo en cuenta dos objetivos fundamentales: la evolución espacial y la antigüedad de la vivienda. El estudio parietal corroboró las transformaciones en que se vio envuelto el edificio durante su existencia, pues se hallaron vanos tapiados, óculos dentro de lo que hoy correspon-



Fig. 5. Muro límite de la casa, levantado con piedras coralinas.

den a tabiques divisorios y muros añadidos, lo que logró una reconstrucción hipotética espacial de la edificación y la evolución del mismo.

El procedimiento escogido para el desarrollo de los trabajos excavatorios tuvo en cuenta la exhumación de las diferentes unidades a través de la identificación de la estratigrafía arqueológica, respetando los niveles –primarios o secundarios– en su orden inverso de deposición antrópica. Para el comienzo de los trabajos se delimitó un área de 2,50 m x 2,50 m, y se tomó como nivel ± 0.00 el piso de losas hidráulicas que poseía la cocina actual del inmueble. Se hallaron un total de catorce unidades estratigráficas, todas identificadas como contextos secundarios y contentivos de restos de dieta –*Bos taurus*, *Sus scrofa*, *Crasostrea rizophorae* y *Gallus gallus*–, Loza Fina Inglesa, Stoneware, vidrio y fragmentos de metal en muy mal estado de conservación.

Los artefactos extraídos, a pesar de corresponder con estratos de carácter secundario, aportan datos interesantes de la vida del porteño de mediados del siglo XIX. La aparición de múltiples fragmentos de Loza Fina Inglesa denota la abundante importación de esta cerámica hacia el siglo XIX, cronología en la cual se enmarcan todos los artefactos extraídos.

El hallazgo del relleno de piedras utilizado para ganar los terrenos pantanosos cercamos a la población –U.E. 14– nos está indicando que esta casa está asentada directamente sobre estos, y por tanto su construcción corresponde con el último cuarto del siglo XVIII y el primero del XIX, época en que ya aparecen en los planos la calle Anzoátegui, justamente donde la vivienda en estudio se ubica. Por lo tanto, la intervención res-

tauradora pudo ejecutarse en correspondencia con los resultados de las investigaciones, llevando a cabo un proyecto donde fueron tomados en cuenta los vanos y óculos tapiados, siendo reutilizados algunos de estos nuevamente como accesos o como elementos decorativos.

Borburata La Vieja

El 24 de febrero de 1548 se daba por fundada la ciudad Nuestra Señora de la Concepción de Borburata, ubicada a un kilómetro de la costa y en medio de un fértil valle de clima suave y cómodo acceso a fuentes de agua; y aunque no fue realmente poblada hasta un año después, continuó siendo el primer asentamiento hispano de la región. La fundación de la ciudad en estos parajes tenía como objetivo servir de base a los pueblos del interior, en su mayoría indígenas, para lograr una mejor comunicación entre ellos y por ende buscar el mejoramiento del comercio en la zona. A pesar de que la ciudad Santa Ana de Coro era la que encabezaba la colonización de todo el territorio, la expansión de esta hacia el oriente y el centro imponía la necesidad de situar bases costeras que fungieran como apoyo a esas acciones.

El listado de los fundadores –todos hombres– de la ciudad de Borburata, lo integraban cuarenta y un nombres, pero el asedio sin tregua de corsarios y piratas, las pésimas condiciones que presentaba el terreno para la cría de ganado vacuno y las constantes plagas, hicieron que la población comenzara a abandonar el sitio veinte años después de su fundación, y dejaran atrás un caserío donde predominaban las construcciones de madera y quizás las más importantes, como la cárcel e iglesia, estuvieran levantadas de embarrado (bahareque). La partida de los intrépidos habitantes que intentaron establecerse en el sitio y su progresiva despoblación motivó la fundación de lo que hoy es el pueblo intramontano de Borburata y de la ciudad de Valencia, actual capital del estado Carabobo.

Toda la franja costera, entre el mar y la montaña, se caracteriza por tener suelos arenosos, por lo que en este intento de ciudad predominó esta característica. Su ubicación, aún hoy, es bien discutida, la única referencia gráfica nos la lega Juan Amador Courten, quien en su magnífico plano de 1735 incluye un croquis de las "Ruinas de la Ciudad de Borburata", en el cual se puede distinguir un pequeño cuadrado amurallado de 100 m de ancho y 100 m de largo. Sin embargo, esta representación fue realizada doscientos años después de su despoblamiento, fecha en que ya no quedaban ruinas, por lo que probablemente esta muralla fuera idealizada por Courten en su dibujo y la verdadera no fuera otra cosa que una empalizada que permitiera a los moradores defenderse de los malhechores que intentaran apoderarse de la localidad. Ante esta duda y dado todas las incógnitas que se generaron a lo largo de la historia de la zona, se confeccionó un proyecto de intervención para ejecutar en varias fases, entre las que se encontraban una primera dedicada a implementar técnicas geofísicas como métodos de localización de posibles estructuras enterradas, ya que el área de investigación abarcaba un terreno bastante extenso. No obstante, ante la imposibilidad de efectuar las técnicas solicitadas, solamente pudimos realizar un pozo de prueba de 4 x 4 m en los terrenos que coin-

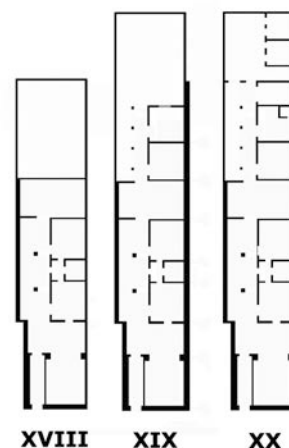


Fig. 6. Evolución espacial del inmueble.

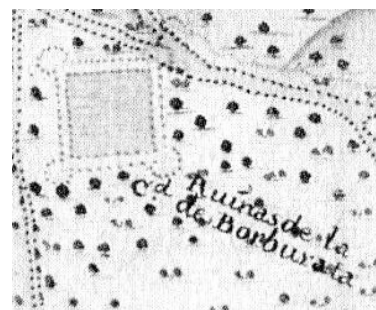


Fig. 7. Ubicación y dimensiones de Borburata la Vieja, según Juan Amador Courten, 1735.

cidían con el punto de localización de la ciudad según los documentos históricos, con el objetivo de observar el comportamiento de la estratigrafía y ver los cambios en los niveles de la arena.

Se identificaron un total de ocho unidades estratigráficas, correspondiendo la última de ellas con el nivel freático a los 2,00 m de profundidad. El terreno que conforma el área intervenida constituye una pequeña llanura que limita hacia el norte



Fig. 8. Área prospectada.

con el Mar Caribe, hacia el sur con el Cerro de Santa Lucía, hacia el este con el río Borburata y hacia el oeste con la bahía de Puerto Cabello. Por lo tanto, en temporada lluviosa, las aguas que descienden desde el cerro y las que desbordan el río cubren gran parte de estas tierras, depositando gran cantidad de materia orgánica ajena dentro de la propia estratificación de la zona. Estas inundaciones dejan huellas inconfundibles que pueden ser "leídas" en el registro arqueológico, correspondientes, en este caso, con las unidades estratigráficas 4 y 6, y es común encontrar dentro de ellas hojas secas, fragmentos de ramas de árboles y otros elementos orgánicos vegetales, arrastrados por la fuerza de las aguas en las mencionadas inundaciones. La presencia de arena en la zona hace que la vegetación que allí crezca sea, por lo general, rastrera y de arbustos con poca talla, y todo parece indicar, gracias a la observación de la deposición, que esta situación no ha cambiado en los casi quinientos años que nos separan de la fundación de la población original de Borburata. Todas las unidades identificadas fueron completamente estériles en cuanto a elementos de origen antrópico, y, de acuerdo con los cambios edafológicos ocurridos a lo largo de los años, los vestigios que pueden haber sobrevivido –huellas de postes con parte de ellos dentro, fragmentos de muros y algunos tiestos perteneciente al menaje utilitario– deben localizarse por debajo del nivel freático. No obstante, los datos hasta ahora encontrados no son lo suficientemente explícitos como para llegar a una conclusión sobre esto y deberán

hacerse estudios históricos y de prospección más profundos que nos ofrezcan más datos sobre la ubicación y conformación de este asentamiento.

Reflexiones finales

Tras haber intervenido por tiempo muy limitado en algunos sitios vinculados con el desarrollo urbano de la ciudad de Puerto Cabello y ante la inminente depauperación de varias de las construcciones ubicadas en su Centro Histórico, se impone una investigación a fondo de esta joya histórica, la cual ha sido objeto de investigaciones arqueológicas por primera vez tras nuestro trabajo de varios meses. A pesar de la conformación de un plan arqueológico extenso para definir incógnitas hasta hoy no esclarecidas –como por ejemplo la presencia o ausencia de aljibes en las construcciones del Centro Histórico, el estudio integral de los materiales y técnicas constructivas utilizadas en ellas, etcétera– no contamos con los medios y apoyo necesarios para ejecutar estas acciones. Los esfuerzos desplegados por parte del cronista de la ciudad y la consulta de fuentes históricas se hacen insuficientes ante las enormes lagunas en el pasado de esta población, sitio clave en el desarrollo del comercio venezolano durante la época colonial y también en la actualidad. Esto se debe, en parte, a la lejanía de esta urbe de la capital, donde se encuentra el grueso de investigadores vinculados a la Arqueología Histórica, y la fuerte tendencia hacia la Arqueología Aborigen, especialidad hacia la que se vuelcan la mayoría de los arqueólogos y antropólogos graduados. Tanto es así que, por solo citar un ejemplo, la fortaleza de San Felipe, fortificación erigida en parte sobre pilares de madera –método veneciano–, y donde se firmó la paz de Venezuela tras el sitio a la ciudad, último bastión de las fuerzas coloniales en el país, está seriamente dañada, sin que se tengan planes de restauración que detengan su progresiva y alarmante destrucción.

Los resultados de estos mínimos trabajos arqueológicos han corroborado la importancia que debe ejercer esta ciencia en el desarrollo de las investigaciones que deberán acometerse en esta ciudad, las cuales pueden esclarecer muchas de las interrogantes aún planteadas y concientizar a sus moradores, a las autoridades y a las instituciones científicas, de la necesidad de preservar este importante pedazo del patrimonio histórico de la nación.

Agradecimientos

A la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana y a Roger Arrazcaeta Delgado, director del Gabinete de Arqueología, por facilitarme ser parte del equipo que intervino en el Proyecto de Intercambio y Apoyo Técnico para el Rescate y Fortalecimiento del Patrimonio Histórico de Puerto Cabello. A todos mis compañeros de la Oficina del Historiador, que participaron en este proyecto, al cronista de la ciudad de

Puerto Cabello, Asdrúbal González, por su ayuda y entusiasmo; a la Alcaldía de Puerto Cabello; al Comandante Edgar Aguache e infantes de Marina de la Base Naval Agustín Armario por la ayuda brindada en los trabajos efectuados en Borburata La Vieja. A mis colegas Alessandro López y Beatriz Rodríguez por facilitarme desde Cuba la documentación histórica necesaria, a los colegas del Instituto de Planificación Física, y a todos nuestros amigos de Corpouerto.



Excavaciones en La Dionisia: Arqueología Histórica en una plantación cafetalera

Por: Odlanyer Hernández de Lara

RESUMEN

Se presentan los resultados de la primera campaña de excavación arqueológica en el antiguo cafetal La Dionisia, ubicada en la provincia de Matanzas, Cuba, así como parte de los datos obtenidos mediante la investigación histórica del predio en el Archivo Histórico de Matanzas. Son analizadas las distintas evidencias materiales encontradas, tanto en los trabajos de excavación como en las colectas de superficie, las que aportan significativos datos acerca de la vida del esclavo y sus propietarios en esta plantación.

ABSTRACT

This article covers the results of the first campaign of archaeological excavations undertaken at the former coffee plantation "La Dionisia" in the province of Matanzas, Cuba. Part of the data gathered on the site in the Historical Archive of Matanzas is also included. The different material evidences found on the surface during excavation and collection are analyzed. They provide significant information on the life of slaves and the plantation owners.

Introducción

La Arqueología Histórica en Cuba tiene sus orígenes a finales de la década del treinta del siglo xx, posteriormente se dieron a conocer varios trabajos en el marco de las sesiones científicas de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología a principios de los años cuarenta (La Rosa, 2000), lo que estuvo precedido por la aparición de objetos relacionados con la cultura europea del siglo xv y xvi en contextos aborígenes, los cuales sólo formaban parte del registro arqueológico.

Los estudios de esta disciplina, no obstante haber sido criticados durante décadas –remanentes de los cuales aún persisten–, han demostrado, a través de la científicidad y sistematización de las investigaciones, la importancia de sus resultados para rescatar nuestro patrimonio, y además han tenido gran significación desde el punto de vista económico y sobre todo social, aportando inestimables valores a nuestra cultura e identidad nacional en la sociedad moderna.

En sus inicios, la Arqueología Histórica tuvo una tendencia hacia el estudio de las ruinas de las plantaciones cafetaleras, con especial énfasis en las fundadas por colonos franceses, según demuestra la bibliografía especializada (Boytel, 1962; Bermard *et al*, 1985 y Domínguez, 1991). Según La Rosa (2000), esto está motivado en gran medida porque los colonos residían en las plantaciones, convirtiendo las estancias en lugares apropiados para la vida, mientras las haciendas de españoles y criollos eran atendidas desde las ciudades, por lo que las estructuras domésticas fueron menos relevantes. No obstante, en el caso específico de La Dionisia no parece haber sido utilizada la plantación como morada permanente de los propietarios, ya que estos contaban con varias propiedades en la cercana urbe yumurina.

Por otra parte, el estado de conservación influyó en gran medida en la tendencia antes mencionada, puesto que las haciendas construidas en los sistemas montañosos del oriente y el occidente del país estuvieron menos expuestas al crecimiento urbano y, sobre todo, al impacto producido a partir de mediados del siglo xix por el crecimiento de las plantaciones azucareras, que vinieron a sustituir muchos cafetales en las llanuras. Una de las áreas más afectadas sin lugar a dudas por este desarrollo azucarero fue la llanura Habana-Matanzas, donde las plantaciones de café que no

se convirtieron en ingenios azucareros terminaron en simples potreros debido a la decadencia del cultivo en la década del cuarenta del decimonónico.

Precedentes investigativos

Los estudios arqueológicos que existen sobre La Dionisia datan de 1989, cuando integrantes del grupo espeleológico Norbert Casteret realizaron exploraciones en el área donde localizaron la mencionada plantación. En las publicaciones periódicas que divulgaron los trabajos se dan a conocer algunas evidencias arqueológicas encontradas en superficie por los alrededores de la casa de vivienda, proponiéndose la explotación turística del predio (Domínguez, 1989) que más de una década después sería de alguna manera materializada.

Posteriormente, el grupo espeleológico Luis Montané,¹ del Comité Espeleológico de Matanzas (SEC), realizó trabajos de investigación sistemática en la finca, tanto desde el punto de vista arqueológico como histórico, llevándose a cabo estos últimos en el Archivo Histórico Provincial (Hernández, 2002; Hernández y Vento, 2005 y Vento y Hernández, 2004), lo que aportó gran cantidad de información a la historia de esta hacienda.

Luego, como parte de un proyecto impulsado por el Castillo de San Severino Museo de la Ruta del Esclavo, se logró materializar la primera campaña de excava-

ción arqueológica en el lugar (Hernández, 2006), resultados que son expuestos en el presente artículo.

Reseña histórica

En 1748 se produce la inserción del café en Cuba y dos décadas después le fueron concedidas ciertas ventajas para la difusión de su cultivo por todo el territorio cubano, lo que para 1789 ya era un hecho, aunque solo para el consumo local y la exportación en pequeñas partidas (Hernández y Vento, 2005).

Para las tres primeras décadas del siglo XIX la jurisdicción de Matanzas contaba con 203 plantaciones cafetaleras (Ruiz, 2002), lo que muestra el crecimiento de la producción del grano, que llegaría a su máximo esplendor a mediados de los años treinta. La decadencia del café se vería materializada hacia 1840 con la disminución de la densidad de plantaciones que sumaban entonces 175 y para 1866 las cifras confirmarían el descenso, contándose sólo con 58 cafetales (Hernández y Vento, 2005).

La finca La Dionisia, otrora hacienda cafetalera, está ubicada en la margen oriental del río Canimar, a unos tres kilómetros de la carretera Matanzas-Varadero, en las afueras de la actual ciudad de Matanzas. Esta formó parte del importante desarrollo económico alcanzado durante el siglo XIX por el país, y en especial la provincia, sobre todo con posterioridad a las distintas oleadas de inmigrantes franceses que llegaron para fortalecer la industria cafetalera que comenzaba a crecer en la región.

Las primeras noticias referentes a las tierras donde luego se fundaría el cafetal La Dionisia datan de 1818, fecha en que se realiza la compra a censo redimible de ocho caballerías de tierra en el hato de Canimar por parte de don Francisco Rouvière Durán, francés nacido en Marsella.² La hipoteca es cancelada diez años después, en 24 de mayo (AHPM, Anotaduría de Hipotecas, 1818). En noviembre del mismo año las tierras parecen haber sido utilizadas para el cultivo de frutas y hortalizas, las cuales se trasladaban a una venduta en la ciudad de Matanzas, según consta en carta de puño



Fig. 1. Vista de la casa de vivienda desde la entrada actual.

¹ Se debe mencionar el significativo trabajo realizado por los colegas del Grupo Espeleológico Luis Montané, Gamaliel Vento Franco y Gianni Martín Martínez.

² Don Francisco Rouvière Durán parece haber llegado a Cuba a finales del siglo XVIII o en los primeros cuatro años del XIX, ya que su primer hijo nace en 1804 en Güira de Melena, La Habana. Con posterioridad, probablemente entre 1809 y 1811, tal vez como consecuencia de los conflictos bélicos entre España y Francia, la familia se dirige a Georgia, Estados Unidos, donde nacen otros de sus hijos entre 1811 y 1816. Entre este último año y los primeros meses de 1818 vuelven a Cuba y compran varias propiedades en Matanzas.

ARQUEOLOGÍA

y letra del dueño dirigida al Cabildo para solicitar la disminución de los impuestos que hasta ese momento ascendían a \$25,00, adjuntando un resumen de las ventas realizadas (AHPM, Actas Capitulares, 1818), cuestión que se siguió tramitando hasta 1820.

La investigación histórica no ha aportado hasta el momento la fecha exacta de la fundación del cafetal, pero, según los datos obtenidos, se estima haya sido entre 1820 y 1822. En 17 de julio de ese último año es fechada la primera certificación de bautismo de una esclava perteneciente a Francisco Rouvière, efectuada en la parroquia San Carlos Borromeo de Matanzas y correspondiente a una adulta carabalí (PSCB, Certificación de Bautismo, 1822).

Con posterioridad a la muerte del fundador de la finca y su esposa Dionisia Giraud en 1834, todos los bienes pasan al mayor de sus ocho hijos Francisco Simón Rouvière, quien traspasa la propiedad a tres de sus hermanos dos años después (AHPM, Anotaduría de Hipotecas, 1836). La caída de los precios del café en la década del cuarenta convierte a la otrora plantación cafetalera en potrero, y hacia 1863, según partida de bautismo de una morena, el lugar pertenecía a otro miembro de la familia: Simón Giraud (IPSCO, Certificación de Bautismo, 1863).

Según la documentación histórica consultada hasta el momento, la cadena de propietarios se pierde tras la adquisición del potrero Dionisia ese mismo año de 1863 por dos hermanos de apellido Elizalde. Luego, la propiedad actual del inmueble acredita que en 1922 la señora Concepción Espino y Pérez, viuda de Guerra, vende el potrero a don Gerardo Guillén y González, cancelándose la hipoteca tres años después. La casa continúa actualmente en uso por Nemesio Guillén, hijo de don Gerardo, donde vive con su familia y la historia de La Dionisia.

Excavaciones arqueológicas

Los trabajos de excavación fueron realizados entre el 15 de enero y el 5 de febrero de 2006, para lo cual se trazaron como objetivos la exploración de las áreas en torno a la ceiba existente en la finca, la casa de vivienda, la zona donde parece haber estado el barracón de los esclavos y la localización de los restos del campanario (Hernández y Cepero, 2006).

En este sentido, se delimitó un área de 2 m x 3 m que partía desde el tronco de la ceiba y se profundizó

hasta 0,15 m, donde el estrato se comportó completamente estéril. La excavación estuvo dirigida a la búsqueda de evidencias pertenecientes a posibles cultos religiosos afrocubanos, encontrándose varias monedas ubicadas cronológicamente en el siglo XX y XXI, así como varios fragmentos de vidrio.

En la casa de vivienda se efectuaron trabajos de investigación de pintura mural y una pequeña excavación en el patio interior. Se realizaron calas exploratorias en el portal y otras habitaciones, hallándose en ambos lugares varias capas pictóricas. En el portal se pudo detectar un cambio cronológico a nivel del enlucido, detalle que indica reestructuraciones del espacio donde se añadieron habitaciones. En la habitación que actualmente ocupa la carpintería se hallaron capas con decoraciones de diseño sencillo: cenefas tipo rodapié alto de un color plano, que en los tres casos fueron blancas (Cepero, 2006). En el patio interior de la casa de vivienda fue escogida una pequeña habitación ubicada en el lado izquierdo, el cual, según fuentes orales, había estado destinado a la incineración de maderas para hervir ropas. En el lugar donde se realizó una cala de 1 m x 1 m se detectaron varias capas de ceniza y un apisonado sobre un estrato arenoso donde afloraron varios fragmentos de madera y gran cantidad de herrajes y clavos de hierro.

Entre los objetivos más significativos se encontraba la localización de los restos del campanario, para lo cual se contó con la ayuda de Nemesio Guillén, quien tenía un probable lugar de ubicación en lo que hoy es parte de un potrero, donde se observaba la afloración de algunas rocas con aparente disposición intencional. Se excavó un área de 5 m x 4 m que develó gran cantidad de fragmentos de enlucidos de cal, vidrio –correspondiente a contenedores de vino del siglo XIX–, Loza Blanca y Perla, porcelana y clavos de hierro. Además, se pudieron definir los muros correspondientes a la base del campanario y la presencia de enlucido en el exterior. En el centro de la estructura se localizó un pavimento apisonado con una interfaz de destrucción que resultó corresponder a una huella de poste. En torno a la huella se hallaron varias rocas con un mortero de cal sobre una casimba natural, alrededor de la cual se construyó la base del campanario. En el fondo se encontraron restos de madera correspondientes a dos postes, uno más grueso que el otro (Hernández y Cepero, 2006).

También, como último objetivo de la campaña, se excavó un área de 5 m x 3 m a la izquierda de la entra-

da actual de la finca, lugar donde debió existir el barracón de los esclavos. Según los datos orales de Nemesio Guillén, la estructura fue destruida cuando se construía la línea eléctrica de alta tensión. En el lugar se observan varias aglomeraciones de roca y tierra provocadas por la acción devastadora de los bulldozers utilizados.

En este espacio los trabajos no fueron terminados, pudiéndose profundizar hasta 0,15 m. No obstante, fueron encontrados varios fragmentos de vidrio, cerámica ordinaria, algunos clavos y parte de una bisagra, entre otras piezas.

Evidencias materiales

Cerámica

La muestra cerámica hallada en las zonas excavadas fue escasa, alcanzando un monto de 67 fragmentos. Estos se dividen en 13 de Loza Fina blanca, 3 de Loza Perla, 30 de Ironstone Ware, 5 de porcelana, 8 de Stoneware, 2 de Cerámica Ordinaria sin engobe, 3 tipo El Morro, 1 de cerámica de pasta roja con engobe amarillo y vidriado verde en el interior y 1 fragmento de gollete de jarra de aceite. Se pudieron definir al menos 15 vasijas entre platos, ollas y un posible bacín, así como un contenedor de Stoneware.

La Loza Fina Blanca está compuesta por siete fragmentos sin decorar, encontrándose en uno de ellos la inscripción incompleta: UNICOR... Se pudo identificar un plato, compuesto por tres fragmentos, fechado en el siglo XX, que se encontró en la excavación efectuada en la casa de vivienda. Además, aparecieron seis fragmentos decorados, en los que predomina la impresión por transferencia y la decoración estilo Moca, correspondientes al menos a tres platos. Proveniente de Inglaterra, su fecha está establecido desde 1830 hasta la actualidad.³

Las lozas con borde decorado en plumilla fueron muy comunes. Para 1825 constituían el cien por ciento de la vajilla de mesa utilizada en Estados Unidos, aunque ya para 1858 disminuye a un cuarenta. El valor de estas lozas también varió, de un máximo alcanzado en 1810, se transformó en un producto de bajo costo una década después (Schávelzon, 2001).

Por otra parte, la Loza Perla, también de origen inglés, estuvo representada por tres fragmentos que constituyen al menos un plato, con una cronología extendida desde 1780 hasta 1840.

La muestra de Ironstone Ware está representada por 16 fragmentos sin decorar, 13 decorados y un fondo con inscripción. Fueron hallados seis fragmentos con decoración en plumilla color azul, tres verde y uno rojo, dos Moca y un borde de vasija con una línea negra. Esta cerámica también es procedente de Inglaterra y su fechado está comprendido entre 1815 y 1900 (Ferguson, 1997), aunque otros investigadores extienden la cronología hasta 1930.⁴ La marca mencionada también está inconclusa:

WBA... corresponden al ceramista William Baker de la ciudad de Fenton, Inglaterra. La misma se produce entre 1839 y 1932 con la rúbrica W. Baker & Co, aunque a partir de 1893 esta se modifica y se le agrega Ltd,⁵ y esto ubica el tiesto encontrado entre 1839 y 1893.

La porcelana estuvo compuesta por cinco fragmentos que constituyen un solo ejemplar que parece corresponder a una escudilla de origen europeo (Lisette Roura, com. pers., 2006), encontrados en la excavación de la estructura del campanario. La porcelana comenzó a elaborarse en Europa a partir de las primeras décadas del siglo XVIII, aunque no es hasta 1742 aproximadamente que se produce con éxito, lo que abarató los precios en el mercado. Su presencia en sitios estadounidenses se extendió hasta finales del XVIII, donde se consideraba de procedencia inglesa.⁶

Se localizaron además ocho fragmentos de Stoneware que forman al menos un contenedor, probablemente de cerveza. Este tipo cerámico es procedente de Inglaterra y Estados Unidos, y está ubicado cronológicamente entre 1835 y 1900. Es preciso mencionar la existencia de tres contenedores destinados para el consumo de cerveza que fueron hallados con anterioridad en superficie (Hernández y Vento, 2005).

Fueron encontrados dos fragmentos de Cerámica Ordinaria sin engobe que parecen corresponder a una olla, así como tres tipo El Morro que también forman al menos un tiesto, encontradas todas en el área del

³ La información referente a la cronología y procedencia está citada del Florida Museum of Natural History. http://www.flmnh.ufl.edu/history/gallery_types/ (3 de febrero de 2007).

⁴ *Loc. cit.*

⁵ La información citada fue tomada de <http://www.thepotteries.org/allpotters/48.htm> (19 de febrero de 2007).

⁶ Citado de http://www.jefpat.org/diagnostic/Historic_Ceramic_Web_Page/Historic%20Ware%20Descriptions/porcelain.htm (8 de febrero de 2007).

ARQUEOLOGÍA

barracón de los esclavos y el campanario. La cronología establecida para esta cerámica en el Caribe se sitúa entre 1550 y 1700 (Deagan, 1987), aunque en Cuba se han reportado en contextos del siglo XIX en La Habana Vieja (Prado *et al.*, 2004), provincia La Habana (Singleton, 2005) y Matanzas (Rodríguez y Hernández, 2006).

También se halló un fragmento de cerámica que parece formar parte de la base de un bacín Verde sobre Amarillo de Pasta Roja, encontrado en la excavación realizada en el barracón. Este tipo de cerámica es descrito por Schávelzon (2001) para todo el siglo XVIII y las dos primeras décadas del XIX, con énfasis en el XVIII tardío, confiriéndole un origen inglés.

Un fragmento de gollete de jarra de aceite se rescató de la excavación de la estructura del campanario y probablemente correspondiente a una botija globular estilo tardío de las destinadas al comercio de aceites y otros productos, fechada entre 1800 y 1900.

Por otra parte, en la excavación practicada dentro de la habitación enclavada en el patio de la casa de vivienda se encontró una ficha de juego hecha en cerámica ordinaria. Estas evidencias han sido descritas por varios investigadores y se relacionan a disímiles juegos de mesa u otros. Las fichas han sido halladas en disímiles lugares, desde contextos militares de los siglos XVIII y XIX en el Castillo de San Severino de Matanzas (Rodríguez y Hernández, 2005) hasta asociadas a los esclavos (Singleton, 2005), encontrándose en otros espacios con fechados más tempranos.

Vidrio

El vidrio está constituido por un total de 80 piezas entre fragmentos y ejemplares enteros, siendo el material más representado, aunque 28 piezas (35%) fueron colectadas en superficie. Del total de fragmentos se pudo identificar un NMI de 31 contenedores compuestos por: 14 botellas, 16 frascos de farmacia (4), perfumería (5), conserva (1) y no identificados (6); una damajuana y parte de una lámpara de techo.

Entre los frascos de farmacia hallados se encuentra uno de vidrio marrón, borde recto y cuerpo cuadrado con las esquinas chanfleadas. Presenta la inscripción: L. PAUTAUBERGE/PHARMACIEN/PARIS. En la base posee letras y números dispuestos fuera y dentro de un óvalo y una estrella. Esta solución se crea en 1887 en París y su producción se adentra en el siglo XX. Era indicada para el tratamiento de infecciones pulmonares, apareciendo en sus anuncios su eficacia para prevenir la tuberculosis, la bronquitis, la gripe y el raquitismo.⁷

También se halló un frasco de base cuadrada y gollete de rosca con la inscripción a relieve: CRUSELLAS. Esta marca, dedicada a la fabricación de jabones y cosméticos, fue fundada en La Habana en 1863 y su producción se mantiene en la actualidad.⁸ El frasco en cuestión parece corresponder a la primera mitad del siglo XX.

En cuanto a las botellas, fueron halladas dos bases de contenedores de vino y un ejemplar con el gollete fracturado, su cronología se extendió de 1850 a 1920. Piezas semejantes, precedentes de colectas de superfi-



Fig. 2. Fragmento de cerámica que parece formar parte de la base de un bacín Verde sobre Amarillo de Pasta Roja (siglo XVIII-XIX).



Fig. 3. Frasco de farmacia francés. La solución PAUTAUBERGE era utilizada para el tratamiento de infecciones pulmonares (1887-siglo XX).

⁷ *Histoire de Pautauberge*. Tomado de: <http://www.shp-asso.org/index.php?PAGE=pautauberge&id> (6 de marzo de 2007).

⁸ Tomado de Crusellas: <http://www.guiadeprensa.com/quimica/crusellas.html> (6 de marzo de 2007).

cie, han sido estudiadas con anterioridad (Hernández y Vento, 2005). Además, apareció un fragmento de la base de una botella de vidrio verde traslúcido con la inscripción en el fondo: PEDRO DOMEQC JEREZ. Esta marca se fundó en 1822 en España para comerciar los vinos de Jerez y se mantiene hasta la actualidad.⁹ Otro fondo de botella de esta misma marca se reporta en el trabajo de Hernández y Vento (2005), fechándolo entre 1850 y 1920.

En las colectas realizadas en los alrededores de la casa de vivienda se hallaron varias botellas fechadas la gran mayoría en el siglo xx. Entre esas piezas está una botella de vidrio blanco de marca Cawy. Esta fue fundada en 1948 y su producción se extendió en Cuba hasta 1959, cuando se trasladaron a los Estados Unidos, donde continúa hasta la actualidad. Existían cuatro embotelladoras ubicadas en las actuales provincias de Ciudad de La Habana, Matanzas, Villa Clara y Granma.¹⁰

Fueron encontradas, además, otras botellas correspondientes en ese entonces a compañías cubanas de las marcas Bacardí y La Tropical, que se comercializaron entre la segunda mitad del siglo xix y la primera del xx.

Numismática

Las evidencias numismáticas presentes en el cafetal fueron encontradas sin excepciones en la excavación realizada en torno a la ceiba. Fueron rescatadas un total de 22 piezas ubicadas cronológicamente en los siglos xx y xxi, procedentes de Cuba, Estados Unidos de América y Venezuela.

En general, los ejemplares fueron encontrados en buen estado de conservación, aunque seis presentan un avanzado proceso de oxidación, razón por la cual uno no pudo ser identificado. En este sentido es importante señalar que de las siete monedas procedentes de los Estados Unidos, cinco se corresponden con las afectadas por la oxidación y la restante no pudo ser identificada, si bien podría también pertenecer a este lote por las características físicas observadas.

Entre las monedas localizadas se encontró un centavo correspondiente a las primeras monedas circulantes cubanas,¹¹ emitida por la Casa de la Moneda de Filadelfia,

Estados Unidos, en 1916. Además, apareció una de veinte centavos fechada en 1962, donde aparece por vez primera la leyenda: PATRIA O MUERTE en vez de PATRIA Y LIBERTAD, como se había utilizado hasta el citado año (Morales, 2007).

Objetos metálicos

Los objetos metálicos estuvieron representados en su mayoría por herraduras y clavos de los siglos xix y xx, aunque también se encontraron fragmentos de calderos y un tenedor entre otras piezas. El estado de conservación en general no es bueno, sobre todo en el caso de los clavos, que constituyen el 40,9 % del total, los cuales están muy corroídos por el óxido.

En la excavación practicada en la habitación del patio de la casa de vivienda se encontró en la unidad estratigráfica #7 un tenedor de cuatro dientes con la inscripción en el reverso del mango: ALPACCA BILCO/MADE IN USA, fechado en la primera mitad del xx.

Además, en las colectas de superficie se exhumaron cuatro fragmentos de hierro correspondientes a calderos. Constituyen al menos tres ejemplares distintos según diferencias tipológicas. Uno presenta una inscripción a relieve cerca del borde: 4 GAL..., con la



Fig. 4. Clavos de hierro (siglos xix-xx).

⁹ Domecq tres siglos de historia. <http://www.elalmanaque.com/TURISMO/bodegas/domeq/historia.htm> (6 de marzo de 2007).

¹⁰ Información tomada de: <http://www.cawy.net/cawy-esp.swf> (5 de marzo de 2007).

¹¹ El 29 de octubre de 1914 se promulgó la Ley Monetaria que establecía la acuñación de la moneda nacional. La primera moneda cubana fue la de 10 centavos de plata, emitida el 9 de marzo de 1915, a lo que le siguieron las de níquel, que fueron acuñadas el día 13 del mismo mes. Los diseños estuvieron a cargo de Charles E. Barber, grabador-jefe de esa Casa y las monedas comenzaron a circular por todo el territorio nacional a partir de 1915 (Triana Aguiar, 2004).



Fig. 5. Fragmento del borde de un caldero trébede (siglo XIX).



Fig. 6. Núcleo de pedernal (sílex) encontrado en el área del barracón de esclavos.

cuarta letra ilegible. Otro parece tener el fondo plano y posee un asa. Los restantes dos fragmentos corresponden a bordes de calderos trébedes y uno de ellos presenta una pata. Respecto a estas piezas es preciso apuntar que en el artículo publicado en la revista *Bohemia* acerca de los trabajos realizados en 1989 por el grupo espeleológico Norbert Casteret (Domínguez, 1989), aparece la foto de una de estas piezas íntegra y en buen estado de conservación.

Otras evidencias

Además de lo antes mencionado, se hallaron ocho muestras de restos óseos de animales, encontradas en las excavaciones del campanario y el área del barracón de los esclavos, donde dos corresponden al metatarso, cuatro a huesos largos y los restantes son astillas. Estas no han sido identificadas aún.

Por otra parte, en la excavación del barracón se encontró un núcleo de pedernal (Sílex) y, en la del campanario, tres fragmentos de roca que parecen corresponder a un mismo ejemplar, probablemente el extremo superior de una mano de mortero.

Consideraciones finales

Esta primera campaña de excavación en el cafetal La Dionisia es parte de un proyecto que pretende comprender la vida cotidiana del cafetal, así como su mecanismo de producción y su entorno. En esta oca-

sión, los resultados alcanzados abordan cuestiones referentes a la vida de la dotación de esclavos de la otrora plantación.

En este sentido, las excavaciones efectuadas en torno a la ceiba estuvieron dirigidas, como se mencionó anteriormente, a la búsqueda de posibles ofrendas hechas por esclavos. La ceiba es reconocida como árbol sagrado por excelencia, donde se realizan ceremonias y se ofrecen ofrendas a todos los orishas, que consisten por lo general en sacrificios de aves, aunque también se utilizan huevos y centavos viejos (Cabrera, 1993). Las excavaciones develaron la presencia de monedas que podrían estar vinculadas a prácticas religiosas afrocubanas, ya que de 22 piezas encontradas 14 son centavos. No obstante, estas monedas están fechadas en el siglo XX, lo que indicaría la continuación de las tradiciones de los mencionados cultos, pero no se corresponden con la dotación de esclavos. Además, es preciso mencionar la posibilidad de que se utilizaran materiales perecederos, cuestión que fue ampliamente señalada por viajeros extranjeros que visitaron las plantaciones cubanas en el siglo XIX.

Atendiendo a esto, Fredrika Bremen (1981) menciona la utilización del árbol de la güira para la confección de distintos útiles domésticos, así como la elaboración de recipientes de cestería por parte de los esclavos en las plantaciones.

Los trabajos en el área del barracón de los esclavos develaron la presencia de cerámicas de importación de

origen europeo y otras de probable producción cubana. Además, se hallaron contenedores de bebidas alcohólicas que no eran productos autorizados dentro de las plantaciones, lo que podría sugerir algún tipo de intercambio económico que incluía la compra a vendedores ambulantes (Singleton, 2005). Esta situación quedó plasmada en las quejas constantes de las autoridades de Matanzas por la compra ilegal de licor que realizaban los esclavos (Bergad, 1990; citado por Singleton, 2005).

Aparecieron también tres muestras óseas vinculadas a la dieta que, como se mencionó anteriormente, no pudieron ser identificadas. Es preciso referirse nuevamente a los viajeros del siglo XIX, quienes notaron la cría de cerdos y aves por parte de los esclavos de las plantaciones cubanas, los que, además de formar parte de su alimentación, constituían su mayor fuente de recursos monetarios (Bremen, 1981 y Wurdeman, 1989).

Lo antes referido está asociado a una economía esclava informal (Singleton, 2005), lo que ubica al esclavo no sólo como productor de utensilios dirigidos a satisfacer sus necesidades, sino también como consumidor de productos que en ocasiones no se encontraban entre los admitidos, como son en este caso las bebidas alcohólicas, hecho que ya ha sido detectado en las investigaciones llevadas a cabo en el cafetal Santa Ana de Viajacas, conocido como cafetal Del Padre o El Padre, en Madruga, provincia La Habana.

En otro orden de cosas, las piezas rescatadas indican el predominio de la importación durante el siglo XIX, donde la gran mayoría de los objetos son de procedencia europea. En cambio, los materiales fechados para el siglo XX tienden al consumo de producción nacional, si bien se mantuvo también la importación.

Los contenedores encontrados, de vidrio y Stoneware, fueron destinados al consumo de vino y cerveza fundamentalmente, aunque también se hallaron frascos de farmacia, perfumería y probablemente alguno de conservas. Es preciso mencionar que la muestra estudiada indica un predominio del consumo de vino por sobre la cerveza, cuestión que se observó en investigaciones anteriores de muestras halladas en superficie (Hernández y Vento, 2005).

El contexto arqueológico excavado en La Dionisia, según la información que brindan los objetos hallados, se ubica cronológicamente en un momento de habitación estimado entre 1818 y 1959. Se toma la fecha de inicio por los datos de adquisición de las tierras, las

cuales no fueron habitadas con anterioridad y se extiende hasta 1959 al tomar como referencia los fechados más tardíos encontrados. En este lapso se erige y se quebranta la plantación cafetalera de La Dionisia, convirtiéndose en potrero, función que ejercería hasta la actualidad.

No obstante, aparecen objetos que se han asociado a finales del XVIII. En este caso se hallan cerámicas tipo El Morro y Verde sobre Amarillo de Pasta Roja (véase figura 2).

Hay que señalar que estos tipos cerámicos han parecido en números escasos y ambos en la excavación practicada en el área del barracón de los esclavos. Aunque estas son piezas asociadas a los esclavos, el hecho de que correspondan a objetos de importación hace pensar en una posible reutilización después de que sus dueños las dejaron de utilizar.

Un elemento representativo de finales del XVIII es la Loza Perla, tipo cerámico también muy poco presente en La Dionisia.

Las evidencias mencionadas son poco significativas cuantitativamente, por lo que su influencia cronológica es poco determinante. Además, estas cerámicas siguieron en uso bien entrado el siglo XIX, hasta cerca de la década del treinta aproximadamente, lo que en contextos rurales se reafirma y puede haberse extendido un poco más.

Por otra parte, el mayor por ciento de las piezas halladas están fechadas en el siglo XIX, confirmando el contexto excavado. Entre ellas la Loza Blanca y la Ironstone corresponden al mayor monto recuperado.

Las excavaciones arqueológicas rescatan parte de los momentos de cambio que acontecieron en La Dionisia. Así, la estructura del campanario, que estuvo oculta por varias décadas, muestra un posible proceso de uso y desuso ocurrido en el siglo XIX. Los cimientos encontrados alrededor de la huella del poste que sostuvo el campanario parecen haber sido demolidos, hallándose parte de los muros y enlucidos que conformaron una estructura probablemente semejante a las descritas por los viajeros de esa centuria como forma escalonada piramidal. Estas transformaciones podían estar vinculadas al momento en que la plantación se convierte en potrero, para mediados del XIX (Hernández, 2007), planteamiento que puede ser comprobado con la información histórica.

El antiguo cafetal La Dionisia, si bien ya viene develando poco a poco su historia, ha comenzado a aportar

ARQUEOLOGÍA

datos de significativa importancia sobre la vida del esclavo en las plantaciones, así como del pasado colonial decimonónico mediante la cultura material de la vida cotidiana, en lo que la Arqueología Histórica contribuye sobremanera. En la actualidad, la explotación turística del área ha ido incrementando paulatinamente el impacto negativo en la conservación de este cafetal, por lo que es preciso trazar estrategias de investigación y protección para preservar el patrimonio histórico-arqueológico cubano.

Quiero agradecer a Adrián Labrada Milán, Boris Rodríguez Tápanes, Silvia T. Hernández Godoy, Larisa Cepero Figueras, Lisette Roura Álvarez, Jorge F. Garcell Domínguez y Esteban Grau, por su participación en las excavaciones y su significativa ayuda. A

Roger Arrazcaeta Delgado, director del Gabinete de Arqueología, por la asesoría. A Marisol López Iglesias por su colaboración con la documentación histórica. A Nemesio Guillén y toda su familia, que nos dieron un inestimable apoyo en todos los días que convivimos. A los trabajadores de la Empresa de Flora y Fauna de La Dionisia, que sin su importante ayuda no habríamos podido llegar al final de veinte días de estancia. También a las instituciones que nos apoyaron: Castillo de San Severino Museo de la Ruta del Esclavo, Comité Espeleológico de Matanzas (SEC), Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, Oficina de Monumentos y Sitios Históricos de la Dirección Provincial de Patrimonio de Matanzas.

BIBLIOGRAFÍA

Archivo Histórico Provincial de Matanzas (AHPM) (1818): Fondo Actas Capitulares, tomo 33, folio 28.

_____ (1818): Fondo Anotaduría de Hipotecas, libro 1, partida 70, folio 15.

_____ (1836): Fondo Anotaduría de Hipotecas, libro 7, partida 95, folio 76.

BERNARD, L., V. BLANCO Y A. RIVES (1985): *La Manuela: Arqueología de un cafetal habanero*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

BOYTEL JAMBÚ, F. (1962): "Restauración de un cafetal de colonos franceses de la Sierra Maestra", en *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*, Imprenta el Siglo XX, La Habana.

BREMER, F. (1981): *Cartas desde Cuba*, Editorial Arte y Literatura, Ciudad de La Habana.

CABRERA, L. (1993): *El Monte*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.

CEPERO FIGUERAS, L. (2006): "Informe de pintura mural" en Odlanyer Hernández de Lara (2006): *Informe de las excavaciones arqueológicas realizadas en el cafetal La Dionisia, Matanzas*, Castillo de San Severino, Museo de la Ruta del Esclavo, Matanzas.

DEAGAN, K. (1987): *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean. 1500-1800*, vol. I, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.

DOMÍNGUEZ, C. (1989): "La Dionisia. Sorpresas de un cafetal", en *Bohemia*, no. 37, año 81: 43-45, La Habana.

DOMÍNGUEZ, L. (1991): "Las ruinas de los cafetales de la Sierra del Rosario, Cuba", en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*, Editorial Academia, La Habana.

FERGUSON, J. (1997): "Historic ceramic analysis", en Pollock, John W., Michael Barnes y Jonathan Ferguson, final report 1997, archaeological excavations La Vase Heritage Project. <http://www.city.north-bay.on.ca/lavase/> (26 de febrero de 2007).

Florida Museum of Natural History (2004): Historical Archaeology Digital Type Collection, Historical Archaeology at the Florida Museum of Natural History, University of Florida, Gainesville <http://www.flmnh.ufl.edu/histarch/gallery_types/> (11 de mayo de 2007).

HERNÁNDEZ DE LARA, O. (2002): "Cafetal colonial La Dionisia", en *Cartelera*, periódico del Centro de Promoción Cultural de Matanzas, Cuba, año 7, no. 44, Matanzas.

_____ (2006): *Informe de las excavaciones arqueológicas realizadas en el cafetal La Dionisia, Matanzas*, Castillo de San Severino, Museo de la Ruta del Esclavo, Matanzas.

_____ (2007): "Cafetal La Dionisia: impacto arqueológico y desarrollo turístico", Castillo de San Severino, Museo de la Ruta del Esclavo, Matanzas (inédito).

_____ y G. VENTO FRANCO (2005): "La Dionisia: arqueología histórica de un cafetal", en *Revista de Espeleología y Arqueología*, Órgano Oficial del Comité Espeleológico de Matanzas, SEC, año 6, no. 1: 27-35. Digital.

_____ y L. Cepero Figueras (2006): "Arqueología histórica en el cafetal La Dionisia", en 3er. Congreso Nacional de Arqueo-

logía Histórica. Continuidad y Cambio en Arqueología Histórica, Rosario, Argentina.

Iglesia Parroquial San Cipriano Obispo y Purísima Concepción de Limonar (IPSCO) (1863): Certificación de Bautismo, libro 4 Pardos y Morenos, folio 229, no. 797.

LA ROSA CORSO, G. (2000): "Perspectivas de la Arqueología Histórica en Cuba en los umbrales del siglo xxi", en *Revista Bimestre Cubana*, vol. LXXXVIII, época III, no. 12: 124-135, La Habana.

MORALES GARCÍA, I. (2007): "El Che en las finanzas cubanas", en *El Economista de Cuba*. Edición online, año 8, no. 301. Lunes 12 de febrero, La Habana.
http://www.eleconomista.cubaweb.cu/2005/edicionimpresa/293_impreso1.html (13 de febrero de 2007).

Parroquia San Carlos Borromeo Catedral-Matanzas (PSCB) (1822): Certificación de Bautismo, libro 10 Pardos y Morenos, folio 300, no. 1914.

PRADO FLORES, A., J. ROSSI ÁLVAREZ Y R. ARRAZCAETA DELGADO (2004): "Rescate arqueológico en Mercaderes no. 15", en *Gabinete de Arqueología*, boletín no. 3, año 3: 31-40, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, La Habana.

RODRÍGUEZ TÁPANEZ, B. y O. HERNÁNDEZ DE LARA (2007): "Castillo de San Severino, pasatiempos en la vida de una fortaleza", en *Castillo de San Severino: historia, arqueología y actualidad* (O. Hernández de Lara y B. Rodríguez TápaneZ), CD ROM Castillo de San Severino Museo de la Ruta del Esclavo, Matanzas.

_____. (2006): "Cueva El Grillete: arqueología histórica en un refugio de cimarrones", en *Gabinete de Arqueología*, boletín no. 5, año 5: 66-74, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, La Habana.

RUIZ, R. (2002): *Matanzas: tema con variaciones*, Ediciones Matanzas, Matanzas.

SINGLETON, T. A. (2005): "Investigando la vida del esclavo en el Cafetal del Padre", en *Gabinete de Arqueología*, boletín no. 4, año 4: 4-13, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, La Habana.

SCHÁVELZON, D. (2001): Catálogo de cerámicas históricas de Buenos Aires (siglos xvi-xx) con notas sobre la región del Río de la Plata. CD editado por la Fundación para la Investigación del Arte Argentino y Telefónica-FADU, Buenos Aires.

TRIANA AGUIAR, G. (2004): "Las primeras monedas circulantes cubanas", en *Revista del Banco Central de Cuba*, año 7, no. 3. Trimestre julio-septiembre.
<http://www.bc.gov.cu/antiores/RevistaBCC/2004/JulSep2004/monedas.htm> (13 de febrero de 2007).

VENTO FRANCO, G. Y O. HERNÁNDEZ DE LARA (2004): "Cafetal La Dionisia: arqueología e historia", en *Matanzas*, año V, no. 2: 54-56, mayo-agosto, Matanzas.

WURDEMANN, J. W. (1989): *Notas sobre Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.



Arqueología Subacuática en Cuba. Reseña histórica

Por: Alessandro López Pérez y Mónica Pavía Pérez

RESUMEN

Nuestro trabajo pretende reflejar las investigaciones arqueológicas en el medio marino realizados alrededor de las costas de Cuba, principalmente a partir de 1959. Se destacan los pioneros de estas investigaciones en nuestro país, instituciones que participaron en ellas, compañías extranjeras que trataron de realizar rescates submarinos en la plataforma insular. Sin embargo, el gran sentido de este escrito es resaltar las investigaciones científicas en este campo efectuadas por la empresa Carisub, pionera y órgano rector que desarrolló exploraciones, investigaciones históricas, prospecciones geofísicas, excavaciones y conservación del material cultural extraído, así como el análisis y estudio de estos por más de dos décadas. Se mencionan los principales casos trabajados a lo largo de nuestro país, y una pequeña síntesis de las características de cada pecio investigado.

ABSTRACT

This paper endeavors to show underwater archaeological researches undertaken in Cuban coastal areas, mostly after 1959. Stress is made on the early researchers and the organizations which participated and companies which made an effort in underwater archaeological reclaim operations in the Cuban shelf. However, the heart of this article stresses on the role played by Carisub, a company in charge of underwater archaeological research and pioneer and the ruling body in this field, which developed exploration, historic research and geophysical surveying as well as the excavation and preservation of the artifacts found for more than two decades. The main cases of research in Cuba and a synthesis of each wreck case are covered as well.

Desde los albores de la civilización, el género humano siempre ha experimentado la indomable seducción del mar o como dijera Álvaro Cunqueiro en sus *Fábulas y leyendas de la mar*: "El mar es mucho más complejo, en su realidad y en su fantasía, que todo lo que podamos imaginar desde tierra". El mar ha sido y es aún el sendero donde están esculpidas las rutas transcendentales que durante centurias permitieron el encuentro y descubrimiento mutuo entre civilizaciones.

Con la invención de la escafandra autónoma, hace más de medio siglo, por el conocido explorador francés Jacques-Yves Cousteau y su colega, el ingeniero Émile Gagnan, se abrió para el mundo una nueva era en la exploración de los fondos marinos. A partir de entonces, y como resultado directo de esta invención, comenzó a desarrollarse dentro de la ciencia arqueológica una nueva línea, la Arqueología Marina o Subacuática, la cual ha progresado formidablemente en breve tiempo.

Fueron los arqueólogos norteamericanos Peter Throckmorton y George F. Bass, "padres de la Arqueología Subacuática", quienes aplicaron sus conocimientos científicos en la rama arqueológica a los contextos litorales y subacuáticos, desarrollando así un conjunto de métodos y procedimientos histórico-antropológicos y técnicas de excavación en pecios históricos y sitios arqueológicos sumergidos in situ. De esta forma, los arqueólogos terrestres, interesados en revelar las incógnitas que yacían ocultas bajo la frontera azul, no vacilaron en entrenarse hábilmente para estudiar las historias sumergidas del hombre del pasado.

La génesis de los trabajos submarinos en Cuba se remontan a su pasado aborígen, pero su evolución se complementa en los rescates y trabajos subacuáticos que se llevaron a cabo en el período colonial. Por noticias referenciadas en documentos, la primera labor de buceo se realizó en Puerto Carena, en el primer cuarto del siglo XVI, donde se le taponeó una vía de agua a un barco de Hernández de Córdova, primer explorador de las costas de México. Posteriormente, varias compañías de asentistas en San Cristóbal de La Habana se dedicaron a rescates de naufragios, labor que remuneraban en moneda fuerte a los que realizaban esta tarea.

Nuestras aguas jugaron un papel importante dentro de las rutas comerciales de la carrera de Indias, que duró casi tres centurias, debido a la posición geográfico-estratégica que tuvo desde inicios del siglo XVI, cuando comenzó su protagonismo histórico. El complejo mareaje de la



Fig. 1. Primer "rescate" de un pecio después del triunfo de la Revolución. Punta Seboruco, Matanzas, 1959. Operación realizada por el comandante Camilo Cienfuegos. (Foto: Archivos del cap. Alessandro López Pérez, arqueólogo marino.)

navegación antigua con sus crujientes naves de difícil maniobra, la escasa información cartográfica de un litoral con tan disímiles accidentes geográficos, las variables condiciones hidro-meteorológicas características de la región y la prolífera actividad de piratas y corsarios en el área del Caribe, fueron sin duda las principales causas de tanto infortunio naval durante cientos de años.

Es por tal motivo que en la década de los años sesenta del pasado siglo surge la Arqueología Submarina en nuestro país, con la creación del Depar-

tamento de Investigaciones Subacuáticas del Instituto de Oceanología, perteneciente a la Academia de Ciencias de Cuba (ACC). Sus investigadores, aunque con insuficientes recursos, realizaron exploraciones y algunas excavaciones arqueológicas. En este período inicial se efectuaron actividades, las cuales incluyeron las siguientes zonas: Península de Guanahacabibes, Pinar del Río; Guardalavaca, Holguín y la zona frontal de la bahía de La Habana, Ciudad de La Habana.

Los principales trabajos se centraron en la zona frontal de la bahía de La Habana, especialmente en el cruce-ro de guerra español Sánchez Barcaiztegui,¹ el cual constituye uno de los sitios sumergidos de más incalculable valor patrimonial para la cultura cubana (Hernández, C. A., 2000). Aunque las excavaciones fueron ejecutadas manualmente, se dieron los primeros pasos en las labores arqueológicas y se elaboraron inicialmente croquis y posteriormente previos levantamientos topográficos de los sitios estudiados. Es de destacar que por primera vez se realizaba la conservación de piezas extraídas del fondo del mar y aunque la tendencia fue más bien de coleccionismo, no se puede negar que fueron los comienzos de esta disciplina en Cuba. Esta actividad la dirigieron Michael Montañés Caballero, Roger Montañés Caballero, y el buzo Juan Álvarez Forteza.

En los años setenta del siglo xx, esta tarea la desarrolló el Banco Nacional de Cuba (BNC) sin resultados positivos. Sin embargo, en la misma década (1977-1979) fue impulsada por el Comité Estatal de Finanzas (CEF) y es a partir de entonces que se dan los pasos iniciales para una avanzada aplicación tecnológica no utilizada anteriormente en excavaciones subacuáticas además de preparar un barco para estos fines, la motonave Guaicán, primero de su tipo en Cuba, construido en los astilleros de Manzanillo. Los precursores en esta disciplina "investigativa" fueron, entre otros: Juan Nilo Otero (jefe del Departamento de Valores No Circulantes), César García del Pino (investigador histórico), Juan Iduate Andux (investigador histórico) Roberto López Juan (técnico, buzo) y Alessandro López Pérez (capitán de barco y buzo arqueólogo).

Aunque la perspectiva de estos trabajos iniciales no centró su única atención en la búsqueda y recopilación

¹ Este pecio tardío (cercano cronológicamente a nuestro tiempo) se ubica en el canal de entrada de la bahía de La Habana, a unos 200 metros del faro del Morro. El crucero español Sánchez Barcaiztegui zozobró en la madrugada del 18 de septiembre de 1895 debido a una violenta colisión con el vapor Mortera y como resultado de una confusa maniobra. Este pecio yace a una profundidad de 22-24 metros, justo en el centro del canal de entrada al puerto y ha sido la escuela de todos los arqueólogos submarinos de nuestro país.

ARQUEOLOGÍA

de elementos históricos, sí propició que se formaran los predecesores de esta disciplina en el país. A su vez, el Instituto Nacional de Turismo poseía un Departamento de Investigaciones Subacuáticas, donde se realizaron algunos intentos arqueológicos, similares al anterior y cuyos pilares fueron principalmente Juan Álvarez Forteza y Roger Montañés.

Hacia 1980 se fundió parte del Comité Estatal de Finanzas (CEF) con el Departamento de Investigaciones del Turismo para crear la empresa Carisub, S. A. Esta entidad perteneció en un primer tiempo al Consejo de Estado, después pasó su soporte económico a la Corporación CIMEX, S. A., radicada en Cuba. La empresa Carisub, S. A. empezó por crear la infraestructura necesaria para establecer las sólidas bases de lo que posteriormente sería el trabajo científico mantenido por más de dos décadas.

El maestro César García del Pino (especialista en Historia Naval) y su colega Juan Iduate Andux, en orden de prioridad organizaron los archivos históricos que procedían de las instituciones: Archivo General de Indias (Sevilla, España); Archivos Históricos de Londres, Inglaterra; Archivo Nacional de Cuba.²

También se organizó por estos especialistas todo lo concerniente a la historia naval en Cuba, que directa o indirectamente sirvió para complementar el trabajo arqueológico en contextos litorales y subacuáticos desarrollado con posterioridad (colección de derroteros, mapas antiguos, estudios de la toponimia de las costas cubanas, por solo citar algunos ejemplos).

Una vez organizados estos expedientes históricos con fundamentos científicos, se pasó a la formación del primer laboratorio de conservación y preservación, donde se aplicaron tratamientos diferenciados a todas las evidencias arqueológicas extraídas en los trabajos de excavación, intentando no incurrir en los errores que se cometieron por falta de experiencia en las instituciones anteriormente mencionadas. Se implementaron y desarrollaron técnicas para diferentes tipos de materiales (bronces y latones, metales ferrosos, plata, oro, plomo, peltre, madera, cerámica roja vidriada y no vidriada, lozas, porcelanas y semiporcelanas, vidrios y piedra). Hasta el momento se han recuperado más de 50 000 artefactos (Morriña, F.; M. Almeida y

otros; 1999), destacándose entre éstas una amplísima colección de objetos de cerámica inglesa de finales del siglo XVIII y principios del XIX, posiblemente la más amplia que se halla podido reunir en el mundo.

Posteriormente se estableció y preparó un Departamento de Buceo con excelentes condiciones, contando con la mejor tecnología utilizada hasta el momento para trabajar en aguas someras (inferiores a los 50 metros). Con este conjunto de técnicas se exploraron importantes zonas como el Real Fondeadero de La Habana (frente al castillo San Salvador de la Punta) en profundidades que oscilaban entre los 30 y 60 metros. Se prepararon barcos con tecnología de avanzada para desarrollar esta actividad. Una vez confeccionada la plataforma necesaria para efectuar los estudios arqueológicos, se comenzaron las exploraciones, prospecciones y excavaciones *in situ* de los sitios seleccionados de mutuo acuerdo con historiadores, buzos, capitanes de barco y arqueólogos.

El primer trabajo que realizó la empresa Carisub, S.A. fue la excavación sistemática del crucero Sánchez Barcaíztegui, y esa excavación arrojó la mayor colección que hasta ese momento existía en Cuba sobre el desarrollo de la sociedad en la última mitad del siglo XIX. Además, estas evidencias materiales se conservaron y estudiaron con un sentido totalmente arqueológico.



Fig. 2. Pecio Sánchez Barcaíztegui, 1895: Frontal del Morro, La Habana, escuela de la arqueología submarina en Cuba. (Foto: Nelson García.)

² En la década de los setenta el profesor García del Pino estuvo en el Archivo de Indias, Sevilla, y en otros, recopilando información sobre temas relacionados con naufragios acaecidos en nuestras aguas.

Teniendo ya los barcos equipados y especialmente preparados para desarrollar la misión arqueológica deparada por el futuro, el equipo se dedicó a realizar la mayor exploración de la cual se tenga noticia hasta la actualidad en la zona marítima de la Península de Guanahacabibes y el grupo insular de los Canarreos. Esto dio como resultado el descubrimiento de innumerables sitios de gran valor histórico y patrimonial, como por ejemplo: el sitio Sambo, donde por vez primera se realizaron los levantamientos topográficos de un sinnúmero de naufragios que existen en ese lugar; otro ejemplo lo constituye un barco holandés de 1698, el cual fue topografiado y estudiado en el sitio Punta Holandés, en Guanahacabibes y otros más.

No es hasta 1985 que se emprendió la tarea de encontrar una Almiranta de Tierra Firme llamada Nuestra Señora de las Mercedes y es donde por primera vez, para esta búsqueda, se aplicaron en Cuba métodos de detección y prospección geofísica en los bajos de arrecifes de la Ensenada de Sibarimar, Guanabo (López, A., C. García y Pavía, M. En prensa).

Entre los procedimientos utilizados cabe mencionar los siguientes: Inspección visual, magnetometría protónica y cuántica (de gran escala y localizada), detección microlocalizada de metales, así como métodos sísmicos para investigar el perfil del subsuelo marino



Fig. 3. Pecio Inés de Soto (155...): Estudiando bomba *-in situ*. (Foto: Nelson García.)

y ver de esta forma los espesores de sedimentos arenosos que podían cubrir a la Almiranta. Se cartografiaron en un mapa la distribución espacial de todas las anomalías existentes en un área bastante extensa. Posteriormente, la minuciosa revisión de este mapa dio como resultado que a finales de los años ochenta localizamos los restos perdidos de la Almiranta en esos bajos de arrecifes.

Después de realizar una excavación extensiva en toda el área seleccionada (cuadrícula de investigación), se pudo extraer una gran colección de objetos de la última década del siglo XVII, como monedas, pernos, porcelana china del período K'ang Hsi (1662-1722), pebeteros, discos de plata y otros utensilios de uso personal, que fueron objeto de estudio. La artillería, y esto fue sorpresivo, era escasa al igual que las estructuras del maderamen de la nave y esto coincide plenamente con el expediente histórico que se poseía, pero esto fue el inicio del trabajo sistemático con consistentes bases científicas que a partir de este momento comenzamos a utilizar.

A la vez que se estaba excavando este sitio, se desarrolló un proyecto en el Archipiélago de los Colorados denominado Exploración Sistemática de los Arrecifes de los Colorados.³ Se escogió esta zona porque era travesía obligatoria de la flota de Tierra Firme y de Nueva España en su viaje indirecto hacia La Habana. Para desarrollar este proyecto se realizó una gran investigación histórica, cruzándose información etnológica con las comunidades locales, con gran tradición en el arte pesquero, de la región septentrional en la provincia Pinar del Río, además de estudiar la designación toponímica (evolución de los nombres geográficos del litoral) sobre los grupos insulares (cayos, cayuelos e islotes, quebrados, canales y/o canalizos), accidentes geográficos, etcétera, que nos podían aportar valiosa información. Algunos ejemplos son: Cabezo de los Lingotes, La Galera, Banco de Sancho Pardo, Banco de Pizarro y Fuxa.

Se escogió la zona de trabajo arqueológico comprendida frente al grupo orográfico de los Órganos, por constituir un punto de arribada de las flotas españolas. Las características atípicas de este sistema montañoso del resto de las montañas, visibles a más de cinco

3 Arrecife de barrera de Los Colorados: Representa el segundo de Cuba por su longitud y se extiende desde Punta Gobernadora hacia el oeste, casi de modo ininterrumpido, a lo largo de más de 200 km, hasta terminar en el extremo oeste del Banco de Sancho Pardo, a pocas millas del Cabo de San Antonio. Esta barrera coralina sólo está interrumpida de manera importante por 13 pasas o canales de mediana profundidad, que permiten el acceso de embarcaciones de mediano calado a la costa norte de Pinar del Río (Mirabal, A., 1998).

ARQUEOLOGÍA

millas náuticas de la línea de costa, lo hacen, precisamente, el más importante de Pinar del Río.

Una vez obtenida toda esta información se encontraron varios pecios de gran importancia histórico-cultural y arqueológica:

I. *Cayo Paraíso* (Goleta Arrow): naufragio de gran relevancia por la abundante tipología de loza fina inglesa que se halló (*Creamware*, *Pearlware* y otras). Ayudó a conocer con mayor exhaustividad la diversidad de formas y tipos de utensilios de lozas que se transportaban a las Américas hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX, tanto desde Gran Bretaña como por otras vías indirectas: España, Estados Unidos y Jamaica, cuestión esta que está avalada por diversos documentos de archivos consultados (Roger Arrazcaeta, comunicación personal, 2004).

II. *Fuxa* (¿Nuestra Señora del Rosario?): siniestro histórico-cultural de finales del siglo XVI, descubierto en un quebrado de la costa septentrional pinareña. En este pecio se encontró parte de la estructura en perfecto estado de conservación y se realizó un estudio de todas las piezas del galeón. Y por primera vez en el mundo se desarmó en piezas una nao de la Carrera de Indias, manifestándose la utilización de métodos en arquitectura naval hasta ese momento no vistos. Se le realizó un estudio anatómico al maderamen para identificar su especie, arrojando esta investigación que la nao poseía aportes de maderas cubanas.

III. *Inés de Soto* (pecio también conocido con este nombre): importante zona de desastre del siglo XVI,

donde por vez primera se encuentra un armamento de época temprana para esa centuria como versos, cerbatanas, falconetes, etcétera. Por primera vez se hace un intento de estudiar las pretéritas condiciones fisiográficas del arrecife coralino asociado a los foráneos materiales arqueológicos con un enfoque bioarqueológico y estudio del paleofondo (López, A., 1993). También se extrajeron más de treinta mil monedas de las primeras cecas y acuñaciones de América nunca vistas hasta la fecha del descubrimiento del pecio.

IV. *La Galera*: pecio temprano del siglo XVI, descubierto también en la costa septentrional de Pinar del Río, donde se observaron, para esa fecha, métodos de fundición y armamentos muy antiguos.

V. *San Cayetano*: navío perteneciente a la flota de Tierra Firme. A pesar de que aún se ignora la identificación de este pecio, a juzgar por los registros arqueológicos (en particular la numismática), el naufragio ocurrió en fecha posterior a 1681 (Ortega, O., 2000). Se realizaron por vez primera excavaciones con nuevos procedimientos metodológicos, partiendo de un enfoque paleogeomorfológico, para estudiar el paleorelieve y analizar evolutivamente los eventos hidro-dinámicos relacionados con los elementos foráneos que se distribuyen espacialmente, tanto horizontal como verticalmente. Esta faena submarina sirvió además para minimizar los impactos negativos en el arrecife de coral *in situ*. Finalmente quedó aseverado que la Geografía, la Geomorfología Litoral y Submarina y la Estratigrafía del Cuaternario son ciencias auxiliares de vital importancia para ser aplicadas en los estudios geoarqueológicos (A. López y Díaz, I., 2003. Investigación inédita).

En los depósitos del antiguo Carisub, S. A. se pueden apreciar en buen estado de conservación las piezas procedentes de los naufragios anteriormente mencionados, al igual que en el Museo de la Real Fuerza.

Entre los años 1994-1995 se realizaron estudios sobre las técnicas tradicionales, que aún perduran, utilizadas por los carpinteros de ribera en la construcción naval, en particular los actuales núcleos poblacionales de Puerto Esperanza (costa norte de Pinar del Río) y Jacksonville (costa suroeste de Isla de la Juventud). Para tal pesquisa se partió de estudios de restos de estructuras navales excavadas por Carisub, S. A., así como de búsqueda, recopilación y análisis bibliográfico-documental; finalmente se elaboró una serie de consideraciones que contribuyeron a los estudios etnográficos y de historia de la tecnología (López, A., 2004). En



Fig. 4. Pecio de Fuxa o ¿Nuestra Señora del Rosario? (1590): Vista de las estructuras del maderamen (plan de popa a proa). (Foto: Nelson García.)

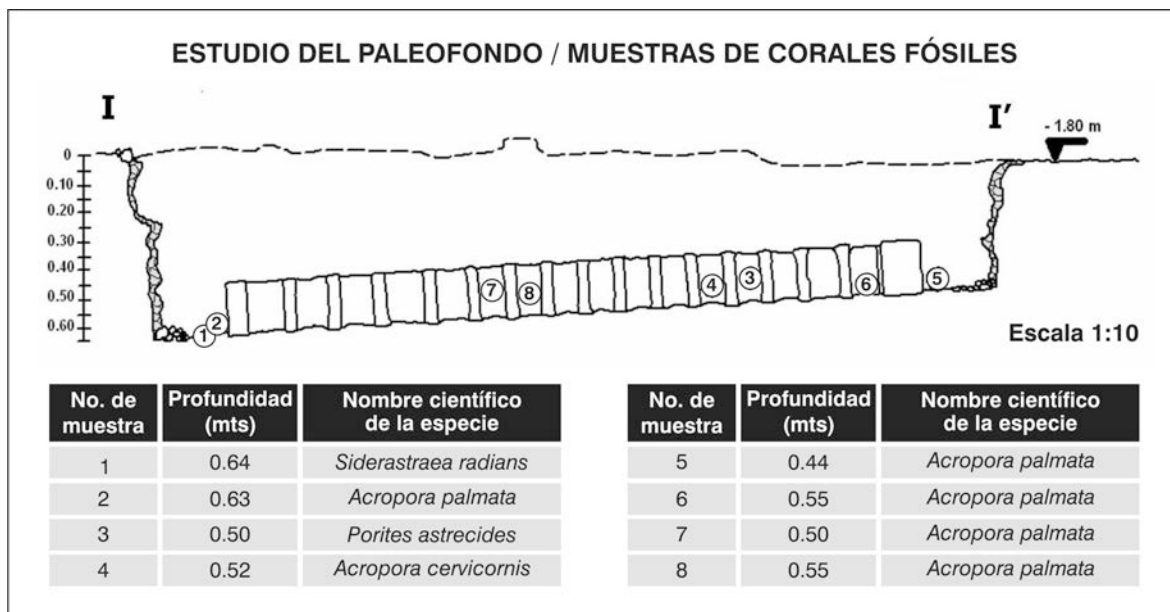


Fig. 5. Estudio de las paleoformas de relieve marino (corales fósiles) asociadas a los artefactos que yacen entre planos de estratificación (A. López, 1994. Monografía inédita).

esos años también se realizó un bojeo a Cuba de exploración arqueológica, empezando en la zona de Varadero, exactamente en Punta Icacos, y terminando en la Marina Hemingway, sede de Carisub. Los resultados obtenidos sumaron decenas de pecios a nuestro patrimonio arqueológico sumergido, con cronologías desde el siglo XVI al XIX, y en él se hallan, hasta el momento, los más antiguos de América.

En el año 2001 se aplicó por vez primera un Sistema de Información Geográfica (SIG) de formato vectorial a los estudios de Arqueología en contextos litorales y subacuáticos. Esta pesquisa se realizó con el objetivo de crear una base digital que sirviera de soporte para incorporar informaciones temáticas. El área de estudio fue la vertiente costero-marina norte-sur de la provincia Pinar del Río. La Cartografía Temática Digital de materiales aero-cartográficos (mapas topográficos, cartas náuticas y algunas fotos aéreas), desde la llanura costera hasta el borde de la plataforma insular septentrional pinareña, resultó de gran importancia para la implementación de un Sistema de Gestión de Bases de Datos (SGBD) a partir del SIG. De esta forma quedó confeccionado parcialmente el primer censo de sitios arqueológicos subacuáticos, pecios históricos y evi-

dencias arqueológicas georreferenciadas por GPS en su mayoría (70%) (Díaz, I. y C. Alonso, 2001).

La empresa Carisub, S. A., en sus más de veinte años de existencia, ha explorado y salvado más de cien naufragios provenientes de nuestros fondos marinos en la plataforma insular. Ha realizado estudios arqueológicos tanto en contextos subacuáticos como litorales, además de pesquisas en la red molecular y anatómica para la identificación de la madera (pecio de Fuxa). Ha descubierto el armamento de artillería naval más antiguo de América, del cual se tenga noticia, ubicado en la costa septentrional de la provincia Holguín. Esta empresa participó en varios proyectos de exploración y excavación de pecios en otros países, y también estuvo presente en innumerables congresos internacionales de la Sociedad de Arqueología histórica. Trabajó en amplios proyectos con la National Geographic, Sociedad Cousteau, etcétera.

Esta entidad se convirtió en la institución pionera de carácter científico de la actividad subacuática en Cuba y a su vez en el órgano que regía las labores de prospección, rescate e investigación de pecios históricos en la plataforma insular del Archipiélago Cubano. Desde el año 2000 hasta nuestros días, Carisub, S. A.

ARQUEOLOGÍA

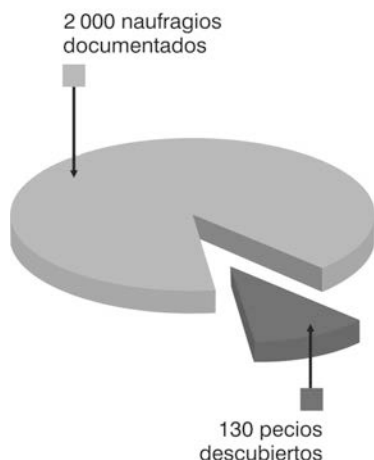


Fig. 6. Más de 2 000 naufragios documentados y 130 sitios arqueológicos subacuáticos. Búsquedas y hallazgos efectuados por diversas instituciones⁴ del país desde la década de 1960 al presente.

fue absorbida por Sermar, S. A., empresa perteneciente al Grupo Empresarial de las FAR y dedicada a la ejecución de obras hidrotécnicas, que a su vez tiene un Departamento de Arqueología encargado de llevar a cabo la actividad. El Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana (OHCH) posee una sección naval, encargado de proyectar, realizar y controlar las investigaciones científicas (teóricas y aplicadas) de estudios arqueológicos sobre la Historia Naval de Cuba, relacionada directa o indirectamente con la Ciudad de San Cristóbal de La Habana y su puerto. También realiza investigaciones arqueológicas en contextos litorales y subacuáticos en el Archipiélago Cubano, que tengan dentro de su contenido la relación sitio arqueológico-La Habana. Imparte ciclos de conferencias sobre temas náuticos, ejecuta curso de arqueología subacuática y publica libros sobre eventos navales durante la época colonial; y además se estudian sitios arqueológicos prehistóricos (culturas aborígenes) actualmente sumergidos en zonas costeras. Esta sección ha apoyado trabajos arqueológicos internacionales en la República de Mozambique, donde se han excavado varios pecios y por primera vez se estudia la arquitectura naval de una nao redonda portuguesa de principios

del siglo XVII. También se ha trabajado en un pecio, en la República Bolivariana de Venezuela y se ha asesorado a la República de Ecuador. También resulta de vital importancia para el desempeño de nuestra actividad, como herramientas de trabajo, las ciencias auxiliares afines: la Historia, Topografía, Geodesia y Cartografía, Geografía, Sistemas de Información Geográficas, Toponimia, Etnoarqueología, Antropología, Estratigrafía, Oceanografía Física, Meteorología-Climatología, Geomorfología Litoral y Submarina.

Pioneros de la actividad arqueológica subacuática en Cuba:

1. Camilo Cienfuegos: Comandante de la Revolución Cubana.
 2. Antonio Núñez Jiménez: Doctor en Ciencias Geográficas y Filosóficas.
 3. César García del Pino: Máster en Ciencias Arqueológicas e historiador.
 4. Juan Iduate Andux: Investigador histórico.
 5. Juan Álvarez Forteza: Buzo profesional
- ★ ★ ★ CMAS

⁴ Departamento de Investigaciones Submarinas del Instituto de Oceanología (Academia de Ciencias de Cuba), Comité Estatal de Finanzas (CEF), Departamento de Investigaciones Subacuáticas del Instituto Nacional de Turismo, Departamento de Arqueología e Historia de Carisub, S. A. y Gabinete de Arqueología (Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana).

6. Michael Montañés Caballero: Buzo profesional. ★ ★ ★ CMAS
7. Roger Montañés: Arqueólogo subacuático y buzo profesional. ★ ★ ★ CMAS
8. Alberto Korda: Fotógrafo profesional.
9. Antonio Munné Romeo: Buzo profesional. ★ ★ ★ CMAS
10. Roberto López Juan: Buzo y tecnólogo.
11. Manuel González: Buzo profesional y tecnólogo. ★ ★ ★ CMAS
12. Nelson García Portilla: Fotógrafo, camarógrafo y buzo profesional. ★ ★ ★ CMAS
13. Carlos Fonseca: Fotógrafo, camarógrafo y buzo profesional. ★ ★ ★ CMAS
14. Juan Carlos Maza: Patrón de barco y buzo profesional.
15. Vicente de La Guardia: Navegante y buzo profesional. ★ ★ ★ CMAS
16. Alessandro López Pérez: Capitán de barco, arqueólogo y buzo profesional. ★ ★ ★ CMAS

Investigadores cubanos que colaboraron de forma directa e indirecta en el conocimiento de la actividad histórico-arqueológica (subacuática) desarrollada en nuestro país:

1. Eusebio Leal Spengler: Doctor en Ciencias Históricas y máster en Arqueología. Director de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana (OHCH).
2. Antonio Núñez Jiménez: Doctor en Filosofía y Letras y en Ciencias Geográficas.
3. Lourdes S. Domínguez: Doctora en Ciencias Históricas, especialista en Arqueología.
4. Raquel Carrera Rivery: Doctora en Ciencias Biológicas.
5. Roger Arrazcaeta Delgado: Arqueólogo y Director del Gabinete de Arqueología.
6. Gabino La Rosa Corso: Doctor en Ciencias Históricas, especialista en Arqueología.
7. Pedro Pablo Godo: Doctor en Ciencias Históricas, especialista en Arqueología.
8. Fernando Ortega Sastriques: Doctor en Ciencias.
9. Gerardo Izquierdo Díaz: Subdirector Científico del ICAN.
10. Manuel Rivero de la Calle: Doctor en Ciencias.
11. Manuel García de Castro Ruíz: Doctor en Ciencias Geográficas y profesor titular.
12. Juan Navarro: Doctor en Ciencias Geográficas.
13. Nancy Revilla: Doctora en Ciencias Geográficas.

14. Nereyda Martínez: Doctora en Ciencias Biológicas.
15. Efraín Arrazcaeta Alejandro: Historiador del municipio de Batabanó y Director del Museo Municipal de la localidad.
16. Antonio Quevedo: Director del Museo de Arqueología (OHCH).

Instituciones nacionales que han realizado rescates subacuáticos en Cuba:

1. Instituto de Oceanología (Departamento de Investigaciones Subacuáticas).
Sitios: Guardalavaca, Península de Guanahacabibes y el pecio del Sánchez Barcaíztegui.
2. Banco Nacional de Cuba (Grupo de Rescate Subacuático).
Sitios: Cayo Verde, frontal de La Habana, pecio del Patricio Lumumba.
3. Comité Estatal de Finanzas (Grupo de Rescate de Valores No Circulantes).
Sitios: Exploración en el archipiélago Sabana-Cama-güey, Jardines de la Reina, ensenada de Bacuranao, ensenada de Sibarimar.
4. INTUR (Departamento de Investigaciones Subacuáticas).
Sitios: Sambo, sur de Isla de Pinos, etcétera.
5. Carisub, S. A. (Corporación CIMEX).
Sitios: Más de cien pecios históricos investigados.
6. Grupo Batabanó (perteneciente al museo de la localidad).
Sitios: Muelle Real del Surgidero de Batabanó y zona marítima limítrofe a éste.
7. Geocuba (Geomar-Asociaciones Extranjeras):
Sitios: Ver acápite IV.
8. SERMAR, S. A. (MINFAR).
Sitios: Frontal de la bahía de La Habana, asociación extranjera Ramal Ventures, Ltd y actualmente trabaja en sociedad con la compañía del Instituto Europeo de Arqueología Submarina, dirigido por Frank Godoy, en el Cabo San Antonio.
9. Gabinete de Arqueología-Geomar.
Sitios: Frontal de La Habana, pecio San Antonio.
10. Antillana de Salvamento (MITRANS).
Sitios: Encargada de los rescates de naufragios modernos en aguas cubanas y del Caribe.
11. Sección Naval, Gabinete de Arqueología.
Sitios: Franja costera de Playas del Este, Contexto Abo-

ARQUEOLOGÍA

rigen Sumergido de Punta Macao (Guanabo), Ciudad de La Habana, Guanahacabibes (sectores litorales y subacuáticos), Frontal de la Habana desde el Río Almendares a Rincón de Guanabo (C. Habana), Grada de construcción naval de Boca de Jaruco y sectores adyacentes al Río de Jaruco, tanto sumergidos como litorales. (Provincia Habana).

Entre 1980-2003 Carisub, S. A. ha explorado más de cien naufragios alrededor de la plataforma insular cubana, y ha excavado y estudiado los siguientes pecios:

1. Sánchez Barcaíztegui, bahía de La Habana.
2. Sambo, Archipiélago de los Canarreos.
3. San Antonio, bahía de La Habana.
4. Punta del Holandés, península de Guanahacabibes.
5. Real Fondeadero de La Habana, frontal de la bahía de La Habana.
6. Sitio de los 5 cañones, oeste frontal de la bahía de La Habana.
7. Nuestra Señora de Las Mercedes, Ensenada de Sibarimar, Guanabo.
8. Los Muñequitos (Goleta Arrow), Cayo Paraíso, Pinar del Río.
9. Fuxa o ¿Nuestra Señora del Rosario?, Pinar del Río.
10. Inés de Soto, Pinar del Río.
11. Lingote I y II, Pinar del Río.
12. San Cayetano, Pinar del Río. (fig. 7)
13. Los Astrolabios, Pinar del Río.
14. La Galera, Pinar del Río.
15. Zorrita (La Tabla), Pinar del Río.
16. El Pinto, Pinar del Río.
17. Sancho Pardo, Pinar del Río.
18. Las Calabazas, Pinar del Río.
19. Bajo Nicolao, archipiélago Sabana-Camagüey.
20. Cayo Verde, archipiélago Sabana-Camagüey.
21. Más de veinte sitios arqueológicos subacuáticos en la península de Guanahacabibes.
22. Guardalavaca (Malaqueta), Holguín. Donde encontramos el armamento más antiguo que se haya encontrado en Cuba.

Documentales realizados en Carisub, S. A.

1. *El desastre del Barcaíztegui* (1980-1981), de René David.
2. *La isla del tesoro azul* (1984-1985), de Fernando Pérez y Roger Montañés.

3. *¡Hola mar!* (1987-1988). Instituto Cubano de Radio y Televisión y Carisub, S. A.
4. *El naufragio de la Almiranta* (1990), de Jorge Soliño.
5. *La flota de Cervera* (1991), de Jorge Soliño.
6. *Hombres trabajando* (1991), de Jorge Soliño.
7. *Historias sumergidas* (12 capítulos) (1991), de Rogelio París.
8. *Cuba: The Lost Treasure* (1992-1993), National Geographic Society (NGS), EUA.
9. *La Isla del Tesoro* (2001-2002), de María Monique, Francia.

Científicos extranjeros que en un momento determinado asesoraron al conocimiento de la actividad histórico-arqueológica (subacuática) desarrollada en nuestro país:

1. Susan Hendrickson: Paleontóloga y buzo profesional, Estados Unidos. Instituto Europeo de Arqueología Submarina, Francia.
2. Peter Throckmorton (fallecido): Arqueólogo marítimo. Nova Oceanographic Center, Florida, Estados Unidos.
3. George F. Bass: Arqueólogo marítimo y profesor emérito. Institute of Nautical Archaeology (INA), Texas, Estados Unidos.
4. Donny L. Hamilton: Presidente del Institute of Nautical Archaeology (INA), Texas, Estados Unidos.
5. Robert Grenier: Arqueólogo subacuático y director del Departamento de Arqueología Submarina del Gobierno de Canadá.
6. Roger C. Smith: Arqueólogo subacuático. Archaeological Research Section, Bureau of Archaeological Research, Division of Historical Resources, The Capitol, Florida, Estados Unidos.
7. Donald H. Keith: Doctor en Filosofía y arqueólogo. Ships of Discovery, Corpus Christi Museum, Texas, Estados Unidos.
8. J. Barto Arnold III, M. A.: Presidente de la Society for Historical Archaeology, Estados Unidos.
9. Jerome L. Hall: Profesor adjunto del Institute of Nautical Archaeology (INA), Texas, Estados Unidos.
10. Denise C. Lakey: Investigador de archivos históricos. Ships of Exploration and Discovery Research, Texas, Estados Unidos.
11. Pilar Luna Errenguerena: Subdirectora de Arqueología Subacuática del Instituto Nacional de Historia y Antropología (INHA), Distrito Federal, México.

12. Eugene Lyon: Doctor en Filosofía. Center for Historic Research at Flagler College, St. Augustine Foundation, Florida, Estados Unidos.

13. J. Richard Steffy: Profesor de Antropología. Texas A&M University, Ship Reconstructor of the Institute of Nautical Archaeology (INA), Texas, Estados Unidos.

14. Franck Goddio: Director del Instituto Europeo de Arqueología Submarina, Francia.

Instituciones y compañías extranjeras dedicadas a los "rescates arqueológicos" que operaron en Cuba entre 1997-2002:⁵

1. Canpack Diver, Inc. (North Vancouver, Canadá): Exploró el noreste de Punta Hicacos y excavó en la Ensenada de Sibarimar (Guanabo) el pecio Nuestra Señora de las Mercedes, ya había sido excavado por Carisub, S. A.

2. Visagold, Ltd. (Canadá) y Geomar (Cuba): Exploró en el archipiélago Sabana-Camagüey y en un sector del archipiélago de los Colorados. Excavó en el pecio Palemón, ya explorado por Carisub, S. A.

3. Africub, Ltd. (Sudáfrica) y Geomar (Cuba): Exploró en los Jardines o Jardinillos de la Reina y excavó en la desembocadura del río Guanabo, ya explorado por Carisub, S. A.

4. Ramal Ventures, Ltd. (Italia) y Sermar (Cuba): Exploró en el archipiélago de los Colorados, Península de Guanahacabibes y frontal de La Habana, ya explorado por Carisub, S. A.

5. Exploramar (Canadá) y Geomar (Cuba): Proyecto de la oceanógrafa Paulina Zelinski, quien exploró en aguas profundas el frontal de la bahía de La Habana y la franja marina de la península de Guanahacabibes.

6. Instituto Europeo de Arqueología Submarina (París, Francia) y Carisub, S. A. (Cuba): El arqueólogo Franck Goddio explora la franja marina de la península de Guanahacabibes en busca del barco de Juan de Ávalos (1524). En estos momentos trabaja asociado a SERMAR con el mismo propósito.

Cazadores de tesoros (*Treasure hunters*) que visitaron Cuba en las tres últimas décadas del siglo pasa-

do con vistas a desarrollar trabajos de rescate, a los cuales el gobierno cubano no les dio la autorización:

1. Norman Scott: Finales de la década de los años setenta.

2. Arthur Hartman: Finales de la década de los años setenta y principio de los noventa.

3. Robert Marx: Principio de la década de los años ochenta.

4. Robert Weaver: Mediados de la década de los años ochenta.

5. Robert Stenuit: Principio de los años noventa.

La biodiversidad marina, tan colmada de color y vida, de la plataforma insular del Archipiélago Cubano, encubre en sus entrañas gran parte de una historia que floreció con la aurora del llamado Encuentro Cultural entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Es así como abrigados por cientos de años de mutaciones vivientes y cambios hidro-dinámicos del lecho marino, yacen ocultos aún restos de naufragios y en ellos un sustancioso caudal del testimonio cultural de las embarcaciones de la Carrera de Indias. Por ende, la principal tarea arqueológica que se ha llevado a cabo en Cuba es la salvaguarda, para las venideras generaciones, de nuestro legado cultural y natural subacuático. El ejemplo de la conservación *–in situ–* ejercida en nuestro país por más de una década lo confirma Robert Grenier (2001), arqueólogo subacuático para Parcs Canada: *"Los pecios pueden quedarse miles de años bajo el agua conservando su interés y su riqueza arqueológica. Si hay destrucción natural, se produce generalmente mucho antes del final del primer siglo de inmersión. El hundimiento y enterramiento relativamente rápidos de una buena parte de los cascos de madera y de su contenido pueden contribuir a preservarlos y a protegerlos de los efectos destructores de los elementos a largo plazo."*

La reserva empírica de nuestra experiencia es el cúmulo de una sabiduría obtenida de hombres que, sin conocimientos arqueológicos, tuvieron la aptitud de poder interpretar las costumbres y aspectos culturales que en un remoto pasado los antecedieron. Estos sabios son los que han ayudado a rescatar nuestro

⁵ A estas compañías se les cerró el contrato por nuevos acuerdos gubernamentales, quedando sólo el Instituto Europeo de Arqueología, dirigido por F. Goddio, que opera con la empresa SERMAR S. A.

ARQUEOLOGÍA

patrimonio sumergido. Ellos son: carpinteros de ribera, pescadores profesionales, deportivos y submarinos, buzos aficionados y profesionales, cangrejeros, tropas guardafronteras, Marina de Guerra Revolucionaria y todo aquel que se dispone a enfrentar el mar. A estos se fueron sumando con el tiempo los hombres de ciencia, los cuales le dieron un sello de distinción a nuestro trabajo al aplicar sus conocimientos y metodología, a las

que se sumaron la valiosa información aportada por las comunidades costeras a través de la Etnoarqueología, la tradición oral, estudios toponímicos (Litonimia), Geografía y Cartografía Histórica, etcétera.

Bienaventurado sea aquel que posea la sabiduría cedida por aquellos hombres de mar.

BIBLIOGRAFÍA

ARNOLD, J. B. y R. WEDDLE (1978): "The Nautical Archeology of Padre Island. The Spanish Shipwrecks of 1554", en *Studies in Archeology*, Texas Antiquities Committee Publication no. 7, United Kingdom Edition, Academic Press, Inc.

ARRAZCAETA, R. y A. LÓPEZ (1998): "400 años de historia sumergida. Un galeón perdido en las aguas de Cuba", en revista *Mar y Pesca*, no. 308, mayo, Ediciones Pontón Caribe, S. A., Ciudad de La Habana, Cuba.

ARRAZCAETA, R., A. LÓPEZ, A. QUEVEDO, I. RODRÍGUEZ y G. FALCÓN (2001): "Arqueología de una grada de construcción naval en Boca de Jaruco", en *Gabinete de Arqueología*, no. 1, año 1, Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, Cuba.

BASS, G. F. (1972): "A History of Seafaring Based on Underwater Archaeology" (G. F. Bass, Ed.), Thames and Hudson, London, England.

COLECTIVO DE AUTORES (2002): "Naufragios documentados y pecios descubiertos por zonas en Cuba", en Expediente arqueológico no. 1-67, monografía inédita, departamento de Arqueología e Historia, Carisub, S. A., Ciudad de La Habana, Cuba.

CUNQUEÍRO, A. (1983): *Fábulas y leyendas de la mar*, Tusquets, Barcelona, España.

DÍAZ, I. y C. ALONSO. (2001): "La cartografía temática digital al servicio de la Arqueología Subacuática", monografía, departamento de Arqueología e Historia, Carisub, S. A., Ciudad de La Habana, Cuba.

GRENIER, R. (2001): "Las ventajas de la preservación *in situ*", en *Revista Fuentes UNESCO*, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), Centro UNESCO de Cataluña, Barcelona, España.

HERNÁNDEZ, C. A. (2000): "El desastre del Sánchez Barcaiz-tegui.", en *Opus Habana*, vol. IV, no. 2, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana (OHCH), Cuba, y archivos del autor.

LÓPEZ, A. (1993): "Levantamiento, detección y excavación en el pecio Inés de Soto. Estudio del paleofondo" (monografía inédita),

departamento de Arqueología e Historia, Carisub, S. A., Ciudad de La Habana, Cuba.

_____ (2004): "La sustitución de las maderas ibéricas por las autóctonas cubanas en la construcción naval", en *Gabinete de Arqueología*, no. 3, año 3, Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, Cuba.

LÓPEZ A. y DÍAZ, I. (2005): "Estudio del paleoambiente hidrodinámico del pecio histórico San Cayetano" (monografía inédita).

LÓPEZ, A., C. GARCÍA y M. PAVÍA (2005): "1698: El naufragio de la Almiranta Nuestra Señora de las Mercedes", en *Gabinete de Arqueología*, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

LÓPEZ, A. y M. PAVÍA (2004): *Malhechores de la mar. Corsarios, filibusteros, piratas, negreros, raqueros y contrabandistas del siglo XVI, XVII, XVIII y XIX y su relación con La Habana. Antología cronológica*, Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana (OHCH), Cuba (en prensa).

_____ (2004): "Naufragios relacionados con La Habana colonial. Operaciones de buceo, rescate y salvamento. Antología cronológica", en *Gabinete de Arqueología*, Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana (OHCH), Cuba.

MIRABAL, A. (1998): "El arrecife coralino" en *Naufragio en Inés de Soto: Un hallazgo de cuatro siglos*, Carisub, S. A., Corporación CIMEX, S. A., Ciudad de La Habana, Cuba.

MORRIÑA, F., F. ESCOBAR y M. ALMEIDA (1999): "La preservación del Patrimonio Cultural Sumergido" (inédito), departamento de Arqueología e Historia, Carisub, S. A., Ciudad de La Habana, Cuba.

ORTEGA, O. (2000): "Informe histórico sobre los posibles casos relacionados con el naufragio de San Cayetano" (inédito), Departamento de Arqueología e Historia, Carisub, S. A., Ciudad de La Habana, Cuba.

SMITH, R. C. (1989): *Vanguard of Empire: 15th-and 16th-Century Iberian Ship Technology in the Age of Discovery*, tesis de doctorado, University of Virginia, Estados Unidos.

La conservación de los cañones de San Salvador de La Punta

Por: Manuel Rolando Almeida Estévez

RESUMEN

Dentro del sistema de fortificaciones defensivas con que contaba La Habana colonial se encuentra la Fortaleza de San Salvador de la Punta, la cual tiene varias piezas de artillería originales y réplicas. Debido al alto grado de afectación por el medio agresivo en que se hallan tuvieron que pasar por un proceso de restauración. En este trabajo se expone el estudio y la adecuación de un sistema de tratamiento que nos permitirá mantener en estado aceptable estos objetos patrimoniales.

ABSTRACT

Within the system of defense fortresses operational in Havana during colonial times there is the fortress of San Salvador de la Punta. It holds several original pieces of artillery and replicas under a very aggressive environment which has damaged the pieces. A process of restoration has been applied to correct this condition and this article covers a study on a treatment of preservation and how to fit it with the pieces, so as to keep them under appropriate preservation conditions.

Introducción

La conservación y restauración de las fortificaciones coloniales encierra un cúmulo de trabajos complejos que parten desde el propio momento en que comienza la investigación histórica del sitio. También es fundamental el estudio de los aspectos constructivos y arquitectónicos del lugar, teniendo en cuenta las modificaciones o variaciones que han sufrido con el paso del tiempo; así como las labores que desde el punto de vista de la conservación y restauración deben acometerse en los objetos que se encuentran tanto en interiores como en exteriores para que con su presencia completen adecuadamente la imagen general del entorno en este tipo de construcción, lo cual favorece los valores y la historia presentes en toda la obra.

Dentro del sistema de fortificaciones defensivas con que contaba La Habana colonial, se encuentra la Fortaleza de San Salvador de la Punta, la cual cuenta con varias piezas de artillería que se exponen en sus exteriores, algunas son piezas originales de artillería pesada que han estado sometidas a la intemperie y a la acción de un ambiente marino-industrial altamente agresivo por más de una centuria, y el resto son réplicas confeccionadas en acero.

Desarrollo

Como sabemos, en los objetos metálicos, y en especial los constituidos por hierro, el efecto corrosivo se incrementa por la presencia de sales e iones agresivos que al depositarse sobre ellos producen nichos de corrosión que en un período corto de tiempo pasan de una corrosión local a una generalizada, con la consiguiente destrucción acelerada de las piezas.

En el mes de septiembre del año 2002 se comenzó la tarea de conservación de estas piezas de artillería, por el mal estado en que se encontraban, tanto desde el punto de vista corrosivo como en su apariencia general, pues el color que se aplicó en su terminación no era el adecuado para este tipo de objeto.

Para la intervención de estas piezas de artillería fueron tomados en cuenta tres criterios fundamentales:

- Los criterios éticos referidos a la conservación y restauración de las obras con carácter patrimonial.

ARQUEOLOGÍA

- Criterios estéticos.
- Criterios científico-técnicos aplicados al campo de la conservación y la restauración.

Los que se resumen en cuatro principales líneas de acción:

1. Cada pieza es considerada como única.
2. El tratamiento seleccionado atenuará el proceso corrosivo.
3. Realizar la mínima intervención al aplicar correctamente el tratamiento escogido.

4. Lograr que la apariencia de las piezas sea lo más real posible.

De estas cuatro líneas de trabajo, las dos últimas fueron las más difíciles de lograr debido al grado de afectación que presentaban las piezas, las que necesitaron una intervención profunda así como la aplicación de un tratamiento de conservación que garantice el mantenimiento de los objetos en cuestión.

Después de efectuado un análisis puntual en cada una de las piezas de la colección, se decidió efectuar lo que se denomina "sistema de protección", que incluye los siguientes pasos:

- Limpieza mecánica del objeto para eliminar los productos de corrosión.
- Lavado con agua para eliminar los iones agresivos remanentes.
- Aplicación de un convertidor de óxidos.
- Utilización de una pintura resistente al medio ambiente y, a su vez, protectora o selladora de la superficie.

A pesar de que la efectividad de estos sistemas de protección han sido probados, no se emprendió la intervención de las piezas sin antes haber hecho las pruebas correspondientes, dado el alto grado de afectación corrosiva a que nos enfrentaríamos y la acción de un medio altamente agresivo.

Para la ejecución de estas pruebas se realizaron ensayos sobre pequeñas áreas de las propias piezas empleando para ello dos tipos de convertidores de óxidos industriales, uno de fabricación norteamericana (OXFO) y otro mejicano (FOSFANOX) y de una pintura alquídica con base de zinc y acabado de color forja. También estos productos fueron probados sobre los extremos de una cureña con alto grado de corrosión.

Después de un período de seis meses, se realizó la comparación de los resultados obtenidos, no observándose alteración en la textura superficial por efecto corrosivo, apreciándose cierta variación en el color de la pintura de acabado aplicada sobre el convertidor OXFO, lo que determinó el uso del convertidor de óxido FOSFANOX por sus mejores resultados.

En el mes de febrero de 2003 se inició el trabajo sobre la batería de cañones, procesándose aproximadamente dos piezas por mes, lo que permitió que para el mes de julio todos los cañones, tanto originales como réplicas, se hubieran tratado. Las imágenes 4 y 5 muestran las piezas antes y después del tratamiento.

Conclusiones

1. Así como las obras de arte que engalanan las salas de nuestros museos deben tener una apariencia adecuada, las piezas de artillería deben estar en correcta armonía con el contexto en que se encuentran.



Fig. 1. Preparación de las áreas de prueba.



Fig. 2. Área tratada con Fosfanox.

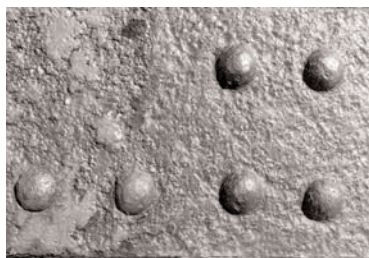


Fig. 3. Área tratada con Oxfo.

2. La aplicación de los sistemas de protección anticorrosivos como el usado en este caso es la mejor opción de tratamiento para este tipo de piezas.

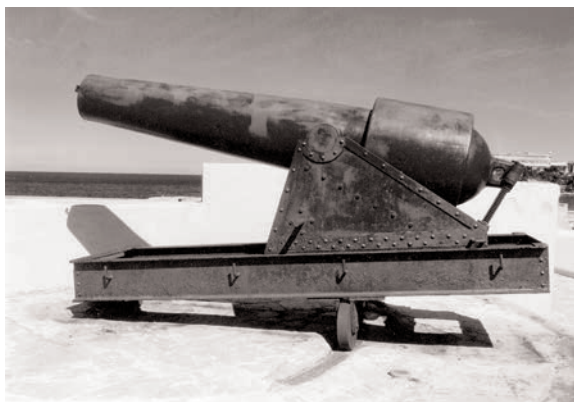


Fig. 4. Cañón antes del tratamiento.

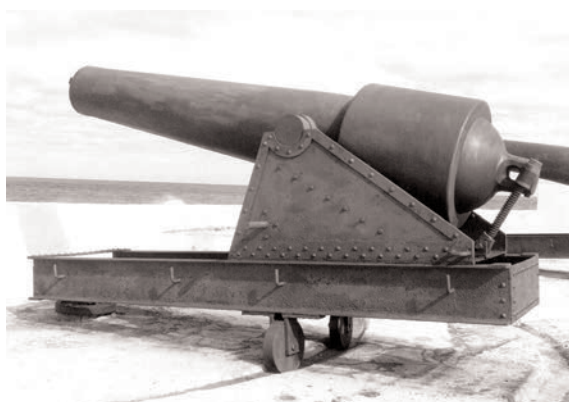


Fig. 5. Cañón después del tratamiento.

Recomendaciones

1. Se recomienda realizar un sistema de muestreo en un período de tiempo más largo, utilizando probetas metálicas con características similares al material de los cañones con el objetivo de dar más durabilidad al tratamiento.
2. Es necesario realizar el mantenimiento de los objetos de forma periódica (anual) debido a la alta agresividad del medio en que se encuentran.
3. Eliminar de forma constante mediante lavados las deposiciones salinas.

Agradecemos la colaboración del licenciado Jorge Echeverría Cotelo y del técnico Jesús Santos León.

BIBLIOGRAFÍA

PLENDERLEITH H. J. y A. E. H. WERNER (1974): *The Conservation of Antiquities and Works of Art.*

GETTY-INAH (1986): *Conservación arqueológica in situ.*

PEARSON, COLIN (1987): *Conservation of Marine Archaeological Objects.*

RODGERS, BRADLEY A. (1992): *A Methodological Approach to the Conservation of Water Soaked Artifacts*, ECU.

INAH (2000): *Conservación in situ de materiales arqueológicos.*

HAMILTON, DONNY LEON (2001): *Conservation of Objects from Underwater Sites: A Study in Methods.*

Valle de los Ingenios.

Excepcional patrimonio industrial de Cuba

Por: Roger Arrazcaeta Delgado, Alfredo Rankin Santander, Lisette Roura Álvarez y Javier Rivera

RESUMEN

Trinidad y el Valle de los Ingenios fueron declarados Patrimonio Cultural de la Humanidad en 1988. Reconocimiento otorgado por el valor original de la arquitectura de la ciudad trinitaria, con más de mil inmuebles de los siglos XVIII y XIX en pie y su conservado primigenio trazado urbano; asimismo, por los restos de más de setenta ingenios de azúcar y de otras industrias hallados en el valle. En este artículo reseñamos la importancia histórico-económica del Valle de los Ingenios, y analizamos las razones que motivaron el desarrollo y decadencia de su industria azucarera. También se argumenta sobre la labor de estudio y salvamento arqueológico de ese patrimonio.

ABSTRACT

The City of Trinidad and the area known as Valle de los Ingenios (Sugar Mills Valley) were designated as world heritage sites in 1988 in recognition of the city's original architecture, with more than one thousand standing buildings from the 18th and the 19th century and the original urban layout. Likewise, the valley shows remains of more than seventy sugar mills and other industries. This article outlines the historic importance of the valley and analyzes the causes of the boom and decay of the sugar industry. The study and salvage of this heritage are covered as well.

Introducción

La arquitectura colonial de la ciudad de Trinidad, con un estado de conservación único en el Caribe, y el relevante paisaje cultural de su Valle de los Ingenios (Valle de San Luis), conformado por cuantiosos restos de fábricas de azúcar, y un entorno natural modificado por la industria desde pasadas centurias, llevaron a Cuba a gestionar el ingreso de estos espacios en la lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO. En la duodécima reunión del Comité de Patrimonio Mundial, celebrada en Brasilia, Brasil, entre los días 5-9 de diciembre de 1988, se logró su inclusión en tan selectiva lista y se alcanzó el reconocimiento internacional de Trinidad y su valle, una simbiosis que la situó durante el siglo XIX, en el liderazgo mundial de la producción de azúcar de caña.

El área considerada por la Oficina del Conservador de Trinidad como Centro Histórico, de una excepcional coherencia ambiental y unidad expresiva, tiene 55 manzanas con 1 211 inmuebles, de los cuales 283 son del siglo XVIII, 729 del siglo XIX y 199 del XX (García Santana, 2004: 36) (ver figs. 1 y 2). Del Valle de los Ingenios, fundamental eje económico de la región centro-sur de Cuba en la época colonial, tenemos referencia documental de 71 ingenios azucareros,¹ con sobresalientes testigos arqueológicos desperdigados en toda la amplitud del valle; caben destacar 13 casas-haciendas, tres torres-campanarios y dos enfermerías (Nancy Benítez, comunicación personal, 2009).

Bajo el subsuelo de estos sitios agroindustriales, la arqueología y la restauración trabajan en el salvamento de importantes componentes fabriles y domésticas, como casas de caldera, casas de purga, ranchos y barracones de los esclavos, enfermerías, almacenes, torres-campanarios, casas de los dueños, casas de la administración, canalizaciones hidráulicas, tejares, trenes jamaíquinos, y artefactos del proceso industrial y de uso personal.

Las casas-haciendas, o casonas de los propietarios de las fábricas de azúcar del Valle de los Ingenios, son exponentes de un tipo de vivienda con funciones duales: casa doméstica, donde se alojaba el dueño y fami-

¹ Existe evidencia documental de 73 complejos azucareros en el Valle de los Ingenios, ver: Lisette Roura Álvarez y Silvia T. Angelbello Izquierdo: "El bohío: vivienda esclava en las plantaciones cubanas del siglo XIX", 2008, p. 46 (inédito).

liares durante la zafra, o en otros momentos, y que también fungían a veces como casa-almacén-oficina. Es decir, se trataba de una vivienda que tenía un vínculo directo con las diligencias económicas del azúcar (ver fig. 3).

Desde las primeras décadas del siglo *xx*, intelectuales locales y del país promovieron el valor del patrimonio edilicio de Trinidad, motivados por su singularidad arquitectónica, antigüedad y conservación. Además, por el hecho de haber sido una de las primeras siete villas fundadas en Cuba, en 1514. Así, por el empeño de un grupo de trinitarios encabezados por el historiador Manuel Bécquer Medina, Trinidad fue declarada Monumento Nacional en 1944, ratificada en esta condición en 1974. Sin embargo, la conservación y restauración de la ciudad no comenzó hasta 1965. Desde ese año, y con la incorporación del Valle de los Ingenios en la declaratoria de Patrimonio de la Humanidad, la Oficina del Conservador de Trinidad, con el apoyo del gobierno local y de su población, no ha cejado en el empeño de preservar esta ciudad y su valle azucarero (ver fig. 4).

Trinidad y el Valle de los Ingenios

No se puede comprender la historia de Trinidad soslayando su asociación con el Valle de los Ingenios, nombre este último adoptado en el siglo *xix* por su paisaje antrópico característico, crispado de chimeneas humeantes y amplios cuadros de cañaverales. La ciudad tuvo una interdependencia económica con este, y el valle no hubiese sido lo que fue, y es hoy, sin la existencia de la ciudad. En este valle, convertido actualmente en un paisaje cultural-patrimonial de trascendencia mundial, fue donde se gestó durante los siglos *xvii* y *xviii* la acumulación originaria de capitales, condicionante del despegue azucarero de fines del *xviii* en la región (Venegas Delgado, 1973: 173).

El Valle de San Luis y los terrenos colindantes fueron el fundamento de las primeras fortunas individuales, que comprendían la ganadería y sus derivados al inicio, y desde principios del siglo *xvii* el cultivo y cosecha del tabaco. Asimismo, se extraían para la circulación interna y la exportación a la metrópoli maderas de alta calidad y productos manufacturados en los primeros trapiches de azúcar.

Sobre todo, se expandió el comercio ilícito con Jamaica, Tierra Firme y las Trece Colonias de Norteamérica, en ascenso después de la independencia de estas

últimas. La condición de ilegalidad, favorecido por el aislamiento geográfico de Trinidad, la incomunicación terrestre con la capital y la desatención consuetudinaria de las autoridades españolas de la Isla, se recrudece durante las guerras napoleónicas, con el inicio en México (1810) de las guerras de independencia hispanoamericanas y por último con la beligerancia entre Inglaterra y Estados Unidos en 1812. Sumado a ello, el tráfico de esclavos también dio considerables utilidades a los pobladores y hacendados trinitarios. Este se incrementó a fines del siglo *xviii* con la expansión de la economía de plantaciones en el valle y especialmente con el intercambio mercantil ilegal con la vecina colonia inglesa de Jamaica, suministradora principal de los brazos de ébano negro.

El Valle de los Ingenios

Está ubicado a unos 12 kilómetros al este-noreste de la ciudad de Trinidad, limita al norte con la Cordillera Guamuhaya y al sur con el Mar Caribe. Un pequeño grupo orográfico llamado Alturas Centrales del Valle se encuentra inserto en su propio espacio. El Valle de los Ingenios tiene aproximadamente 398,8 km², siendo su longitud total de unos 32 km rumbo este-oeste y 18 km de norte-sur. No se trata de un solo valle, sino de los de Santa Rosa, San Luis, la gran depresión aluvial del río Agabama, el valle de Güinía de Soto, este último en el confín noreste, y la sabana costera al sur de la serranía de Aracas. Sus suelos están irrigados por numerosas corrientes, como los ríos Guaurabo, Ay y Caracusey, y otros de menor magnitud como el Táyaba, El Mamey, La Rosa, Mágua, etcétera. El valle tiene diversas lagunas de agua potable, pero su principal río es el Agabama, el cual transita de norte a sur hasta desembocar en el mar por un anchuroso delta. Este constituyó, en el siglo *xix*, la vía de comunicación más importante para la extracción del azúcar hacia el puerto de Casilda, al sur de la ciudad de Trinidad.

Los tipos de suelo Pardo Tropical y Calizo Pardo, brindaron a la industria azucarera un excelente recurso para el cultivo de la caña. No obstante, la amplia franja de tierras del sur del valle, con suelos de Pradera o Gley Tropical y de Ciénaga Costera, no ofreció buena calidad para el cultivo, aunque se trató de producir azúcar en ella.

Fotografías satelitales recientes delimitan el Valle de los Ingenios en tono verde claro, y en verde oscuro la vegetación circundante menos alterada; esta evidente

ARQUEOLOGÍA

Fig. 1. Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria de la Popa. Foto de finales del siglo XIX. Este templo trinitario aún sigue en pie.



Fig. 2. Plaza Mayor o de la Iglesia



Fig. 3. Casa-hacienda, ingenio San Isidro de los Destiladeros.



Fig. 6. Ingenio de fuerza motriz animal.



Fig. 4. Vista de la ciudad de Trinidad, grabado del siglo XIX.

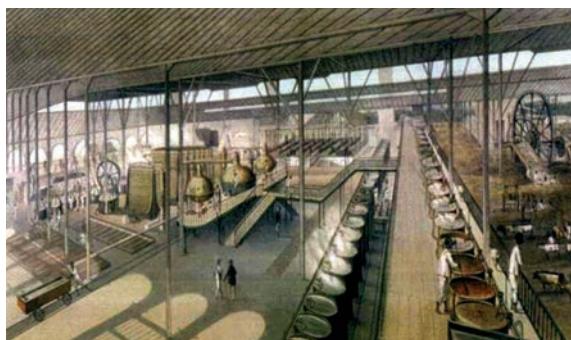


Fig. 7. Ingenio mecanizado.

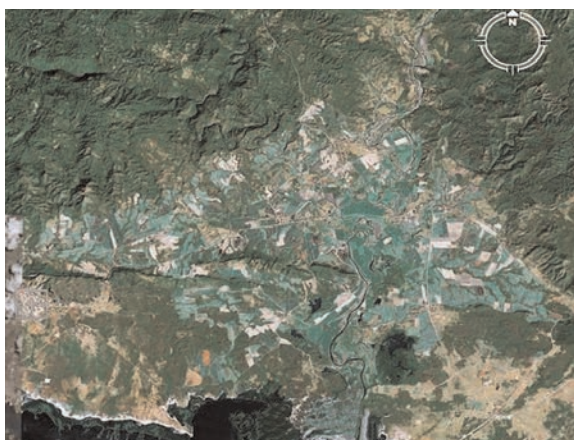


Fig. 5. Imagen satelital del Valle de los Ingenios a 24,48 km de altura.

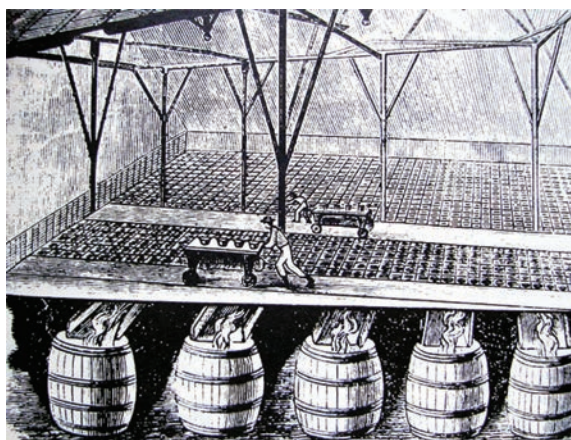


Fig. 8. Casa de purga.

ARQUEOLOGÍA



Fig. 9. Ingenio Manaca-Iznaga. Componentes de su estructura fabril. Grabado del libro de *Los ingenios*, 1857.



Fig. 10. Torre del ingenio San Isidro de los Destiladeros.



Fig. 11. Tipología de un rancho de esclavos. Ingenio Manaca-Iznaga, siglo XIX.



Fig. 12. Grupo de ranchos del ingenio Manaca-Iznaga. Grabado, siglo XIX.



Fig. 13. Plano del Valle de los Ingenios con la ubicación de las fábricas de azúcar y el río Agabama.



Fig. 14. Plano del ingenio San Rafael del Palenque con sus tierras de cultivo, siglo XIX.

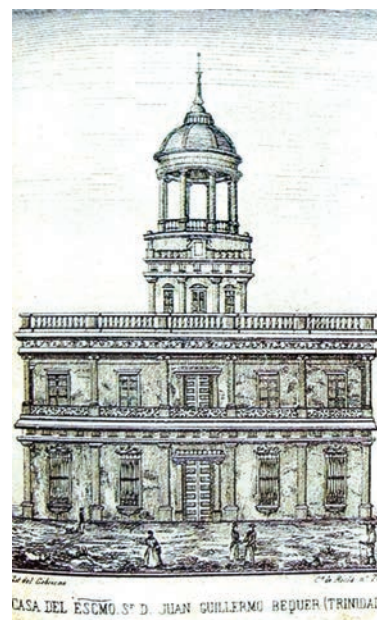


Foto 15. El desaparecido palacio de Juan Guillermo Bécquer. Grabado del siglo XIX.

ARQUEOLOGÍA



Foto 16. Palacio Iznaga. Edificado por José Iznaga y Borrel en 1826.



Fig. 17. Palacio Brunet, actual Museo Romántico. Remodelado en 1830 por su propietario, Nicolás Brunet.



Fig. 18. Casa de vivienda del ingenio Guáimaro.



Fig. 19. Pinturas murales de la casa del ingenio Guáimaro.



Fig. 20. Torre-campanario del ingenio Manaca-Iznaga.
Construida por Alejo Iznaga en 1826.



Fig. 21. Casa de vivienda del ingenio Buenavista,
construida entre 1830-1835.



Fig. 22. Ingenio
Buenavista. Grabado del
libro *Los ingenios*, 1857.

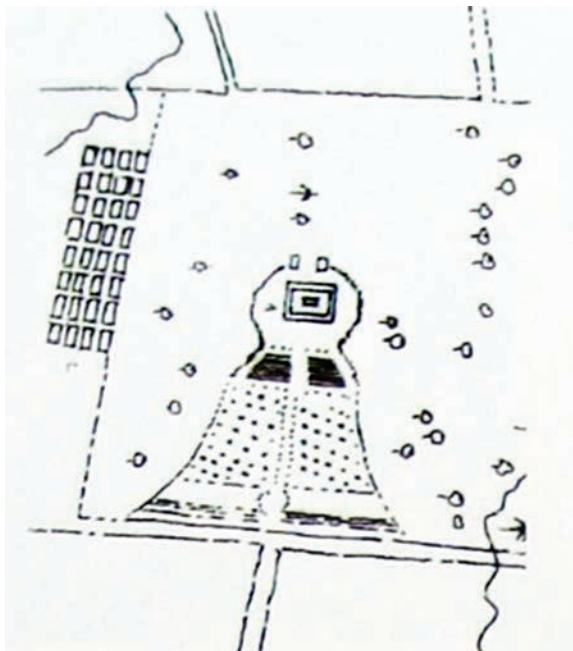


Fig. 23. Planta en forma de campana del desaparecido jardín del ingenio Buenavista.



Fig. 24. Campana de bronce del ingenio Buenavista.

diferenciación cromática se debe al impacto antrópico desde la época colonial, que ya había sido representada por la cartografía del siglo XIX. La razón de este cambio fue la próspera industria azucarera decimonónica, que aniquiló la floresta primaria de este espacio geográfico, convirtiéndolo en el paisaje cultural que conocemos en la actualidad (ver fig. 5).

Tipos de ingenios en el Valle

El término *ingenio*, tal como lo conceptualizamos en este trabajo, se refiere a una manufactura rural privada, con mano de obra esclava. Comprende la dotación de esclavos, el complejo de tierras, construcciones fabriles, de servicios y viviendas. También las maquinarias, instrumentos de trabajo y los animales empleados en el proceso productivo, entre otros. En el tránsito de la manufactura a la gran industria de fines del siglo XIX, se les llamó ingenio-central y en los últimos años de esa centuria, sencillamente central, como se denomina ahora (Moreno Fraginals, 1978).

Podemos distinguir en el decursar de la industria azucarera del Valle de los Ingenios—entre los siglos XVII y XIX— cuatro tipologías fabriles: el trapiche, el ingenio

de fuerza motriz animal, el ingenio semimecanizado y el ingenio mecanizado.

El trapiche: Constituyó la unidad productora mínima, destinada a fabricar mascabado y raspadura. Estaba compuesto por 5 o 10 esclavos y de un pequeño trapiche o molino movido por bueyes, casi siempre vertical, y de 2 a 5 pailas de hierro o cobre. Fabricaban un producto de baja calidad, pero el único accesible a los pobres y por esa razón no decayeron, hasta que la gran industria de fines del siglo XIX disminuyó los precios del azúcar, permitiendo su adquisición a las clases de menos ingresos.

Ingenio de fuerza motriz animal: Era una manufactura más amplia y de cierta complejidad técnica, igualmente utilizaba bueyes para mover el trapiche. Poseía una mayor dotación de esclavos, y empleó con mejores resultados los trapiches verticales, con tambores de hierro fundido para cubrir las masas, y también ejes, dados y chumaceras de bronce y hierro (Moreno Fraginals, 1978). Se perfeccionó a partir de la introducción de los trapiches horizontales de hierro, y de ampliaciones de los demás equipos e instalaciones, que permitieron duplicar la producción en la primera mitad del siglo XIX (ver fig. 6).



Fig. 25. Ingenio Güinía de Soto. Grabado del libro de *Los ingenios*, 1857.

Ingenio semimecanizado: Una instalación mayor y más tecnificada que la anterior. Sustituyó radicalmente la fuerza cinética animal por la máquina de vapor, la cual comenzó a importarse de Inglaterra en 1816 y se popularizó en las décadas siguientes. Este tipo de ingenio también generalizó el tren jamaicano, o simplemente llamado moderno, introducido desde Jamaica por los hacendados de Trinidad en la década de los veinte. A su rápido desarrollo contribuyó el arrasamiento de los bosques por esta industria, y la lógica carestía de leña. Podía emplear bagazo seco en vez de leña, y hacía un uso más racional del combustible, al ubicar todas las calderas en un mismo cañón de fuego.

Ingenio mecanizado: Fue la base de la revolución industrial cubana, constituyó el germen de la gran industria. Produjo un total vuelco de la tecnología azucarera, al mejorar considerablemente la calidad del producto final y duplicar la producción. Se considera el ingenio de nuevo tipo, que liquidó a la manufactura esclava de viejo modelo. Surgió a partir de la década de los cuarenta con la instalación de los primeros evaporadores al vacío y la posterior utilización de la centrífuga (Moreno Fragonals, 1978). Su expansión condujo a la crisis



Fig. 26. Tren jamaicano hallado en el ingenio San Isidro de los Destiladeros.

ARQUEOLOGÍA

del régimen esclavista cubano, y a la separación definitiva de los sectores agrícolas y fabriles. Esta nueva industria coexistió con los otros tipos de ingenios, en el período de 1800-1860, aunque tecnológicamente eran diacrónicos entre sí (ver fig. 7).

Componentes de la estructura fabril

Los ingenios de los siglos XVIII y XIX estaban conformados por tres edificaciones básicas de producción, y variaban en tamaño y calidad de obra de acuerdo al capital del propietario y tipo de ingenio. Estas dependencias eran:

Casa de ingenio (de trapiche, de máquina o de molienda): En ella estaba ubicado el molino o trapiche de fuerza motriz animal, o de máquina de vapor. En el siglo XIX, cuando se introduce el trapiche horizontal movido a vapor, fue posible colocar bajo una sola edificación el proceso de extracción del jugo y evaporación, tomando el nombre de casa de ingenio, pues unía en una sola las precedentes casas de máquina y de caldera.

Casa de caldera o de paila: Edificación contigua a la casa de trapiche donde se realizaba el proceso de evaporación del jugo de la caña. Era abierta y ventilada, dada las altas temperaturas, y siempre tenía riesgo de incendio. En los ingenios semimecanizados se colocaban en esta dependencia las canoas de recibir las clarificadoras, los trenes de evaporación, las resfriaderas y el tingladillo (Moreno Friginals, 1978). En algunos ingenios del XIX fue absorbida en una única casa para trapiche y calderas.

Casa de purga: Era la mayor construcción en el ingenio, y en ella se llevaba a cabo la separación del azúcar cristalizado de las mieles por decantación, en hormas de cerámica u hojalata. La casa de purga era muy cerrada y húmeda. Tenía dos pisos; uno a nivel del suelo, donde se ubicaban los tanques, canoas o bocoyes que recibían la miel de purga; y el otro, con un puntal de 3 o 4 m, consistía en un gran entablamento con agujeros circulares o furos, donde se colocaban miles de hormas de purgar azúcar. A mediados del siglo XIX algunas casas de purga eran de planta cuadrada y llegaron a medir hasta 200 m de longitud, por igual de ancho (ver fig. 8).

Además de estas estructuras indispensables para el complejo fabril, existían otras que facilitaban el proceso industrial o de servicios, tal es el caso de la casa de bagazos. Esta surgió a fines del siglo XVIII, cuando se generalizó el uso del bagazo seco como combustible.

Otras instalaciones necesarias fueron el tejtar para fabricar hormas de cerámica y tejas, el almacén de azúcar, la enfermería, la herrería, la carpintería, el almacén de víveres, el horno de cal, la cocina, las casas del mayoral, del maestro de azúcar y del administrador; así como de otros técnicos que aparecen en la medida que el proceso de producción se complejizó. También estaban las caballerizas, corrales de puercos y de bueyes, pozo, aljibe; a veces represas hidráulicas y pequeñas plantas de gas o de alquitrán, para dar luz a las distintas dependencias del ingenio. En algunos ingenios del valle trinitario se erigieron torres-campanarios, como por ejemplo la majestuosa torre del ingenio Manaca-Iznaga, la de Palmarito, o la de San Isidro de los Destiladeros. Asimismo, se reportan cementerios para los esclavos en los ingenios Palmarito, San Isidro de los Destiladeros, Güinía de Soto, Palmarejo, Buenavista, San José de las Lajas, Manaca-Iznaga, Monserrate de Algaba y otros (ver figs. 9 y 10).

En los ingenios del valle, la mayor parte de las habitaciones construidas para los esclavos, hasta ahora documentadas, eran bohíos de embarrado o de tabla de palma y cobija de guano. Generalmente agrupados en hileras dentro de un área específica, formando un pequeño caserío. Según la investigadora Alicia García (2004: 239), en ingenios donde los esclavos eran solamente hombres existían edificios rectangulares o barracas como dormitorios. Esta especialista también opina que en el Valle de los Ingenios no hubo barracones-cárceles, característicos de otras regiones del centro-occidental de Cuba (ver figs. 11 y 12).

Otro elemento importante de la fisonomía del ingenio fue la casa-hacienda o casa de vivienda, construida por el dueño para disfrute de él y su familia, también a veces de ocasionales invitados. Algunas de las casas sobrevivientes muestran todavía su calidad arquitectónica y nos recuerdan su prístino esplendor.

Un ejemplo de la composición y gran valor monetario de una de estas fincas agro-azucareras de Trinidad, es el ingenio Manaca-Iznaga, propiedad de Alejo Iznaga Borrel. Una tasación de 1845 lo valoró de la forma siguiente: 7 563, 2 pesos por la casa de vivienda con sus muebles; 8 093, 6 por la casa de ingenio y calderas; 6 639 por la casa de purga; 444 por la casa de bagazo; 3 614 por la enfermería (de mampostería y tejas); 500 por el pozo; 10 000 por la torre; 819 por la fragua y cocina; 12 781, 30 por los ranchos de los esclavos; 13 904, 60 por el tejtar, ladrillos, hormas, pozo con

tanque, horno de cal, reloj de sol, corral y 25 puentes en las guardarrayas; 356, 60 por la casa del mayoral; 357, 60 por el rancho de la talanquera; 1 994, 60 por la casa que servía de cuartel; 537 por los carruajes; 3 000 pesos por el buque Dos Amigos, 3 000 por el Santiago y 1 600 por el Carmen; 154 965 pesos por la dotación de esclavos, y 170 120 por las labranzas, árboles, corrales, cercas, terrenos y cañaverales (García Santana, 2004: 261).

Desarrollo de la industria azucarera en el Valle

El cultivo de la caña y la producción de azúcar comenzó en Cuba en fecha aún indeterminada del siglo XVI; en la década de los cuarenta de ese siglo pudo haber existido un trapiche en Santiago de Cuba (Le Riverend, 1967: 104), y hacia 1590 la fundación de trapiches e ingenios de fuerza animal e hidráulicos era un hecho fehaciente en La Habana.

En el Valle de los Ingenios, el fomento de fábricas de azúcar se inició a mediados del siglo XVII o poco después, quizás en un despegar sincrónico con la vecina colonia inglesa de Jamaica, donde en 1656 había sólo tres ingenios. Igualmente, San Cristóbal los tuvo desde 1643 y Guadalupe en 1657. A ciencia cierta, la primera referencia sobre un ingenio en el valle de Trinidad data de 1673, fecha en la cual le fue embargado uno al gobernador trinitario Juan Delgado, por sus actividades como contrabandista. Ver Tabla 1.

El cultivo de la caña de azúcar en Trinidad fue un proceso lento, pues durante la primera mitad del siglo XVIII el tabaco tenía mayor demanda internacional. Este constituía el principal rubro comercial de la región hacia la metrópoli, hacia Cartagena de Indias y Tierra Firme. También la ganadería, con sus derivados de cueros, carne salada y ganado en pie, encontró junto al tabaco un tráfico idóneo hacia Jamaica a través del contrabando. Con todo, a mediados del XVIII se registran 25 ingenios de azúcar y miel, hecho que algunos estudiosos han considerado un síntoma del despegue azucarero en el Valle.

A expensa de capitales acumulados por el comercio tabacalero y el contrabando, se comenzaron a expandir los ingenios azucareros por el valle trinitario; la nascente industria fue desplazando las vegas de tabaco de los inmejorables suelos del valle del río Táyaba, al noreste de Trinidad, estableciendo el primer movimiento colonizador azucarero de la región. Paulatinamente, las plantaciones cañeras se fueron trasladan-

do hacia las tierras del este, ocupando el Valle de Santa Rosa, Cacaibán, Sabanilla y Magua, llegando a las márgenes del río Agabama. Entre los ingenios de la segunda mitad del XVIII, se encontraban el Manaca, de Manuel José de Tellería, mencionado en un documento de 1750; el Cacaibán, cuyo propietario en 1757 era el regidor Martín de Olivera y fabricaba "cucurucho". En 1777, aparece José Antonio de Iznaga Villa como dueño del ingenio Cabarnao; otro conocido por documentos de 1749 es Magua, de Ana Teresa Pérez, que lo había heredado de su madre en 1765, y en 1798 está consignado como del regidor Juan Andrés Padrón. El ingenio Algaba pertenecía en 1778 a Pablo Borrel Soler. En 1779 está registrado el ingenio Papayal, citado en un escrito de Protocolos de Marina. Por último, en 1775, hay referencias del ingenio Sacra Familia, el cual pasaría a manos de los acaudalados Fernández, una de las familias más ricas de Trinidad en el siglo XIX.

El la última década del siglo XVIII ocurre el salto azucarero en la zona, propiciado por distintos sucesos internacionales, sobre todo por la especulación en la continua alza de los precios del azúcar en el mercado mundial, a consecuencia de la Revolución Francesa y la ruina azucarera de Haití. Estas coyunturas, más cierta política benefactora del gobierno español hacia la industria azucarera criolla, refrendada en las Reales órdenes de 1758, 1760, 1765 y 1774 (Venegas Delgado, 1973: 182), fue muy bien aprovechada por los hacendados del Valle, fomentando nuevos ingenios y aumentando sus tierras. Tal es así que en 1795 había en la zona 32 ingenios, con una producción de entre 50 000 y 60 000 arrobas de azúcar, 800 a 1 000 barriles de aguardiente y 700 bocoyes de miel. La población había crecido considerablemente, hasta la cifra de 13 881 personas, y de ellas 2 676 eran esclavos (García Santana, 2004: 15).

Para la transportación y embarque del azúcar hacia Trinidad, y de ahí a otros puertos cubanos y extranjeros, se contó con una extensa red de caminos y principalmente con el río Agabama, navegable hasta cinco leguas de su desembocadura, es decir hasta el mismo núcleo del Valle de los Ingenios. También formaron parte de esta estructura tres puertos próximos: Casilda, Guaurabo y Masío, además de varios embarcaderos en su costa, como Gamborro y Brujas.

El esplendor azucarero de fines del siglo XVIII tuvo un pesado lastre en el régimen esclavista impuesto en toda la Isla. Fruto de la excesiva explotación sobre el esclavo negro, tanto africano como criollo, surgen

Tabla 1. Ingenios del Valle San Luis-Trinidad

CARTA ICGC 1-50 000 NO.4281-III = TRINIDAD					
CARTA ICGC 1-50 000 NO.4281-IV = CONDADO					
No. de orden	Siglo XVIII	Perdura hasta siglo XIX	Fundado en el siglo XIX	Coordenadas	Carta no.
1. Nuestra. Señora Consolación (Río de Ay)	X			x27 y3	4281 - IV
2. Stmo.Sacramento	X			x23.1 y22.1	4281 - IV
3. La Candelaria	X				4281 - IV
4. Santa Clara	X				4281 - IV
5. Santa Rosa	X				4281 - IV
6. Sacramento	X				4281 - IV
7. San Antón (Cabarnao)	X				4281 - IV
8. Cacaibán	X	X		x08 y22.5	4291 - IV
9. San Juan Nepomuceno	X	X		x10.5 y24.7	4281 - IV
10. Cabarnao 1 y 2 (Pica-Pica)	X	X		x05.1 y22.9	4281 - IV
11. San José de Aracas (Marín)	X	X		x10.1 y22.8	4281 - IV
12. Papayal o El Palmar	X	X			
13. La Pastora	X	X		x05.9 y22.1	4281 - III
14. San José Abajo	X	X		x08.2 y23.1	4281 - IV
15. Santa Elena de Sabanilla	X	X		x11.9 y22.1	4281 - III
16. San Isidro de Sabanilla	X	X		x05 y05	4281 - III
17. Monserrate de Algaba o Bastida	X	X		x21 y28	4281 - IV
18. San Pablo Algaba o Boca Chica	X	X		x10 y29.1	4281 - IV
19. Magua	X	X		x12.10 y1	4291 - IV
20. Cantero	X	X		x15.2 y24.9	4281 - III
21. Guáimaro	X	X		x09 y23.2	4281 - IV
22. El Cobre	X	X			
23. San Alejo de Manacas-Manaca Iznaga	X	X		x17.3 y24.8	4281 - IV
24. Buena Vista o Jesús de Nazareno	X	X		x15.8 y23.3	4281 - III
25. San Blas de Palmarejo	X	X			

Cont. de Tabla 1. Ingenios del Valle San Luis-Trinidad

CARTA ICGC 1-50 000 NO.4281-III = TRINIDAD					
CARTA ICGC 1-50 000 NO.4281-IV = CONDADO					
No. de orden	Siglo XVIII	Perdura hasta siglo XIX	Fundado en el siglo XIX	Coordenadas	Carta no.
26. El Carmen			X	x05.1 y23.2	4281 - III
27. Las Mercedes o San Juan			X	x09.5 y23.5	4281 - IV
28. San Antonio			X	x10 y24.1	4281 - IV
29. Leandro			X	x09.10 y22.1	4281 - III
30. Ntra. Sra. del Rosario o Loma del Puerto	X	X		x10.5 y21.2	4291 - III
31. El Corojal			X	x27 y15	4281 - IV
32. San José de la Cruz o Altunaga			X	x18.1 y23.9	4281 - IV
33. Cayamas			X	x19.8 y23.2	4281 - III
34. San Rafael del Palenque			X	x22.8 y24.2	4281 - IV
35. Las Bocas	X	X		x20.1 y26.10	4281 - IV
36. Monserrate (La Guasasa)	X	X		x20.1 y28.5	4281 - IV
37. Sacra Familia (Mayaguara)	X	X		x21.2 y29.5	4281 - IV
38. Fernández			X	x22.5 y31.1	4281 - IV
39. Las Lajas			X	x22.7 y32.2	4281 - IV
40. G. de Soto-El Carmen-El Cantero			X	x22.2 y33.2	4281 - IV
41. Sta. Isabel de Cumbre o Canoa de la Lumbre			X	x22.1 y31.1	4281 - IV
42. Laza			X	x18.9 y17.3	4291 - III
43. Santa Inés de las Cañas			X	x16.2 y18.8	4281 - III
44. San José del Ocuje (Ortega)			X	x18 y16	4281 - III
45. Castillo			X	x15.8 y16.2	4281 - III
46. La Yaguana			X	x17.3 y24.8	4281 - III
47. El Ramón			X	x18 y14	4281 - III
48. Ctral. Trinidad			X	x20.1 y22.9	4281 - III
49. San José de Limones			X	x17.9 y34.2	4281 - IV

Cont. de Tabla 1. Ingenios del Valle San Luis-Trinidad

CARTA ICGC 1-50 000 NO.4281-III = TRINIDAD					
CARTA ICGC 1-50 000 NO.4281-IV = CONDADO					
No. de orden	Siglo XVIII	Perdura hasta siglo XIX	Fundado en el siglo XIX	Coordenadas	Carta no.
50. La Caridad	X	X		x23.3 y31.5	4281 - IV
51. San Francisco o La Asunción	X	X		x25.5 y32.5	4281 - IV
52. El Condado			X	x19.6 y28.8	4281 - IV
53. San Isidro de los Destiladeros	X	X		x14.3 y21.1	4291 - III
54. Santa Isabel			X	x27.2 y24.10	4281 - III
55. Cañamabo			X	x22.6 y22.1	4281 - III
56. Palmarito			X	x19.8 y23.2	4281 - III
57. Mainicú-Bécquer-Palmarejo			X	x29 y24.2	4281 - III
58. Santa Rita de Palmarejo			X	x30	4281 - III
59. Palmarejo Viejo			X		
60. San Carlos del Quemado			X	x29.2 y24.6	4281 - IV
61. Mainicú-Riquelme			X	x25.8 y20.2	4281 - III
62. Santa Teresa (no llega la carta)					
63. Yaguaramas			X		
64. Aracas Nuevo			X	x19.1 y21.9	4281 - III
65. Coatzacoalco			X	x21.1 y18.10	4291 - III
66. Delicias o Agua Hedionda	X	X		x17.8 y19.3	4281 - III
67. San Miguel			X	x09.6 y17.6	4281 - III
68. Santo Cristo de los Destiladeros (El Guiro)	X	X		x16.1 y20.10	4281 - III
69. Palacios			X	x15.1 y19.8	4281 - III
70. Aracas Viejo	X	X		x23 y18	4281 - III
71. Santa Isabel (San Juan de Letrán)			X	x7.1 y26.2	4281 - IV
Totales	37	28	36		
Croquis del Gobierno de Trinidad.A.N.C.Desglosado del Fondo Gobierno Gral. Leg.394 #16059 . 1849 Trinidad, copia del Plano de José Ma.Urquiola. 1882.Museo Arquitectura A:N:C:					

focos de resistencia en diferentes regiones del occidente y centro del país. Trinidad es uno de ellos, y en los documentos históricos se registran nombres de esclavos cimarrones apalencados en las escabrosas montañas del macizo Guamuhaya, y las revueltas de 1792, 1793 y 1798, acontecidas en los ingenios Manaca-Iznaga, Magua, Buenavista, Manaca-Armenteros, Aracas y Delicias (Bastida *et. al.*, 2003: 54).

Antes de 1804, casi se ha completado el primer movimiento azucarero en el Valle. En esa época están en producción los ingenios Delicias, los dos Sabanillas, Cuyují, Destiladeros, El Cobre, Magua, Ingenio Abajo, Loma del Puerto, los dos Cacaibán, Manaca-Iznaga y Manaca-Armenteros, San Francisco, San Pablo, Las Bocas, Buenavista, Monserrate, Mayaguara, Pica-Pica, San Isidro, Las Canas, La Caridad, San Francisco, Sacra Familia, San Facundo, dos de los tres Aracas –Viejo y Marín– Santo Cristo, Santa Rosa y San José (ver fig. 13).

Por otra parte, en dirección a Palmarejo y Caracusey, extremo este del valle colindante con la provincia de Sancti Spíritus, comienza otra expansión azucarera, movimiento que se desarrollará vigorosamente hasta la década de 1830, con el fomento de grandes unidades de producción y dotaciones de esclavos (Venegas Delgado, 1973: 185). Palmarito, Mainicú-Riquelme, Mainicú-Bécquer, Palmarejo Viejo, y otros, fueron parte de estas manufacturas; todos precedidos por el ingenio Guáimaro, del cual se tienen noticias hacia la década de 1780. Posteriormente, continuará la expansión hacia el extremo norte del valle, por las tierras de Güinía de Soto, siendo colonizadas por la plantación azucarera los fértiles terrenos del Valle del Agabama (ver fig. 14).

Es en la primera mitad del siglo XIX, al ocurrir el gran *boom* de la industria azucarera trinitaria, fenómeno que como hemos explicado comenzó a gestarse desde las postrimerías del Siglo de las Luces, sobre la base de la explotación máxima de la mano de obra esclava, el uso irracional de las tierras de cultivo y bosques, y el empleo de nuevas tecnologías en cierta medida; así se lograron grandes producciones en el Valle, por ejemplo: en 1825 se fabricaron 414 453, 3 arrobas de azúcar y 9 620 bocoyes de miel, la zona se convierte en la primera productora de las regiones centrales y orientales de la Isla.

En el transcurso del primer cuarto del XIX, al compás del auge azucarero, nacieron y se consolidaron grandes fortunas locales que regirían los destinos eco-

nómicos del Valle de los Ingenios y de la ciudad de Trinidad durante toda esa centuria. Nos referimos a las acaudaladas familias Borrel y sus ramas colaterales; Iznaga, con distintas ramas como es el caso de Cantero; la de los Malibrán; de los Fernández y la de los Bécquer, entre otras pocas que monopolizaron la región. Algunos de estos apellidos incluso obtendrán títulos nobiliarios por sus propios méritos ante la Corona o por compra.

De las modestas unidades de producción de unas cien personas se pasará en el período de auge de la industria azucarera a 300 y 600 esclavos por unidades, dando esto una idea clara del desarrollo de esta industria en el primer tercio del siglo XIX, a lo cual se sumaron algunos adelantos técnicos incorporados, como la aplicación de la máquina de vapor, el tren jamaicano y el uso del bagazo para combustible en los trenes. En este entonces el ascenso en la producción se resolvería con más esclavos, más tierras y más maquinarias en el ingenio, algunos de estos tendrán dos molinos de caña en uso y varios trenes jamaicanos en funciones, a más de las requeridas ampliaciones fabriles.

En 1827, según el Cuadro Estadístico de Vives..., había 57 fábricas de azúcar en el Valle, las cuales producían 641 000 arrobas de ese producto, con una masa total de esclavos de 11 697. Es la cifra más alta que se ha registrado en cuanto a cantidad de ingenios y esclavos en toda la historia del Valle. En esta misma fecha, el ingenio Guáimaro realiza la zafra azucarera más grande de su tiempo en el mundo: 82 000 arrobas de azúcar mascabada y prensada. Para 1828, el Guáimaro, de José Mariano Borrel, y el Jesús Nazareno de Buenavista, de Pedro Malibrán, eran las dos instalaciones fabriles más grandes del país, y otros dos ingenios –Palmarito y San Alejo de Manacas– se encontraban, junto a los mencionados, entre los más avanzados de esa época.

El pujante avance del azúcar trinitaria sirvió de base para la eclosión superestructural de la ciudad, por tanto, entre los años 1820 a 1845 se construirán las grandes casonas y palacetes de la burguesía y sacarocracia trinitaria, como el del conde Brunet, Cantero, Iznaga, Borrel y Bécquer (ver figs. 15, 16 y 17); asimismo, se empedrarán las calles, surgirán plazas y paseos, fortificaciones de protección a la ciudad y su puerto, y se creará el primer periódico y el teatro Brunet.

En la década de los cuarenta todas las tierras del valle trinitario estaban ocupadas e intensamente

ARQUEOLOGÍA

explotadas por el cultivo de la caña hasta el agotamiento, lo que condujo al éxodo de la población y de los capitales, que comenzaron a invertirse en el fomento de ingenios en otras regiones cercanas, como Sancti Spíritus, Cienfuegos y Sagua la Grande. Estas zonas, además de poseer mayores potenciales para el fomento de ingenios y de producción de azúcar, lograron concretar sus proyectos ferroviarios para el transporte de azúcar hacia los puertos de embarque, antes que Trinidad. La mayoría de los ingenios del momento estarán refaccionados a firmas extranjeras y peninsulares en condiciones desventajosas. Muy pocos hacendados tendrán el capital para introducir los adelantos tecnológicos con que contrarrestar la competencia nacional y extranjera, en este último caso con el azúcar de remolacha.

Como una luminaria aislada, Justo Germán Cantero incorporará en 1843 el tren Derosne en su ingenio Güinía de Soto, aunque el resto de las fábricas de azúcar eran mecanizadas o mayormente movidas por bueyes. Debido a la ausencia de dinero y tecnologías, los ingenios del Valle abandonarán la producción de azúcar blanca purgada y se dedicarán a la fabricación de mascabado y "miel reconcentrada", en favor de las refinerías norteamericanas y europeas.

Como una salida desesperada a la situación, tuvo lugar una última colonización cañera, hacia el sur, desde la serranía de Aracas hasta cerca de la costa, entre las márgenes del río Manatí y el puerto de Casilda, en suelos inapropiados para la siembra. No obstante, los años cuarenta todavía produjeron lucros a los hacendados azucareros en el Valle de los Ingenios.

En esa época apareció en la palestra pública trinitaria un gran mecenas de las artes, promotor del intelecto y la industria azucarera: Justo Germán Cantero, quien era médico, músico, dueño de varios ingenios en el Valle, de la imprenta, el periódico y el teatro. Además, fue el financiero y autor de los inapreciables textos publicados en el famoso libro de Los ingenios, edición de lujo impresa en 1857 con litografías de algunas de las fábricas de azúcar más importantes de mediados del siglo XIX en el país.

En 1846 se realiza la mayor producción de azúcar del Valle de los Ingenios, con 669 192 arrobas de blanca y quebrada, 37 000 de mascabado y raspadura y 11 722 bocoyes de miel, convirtiéndose Trinidad en el cuarto lugar de importancia económica de Cuba. En ese año había en el Valle 42 ingenios, divididos en 10 con máquina de vapor y 32 sin ella, estos últimos for-

mados por trapiches e ingenios semimecanizados. La población total era de 26 770 personas, de las cuales 9 254 son esclavos y 6 845 libres.

En la década de los cincuenta los hacendados continuaron en su esfuerzo por mejorar la tecnología e incrementar la producción azucarera de sus propiedades; así, en 1856 se inauguró el primer tramo del ferrocarril entre Trinidad y el puerto de Casilda. Tres años después se construyeron las líneas ferroviarias desde Trinidad hasta el ingenio Manaca-Iznaga, y de ahí se desvió el trazado hasta el ingenio Güinía de Soto, uno de los mayores y propiedad de uno de los principales accionistas del proyecto. Pero el ferrocarril fracasó por el costo tan alto que presentaba su extensión hasta las tierras de Palmarejo, rica en importantes ingenios, y de ahí a Sancti Spíritus. De este proyecto, parcialmente frustrado en sus inicios y abandonado definitivamente en 1867, ha llegado a nuestros días un excelente plano topográfico con los ingenios por los que atravesaba el ferrocarril o cercanos a este. Este fue elaborado por el ingeniero de origen francés Jules Sagebien en 1855.

Si bien en el Valle se manifestaba una acelerada crisis económica, a fines de los años cincuenta del XIX todavía en 1860 existían 44 ingenios: 2 mecanizados, 32 semimecanizados y 10 trapiches. Aún así, los hacendados no pudieron hacer frente a tantas presiones externas e internas, entre las cuales habría que mencionar el alto precio de los esclavos, el cese definitivo de la trata, la elevación de los impuestos fiscales, la competencia desigual del azúcar cubana con el azúcar de remolacha en los mercados extranjeros, la crisis económica local provocada por el agotamiento de las tierras y la falta de capitales, y como colofón el inicio de la Guerra de Independencia de 1868, la cual destruyó valiosas fincas e ingenios en esa región. Después de la guerra, en 1878, sólo quedarán 16 fábricas de azúcar.

La circulación del ferrocarril por las líneas ya abiertas culminó en 1888, un año después se registran únicamente 6 ingenios en el área, y en 1892 la cifra bajó a 4. Tres de ellos pertenecían en esa fecha a firmas norteamericanas: el Cañamabo de Guillermo Schmidt, el Buenavista y las Bocas de Meyer Thode y Cia. Sólo el Manaca-Iznaga continuaba en manos de sus antiguos dueños, esta vez por la rama de los Sánchez-Iznaga. En ese tiempo, Trinidad quedaría sumida en casi total incomunicación, arruinada económicamente y sin capitales. Todo el esplendor de los años pasados se había esfumado en un proceso que había surgido casi inadvertidamente.

En la década de los noventa se inició un importante cambio en la depauperada industria del Valle: la etapa de concentración y centralización azucarera, y llegarán las firmas norteamericanas de Edwin F. Atkins, la cual se une con Havenmeyer, representante del trust azucarero de la costa atlántica, para formar el consorcio Atkins-Havenmeyer.

En 1895, las tierras de los cuatro ingenios citados, ya demolidos, son absorbidas como parte de una gran colonia cañera del nuevo Central Trinidad, construido en 1893 por Atkins-Havenmeyer y el único central existente en la región durante casi todo el siglo XX, equipado con la mejor tecnología de la época. Con la fundación de este coloso azucarero se dio punto final a tres siglos de supremacía de los capitales trinitarios en el Valle.

Algunos de los principales ingenios del Valle

Como representativos del conjunto de fábricas que poblaron el Valle de los Ingenios en su época de esplendor, hemos seleccionado a modo de ejemplo cuatro instalaciones industriales que tuvieron una larga trayectoria histórica, unidades de gran extensión espacial y altos niveles de producción. Estas son:

Guáimaro: Se fomentó antes de 1788, pues en esta fecha Ángela Padrón, viuda de Pablo Borrell, menciona que su hijo José Mariano "...ha cuidado con celo el ingenio". En 1812, José Mariano adquiere toda la propiedad, una parte por herencia y otra al adquirir la de su hermana Ángela, y le realizó importantes mejoras en los años posteriores. En 1827, Guáimaro realizó la mayor producción de azúcar de su época en el mundo con 82 000 arrobas de azúcar mascabada y purgada.

José Mariano Borrell en 1830 declara sus bienes: "...un ingenio de fabricar azúcar nombrado el Guáimaro establecido en las tierras de los corrales Cañamabo y Caracusey (...) sus fábricas, molinos, trenes, labranzas, con la dotación de esclavos ascendentes a trescientos sesenta (...) todos varones, y cuatrocientos veinte yuntas de bueyes (...), con las hormas correspondientes a la casa de purga y obras de alfarería que le son anexas y mil cerdos (...)" (García Santana, 2004: 243 y 244). Hacia esta época la vivienda de la hacienda adquiere la tipología con que llegó a la actualidad. Entre los elementos arquitectónicos que la embellecen, sobresalen las pinturas murales de estilo neoclásico, plasmadas por el pintor italiano Daniel Dalaglio en 1859, cuando la propiedad pertenecía a Jo-

sé Mariano Borrell Lemus, marqués de Guáimaro. Borrell pagó por estas pinturas 62 onzas de oro y 250 pesos (ver figs. 18 y 19).

Manaca-Iznaga: Se trata de uno de los ingenios más antiguos de la región y de más larga duración, del cual se tiene noticias hacia 1750 cuando Manuel José de Tellería pide licencia al Cabildo de Trinidad para "...erigir un ingenio de hacer miel y azúcar...". En 1776, en un documento de escribanía, se le reconoce como Manacas y en 1787 Tomás José Muñoz, hijo de su anterior propietario, lo declara con el nombre de San Francisco Javier. A fines del siglo XVIII (1795) es propiedad de la familia Iznaga. Por estos años se había convertido en uno de los más importantes de la región, valorado en 24 000 pesos. Alejo Iznaga Borrell, quien lo administraba en vida de su madre, fue el constructor de su elegante torre, erigida posiblemente en 1826. Lo hereda en 1831 y le hará relevantes mejoras, como la modernización de su industria. En 1841 logra la producción de 5 600 cajas de azúcar.

Manaca-Iznaga conserva la mayor cantidad de patrimonio edificado en pie de todo el Valle: casa de vivienda, torre-campanario, nave-almacén-herrería, enfermería, el cementerio y el antiguo caserío de esclavos, hoy convertido en un pequeño poblado. También pueden observarse en el sitio algunas pailas de hierro de la casa de calderas.

La casa hacienda, originada a fines del siglo XVIII, fue restaurada entre los años 1989 y 1990, teniendo en cuenta la estructura muraria, los documentos de archivo y una litografía realizada en 1857 por Eduardo Laplante. La torre-campanario de 43,5 m, única en toda la Isla, siguió el mismo proceso entre 1987-1988 (ver fig. 20).

Buenavista: El desaparecido ingenio Buenavista fue también de los más antiguos del Valle. En 1747 era un trapiche de hacer miel y azúcar. Su dueño, Lucas Zamora, lo vendió en 1780 a Manuel A. Fernández de Lara y su esposa, quienes lo poseyeron hasta el año 1803, cuando lo vendieron por un valor de 18 000 pesos a Pedro Malibrán Santibáñez. Fue este último, según Justo Germán Cantero en su libro *Los ingenios*, de 1857, quien modernizó y amplió la propiedad, y construyó su bella vivienda entre los años 1830 y 1835. En 1837 lo vendió a su hijo, Carlos Malibrán, en la alta suma de 451 886 pesos, el valor de 320 esclavos, trapiche de vapor, tren de bueyes, trenes de pailas, 27 carretas enyuntadas, 56 sin enyuntar,

ARQUEOLOGÍA

492 bueyes, 63 vacas paridas, 42 horras, 17 caballos, 16 yeguas y 26 mulas.

En 1845, Justo Germán Cantero permutó su ingenio La Caridad por el Buenavista de Malibrán, y tras algunos años de explotación lo vendió en 1857 a la casa comercial alemana Fritze y Compañía, la cual lo pasó a finales de ese siglo, también por venta, a la firma de Meyer Thode y Cia.

La única evidencia pétrea de su presencia en el paisaje del Valle de los Ingenios actual es su magnífica casa de vivienda de estilo neoclásico, a la manera de una villa italiana, ejemplo arquitectónico de gran valor en el Caribe. Por su interés lo describiremos brevemente:

El inmueble se erigió sobre un terreno elevado y construido sobre una alta base artificial en forma de terraza por los cuatro lados. Tiene una planta cuadrada y patio interior pavimentado con losas de mármol negro y blanco dispuestas como un tablero de ajedrez; cubiertas de azotea con techos de losa por tabla. Disponía de espaciosas habitaciones, cuartos para la servidumbre y un salón de recreo. En tiempos de Cantero, lo rodeaban jardines exteriores circulares escalonados, formando un anfiteatro, provistos de agua para el riego suministrada por una bomba. En el jardín crecía una exótica vegetación y dibujaba en planta la forma de una campana, conseguida por árboles sembrados en hilera. Casa y jardín, en estrecha unidad, conformaron una novedosa composición respecto a sus semejantes trinitarios (ver figs. 21, 22, 23 y 24).

Güinía de Soto: Este ingenio se fundó posiblemente en la década de los veinte del siglo XIX por Pedro Iznaga y en 1825 pasó a su hermano Félix. En 1841 lo adquirió el poderoso Justo Germán Cantero, quien le instaló en 1842 el tren Derosne y Cail, haciendo venir desde París al propio Derosne para su instalación. En 1857 se había convertido en el más grande y modernizado ingenio del Valle, con 45 caballerías de caña blanca de Otahití, de cinta y cristalina y una dotación de 400 esclavos.

La composición del Güinía en 1857 consistía en la casa de vivienda, una carpintería, casa del mayoral, ranchos de los negros de muros de mampostería y techos de tejas, una represa que contenía las aguas de un arroyo para ser suministradas a la máquina, la casa de purga, la casa de calderas y otras dependencias. Años más tarde, 1878, Monserrate de Lara, esposa de Justo Germán, lo vendió a la sociedad Fritze y Cia.

Solamente la casa de vivienda ha llegado a nuestros días; se distingue por el amplio portal ubicado en dos de sus lados, con arcos que descansan sobre pilares. La planta es en forma de L, compartimentada en dos crujeas paralelas cortadas por otra en sentido perpendicular. En el siglo XX este inmueble fue objeto de remodelaciones (ver fig. 25).

Manejo y gestión del patrimonio industrial del Valle

Esta extraordinaria labor la lleva actualmente la Oficina del Conservador de Trinidad, desde 1997, con el apoyo del gobierno en esa ciudad. Desde hace más de veinte años se viene trabajando en ello, y las acciones en este sentido incluyen exploraciones y estudios de los restos arqueológicos, catastros de los edificios en pie, dictámenes sobre sus grados de conservación e incluye intervenciones directas de conservación, restauración y rehabilitación. Desde 2001 la Oficina convoca todos los años a un Taller Nacional de Arqueología Industrial Valle de los Ingenios, donde se llevan a cabo diferentes trabajos y estudios arqueológicos. En este taller participan instituciones del área de patrimonio y museos de todo el país, así como profesionales y aficionados de la arqueología y otros jóvenes colaboradores.

El sitio que mayor atención ha recibido, en buena medida por el mejor estado de conservación e integridad de su conjunto monumental, es el ingenio Manaca-Iznaga, del cual se restauró la casa de vivienda y su torre-campanario entre los años 1987 y 1990. La casa alberga hoy un buen restaurante de comidas tradicionales y su esbelta torre recibe con asiduidad a turistas nacionales y extranjeros. En el viejo caserío de esclavos, aun conservado, viven todavía algunas familias descendientes de los antiguos esclavos de los Iznaga.

Otros sitios intervenidos por la Oficina del Conservador son la casa de vivienda del potrero Guachinango, restaurada a principios de los años noventa. Además de la calidad arquitectónica del inmueble, ejemplo de las casas rurales de la primera mitad del siglo XIX, se descubrieron en sus paredes interesantes pinturas murales figurativas de gran formato, únicas de su tipo en Cuba.

También se realizan trabajos de restauración en la casa de vivienda del ingenio Guáimaro, excelente prototipo de inmueble de hacienda cañera y el cual con-

serva importantes decoraciones murales neoclásicas, ejecutadas por el artista italiano Dalaglio a mediados del XIX. La casa se convertirá en un museo de la historia azucarera del Valle. En este sitio se hicieron excavaciones arqueológicas en el área industrial y se llegó al descubrimiento de restos de fábricas de uno de sus trenes jamaicanos.

San Isidro de los Destiladeros: ingenio que se desarrolló desde principios del siglo XIX, pero con antecedentes como trapiche desde el XVIII, constituye hasta el momento el de mayor dedicación arqueológica. Conserva en mal estado su casa de vivienda y su pesada torre de 14 m, de tres cuerpos y claro estilo neoclásico. Las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo aquí, como en otros sitios, bajo los auspicios de la Oficina del Conservador y el Museo de Arqueología Guamuhaya de Trinidad, fueron dirigidas por Teresita Angelbello y Lizbeth Chaviano. En estos trabajos se hallaron distintas estructuras de construcción del área fabril, como la casa de purga con distintos elementos de su área industrial definidos; la casa de calderas, de la cual se excavó un magnífico basamento de ladrillos del tren jamaicano (ver fig. 26) y se inició la exhumación de otro. También se encuentran en estudio una pequeña represa con sus canales y diques, el pozo, restos de los barracones, la enfermería y otras estructuras

de fábrica que se han ido descubriendo. Algunos de estos elementos han recibido tratamiento de conservación y están parcialmente protegidos.

El campo para la Arqueológica Industrial en el Valle de los Ingenios es muy prometedor, y se espera en los próximos años relevantes descubrimientos y aportes científicos al patrimonio mundial y a la historia de la industria azucarera del Caribe. Sirva entonces esta ponencia como un estímulo para continuar la aventura humana de escudriñar nuestro pasado.

Agradecimientos

Deseamos expresar nuestra gratitud al doctor Eusebio Leal Spengler, Historiador de la Ciudad de La Habana. A la historiadora Rebeca O. Linsuaín, por su contribución permanente. A las distinguidas investigadoras Alicia García Santana y Teresita Angelbello, que con sus sabidurías y colaboración nos transfirieron información de primera mano. Y también a los colegas y amigos del Museo de Arqueología y de la Oficina del Conservador de Trinidad. Al arqueólogo Alejandro Nolasco por su ayuda con la preparación digital de algunas imágenes, y por último, a Osvaldo Jiménez Vázquez y Lázaro Rodríguez Matos por sus colaboraciones para este artículo.

BIBLIOGRAFÍA

AGUIRRE, Y. (1962): "La Villa de Trinidad", en *Arquitectura*, no. 32, La Habana.

ARJONA PÉREZ, M. (2003): *Patrimonio cultural e identidad*, Publicaciones de la Oficina del Historiador, Ediciones Boloña, La Habana.

BOSH, J. (1940): "Trinidad, la inmigrante", en *Carteles*, n. 34, La Habana, agosto de 1940.

CALCAGNO, F. (1878): *Diccionario biográfico cubano*, Imprenta y Librería de N. Ponce de León, New York.

CANTERO, J. G. (1857): *Los ingenios*. Colección de vistas de los principales ingenios de azúcar de la Isla de Cuba. Las láminas dibujadas del natural y litografiadas por Eduardo Laplante. Imprenta de la Litografía de Luis Marquier, Habana.

CASTAÑEDA, G. (1942): *Trinidad, la secular y revolucionaria*, La Habana.

(1943): *Motivos trinitarios*, La Habana, Talleres Alfa.

CASTAÑEDA, R. (1959): "Trinidad, agonía y hechizo", en *Arquitectura*, no. 311-317, La Habana, junio-diciembre.

GARCÍA DE ARBOLEYA, J. (1859): *Manual de la Isla de Cuba. Compendio de su historia, geografía, estadística y administración*, Imprenta del Tiempo, La Habana.

GARCÍA SANTANA, A. (1972): "Trinidad. Arquitectura de la primera mitad del siglo XIX", en *Islas*, Universidad Central de las Villas, no. 42, mayo-agosto.

(sep. 1975- abr. 1976): "Rebeldía esclava en Trinidad, 1798", en *Islas*, Universidad Central de las Villas, no. 52.

(1989): "Trinidad, desarrollo urbano y arquitectura", en *Islas*, Universidad Central de las Villas, no. 94, sep.-dic.

(1999): *Contrapunteo cubano del arco y el horcón*. Instituto Cubano del Libro, Consejo Nacional de Patrimonio Cultural.

ARQUEOLOGÍA

_____ (2004): *Trinidad de Cuba. Ciudad, plazas, casas y valle*, Consejo Nacional de Patrimonio Cultural, Ministerio de Cultura, Ciudad de La Habana.

GARCÍA SANTANA, A., T. ANGELBELLO y V. ECHENAGUSÍA (1996): *Trinidad de Cuba, Patrimonio de la Humanidad, arquitectura doméstica*, Abya-Yala, Quito.

GOVANTES, E. (1943): "La ciudad de Trinidad", en *Arquitectura*, no. 114, La Habana, enero.

GUERRA, R. (1970): *Azúcar y población en Las Antillas*, Instituto Cubano del Libro, La Habana.

HUMBOLDT, A. DE (1998): *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*, Fundación Fernando Ortiz, Ciudad de La Habana.

LE RIVEREND, J. (1947): "La lección de Trinidad", en *Carteles*, no. 23, La Habana, junio.

_____ (1967): *Historia económica de Cuba*, Instituto del Libro, La Habana.

LÓPEZ BASTIDA, R. et. al. (2003): *Trinidad y el Valle de los Ingenios*, Cuba: Guía de Arquitectura, Oficina del Conservador de Trinidad, Consejo de la Administración del Poder Popular, Agencia Española de Cooperación Internacional, Junta de Andalucía.

MARÍN VILLAFUERTE, F. (1945): *Historia de Trinidad*, Jesús Montaner, Editor, Obispo 521, La Habana.

MAZA, A. y R. MACÍAS (1939): "La arquitectura colonial de Trinidad", en *Arquitectura*, no. 66, La Habana.

MORENO FRAGINALS, M. (1978): *El ingenio, complejo económico social cubano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, t. 1, 2 y 3.

PÉREZ DE LA RIVA, F. (1946): *Origen y régimen de la propiedad territorial en Cuba*, Imprenta El Siglo XX, La Habana.

PÉREZ DE LA RIVA, J. (1975): *El barracón y otros ensayos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

PEZUELA, J. DE LA (1863-1866): *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la isla de Cuba*, Imprenta del Establecimiento de Mellado, Madrid, t. 1, 2 y 3.

PICHARDO, E. (1862): *Diccionario provincial casi razonado de voces cubanas*, Imprenta La Antilla, Habana.

PRAT PUIG, F. (1995): *El prebarroco en Cuba. Una escuela criolla de arquitectura morisca*, Fundació caixa Manresa, Diputació de Barcelona.

RIBERA, N. J. DE (1975): *Descripción de la Isla de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

RODRÍGUEZ, R. (1842): *Plano topográfico, histórico y estadístico de la ciudad de Trinidad*.

ROIG DE LEUCHSENRING, E. (1936): "Trinidad de 1830 a través de Caniquí", en *Carteles*, La Habana, no. 23, junio.

_____ (1943): "Trinidad, la secular y revolucionaria", en *Carteles*, La Habana, no. 7, febrero.

_____ (1947): "Cuidemos y conservemos a Trinidad de Cuba", en *Carteles*, La Habana, no. 50, diciembre.

ROURA ÁLVAREZ, L. y S. T. ANGELBELLO IZQUIERDO (2008): "El bohío: vivienda esclava en las plantaciones cubanas del siglo XIX" (inédito).

SAGRA, R. DE LA (1861): *Historia física, económica-política, intelectual y moral de la Isla de Cuba. Relación del último viaje del autor*, Librería L. Hachette y Ca., París.

VENEGAS DELGADO H. (1973): "Apuntes sobre la decadencia trinitaria en el siglo XIX", en *Islas*, Universidad Central de las Villas, no. 46, septiembre-diciembre.

VILLAVARDE, C. (1981): *Excursión a Vuelta Abajo*, Editorial Letras Cubanas, Ciudad de La Habana.

WEISS SÁNCHEZ, J. (1996): *Arquitectura colonial cubana siglos XVI al XIX*, Instituto Cubano del Libro, Agencia de Cooperación Internacional, Junta de Andalucía, La Habana-Sevilla.

ZANETTI, O. y A. GARCÍA (1987): *Caminos para el azúcar*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

La gubia: artefacto por antonomasia de los aborígenes de Cuba

Por: Gerardo Izquierdo Díaz, Roberto Valcárcel Rojas y Ulises M. González Herrera

RESUMEN

Este artículo aborda los antecedentes históricos y los estudios realizados sobre el artefacto denominado gubia desde la década del veinte del pasado siglo. Además, se analizan las características fundamentales de sus tipos, así como la importancia que a nivel social debieron de tener estos útiles para las formaciones sociales aborígenes que habitaron en nuestro archipiélago. También se describen, detalladamente, los rasgos tecnopológicos de dos ejemplares con representación antropomorfa descubiertos al noroeste de la provincia de Holguín.

ABSTRACT

This paper deals with the historic background and the studies made on an artifact named gouge since the 1920's. The main characteristics of its models and the social relevance of such tools for the aboriginal groups which inhabited the archipelago are covered. A comprehensive technical and typological description with details of two gouges with anthropomorphic decoration found to the northwest of Holguin province is also given.

Antecedentes históricos

Desde principios del pasado siglo ha llamado poderosamente la atención de los arqueólogos, entre otros especialistas, una pieza considerada por muchos como artefacto complejo, en lo fundamental por sus rasgos tecnopológicos y denominada gubia desde la década del veinte del pasado siglo (Ortiz, 1935 y 2008; Harrington, 1935). En 1935, el doctor René Herrera Fritot acuña diversos términos, algunos ya empleados con anterioridad para designar objetos manufacturados en concha que caracterizarían a los aborígenes apropiadores del estadio medio:¹ plato, vasija, cuchara, pico de mano, etcétera, clasificaciones que en su gran mayoría mantienen vigencia.

En un inicio la definición de gubia se debió a su analogía funcional con la herramienta conocida con este nombre entre los talladores de madera contemporáneos. Se ha podido constatar que su presencia es muy frecuente en los contextos arqueológicos del archipiélago cubano, con diversas filiaciones socioeconómicas. A manera de ilustración se puede señalar que en un solo sitio arqueológico, por ejemplo El Carnero, (Granma), se recuperaron más de 250 gubias de diversos tipos; en el sitio Río Chico (Matanzas), se recolectaron cerca de 60 de estas piezas con variedad de tipos; en el residuario Banes II (La Habana), se exhumaron cerca de 40 de tipos diferentes y por último en el sitio de Cayo Cantiles (Municipio Especial Isla de La Juventud) la cifra superó las 30 unidades. La abundancia y variedad de gubias en Cuba hace pensar a la mayoría de los especialistas que se trata de un fenómeno local, ya que hasta donde se conoce estas son muy escasas en otras áreas antillanas o regiones continentales cercanas. No obstante, existe información de su limitada presencia en uno o dos sitios de Haití, algunos pocos ejemplares en Santo Domingo, un número igualmente reducido en Las Bahamas; sin embargo, según apreciaciones de los arqueólogos norteamericanos Mery J. Berman y Perry L.

¹ La anterior estructuración del esquema de desarrollo, sobre la base de una división en fases, se ha sustituido por la definición de dos formaciones sociales (formación social de apropiadores pretribales y formación social de productores tribales), con vínculos temporales; la última de las cuales se disuelve, tras el proceso de conquista y colonización hispana. La primera formación social mencionada está dividida, con fines de estudio, en estadio temprano, medio y tardío.

ARQUEOLOGÍA

Gnivecki, al parecer la tradición fue llevada allí por grupos tribales procedentes de la costa nororiental de Cuba entre el 600 y 800 n. e. (Berman, 1995: comunicación personal). En la isla de Aruba, Richard E. Stearns reportó su escasa presencia en sitios de igual filiación, donde son conocidas como carapachos; también hay reportes de estas en La Florida (Estados Unidos), pero elaboradas en el género *Busycon* sp.

La importancia que refleja la gubia, desde las primeras décadas de la pasada centuria, lo muestra el hecho de llegar a caracterizar "complejos culturales" en las denominaciones elaboradas por René Herrera Fritot e Irving Rouse para los aborígenes de Cuba cuando afirmaron que en el "Complejo I" el material predominante era la concha y en el "Complejo II" era la piedra, pero el testigo cronodiagnóstico principal para ambos era la gubia (Fritot y Rouse, 1951).

Los criterios de Herrera fueron enriquecidos con el trabajo investigativo de otros autores, como es el caso del arqueólogo norteamericano Cornelius Osgood, que describió tipos y subtipos de artefactos al clasificar el material de concha exhumado en excavaciones realizadas en el devenido "sitio clásico" Cayo Redondo, Pinar del Río; aquí la gubia ocupa un lugar preponderante entre el resto de los tipos y subtipos creados para el estudio comparativo del utillaje de labor (Osgood, 1942).

Otros esfuerzos realizados tienen que ver con los estudios de René Herrera Fritot, Pedro G. Valdés y Osvaldo Morales Patiño, que en 1942 idearon un modelo que contenía la relación de los tipos de objetos de concha clasificados hasta esos momentos; este *modelo de catálogo*, como se tituló, servía para la identificación de los artefactos de concha que estaban en poder de museos y coleccionistas particulares en todo el país, y trataba de crear un lenguaje homogéneo entre todos los entendidos en la profesión. De nuevo la gubia sobresalió por sus cualidades como artefacto multipropósito, entre sus posibles funciones: usada como azuela para elaborar embarcaciones y viviendas y para desmontar terrenos con fines agrícolas, también para labrar la tierra en épocas de siembra y cosecha pues utilizada como azada y coa pudo servir para excavar; además, debió ser útil al recolector aborígen en la búsqueda de alimentos, al permitir descubrir en el suelo raíces comestibles y larvas y gusanos en los troncos de árboles húmedos.

En 1964, los investigadores cubanos José M. Guarch y Rodolfo Payarés realizaron un estudio de las gubias cuando analizaban el ajuar excavado en el sitio El Caney del Castillo (Santiago de Cuba), y por primera vez en nuestra literatura arqueológica denominan las diferentes partes del artefacto: ápice, pala, bisel, arco facial, cara, lado, tubérculo, así como profundidad de la pala y ángulo del bisel. También establecieron tres tipos de gubias para este sitio: A, B y C, con un subtipo para el A, los que describen morfológicamente. Posteriormente, en 1980, el arqueólogo Eduardo Queral realizó el estudio: "*Características tipológicas de las gubias de concha del sitio arqueológico El Carnero*". Para ello aplicó un procedimiento, fundamentado en parámetros matemáticos, como son: longitud, ancho, ángulo del bisel, arco facial, profundidad de la pala, aplanamiento de los bordes, etcétera.

En relación con las características tipológicas diferenciales, los investigadores Felipe Martínez Arango y Margarita Vera Cruz, dieron a conocer en 1981 un estudio sobre las gubias; estos arqueólogos arribaron a consideraciones que establecen, según sus criterios, diferenciaciones entre las gubias afiliadas en comunidades apropiadoras y productoras; estas diferencias se refieren a una mayor profundidad en el arco de la pala en las primeras y un significativo aplanamiento en las segundas (Martínez Arango y Cruz, 1981).

Diversidad tipológica, funciones y técnicas de elaboración de la gubia de concha

La gubia constituye una de las piezas más *sui generis* y significativas dentro de la industria de la concha por su técnica de elaboración, tipología e importancia en el desarrollo de múltiples actividades socioeconómicas imprescindibles para la subsistencia de un grupo humano: actividades extractivas, de elaboración de otros artefactos de trabajo y de preparación de alimentos. Tecnológicamente se obtiene de la última vuelta de crecimiento de la columela con el canal basal y aparecen elaboradas en conchas de varias especies malacológicas, aunque las más comunes son aquellas de la familia Strombidae, en especial las de estructuras más gruesas y consistentes, como el *Strombus gigas* (Linnaeus), *Strombus samba* (Gmelin) y *Strombus costatus* (Gmelin). Puede realizar las funciones de cortar, raspar y/o raer, excavar, descortezar, escamar, evisce-

rar, percutir, desbastar, etcétera. Para su elaboración se aplican tres técnicas de construcción fundamentales: el corte de rotura por percusión, corte de fractura por percusión, y el desbaste por abrasión. Este último considera diferentes modalidades que incluyen el grabado, en el caso de las valoradas posiblemente como ceremoniales.

Las modificaciones producto del trabajo pueden traer consecuencias como: mellas en su bisel; fisuras en el arco facial, perpendiculares al borde cortante y en el mismo sentido que los bordes laterales; erosión en la región del ápice debido al uso de percutir o simplemente huellas del enmangamiento; fisuras en el límite del ápice y la pala, así como merma en su longitud por el rejuvenecimiento del bisel dañado. Estas modificaciones son las más comunes, sobre todo en comunidades apropiadoras.²

Hay otras donde los bordes, y en ocasiones el ápice, están alisados completamente, mediante el desbaste por abrasión, en sentido general son algo estrechas y de regular talla; la estrechez implica que el bisel también lo sea, esto hace pensar en un diseño para funciones muy específicas, sobre todo el trabajo de talla en madera; son muy comunes en sitios afiliados a comunidades apropiadoras tardías, como Banes II, en la provincia de La Habana, Río Chico y Cayo Jorajuría (Matanzas), y en otros grupos del estadio medio como Cayo Cantiles, en el municipio especial Isla de la Juventud, entre otros. En este tipo de Gubia, denominada "con paredes alisadas", hay un regodeo estético muy marcado en el acabado por parte del artífice aborigen; ello pudiera indicar el inicio de un proceso de especialización extraeconómica. Esto pudo ser posible debido a diferentes factores: mayor nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, o contacto y aprendizaje de nuevas técnicas de elaboración del artefacto, a partir de

préstamos culturales con diferentes representantes socioeconómicos. En los grupos más tempranos de estas comunidades no aparece este tipo de artillugio; lo cierto es que para que este artefacto sea funcional no es necesaria una exquisita terminación, como es el caso.

Otro tipo carece del ápice (fig. 4), posiblemente para lograr un sistema

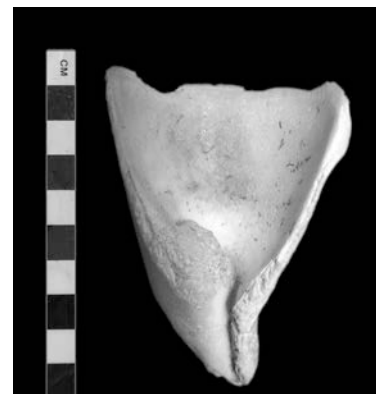


Fig. 2. Gubia típica.

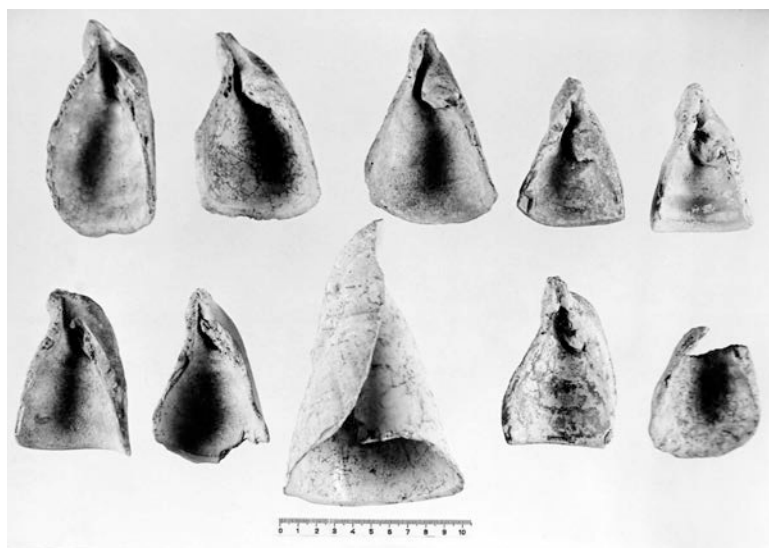


Fig. 1. Conjunto de gubias típicas.



Fig. 3. Gubia con paredes alisadas.

² En la denominada gubia típica en la Lista Tipológica, elaborada en 1993, es donde con mayor frecuencia aparecen estas huellas de uso.

ARQUEOLOGÍA

de enmangar por engaste, denominada gubia sin ápice; estas son de tamaño mediano, bastante planas y al parecer no fueron utilizadas en la función de raspar y/o raer, ya que los ángulos de su bisel nunca han sido menores de 70°, lo cual indica más bien un uso para realizar cortes; no son muy frecuentes y aparecen con cierta regularidad en sitios vinculados a comunidades apropiadoras como Cueva Funche, Cueva Enrique y Cueva de La Pintura, todos en la Península de Guahacabibes, provincia de Pinar del Río (extremo occidental de la isla), también se han reportado en sitios de comunidades productoras tribales. En ocasiones aparecen con macrodestrucciones en su bisel, lo que enuncia un uso sobre materiales "duros" en funciones de corte de rotura por percusión, para que ello fuera posible le suponemos algún tipo de mango.

La gubia de dedo fue clasificada y denominada por el arqueólogo cubano René Herrera Fritot, quien además definió su posible uso y modo de empleo (fig. 5). También carece de ápice y sólo se diferencia de la anterior en las dimensiones, ya que tecnopológicamente responde al mismo modelo. La gran mayoría ha aparecido en sitios funerarios como posibles ofrendas, o destinadas a actividades rituales vinculadas con las prácticas funerarias.

Otro tipo es la definida como gubia modificada (fig. 6), que presenta una morfología expresada y buscada de manera deliberada. Las paredes son rebajadas intencionalmente, por ello es notable en muchas las huellas dejadas por el corte de rotura por percusión. Son largas y estrechas, pero con mayor profundidad en la pala que las de paredes alisadas; en ocasiones su

ancho no rebasa el del ápice. Este tipo de artefacto se reporta, hasta el momento, en comunidades apropiadoras tardías y productoras tribales, y han sido aisladas en los sitios de Banes II (La Habana), Río Chico (Matanzas), El Carnero (Granma), Delta 1 y El Dorado (Villa Clara), entre otros.

Las gubias en proceso de elaboración son obtenidas de la columela con el canal basal (fig. 7). Estas presentan como características que en vez de un bisel afilado, el borde es vuelto y muestra pequeños callos calcáreos, siendo visibles las huellas por la aplicación de los cortes: rotura por percusión y fractura por percusión. En esta preforma no se ha detectado, hasta el momento, el uso de la técnica del desbaste por abrasión, en ninguna de sus partes, por lo que suelen aparecer con los bordes, ápice y bisel ásperos, o sea, es evidente que no hay por parte del artífice aborigen una intención en el acabado, cuestión que refuerza el criterio de artefacto en proceso de elaboración.

Muchos especialistas insisten en llamar a esta pieza "cuchara", según la denominación acuñada por Herrera Fritot en 1935. Es este uno de los pocos artefactos de concha que con mayor frecuencia aparece en proceso de elaboración, a la que solo le faltaría el alisado de los bordes y el afilado del bisel, así como otros retoques finales en el ápice. También resulta poco común que donde aparezca esta preforma no esté presente la gubia.

El ápice en las gubias puede ser: fino, grueso, alisado o erosionado por la acción de percutir o por los efectos causados al ponerle mango; la pala deja ver una gran curvatura o es simplemente llana, esto impli-

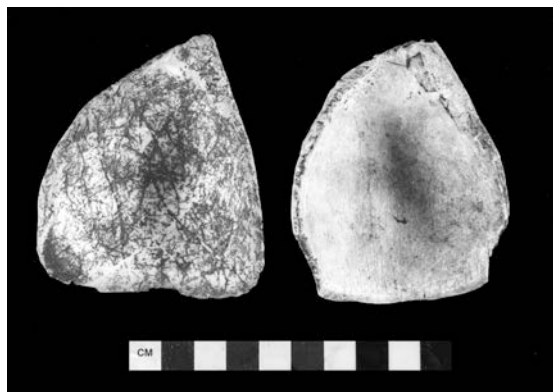


Fig. 4. Gubia sin ápice.

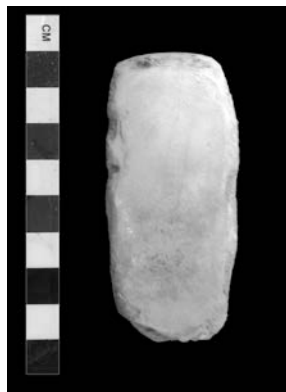


Fig. 5. Gubia de dedo.

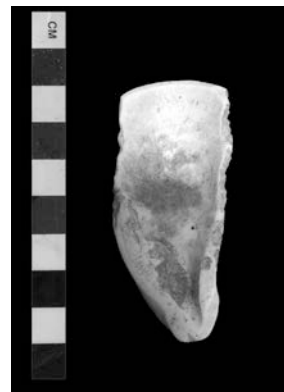


Fig. 6. Gubia modificada.

ca que sea estrecha si es plana y ancha cuando es curva. Las paredes serán lisas o irregulares y el bisel con disímiles ángulos de inclinación, los que responderán a las funciones o usos estimados. En otros casos el propio ejercicio de raspar y/o raer fue provocado por el uso mismo, donde el ángulo recto del arco facial es cercano a 90°; no obstante, cuando el bisel es destinado al corte, el ángulo deseado es preparado y debe promediar ángulos menores de 70 grados.

En sentido general el chaflán aparece: recto, inclinado, acuminado, y hasta los hay con varios planos definidos en un mismo bisel, pero esta cualidad puede responder a las diferentes inclinaciones en que se sitúa la pieza en el proceso de afilado o los ángulos de interacción con el abrasivo. También el arco facial puede ser: recto, cóncavo o convexo, generalmente las gubias usadas para raspar y/o raer lo presentan cóncavos.

Las gubias en su universo, aparecen grandes, medianas y pequeñas, pero ello responderá a dos factores fundamentales: en primer lugar, al tamaño del núcleo matriz escogido o disponible, y, en segundo, a la intensidad del uso; pues cada vez que se rejuvenecía el bisel mermaba la longitud y el ancho de la pieza, debido a su propia morfología.

En ocasiones el cosmos de las gubias en los yacimientos arqueológicos excavados es muy variado en tipos, y muchas veces se apartan totalmente de los ya conocidos, por ejemplo, en el residuario frente a la Cueva No. 1 de Punta del Este (Municipio Especial Isla de la Juventud), apareció una gubia muy atípica que hasta el momento se considera sin precedentes, pues muestra una concavidad entre el arco de la pala de 267°, es decir, el bisel o filo cortante está presente en la magnitud apuntada. El artefacto se halla constituido por una espira y media de la columela de un *Strombus gigas*. Las dimensiones resultan extraordinarias ya que la longitud es de 157 mm y el ancho de 96 mm, mientras que la medida de la sagita para determinar el arco facial alcanzó los 38 mm. Para destacar el tamaño excepcional de esta pieza baste decir que la mayor de las estudiadas en el sitio El Carnero, según datos apuntados por Eduardo Queral (1981), es de 70 mm, en un universo como ya se ha reiterado de más de 250 unidades.

Otro ejemplo que se enmarca en la atipicidad es el reciente hallazgo, en un sitio afiliado a comunidades apropiadoras tardías de la provincia de Villa Clara, de varias gubias, que luego de practicarles un exquisito afilado, fueron aparentemente usadas en labores de percusión. Existen algunas donde se conserva parte del bisel afilado y el resto totalmente romo, este tipo de uso aparece, hasta donde sabemos, por vez primera en el artefacto gubia. Hay antecedentes de este uso pero en la zona del ápice, que por demás es la parte más dura. Por otro lado, llama la atención que las huellas dejadas por la percusión sólo afectó el área del afilado.

La gubia como posible artefacto ceremonial, procedencia y descripción

En enero de 1994, los investigadores Roberto Valcárcel Rojas y Juan C. Agüero Hernández, del Departamento Centro Oriente de Arqueología, del entonces Centro de Antropología, hicieron llegar dibujos e información sobre dos gubias que por sus características *sui generis*, merecen ser

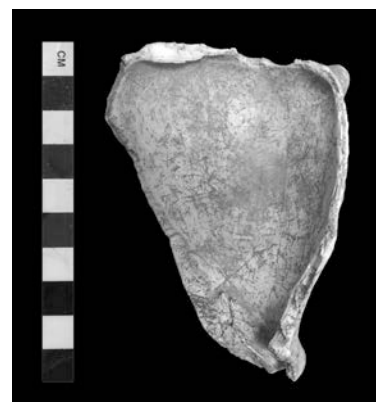


Fig. 7. Gubia en proceso de elaboración.



Fig. 8. Gubia ceremonial. Potrero de El Mango. Fondo del Museo Baní, Holguín.



Fig. 9. Gubia de Esterito de Banés. Fondo del ICAN.

ARQUEOLOGÍA

resaltadas en este trabajo. Al parecer habían sido clasificadas como caratonas, cuando fueron recuperadas en dos sitios arqueológicos de filiación tribal en la región de Banes, provincia de Holguín.³ Ambas piezas están exquisitamente grabadas mediante incisiones rectilíneas, curvilíneas, en relieves muy delicados, así como perforaciones en una de ellas.

La primera (fig. 8) fue recolectada en Potrero del Mango, un sitio con fechas entre los siglos XI y XVI de n. e. (Valcárcel, 2002). Expone bisel afilado con una inclinación de 60 a 65 grados y no presenta notables huellas de uso en el arco facial. La pala es ancha y mide 6,5 mm en la parte más pronunciada del arco, por 95 mm de longitud. En la cara dorsal aparece grabado un rostro antropomorfo muy estilizado, que exhibe trece horadaciones a manera de un cintillo que se desplaza por los laterales hasta la región de los pómulos. Las cuencas oculares aparecen representadas en un delicado bajorrelieve.

Mediante bajo relieve se sugiere la nariz; otra línea incisa horizontal limita el labio superior. La cavidad oral está muy bien lograda y en ella se destaca una poderosa dentadura elaborada a través de múltiples cortes perpendiculares a la línea de los labios. Entre los incisivos asoma un elemento oval que representa la punta de la lengua. La región próxima al canal basal (suprimido en parte), sugiere la barbilla, limitada esta de la boca por una incisión profunda.

La otra pieza (fig. 9) proviene del sitio Esterito, datado en el siglo XV d. n. e. (ob. cit.); desafortunadamente apareció fracturada en una de sus porciones, aunque posee íntegro su ápice. Expone bisel con un ángulo recto de 80 a 90 grados, apropiado para el uso de raspar y/o raer; de ancho mide aproximadamente 60 mm en la parte más pronunciada del arco de la pala y 85 mm de longitud. La cara dorsal está grabada con líneas incisas y bajorrelieves muy delicados; es también cefaloforme y en ella se delimita un rostro antropomorfo estilizado, el cual tiene sobre su cabeza una cisura a manera de tocado que limita la frente. Las cuencas oculares son grandes y están logradas con sendas hendiduras curvas, laziformes y abiertas en la zona de los lagrimales. No muestra nariz, lo que aumenta el sentido abstracto de la pieza. La cavidad bucal es ovalada y sugerida con cortes incisos y bajorrelieve. Estos confor-

man los labios y la propia cavidad, en medio de la cual se aprecia una diminuta parte de la zona terminal de la lengua, insinuada en un segmento ovaliforme en alto relieve. La barbilla se expresa mediante el ápice, aprovechando la propia morfología de esa región del artefacto para completar la representación.

El reporte de características tecnológicas nuevas, usando como soporte estas evidencias, abre sin duda otras interrogantes en el estudio de este importante testigo de la cultura de aquellos hombres, y que hemos denominado preliminarmente, como ya se ha dicho, gubia ceremonial.

Estudios realizados en conjuntos de cemíes indocubanos aportan conclusiones parecidas en cuanto a similitud formal y conceptual de la gubia valorada como ceremonial, así Ovidio Ortega, en *Procesos de diseño de los cemíes indocubanos*, señala: "En el diseño de estas piezas se pueden apreciar esquemas que expresan una relación proporsitiva apriorística de elementos en conjugación simbólica y de estilo, que no se recrearon, al parecer, en el proceso creativo, sino que tenían establecidos de antemano como normas fijas o inalterables; verdaderos estereotipos de un arte clásico primitivo" (Ortega, 1990: 55).

El motivo cefaloforme es común en los casos analizados, lo que indica un interés muy marcado en esa parte del organismo humano. Al parecer le otorgaban una definida preponderancia al centro del pensamiento por contenerse en este las funciones más importantes, como la visión, el olfato, el habla y la audición. Estudios realizados en conjuntos de cemíes indocubanos aportan conclusiones parecidas en cuanto a los manejos formal y conceptual del tema cefálico (ibidem).

La gubia es un instrumento de trabajo donde el artesano aborigen pudo enfatizar en ciertos aspectos de su elaboración y terminación, tanto que en algunos ejemplares encontramos un verdadero regodeo estético en su acabado. Es posible que en ocasiones se le otorgara a esta herramienta un sentido estrechamente vinculado a las ideas mágico-animistas, debido al profundo significado que parece haber tenido como artefacto polifuncional. Sus valores como utensilio de trabajo pudieron influir en que se convirtieran en artefactos ceremoniales.

El difícil trabajo de grabado en el material de concha presupone una extrema habilidad por parte del

³ El artefacto representado en la figura 8 fue por vez primera reportado en el año 1941 por el doctor García Castañeda, en su artículo titulado "Asientos taínos localizados en el cacinato de Bani", en la *Revista de Arqueología*, Junta Nacional de Arqueología.

artífice aborigen, además de la inversión de tiempo dedicado a la elaboración del artefacto. Esto implicaría permanecer desvinculado del proceso productivo directo, lo que evidencia una especialización en la labor ejecutada y una prolongada tradición oral. Así reflejan en sus caras dorsales rostros antropomorfos cefaloformes muy estilizados y de gran expresividad. Por ser esta "(...) la parte principal del sujeto donde residiría la esencia del ser (...)" (Arévalos, 1977: 14).

Estos objetos, como manifestaciones superestructurales, se enmarcan dentro del sistema de creencias de las sociedades tribales. Como en otros artefactos funcionales que se ornamentan para enfatizar en su carácter particular, y en su uso en acciones de tipo ritual o ceremonial, estas gubias pudieron ser preparadas para su empleo en circunstancias de este tipo. Esto justificaría el despliegue de un complejo proceso tecnológico que incluye un gran trabajo de abrasión y pulido para representar las imágenes. Considerando la enorme diversidad de labores que se podían desarrollar con la gubia, es muy posible que sobre ellas se representaran entes conectados con ciertas actividades productivas, especialmente aquellas donde se utilizó este artefacto. Desde esta perspectiva las imágenes cefálicas apoyan significados relacionados con el universo laboral y con las actividades socioeconómicas donde se emplearon gubias.

No debemos descartar, sin embargo, la posibilidad de que estemos ante procesos de reutilización y refuncionalización de las gubias, a fin de convertirlas en objetos de adorno corporal o uso ceremonial, que no están relacionados con el mundo laboral de la gubia o con alusiones a su funcionalidad. En estos términos la gubia constituiría solo un soporte material que ofrecería una forma conveniente para el despliegue de determinado elemento icónico.

Es significativa la similitud iconográfica que muestran ambas piezas con muchas de las caratonas reportadas en Cuba y otras partes de Las Antillas, aun cuando estas últimas responden a una morfología y contenido diferente, pues en ningún caso poseen los elementos ya mencionados anteriormente para las gubias (bisel, ápice, pala, etcétera). A pesar de ello, las gubias analizadas poseen base restringida y parte superior amplia, ajustándose a la estilización de un rostro; lo que facilitaría su empleo para elaborar este tipo de ornamento. Por otro lado es importante notar la presencia de orificios en una de ellas, que en el caso de las caratonas se usaban para insertar la pieza en pectorales o cinturones.

Considerando la importancia de las caratonas como objeto suntuario y símbolo jerárquico, es posible que en determinadas circunstancias (la escasez de materia prima adecuada o urgencias por poseer piezas de este tipo) se recurriera a objetos de uso cotidiano que disponían de una forma apropiada para obtener otros que tenían un valor superior, tanto en términos sociales como religiosos. En este caso estaríamos ante una situación de ornamentación de la gubia, lo cual no impide el sentido clasificatorio ni que estas piezas se sigan particularizando y asimilando bajo un mismo concepto general: gubias de uso relacionado con la esfera superestructural.

Anexo 1

En la Lista Tipológica la gubia ocupa un lugar destacado y se describe de la manera que sigue:

1.1. Gubia típica

Obtenida: Última vuelta de la columela con canal basal.

Función: Cortar, rapar y/o raer, excavar, desbastar, descortezar, escamar, eviscerar, percutir.

Familia: Strombidae, Melongenidae, Xancidae, Cymatiidae, Charonidae, Cassidae; en especial el *Strombus gigas* y el *Strombus costatus*.

Técnicas de construcción: corte de rotura por percusión, corte de fractura por percusión y abrasión.

1.2. Gubia con paredes alisadas

Obtenida: última vuelta de la columela con canal basal.

Función: Cortar, rapar y/o raer, excavar, desbastar, descortezar, escamar, eviscerar, percutir.

Familia: Strombidae, Melongenidae, Xancidae, Cymatiidae, Charonidae, Cassidae; en especial el *Strombus gigas* y el *Strombus costatus*.

Técnicas de construcción: corte de rotura por percusión, corte de fractura por percusión y abrasión.

1.3- Gubia sin ápice

Obtenida: última vuelta de la columela sin canal basal.

Función: Cortar, rapar y/o raer, excavar, desbastar, descortezar, escamar, percutir.

Familia: Strombidae, Melongenidae, Xancidae, Cymatiidae, Charonidae, Cassidae; en especial el *Strombus gigas* y el *Strombus costatus*.

Técnicas de construcción: corte de rotura por percusión, corte de fractura por percusión y abrasión.

ARQUEOLOGÍA

1.4- Gubia de dedo

Obtenida: última vuelta de la columela sin canal basal.

Función: Cortar, raspar y/o raer, desbastar, descortezar.

Familia: Strombidae. En especial el *Strombus gigas* y el *Strombus costatus* juvenil

Técnicas de construcción: Corte de rotura por percusión; corte de fractura por percusión y abrasión.

1.5- Gubia modificada

Obtenida: última vuelta de la columela con canal basal.

Función: Cortar, rapar y/o raer, excavar, desbastar, descortezar, escamar, eviscerar, percutir.

Familia: Strombidae, Melongenidae, Xancidae, Cymatiidae, Charonidae, Cassidae; en especial el *Strombus gigas* y el *Strombus costatus*.

Técnicas de construcción: corte de rotura por percusión, corte de fractura por percusión y abrasión.

1.6 - Gubia en proceso de elaboración

Obtenida: Última vuelta de la columela con canal basal.

Función: No tiene uso estimado.

Familia: Strombidae, Melongenidae, Xancidae, Cymatiidae, Charonidae, Cassidae; en especial el *Strombus gigas* y el *Strombus costatus*.

Técnicas de construcción: Corte de rotura por percusión. Corte de fractura por percusión.

1.7 - Gubia ceremonial

Obtenida: Última vuelta de la columela y puede tener canal basal o prescindir de éste.

Función: Posiblemente mágico-animista.

Familia: Strombidae: en especial el *Strombus gigas* y el *Strombus costatus*.

Técnicas de construcción: Corte de rotura por percusión. Corte de fractura por percusión. Abrasión y grabado.

BIBLIOGRAFÍA

GUARCH, J. M. y R. PAYARÉS (1964): *Excavaciones en el Caney del Castillo*, Departamento de Antropología, Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.

GARCÍA ARÉVALOS, MANUEL A. (1977): *El arte taíno de la República Dominicana*, Museo del Hombre Dominicano, Colección Estudio y Arte.

GARCÍA C. (1941): "Asientos taínos localizados en el cacinato de Baní", en *Revista de Arqueología*, Junta Nacional de Arqueología, año III, no. 5.

HARRINGTON, M. R. (1935): *Cuba antes de Colón*, 2da. ed., Cultural S. A., La Habana.

HERRERA, R., P. GARCÍA y O. MORALES (1942): "Modelo de catálogo", en *Revista de Arqueología*, Junta Nacional de Arqueología, La Habana.

IZQUIERDO, G. y ALEXIS RIVES (1995): *Lista Tipológica de la industria de la concha en las comunidades aborígenes de Cuba y Las Antillas*, en CD-ROM Taíno, Arqueología de Cuba. CEDISAC, Universidad de Colima, México.

MARTÍNEZ, FELIPE y M. VERA (1981): "Las gubias de los aborígenes preagroalfareros y ceramistas de Cuba: tipología diferencial", en *Carta Arqueológica*, Sección de Arqueología aborígen, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba.

ORTEGA, O. (1990): "Procesos de diseño de los cemíes indocubanos", en *Estudios Arqueológicos*, Editorial Academia, La Habana.

ORTIZ, FERNANDO (1935): *Historia de la Arqueología Indocubana*, 2da. ed., Cultural S. A., La Habana.

(2008): *La Cueva del Templo. Isla de Pinos. Los descubrimientos arqueológicos*, Fundación Fernando Ortiz, Ciudad de La Habana.

OSGOOD, G. (1942): *The Ciboney Culture of Cayo Redondo. Cuba*, London Yale University Press, New Haven, no 25.

QUERAL M. E. (1980): "Características tipológicas de las gubias de concha del sitio arqueológico El Carnero", Departamento de Arqueología, Instituto Cubano de Antropología, La Habana (inédito).

ROUSE, I. y R. HERRERA (1951): "Reunión en Mesa Redonda de Arqueólogos del Caribe. Actas y trabajos", Junta Nacional de Actas y Trabajos de Arqueología y Etnología de Cuba.

STEARNS, E. R. (1948): "Artefactos indígenas de la Isla de Aruba", en *Acta Venezolana*, t. 3, junio 1947-junio 1948, Caracas, Venezuela.

VALCÁRCEL, R. (2002): *Banes precolombino. La ocupación agrocultural*, Ediciones Holguín, Cuba.

Arqueología del sitio Bacuranao I

Por: Jorge F. Garcell Domínguez

RESUMEN

El estudio del sitio funerario Bacuranao I, ubicado en el centro de la provincia La Habana, municipio San José de las Lajas, consolida los estudios de espacios sepulcrales sobre la base de tres presupuestos fundamentales: la muerte, el espacio funerario y el tratamiento del cadáver, sobre un contexto de ciento sesenta y nueve individuos y cuyas características amplían el conocimiento del tema en las comunidades no tribales del occidente de Cuba.

ABSTRACT

The study of the funeral site Bacuranao I, located in the municipality of San José de las Lajas in the center of La Habana province consolidates the research of graveyards based on three postulates: death, graveyards and body treatment in a context where there are one hundred and sixty-nine individuals. The features of this context shed more information on the pre-ceramic communities that lived in the west of Cuba.

Introducción

Los trabajos científicos desarrollados por el grupo espeleológico Combate de Moralititos, de la Sociedad Espeleológica de Cuba (SEC) –desde su fundación en 1974– facilitaron el conocimiento de muchos de los sitios del territorio de San José de las Lajas, donde el aborigen cubano estuvo presente, lo cual posibilitó la agilización en la región de la obra científica y recopiladora del Censo Arqueológico Nacional de Cuba (Rives, 1990). A raíz de estos estudios, la dirección de la obra científica del Censo Arqueológico, el grupo espeleológico Combate de Moralititos y el Museo Municipal de San José de las Lajas decidió ampliar el conocimiento sobre la presencia humana primitiva en el complejo cársico Infierno, ubicado en el noroeste del municipio, en las cercanías de los poblados de Tapaste y la Comunidad de Pedro Pí, sobre las elevaciones de San Francisco Javier.

Hasta el momento, el único antecedente histórico del que se tenía noticia en relación con la espelunca se refería a la matanza de un grupo de mujeres, ancianos y niños efectuada en esa cueva durante la guerra de independencia, cuyo hecho se relaciona con el proceso de la reconcentración de 1896-1898. Los pobladores refugiados en la cueva fueron fusilados en el lugar por una columna española, de recorrido por la zona, y enterrados en el mismo sitio.¹ Tal vez estos hechos hayan incidido en el topónimo dado, posteriormente, a la cueva más grande (Echezarreta, 1950).

Se conocía que en la década de los ochenta varios grupos científicos visitaron la cueva con diferentes intereses –Grupo Espeleológico Barreras y un grupo de jóvenes de la Escuela Técnica de Geología del Petróleo Vitalio Acuña– recolectando en superficie fragmentos de objetos de origen indígena y colonial, incluyendo enterramientos humanos (Saldivar, 1986). Las excavaciones en el sitio Bacuranao I comenzaron en 1992, en la segunda dolina hacia el fondo de la cueva. Se practicaron cuatro escaques de 1 x 1 m, siendo localizados un gran fogón y un ajuar lítico sobre una amplia gama de rocas silíceas (Escobar, 1992), y además se encontraron fragmentos de cerámica de muy mala factura (Jouravleva, 1996, comunicación

¹ Hasta el presente, los restos inhumados en la cueva no se han localizado. Los vecinos más antiguos del lugar dicen que existe un área en la entrada que los campesinos no araban porque era un camposanto.

ARQUEOLOGÍA

personal). El 5 de agosto de 1994 hubo una nueva intervención, en la que participaron el doctor Gabino La Rosa y los grupos Cayaguasal y Combate de Morallitos. Anteriormente había sido seleccionada un área donde afloraban pequeños montículos de ceniza, a través de la incursión de insectos en el suelo y se sospechó de la existencia de un gran fogón. Se excavó un pozo de 1x1 m a una profundidad de 0,45 m, extrayendo 45 piezas dentarias, algunos fragmentos de huesos pintados de rojo y una abundante dieta. Estos resultados propiciaron una nueva campaña con el objetivo de ensanchar el área excavada anteriormente; esta comenzó el 7 de octubre de 1995 y se extendió por cuarenta y cuatro días consecutivos, con la participación de varios grupos de la SEC de Matanzas, Ciudad de La Habana y La Habana, y del Centro de Antropología del CITMA. Se localizó un cementerio aborigen perteneciente a las comunidades no ceramistas de Cuba, con el reporte inicial de 54 entierros humanos, de ellos 53 infantes menores de cuatro años. A estos hallazgos se le realizaron análisis radiocarbónicos, sobre la base de dos muestras de carbón vegetal extraídas del cementerio, las que arrojaron fechas significativas que proporcionaron el completamiento de la periodización sobre la presencia de los primeros pobladores de la región.²

En agosto de 1997 fue necesario hacer una convocatoria de salvamento ante la incursión de aficionados, lo cual facilitó el conocimiento sobre el área de habitación y la localización de cuatro nuevos entierros humanos dentro de la propia dolina central, cuya área se denominó cementerio 2.

Cuadrícula	Fechado	Calibrado
A-4	3331 +/- 17 A.P.	1625-1525 ANE
C-2	3152 +/- 26 A.P.	1425-1400 ANE

Sistema cársico Infierno

El sistema Infierno se ubica en la región natural de las llanuras y alturas del norte de La Habana-Matanzas,³

en la cima de las elevaciones de San Francisco Javier y al noroeste del municipio San José de las Lajas, a una cota aproximada de 189,00 metros sobre el nivel del mar. Está localizado, aproximadamente a 15 y 39 km de la costa norte y sur, respectivamente –midiendo perpendicularmente en ambos extremos–, en las cercanías de los asentamientos urbanos de la Comunidad La Victoria⁴ y Tapaste, en la provincia La Habana.

Excavaciones

Los trabajos arqueológicos realizados y el resultado de la cuarta y quinta campañas de excavación, dentro de la dolina central, dio paso al estudio del espacio y las costumbres funerarias para esta comunidad con tradiciones mesolíticas en Cuba.

Para el mejor manejo informativo de los espacios funerarios utilizados dentro del sitio Bacuranao I, denominaremos Cementerio 1 al espacio de mayor número de exhumaciones, hallado en la cuarta campaña. Las excavaciones en el Cementerio 1 fueron realizadas en el área o contexto completo, o sea, se vació el relleno natural y antrópico existente. El espacio sepulcral útil es de 22 m², y por eso fue necesaria la ampliación de la excavación, para así conocer su contorno o límite y poder practicar un registro arqueológico adecuado.

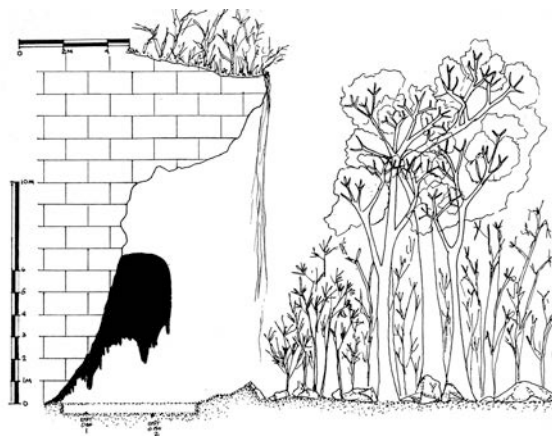


Fig. 1. Planimetría y altimetría del área sepulcral 1.

² Esta datación se efectuó en los laboratorios de la Academia de Wissenschaften, Heidelberger, Alemania, gracias al patrocinio del señor Günter Delrieux de Erzhausen.

³ Según Gutiérrez Domech y Rivero Glean, en *Regiones naturales de la Isla de Cuba*. Editorial Científico-Técnica, 1999. La región corresponde al distrito La Habana-Matanzas y subdistrito Alturas del norte de La Habana-Matanzas.

⁴ El asentamiento urbano de la Comunidad La Victoria, se conoce popularmente como la Comunidad de Pedro Pí, ubicado al pie de las elevaciones de San Francisco Javier.

En el área de habitación y el Cementerio 2, fue necesario intervenir un área de 340 m², por medio de trincheras de 0,30 x 1,00 m y cuadrículas alternas de 1x1 m mediante estratos naturales, ampliándose las trincheras a cuadrículas de 1x1 m en función de la importancia de la evidencia encontrada. Esta estrategia de trabajo nos permitió "radiografiar" el estrato arqueológico y priorizar las zonas que se deben excavar en áreas o contextos completos, removiendo un total de 40,2 m² a una profundidad pro-

medio de 0,35 m de profundidad, para 14,07 m³, dedicando solo 4 m² como cementerio, ubicado en extremos opuestos en el anterior dentro de la dolina central.

Organización espacial de las áreas fúnebres dentro de la espelunca

La cueva del Infierno es una cueva relativamente grande –5 065 metros cuadrados de superficie total– teniendo en cuenta la media de las espeluncas localizadas en la provincia La Habana. Se compone de cuatro espacios fundamentales:⁵ la dolina de entrada actual, el gran salón techado, donde existen dos pequeñas claraboyas –una de ellas puede servir de acceso o salida al exterior–, la gran dolina central, que posee un estrechamiento en forma de pedúnculo, dando paso al cuarto espacio, muy semejante al anterior.

En la dolina central se focalizó principalmente esta investigación. De los 1044,00 m² techados que posee esta dolina, sólo fueron utilizados como cementerios un total de 27,00 m², lo que demuestra la selección, valoración y privilegios del espacio fúnebre.

Selección del espacio fúnebre

En muchas ocasiones buscamos respuestas complejas sobre actividades funerarias dentro de un sitio dedicado a esta función. Soluciones simples y deducciones o razonamientos lógicos dentro de un registro arqueológico es la respuesta, olvidando señalar que a este le

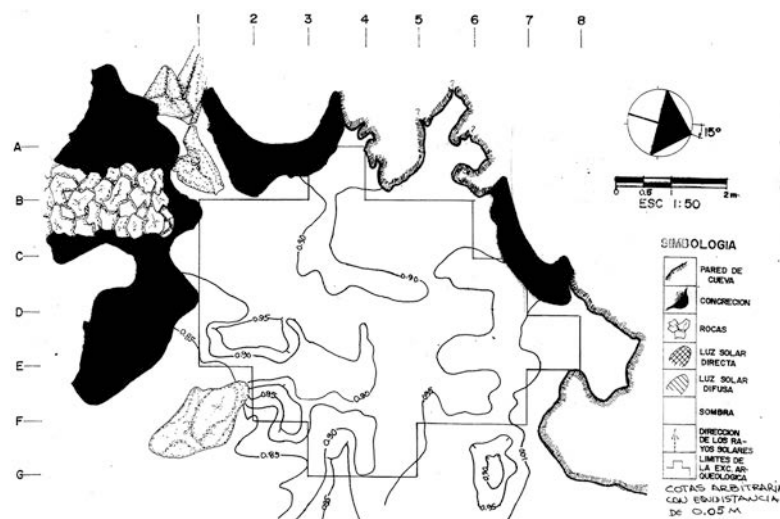


Fig. 2. Perfil del área sepulcral 1.



Fig. 3. Ubicación de los entierros en área no. 1

⁵ Esta división se tiene en cuenta por la existencia de elementos o accidentes naturales de la propia cueva, pero fue realizada por el autor para facilitar su estudio.

ARQUEOLOGÍA

correspondía una gran carga simbólica de índole religiosa, como se ha comprobado hasta el momento.

La selectividad del espacio fúnebre sigue siendo aún uno de los aspectos más discutidos en el ámbito arqueológico actual, conociendo de antemano que esta no fue fortuita y que responde ante todo a un acto simbólico de "construcción de un punto fijo", "sagrado", "fuerte", "significativo" y "atrayente", de gran valor para el hombre, por lo que nada puede comenzar a hacerse sin una orientación previa; toda orientación implica la adquisición de un "punto fijo" (Eliade, 2003: 56-57). Los posibles fundamentos o parámetros que guiaron esta elección y que demuestran la connotación "simbólica del espacio" y la hegemonía que ejerció sobre esa cultura, cuyos vestigios aún no dominamos, es la tarea del autor de este trabajo.

Relación espacio fúnebre-topografía del cementerio

La solapa dentro de la dolina central seleccionada como espacio funerario tiene un perfil general, cóncavo irregular, o sea, que va desde el borde del techo hasta el fondo de la solapa, de mayor altura a menor, acompañado de concreciones y espeleothemas que dibujan su contorno. El área del sitio de 22,00 m² que ocupó el Cementerio 1 tenía como demarcación las paredes del fondo y el lateral derecho. Por el izquierdo, limitaba con una concreción pavimental y en el extremo frontal con un gran amontonamiento soterrado de clastos y rellenos terrígenos –provenientes del alero del techo– y el propio borde de la cubierta con la zona de goteo, e, inmediatamente, la vegetación. El suelo es suelto y su contenido de materia orgánica puede considerarse de mediano a alto. Los carbonatos del suelo presentan valores muy bajos, lo que es un indicio de acidez original. El pH es ligeramente alcalino, llegando a ser alcalino en los extremos. Las variaciones en el pH se hallan en correspondencia con la disponibilidad de carbonatos u otra sustancia en el medio que lo basifiquen, como podrían ser la presencia de cenizas. Todo parece indicar que estas son las acciones de mayor incidencia en la ruptura de la integridad de los huesos. El color del suelo muestra muy poca variabilidad, oscilando entre el pardo (10YR4/3) y

el gris parduzco claro (10YR6/2) –según la escala de colores Munsell– condicionado por los desechos en el sitio y que conforman un suelo de "factura humana" (Rodríguez y Travieso, 1999).⁶

La selectividad del espacio está en correspondencia con límites físicos, en primer lugar, el fondo, los extremos laterales –limitado en muchas ocasiones por la propia pared del recinto o rocas sueltas– y el límite del techo o zona de goteo; en segundo lugar, con la altura más adecuada para la conducción del individuo acompañante del fardo y la propia manipulación de este –limitación física de las espeleothemas–, por lo que la dirección de entrada y la protección de la pared –como área de mayor contención de relleno terrígeno– serán la forma y dirección más adecuada para la selección del espacio preferencial de entierros, periódicamente.

Relación espacio fúnebre-luz solar

Para el estudio de esta categoría fue necesaria la observación diurna, en cuatro momentos –hitos– del año, en ambos cementerios y comprobar posible relación entre la presencia de la luz solar y la selección del espacio fúnebre. Lo primero fue estudiar la eclíptica del sol para esta región durante el año, teniendo en cuenta los solsticios como puntos de mayor elevación de la eclíptica sobre el ecuador celeste que se produce dos veces al año: el 21 de junio (de verano) y el 21 de diciembre (de invierno), coincidiendo con el día más largo y la noche más corta y viceversa. Estos presupuestos propiciaron la metodología y forma de recogida e interpretación de la información de campo, organizada y recopilada gráficamente, en intervalos de lectura de treinta minutos, entre una y otra, desde la llegada del primer rayo solar al espacio interior de la cueva hasta el ocaso del sol. Este procedimiento se repitió en las cuatro estaciones del año, o sea, en los dos solsticios y los dos equinoccios, arrojando una información pormenorizada del recorrido de la luz solar por el sitio, quedando mapificado para todos los casos.

Los principales resultados de las observaciones de campo señalan que durante su trayectoria la luz solar cubrió en las horas matutinas el espacio de todas las sepulturas, principalmente por las cuadrículas de

⁶ Estos resultados son seleccionados de "Tafonomía del cementerio aborigen de Cueva del Infierno, San José de las Lajas, Provincia La Habana, Cuba" del Museo Antropológico Montané. Facultad de Biología. Universidad de La Habana, por los autores R. Rodríguez Suárez y R. Travieso Ruiz.

mayor concentración de entierros. En estas lecturas se tuvo en cuenta las de luz filtrada, producida por la existencia de una vegetación actual que impide su incidencia directa sobre el lugar.

En el Cementerio 1, durante el solsticio de invierno (21 de diciembre), se comprobó la ausencia total de incidencia de luz solar sobre el área fúnebre.

En horas de la tarde, durante el solsticio de verano y los equinoccios de primavera y otoño, se observó la presencia de la luz solar directa y filtrada durante un recorrido por el área de habitación, incidiendo sobre el Cementerio 2. La luz solar en el sitio habitacional, durante el equinoccio de invierno, no incide en el espacio funerario.

La ausencia del sol, en ambos Cementerios, durante el solsticio de invierno, conduce a considerar varias cuestiones que apuntan a que la ocupación del sitio se circunscribía a los meses de primavera, verano y otoño, y la presencia de luz sobre los cementerios en estas épocas pudiera ser indicador de la selección del espacio fúnebre cuando la comunidad se encontraba ocupando el sitio durante esos meses del año, esto apunta a corregir viejos criterios sobre el sistema cíclico migratorio estacional que desarrolló esta comunidad con tradiciones mesolíticas en Cuba, teoría que se contrapone a las observaciones de carácter histórico, o sea, es muy probable que el aborigen no enterrara en el sitio en invierno, ni utilizara el espacio en esta época, elemento que se debe continuar estudiando en investigaciones futuras.

Relación espacio fúnebre-plenilunio

Durante la larga estancia de los científicos en la cueva, en la cuarta campaña de excavación del Cementerio 1, se pudo realizar la observación fortuita de la presencia de la luz del plenilunio sobre todos los entierros, pasada la medianoche, y conociendo de antemano la significación que tuvo para muchas culturas universales la presencia de la Luna y su asociación con la muerte, esta referencia obligó a retomar el tema y a asociarlo a un posible elemento de selectividad del espacio fúnebre, tomado en cuenta por las comunidades no ceramistas de la isla.

Puesto que la referencia sobre este tipo de estudio es nula en el país, se mantuvieron al hacer las observa-

ciones y el registro de la Luna los mismos parámetros metodológicos aplicados al sol. Los resultados se mapearon teniendo en cuenta la presencia de la proyección de luz, directa y filtrada, sobre el sitio y su recorrido sobre este, a intervalos de treinta minutos. Los resultados sobre el tema señalan que la luz reflejada de la Luna en plenilunio, cae gran parte del año⁷ sobre los Cementerios 1 y 2, con la incidencia de la luz reflejada directamente y filtrada a través de la vegetación actual, cuyo recorrido pasa por las cuadrículas de mayor concentración de entierros en gran parte de la noche.

Reutilización del espacio fúnebre

La presencia repetida de entierros en determinadas áreas de un espacio seleccionado como funerario, ha creado polémicas entre los científicos que han trabajado la temática. Esta sistematicidad en el uso y reutilización del espacio ha sido registrada en la mayoría de los cementerios estudiados en Cuba hasta el presente. Por lo que la ruptura de tumbas para realizar una nueva inhumación de cadáveres –existiendo capacidad en muchas otras áreas del lugar– es prueba de la importancia del espacio funerario seleccionado. El registro arqueológico acumulado hasta hoy en los diversos sitios estudiados ha propiciado múltiples conjeturas sobre la temática.

Durante el proceso de exhumación pudo comprobarse que muchas de las sepulturas primarias habían alterado otras tumbas existentes, las que en ocasiones mantenían parte de la estructura anatómica articulada y en otros casos aparecían los restos totalmente desarticulados o muy perturbados, y en ocasiones formaban parte del relleno o envoltura del entierro primario.

Para validar esta categoría sobre el cementerio se realizaron algunos esquemas con el fin de registrar la población sepultada y la relación espacial que admitiría el espacio como preferencial por esta comunidad, para realizar inhumaciones.

El reporte de entierros primarios del cementerio se basó inicialmente en 54 restos, los que estaban representados por 53 subadultos y 1 adulto. En esta ocasión se recogió conjuntamente con estos entierros, y se contabilizaron los múltiples restos óseos, acompañantes y

⁷ El plano de la trayectoria descrita por la Luna alrededor de la Tierra está inclinada aproximadamente 5°08' respecto al plano de la órbita terrestre alrededor del Sol (ecliptica). Por este motivo desde la Tierra se ve que el recorrido de la Luna por la bóveda celeste es similar al que efectúa el Sol.

ARQUEOLOGÍA

piezas dentarias; reportándose un total de 66 individuos, de ellos 57 subadultos y 9 adultos, cuya ubicación espacial determina una alta concentración de individuos en las cuadrículas centrales del cementerio, o sea, B-3, C-3, D-3, C-4, D-4, B-5 y C-5.

Muchos de los huesos exhumados dentro de estos paquetes están pintados con colorante rojo, que se diferencia de los entierros primarios, que no lo poseen.

Otra evidencia que se tiene en cuenta para demostrar la preferencia del área central para realizar sucesivas inhumaciones son los restos dentales. Estas piezas son un órgano duro, con diferentes grados de mineralización y, por lo tanto, son tejidos sólidos y difíciles de desaparecer dentro de estos contextos.

Los resultados señalan la preferencia por estas cuadrículas centrales, constatada por las evidencias, agregando a esto que este estudio propició la información de un grupo de piezas permanentes (mayores de 6 años), que facilita el conteo mínimo de individuos enterrados en ese espacio, independiente de los entierros primarios ya reportados por los antropólogos físicos, número que, incrementaría en 103 individuos más, por el momento, si tenemos en cuenta las piezas temporales todavía pendientes de ser clasificadas.

Las restantes piezas dentales, que suman 586, no fueron clasificadas por corresponder a los temporales y en estos momentos son imposibles de clasificar.

La categoría reutilización del espacio fúnebre queda demostrada al comprobar con los elementos planteados la preferencia por un área específica y de reiterativo uso, durante diferentes generaciones y de manera consecutiva de un espacio pequeño; también demuestra un alto grado de intencionalidad por parte de la comunidad y que coincidan con el espacio de mayor altura dentro de la solapa, alejándose del alero y zona de goteo y buscando refugio cercano a la pared que funciona como resguardo o protección.

Relación espacio-entierro

Durante el desarrollo de la categoría reutilización del espacio fúnebre, se pudo observar en los Cementerios 1 y 2, a través de la correlación de evidencias de manera cuantitativa y espacial, la preferencia por el área central del espacio, alejado de elementos topográficos que pudieran perturbar la acción de inhumación (conducción y manejo del fardo funerario), sin olvidarnos que la presencia del hombre en el sitio debe corres-

ponder con los meses de lluvia (desde marzo a septiembre), o un poco más de tiempo; se infiere que su llegada y partida se correspondían exactamente con los días de comienzo y final de los equinoccios de primavera o de otoño.

Al revisar el registro arqueológico se comprueba la reiteración de entierros primarios, en los cuales se puede constatar su orientación, la cual concuerda con la posición de la cabeza protegida por los muros y se relaciona además con la dirección frontal adoptada por el individuo que conduce el fardo y lo deposita, tal como haría cualquier persona actualmente si cargara un niño en su regazo y lo deposita, por ejemplo, en una cuna.

Si además, de manera abstracta, se cargara a un individuo adulto de 80-150 libras entre dos personas, por lo general el que lleva las extremidades superiores va delante, para agarrar mejor, y el que conduce las extremidades inferiores va detrás. De esta manera es posible penetrar en el espacio y depositarlo en el suelo de la oquedad al acercarse al fondo o pared sin hacerse daño, ejemplo de ello fue relatado por Morales Patiño cuando aseguró que en el Purial "*no hubo enterramiento de tipo especial con los cráneos, sino simplemente se enterraron los restos con la cabeza colocada hacia la parte más profunda y las extremidades hacia fuera*" (Morales Patiño, 1950: 32; La Rosa, 2003: 148). Este presupuesto es válido igualmente para la categoría de "*orientación de los entierros*".

Orientación de los entierros

Al comprobarse la invalidez de los preceptos de orientación históricos hacia el este y probar la irregularidad en el comportamiento de esta categoría, así como la necesidad de búsqueda de un pensamiento lógico que explicara esta irregularidad, algunos especialistas comenzaron a crear nuevos métodos de trabajo para poder hacer lecturas mucho más lógicas sobre la actividad fúnebre de nuestros aborígenes, unas más reflexivas y otras irracionales. Pero los nuevos hallazgos y trabajos de campo en nuevos sitios sistematizaron la información que servía de base para enfrentar el problema de manera razonada y mucho más sensata.

Durante las campañas de excavación en la actividad de campo se comprobó que la orientación estaba estrechamente relacionada con el fondo y las paredes del espacio funerario. Los resultados de las orientaciones de los entierros en el Cementerio 1, si tenemos en

cuenta la relación cráneo-tronco, oscilan entre los 180° y los 345°, mientras los bordes extremos de las paredes están entre los 212° y los 345°, debido a esto los cráneos y cuerpos están orientados hacia el fondo de la pared del espacio funerario (La Rosa, 2003: 150).

En el Cementerio 2 la orientación de los entierros está entre los 140° y los 220° y las paredes oscilan entre los 140° y los 260°; las cabezas hacia el fondo y los cuerpos al frente, por lo que se comportan como en el Cementerio 1.

La muerte. La muerte natural

En el sitio Bacuranao I, con sus dos áreas funerarias, la mortalidad infantil era muy elevada por las propias condiciones de vida, por la fuerte dependencia de la alimentación y los limitados conocimientos para enfrentar las enfermedades.

Las condiciones de vida y la urgencia alimentaria obligaron a esta comunidad a trasladarse desde zonas costeras a la cueva, condicionada por las estaciones climáticas y las fluctuaciones de biomasa, o sea, de un ecosistema simple –costas y llanuras– a uno más complejo –áreas montañosas–, que le proporcionaba mayor protección en los meses de primavera y verano,⁸ lo que les permitió la explotación de una amplia variedad de recursos naturales propios de los bosques (Jiménez Vázquez, 2002: 16).

La revisión de los materiales óseos en los laboratorios y por varios científicos cubanos y extranjeros, proporcionan una idea de las posibles causas de las muertes de estos individuos. Las patologías encontradas no son muy abundantes.

Tratamiento del cadáver

Desde los primeros trabajos de campo sobre el área funeraria, se percibe la existencia de una estructura espacial relacionada con la colocación de los cadáveres,

formas y tipos de entierros, selectividad y preferencia dentro del espacio funerario y, sobre todo, de la relación entre ellos.

Si se realiza un análisis al reporte sobre el número de entierros primarios destapados en los trabajos de campo del sitio en 1995, correspondería a 54 entierros, de ellos 1 adulto y 53 subadultos.⁹ Ahora, si se toman en cuenta los resultados de los estudios antropológicos físicos, el número de entierros propuestos se elevaría a 66 individuos –de ellos 9 adultos y 57 subadultos–;¹⁰ si lo mismo se aplica al conteo de evidencias aisladas, como la dentición humana,¹¹ entonces el número tentativo hasta el momento¹² alcanzará la cifra aproximada de 169 individuos.

Se asume entonces la base de los datos proporcionados por los estudios de los antropológicos físicos, que permite un mejor acercamiento a la información general.

Entierros primarios

Durante el proceso de excavación del Cementerio 1, se pudo constatar un sistema de entierros donde su eje, "el centro" del espacio, era el preferencial, alrededor de esta área funcionó el cementerio.

Los entierros primarios aparecen por lo general muy relacionados uno con el otro dentro del espacio funerario. Salvo excepciones, corresponden a inhumaciones recientes y que por el especial interés en la zona central, ocuparon otras sepulturas ya presentes en este lugar.

Entierros secundarios

Dentro de nuestra propuesta de orden teórico sobre un nuevo cuerpo de presupuestos para la recogida y análisis de la información del registro arqueológico, el uso tradicional e histórico que se ha dado a la categoría entierro secundario no queda invalidado, mientras las nuevas miradas del registro no comprueben fehacientemente –con los próximos hallazgos y de manera

⁸ En el estudio taxonómico de los subproductos de dieta en el sitio Bacuranao I, propició la información sobre la abundancia de restos de invertebrados, en específico los crustáceos decápodos (cangrejos terrestres y marinos), en el sitio con una representación de 3 696 invertebrados de cuatro especies, lo que indica la posibilidad de que fuera ocupado en los meses de primavera y verano, época en que se reproducen y aumentan su actividad biológica y es posible recolectarlos en grandes cantidades.

⁹ Se refiere a la cifra dada al concluir la Cuarta Campaña de Excavación del sitio, dada por la dirección de la excavación.

¹⁰ Se refiere a la cifra total dada por García Beatón en 1997 y más tarde publicada por Travieso, García y Rivero de la Calle en 1999.

¹¹ El estudio general de las piezas permanentes, o sea, de individuos que sobrepasan los 6 años, fue realizada por el doctor Gallego Rodríguez en 2006.

¹² Aún queda pendiente el estudio de las piezas dentarias temporales, que pudiera elevar el número final total de individuos que en uno u otro momento fueron enterrados en ese mismo sitio.

ARQUEOLOGÍA

sistemática—, que se trate del hecho de reutilización de un espacio "fijo" como cementerio y lo nombrado hasta hoy como tal no es otra cosa que los vestigios de esta práctica, pudiendo los hechos ser mucho más sencillos, y lógicos.

Se propone entonces mantener el término para nombrar los eventos residuales óseos dentro de un cementerio. La propuesta actual asume los postulados sugeridos por Alonso en 1995, ampliando el concepto.

En la evaluación del contexto se constatará que sólo se detectó dentro de la categoría de entierro secundario el de entierro alterado, con una muestra de 20 reportes, correspondiendo a restos asociados, de muy poca representatividad en cuanto a conjunto, y que se presentan como huesos removidos, sin orden anatómico alguno y formando parte del relleno terrígeno; estos vestigios están mayoritariamente representados por material óseo coloreado de rojo, incluyendo una cantidad alta de piezas dentarias, y otros elementos óseos como huesos de las manos y los pies —huesos cortos—, que escapan de cualquier intervención en el suelo sin sufrir daños considerables en su integridad ósea.

Es sugerente, sobre la vieja presunción de entierros secundarios, el basamento sobre la teoría de extracción de cráneos y huesos largos representativos para realizar esta exhumación secundaria; ahora bien, si se revisa el registro del sitio se comprueba la referencia sobre la presencia de miles de piezas dentarias, que no corresponde a cráneo alguno dentro del espacio y, sobre todo, su centralidad espacial, se presume entonces que nunca se han movido del espacio ni los cráneos ni los restantes huesos. Lo que ha ocurrido es que fueron rotas, trastocadas, revueltas, etcétera, una y otra vez las antiguas sepulturas y reutilizado el espacio por razones topográficas del área, o por sentido de pertenencia de índole de selectividad y religiosidad que transfiere el área funeraria.

Posición de los entierros

La intervención arqueológica del sitio Bacuranao I permitió contar con un material osteológico abundante y a su vez no bien conservado. Origen de tal deterioro puede ser el tiempo transcurrido desde las inhumaciones, así como la reutilización del espacio como cementerio por el propio aborigen y la exposición del material en la superficie del terreno.

Si se examinan las posiciones de los entierros, se comprobará que el comportamiento de estas, dentro de los espacios fúnebres relacionados con esta comunidad de tradiciones mesolíticas, es muy diverso tanto en tipos como en combinaciones, tal como se repite en los cementerios de estos grupos en el occidente del país, reportados hasta el presente por varios autores.

Asociación entre cadáveres

En las más recientes investigaciones sobre cementerios de grupos preagroalfareros en Cuba se ha comenzado a proporcionar la connotación necesaria al fenómeno de asociación entre cadáveres, principalmente entre niño y adulto, cuya categoría ha servido de fuente inspiradora a otros autores para sostener la propuesta de posibles prácticas de infanticidio dentro de esta comunidad.

Lo cierto es que en el marco de un espacio funerario, la simultaneidad de sepultura es una realidad de carácter lógico: lo reducido del espacio fúnebre; la tradición, connotación y perpetuidad del uso del área sacra de generación en generación que provoca la reutilización del sitio como cementerio —tal como se manifiesta en los camposantos contemporáneos—; la mortalidad infantil y adulta inducida por los escasos conocimientos para enfrentar las enfermedades, y las propias condiciones de vida y salubridad hacen que la muerte conviva entre ellos. Por eso no deben asombrar la muerte y

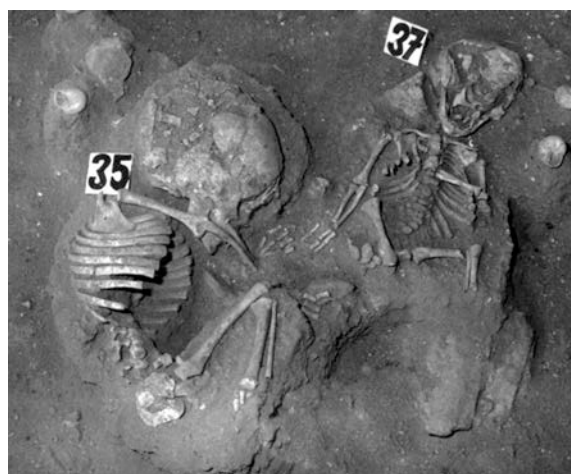


Fig. 4. Entierros primarios 35 y 37.

sepultura simultánea de más de un individuo en un lapso corto y, mucho menos, compartir el mismo sepulcro. El sitio Bacuranao I es ejemplo del uso frecuente de entierros simultáneos dentro del espacio fúnebre, comprobado a través del registro arqueológico.

Relación niño-niño en las sepulturas

En el espacio funerario prevalece el predominio de los entierros de infantes de muy corta edad, por lo que la relación mayoritaria se dará entre estas edades.

En el conjunto de niños, asociado a los entierros Nos. 35 y 37, fue constatado un estrecho y directo vínculo entre ellos, correspondencia dada principalmente por el contacto de las manos a un mismo nivel y espacio. Un proceso diferenciado de inhumación y tumba realizada en diferentes momentos, entre ambos entierros, favorecería la pérdida y disloque de los pequeños elementos óseos de las manos, pero la acción simultánea de ambos hechos impidió la ruptura de estas partes.

Por ejemplo, la relación entre los entierros nos. 10, 9 y 17 por una parte, y el 17-49 por la otra, convierte el conjunto en significativo dentro del cementerio. El infante no. 17 de 0-0.5 de edad, en posición de cúbito supino, cuyas extremidades inferiores se hallan flexionadas, reposaba directamente sobre el cráneo del entierro no. 10, de igual edad y postura. Sobre ambos entierros se localizó un paquete de osamentas dispersas de 38 huesos correspondientes a restos de un adulto y de un adolescente, cuyas fracciones, en gran número, se hallaban pintadas de rojo.



Fig. 5. Entierros simultáneos 17 y 49.

Perpendicularmente a la línea que hace la continuidad de los entierros nos. 17 y 10, esta vez en contacto con el cráneo del entierro no. 10, se desarrollan los restos del infante no. 9, de 0-0.5 de edad y en posición de cúbito supino. Entre ambos cráneos no existe separación alguna y se encuentran en el mismo nivel estratigráfico.

Lo más sugerente de esta relación se ubica entre los entierros nos. 17 y el 49. El entierro no. 49 corresponde a un niño de 0.5-1.5 años, colocado de cúbito supino, pero sus extremidades inferiores se ubican muy flexionadas. Cuando se destapó el entierro 17, entre su antebrazo derecho sobresalía el cráneo del 49, y este a su vez descansa directamente sobre el entierro 49. Este último entierro ocupa el mismo espacio funerario, exactamente el 17, y parece que compartían el mismo fardo funerario, resultando igualmente su coxal y extremidades inferiores muy flexionadas debajo del espacio que cubre el entierro no. 10. La estrecha relación entre este grupo de entierros propone una asiduidad que quizás responda a una fosa común realizada para hacer estas cuatro inhumaciones, donde ordenaron ejecutar primero los entierros del no. 49, por su tamaño y peso, y después colocaron el no. 17 sobre este, o venían empaquetados en el mismo fardo y fueron inhumados simultáneamente. Continúa después el no. 10, sobre las piernas del no. 17 y por último el no. 9, pegados los cráneos pero ya fuera de la línea de fondo. Esta fosa se halla fuera del espacio "central", aunque en la misma dirección y más cercana el fondo y paralela a este, donde el techo no sobrepasa el metro de altura.

Los miembros de la comunidad que inhuman a sus muertos, dentro de los recintos funerarios, dejan consigo huellas de índole afectiva y preferencial que se relacionan, en parte, con las evidencias materiales y, en otro grado, con el orden, cuidado y respeto con que manipularon sus difuntos, las que pudieran tener un trasfondo ancestral relacionado con sus creencias y costumbres.

Relación niño-adulto en las sepulturas

El tema de la relación niño-adulto que comparten la misma sepultura, sigue siendo controversial en el marco de las investigaciones arqueológicas en el país, principalmente sobre las comunidades con tradiciones mesolíticas de Cuba. El sitio funerario Bacuranao I no posee un registro abundante sobre el tema, al reportar

ARQUEOLOGÍA

la presencia de un solo entierro primario adulto dentro del espacio funerario.

En cambio, el entierro no. 4, correspondiente a un adulto de género femenino y menor de dieciocho años de edad, está acompañado, a su vez, por una representación de 12 entierros primarios de infantes y uno de adulto. La mayor parte de este conjunto se localiza en la cuadrícula C-3, y una sección del C-4 (gráfico 1), coincidiendo con las ubicaciones más reutilizadas por el propio aborígen, al estar relacionadas con el espacio del centro y de mayor altura del cementerio.

Para comprender el fenómeno fue necesario realizar un esquema que ordenara la información sobre la inhumación, y con ello proporcionar una mejor evaluación del contacto directo e indirecto entre las exhumaciones. El amontonamiento de entierros dentro de esta tumba es indiscutible. También es cierto que una gran parte de los entierros son primarios y se exhumaron articulados, por lo que la inhumación de uno no interrumpió el otro, lo que hace deducir la presencia de un entierro simultáneo, en una tumba común. Sólo los entierros superficiales fueron dañados por la reutilización y usos contemporáneos del espacio. De igual manera, se ha preferido abordar el tema desde la óptica lógica del aprovechamiento y agotamiento del área seleccionada, poseedora de connotaciones simbólicas otorgadas por estos grupos.

Parafernalia funeraria. Sepultura con rocas

Las rocas son un amparo común utilizado, con mucha frecuencia, por generaciones de diferentes culturas dentro de un espacio funerario. Como pavimento, acomodo, ritual y protección, como señalización y selle de tumbas, entre otras muchas. El sitio Bacuranao I no es una excepción y son varios los sepulcros que las utilizan.

El uso de rocas para la obtención de posiciones muy flexionadas o forzadas, principalmente de las extremidades inferiores y tórax, fue de gran utilidad para los miembros y familiares de la comunidad que inhumaron en el sitio. Las rocas le brindaron posibilidad de acomodo dentro de la tumba para lograr determinada postura. Dentro de esta práctica se ubican los entierros no. 21 y no. 50 como los más representativos.

El entierro no. 21, un infante de 1.5-2.5 años de edad, fue cubierto por varias rocas de mediano tamaño y una mayor sobre su coxal y miembros inferiores, haciéndole tomar una posición muy flexionada y ca-

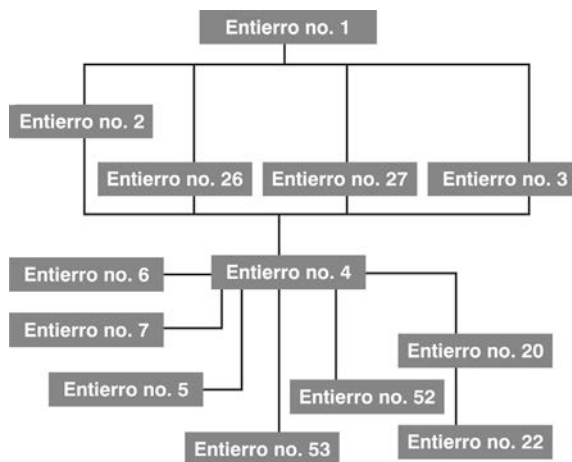


Gráfico 1. Esquema de un sistema de entierros localizado en las cuadrículas C-3 y parte de la C-4.



Fig. 6. Entierro 21. Usos de rocas para obtener posiciones muy flexionadas en las extremidades inferiores

prichosa. El entierro no. 50, correspondiente a un infante de 0.-0.5 años de edad, fue cubierto casi totalmente por una roca, dispuesta directamente sobre el cráneo, que modeló una posición algo singular, como si sus brazos hicieran una cruz con respecto al cuerpo.

Amarrado o en fardos funerarios

Durante la intervención en el sitio funerario, en su cuarta campaña, los científicos se percataron de que además de la colocación de rocas dentro de las sepulturas, principalmente para obtener posiciones de las extremidades inferiores muy flexionadas, era necesario otro elemento acompañante que pudiera arriostrar estas posturas tan increíbles, y se propuso que en relación con algunos casos muy evidentes debía enfocarse la discusión en la utilización de fardos funerarios o amarrados con sus propias hamacas, sin descartar el uso de fibras vegetales del lugar.

En el referido caso de la sepultura común de los entierros nos. 9, 10, 17 y 49 el uso de fardos o jabas, entre el 17 y 49, es evidente. Los dos entierros ocupaban la misma fosa. Coinciden exactamente los bordes de sus extremos inferiores y laterales, en cuanto a área ocupada, y la colocación de la jaba en el suelo hace que el cráneo del no. 49 sobresalga dentro del antebrazo del no. 17. El entierro no. 49 es de mayor edad y tamaño que el no. 17, por lo que sus familiares o miembros, para su inserción y traslado dentro del fardo, amarraron seguramente sus extremidades al vientre para ocupar el espacio requerido o limitado.

Otros entierros, como los no. 6, 7, 32, 36 y 50, posiblemente fueron depositados de manera individual, en fardos funerarios o jabas.

Sobre los restos de los nos. 21 y 39, la propuesta de sujeción o amarre de sus extremidades no es nada descabellado, porque los entierros presentan una fuerte fijación, a manera de un solo elemento, sobre sus extremidades, muy flexionadas.

El uso de fardos o jabas funerarias y de amarres en algunas secciones del entierro, como medio de contención y arriostramiento, para obtener y mantener posiciones forzadas de los restos, con la asistencia del uso de rocas, está sin duda vinculado a prácticas funerarias y concepciones animistas cuya insistencia, al parecer, responde a la necesidad de mantener el carácter forzado del entierro (La Rosa, 1995: 29).

Uso de tinte en huesos

Dentro de las costumbres sepulcrales sobresale el uso reiterativo de la pintura roja en esqueletos dentro de los cementerios, aunque pudimos observar que ninguno de los entierros primarios presentó tal coloración. En el proceso de exhumación se señaló el hallazgo del no. 50, correspondiente a un infante de 0-0.5 años de edad, que se encontraba pintado de rojo, lo que fue desmentido en los estudios antropológicos realizados por la Universidad de La Habana en su facultad de Biología. Al parecer se trataba de una coloración obtenida por el contacto del sedimento terrígeno, después de los 0,30 m, rojo amarillento (5 YR 4/6).

Por otra parte, compartiendo los entierros primarios se extrajeron cientos de fragmentos de huesos, además de piezas dentarias pintados todos de rojo. Lo que hizo suponer la ruptura de tumbas anteriores, vinculadas a este tipo de práctica y que el propio aborigen rompió con el uso reiterado del sitio funerario.

El proceso de clasificación de las muestras dentarias evidencia regularidad en la presencia de especímenes pintados de rojo. Con el auxilio del doctor Carlos Gallego, pudimos constatar que una gran parte de estas piezas no están pintadas completamente y que el tinte llega sólo hasta una porción o límite. Tomamos, por ejemplo, un canino superior donde la pintura llega únicamente hasta la amelo-cemental y se detiene, no sigue hacia la raíz. Esto sólo puede explicarse si en el momento de aplicar el tinte el individuo tenía encía, o sea, que el hueso estaba cubierto, por lo que el tinte no pudo penetrar en los alvéolos y pintar el resto de la pieza (Gallego, 2006: comunicación personal).

Uso de fogones

La primera intervención (1994) en el área funeraria fue en la cuadrícula B-2, debajo de la estalactita. Allí se encontró un fogón bien estructurado, con grandes rocas de guarnición, que comenzaba a los 0,5 m hasta el nivel 0,47 m, fondo estructural de la cueva, que poseía una gran concentración de carbón, cenizas y algunos huesos pintados de rojo –muy fragmentados– y 45 piezas dentarias dispersas dentro de la cuadrícula. Un año más tarde, cuando se empezaron a destapar los entierros, a pocos centímetros de la superficie y hasta el nivel 0,35 m, el relleno terrígeno contenía un

ARQUEOLOGÍA

alto por ciento de ceniza, a tal punto de transformar el color del suelo de un pardo a un gris parduzco claro (10 YR 6/2). Dentro del fogón, o relacionado con él, no apareció ningún entierro; los más cercanos se localizaron a la distancia de 1 m aproximadamente.

Todos los entierros primarios estaban cubiertos por una capa espesa de cenizas y sedimentos, pero el aspecto más interesante radica en que, dentro del área restante, no se encontró otro fogón, y muchos de los cráneos estaban rellenos de estos residuales.

En el único fogón, y con la ceniza dispersa por todas partes del sitio, apareció asociada una gran cantidad de restos de la dieta, los más cercanos a la cuadrícula del fogón se hallaban incinerados a más de 300°C, a la vez que en el resto del área del cementerio se recolectó más de un 43,5% de restos también incinerados (Jiménez, 2002).

En el Cementerio 2, dentro del espacio limitado dedicado a la función funeraria en el otro extremo de la dolina, no se detectaron ni fogones ni ceniza asociada a los entierros. Lo interesante es el reporte de una serie de 7 pequeños fogones, sin dieta asociada y separados entre sí, que rodean el sitio, entre 1 y 1,5 m de distancia del área sepulcral y la pared, posiblemente con algún tipo de relación con el espacio fúnebre, pero concerniente al alumbrado, calentamiento nocturno u otra función aún no definida. Cuando se produjo el hallazgo de este sistema de pequeños fogones, se especuló que se trataba del área de dormitorio por su ubicación protegida y apartada.

La presencia de estos fogones dentro de las áreas sepulcrales pudiera asociarse a la realización de algún tipo de rito mágico-religioso, desconocido hasta el presente, relacionado con el espacio sagrado. La regularidad de los hallazgos de fogones vinculados con espacios funerarios propiciará posibles lecturas de su presencia y uso por estas comunidades arcaicas de Cuba.

Ofrendas

El control estricto y el cuidado en el levantamiento de las evidencias culturales en los estudios de los cementerios del sitio Bacuranao I fue fundamental y nos permitió localizar la reiteración de un elemento distintivo y acompañante, como patrones de ofrendas

relacionadas con restos de alimentos, representados mayoritariamente por moluscos gasterópodos terrestres del género *Zachrysia* y *Liguus*, este último en menor frecuencia.

La presencia de la *Zachrysia auricoma* muy cerca de los cráneos y otras partes del cuerpo, en diferente número de representación, se hizo regular dentro del espacio funerario. Tal vez como tributo alimenticio, o que, por su forma semiesférica, pudieran sustituir a las tan controversiales esferolitias o a otro objeto de esa forma o volumen, tal vez la presencia de la espiral de evidente alto valor para este grupo humano.¹³

Otra evidencia cultural significativa asociada a los entierros son los adornos corporales que fueron ubicados en muchos de los individuos y que pudieron contener un ente protector del difunto, asociada a la idea de prolongación de la vida (Fariñas, 1993 en La Rosa, 1995: 34), que tal vez llevaran consigo antes de morir o fueran colocados postmortem. Sobresalen el entierro no. 6, donde fue localizado en el cuello un pendiente de tiburón con dos perforaciones bicónicas (fig. 7) y también el no. 39, donde apareció en un área cercana al cuello un grupo de microcuentas de conchas marinas, perforadas en su centro. Dentro de las tumbas y el



Fig. 7. Pendiente con dos perforaciones bicónicas, elaborado en un diente de tiburón.

¹³ La espiral tiene un alto significado para todas las comunidades aborígenes del continente americano y muchos le dan un significado relacionado con la vida y la naturaleza (comunicación personal de un chamán colombiano en 2007).

relleno terrígeno se recolectaron 254 piezas correspondientes a cuentas y microcuentas realizadas en gasterópodos (3.6.2 y 3.7), que debían corresponder con el ajuar de los difuntos.

Objetos de uso corporal, pero fuera de su contexto original, fueron localizados dentro del material terrígeno, posiblemente cuando se reutilizó el espacio por el propio aborigen, y que por su extrañeza no deja de tener interés, como: tres colgantes lisos en gasterópodos (3.2.3), de color pardo-crema y pulidos (uno posee forma alargada, estrecha, con una perforación bicónica en su porción superior y ancha y abultada en su región inferior). Un segundo colgante, muy pequeño, posiblemente originado en una concha de la familia *Strombidae*, parecido a un frijol, donde su grosor tiende a lo masivo, con perforación bicónica en la parte superior de su eje axial, tendiendo a engrosar en la parte inferior, que pudiera ser reconocido en las listas tipológicas como una cuenta en gasterópodo (3.6.2). Un tercer pendiente que, por su forma masiva y visibles huellas de una columela, tiene su posible origen en un *Strombus Sp.*, por su forma esférica y pulida, aunque se alarga algo en sus polos y en uno de ellos presenta la perforación bicónica.

En un área del fondo, correspondiente a la cuadrícula A-5, se localizó un guamo o botuto, realizado sobre un *Strombus Sp.*, reconocido instrumento sonoro que acompañaba al aborigen en su cotidianidad. Otras evidencias dentro del espacio y de sugerente presencia son 35 moluscos de género marino, como: *Nerita*, *Nodilittorina*, *Cerithium*, *Tectarius*, *Cerion* y *Puperita*, que no representaban alimento alguno y en sus conchas diminutas, no se observaron huellas de origen antrópico. Su traslado, desde el mar hasta el sitio, pudiera asociarse con algún propósito de índole superestructural, no registrado hasta el presente (Jiménez, 2002).

Aunque tradicionalmente se ha reconocido el carácter de ofrenda funeraria sólo a piezas líticas (bolas líticas o esferolíticas, dagas ceremoniales, etcétera), la comprobada asociación espacial y la reiteración en los entierros de la presencia de la *Zachrysia auricoma*, y en su defecto, el uso del *Liguus Sp.*, como ofrenda relacionada con restos alimenticios de este grupo, constituyen un nuevo argumento para la ruptura del mito referente a la inexistencia de ofrendas funerarias de otros tipos y orígenes, o simplemente derivadas de residuos de cocina o de desechos de su vida cotidiana. Negarla sería oponerse a "reencontrar las dimensiones existenciales del hombre religioso de las sociedades arcaicas" (Eliade, 2003: 59).

A manera de conclusión

El hombre arcaico que realizó inhumaciones en Bacuranao I dominaba de antemano el espacio funerario y le confería una connotación simbólica evidente. La acción de enterrar a sus muertos respondía a un culto organizado, constatado en múltiples entierros humanos, es respuesta a una tradición compleja, mayoritariamente desarrollada en cuevas y solapas.

Se comprobó que el espacio seleccionado tuvo indiscutibles connotaciones para el grupo humano, cuyos fundamentos están asociados a la relación hombre-naturaleza y a su poder de abstracción. El lugar seleccionado, además de la presencia de la luz solar, del plenilunio, y poseedor de atributos espaciales de protección o abrigo, fue reutilizado a través de diversas generaciones de este grupo u otros. En ello se revela en toda su magnitud la presencia de un significado particular en relación con sus formas tempranas de religiosidad.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO, E. M. (1995): *Fundamento para la historia del guanahatabey de Cuba*, Editorial Academia, La Habana.

DACAL MOURE, R. y M. RIVERO DE LA CALLE. (1986): *Arqueología aborigen de Cuba*, Editorial Gente Nueva, Ciudad Habana.

DOMÍNGUEZ, L., F. FEBLES y A. RIVES (1994): "Las comunidades aborígenes de Cuba", en *Historia de Cuba: La Colonia. Evolución socioeconómica y formación nacional de los orígenes hasta 1867*, Editora Política, La Habana.

ECHEZARRETA RUIZ, A. (1950): *Monografía histórico-geográfica de San José de las Lajas*, Club Rotario, San José de las Lajas, La Habana.

ELIADE, M. (1972): *Tratado de historia de las religiones*, Ediciones Era, S. A., México.

_____. (2003): "Lo sagrado y lo profano", en *Sociedad y religión. Selección de lecturas*, tomo I, compilado por Vivian M. Sabater. Editorial Félix Varela, La Habana.

ARQUEOLOGÍA

ESCOBAR GUIO, F. (1993): "Arqueología en el municipio San José, Provincia La Habana", en *Carta Informativa* no. 20, época III, del 7 de enero de 1993. Departamento de Arqueología, Centro de Antropología, ACC., La Habana.

FARIÑAS, D. (1995): *Religión en las Antillas*, Editorial Academia, La Habana.

GALLEGO RODRÍGUEZ, C. R. (2002): "La hipoplasia del esmalte. Un indicador del estado nutricional". Sitio arqueológico Bacuranao, Instituto Superior de Ciencias Médicas de La Habana (inédito).

_____ (2002): "Morfología y odontometría en restos dentales". Sitio Arqueológico Bacuranao, Instituto Superior de Ciencias Médicas de La Habana, Facultad de Estomatología Raúl González Sánchez, La Habana (inédito).

GARCELL DOMÍNGUEZ, J. F. et al (1991): Censo Arqueológico de la Provincia de La Habana, Municipio San José de las Lajas. Grupo Espeleológico Combate de Morality y Departamento de Arqueología. ACC La Habana (inédito).

GARCELL DOMÍNGUEZ, J. F. (1992): "Contribución al estudio de la comunidad gentilicia en San José de las Lajas", Provincia La Habana (inédito).

_____ (1997): "Cueva del Infierno. Reporte de nueva Cueva Funeraria para Cuba", en *Boletín Carta Cuba*, vol. 1, no. 1, ISCAH, La Habana /windows/page3.htm.

_____ (1998): "Informe de las observaciones astronómicas efectuadas en el área sepulcral del sitio Bacuranao, San José de las Lajas, La Habana", Congreso Nacional de Historia (inédito).

_____ (1999): "Nuevo reporte de cueva funeraria. Sitio Bacuranao I. San José de las Lajas. La Habana" (inédito).

_____ (2006): "Sitio Bacuranao I: testimonio arqueológico del culto funerario de grupos preagroalfareros", tesis de Maestría en Arqueología, Instituto Cubano de Antropología.

GARCÍA BEATÓN, L. (1997): "Estudio antropológico de los restos esqueléticos aborígenes procedentes de la Cueva del Infierno. San José de las Lajas. La Habana", trabajo de Diploma, Facultad de Biología, La Habana (inédito).

GUTIÉRREZ DOMECH, M. Y M. RIVERO GLEAN (1999): *Regiones naturales de la isla de Cuba*, Editorial Ciencia y Técnica, Ciudad de La Habana.

JIMÉNEZ VÁSQUEZ, O. (2002): "Estudio tafonómico de los sub-productos de dieta en el sitio arqueológico Bacuranao. Pedro Pí, San José, Provincia La Habana, Cuba", Departamento de colecciones, Instituto de Ecología y Sistemática y grupo espeleológico Pedro Borrás de la SEC (inédito).

LA ROSA, G. Y R. ROBAINA (1995): *Costumbres funerarias de los*

aborígenes de Cuba, Editorial Academia, La Habana.

LA ROSA, G. (1996): "La Arqueología: ¿ciencia o fabulación?", Centro de Antropología, CITMA, La Habana (inédito).

_____ (2001): "La reutilización del espacio fúnebre en comunidades de economía apropiadora", en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, La Habana, año XIX, no 32, enero-julio de 2001.

_____ (2002): "La selección del espacio funerario y el culto al Sol", en *El Caribe Arqueológico*, Casa del Caribe, no. 6/ 2002, Santiago de Cuba.

_____ (2003): "La orientación Este de los entierros aborígenes en cuevas de Cuba: Remate de una fábula", en *Latinamerican Antiquity*, vol. 14, no. 2, Estados Unidos.

MORALES PATIÑO, O. (1950): *Guamuhaya. Estudio arqueológico de esta región indocubana. Revisión del llamado "hombre del Purial"*, La Habana

RIVES PANTOJA, A. (1976): "Espeleología histórica. Acerca de la discutible existencia de sacrificios humanos entre los recolectores indocubanos", en *Boletín de la Sociedad Venezolana de Espeleología*, año 7, no. 13, Venezuela.

_____ (1990): "El censo arqueológico nacional de Cuba", en *Carta Informativa* no. 1, época III, 3 de enero de 1990. Departamento de Arqueología del Centro de Antropología, ACC, La Habana.

RODRÍGUEZ SUÁREZ, R. Y R. TRAVIESO, RUIZ: "Tafonomía del cementerio aborígen de Cueva del Infierno, San José, Provincia Habana, Cuba". Museo Antropológico Montané, Facultad de Biología, Universidad de La Habana (inédito).

ROTHSCHILD, B. M. (2000): "Informe patológico de la colección osteológica del Sitio Bacuranao I. Museo Municipal de San José de las Lajas, Provincia La Habana" (inédito).

SALDIVAR, R. L. (1986): "Elementos de contacto indohispánico en Escaleras de Jaruco", 1ra. Jornada Científica del Instituto de Ciencias Históricas, ACC, 15-16 de mayo de 1986 (inédito).

TRAVIESO RUIZ, R. y L. GARCÍA BEATÓN (1996): "Cueva del Infierno, San José de las Lajas, Registro de notas del estudio antropológico", Universidad de La Habana (inédito).

TRAVIESO RUIZ, R. L. GARCÍA BEATÓN y M. RIVERO DE LA CALLE (1998): "Estudio antropológico de los restos esqueléticos aborígenes procedentes de la Cueva del Infierno, San José de las Lajas. La Habana, Cuba", en *Revista de Biología*, vol. 12.

Sexo y fecundación mágica entre los aborígenes de Jagua

Por: Marcos Evelio Rodríguez Matamoros

RESUMEN

El hallazgo de piezas superestructurales con motivos antropomorfos en el sitio aborígen agroalfarero Cayo Carenas, provincia de Cienfuegos, motiva el presente artículo. El estudio de estas intenta ofrecer una interpretación que les otorga un fin religioso, relacionado con rituales mágicos y propiciatorios practicados por los behiques para influir particularmente en el curso de la fertilidad y procreación humanas, y tal vez hasta en el sexo de las futuras criaturas, en dependencia de las necesidades de la población o comunidad tribal de que se tratara.

ABSTRACT

The find of superstructural pieces with anthropomorphic decoration in the potter-farmer aboriginal site known as Cayo Carenas, province of Cienfuegos motivated this article. Their study endeavors to give them a religious interpretation related to magic and propitiatory rituals practiced by the behiques (medicines men and priests) who would be influential on fertility and human reproduction and possibly on the sex of the newborn, depending on actual needs of the population or human community involved.

Introducción

En la página 228 de la sección "Breves del boletín", correspondiente al número 6, año 6 de 2007 del boletín *Gabinete de Arqueología*,¹ publicamos una información acerca de una interesante pieza lítica con representación antropomorfa procedente del sitio agroalfarero Cayo Carenas, bajo el título "Prácticas mágico religiosas. Sexo y fecundación". El objetivo entonces era dar a conocer a todos los lectores del boletín el hallazgo de esta pieza, proponer una interpretación de la representación iconográfica y la posible función que pudo haber ejercido en el ritual mágico religioso practicado en el seno de la comunidad aborígen que allí existió. Un importante hallazgo realizado con posterioridad, en el propio residuario, nos ha impelido a redactar el presente artículo, con el cual intentamos poner de relieve, ahora con mayor énfasis, el sentido mágico y religioso que estas piezas nos están sugiriendo. Para ello son importantes las informaciones de carácter etnohistórico que nos legaron los primeros historiadores de Cienfuegos, así como el conocimiento de textos de mitos taínos conservados para la posteridad gracias a la diligencia de los frailes Ramón Pané y Bartolomé de las Casas, entre otros cronistas de los primeros tiempos de la conquista y colonización de las Antillas Mayores. El método comparativo es de mucha validez científica en estos casos, sobre todo cuando tratamos de decodificar los mensajes contenidos en las representaciones iconográficas aborígenes. En este aspecto hay que destacar también el trabajo de campo de los etnólogos Jon Landaburu y Roberto Pineda, cuyos resultados vertieron en la obra titulada *Tradiciones de la gente del hacha. Mitología de los indios andoques del Amazonas*, en cuyas páginas localizamos información que nos ha sugerido posibles nexos entre las piezas que aquí se analizan, y una muy antigua tradición amazónica del manguaré.

Sobrevivencia indígena tardía en el territorio de Jagua

Para nuestra fortuna los primeros cronistas de procedencia europea que se asentaron en la región aborígen de Jagua tuvieron a bien tomar

¹ Publicación anual del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

ARQUEOLOGÍA

notas sobre el modo de vida, costumbres, creencias, prácticas socioculturales y religiosas de los aborígenes de esta parte del archipiélago cubano. Diversas circunstancias coincidieron para permitir la sobrevivencia de pobladores indígenas en esta región, tanto desde el punto de vista de sus características naturales, como por eventos históricos determinantes acaecidos en los tempranos tiempos de la conquista y colonización hispana en esta comarca del centro y sur del país. Las referidas anotaciones sirvieron luego a los historiadores cienfuegueros de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, para proporcionar una idea bastante acertada sobre los primitivos pobladores de Jagua. Es por eso que para arqueólogos y etnohistoriadores sean de fundamental importancia estas notas etnográficas, aunque no hayan sido recogidas por especialistas en estas disciplinas porque en el caso de Jagua fueron precisamente aportadas por aborígenes que coexistieron con los colonos desde los tiempos de la colonización en la región durante el primer cuarto del siglo XVI, mientras que sus descendientes, en algunos casos mestizos, pero herederos celosos de las tradiciones ancestrales, se mantuvieron viviendo en pequeñas comunidades hasta los llamados "tiempos históricos".

Según las informaciones que nos llegan a través de los historiadores cienfuegueros Enrique Edo Llops, Pablo L. Rousseau y Pablo Díaz de Villegas, en la comarca de Jagua sobrevivieron no pocos pobladores aborígenes hasta tiempos muy tardíos en términos históricos, tan tardíos como finales del siglo XVIII y principios del XIX. Para fundamentar estas aseveraciones, los referidos historiadores explican que cuando los colonos fundadores de la que sería la colonia Fernandina de Jagua arribaron a este territorio, a principios del mes de abril de 1819, acamparon por varios días en un terreno ubicado a orillas del río Aricoa,² conocido por El sitio de Hurtado, se albergaron en chozas rústicas pertenecientes a una pequeña aldea aborígen de nombre Cuacoí. Al respecto refieren: "...*Todos fueron alojados, unos en tiendas de campaña y otros en chozas o bohíos de indios, que hacía tiempo estaban abandonados...*" Rousseau y Díaz de Villegas (1919: 44). Es de suponer que si las referidas viviendas estaban todavía habitables, entonces sus primitivos pobladores no debieron de haberlas abandonado mucho tiempo antes de la lle-

gada de los colonos. Sabemos que en nuestro clima las construcciones de madera, troncos y bejucos –como los bohíos, caneyes y bajareques– no son duraderas si no se les da mantenimiento frecuente.

Por otra parte, los referidos historiadores nos hacen saber que ya después de fundada en el lugar definitivo, la colonia Fernandina de Jagua, la cual poco tiempo después alcanzó el título de villa y luego el de ciudad, convivieron con los fundadores europeos algunos aborígenes cuyos nombres son recogidos en las crónicas de entonces. Una india, conocida por su nombre y apellido castellanos como Francisca Mendoza, sirvió como doméstica en la casa de la familia Jáuregui, muy antigua en esta comarca y cuyos antecesores se pierden en el pasado colonial de esta región.

Otro caso es el de un viejo indio conocido por Yana, anacoreta que residía en una choza ubicada en un cayo que llevaba su nombre, formado en la desembocadura del río Salado a modo de delta y desaparecido hoy, al fondo de la bahía de Jagua. Este cayo aparece representado en mapas de la bahía que datan del siglo XIX (Rousseau y Díaz de Villegas, ob. cit.).

Según los propios historiadores, de bocas de estos y de otros indios que habitaban en la zona desde antes de la fundación de la colonia, recogieron los antepasados de don Sebastián de Jáuregui una serie de leyendas y descripciones del modo de vida de las comunidades tribales que habitaron en los alrededores de la gran bahía de Jagua, entre otras la famosa leyenda de Guanaroca, aporte de la cosmovisión aborígen local a la cultura popular cienfueguera (Rodríguez Matamoros, 2001). También son pródigos los historiadores cienfuegueros al ofrecernos datos etnográficos de estos pobladores indígenas, a partir de informaciones recogidas de los aborígenes por la vía oral por estas primeras familias de origen europeo asentadas en esta comarca de Jagua.

De acuerdo con los referidos historiadores, una parte de las pocas e incompletas noticias de los primitivos habitantes de Jagua que llegaron hasta ellos se debieron a las anotaciones que previsoriamente habían conservado en sus archivos personales los señores Félix Bouyón, Alejo Helvecio Lanier, Francisco M. Cañals, Enrique Edo y de la señora María Regla González de Hernández, quienes a su vez habían recibido

² Es posible que este río sea el que hoy conocemos como Saladito, a poco menos de un kilómetro del caserío denominado Paraíso (Manacas), en la carretera de Cienfuegos a Rodas.

mucha información de los relatos del hacendado don Juan Prieto, nacido en la región de Santa Clara. Otra buena parte de las informaciones etnográficas las aportaron el referido indio Yana, quien tuvo una vida longeva, ya que falleció a los ochenta y cinco o noventa años; y la india Francisca Mendoza, quien también tuvo una prolongada existencia y que vivió hasta su muerte, acaecida hacia 1830, en la propia casa de don Sebastián de Jáuregui, situada en la calle De Clouet entre las de Argüelles y Santa Clara (Rousseau y Díaz de Villegas, ob. cit.).

Rousseau y Díaz de Villegas, que a menudo toman información de la obra de Enrique Edo, quien les antecedió como historiador de Cienfuegos, relacionan los núcleos de población aborigen que todavía estaban habitados en tiempos previos a la fundación de la colonia Fernandina de Jagua. Refieren que de acuerdo con los apuntes suministrados por Bouyón, Lanier, Cañals y González de Hernández; así como de las narraciones de Yana y Francisca Mendoza: *"...en el siglo XVI el mayor número de los naturales o siboneyes de Jagua abandonaron este lugar y se refugiaron en la Ciénaga de Zapata, formando pequeños poblados, algunos de los cuales existían a principios del siglo XIX, mientras otros aborígenes se cruzaron con los colonizadores o se sometieron a los europeos que llegaron a Jagua."* (Rousseau y Díaz de Villegas, 1919: 35).

También refieren los historiadores locales que:

"Entre los muchos e importantes núcleos de población del cacicato de Jagua estaba el de Caunao, donde residía el cacique y cuyos habitantes no debieron exceder de quinientos. Existieron otros núcleos numerosos en el lugar actualmente conocido por Las Auras. De igual modo estuvieron poblados por aborígenes que se dedicaban a la pesca, las márgenes del arroyo Calabazas, en número de unos doscientos habitantes. En las orillas del arroyo La Palma, que desemboca en la ensenada de las Calabazas y en terrenos que en la época de la colonización fueron de la propiedad de Suret, Planas y Gacel, hubo también una aldea de indios formada por treinta o cuarenta bohíos diseminados en el lugar, cuyos pobladores vivían exclusivamente de la pesca. Había otro núcleo de población, conocido con el nombre de Cuacoí, situado en las orillas del Río Aricoa (Saladito), sitio donde De Clouet trató de fundar la Colonia Fernandina de Jagua. En la margen derecha del Río Sabao (Salado) y situado en los linderos de los ingenios demolidos hoy Carolina y

*Reglita, existió un pequeño poblado, y otro en la confluencia de los ríos Jabacoa y Damuji. De los cayos que existen en nuestra bahía el único que parece haber servido de asiento a algún núcleo pequeño de población es el que conocemos con el nombre de Cayo Campo.*³ Asimismo, en algunos lugares del litoral y cercanos siempre a depósitos de agua o a manantiales había núcleos de cuatro o cinco bohíos con quince o veinte habitantes, que se dedicaban, por lo general, a la pesca o ejercían el oficio de veedores o inspectores encargados de avisar a los otros poblados las épocas en que daba principio el arribo de las aves y de los peces de que hacían un gran consumo los naturales. (Rousseau y Díaz de Villegas, 1919: 35-36).

Debemos decir que la arqueología ha puesto en evidencia la existencia real de antiguos asentamientos indígenas en algunos de los sitios mencionados. Por ejemplo, en las inmediaciones del poblado conocido por Caunao han sido detectados varios residuarios arqueológicos que, aunque alterados por las labores agrícolas, ofrecen un contexto material muy tardío. De estos sitios proceden las primeras herramientas aborígenes elaboradas con fragmentos de botellas de vidrio, cuya fabricación no es anterior al año 1750, encontradas y reportadas por primera vez por el grupo de aficionados a la arqueología Jagua en el año 1986, y clasificadas y descritas por los arqueólogos Jorge Febles y Lourdes Domínguez.

También son coincidentes con las referencias recogidas por los historiadores los residuarios arqueológicos de Punta Ladrillo y Cayo Ocampo, en plena bahía cienfueguera; Santa Marta, entre los ríos Salado y



Fig. 1. Cayo Carenas en la bahía de Jagua, en la provincia de Cienfuegos, y Cuba.

³ Se refiere a Ocampo, uno de los tres cayos mayores que hay en la bahía de Jagua y que lleva como nombre el apellido del navegante gallego Sebastián de Ocampo, quien lo visitó cuando realizó el bojeo a Cuba entre 1508 y 1509.

ARQUEOLOGÍA

Damuji; el conocido hoy por La Carmita, que identificamos con el histórico Cuacoí, donde los colonos fundadores se asentaron a su llegada a Jagua, a orillas del río Saladito (Aricoa) y otros cuyos vestigios aparecen todavía, aunque muy alterados por la acción antrópica, cerca de las costas y de los cursos de ríos y arroyos del territorio.

Resulta de gran interés e importancia la referencia que hemos encontrado en la iglesia parroquial de San Fernando de Camarones en cuanto al entierro del cadáver del pardo esclavo José Joaquín León "...muerto por un indio...", el cual había sido encontrado en un campo perteneciente a la hacienda Ciego Montero, el 29 de mayo de 1800.⁴

Entre las informaciones etnográficas que incluyen Rousseau y Díaz de Villegas en su obra encontramos una que consideramos esencial para comprender el contenido ideológico de las dos piezas que nos proponemos analizar más adelante: *"Las mujeres no llegaban generalmente a una edad avanzada, a causa de los partos repetidos, aunque abundaban las madres que habían dado a luz quince o veinte hijos, viviendo en un estado de relativa pobreza. Era frecuente la esterilidad y, en muchos casos, la infertilidad después del segundo o del tercer parto."* (Rousseau y Díaz de Villegas, 1919: 36. Subrayado del autor.)

Más adelante apuntan que *"conocían una agricultura rudimentaria, que estaba confiada, en su mayor parte, a la mujer, y cultivaban con preferencia la yuca y el maíz, cuyos productos eran fuentes que proveían a su alimentación vegetal."*

En cuanto a las prácticas religiosas nos explican que: *"Rendían culto al Sol y a la Luna, a los que adoraban en la creencia de que eran los creadores del género humano, considerándolos como la fuente del Supremo Bien y este culto lo compartían con el que tributaban al espíritu del mal. Tenían por divinidades a Guanaroca y a Jagua, especialmente a esta última. Además de diosas se las tenía por las progenitoras del ser humano. La primera madre de todos los hombres, y la segunda madre de todas las mujeres, teniendo ambas su origen en la Luna."* (Ibíd.: 35.)

Resulta muy interesante el párrafo que alude a ciertas creencias en las que una especie vegetal ejerce funciones mágicas para contrarrestar los efectos de la deidad que anunciaba la aproximación de las tormentas y los huracanes: *"...como árbol sagrado y amuleto contra la infidelidad conyugal conservaban la majagua, presente hecho por la diosa Jagua a sus creyentes para evitar la maléfica influencia de la*



Fig. 2. Ubicación del sitio arqueológico en Cayo Carenas.

deidad nombrada Aicayía, la que fue condenada, en castigo por sus diabólicas sugerencias, a vagar eternamente en las aguas de la bahía, anunciando a los navegantes, con el tañido de un cobo, las borrascas y las tempestades." (Ibíd.)

Y más adelante refieren que *"... los habitantes de esta región celebraban sus fiestas religiosas en el plenilunio. Parece ser que las principales o más importantes después de los solsticios de primavera y de invierno: las primeras que se celebraban eran dedicadas al Sol y las segundas a la Luna. Tenían también una fiesta suntuosa consagrada a la "Deidad de la Muerte", que se efectuaba en el plenilunio y que coincidía con la abundancia y madurez de los frutos del bagá (Annona glabra), árbol sagrado cuyos frutos suponían era de especial predilección para las almas de los muertos, los cuales exigían de los vivos estas y otras humildes ofrendas"* (ibíd). Acerca de esta última alusión a los frutos maduros del bagá y su consumo por las almas de los muertos, convendría recordar que, según las creencias de los taínos, los murciélagos no eran otra cosa que los espíritus de las personas fallecidas que adquirirían la forma corpórea de estos animales, para salir volando en las horas crepusculares desde el país de los muertos, visitar el mundo de los vivos y disfrutar de los placeres mundanos, entre los que se contaba el ingerir ciertas frutas en plena madurez.

Hasta aquí nuestros comentarios en cuanto a las referencias etnográficas sobre los aborígenes de Jagua que nos hacen llegar los historiadores locales.

⁴ Libro tercero de entierros de negros, folio 197, parroquia de San Fernando de Camarones, 29 de mayo de 1800.



Fig. 3. Punta Arena, lugar en que se localiza el residuario arqueológico.



Fig. 4. Detalle del sitio visto de sur a norte.



Fig. 5. Vista del residuario desde el norte hacia el sur.

Sexo y fecundación en la iconografía de Jagua prehispánica

Los más recientes hallazgos realizados en la superficie del sitio arqueológico localizado en Cayo Carenas, bahía de Jagua, nos brindan información que parece confirmar la importancia que pudieron tener ciertos ritos propiciatorios de la fecundidad y la reproducción humanas entre las comunidades tribales que poblaron esta comarca, como vía mágica para contrarrestar los efectos de la infertilidad entre las mujeres en edad reproductiva. La persistencia del mismo icono en dos piezas diferentes, viene a darle validez a esta hipótesis. Hagamos la descripción y la propuesta de interpretación de ambos especímenes.

Idolillo antropomorfo de piedra

Se trata de un icono representado de manera muy simple en un guijarro de forma elipsoidal. Su color es grisáceo, con una ligera tonalidad verdosa. Sus características antropomorfas están expresadas por medio de surcos relativamente anchos y poco profundos que dejan ver una superficie pulida de color más oscuro, de tonalidad olivácea. Estos surcos representan un rostro de grandes cuencas oculares, a modo de gafas, sobre una boca adornada con surcos cortos verticales atravesados por otro largo horizontal, que nos dan la idea de una dentadura expuesta, como en una amplia sonrisa o mueca. La superficie posterior presenta cinco surcos verticales y paralelos de diferentes longitudes.



Fig. 6. El idolillo antes de ser colectado. Posiblemente sacado a la superficie por un cangrejo. Obsérvese la cueva del crustáceo muy próxima a la pieza.

ARQUEOLOGÍA

Sin embargo, hay dos detalles que constituyen la clave para comprender las funciones que esta pieza pudo haber cumplido en el ritual practicado por el grupo humano que habitó en el lugar. Se trata de un surco que rodea uno de los extremos, en cuyo centro hay otro corto y ancho, que coincide con el plano longitudinal del espécimen. El otro detalle está en el extremo inferior, debajo de la gran boca antes descrita, y es un simple surco corto, ancho y poco profundo, ubicado en el borde delantero.

Si observamos el aspecto del icono por el extremo primeramente descrito, de manera que nuestra vista sea perpendicular al mismo, se pondrá en evidencia el extremo de un glande, como elemento fundamental de implicación sexual masculina. Sin embargo, si prestamos atención ahora al extremo inferior o base, quedará clara su implicación sexual femenina, esta vez con la representación clara de una vulva.

Si volvemos al rostro del personaje, podríamos afirmar que sugiere una cómica mueca. Estos nos da la idea de un personaje con semblante nada temible, más bien bondadoso y optimista, que quizás pudiéramos relacionar con la Luna –Maroya entre los aborígenes de Jagua, deidad que creó al sexo femenino según el mito cosmogónico de Guanaroca, quien fue además la protectora de las mujeres gestantes y del buen parto. Vemos entonces que el órgano sexual femenino quedará en la posición anatómica correspondiente, acentuando el aspecto femenino del icono en tal posición. El glande, en lo más alto de la figura, hace entonces la función de tocado, detalle común en la inmensa mayoría de los ídolos antillanos.

Si damos media vuelta a la pieza manteniendo el rostro hacia adelante, vemos entonces que el órgano sexual masculino ocupa la posición inferior, en correspondencia con el aspecto que entonces adopta el rostro, que ahora es el de un personaje de mirada grave, serio y severo. Lo que antes era la boca con la dentadura, nos sugiere entonces una especie de penacho o adorno, tal vez como signo de poder o jefatura. La vulva, al ocupar ahora el extremo superior del rostro, adopta entonces la función de tocado. En esta posición "masculina" el icono pudiera representar al Sol, el Dios Supremo, Guamá o Huion, como indistintamente se le conocía entre los aborígenes de Jagua, el Señor de la vida, de la luz y el calor; el que hacía nacer las simientes, crecer las plantas y fructificar los conucos, vinculado por asociación mágica con la fertilidad, la potencia generadora y la creación de la vida.

La ausencia de agujeros en esta pieza nos permite descartar que fuera usado por su portador como colgante. En su lugar debió haber sido transportado dentro de una bolsita confeccionada en piel o tal vez elaborada con alguna fibra vegetal convenientemente tejida y preparada para llevarla colgada al cuello con el idolillo en su interior. Esta pieza pudo haber sido usada por los behiques en determinadas ceremonias mágico religiosas destinadas a propiciar la fecundación de las mujeres estériles y quien sabe si también de hombres que sufrieran de impotencia. De ahí su bisexualismo o más bien ambisexualismo.

Esta interpretación pudiera constituir la confirmación arqueológica de la referencia etnohistórica aportada por Rousseau y Díaz de Villegas en cuanto a la infecundidad de algunas mujeres aborígenes de Jagua, en plena edad reproductiva o luego de varios partos consecutivos, así como de la

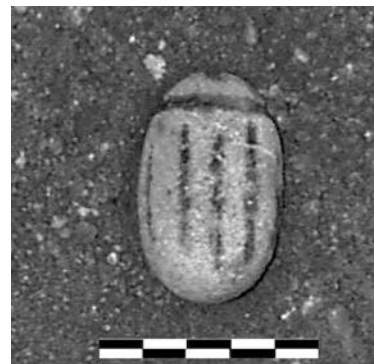


Fig. 7. Detalle del idolillo antes de ser levantado.



Fig. 8. El idolillo y el pendiente antropomorfos vistos de frente. Nótese que presenta los mismos atributos plásticos.



Fig. 9. Idolillo y colgante vistos por sus caras posteriores.

importancia que en sus comunidades tribales tuvo el sexo, en particular el femenino y, por asociación mágica, con la fecundidad de la tierra como objeto de trabajo y medio de producción.

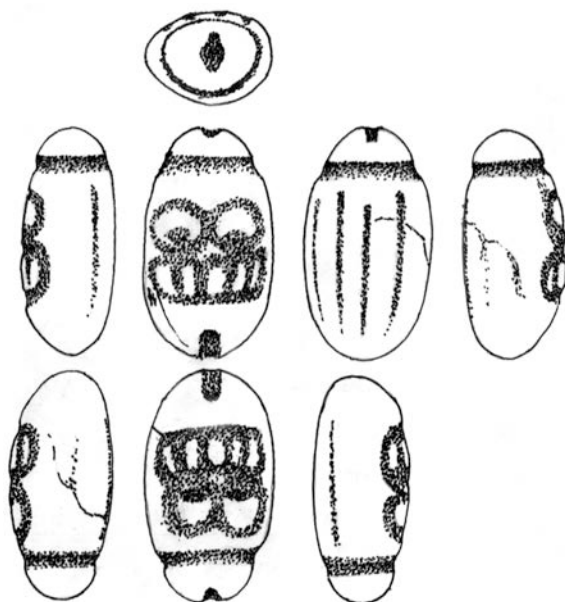


Fig. 10. Dibujo del idolillo visto por todas sus caras. En la fila superior en posición femenina; en la inferior, la posición masculina. Arriba, detalle del extremo en forma de glándula.

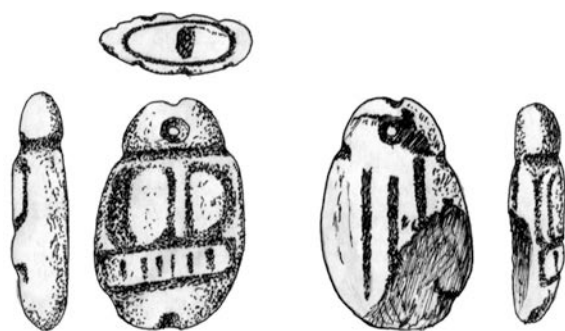


Fig. 11. Dibujo del colgante visto por todas sus caras. Arriba el extremo en forma de glándula.

La referencia que encontramos en la obra de Ramón Pané acerca de los diferentes cemíes que confeccionaban los aborígenes antillanos y su uso por los behiques en las diferentes ceremonias mágico religiosas, nos permite sustentar las apreciaciones en torno a las piezas que son objeto de análisis en este artículo. Dice el fraile en sus notas: "Otros ídolos o imágenes tenían de piedra, las cuales hacían entender al pueblo aquellos sacerdotes y médi-

cos que las sacaban de los cuerpos de los enfermos, y estas piedras eran de tres maneras; la forma de ellas nunca las vi, pero cada una estimaban tener su virtud: la de la una era que favorecía sus sementeras; la de la segunda, para que las mujeres tuvieran buena dicha en parir; la virtud de la tercera, para que tuviesen agua y buenos temporales cuando los había menester..." (Pané, 1990: 118. Subrayado del autor.)

Por otra parte, a Pedro Mártir de Anglería debemos la siguiente referencia acerca de las piedras que empleaba el behique o boítio en sus curaciones y tratamientos a personas aquejadas de alguna dolencia: "Si las mujeres consiguen alguna de las piedrecitas o huesos que se cree llevó en la boca algún boítio, los guardan religiosamente envueltos en pañitos, pues creen que pueden servir de mucho en los partos..." (Arrom, 1990: 106).

Colgante antropomorfo de piedra

Se trata de un guijarro aplanado, de color general pardo con áreas oscuras. Llama la atención en esta pieza la notable similitud en cuanto a la técnica de confección de los rasgos anatómicos del ente representado, el número de trazos y los detalles que representa, lo que pone en evidencia que se trata del mismo personaje que ya describimos en los párrafos anteriores. El elemento que lo define como un colgante es un agujero biconico ubicado en su eje longitudinal, cerca del extremo superior.

Al igual que en la pieza anteriormente analizada, los detalles del rostro están resueltos por medio de incisiones poco profundas que conforman los dos ojos, con dos cuencas limitadas por surcos que tienden a la forma cuadrada más que a la circular, como las encontradas en la pieza anterior. Debajo de estas podemos ver la misma boca que muestra la dentadura, como en una amplia sonrisa o mueca. La superficie posterior o reversa se encuentra algo deteriorada debido a una rotura que eliminó una parte, lo que no permite apreciar la totalidad de los surcos verticales y paralelos que en ella hay, a similitud de las que en número de cinco están grabadas en la parte correspondiente del idolillo anterior.

Algunos elementos en el diseño de este icono ponen de manifiesto los atributos de carácter sexual, en este caso también ambivalentes, al repetirse estos en cuanto a tratamiento y posición, tal y como los vimos en la pieza anterior, pues si lo observamos desde arriba, apreciaremos el mismo "glande" que en su homólogo, pero en este caso más aplanado dada la elipse

ARQUEOLOGÍA

sumamente alargada debido a la delgadez del guijarro seleccionado para confeccionarlo. Este será entonces el extremo masculino. Si lo observamos de frente, pero prestando atención a su extremo inferior bajo la dentadura, apreciamos la "vulva", muy similar a la de la otra pieza. Este extremo se corresponde entonces con el sexo femenino.

Otras expresiones comparables en el arte aborigen de Cuba

Nos ha parecido encontrar similitudes de contenido en otras expresiones artísticas puestas de manifiesto por la arqueología cubana, en las que también vemos alguna relación de carácter mágico religioso como en las dos piezas analizadas. Como fruto de nuestras pesquisas hemos encontrado que, efectivamente, hay representaciones iconográficas en otras regiones de Cuba que parecen contener la misma carga ideológica de carácter sexual y reproductivo que estas dos piezas.

La primera expresión que parece relacionarse más estrechamente es un conjunto pictográfico localizado en el interior de la Cueva de Las Mercedes, perteneciente a la Región Pictográfica Sierra de Cubitas, en la provincia de Camagüey. Aparece reproducido con los números 3 y 4 en la obra *Cuba: dibujos rupestres*, de Núñez Jiménez (1975: 448). La descripción de estos dibujos aparece en la propia obra en los siguientes términos:

"La número 3 es una figura fálica, pintada a tinta plana, de 3 cm de ancho, en rojo, habiéndose obtenido este color de la tierra laterítica, abundante en toda la espelunca. En la base del falo hay un abultamiento casi circular a manera de testículos. A su lado, y casi en su base, separada sólo por 1 cm y medio, se halla un óvalo (¿sexo femenino?), también de color rojo. El dibujo número 4, situado a 2,5 cm de la punta de la pictografía fálica, se ve uno de los más interesantes dibujos de toda la cueva: dos figuras circulares enlazadas por una recta. La de la izquierda parece representar al Sol, simbolizado por un rostro humanizado, formado por un círculo de 20 cm de diámetro sobre cuya frente presenta cuatro rayos o triángulos –diadema. En el extremo derecho de la serie de rayos se distingue un círculo de 5 cm –oreja. En el interior del rostro se ven dos círculos –ojos–, cada uno con una rayita inclinada en su centro, es decir, el típico ojo en grano de café, muy común en la cerámica arauaca, ambos separados por una línea casi vertical –nariz–, mientras que la boca está representada por un arco que, partiendo del ojo izquierdo, casi llega al borde del círculo externo. Ese Sol, como hemos

dicho, está unido por una recta de 20 cm con otra figura circular que parece representar la Luna, de 28 cm de diámetro. Está formada por dos círculos casi tangentes interiormente, y su humanización está muy lograda por representar dos ojos unidos por una recta intermedia, como si fueran espejuelos, debajo de los cuales presenta una boca en la que asoman los dientes, pintados con líneas verticales y paralelas. El simbolismo de las pictografías número 3 y 4 pudiera representar un tema vital: el falo, representación masculina, junto al sexo femenino, el óvalo rojo; el falo recibe el efluvio del Sol, que a su vez aparece al lado de su eterna compañera, la Luna" (Núñez Jiménez, 1975: 172-173).

Como bien apunta Núñez, el contenido sexual y reproductivo de esta composición resulta evidente, ya que en este caso el código de símbolos resulta interpretable según nuestros propios conceptos.

No obstante las ostensibles diferencias en cuanto a forma y soporte de ejecución entre estos dibujos y los grabados en las dos piezas objeto de estudio en este artículo, nos parece ver una clara relación de contenido entre los tres casos. Las diferencias más importantes están dadas por el hecho de que el conjunto pictográfico de la Cueva de Las Mercedes fue ejecutado en una amplia superficie de naturaleza caliza, propio de la formación de la gruta, donde el "artista" aborigen pudo desarrollar toda su creatividad teniendo el espacio bidimensional a su favor, lo que le permitió desarrollar todo el diseño en un solo plano. En nuestras dos piezas, debieron ajustar ambos diseños a pequeños volúmenes cerrados, en piedras de mayor dureza y diferente naturaleza mineralógica, lo que precisó de un alto poder de síntesis y ahorro de elementos compositivos.

Otro aspecto a tener en cuenta es que en el caso de las pictografías se trata de un mural, es decir, una obra no

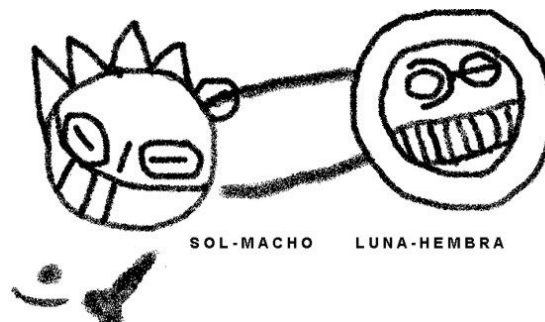


Fig. 12. Pictografía de la Cueva de Las Mercedes, Sierra de Cubitas, Camagüey.

mueble; mientras que nuestras dos piezas pertenecen al arte mobiliario, susceptibles de ser transportadas colgadas al cuello o bien en una bolsita de cuero, de fibras vegetales o de otro material.

Un experimento en el que técnica e imaginación deben ponerse a prueba nos permitiría subrayar la similitud en cuanto al número de elementos que forman la composición pictográfica de Cubitas y el icono de piedra de Cayo Carenas, así como su contenido ideológico. Se trata de aplicar la técnica del dibujo en desarrollo utilizada en la industria de la pailería y otras especialidades en las que se precisa representar un objeto volumétrico en una superficie plana. Al realizar esta operación observamos que el "artista" aborígen adaptó la ejecución de sus obras a las posibilidades que le brindaron las formas y dimensiones de ambos, pero que la idea plasmada pidiera ser la misma. Claro que para lograr la similitud en la disposición de los elementos de nuestros pequeños iconos con los de la pictografía, fue preciso realizar algunas adaptaciones, ya que la superficie curvada y cerrada en el primer caso no permitiría la misma solución gráfica en el segundo caso.

En otras cuevas de Cuba los aborígenes plasmaron pictogramas de similar composición y simbolismo que la que acabamos de describir. Aunque ejecutadas por sus autores con menor cantidad de trazos y por ende de estructura menos compleja, no dejan lugar a dudas de que se trata de la misma idea. Antonio Núñez Jiménez, en su obra *Cuba: dibujos rupestres* (1975), reproduce y describe la que catalogó como pictografía número 41 de la Cueva de Ambrosio, Matanzas, la cual este autor clasificó como "espejueliforme", símbolo, según él, de los "... más constantes en las espeluncas y farallones del Nuevo Mundo" (Núñez Jiménez, 1975: 329).

Otro ejemplar, algo más complejo, es el catalogado por Núñez Jiménez con el número 8 de la Cueva de Ramos, Caguanes, actual provincia de Sancti Spiritus. Está ejecutada en color negro, pero su similitud con el caso anterior es evidente.

Las implicaciones sexuales y reproductoras de estos símbolos son, a nuestro entender, innegables. El sentido astral es también notorio, aspecto destacado por otros importantes estudiosos cubanos del arte rupestre aborígen como Fernández Ortega y González Tendero (2003). No podemos olvidar que los astros más conspicuos en el firmamento, el Sol y la Luna, eran considerados como gestores de los seres humanos y ellos, a su vez, habían sido engendrados y paridos por la Madre Tierra como hermanos gemelos primigenios. Según el mito, ambos astros habían salido de una cueva mítica, útero de la Gran Paridora, la Tierra.

Cuando tratamos de encontrar nexos socioculturales entre los mitos aborígenes antillanos y los vigentes en el seno de comunidades aborígenes amazónicas a través de la etnografía comparada, nos parece encontrar cierta relación entre los dibujos antes descritos y el mito del manguaré, los tambores sagrados entre muchas tribus amazónicas. Por ejemplo, nos llama poderosamente la atención la referencia etnográfica que al respecto nos aportan los etnólogos Jon Landaburu y Roberto Pineda en su estudio sobre los indios andoques del Amazonas colombiano, cuando nos describen la estructura y disposición de los espacios en las malocas o viviendas comunales de estos indios. Escriben estos autores que: "a la derecha de la



Fig. 13. Pictografía en la Cueva de Ramos, Sancti Spiritus.



Fig. 14. Pictografía en la Cueva de Ambrosio, Matanzas.

pequeña entrada se encuentran dos tambores, sostenidos por varias vigas transversales. "Es el manguaré, medio de comunicación y de acompañamiento ritual. Tiene un lenguaje articulado propio: avisa que ha llegado gente, que se está preparando un baile, que se va a tumbar un campo, que se ha cazado una danta, etcétera. "El tambor más grande es macho; el más pequeño, hembra. Antiguamente los tambores iban esculpados con figuras femeninas o masculinas; la pequeña viga inferior que los unía, tenía tallada una vulva de mujer." (Landaburu y Pineda, 1984: 17. Subrayado del autor.)

Tenemos entonces razones para especular acerca de si los tres pictogramas aludidos, independientemente de su contenido astral, pudieran ser una representación esquematizada, en uno de ellos incluso antropomorfizada, de los tambores rituales, en este caso un equivalente antillano del manguaré amazónico. No olvidemos que el archipiélago antillano se pobló, en su mayoría, a partir de aquella región continental, por lo

ARQUEOLOGÍA

que pudiéramos estar en presencia de un proceso de difusión del ritual y su adaptación luego al nuevo marco insular.

Otro aspecto que nos llama poderosamente la atención es que en el caso de las pictografías cubanas "...son las primeras que aparecen en el área anexa a la dolina o, en última instancia, son de las más cercanas a ésta" (Fernández y González, 2003: 83); lo que parece corresponderse con la ubicación del doble tambor sagrado

"...a la derecha de la pequeña entrada..." (Landaburu y Pineda, ob. cit.); en el caso de la maloca, cuyo equivalente en el caso de nuestras espeluncas son las dolinas, aberturas por las que penetran los rayos solares y lunares, los astros sagrados y símbolos de los sexos masculino y femenino respectivamente.

Otro elemento digno de tener en cuenta es la equivalencia Sol –sexo masculino (jerarquizado simbólicamente en los pictogramas)– y Luna –sexo femenino– con el tambor "macho", más grande y de mayor jerarquía, y el tambor "hembra", de menores dimensiones en el caso del manguaré amazónico, con la viga que los une.

El sentido mágico religioso de las dos piezas líticas cienfuegueras pudiera estar también basado en aquel mito ancestral amazónico en el que Sol-Luna-macho-hembra = fecundación mágica, constituyen la médula del culto a la fertilidad.

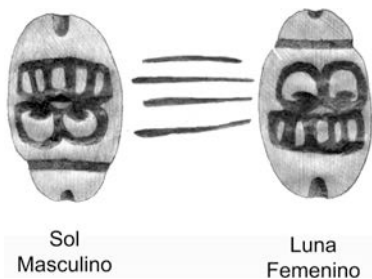


Fig. 15. Interpretación de la funcionalidad bisexual del idolillo de Cayo Carenas.



Fig. 16. Pendiente sonoro de oliva sonora procedente de Jauco, Guantánamo.

Pendiente antropomorfo en concha de *Oliva reticularis*

Otra pieza en la que creemos encontrar representado el mismo personaje que en los especímenes hallados en Cayo Carenas es una oliva sonora con decoración antropomorfa, consistente en un rostro grabado con incisiones sobre la superficie anterior de la concha del molusco marino *Oliva reticularis*. Esta pieza procede de un sitio agroalfarero denominado Jauco, ubicado en el municipio de Baracoa, provincia de Guantánamo.

En este caso, el rostro se encuentra también tratado con gran economía de trazos y se limita a dos ojos, resueltos en grandes cuencas circulares, pero trazados cada uno de manera diferente en cuanto a sus detalles internos. Así vemos que el ojo izquierdo es más simple, limitándose a una incisión recta, corta y horizontal, dándonos la impresión de párpados cerrados. En cambio, el ojo derecho está representado de modo más complejo, con un elemento central que se asemeja a los llamados "grano de café", cuyo trazo central, que indica la abertura entre ambos párpados, es más ancho que su homólogo izquierdo. Este se encuentra flanqueado en su extremo externo por otro elemento en forma de una letra C, con un surco longitudinal que lo divide en dos partes, lo que le otorga a este ojo cierto grado de jerarquización con respecto al izquierdo. Al respecto, llamamos la atención sobre el tratamiento similar que le dieron a ambos ojos en el rostro antropomorfo del extremo izquierdo del conjunto pictográfico de la Cueva de Las Mercedes, por lo que parece tratarse de un arquetipo. También apreciamos una ligera diferencia en el ojo derecho del rostro grabado en el pendiente de Cayo Carenas, aunque en este caso no podemos afirmar que se trate de un efecto intencional.

En el caso del pendiente de oliva, observamos la misma boca que exhibe una dentadura marcada por incisiones verticales cortas, diferenciadas las de ambas encías por medio de otra incisión larga, longitudinal y transversal a las anteriores. El extremo superior del ejemplar está muy bien definido por una incisión transversal al rostro que limita la frente de éste. Encima se encuentra el agujero en forma de ojal, típico de estos pendientes sean sonoros o no sonoros. En el extremo apical se encuentra la bifurcación ondulada propia de la concha de este molusco univalvo marino,

que es el detalle aprovechado por el tallista aborigen para darle la connotación del extremo de un falo. Somos de la opinión de que en este ejemplar está representado el mismo personaje, con los mismos atributos mágicos y religiosos que los que encontramos en el conjunto pictográfico de la Cueva de Las Mercedes, Camagüey, y en las dos piezas procedentes del sitio agroalfarero de Cayo Carenas, Cienfuegos.

Son conocidos otros ejemplares de pendientes y sonajeros en conchas de *Oliva spp.*, con similar diseño antropomorfo, procedentes de diferentes sitios agroalfareros de la región oriental de Cuba.

Conclusiones

Una vez hecho el análisis de todas las informaciones y de los datos históricos, así como las evidencias arqueológicas, estamos en condiciones de emitir algunas conclusiones:

1. En la zona de Jagua, ubicada en el centro sur del territorio cubano, se dieron condiciones objetivas para la sobrevivencia de pequeños grupos de pobladores aborígenes hasta un momento histórico muy tardío, contemporáneo con la fundación de la colonia Fernandina de Jagua en 1819, posteriormente devenida ciudad de Cienfuegos.

2. La influencia de las prédicas humanísticas de Bartolomé de las Casas y Pedro de Rentería, quienes fueron conductores de una importante encomienda de indios en Jagua durante casi dos años, pudieron haber creado las condiciones subjetivas mínimas para la sobrevivencia de estos grupos aborígenes en este territorio, si bien a

manera de pequeñas comunidades marginadas cuya contribución al establecimiento y desarrollo de la vida colonial en la región ha sido ignorada por la historiografía, tal vez como resultado de una estrategia de sobrevivencia desarrollada por las propias comunidades.

3. Tanto el idolillo antropomorfo de piedra como el pendiente de similares características tienen un fuerte contenido bisexual. Ambos especímenes debieron ser empleados por los behiques en rituales mágicos y propiciatorios, particularmente para influir en el curso de la fertilidad y procreación humanas, y tal vez incluso en el sexo de las futuras criaturas, en dependencia de las necesidades de la población o comunidad tribal de que se tratara. Esto estaría en concordancia con la información que sobre este asunto nos ofrecen los historiadores locales.

4. Ambas piezas pudieran tener relación con el Sol y la Luna, del sexo masculino el primero y femenino el segundo, lo cual está claramente expresado de modo general en los mitos cosmogónicos antillanos y particularmente en el texto de la leyenda de Guanaroca. Otras expresiones aborígenes como el conjunto pictográfico número 3 de la Cueva de las Mercedes, en Sierra de Cubitas, Camagüey, así como ciertos pendientes y sonajeros antropomorfos confeccionados en conchas de *Oliva spp.*, parecen representar el mismo asunto mitológico y mágico.

5. No descartamos que en las piezas cubanas analizadas se conserve un arquetipo amazónico relacionado con el culto al manguaré, los tambores sagrados amazónicos.

BIBLIOGRAFÍA

ARROM, JOSÉ JUAN (1990): *Relación acerca de las antigüedades de los indios. Nueva versión con notas, mapas y apéndices*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

FERNÁNDEZ ORTEGA, RACSO y J. B. GONZÁLEZ TENDERO (2003): "El mito del Sol y la Luna en el arte rupestre de Cuba", en *El Caribe Arqueológico*, n. 7: 79-85, Casa del Caribe, Santiago de Cuba.

LANDABURU, JON y ROBERTO PINEDA (1984): *Tradiciones de la gente del hacha. Mitología de los indios andoques del Amazonas*, Instituto Caro y Cuervo/UNESCO, Bogotá.

NÚÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO (1975): *Cuba: dibujos rupestres*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana e Industrialgráfica S. A. Impresores, Lima.

PANÉ, RAMÓN (1990): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

RODRÍGUEZ MATAMOROS, MARCOS E. (2001): *Guanaroca y los dioses, mito y realidad*. Editorial Mecenás, Centro Provincial del Libro y la Literatura, Cienfuegos.

ROUSSEAU PABLO L. y PABLO DÍAZ DE VILLEGAS (1920): *Memoria descriptiva, histórica y biográfica de Cienfuegos*, Establecimiento Tipográfico El Siglo xx, La Habana.

El petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa, Holguín, Cuba. Reconstrucción histórico-documental

Por: Racso Fernández Ortega, Divaldo A. Gutiérrez Calvache y Victorio Cué Villate

RESUMEN

Se presenta un bosquejo histórico del descubrimiento, y la descripción y documentación del petroglifo de la Cueva de Río Seco o Waldo Mesa, Banes, Holguín, Cuba. Acercamiento que permite demostrar que durante años esta obra del patrimonio rupestrologico cubano ha sido descrita y documentada a partir de métodos ineficientes, donde ha quedado reflejada la ausencia, dentro de las metodologías de investigación, de un propósito que garantice el rescate de los subsistemas que conforman la producción simbólica de las poblaciones aborígenes cubanas, lo que, combinado con un tratamiento inadecuado de su reproducción, ha provocado que hoy no se pueda contar con una descripción gráfica que resista el más mínimo intercambio con el objeto original. Aquí tratamos de subsanar estos errores y ofrecemos una reconstrucción de la historia y documentación de este patrimonio cultural.

ABSTRACT

An outline on the discovery of the petroglyph in the cave of Río Seco or Waldo Mesa located in Banes, Holguín province, Cuba, together with its description and documentation is presented here. This approach evidences that inappropriate methods had been used in the description and documentation. The methods of research used had no plans to guarantee the rescue of subsystems of the Cuban aboriginal's symbols. This, combined with inappropriate reproduction techniques has caused today's lack of graphical description suitable to compare with the original. In this article, we try to correct these mistakes and a reconstruction of the history and documentation of the petroglyph is provided.

Si bien es cierto que el científico trabaja con analogías, no basta con ellas.

MANUEL GALICH

Introducción

Los últimos treinta años del siglo pasado y los primeros de este, han sido de singular importancia en los estudios del dibujo rupestre universal, llegándose a plantear por no pocos investigadores la existencia de un cuerpo de ciencia –basado en métodos generales– de la historia, la historia del arte, la arqueología y la antropología– que presenta un importante grupo de métodos específicos desarrollados por los investigadores con el paso de los años para poder enfrentar problemas que métodos tradicionales no conseguían resolver; a este cuerpo de ciencia aún en formación se le ha definido como *Rupestrología*. El desarrollo de esta disciplina ha permitido profundizar en varios campos de la psicología, de la ideología, del uso del poder y de los criterios estéticos de las comunidades del pasado a partir del estudio y comprensión de petroglifos y pictografías distribuidas por todo el mundo.

Por poner sólo un ejemplo, la rupestrología con el desarrollo de sus técnicas y medios de investigación ha logrado importantes avances en el proceso de esclarecer cómo, en qué lugar y en qué época se originaron los primeros símbolos numéricos elaborados por el hombre, cuál fue su simbolismo y significación en la vida y cultura de numerosos pueblos y qué función tuvieron en la cosmogonía de estos grupos (Kirkland y Newcomb, 1967; Aveni, 1978, 1980; Breen Murray, 1980, 1986, 1990; Stone, 1995 y Gutiérrez, 2002).

Sin embargo, ante estos y otros no menos destacados resultados de la rupestrología, surge la necesidad de unificar, sistematizar y desarrollar métodos y sistemas de investigación. Entre estos se encuentra el "registro y la documentación", quizás uno de los más necesarios por constituir la base de datos inicial con que se desarrollarán todos los estudios posteriores; este importante paso ha sido un problema enfrentado por la especialidad desde sus comienzos para lograr buenos resultados y alcanzar un desarrollo uniforme. Numerosos países han adoptado proyectos dirigidos a establecer las normas para las "fichas de registro" del arte rupestre. Por

su parte, la Federación Internacional de Asociaciones de Arte Rupestre (IFRAO) ha establecido oficialmente dos útiles recursos metodológicos de investigación para poder lograr estandarizar los procesos de registro y documentación en todo el mundo, nos referimos al Glosario de Términos y la Escala Gráfica y de Colores.

Es precisamente sobre esta problemática que gira este modesto trabajo, donde pretendemos corregir algunos errores en los que han venido incurriendo un grupo de investigadores al documentar gráfica e históricamente el petroglifo de la Cueva de Río Seco o Waldo Mesa, ubicada en el municipio de Banes, provincia de Holguín, Cuba.

La importancia de esta rectificación radica en dotar a las futuras investigaciones de elementos precisos que les permitan apreciar los rasgos tipológicos, morfológicos e históricos de esta obra en su interacción con los procesos sociales de las comunidades que le dieron origen, logrando de esta forma consolidar en la práctica rupestrológica nacional el sentido interpretativo de las más recientes investigaciones del dibujo rupestre en nuestro país. Por otra parte, este intento se ajusta a la voluntad expresa de la UNESCO que desea que los países miembros elaboren el "Archivo de la Imagen" de su patrimonio cultural; y en este sentido la corrección histórica de la descripción morfográfica de la pieza que nos ocupa constituye un esfuerzo más por la calidad del "archivo" de la gráfica rupestre cubana.

Antecedentes históricos y documentales sobre el Petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa

La historia del petroglifo de esta localidad comienza cuando, aproximadamente a fines del año 1938, el joven Santos Mesa, hijo del campesino que trabajaba las tierras del señor Alfredo González, en las cuales se ubica la espelunca, localiza la cavidad y en su interior un petroglifo tallado en una formación secundaria; más tarde el joven descubridor propone la venta del petroglifo al doctor Eduardo García Feria (Rouse, 1942: 86), la cual es aceptada por el entonces miembro de la

Comisión Nacional de Arqueología, que para aquel entonces poseía la conocida Colección García Feria, una de las más importantes en mineralogía, malacología, entomología y arqueología del interior del país.

Las primeras referencias publicadas del petroglifo aparecen en la *Colección Arqueológica García Feria, Notas* (CAGF-N) especie de boletín que era publicado con cierta periodicidad por la reconocida institución holguinera (García 1938a: 1-2; 1938b: 1; 1938c, 1939: 5; 1941: 21, n. d: 8). Los señores Oscar Diez Feria y José A. García Castañeda (amigo e hijo del doctor García Feria) acuden en repetidas ocasiones a la cueva para explorarla con detenimiento en busca de más materiales para la colección y para tomar fotos y recoger información (Rouse, 1942: 86). De esta manera la Cueva de Waldo Mesa se revelaba como un sitio funerario-ceremonial no sólo por los ídolos¹ que se hallaron en sus salones, sino también por el alto número de restos humanos allí encontrados; además de que se localiza en su interior un recipiente de madera con restos humanos, que permanece perdido, según la información recopilada por la familia García Feria (Rouse, 1942: 87).

Ahora bien, la primera descripción de la morfología y los elementos que rodean a este ídolo (petroglifo) se la debemos al arqueólogo holguinero José A. García Castañeda, quien comenta en su obra *Exploraciones arqueológicas en el término Municipal de Banes*, 1939:² "...de ella procede el mayor de los ídolos de la colección "García Feria", construido en una estalagmita, y encontrado..., y cuyo ídolo mide 37 pulgadas de longitud y tiene representado el sexo masculino" (García, 1939: 5).

La próxima referencia al petroglifo que nos ocupa aparece dos años más tarde y es también publicada por José A. García Castañeda en su artículo "Asientos taínos localizados en el cacicato de Bani", aparecido en la *Revista de Arqueología*, en el año 1941, que en esta ocasión refiere: "De Río Seco a la Bahía de Banes se han localizado unos cuantos asientos indios: el de la Loma del Caliche, en Río Seco, finca del señor Alfredo González, y próximo a él, la Cueva de Waldo Mesa, importante por los ídolos y restos humanos en la misma encontrados, de la cual

¹ A finales de la década del treinta, cuando es descubierta la cueva, se tenía por norma denominar a todas las piezas representativas de las manifestaciones superestructurales, ya fueren antropomorfas o zoomorfas, como ídolos; es por ello que en repetidas ocasiones en los artículos publicados, en los que se utiliza este término, nos encontramos que se está haciendo referencia a algún petroglifo. En este sentido ha resultado muy difícil poder determinar si en la mencionada espelunca existió algún otro, pues no se relacionan ni sus descripciones ni se adjuntan fotos que nos liberen de esta duda.

² Debemos indicar que en la obra del arqueólogo norteamericano Irving Rouse (1942), por error, se le cambia el título a la publicación de la Colección García Feria del año 1939, el que realmente era *Exploraciones arqueológicas en el término Municipal de Banes*.

ARQUEOLOGÍA

procede el mayor de los ídolos de la Colección García Feria, construido en una estalagmita, midiendo 37 pulgadas de longitud. Esta cueva, tan importante, es una maldad se haya explorado de la forma que se ha hecho, y no se haya podido realizar un estudio completo sobre la distribución de los ídolos, objetos y esqueletos" (García, 1941: 21).

Este artículo de García Castañeda cobra singular importancia al ser la primera vez que aparece publicada una foto del petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa, la que actualmente adquiere mayor relieve, pues como se verá más adelante es, hasta hoy, la única ilustración certera que se ha publicado de este patrimonio del dibujo rupestre cubano (fig. 2A).

Más tarde, en 1942, en la importante obra *Archaeology in the Maniabón Hills, Cuba*, del arqueólogo norteamericano Irving Rouse, este realiza un pormenorizado resumen de los sitios arqueológicos recorridos o conocidos durante su visita a Holguín y refiriéndose al sitio Cueva Waldo Mesa (81), hace un breve resumen de los objetos en ella encontrados y describe el petroglifo así: *"The largest idol is Picture on Pl. 6, g. made of a stalagmite, it is 94 cm. tall and bears the male sexual organs. The eyes, nose, and mouth are represented, as well as the hands, folded over the chest. The other idols are not described"* (Rouse, 1942: 86).

En esta monografía de Rouse vuelve a aparecer como ilustración la fotografía del petroglifo, publicada por García Castañeda en su artículo "Asientos taínos localizados en el cacicato de Bani" (1941), utilizada por Irving Rouse para ilustrar su obra.

Durante toda la época republicana, el petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa permaneció en la prestigiosa Colección García Feria, período durante el cual fue observado por reconocidos antropólogos nacionales e internacionales, entre los que pueden destacarse los doctores René Herrera Fritot, Carlos García Robiou, Pedro García Valdés, Mark Raymond Harrington y otros, sin que ningún especialista publicara estudios o comentarios sobre él.

Con el gobierno revolucionario establecido a partir de 1959, en el país la ciencia hace un trascendental giro pues comienza a recibir el apoyo gubernamental que fue reclamado durante tanto tiempo por los hombres de ciencia. Es entonces, en el año 1962, con la creación de la Academia de Ciencias de Cuba (ACC), que el doctor

José A. García Castañeda, destacado miembro de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, en un gesto patriótico, decide donar la colección fundada por su padre a la recién creada institución.³

Después de donada la Colección García Feria a la Academia de Ciencias de Cuba, el petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa continua en el olvido de los estudios arqueológicos y rupestrológicos del país hasta 1975, fecha en que vuelve a aparecer información sobre este importante patrimonio; esfuerzo que se lo debemos al doctor Antonio Núñez Jiménez, que en su obra *Cuba: dibujos rupestres* nos deja los siguientes comentarios:

"Las referencias petroglíficas a la presente cueva se pueden leer en la obra del arqueólogo norteamericano Irving Rouse, en que describe la cueva y el hallazgo de "varios ídolos y un gran número de huesos humanos". "Uno de tales ídolos esta hecho en una estalagmita de 0.94 m de altura y que presenta los órganos sexuales masculinos. Los ojos, la nariz y la boca están representados también así como las manos, colocadas sobre el pecho, todo tallado muy toscamente. Actualmente ese ídolo se encuentra en la Academia de Ciencias de Cuba" (Núñez Jiménez, 1975: 197).

Este autor, además de los comentarios antes expuestos representa el petroglifo en una imagen (fig. 2B) que aparece en la página 303 de la obra citada, donde se puede leer en el pie de foto: "Petroglifo en una estalactita de la Cueva de Waldo Mesa" (Núñez Jiménez, 1975: 303).

Después de lo planteado por el doctor Antonio Núñez Jiménez, no es hasta 1992 que aparece el libro *Mitología aborigen de Cuba*, deidades y personajes de los investigadores José M. Guarch Delmonte y Alejandro Querejeta Barceló; en esta obra no aparecen referencias ni datos sobre el petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa, pero sí se puede apreciar una ilustración de este en la página 16 (fig. 2C), donde se vincula este petroglifo con el númen arahuaco "Mácaquel".

Dos años después, en 1994, los investigadores Juan J. Guarch Rodríguez y Lourdes del R. Pérez en su obra *Arte rupestre. Petroglifos cubanos* aplican a los petroglifos nacionales los conceptos morfológicos propuestos para las pictografías por el doctor José M. Guarch (1980) y hace un recuento de los datos fundamentales de los grabados descubiertos en Cuba hasta la fecha, y aunque no se detienen a emitir opiniones sobre el

³ Esta información la obtuvimos gracias a la generosidad de la colega Silvia T. Hernández Godoy, y aparece recogida en el Archivo René Herrera Fritot, caja 754, legajo 14, del Fondo Donativo y Remisiones del Archivo Nacional de Cuba (ANC).

petroglifo en cuestión, sí publican una ilustración (fig. 2D) en la que refieren en el pie de foto lo siguiente: "Cueva de Waldo Mesa" (Guarch y Pérez, 1994: 25).

Finalmente, la última cita al petroglifo que nos ocupa fue dada a conocer en 1999 por Elena Guarch Rodríguez y Juan J. Guarch Rodríguez, en su trabajo "Caracterización de las regiones pictográficas de la provincia de Holguín", donde los autores plantean textualmente lo siguiente:

"Está a cuatro Km. al SSW de la desembocadura de Río Seco,⁴ en el municipio de Banes. Dentro de ella fueron localizados varios enterramientos junto a vasijas de barro, pertenecientes por sus diseños a las comunidades de la variante cultural Baní".

"En su interior, el arqueólogo norteamericano Irving Rouse halló un ídolo de piedra muy tosco tallado en una estalagmita, de 0.94 m de altura. Fue ejecutada mediante la técnica de percusión, posiblemente por golpeo de rocas más duras contra la caliza, tales como gabros, basaltos, dioritas entre otras. Su morfología es limitada, ya que su movimiento es hacia un centro interno, su universo es definido y es, en su conjunto un diseño antropomorfo de cuerpo entero. Está representado por los motivos: ojos de café, y curva abierta, por lo que forma un diseño compuesto Fig. 17" (Guarch y Guarch, 1999: 98).

Además de estas referencias, concluyen su disertación remitiéndonos a la figura número 17 como ilustrativa del petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa (fig. 2E).

Rectificación histórica, morfográfica y documental del petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa

Como ya expresamos en la introducción de este trabajo, la antropología moderna ha demostrado que el registro y la documentación de las estaciones rupestres constituyen la base fundamental de las investigaciones dirigidas a la comprensión, protección, conservación y estudio del patrimonio rupestrológico de las naciones; tan importantes se consideran hoy los procesos de documentación que para algunos investigadores los documentos gráficos y audiovisuales que de estos se deriven deben ser considerados como parte del patrimonio cultural de cada país (Gutiérrez, 2007: 17), pues ellos en sí mismo guardan información de una alta

importancia para la reconstrucción y comprensión en el futuro de lo que hoy es una realidad.

Ante este hecho, la sistemática y detallada exposición de los antecedentes históricos y documentales que sobre el petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa presentamos en el acápite anterior dejan claro que no son pocas las referencias aparecidas en la literatura especializada, donde se detectan contradicciones entre ellas o se cometen serios errores relacionados con su origen, descripción y representación.

En este sentido creemos oportuno y necesario subsanar cada una de estas deficiencias, de manera que los estudios futuros sobre la arqueología de las comunidades aborígenes de Banes, en particular, y de Cuba, en general, puedan contar con una investigación rupestrológica que los acerque a la realidad histórica y morfológica de este exponente.

El descubrimiento

Elena Guarch Rodríguez y Juan Guarch Rodríguez expresan en su trabajo que el descubrimiento del petroglifo fue realizado por el arqueólogo norteamericano Irving Rouse (Guarch y Guarch, 1999: 98).

Tal aseveración refleja una incorrecta interpretación de la obra donde Rouse se refiere al registro arqueológico de la Cueva de Waldo Mesa (Rouse, 1942: 86); este autor nos relata, de primera mano, el descubrimiento del petroglifo en la referida cueva y su posterior venta por el joven Santos Mesa, a finales de la década del treinta del siglo pasado, al doctor Eduardo García Fera.

La existencia de numerosa documentación publicada en las notas de la Colección García Fera (García, 1938a: 1-2; 1938b: 1; 1938c; 1939: 5; 1941: 21, n. d: 8), el Acta de la Donación⁵ (ANC 754-14) por el doctor José A. García Castañeda a la Academia de Ciencias de Cuba de la colección donde se incluía el petroglifo que nos ocupa, así como su existencia actual en los fondos del Instituto Cubano de Antropología, son argumentos que refuerzan la historia que sobre el descubrimiento nos relatara Irving Rouse (1942).

⁴ Los autores se refieren a la Cueva de Waldo Mesa.

⁵ Archivo René Herrera Fritot, caja 754, legajo 14, del Fondo Donativo y Remisiones del Archivo Nacional de Cuba (ANC).

ARQUEOLOGÍA

La ubicación de la estación

La Cueva de Waldo Mesa o Cueva de Río Seco como también se le conoce por los naturales del lugar, se localiza en el municipio de Banes, en el poblado de Vista Alegre, al suroeste de la Loma de Caliche,⁶ al sursuroeste de la desembocadura del Río Seco en el poblado del mismo nombre y a nueve kilómetros al nornordeste del pueblo de Banes, en la actual provincia de Holguín, su situación exacta se puede encontrar entre los 71° 40' 52" y los 21° 03' 19" al norte de la región oriental de Cuba (fig. 4).

Esta cueva es parte del complejo cultural agricultor que ocupó el territorio de Banes en épocas precolombinas y que se extendiera desde el siglo X hasta la ocupación española en los primeros años del siglo XVI, considerándose que la misma se puede incluir dentro de este complejo como una cueva ceremonial funeraria (Valcárcel, 2002: 138).

La morfología

En el orden morfológico es quizás donde mayores errores y desaciertos se han cometido a la hora de documentar este petroglifo. La reproducción de varias imágenes que muy poco o nada tienen que ver con la morfología de este diseño rupestre ha sido una constante desde que García Castañeda (1941) y Rouse (1942) publicaran las primeras fotos; así las cosas, con posterioridad a la obra de Rouse no existe una sola publicación cuyas ilustraciones no sean desafortunadas reproducciones de la realidad.

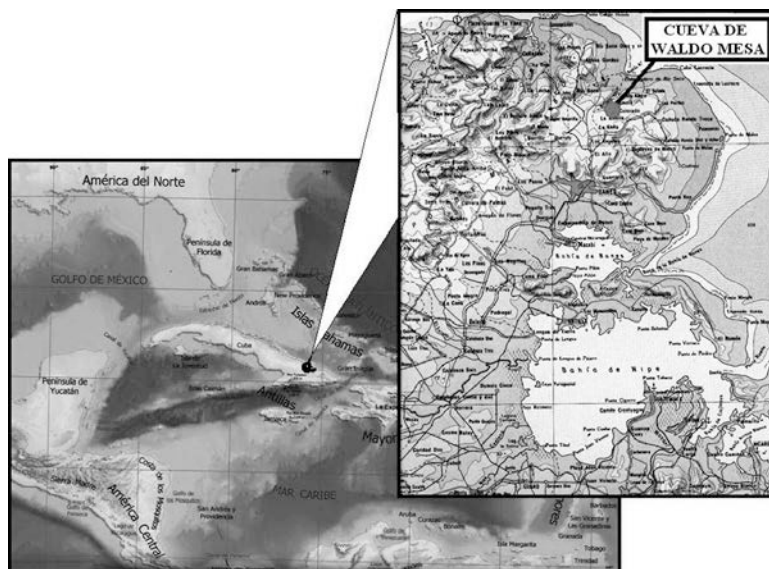


Fig. 1. Ubicación de la Cueva de Waldo Mesa, Banes, Holguín, Cuba.

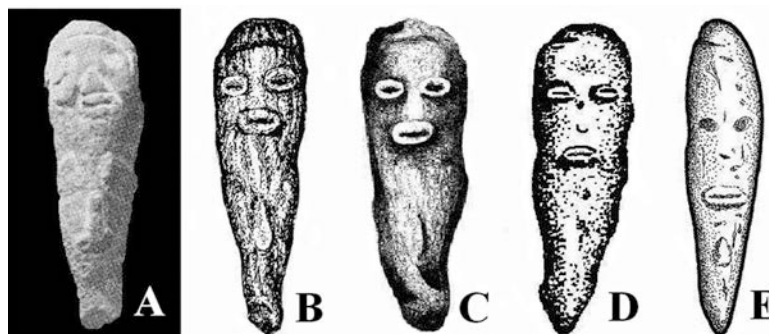


Fig. 2. Todas las imágenes publicadas hasta hoy del petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa, Banes, Holguín, Cuba. (A) García (1941: 21) y Rouse (1942: 191); (B) Núñez (1975: 303); (C) Guarch y Querejeta (1992: 16); (D) Guarch y Pérez (1994: 25); (E) Guarch y Guarch (1999: 100).

En este lamentable grupo se encuentran las ilustraciones propuestas y publicadas por Núñez (1975: 303), Guarch y Querejeta (1992: 16), Guarch y Pérez (1994: 25) y Guarch y Guarch (1999: 100). Para ilustrar mejor esta realidad, reproducimos en la figura 2 una comparación por secuencia y cronológica de las ilustraciones que se han publicado desde el descubrimiento del petroglifo hasta la fecha.

Antes de pasar a hacer algunos comentarios específicos que sobre las implicaciones de estas ilustraciones queremos realizar, nos parece imprescindible ofrecer al lector imágenes actuales del petroglifo de la Cueva de

⁶ En esta misma pequeña elevación se ubica el sitio arqueológico del mismo nombre, donde las evidencias han demostrado su filiación cultural con los grupos agricultores.

Waldo Mesa que justifican las aseveraciones antes defendidas, aunque, en honor a la verdad, la nitidez de las primeras fotos publicadas (Castañeda, 1941 y Rouse, 1942) permitían, sin lugar a dudas, lograr una reproducción mucho más cercana a la realidad.

Asimismo queremos dejar constancia de que nuestra voluntad no es desacreditar el trabajo de los investigadores que nos precedieron, todo lo contrario; el propósito es que estas notas sirvan para reflexionar en la imperiosa necesidad de establecer un sistema único de registro y documentación; además de corregir algunos errores en los que hemos venido incurriendo. Por tal razón y gracias a la posibilidad de haber entrado en contacto con la pieza original, que, como hemos indicado con anterioridad, se conserva en los fondos del Instituto Cubano de Antropología, publicamos aquí por segunda ⁷ vez en casi ochenta años una foto de ese diseño rupestre.

Ahora veremos algunos de los problemas específicos planteados en el análisis de las figuras ilustrativas del petroglifo que nos ocupa. En primer lugar, nótese como en tres de los cuatro dibujos que sucedieron a la obra de Rouse (1942) los ojos han sido dibujados como "granos de café", motivo recurrente de la plástica aborigen de Las Antillas pero muy alejado de la realidad del petroglifo. La confusión en este sentido llega al límite que los investigadores Elena Guarch y Juan Guarch consideran que este es uno de sus rasgos característicos al decir: "*Está representado por los motivos: ojos de café y curva abierta, por lo que forma un diseño compuesto*" (Guarch y Guarch, 1999: 98).

Lo curioso del tratamiento a que ha sido sometida la documentación en este caso es que los propios autores, en el artículo referido (Guarch y Guarch, 1999), publican una ilustración donde los ojos no aparecen como "granos de café" (fig. 2E).

Por otra parte, los brazos o extremidades superiores indicadas a ambos lados y que se extienden hacia la parte frontal de este petroglifo, que dan

la impresión de estar apoyados en el pecho de la figura, han sido ignorados en todas las reproducciones antes citadas; algo similar sucede con los genitales masculinos, bien representados en la pieza original y son de difícil interpretación en todas las publicaciones que sucedieron a la foto de García Castañeda e Irving Rouse. Para no agotar al lector y dejarlo establecer su propio análisis sólo agregaremos que tales omisiones y/o errores privaban al petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa de las inferencias que podrían lograrse de su morfología corporal y sexual, limitándolo a una simple representación facial antropomorfa.

El sustrato de realización

Otro de los problemas que ha presentado históricamente la documentación del petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa ha sido la definición correcta del sustrato de realización que fue escogido por sus autores. En la actualidad, con el desarrollo alcanzado por la arqueología espacial en la determinación de los espacios sacros y profanos y su relación con la conducta social, esta problemática tiene serias implicaciones en la interpretación y el conocimiento que sobre las funciones y la simbología de un motivo rupestre determinan su ubicación, orientación y sustrato de realización, por lo que intentaremos corregir este problema de acuerdo con el caudal de información que hemos podido reunir.

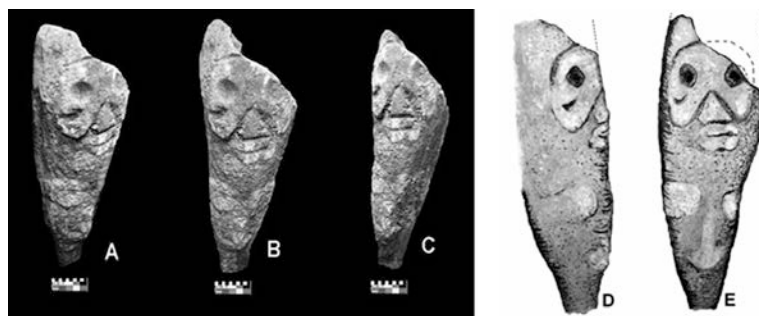


Fig. 3. Foto y dibujo actual del petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa, Banes, Holguín, Cuba. A) vista lateral derecha; B) vista frontal; C) vista lateral izquierda; D) dibujo en vista lateral derecha y E) dibujo en vista frontal.⁸

⁷ La foto que publica el arqueólogo norteamericano es la reproducción de la imagen del artículo de García Castañeda de 1941.

⁸ Los dibujos son tomados de una obra en cartulina y acuarela de Victorio Cué Villate, que en la actualidad también forma parte de los fondos del Instituto Cubano de Antropología.

ARQUEOLOGÍA

En 1938, cuando aparece la primera publicación con información sobre el petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa, su autor asegura que este fue elaborado sobre una estalagmita (García, 1938: 5); tres años después, en 1941, el propio García Castañeda reafirma su opinión en un nuevo artículo al referir que el petroglifo está "*construido en una estalagmita*" (García, 1941: 21), opinión que reafirma el arqueólogo norteamericano Irving Rouse en 1942 cuando dice: "*made of a stalagmite*" (Rouse, 1942: 86).

Aun cuando el doctor Antonio Núñez Jiménez realiza la descripción del petroglifo treinta y tres años después y emplea casi textualmente la traducción de la obra de Rouse de 1942 (Núñez, 1975: 197), este investigador introduce por primera vez una opinión divergente sobre este al decir en el pie de la imagen: "...hecho en una estalactita..." (Núñez, 1975: 303). Sin embargo, en 1999 Elena y Juan Guarch vuelven a considerar que dicho objeto fue tallado en una estalagmita (Guarch y Guarch, 1999: 98).

Estas contradicciones y sus implicaciones desde el punto de vista interpretativo y funcional, así como nuestra observación directa sobre la obra original, nos estimularon a dar los pasos que nos permitieran acercarnos a la definición correcta del sustrato de realización que fue escogido por el autor aborigen para la elaboración de este petroglifo.

Con este fin se determinó la ejecución de fotografías y microfotografías de alta resolución (19200 dpi) a diferentes secciones interiores (transversales y longitudinales) del petroglifo que hoy aparecen expuestas debido a roturas y fracturas que ha sufrido la pieza en no pocos años de olvido y abandono; estas imágenes se corrieron por el programa procesador de imágenes astrofísicas CCDOPS de Maxim DL en su versión 4.0, obteniéndose primero una imagen STLXCM (color directo) para luego ser convertida en una microimagen STLXM (monocromática); este procedimiento permitió la identificación de un paleoconducto de circulación central (canalículo central), donde se puede definir la disposición radial de los cristales hacia el centro del espeleothema (fig. 4).

Estas características micromorfológicas y cristalográficas definen la formación como una estalactita y no como una estalagmita, ya que en estas últimas la disposición de los cristales es en forma cupular.

Por otra parte, las estalagmitas son un tipo de formación secundaria en la cual su proceso de crecien-

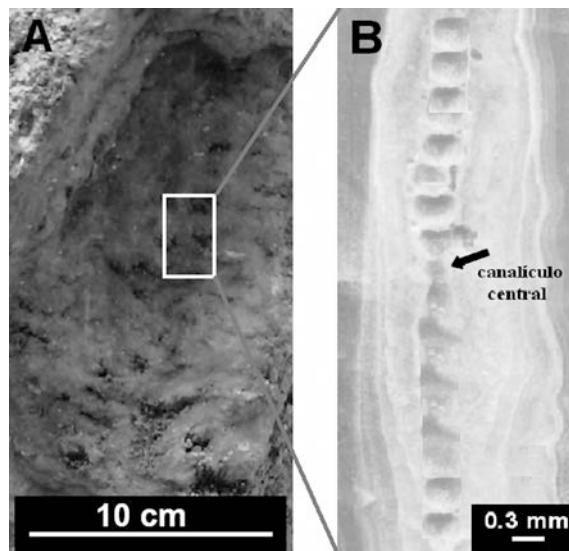


Fig. 4. Imágenes de alta resolución procesadas por CCDOPS de Maxim DL 4.0 (A) Imagen STLXCM (color directo); (B) Microimagen STLXM (monocromática) donde se puede observar el canalículo central que identifica el espeleothema como una estalactita.

to litogenético se realiza hacia arriba por deposición del carbonato de calcio, lo que generalmente provoca que la sección ancha de ella quede en la porción inferior pegada, al suelo, de manera tal que, de ser así, la imagen que nos ocupa quedaría esculpida de forma invertida. Asumiendo que esto no sea absoluto y que en la geomorfología endocársica también existan estalagmitas invertidas de morfología cónica robusta—conocidas en la literatura como estalagmitas pagoditas—tenemos que reconocer que las pagoditas no son casi nunca de superficie tan lisa como la que hospeda al petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa, sino que están formadas por series de sucesivos anillos en cuyo relieve (rugosidad), se aprecian muy bien las capas externas de la formación. En resumen, tanto la morfología exterior como el análisis automatizado de microfotografías monocromáticas nos permiten afirmar que este petroglifo se realizó sobre una estalactita climática.

De lo anteriormente discutido se puede concretar que en el artículo de García Castañeda, de 1938, el autor expresa que el petroglifo se ha realizado en una estalagmita, error que se ha mantenido en todas las referencias posteriores; pero los análisis efectuados más recientemente demuestran que en realidad el petroglifo se ejecutó en una estalactita, como bien señala

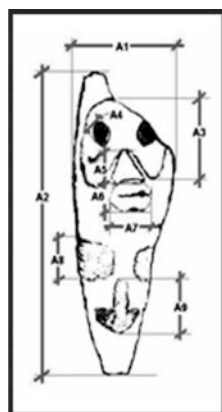
el doctor Antonio Núñez Jiménez al pie del dibujo de su obra: *Cuba. Dibujos rupestres* (Núñez Jiménez, 1975: 303). Si bien este autor no deja claro los elementos que a su juicio lo hicieron sostener esta opinión, es indudable que su experiencia en litogénesis subterránea, con más de treinta y cinco años de fructífera labor en la espeleología científica, intervino definitivamente en su apreciación.

La morfometría

Sobre las dimensiones morfométricas del petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa, poco se ha escrito o publicado. El primero en dar datos en este sentido fue nuevamente García Castañeda, en 1938 y 1941,⁹ quien asegura que este tiene una altura de 37 pulgadas; con posterioridad, Irvin Rouse en 1942 afirma que la altura del petroglifo es de 0,94 m,¹⁰ criterio que reafirman los investigadores que les continuaron, como Antonio Núñez Jiménez (1975) y Elena Guarch y Juan J. Guarch (1999).

Ante esta situación, en la que sólo se ha hecho referencia a la altura del petroglifo en cuestión, consideramos oportuno brindar al lector algunos datos suplementarios que le permitirán tener una mejor visión y conocimiento de las dimensiones de este importante exponente, las que se ilustran en la figura 5.

En este sentido, nótese que todos los autores anteriores coinciden en una altura del orden de los 0,94 m, sin embargo, las mediciones actuales del petroglifo son de 0,87 m; esta diferencia muy probablemente esté relacionada con la pérdida de fragmentos de su porción superior izquierda, y parte del extremo inferior, las que de forma combinada han reducido el tamaño y volumen de esta pieza.



Código	Descripción	Dimensiones
A1	Diámetro mayor del petroglifo	400 mm
A2	Alto del petroglifo	870 mm
A3	Alto del antifaz	220 mm
A4	Diámetro de los ojos	49 mm
A5	Alto de la nariz	80 mm
A6	Alto de la boca	71 mm
A7	Ancho de la boca	110 mm
A8	Alto de los brazos	102 mm
A9	Alto de los órganos sexuales	171 mm

Fig. 5. Puntos y dimensiones morfométricas del petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa, Banes, Holguín, Cuba.

En defensa de su protección y conservación

No quisiéramos terminar este trabajo sin dedicar unas líneas a reflexionar sobre la situación actual y pasada del petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa.

La acción más agresiva sufrida por esta pieza fue, sin lugar a dudas, su desprendimiento de la estructura cavernaria y traslado desde Banes a la ciudad de Holguín. Luego, como ya ha quedado explicado, en 1962, el doctor José A. García Castañeda decide donar la colección fundada por su padre, en la que se encontraba este petroglifo, a la recién creada Academia de Ciencias de Cuba.

Su escabrosa historia también está ligada a los avatares que debió sufrir; primero, al ser trasladado a La Habana, y luego su exhibición en el patio interior del Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba en su sede de Prado y Trocadero. Años más tarde fue trasladado a la bóveda del Capitolio Nacional, donde radicó el Departamento de Arqueología del Instituto de Ciencias Sociales y en esta permaneció hasta la creación del Centro de Antropología en la década de los ochenta del siglo xx, cuando la pieza es nuevamente mudada, sólo que esta vez son menos los kilómetros recorridos hasta la barriada del Cerro en La Habana; situación que se vuelve a repetir en el año 2004 con el traslado y establecimiento de las colecciones de ese centro en su nueva instalación en La Habana Vieja.

⁹ Obras citadas.

¹⁰ Esta medida es muy similar a la anterior, si se acepta que una pulgada es aproximadamente 0,254 m lo que equivaldría a que 37 pulgadas son igual a 0,9398 m.

ARQUEOLOGÍA

Con seguridad en una de estas tantas "mudanzas", sin la debida protección durante su manipulación, el petroglifo sufrió la fractura que tiene en la actualidad en su parte superior izquierda (ver fig. 3).

También es una realidad que durante más de treinta años esta excepcional pieza no fue exhibida al público y su presencia en las colecciones de las instalaciones a que perteneció nunca estuvo acompañada de las debidas medidas de protección y conservación para este tipo de reliquia. Una prueba irrefutable de esta afirmación lo constituye su situación en el Instituto Cubano de Antropología pues hasta hace tan sólo algunos meses se encontraba "situada" –más bien "olvidada"– en una de las esquinas del patio central interior del edificio (fig. 6).

Su "olvido" era tal que recibía de manera constante la lluvia, el sereno, el polvo, los cambios de temperatura, la humedad, la salinidad, los aerosoles ambientales, los escombros de la modificaciones constructivas, así como el dióxido de carbono del escape automotor y

cuanta acción agresiva proceda de la intemperie; en resumen, se encontraba bajo condiciones ajenas a su entorno natural, las que parecen a simple vista no haber causado daños perceptibles hasta el momento, pero que por ser agentes agresivos progresivos cuando se haga visible el deterioro ya habrá llegado a un grado posiblemente irreversible.

Fue precisamente por esa razón que los miembros del Grupo Cubano de Investigadores de Arte Rupestre (GCIAR), que laboran en esa institución lo trasladaron para la Sala de Arqueología Aborigen José Manuel Guarch Delmonte que se ubica en el segundo piso del edificio, que es donde actualmente se conserva (fig. 7).

Nuestra generación tiene la responsabilidad histórica de reparar acciones como esta, y siguiendo los convenios internacionales, las experiencias y documentación de importantísimas instituciones dedicadas a la conservación del patrimonio, consideramos que sería una decisión histórica en el futuro que la dirección del



Fig. 6. Ubicación en que se encontraba el petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa, Banes, Holguín, Cuba, en el patio central del Instituto Cubano de Antropología (diciembre 2007).



Fig. 7. Sitio actual del petroglifo en la Sala de Arqueología Aborigen José Manuel Guarch Delmonte del Instituto Cubano de Antropología.

Instituto Cubano de Antropología y las instituciones culturales, patrimoniales y gubernamentales del Municipio de Banes, en la provincia de Holguín, llegaron a un acuerdo para proceder a donar el petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa al Museo Indoarqueológico Baní, institución que atesora gran parte del patrimonio arqueológico de este municipio.

Pero, por sobre todo, y quizás sea uno de los efectos más importantes de esta propuesta, que su traslado devolvería a los habitantes de Banes el derecho de contar, en su territorio, con una obra aborigen de tanta significación, que es propiedad colectiva de la nación, pero ante todo de esa región, pues fueron los antiguos habitantes de esas tierras quienes lo concibieron, ejecutaron, invocaron y admiraron; entonces, por derecho propio, son sus actuales pobladores quienes poseen la prioridad para su posesión.

A manera de conclusión

En la historiografía de la documentación del petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa han existido numerosos errores que aún en circunstancias no interpretativas conducen a una apreciación errónea de su funcionalidad y de las implicaciones arqueo-históricas que con él se puedan realizar, en el marco del conjunto de las manifestaciones ideológicas de los grupos agricultores.

Estos errores sin duda han traspasado nuestras fronteras e inciden en la reconstrucción arqueo-antropológica de nuestro pasado regional –entiéndase el Caribe Insular–, por lo que las rectificaciones ofrecidas son una necesidad inminente en los estudios del dibujo rupestre cubano y forman parte del censo y del archivo de la imagen que como tareas de primer orden acomete el Grupo Cubano de Investigadores del Arte Rupestre (GCIAR), adscrito al Instituto Cubano de Antropología.

En términos generales, el petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa no se destaca por la calidad del trabajo escultórico, si se compara con otras obras similares de Cuba y el Caribe, sin embargo, sus atributos sí cumplen con determinados rasgos predominantes que caracterizaron las representaciones iconográficas de las formaciones económico-sociales productoras tribales de nuestra región, entre los que se pueden citar: La representación de la masculinidad –generalmente asociada a la fertilidad–; el desarrollo de las proporciones, donde se exageran las dimensiones de la cabeza con respecto al resto del cuerpo y especialmente el tórax; y una perfecta simetría que es acompañada de una determinante frontalidad.

En cuanto al petroglifo en cuestión y su posición dentro de los conocimientos que hoy tenemos de nuestras comunidades aborígenes, parece ser correcta la idea de que este estuviera muy ligado a aspectos inherentes a la cosmovisión y a las concepciones mágico-religiosas de sus ejecutores. En general, según los estudios más recientes de la arqueología cubana, el petroglifo de la Cueva de Waldo Mesa o Río Seco puede asociarse a la relación cultural Meillac-Baní, conocida históricamente en Cuba como subtaíno (Valcárcel, 2002: 100).

Agradecimientos

Queremos dejar patentado nuestro agradecimiento a los doctores Gabino La Rosa Corzo y Pedro Pablo Godo por su estímulo diario a nuestro trabajo, también es imprescindible un agradecimiento especial para la licenciada Silvia T. Hernández Godoy y al doctor Efrén J. Jaimez Salgado por su colaboración permanente y oportuna, en todos y cada uno de los problemas teóricos y metodológicos a que nos enfrentamos en el estudio del dibujo rupestre cubano.

BIBLIOGRAFÍA

ANC (1962): Fondo donativo y remisiones, Archivo René Herrera Fritot, caja 754, legajo 14.

AVENI, A. et. al. (1978): "The Pecked Cross Symbol" en *Ancient Mesoamérica*, vol. 202 (4365), Washington.

AVENI, A. (1980): *Skywatchers of Ancient México*, Austin, University of Texas Press, Texas.

BREEN MURRAY, W (1980): "La riqueza arqueológica de Nuevo León", en *Revista Monterrey*, Nuevo León.

_____**(1986):** "Numerical Representations in North American Rock Art", en *Natie Mathematics*, Austin, University of Texas Press, Texas.

_____**(1990):** "Arte rupestre de Nuevo León", en *Arte rupestre en México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México D. F.

ARQUEOLOGÍA

GARCÍA, JOSÉ A. (1938a): "Representación del sexo" en *Colección Arqueológica García Fera. Notas*, Holguín.

_____ **(1938b):** "Tres ídolos (primera parte)" en *Colección Arqueológica García Fera. Notas*, Holguín.

_____ **(1938c):** "Lugares visitados por la Colección García Fera en el Término de Banes" en *Colección Arqueológica García Fera. Notas*, Holguín.

_____ **(1939):** "Exploraciones arqueológicas en el Término Municipal de Banes" en *Colección Arqueológica García Fera. Notas*, Holguín.

_____ **(1940):** "Excursiones arqueológicas. Banes". *Colección Arqueológica García Fera. Notas*, en *Horizontes Estudiantiles*, año I, no. I.

_____ **(1941):** "Asientos taínos localizados en el cacicato de Bani", en *Revista de Arqueología*, época I, año 3, no. 5, La Habana.

_____ **(n. d):** "Yaguajay, Banes", en *Colección Arqueológica García Fera. Notas*, Holguín.

GUARCH DELMONTE, J. M. (1980): "Consideraciones acerca de la morfología y desarrollo de los pictogramas cubanos", en *Cuba Arqueológica II*, Santiago de Cuba.

GUARCH DELMONTE, J. M. y QUEREJETA BARCELÓ, A. (1992): *Mitología aborigen de Cuba o deidades y personajes*, Ediciones Publicigraf, La Habana.

GUARCH RODRÍGUEZ, J. J. y LOURDES DEL R. PÉREZ (1994): *Arte Rupestre. Petroglifos cubanos*, Ediciones Holguín, Holguín.

GUARCH RODRÍGUEZ, E. y J. J. GUARCH RODRÍGUEZ (1999): "Caracterización de las regiones pictográficas de la provincia de Holguín", en *El Caribe Arqueológico*, año 4, no. 3, Santiago de Cuba.

GUTIÉRREZ CALVACHE, D. (2002): "Sobre el simbolismo y la funcionalidad del número en el arte rupestre de la Cueva de los Petroglifos", en *El Caribe Arqueológico* (6): 23-34, Santiago de Cuba.

_____ **(2007):** "Una mirada reflexiva a la dimensión social de la rupestrología en Cuba", II Seminario Internacional de Arqueología La Habana Vieja, Cuba.

KIRKLAND, F. y A. W. NEWCOMB (1967): *The Rock Art of Texas Indians*, Austin, University of Texas Press, Texas.

NÚÑEZ JIMÉNEZ, A. (1975): *Cuba: dibujos rupestres*. Edición conjunta de la Editorial Ciencias Sociales, La Habana e Industrial Gráfica S. A., Lima.

ROUSE, IRVING (1942): "Archaeology in the Maniabón hills, Cuba", en *Anthropology*, no. 26, Yale University Publication, New Haven.

STONE, A. (1995): "Images from the Underworld Naj Tunich and of Maya Cave Painting", Austin, University of Texas Press, Texas.

VALCÁRCEL ROJAS, R. (2002): *Banes precolombino. La ocupación agricultora*. Ediciones Holguín.

Nazismo, fascismo y "vichismo": la historia y la arqueología al servicio de los regímenes autoritarios de Europa

Por: Glaydson José da Silva

RESUMEN

Los regímenes autoritarios que se desarrollaron en Europa en la primera mitad del siglo xx, se adueñaron en diferentes formas de la historia antigua y en especial de la arqueología, para legitimar su desempeño. De esta forma, el nazismo, el fascismo, y el "vichismo", usaron y se apropiaron del pasado a partir de sus respectivas historias nacionales, y así sucedió en Alemania, Italia y Francia, con consecuencias extremas.

ABSTRACT

Authoritarian regimes which emerged in Europe during the first half of the 20th century took over different forms of ancient history, particularly archaeology, as a means to legitimize their performance. In this way, fascism, Nazism and the collaborationist Vichy government headed by Marshall Philippe Pétain in France used and took over the past according to the national history of the country involved. This happened in France, Germany and Italy, with extreme consequences.

Introducción

El universo de comparaciones ligado a los regímenes autoritarios que asolaron Europa durante la primera mitad del siglo xx es amplio y complejo y, así como se parecen en varios aspectos, también de la misma forma son diferentes. Mi objetivo, en esta ocasión, no consistirá en analizar contrastes, singularidades, sino algunas convergencias en lo que concierne al papel legitimador desempeñado por la historia de la Antigüedad y su arqueología dentro de este contexto. La restricción a los regímenes anunciados (nazismo, fascismo y vichismo), más que delimitación temática, se explica por el hecho de que los usos y apropiaciones de los pasados nacionales que tuvieron su base en el mundo antiguo fueron llevados, en Alemania, Italia y Francia, a consecuencias más extremas.

La historia y la arqueología —ciencias del pasado— son pensadas y practicadas en el presente y confieren, tanto a arqueólogos como a historiadores, huellas del tiempo presente en sus oficios: dominios que, aunque tienen el estudio del pasado como objeto, no siempre se dieron cuenta de ello ni intentaron hacerlo. En lo que se refiere a los estudios sobre la Antigüedad clásica, esta es una característica muy marcada en virtud del conservadurismo del medio y del ejercicio de una práctica historiográfica por lo demás ensimismada. No se puede hablar de Antigüedad, griega o romana, o sobre cualquiera otra, sin recurrir necesariamente, aparte de estos adjetivos, a una clara mención sobre a cuál "antigüedad" se está haciendo referencia. Con respecto a la Antigüedad clásica no sería mejor, por ejemplo, preguntarse ¿cuál antigüedad? ¿Nos referimos acaso a la renacentista del siglo xv y xvii que buscó su modelo en el pensamiento clásico? ¿O quizás a aquella, comparativista, de los siglos xvi y xvii que, tras el descubrimiento de los amerindios, se desarrolló alrededor del establecimiento de paralelos etnocentristas? ¿O aquella de 1789 que servía a los intereses de jacobinos o girondinos? ¿Aquella del siglo xix que ayudó a forjar los ideales de identidad, continuidad y comunidad de los estados-nación? ¿O aquella del siglo xx que, al servicio de los arquitectos de la modernidad, hombres europeos, blancos y católicos, sirvió para legitimar regímenes autocráticos y prácticas políticas? Estas son grandes generalizaciones, pero, aunque pretenciosas, pueden condensar el pensamiento sobre la antigüedad a lo largo de los siglos y tornar estos raciocinios monológicos,

PENSAMIENTO ARQUEOLÓGICO

por otro lado verosímiles, apuntando siempre hacia una Antigüedad guiada, imaginada y reconstruida (Silva, 2004).

Estas diferentes antigüedades, o mejor dicho, estas diferentes lecturas de la Antigüedad apuntan siempre a la presencia del pensamiento antiguo en la elaboración de las prácticas políticas, de las doctrinas, de los juegos identitarios, en fin, de las visiones sobre lo que es el hombre y el mundo en Occidente. Todo esto representa, para el estudioso del mundo antiguo de hoy en día, problemas cuyas soluciones no son siempre consensuales. ¿Qué lugar ocupa la recepción de los documentos relacionados con el mundo greco-romano en las sociedades contemporáneas? ¿Es igual su recepción en Europa que en otros lugares del mundo, por ejemplo, en América u Oriente? ¿Son estos documentos el testimonio de la herencia clásica occidental tal como se reivindica? Para comprender el significado de la palabra "herencia" pueden dejarse de lado los diccionarios; siempre se la relaciona a la idea de patrimonio pasado, transmitido por una persona o por un grupo, por sucesión. Un patrimonio que siempre es reivindicado por herederos directos o por aquellos que juzgan que poseen los derechos de herencia. En el caso de las civilizaciones antiguas, cuyo "legado" constituye el patrimonio cultural, cabe resaltar que este siempre ha sido un objeto en litigio. Compete a los arqueólogos, historiadores y estudiosos del mundo antiguo, hoy en día, una mayor discusión y problematización de la idea de herencia y de herencia del mundo clásico. Inclusive, tal vez se deba rechazar la herencia atribuida a las sociedades modernas e indagar, a ese respecto, quienes son los beneficiarios de esta herencia clásica y lo que ellos reivindicaron o reivindican.

El área de "estudios clásicos" es, entre las disciplinas académicas, la que está mas alejada del campo de la política moderna. Por cuenta de esto, más que reconocer su pequeño espacio de maniobra, se la concibe como el punto más aislado contenido en una "torre de marfil". Cuestionando este presupuesto propio del estereotipo de aislamiento y alineación, atribuido a los estudios clásicos, Martín Bernal (2003: 9) lo ve como si se estuvieran incorporando a ellos los patrones sociales y culturales de los contextos en los que se desarrollaron, proveyendo a cambio argumentos a favor de la noción de una incuestionable superioridad europea sobre todos los otros continentes (Bernal, 2003: 9). Los aspectos considerados arriba no son muy considerados, incluso hoy en día, dentro de

los estudios de la Antigüedad. Esta área del dominio histórico, conservadora, jerárquica y patriarcal, permanece, aún en la actualidad, poco problematizada y mucho menos, teorizada. Desde la década de los noventa se ha intentado, por parte de historiadores de los más diversos orígenes, combatir este rancio universo. En Europa, lugar donde conoció y desempeñó bien el papel de legitimadora histórica de la cultura europea occidental, bajo la sombra de los estados-nación, aunque no por sí sola, la disciplina experimenta hoy en día una especie de agitación teórica que la relaciona con problemáticas, propias de la teoría histórica contemporánea, marcadamente innovadoras, a pesar de aun estar resintiéndose de un largo período a-teórico.

Parece haber una especie de voluntad extra más para comprender que para explicar, un deseo de romper con los modelos descriptivos y normativos que, aún a las puertas del siglo XXI, oscurecían, y aún oscurecen, este dominio del conocimiento. En los denominados países del "tercer mundo", o periféricos, los históricos de sus territorios y pueblos colonizados parecen haberle impuesto a ellos las duras marcas de la violación colonial, manifiestas desde la elección de los temas hasta las formas de abordarlos, elecciones que poseen lazos estrechos con un pasado en el cual no siempre la pasividad y la supervivencia dentro de los imperios coloniales fueron objeto de problematización, tal vez por haber sido concebidas apriorísticamente como ya dadas por la historiografía. Por otro lado, con algunas excepciones, en muchos de estos países, como Brasil y los demás países del cono sur, la ausencia de una cierta "tradición clásica" parece haber contribuido en el desarrollo de una historiografía menos comprometida con valores identitarios y nacionales. Esto los eximía y los exime de la necesidad casi constante con la que los países europeos justifican su presente a expensas gloriosas de un no siempre glorioso o adecuado pasado clásico que, por tal motivo, es imaginado, creado y forjado.

Los estudios de la Antigüedad y las historias nacionales

En lo que se refiere a los estudios sobre la Antigüedad y su relación con los nacionalismos, la instancia del tiempo presente, antes que cualquier otra, es la que determina la producción de las memorias nacionales, tal vez la más querida de entre las actividades narcisís-

tas de las naciones europeas. Constructora de un discurso ligado a la producción de evidencias históricas con relación a los pasados nacionales, es para la memoria, en su dialéctica de recordar/olvidar, y para aquellos que la administran, que corresponde la producción de pasados comunes, la producción de las adecuaciones y deformaciones históricas. Memorias forjadas; las memorias de la nación encontrarán su origen y razón de ser en las necesidades de justificar –de justificar el presente en el que fueran concebidas, como si una gran entidad, moldeada en la persona del Winston Smith, de George Orwell, al frente del Ministerio de la Verdad tuviera por objeto adulterar el pasado, siempre recordando que quien controla el pasado controla el futuro, y quien controla el presente controla el pasado (Orwell, 1998: 36).

Delicada, pero con el mismo poder para matar que una bomba (Hobsbawm, 1998: 17), y vehículo para la memoria, la Historia, discurso sobre el pasado, existe en el presente. No existe una mejor perspectiva que esta para comprender el funcionamiento de la Historia y de la Arqueología del mundo antiguo, tanto en lo que concierne a los discursos sobre las naciones en la Europa de los siglos XVIII al XX, como también a los discursos imperio-colonialistas de los regímenes europeos autocráticos en cuestión. Se puede deducir que ambos discursos obedecen, en Europa, a una triple función: reafirmar una identidad, garantizar una continuidad y consolidar una comunidad de destinos (Revel, 2001). Es alrededor de estas perspectivas que se establecieron muchos de los discursos sobre el mundo romano en este período. Es importante observar que no es raro entonces encontrarlos acompañados por los intereses políticos de los que reivindicaron una cierta herencia clásica, lo que en la actualidad no es muy distinto.

Bajo la protección dictatorial de los legados, Roma fue imaginada y construida, de distintas formas, en los más diversos lugares y épocas, legitimando o desautorizando grupos, prácticas y políticas. Pero entre todos estos legados, apropiados o fruto de invenciones, la idea de imperio y de su perennidad, así como todo lo que esto significa, tal vez sea la que más ha marcado a Occidente. La efígie del Imperio Romano, como observara Richard Hingley, *"proporcionó un mito de origen para muchos pueblos de Europa y, en particular, para la Historia de occidente como un todo"* (2002: 29), proporcionando, en consecuencia, en muchas naciones que se proclaman herederas, derechos naturales del Imperio.

El pasado imperial de países como Inglaterra y Francia, tuvieron en el Imperio Romano su mayor fuente de legitimación.

El uso de la imagen del Imperio Romano permite introducir entonces, además de la idea del derecho imperialista de las naciones emergentes, la idea de pertenencia a la nación, actuando en el forjamiento de las identidades nacionales. El ideal de potencia, imperialismo y civilización de los europeos modernos, de esta forma, se convierte en el mismo de los romanos, quienes les transmitieron una especie de "misión imperial civilizatoria". El poder "civilizador" de Occidente conduce al orden, establece la paz y logra que impere el progreso. La romanización es para librar a los pueblos de la barbarie. Esta fórmula bizarra parece muy actual hoy en día si se considera el papel ejercido por los Estados Unidos frente a los países de Oriente y del llamado Tercer Mundo. Vidal-Naquet apuntaba, pertinentemente, a comienzos de la década de los ochenta, que *"solo nuestra época es mejor que las demás en su capacidad de comprender lo que sucedió cuando los griegos impusieron su modelo de civilización a Oriente"* (1980: 16).

Justificación de imperios modernos, el Imperio Romano ayuda a construir los sentidos de pertenencia, identidades y nacionalidades, dentro de un universo de préstamos simbólicos, sentidos construidos e interpretaciones falsas de las varias tentativas de las naciones europeas por establecer "pasados apropiados". La expresión "invención de las tradiciones", acuñada por Hobsbawm, se aplica en este caso con perfección. Para él, *"toda tradición inventada utiliza la historia como legitimadora de acciones y como cimiento de cohesión grupal"* (Hobsbawm, 1984: 14). Al perpetuar lo recreado, como si hubiera existido por siempre en la memoria nacional, los grupos sociales tienen por objetivo establecer una continuidad en relación con el pasado histórico, tanto étnicamente como en torno a algunas instituciones. La idea de valores transmitidos se liga de este modo a la evocación de una cierta esencia ancestral, a una idea de antigüedad de la nación y de sus valores, perpetuadas en las imágenes de la vida nacional con el objetivo de forjar identidades a través del uso de la idea de permanencia.

Instrumento ideológico de la historia y de la arqueología, esta memoria fabricada ejerció un gran papel en la definición de los propósitos colonizadores, imperiales, operando en la construcción discursiva de hechos y eventos de un pasado "desdoblado por los

PENSAMIENTO ARQUEOLÓGICO

Europeos y pueblos del mundo occidental, en general, para esculpir identidades que se oponen a la construcción de Occidente y del no-Occidente y crear una ascendencia cultural" (Hingley, 2002: 28), sirviendo frecuentemente para la glorificación de la patria y la legitimación del estado.

Fue bajo la dirección de los regímenes autoritarios, más que en cualquier otro período, que estas disciplinas fueron conducidas a sus usos más extremos —sea en el Portugal salazarista, la Francia de Vichy, la España de Franco, la Alemania de Hitler, el Irak de Saddam Hussein, la Unión Soviética de Stalin, o en otros países donde la historia y la arqueología estuvieron al servicio de grupos autoritarios en el poder. Llamadas a pronunciarse, ya fuera para legitimar los linajes étnicos gloriosos o para conferir derechos territoriales basados en ancestrales derechos de ocupación de espacios, la historia antigua y la arqueología del mundo antiguo tuvieron en este dominio un papel definidor. Desde los inicios de la década de los noventa, principalmente, los estudios multidisciplinarios procuran comprender las apropiaciones del pasado histórico y arqueológico por parte de los diferentes países de Europa durante el proceso de construcción de su identidad. Esta tradición de apropiación del "pasado nacional", que asume enormes dimensiones en el siglo XIX, hará eco en la Europa del siglo XX, principalmente en el contexto de las dos grandes guerras y tendrá, en el discurso de los orígenes nacionales, una de sus mayores fuentes de inspiración.

Italia

De entre todos los países europeos, Italia sea tal vez en donde el uso de la Antigüedad para el servicio de los gobiernos autoritarios haya alcanzado su punto máximo. Es sobre la Ciudad Eterna que, en la lucha por el poder, el futuro Duce conducirá su marcha, evocando oportunamente la continuidad y la herencia de la Roma imperial. Sede de la Italia unificada, Roma también representa el pasado glorioso al que el fascismo se liga y del cual se declara, vanagloriándose, heredero. El discurso retórico en torno a la superioridad latina se centrará en la continuidad de la Roma moderna en relación con la grandiosidad de la antigua Roma imperial, apelando exhaustivamente al mito de la romanidad. Esta relación entre la ciudad antigua y la moderna será una característica común en los discursos de Mussolini y también acompañará las publicaciones y manifestaciones oficiales del partido fascista.

Las referencias constantes a una romanidad gloriosa, triunfante, se relacionan con la idea de proyecto que el fascismo manejaba con respecto a Italia y su expansión territorial. No es raro, por lo tanto, que Mussolini asocie directamente su figura a la imagen de César y Augusto, y a toda la simbología que ellos representan, obligando a la Roma fascista a la necesidad de adecuarse a la imagen de una Roma ideal.

Más allá de las palabras, los instrumentos de persuasión de esta práctica son bien conocidos y evidentes: la historia y la arqueología. La grandiosidad evocada encontrará su lugar en la construcción o reconstrucción de la monumentalidad arquitectónica romana, en la cual el uso reiterado de una continuidad material y política de la nación es notoria. *La romanidad* es, en este dominio, la manifestación de la gloria imperial utilizada para fines nacionalistas, imperialistas y fascistas. En este sentido, la moderna Roma bajo el comando del Duce, y ejecutada por los arquitectos de la Roma, es renovada y limpiada de su pasado medieval y renacentista, elementos vistos como símbolos decadentes de los cuales el régimen no se veía a sí mismo como heredero. Mussolini, en su discurso *Per la cittadinanza di Roma*, del 21 de abril de 1924, dijo: "Se extiende delante de ustedes un período de por lo menos cinco años para completar lo que fue comenzado y para iniciar la mayor obra del segundo tiempo. Mis ideas son claras, mis órdenes precisas. Estoy seguro que ellas se convertirán en una realidad concreta. En cinco años, Roma deberá aparecer maravillosa ante todos los pueblos del mundo: vasta, ordenada, poderosa, como era en la época del primer imperio de Augusto.

"Continúen liberando el eje del gran canal de todo lo que continúa obstruyéndolo. Limpíen los alrededores de Augusto, del teatro de Marcelo, del Capitolio, del Panteón. Todo lo que allí se desarrolló, durante los siglos de decadencia, debe desaparecer. En cinco años, desde la plaza Colonna, a través de un gran pasaje, deberá hacerse visible el cuerpo del Panteón. Continúen, igualmente, liberando de construcciones parásitas y profanas los majestuosos templos de la Roma cristiana. Los monumentos milenarios de nuestra historia deben descansar enormes en su soledad necesaria. (...) voy a retirar de las monumentales calles de Roma la estúpida contaminación de los tranvías, pero daré a cambio los más modernos medios de comunicación a las nuevas ciudades que surgirán en círculo, alrededor de la antigua. Una línea directa, que deberá ser la más larga y ancha del mundo, ostentará la impetuosidad del mare nostrum, desde una Ostia resucitada hasta el corazón de la ciudad (...)"

Los ejemplos de destrucción patrimonial durante este período son varios. Entre 1924 y 1931, por ejemplo, *"todas las casas que se encontraban, frecuentemente, en mal estado, que databan del Renacimiento y del siglo XVIII fueron demolidas, entre Tibre y la calle Cavour"* (Seronde-Babonaux, 1980: 119 *apud* FORO, 2001: 210). De esta forma se limpiaba la ciudad de su indeseado pasado, por no ser glorioso o útil, y se hacía evidente a los ojos de los italianos y del mundo la grandiosidad de Augusto y de los césares en una Roma monumental, cuya potencia se reafirmaba. Se expurgaba de este modo siglos de decadencia. En el segundo aniversario de la Marcha sobre Roma, en octubre de 1932, Mussolini inauguraba su Via del Impero, limpia –la nueva Via Sacra del fascismo, adornada con estatuas de César, Augusto, Trajano– para servir al culto de lo antiguo y a la gloria del Imperio y del espacio conmemorativo de la ufanía italiana. Bajo la sombra del pasado recreado se yergue la nueva Roma, que puede vanagloriarse y celebrar sus emperadores y hombres fuertes, o sus grandes poetas y apólogos, como Horacio y Virgilio. La Ciudad Eterna resurge entonces, durante el fascismo, con sus propósitos colonialistas e imperialistas, que regresaron para quedarse. En el bervete, Fascismo, elaborado por el propio Mussolini (con la colaboración de Giovanni Gentile) para la Enciclopedia italiana, constaba: *"si cada siglo posee su doctrina, parece, por mil indicios, que el nuestro es el del fascismo"* (Mussolini, 1949: 850). Refiriéndose a su propio artículo, el Duce decía que *"(...) en Italia, hoy en día, la hora no es la de la Historia. Nada ha sido concluido. Es el tiempo de los mitos"*. Podría agregarse, tiempo de las historias construidas.

Alemania

Similar a lo acontecido en Italia, el uso de la Antigüedad en la Alemania nazi tomó dimensiones nada despreciables. En lo que se refiere al arte como medio de difusión de la ideología del Nacional Socialismo, dos fueron sus fuentes de mayor actuación: la arquitectura y la escultura. El nazismo encuentra, en las tendencias colosales de la arquitectura neoclásica de Albert Speer, y en las esculturas de la misma inspiración de Arno Breker, una de las formas más virulentas de reafirmación. Visto desde muchos siglos después debía sugerir, a aquellos que lo observaran desde una larga distancia temporal, la idea de magnificencia de

aquellos que lo vivieron, la idea de la existencia de una raza limpia, pura, civilizada, que habría tenido en el arte la exaltación de sus valores raciales. Como lo evidenciaban las ruinas greco-romanas a los ojos del Führer, la gloriosa existencia de la *cuna de la civilización*, su imperio, quizás ya en ruinas siglos después, debería dar muestras de la supremacía de la civilización en la que se vivió. Ligada a los cánones estéticos de la Antigüedad clásica, la arquitectura y la escultura nazi se preocuparía por la creación de espacios conmemorativos, de palcos para la celebración de la nueva era, donde el pasado visual de la ciudad sería visto siempre en conflicto con la nueva ideología. La Antigüedad renacería allí, según las bellas y tristes palabras de Pierre Villard, *"al precio de la sangre y del horror"* (Villard, 1972: 18).

Destruída, despojada de todo patrimonio histórico y arqueológico que no le fuera conveniente, la Berlín de Hitler, así como la Roma de Mussolini, tendrá, en la escala monumental de su arquitectura y esculturas, la materialización de los ideales megalomaniacos del Führer. Ahí está el espacio donde el individuo no tiene lugar, y se pierde, para encontrarse en medio de una ideología estética aglutinadora del pensamiento nacional, en su ostentación totalitaria, que encarnaba al mismo tiempo los símbolos de poder, de gloria, de fuerza, de autoridad y, también, aquellos de impotencia, de miedo y de terror. Esta opresión del individuo, en virtud de la exaltación del pueblo, encontrará en la arqueología uno de sus instrumentos de mayor relevancia. En este sentido, la arqueología prehistórica y del mundo clásico desempeñarán, para el Reich milenario, un papel relevante y estarán fuertemente comprometidas con la ideología nazi.

Obsesionado por el pasado, el nazismo encontró, en el dominio arqueológico, un instrumental adecuado para la legitimación de las ideologías raciales e imperialistas del Reich, siendo todo esto muy coherente con la lógica hitleriana: *Ein Volk, ein Reich, ein Führer* (un pueblo, un Reich, un Führer). Para esta empresa, colaboraron en gran medida los historiadores, lingüistas y filólogos en el ejercicio de sus profesiones, llevando hasta el extremo las propuestas de Hitler cuando decía que *"el arte de leer y de estudiar consiste en conservar lo esencial y olvidar lo accesorio"* (Hitler, 1939: 20). En lo que se refiere a la arqueología, lo que hace del papel de la arqueología algo tan singular es *"su posición dentro del*

PENSAMIENTO ARQUEOLÓGICO

aparato de propaganda y expansión del régimen" (Schnapp, 2003: 105) y su consecuente asociación con la destrucción de los patrimonios arqueológicos, así como también con los pillajes y crímenes raciales. Como en el fascismo, muchos prestigiosos intelectuales de los dominios arqueológicos, y también históricos, colaboraron con el nazismo y se beneficiaron de él. Para agradecer los beneficios conseguidos por la conquista del poder o de la permanencia de él en sus áreas, mediante cargos, sillas universitarias y presupuesto para investigación, ellos no dudaron en deformar la historia, saquear patrimonios arqueológicos y *asesinar* la memoria, haciéndose cómplices de crímenes de guerra hediondos (Schnapp, 1981: 306).

Como en Italia, la disciplina en Alemania se comprometerá con los orígenes nacionales del linaje superior y en la construcción de la idea de unidad y continuidades culturales del pueblo alemán, postulando la superioridad de los germanos respecto a otros pueblos. Con los ojos puestos en la literatura romántica del siglo XIX, muchos intelectuales alemanes buscarán legitimar este presupuesto con la creación de evidencias de un origen germánico, cuyo tronco lingüístico y racial sería más elevado que el de los demás. Apólogos de la existencia de una raza, lengua y cultura particulares, y de la relación entre raza y territorio, necesaria para justificar la nación alemana (*Urheimat*), estos encajaron de modo fácil en la política del Reich, para la cual los conceptos de *Urvolk* y *Ursprache* (pueblo y lengua originales) de Johan Fichte (1762-1814) funcionaban perfectamente el mismo binomio hitlerista que postulaba que el motor de la historia reposaba en el antagonismo de las razas, en la dominación del más débil por el más fuerte, en fin, en el embate entre los *fundadores de la cultura* y los *destruidores de la cultura*. En la senda del patriotismo fanático de Kossina, en su ideología pangermanista, los alemanes reivindicaron, por sus orígenes ancestrales, fundamentados en las evidencias arqueológicas, derechos de herencia sobre muchos territorios. Para el Reich, la investigación arqueológica estaba destinada a legitimar la superioridad racial "aria", proveyendo un testimonio de permanencia de vacíos de expansión territorial atribuidos a la raza o cultura germánica (Reinerth, 1936; Wahle, 1941 *apud* Olivier, 1998: 250). Bajo el patrocinio de Hitler, el Reich solo utilizó la ciencia histórica y la arqueología para dar un respaldo científico a aquello

que su líder ya había postulado, años atrás, con relación a los arios en *Mein Kampf*.

Todo lo que despierta nuestra admiración sobre esta tierra, ciencia y arte, técnica e iniciativa, se debe a la actividad creadora de pueblos poco numerosos y, quizás, al origen de una sola raza. De ellos depende la continuidad de toda la civilización. Todas las grandes civilizaciones del pasado cayeron en la decadencia simplemente porque la raza originaria creadora se extinguió por la mezcla de su sangre. Todo lo que vemos hoy en día, como civilización humana, como productos del arte, de la ciencia y de la técnica es casi, exclusivamente, el fruto de la actividad creadora de los arios. Podemos, de este modo, concluir, no sin razón, que, recíprocamente, fueron ellos los únicos fundadores de una humanidad superior y que ellos representaron el tipo primitivo de lo que nosotros concebimos tras el nombre de hombre. (Hitler, 1938: 94-95).

Prototipo del humano civilizado, el ario es el Prometeo de la humanidad (Hitler, 1939: 260), de raza pura y, por lo tanto, superior. Alrededor de este discurso es que las ciencias del Reich se estructuraron, entre ellas la historia y la arqueología.

Francia

Francia experimentó, durante los cuatro años de ocupación alemana (1940-1944), un régimen antirrepublicano, marcado por la colaboración activa con el nazismo y por la persecución y exterminio de los judíos (Olivier, 1998: 242; Marrus y Paxton, 1981, por ejemplo). Al contrario de lo que sucedió en la Italia fascista (país al que puede asociarse fácilmente con la Roma antigua y su idea de imperio), y a la Alemania hitlerista (que reivindicaba su pasado de superioridad asociada a los pueblos del norte), la Francia de Vichy, derrotada por Alemania, también usó la antigüedad en la búsqueda de sus orígenes, pero no para ostentar su gloria sino para justificar su derrota militar y su colaboracionismo con el Reich alemán. La estética de la arquitectura y de la escultura no tuvo, bajo Vichy, la presencia conocida en los casos de Alemania e Italia. La utilización de la antigüedad romana aquí fue otra. Como en aquellos países, la arqueología e historia del mundo antiguo en la Francia de Vichy fueron manipuladas, asociadas a un dispositivo de reeducación de la juventud y de (re)interpretación del pasado nacional,

estas disciplinas fueron utilizadas extensivamente por el "petainismo". Insertada en ellas, la historia de la Galia se rescribió durante este período.

Esta forma de ver el pasado implica una relación con el presente de la Francia de Vichy, ya que permite, convenientemente, ligar el pasado de los galos y de los romanos al momento histórico vivido por franceses y alemanes. Este nuevo pasado galo, utilizado como instrumento de propaganda, tenía por objetivo demostrar que de la unión de vencidos y vencedores resultó una nueva y mejor sociedad, de la cual, las ideas de superación y progreso son indisolubles: "(...) *el régimen de Vichy establece (...) un paralelo entre la derrota de 1940 frente a los alemanes y aquella del año 52 a. C. frente a los romanos: al igual que con la conquista romana, que debería dar origen a la civilización galo-romana, la victoria nazi debe ser la ocasión de un renacimiento para el pueblo francés, finalmente libre de la nefasta herencia de la Revolución y del Socialismo, e integrado a una nueva Europa*" (Olivier, 1998: 244). Vercingetorix derrotado, conciente de su papel de salvador junto a su pueblo, es la figura heroica que mejor representa la posibilidad de demostrar, por medio del pasado, la opción que Francia, y los franceses, debían adoptar frente a una situación similar en pleno siglo xx. Su rendición es el símbolo del triunfo de la civilización. El programa educativo de Vichy tenía por objetivo construir, al lado de los grandes héroes franceses, la figura del mariscal Pétain como el salvador moral de un país ocupado por extranjeros, de la misma forma que también fueron salvación moral, en ocasiones similares, Vercingetorix y Juana de Arco.

En lo concerniente a la arqueología nazi y su papel en el régimen, es necesario observar que ella estuvo fuertemente comprometida con los valores legitimadores de la dominación, y gracias a ella se daría prioridad a la excavación de sitios arqueológicos que atestiguaran una cierta relación con la presencia germana en territorio francés, así como también a la excavación de sitios galo-romanos ya establecidos los paralelos entre las sociedades galo-romana, Francia y la nueva Europa. Como conclusión se puede decir, respecto a los regímenes autoritarios en cuestión, que, de una forma un tanto evidente, en la búsqueda de la constitución de identidades se asemejan en muchas de sus propuestas, constituyendo de esta forma una base común en la cual, el mundo antiguo, griego y romano (y no solo ese), sirvió como espejo para sus contemporáneos.

Todos estos países propusieron un mundo mejor, nuevo y moderno, pacífico y disciplinado, organizado y civilizado, para el cual no se podía prescindir de un "nuevo hombre" fuerte; enemigos del presente, sus líderes echaban nostálgicas miradas a un pasado glorioso, uniforme y sin conflictos que debería resurgir en la actualidad. Estos propusieron una continuidad histórica, cuyas "rupturas" debían ignorarse y sus vestigios desaparecer. Apologistas de sus pasados, crearon servicios, órganos e institutos encargados de estudiarlos, mitificarlos, difundirlos y, algo muy común, crearlos —proyecto para el cual no hicieron falta artistas, intelectuales y científicos comprometidos con verdaderas alquimias de la razón; indistintamente, sus gobiernos procuraron actuar sobre la juventud (virilizándola), la educación y la escuela. Cosificaron el trabajo y la técnica como salvadoras de un mundo en crisis, promesa de un futuro mejor; otorgaron al hombre, a la mujer, a la familia, en fin, papeles extremadamente conservadores en los cortes sociales, tanto en estos dominios como también en las políticas agrarias (verdaderas vocaciones nacionales) y demográficas. No es raro entonces que sus propuestas fueran comparadas a las de Augusto, primer emperador romano. Estas naciones naturalizaron el racismo con bases científicas. En fin, tuvieron líderes valientes, emprendedores, salvadores de mundos en crisis y desestructurados por la política y la moral derrocadas de sus pueblos, es decir, sus héroes. Podrían encontrarse paralelos y referencias hasta el cansancio. Fácilmente, el mundo antiguo es representado y leído en medio de todas estas características de los regímenes autocráticos europeos. Autorizando o desautorizando prácticas, legitimando y, en fin, sirviendo como espejo de la honra, poder y gloria de las naciones y de la megalomanía de sus líderes. Una historia antigua sería poco seria y crítica si no considerara esto, que no considerara que su escritura está insertada, clavada, marcada por el tiempo presente, que no considerara que su estudio no está desvinculado de las tradiciones histórico-interpretativas de sus objetos.

Agradecimientos

Quiero agradecer a Pedro Paulo Funari (Unicamp) y a Laurent Olivier (Université de Paris I/ Musée des Antiquités Nationales de Saint-Germain-en-Laye), por las discusiones y sugerencias con respecto al texto.

PENSAMIENTO ARQUEOLÓGICO

Quiero también dar las gracias a Fabio Adriano Hering y Adilton Luís Martins por su solicitud y presteza alrededor del trabajo común que significó la mesa de "História Nacional e Construções Identitárias na Europa: usos e abusos da Antigüidade". Las ideas de-

sarrolladas en este artículo son de mi autoría y responsabilidad mía. Agradezco también a la doctora Lourdes S. Domínguez por su gestión para que sea publicado en Cuba.

BIBLIOGRAFÍA

BERNAL, M. (2003): "A imagem da Grécia Antiga como uma ferramenta para o colonialismo e para a hegemonia européia". Tradução de Fábio Adriano Hering, en Funari, Pedro Paulo Abreu (org.), *Repensando o Mundo Antigo*, IFCH/UNICAMP, Coleção Textos Didáticos 49.

COLECTIVO DE AUTORES (1949): *Enciclopedia italiana*, Roma, Instituto della Enciclopedia Italiana.

FORO, P. (2000-2001): "Archéologie et romanité fasciste. De la Rome des Césars à la Rome de Mussolini", en *Retrouver, imaginer, utiliser l'Antiquité*, Toulouse, Editions Privat, Actes du Colloque International tenu à Carcassonne les 19 et 20 mai 2000, 2001.

HINGLEY, R. (2002): "Concepções de Roma: uma perspectiva inglesa", en Funari, Pedro Paulo Abreu (org.), *Repensando o Mundo Antigo*, Campinas, IFCH-UNICAMP, Coleção Textos Didáticos 47.

HITLER, A. (1995): *Mein Kampf (Mon combat)*. La Défense Française, 1939. Édition intégrale, Paris (reedición integral de 1995).

_____ (1938): *Mein Kampf*. Ce qui ne figure pas dans les éditions françaises publiées par les amis du Führer. Paris: Le Comité de Défense Republicaine et Française (caderno baseado na edição de *Main Kampf* de 1938).

HOBSBAWM, E. J. (1984): "A invenção das tradições", en Hobsbawm, Eric J., Ranger, Terence (orgs), *A invenção das tradições*. Tradução de Celina Cardim de Cavalcante, Paz e Terra, Rio de Janeiro.

MICHAËL, R. M., y R. PAXTON (1981): *Vichy et les Juifs*. Traduit de l'anglais par Marguerite Delmonte, Calmann-Lévy, Paris.

OLIVIER, L. (1998): "L'archéologie française et le Régime de Vichy (1940-1944)", en *European Journal of Archaeology*, London, Thousand Oaks, CA and New Delhi, 1/2: 241-264.

ORWELL, G. (1998): 1984, São Paulo, Companhia Editora Nacional.

REVEL, J. (2001): "Le fardeau de la mémoire", en <http://www.irmc-maghreb.org/corres/textes/revel.htm>, Institut de Recherche sur le Maghreb Contemporain.

SCHNAPP, A. (2003): "L'autodestruction de l'archéologie allemande sous le Régime Nazi", Dossier Antiquité et dictatures du 20e siècle, en *Vingtième Siècle*, revue d'histoire, Paris, 78, avril-juin.

_____ (1981): "Archéologie, archéologues et nazisme", en Olender, M., *Le racisme-mythes et sciences*. Pour Léon Poliakov, Editions Complexe.

GLAYDSON, J. DA SILVA (2004): Usos e abusos da Antigüidade. Entrevista concedida ao Historiador Eletrônico, publicada em 15/03/2004. Disponível em: <http://www.historiadoreletronico.com.br/secoes/faces/109.html>

SUSMEL, E. y D. SUSMEL (1951-1963): *Opera Omnia di Benito Mussolini*, Firenze-Roma, La Fenice, 1951-1963.

VIDAL-NAQUET, P. (1980): *Le Monde* de 15 de dezembro de 1980.

VILLARD, P. (1972): "Antiquité et Weltanschauung Hitlérienne", en *Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre Mondiale*, 88, octobre 1972.

CUBA PRECOLOMBINA: SUS HABITANTES Y SU HISTORIA¹

Por: FELIPE PICHARDO MOYA

La Isla de Cuba tiene una historia geológica larga y complicada, como es la del Archipiélago de las Antillas, del que forma parte; y sabemos que en muy remotas épocas estuvo alguna vez unida a Centro y Sudamérica, según denuncian su flora y sus fósiles de grandes dentados, y que sufrió sumersiones y emergencias que en detalles de tiempo y espacio aún se discuten, pero de las que hay pruebas en los terrenos sedimentarios que acusan su estancia en los fondos marinos, y a lo largo de sus costas que en doble hilera aparecen al norte de Las Villas y Camagüey, estando trazada la más antigua por los islotes y bajos entre Hicacos y Sabinal, y la más reciente por el actual contorno de la Isla; y se nos dice que por su aspecto fisiográfico es un país viejo, siendo su relieve el resultado de por lo menos cuatro ciclos de erosión, que han hecho del peniplano su más notable accidente geográfico. Pero todo este pasado no tuvo testigos humanos; y aunque el establecimiento del hombre en Cuba debe remontarse a muy lejanos tiempos, a juzgar por sus restos encontrados en algunas cavernas junto con los de animales extinguidos hace siglos y bajo concreciones calcáreas de centenaria formación, nada nos autoriza a suponer que la más arcaica población cubana no corresponda a tiempos históricos, universalmente hablando, esto es, a tiempos geológicos actuales, cuando ya nuestra isla era, poco más o menos, como hoy la contemplamos.

Señalar una fecha para esa antigüedad del hombre en Cuba, es muy aventurado. Sabemos por textos históricos de la época, que cuando su descubrimiento por Colón, la isla estaba poblada principalmente por indios

venidos de Haití, cuyas últimas inmigraciones ocurrieron alrededor de un siglo antes de llegar los españoles, estableciéndose en Oriente. Pero la arqueología acusa que hubo anteriores invasiones indias que se extendieron por todo nuestro territorio, y también a todo lo largo de éste nos ofrece las evidencias, a que antes nos referimos, de una arcaica población de trogloditas, casi extinguida ya cuando la colonización; y teniendo en cuenta tales antecedentes, puede suponerse razonablemente que estos primitivos ocupaban ya la isla desde un milenio antes de la conquista española.

NUESTROS INDIOS: FUENTES PARA SU ESTUDIO

Como puede deducirse de lo que acabamos de decir, no es posible hablar de la población precolombina de Cuba como si toda hubiese estado integrada por una misma gente y de un mismo nivel de civilización.

Las modernas investigaciones arqueológicas y las antiguas referencias históricas nos dicen acordes que así no era, y que al iniciarse a principios del siglo XVI su conquista, en nuestra isla existían tres grupos de indios bien diferenciados por su cultura; aunque en realidad uno de ellos –el de más reciente establecimiento– constituía la gran mayoría de sus habitantes, y fué el único que tuvo apreciable contacto con los colonizadores, a lo largo de un siglo poco más o menos que tardó en ser prácticamente extinguido y quedar sus pocos supervivientes absorbidos por la población blanca, dejándonos las voces y costumbres aborígenes que se notan en nuestro lenguaje vernáculo y en algunos sectores campesinos. Estos indios no conocían, al

¹ Publicado originalmente en *Libro de Cuba*, 1952, páginas de la 27 a la 34.

RETROSPECTIVA

igual que los de los otros grupos y a pesar de su más alta cultura, ninguna forma de escritura, y conservaban sus tradiciones y se las transmitían oralmente, por medio de cantos y bailes rituales, llamados **areitos**. Pero nada de estos **areitos** –que la colonización algunas vez prohibió porque hacían díscolos a sus actores y los apartaban del trabajo– ha llegado hasta nosotros, aunque en algún documento del primer tercio del siglo XIX se dice que gente de ascendencia india, entonces aún existentes en la provincia de Oriente en el pueblo de San Luis del Caney, celebraban todavía en determinadas ocasiones sus bailes originarios; y así nada sabemos, por fuentes aborígenes, de la historia de nuestros indios antes del Descubrimiento. Podemos, sin embargo, conocer algo de ella, y reconstruir no poco de la vida del cubano precolombino, gracias a la Arqueología, que estudia las huellas que nos dejó de su existencia, y a las noticias y descripciones recogidas por los primitivos historiadores de Indias, que fueron testigos, cuando no actores, de la conquista y colonización de Cuba y las demás Antillas.

De estos historiadores, los que más apreciable información ofrecen sobre la población precolombina de Cuba, y aparte el propio Cristóbal Colón, que nos dejó en su Diario y en sus Cartas la primera impresión sentida por un europeo en su presencia, son el padre Las Casas, Oviedo y Fernando Colón. Éste porque recoge en su discutida biografía de su padre el Gran Almirante las informaciones del fraile Ramón Pané, que trató de conocer la vida espiritual de los indoantillanos, y el primero porque vivió en Cuba y estuvo en íntimo contacto con sus indios. Oviedo, por su parte, residió no pocos años en La Española, cuya población era similar a la general de nuestra isla. En realidad, nada esencial sobre el tema hay en los otros cronistas –sin que por esto deje de ser provechosa su lectura, ya que todos tuvieron a su disposición informaciones de primera mano– que en éstos no se encuentre; y ninguno puede ofrecernos como Las Casas, la versión de un testigo presencial. A la vez, existen antiguos documentos de Indias –cartas y relaciones de conquistadores, gobernantes y colonos– que contienen algunos detalles sobre el indocubano.

El estudio de nuestra indoarqueología puede estimarse como reciente, aunque desde muy antiguo se conocieran hallazgos de objetos propios del ajuar de nuestros aborígenes. Dicho estudio se inicia con científica intención a mediados del siglo pasado con Miguel

Rodríguez Ferrer, Andrés Poey y Antonio Bachiller y Morales, y se continúa a fines del siglo y hasta nuestros días con Luis Montané, Carlos de la Torre, Aristides Mestre, Enrique Gómez Planos, Francisco Grave de Peralta, Fernando Ortiz, Juan A. Cosculluela, Julio Morales Coello, Carlos García Robiou, René Herrera Fritot, José García Castañeda –sucesor de su padre don Eduardo García Feria en la conservación y mejoramiento de la admirable colección arqueológica de su nombre–, Rafael Azcárate, Pedro García Valdés, Orencio Miguel, José Álvarez Conde y otros. Los nombres de los arqueólogos norteamericanos, Mark R. Harrington, Herbert C. Krieger, Cornelius Osgood e Irving Rouse, deben incorporarse en primera fila a esta relación. Hoy existen además, a disposición del devoto de estos estudios, notables colecciones de objetos indocubanos, como la antes citada de García Feria en Holguín, la del Museo Montané en la Universidad de La Habana y la de Orencio Miguel en Banes.

Las investigaciones realizadas por los autores citados, en concordancia con las hechas en otras Antillas, habitadas precolombinamente por gente similar a las nuestras, y con los estudios etnográficos sobre indios sudamericanos del mismo tronco étnico y lingüístico y la revisión de los textos históricos, nos permiten reconstruir la vida de los distintos grupos de nuestros aborígenes, con rigor científico; tal como la ofrecemos aquí al lector, en total apartamiento –como es lógico en toda obra de divulgación– de toda tesis polémica.

LOS INDIOS ARCAICOS: LOS GUANAHATABEYES

1. El dato arqueológico. 2. Identificación histórica. 3. Vida material y espiritual. 4. Origen y contacto.

1. Numerosos hallazgos de restos humanos de notable antigüedad y toscos objetos de concha y piedra, encontrados en toda Cuba, generalmente en cavernas y abrigos roqueros, demuestran que en un pasado muy remoto la isla estuvo habitada por pobladores de muy baja cultura, posiblemente trogloditas.

Tales hallazgos se han encontrado hasta el presente en todas las provincias de Cuba, menos en la de Camagüey; si bien debe tenerse en cuenta, a este respecto, que nuestro territorio sólo ha sido explorado parcialmente. Hay referencias históricas de no pocos; y los más notables de los registrados en nuestros días, son los de Boca de la Caleta, Cuevas 2 y 3 de La Patana,



Ajuar de los indios taínos de Cuba. Idolillos de Piedra (Colección de José García Castañeda, Holguín).

Yumurí y El Pesquero, en Oriente, del Purial y La Jutía en Las Villas, de Guamajales en Matanzas, de Cueva de la Monja en La Habana, y de La Grifa, Pan de Guajaibón, Portales, Cenizas, Cueva Macurijes y Soroa en Pinar del Río. En general, ofrecen un conjunto de características comunes:

Ubicación: Hogar en caverna o abrigo roquero.

Ajuar: De piedra. Objetos muy rudos, sin uso específico determinado en realidad, como guijas y piedras de distintas formas, utilizadas al parecer como martillos, en las que se nota el uso humano, pero apenas la adaptación intencionada para un fin: Hoyos y morteros en la roca.

De concha: Gubias o raspadores: vasijas de caracol: cuentas de adorno toscamente hechas.

Alimentación: Restos de jutías y pájaros, conchas, cangrejos, corojos. Algunas veces, huesos del *Megalocnus rodens*, ya extinguido en Cuba cuando el Descubrimiento, del baromys y del perro mudo, este que alcanzaron a conocer los conquistadores, y ambos hoy extintos.

Entierros: En el piso de las cavernas. Huesos humanos rotos, dispersos, a veces quemados o pintados de rojo; y en un solo caso conocido –el de La Jutía, en Las Villas–, algunos con marcas transversales paralelas.

El hecho de que huellas de esta inferior indocultura se encuentren indistintamente repartidas por todo el territorio cubano, demuestra que sus representantes debieron de tener un largo establecimiento en la isla. Afincados en ésta desde muy antiguo, fueron quizás sus primeros pobladores, sin duda desplazados hacia su parte occidental por posteriores invasores que avanzaban de este a oeste, pues aquellas huellas, en

Oriente en niveles inferiores, sumergidas por las de otro indio de superior cultura, son más evidentes a medida que se avanza al Poniente, donde en algunos lugares ocupan todos los niveles. En ningún lugar se ha podido comprobar que existiesen contactos –por identidad de nivel de las evidencias *in situ* o por intrusiones de artefactos– entre la gente arcaica y los otros indocubanos o los conquistadores españoles.

2. Sabemos, por las noticias que el Adelantado don Diego Velásquez ofrece al Rey sobre la conquista de Cuba, en una carta de 1514, y por el **Memorial** de fray Bartolomé de Las Casas proponiendo remedios para conservar las poblaciones aborígenes de las Indias, que en Cuba existían, al inicio de su colonización, y reducidos a su extremo occidental, unos indios que eran como salvajes habitantes de cuevas, que en nada se llevaban con los demás de la isla. Las Casas los llama **guanahatabeyes**. Los conquistadores no los encontraron en el resto de Cuba, donde hoy la arqueología denuncia su remoto establecimiento, al ofrecernos en distintos lugares evidencias de una cultura idéntica a la de las cavernas occidentales, siendo así lógico suponer que los del extremo oeste eran sus últimos supervivientes; y nosotros tenemos, en los textos de Velásquez y Las Casas antes citados, una razonable identificación histórica para esta cultura arcaica indocubana. Es la cultura **guanahatabey**.

3. La vida de los guanahatabeyes, a juzgar por la Historia y la Arqueología, era de un rudo primitivismo. Aunque algunos autores dudan de su condición de trogloditas, no puede negarse que la mayoría de sus yacimientos se encuentran en cavernas y abrigos roqueros, y es un hecho que como tales cavernícolas nos los presentan las referencias históricas citadas. Lo más probable es que vivieran en pequeños grupos una vida de miserables nómadas; desnudos, alimentándose de moluscos que recogían en las costas y de peces arrojados por las olas; de frutas; de insectos, jutías y perros mudos, y a veces de la carne de algún solitario **mega-locnus**, superviviente de pasadas épocas geológicas. Extraños a toda agricultura, por lo que de ellos sabemos no podemos atribuirles de manera evidente ni siquiera la industria de la pesca. Su técnica de la piedra fué tan tosca, que es difícil ver en sus artefactos la deliberada construcción para un uso determinado; e

RETROSPECTIVA

igualmente ruda fué la de la concha, en la que nos dejaron el más digno implemento de su ajuar, la gubia o raspador de caracol.

Nada sabemos, ni podemos deducir, de su vida espiritual. Ninguno de los hasta hoy conocidos artefactos de su cultura parece tener un uso ceremonial o religioso; y por otra parte, son escasos y confusos los datos sobre sus costumbres funerarias, ya que en realidad sus restos, rotos y dispersos en los pisos de las cuevas, y a veces quemados, invitan a pensar en alguna costumbre antropofágica, más que en un entierro.

4. Ignoramos la procedencia de los guanahatabeyes, cuya llegada a Cuba se pierde en la noche de los tiempos. Sus huellas –difíciles quizás de percibir por lo rudo de su menaje–, no han sido encontradas de manera evidente en otras Antillas. No estando de más subrayar que aunque Oviedo y Martyr hablan de que en La Española y en sus provincias occidentales de Hanyguayaba y Guaycayarima había indios salvajes que vivían en cuevas y fueron combatidos por Diego Velásquez, esta noticia, desmentida por Las Casas aduciendo su condición de testigo presencial que residió en tales regiones, debe estimarse, como ha supuesto muy bien el notable arqueólogo Sven Loven, la misma referente a los indios salvajes del extremo oeste de Cuba, de los que habla Velásquez en su *Carta* de 1514, erróneamente referida a La Española.

El hecho cierto, arqueológica e históricamente, es que la cultura guanahatabey, localizada en distintos lugares de Cuba, no lo ha sido hasta hoy fuera de esta isla. Es la más antigua registrada en ella, y quizás en las otras Antillas, sin que sepamos su origen; y establecidos sus hombres en nuestro territorio por largos años fueron testigos de la llegada de otras invasiones indias, que apresuraron su fatal extinción; y reducidos los últimos al extremo oeste de la isla, lograron alcanzar el inicio de la colonización española, aunque sin incorporarse a ella, en salvaje aislamiento.

LOS INDIOS DE LAS COSTAS: LOS SIBONEYES

1. El dato arqueológico. 2. Identificación histórica. 3. Vida material y espiritual. 4. Origen y contacto.

1. Las investigaciones arqueológicas realizadas en Cuba –y referencias históricas concordantes– nos permiten decir que en la isla existió, desde mucho antes de su colonización por los españoles y hasta los prime-

ros tiempos de ésta, una cultura india, que hoy caracterizamos por implementos líticos tallados con sentido de la simetría, entre los que se destacan los de uso ceremonial o religioso, por la construcción de caneyes –o sea, montículos con determinada estructura, en los que se enterraban los muertos–; por el uso de astillas de pedernal y algunos objetos de madera, y finalmente por la ubicación de sus yacimientos en lugares cercanos a las costas bajas y cenagosas, esteros y desembocaduras de ríos; siendo muy débiles sus evidencias en lugares del interior de la isla.

Las más notables localizaciones de sitios de esta cultura, son las de la costa sur de la provincia de Camagüey, principalmente en el tramo comprendido entre los esteros de Santa Clara y de Vertientes, que hace un entrante al N. O., formando el gran golfo de Ana María; las de la Ciénaga de Zapata, al sur de la provincia de Matanzas; las de Malpotón, Los Bueyes, La Jarreta, Ceja del Negro y Cayo Redondo, en Pinar del Río; la de Cayo Salinas, al norte de Caibarién, en Las Villas; y las de Giralá, el Nispero, Salermo, Pérez, La Campana, Manatí y La Vega en Oriente. En tales sitios, enlazados por la presencia de similar menaje lítico y la ubicación en zonas litorales, pueden señalarse las siguientes características comunes, aunque naturalmente su conjunto no se encuentre siempre en todos:

Ubicación: Cerca de las costas, en lugares bajos inundados gran parte del año, en ciénagas y costaneras, a orillas de esteros y en desembocaduras de ríos. Nada que permita afirmar el tipo de habitación.

Ajuar: De piedra. No pulimentado pero generalmente bien trabajado y con sentido de la simetría: martillos, majadores, pesos de redes, pedernales, esferas perfectas y los llamados **gladiolitos** por los arqueólogos cubanos, o sea, unas a manera de hachas o puñales de tipo ceremonial. Los pedernales, muy numerosos en ocasiones, son simples astillas, no presentando tipos o formas predominantes. De concha: Muy escaso. De hueso: Cuentas y pinjantes. De madera: Bastones, tazas y platos.

Alimentación: Restos de jútías, tortugas, peces, conchas, pájaros, cangrejos, cobos y otros caracoles, etc.

Entierros: En montículos –caneys– deliberadamente contruidos con capas alternas de tierra, caracoles y cenizas; apareciendo los esqueletos por lo general orientados con el cráneo al este y los pies al oeste. Debe subrayarse que este tipo de entierro se ha localizado, hasta ahora, tan solo en las zonas del sur de Camagüey y de Zapata, y no en las otras donde hay localizaciones

de esta cultura, que no han ofrecido información sobre costumbres funerarias.

2. Un documento contemporáneo de la colonización de Cuba –el ya citado **Memorial** de fray Bartolomé de Las Casas– dice que en Cuba había unos indios llamados **Siboneyes**, pescadores semejantes a los que habitaban las isletas de los Jardines de la Reina y del Rey, y que los generales pobladores de la isla tenían como sirvientes. Este texto de Las Casas –que en parte se encuentra también en su "Historia de las Indias"– nos autoriza fundadamente a llamar siboneyes a los indios de las costas cubanas, a los que nos venimos refiriendo; porque numerosas y caracterizadas evidencias de estos indios encontramos en la costa sur de Camagüey, frente a los Jardines de la Reina, y en Cayo Salinas, en los Jardines del Rey, donde según Las Casas vivían los indios que eran **como los Siboneyes**. Hay, además, otros textos históricos que relacionan los habitantes de las costas cubanas y sus cayos adyacentes, con los siboneyes, y es de subrayarse que a veces en el interior de la isla y en compañía de evidencias de los **indios de la isla** que al decir de Las Casas tenían sojuzgados a los **Siboneyes**, se encuentran artefactos de la cultura de estos últimos: ciertamente, las huellas del siboney reducido a la servidumbre, y que pudo conservar su libertad en los cayos, costas y ciénagas donde el indio agricultor que lo sojuzgara no tenía interés en establecerse.

3. Muy poco sabemos de la vida material y espiritual de estos indocubanos que llamamos siboneyes. Los sitios de su cultura localizados en Oriente, son pocos en número y de poca extensión. Más que asentamientos de pueblos, parecen estaciones de tránsito; y el metódico estudio hecho por Osgood del asiento de Cayo Redondo, en Pinar del Río, acusa que allí los indios no estuvieron permanentemente durante todo el año. Tampoco en Zapata –aparte los palafitos del Llano de las Estacadas– se conocen verdaderos sitios de población, ni sabemos de ninguno localizado en la costa sur de Camagüey. En ésta, sin embargo, el número y extensión de los **caneyes** denuncia la permanencia en aquella zona y por largo tiempo, de una no corta población, constructora de dichos monumentos.

Ignoramos cómo fueron sus viviendas. La ya señalada general ubicación geográfica de sus yacimientos, en lugares cercanos a las costas y en cuencas de desagüe, inundadas gran parte del año, donde el terreno

bajo parece impropio para todo género de habitación, sugiere la hipótesis de que estos indios en muchos casos habitaran en barbacoas, esto es, en viviendas levantadas sobre horcones. Y ciertamente, hay algunas referencias arqueológicas, y numerosas geográficas e históricas, casi siempre concordantes con lugares donde existen evidencias de la cultura que decimos siboney, sobre estacadas y palizadas existentes desde tiempo inmemorial; sin que sea de este lugar cansar al lector con su exposición.

Establecidos los siboneyes en las costas principalmente, y entre esteros y cayos, lógicamente debieron de conocer alguna clase de piragua o canoa, aunque de esto no tengamos prueba arqueológica alguna. Fueron sin duda pescadores, y sobre todo, recogedores de moluscos. Tomando como referencia sus residuarios de la costa sur de Camagüey, que es la más extensa zona de su cultura hasta hoy conocida, vemos que entre los restos de su alimentación predominan las conchas de distintos caracoles, y las de ostras, y más que espinas de pescados hay huesecillos de flamencos y carapachos de tortugas. Subrayamos, concordantemente, que Las Casas, al referir el crucero de Colón por aquella costa durante su segundo viaje, cita las tortugas –de las que dice había viveros y corrales– y los flamencos, como alimentos preferidos de los indios de la región. Colón los vio cazar flamencos acercándose a éstos el indio nadando entre dos aguas, y también los vio pescar las grandes tortugas –que aún hoy abundan en aquellas cayerías– por medio del **guaicán** o **pez pega**.

Llama la atención que el ajuar arqueológico siboney, con artefactos ceremoniales de apreciable técnica –esferas líticas, gladiolitos, bastones de mando, discos–, sea tan pobre en útiles de uso doméstico. Posiblemente, una parte de estos utensilios los construyeran de madera, y no han llegado hasta nosotros; y así parecen demostrarlo algunos hallazgos de tazas conservadas en el légamo de las lagunas de Malpotón (Pinar del Río), junto con palos para encender el fuego y bastones de mando.

El siboney se nos presenta como ignorante de la agricultura y la cerámica. En el sur de Camagüey, sin embargo, sabemos de dos casos en que se han recogido fragmentos de una cerámica primitiva, junto con los artefactos comunes a sus yacimientos; y lo mismo ocurre en el sitio de La Manaca, en la parte central de Las Villas. Son casos excepcionales, que no nos permiten

RETROSPECTIVA



Ajuar de los indios taínos de Cuba. 1 y 3, idolillo acucillado de cuarcita, de frente y de perfil; 2, idolillo de hueso (Colección García Fera, Holguín).

una deducción no sujeta a discusión; y bien pudiera tratarse de contactos con el indio general poblador de la isla, venido de La Española según Las Casas, y llamado **taíno** por los arqueólogos.

Nada sabemos sobre las armas, ofensivas o defensivas, de los siboneyes. Entre los objetos clasificados como de su cultura y recogidos en la región de Malpotón, se encuentran una flecha, y pedazos de otra; pero en realidad el uso del arco y las flechas por los indios de Cuba, no está mencionado expresamente por ningún texto histórico fidedigno, y esos dos únicos hallazgos no son bastantes para probarlo arqueológicamente. De la misma manera, desconocemos el vestuario que pudieran haber usado. Es lógico suponer que anduvieran generalmente desnudos, utilizando la pintura mineral como adorno más o menos simbólico, en ocasiones guerreras y ceremoniales, y como protección contra las picadas de los insectos. Tanto en Oriente como en Camagüey, en algunos de sus yaci-

mientos se han recogido hematites y ocre, y se ha visto en algunos morteros las huella de pintura roja. Se adornaban también con pinjantes de hueso y piedra, y con cuentas de concha.

El indio que talló las esferas y los gladiolitos, debió ser capaz de hacer tallas pétreas de más o menos tosca escultura. Sin embargo, no sabemos de ídolos ni figuras de ninguna clase encontrados en yacimientos siboneyes. No existen, en su ajuar conocido, objetos con representaciones ántropo o zoomorfas.

La existencia de objetos de adorno en el ajuar siboney –personalmente hemos recogido, de entre los restos humanos de un caney, un muy bien hecho pendiente de hueso– sugiere el reconocimiento de la propiedad privada.

En este indio, como en todo primitivo, las comodidades materiales que requieren la construcción de utensilios específicos para el uso cotidiano, debieron de ser menos imperativas que las preocupaciones mágicas o religiosas; y más que a obtener aquellos utensilios, o al adorno y adaptación de sus viviendas, atendió él a la construcción y cuidado del amuleto que creía le proporcionaba la pesca o la caza, o lo protegía de las cóleras meteóricas, así como a enterrar sus muertos conforme a ritos que garantizaban, con el bienestar del difunto, la seguridad de que no volvería su espíritu descontento a molestar a los vivos. De aquí la mayor perfección de los artefactos de uso ceremonial o mágico, que hoy encontramos en su ajuar –los que los arqueólogos cubanos venimos llamando esferas líticas, gladiolitos, discos y bastones de mando– y de aquí también la construcción de los caneyes funerales.

Éstos acusan en nuestro siboney el conocimiento de lo que pudiéramos llamar el trabajo social, esto es, la



Ajuar de los indios taínos de Cuba. A. máscara de concha; b. colgantes de concha; c. anillo de concha (Colección de Orencio Miguel, Banes).

colaboración regular de varios individuos para lograr un objetivo. El llamado **caney** en la costa sur camagüeyana, es un montículo artificial, obra humana, construido con una determinada estratificación de capas de tierra, caracoles y tierra con cenizas, donde hoy se encuentran enterrados los esqueletos humanos. La construcción de cada uno de ellos –y son numerosos, habiéndolos de más de setenta metros en su base y casi tres de altura– requirió sin duda el concierto expreso de un grupo de trabajadores, laborando en interés general. Si esta clase de entierros era de uso general para todos los siboneyes, o si se trata de un tipo de enterramiento para determinada categoría social, lo ignoramos; aunque parece ser lo primero, por el gran número de caneyes y el gran tamaño de algunos. No conocemos referencias históricas en relación con los caneyes.

En realidad, por éstos y por sus artefactos de carácter ceremonial, la vida espiritual del siboney, de la que no tenemos conocimiento por la Historia, está arqueológicamente demostrada. Si de ella nada concreto sabemos en detalle, si podemos pensar que obedeció a un complejo animista y mágico, creyendo el siboney en alguna supervivencia para sus muertos, que enterró conforme a ritos necroláticos acusados por el caney y las esferas líticas que en ellos a veces acompañan a los esqueletos humanos enterrados con determinada orientación, y también que tuvo en sus gladiolitos y discos un emblemismo, posiblemente de carácter sexual y astrolático, respectivamente.

4. No podemos afirmar sin discusión el lugar de origen de este grupo cultural indocubano que llamamos siboney.

Sus evidencias se encuentran en distintas regiones de Cuba, pero con mayor extensión en el sur de Camagüey, donde faltan en ellas las de sus contactos con otras indoculturas cubanas, visibles en algunos de sus yacimientos en otras zonas. Por otra parte, solo en relación con esa costa meridional camagüeyana tenemos noticias históricas, contemporáneas de la colonización– en algunos documentos de Indias publicados por nuestra Academia de la Historia– sobre indios distintos a los **indios de la Isla**, como son las referentes a la conquista de los Jardines de la Reina por Hernando Gómez de Ávila, que en ese archipiélago por poco muere a manos de sus indios, siendo salvado por Rodrigo de

Tamayo, y las de la represión que éste hizo de un alzamiento de los mismos indios –llamados **cayos** en los referidos documentos–, que se extendió desde Bayamo al Sasa. El sur de Camagüey parece presentarse así, por aquella pureza en él de las evidencias del siboney, como el centro difusor de la cultura de este último, y a la vez como refugio de sus últimos supervivientes.

Evidencias arqueológicas idénticas a las de nuestros siboneyes, o muy similares, han sido registradas en la región de Fort Liberté, en Haití, en los sitios Courí, Cabaret y Bay de Conch, y también en Krum Bay, St. Thomas, Islas Vírgenes y en Claxton Bay, en Trinidad. Algunas características siboneyes –como la del enterramiento en caneyes, que son verdaderos burial mounds– se han interpretado por algunos autores como acusadoras de un origen norteamericano, posiblemente de La Florida, pero tal hipótesis está muy lejos de haberse confirmado. En cambio, el hecho histórico, recogido por Las Casas y otros cronistas, de que los indios habitantes de las costaneras del sur de Camagüey, que debemos suponer lógicamente fueron los constructores de los caneyes, pudieran entenderse con los haitianos y lucayos que acompañaban a Colón en su segundo viaje cuando recorría aquella zona, los acerca a las inmigraciones **aruacas** de las Antillas, a las que sabemos pertenecían originariamente dichos acompañantes del Gran Almirante.

Este origen venezolano de nuestros siboneyes, parece indudable después de los trabajos realizados en 1942 por Osgood y Howard, en las regiones de Sucre, Anzoátegui y Tocarón, saltando a la vista la analogía de no pocos de los especímenes por ellos recogidos en estos lugares, con los del siboney cubano. Es muy probable que éste correspondiera a una de las primeras olas de indios **aruacos**, originarios de las cuencas del Orinoco y de Negro, que sabemos invadieron las Antillas, y que llegara a establecerse en Cuba, donde unos grupos, aislados en costaneras y cayos, supervivieron libres hasta el descubrimiento, mientras otros, más adentrados en nuestro territorio, fueron exterminados o sojuzgados por posteriores invasiones de gentes del mismo origen, pero con una cultura distintamente evolucionada por larga estancia en otras Antillas. Esta hipótesis puede alegar en su favor el aserto de Las Casas, de que los siboneyes habían sido una primitiva población cubana, sojuzgada por los **indios pasados de La Española** que eran los generales pobladores de

RETROSPECTIVA

la isla a la llegada de los españoles, así como la similitud de idiomas antes dicha, y el hecho arqueológico de que en algunos yacimientos cubanos de estos **indios pasados de La Española** –los que hoy los arqueólogos llaman **taínos**– se encuentran a veces artefactos siboneyes, y nunca ocurra lo contrario. Los conquistadores españoles no distinguieron a los siboneyes sojuzgados por el taíno sino por su condición de clase servil dentro de la comunidad taína, y en sus relaciones de indios encomendados los llamaron **indios naborías**, sabiéndose que **naborías** eran los indios dedicados a la servidumbre; pero sí distinguieron como otra gente a los siboneyes que aislados en costaneras e isletas hacían vida de pescadores, y los llamaron **indios cayos**, y también **indios de los Jardines**, por los cayos y archipiélagos circundantes de Cuba donde los encontraron establecidos.

LOS INDIOS DE LAS MESETAS: LOS TAÍNOS

1. El dato arqueológico. 2. Identificación histórica. 3. Vida material y espiritual. 4. Origen y contacto.

1. La arqueología nos afirma con abundantes pruebas, que en Cuba existió una población india agrícola y alfarera, que se estableció preferentemente en las mesetas y valles fértiles, y que trabajó la madera, el hueso y la concha, y admirablemente talló y pulimentó las más duras piedras, dejándonos variados artefactos de cuidada técnica. Esta población estuvo en contacto con los colonizadores españoles, notándose este contacto por la intrusión de objetos castellanos entre los propiamente indios en los antiguos yacimientos; como ocurre, por ejemplo, en el sitio del Yayal, cercano a Holguín y estudiado por José García Castañeda, en el que se encuentran adornos de los aborígenes hechos de loza española, y hachas como las españolas hechas de piedra, y hachas petaloideas indias hechas de hierro. Por otra parte, la Arqueología comparada nos demuestra que estos mismos indios formaban, en la misma época del descubrimiento y la colonización, la general población de las otras Antillas Mayores y Las Bahamas.

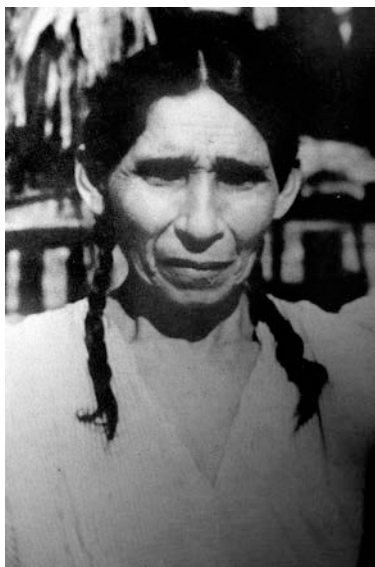
Residían en verdaderos poblados, de los que hoy se localizan a veces, claramente determinados, los emplazamientos, y hasta las plazas o campos –los bateyes– en que acostumbraban celebrar sus danzas y juegos rituales. Terraplenes y residuarios acusan igualmente sus asientos de población. Abundan sus evidencias en toda la provincia de Oriente, con zonas de mayor den-

sidad en las demarcaciones de Baracoa, Banes y Holguín; y en la provincia de Camagüey, sobre todo hacia su mitad occidental. También se encuentran en Las Villas, en la parte noreste, y se van haciendo más escasas a medida que avanzamos al occidente. Esta realidad arqueológica hace pensar –y es afirmación de muchos autores– que esta población de indocubanos agrícolas fue exclusiva de nuestras provincias orientales; pero debe tenerse en cuenta a este respecto, y sin que desde luego se niegue que en el oriente tuvo su mayor densidad, que precisamente esas provincias, mayores en extensión y más tardíamente pobladas y cultivadas que las otras de Cuba, y por tanto más propicias a la conservación de vestigios indoeuropeos, son las que más se han explorado en su búsqueda; y casi todo el resto del territorio cubano, poblado y cultivado de antiguo, y donde por esta razón deben de haber desaparecido las huellas superficiales del aborigen y ser más cuidadosa y difícil su exploración, puede estimarse como virgen de toda investigación. Ciertamente, las que entre nosotros se han venido realizando, han hecho que de día en día se corra hacia occidente la línea que se suponía demarcando el territorio ocupado por nuestros indios agrícolas; y por otra parte conviene recordar que las referencias históricas de tiempos de la colonización, no localizan tales indios en ninguna única región de la isla, y en todas los colonizadores aparecen en contacto con ellos.

A juzgar por los yacimientos de estos indios en Cuba y en las otras Antillas y Las Bahamas, quizás pueda determinarse una secuencia o cronología entre sus distintos establecimientos; y de aquí que algunos autores clasifiquen éstos como correspondiendo a dos culturas distintas, aunque muy semejantes; llamada **taína** –de acuerdo con la identificación histórica a que más abajo hacemos referencia– a la superior y al parecer más reciente, y **subtaína** a la inferior y más antigua. No hay, sin embargo, y fuera de un criterio preconcebido de metodología investigadora puesto en práctica por escuelas arqueológicas, diferencias en el ajuar de los distintos establecimientos de estos indios que acusen una real diversidad de culturas.

La común a todos los indios agrícolas de Cuba se caracteriza arqueológicamente:

Por artefactos líticos admirablemente tallados y pulimentados: hachas petaloideas y amigdaloides, de una simetría bilateral perfecta, y hachas ceremoniales ornamentadas. Idolillos o amuletos, los más de figuras



Aunque nuestros indios se han extinguido, aún existen personas que conservan la tradición de su ascendencia aborigen, y el típico físico del taíno. Así, la señora Evarista Zamora, que reside en la base del Pico de Turquino, de familia que se envanece del citado origen.



.Colgante de cuarcita. Sitio de población El Mango, en Banes (Colección de Orencio Miguel).



De serpentina negra. Sitio Río Seco, Banes (Colección de Orencio Miguel).

semihumanas acucilladas. Morteros y majadores, éstos de figuras cónicas o acampanadas, y a veces con cabezas ántropo y zoomorfas. **Dujos** (asientos ceremoniales), y quizás metates, a veces con decoraciones. Buriles, percutidores, cuentas cilíndricas de cuarzo perforadas centralmente.

Por objetos de madera, por lo general guayacán o caoba, tallados con incisiones y relieves de representaciones geométricas y ántropo y zoomorfas estilizadas, posiblemente simbólicas, y a veces con incrustaciones de conchas, incluyendo **dujos**, platos, ídolos, espátulas vómicas, etcétera.

Por objetos de concha, como máscaras y adornos y espátulas vómicas, y de hueso, como idolillos y amuletos.

Por una variada cerámica, incluyendo cazuelas, escudillas, cántaros, vasijas aplanadas, platos, **burenes** para tostar el casabe, y aun idolillos colgantes. Las cazuelas –redondas, naviculares, ovoides, dobles, etc.– están generalmente adornadas con asas ántropo y zoomorfas, con adiciones y moldeados y dibujos incisos en formas geométricas.

Por sus sitios de población, generalmente situados en lugares altos, mesetas y valles fértiles, y señalados por

terraplenes y residuarios, y a veces por **cercados** –grandes espacios circundados por muros de tierra endurecida–, como el de Pueblo Viejo, en Maisí, que se estiman ser los **bateyes** de las referencias históricas, en los que celebraban sus danzas rituales y sus juegos de pelota.

2. Según relaciones de los historiadores Chanca –que acompañó a Colón en su segundo viaje– y Martyr, los indios de La Española en contacto con el Gran Almirante, similares a los de las otras Grandes Antillas, se autonominaban **taínos**; y este nombre ha sido escogido por los arqueólogos para designar la cultura caracterizada por los artefactos antes relacionados, y el régimen de vida que más adelante concretamos.

Algunos llaman **subtaínas** a las más arcaicas manifestaciones de esta cultura, que estiman diferenciadas de las más recientes, principalmente por detalles de técnica en la cerámica; suponiendo que en Cuba la propiamente taína estuvo reducida a su extremo oriente, siendo subtaína la de los restantes yacimientos de indios agrícolas. Pero ya hemos subrayado anteriormente que esta diferenciación obedece más a la aplicación de un preconcebido criterio de metodología

RETROSPECTIVA

investigadora, que a una real diversificación cultural del ajuar de dichos indios.

3. Esta población que los colonizadores encontraron como general y predominante en Cuba, se encontraba en la fase de tránsito de los agricultores inferiores a los superiores; coexistiendo la fase de la pesca, muy vigorosa en gentes que, como las que la integraban, eran de origen aruaco y procedían de las cuencas de los inmensos Orinoco y Amazonas, habiendo desarrollado una hábil **cultura de canoa**. La fase agrícola desarrolló naturalmente la cerámica, y la de pescadores una variada técnica pesquera.

Su economía estaba acondicionada principalmente por el cultivo de la yuca y la industria de la fabricación del casabe. La siembra de la yuca adquiría por su tradición e importancia, relieves rituales, haciéndose desmontes, y plantaciones periódicas, y disponiéndose las raíces en montículos cónicos, con el auxilio de la **coa**, o sea un palo puntiagudo endurecido al fuego. Había varias clases de casabe, y su elaboración era de cuidadosa técnica, requiriendo una utilería especializada, como las conchas de bordes preparados para raspar la corteza de la yuca: el **guayo** de madera con piedrecillas incrustadas, para rayarla; el **jibe** para filtrar la masa; el **sibucán**, estrecha manga de tejidos de hoja de palmas. Para comprimir y extraerle el jugo, y el **burén**, a veces con inscripciones que imprimían su dibujo en la torta de casabe que sobre él se tostaba. Del zumo de la yuca se fabricaba un vinagre de complicada preparación. Se cultivaban también el ají, el boniato, la manzanilla, el algodón y el tabaco. Estos dos últimos eran de capital importancia en la vida del taíno. El tabaco era usado en ritos medicinales y religiosos, aspirándose en polvo por las narices y la boca, a veces mezclado con otras plantas, tomándolo con las pipas en forma de Y o de X de platos ceremoniales de madera, o de los que, expresamente para tal rito decoraban como una corona la cabeza de algunos ídolos; y se fumaba también en hojas enrolladas. Del algodón tejían las hamacas y redes, y las pocas piezas de su vestuario. Desconocemos su técnica del tejido, y es de suponerse fuera similar a la de los aruacos continentales, a cuya cultura fundamentalmente se incorpora la de los taínos.

Naturalmente, utilizaron en su alimentación las numerosas frutas silvestres de la isla, aunque no las cultivaron; y así puede afirmarse del mamey, el caimito, el

anón, el hicaco, la papaya, el corajo, la jagua, la guanábana y la pitahaya.

En cuanto a la pesca, conocían varias técnicas, utilizando diversas formas de redes de distintas fibras textiles, y corrales para las lisas y algunos quelonios. También se valieron del guaicán –pez rémora– para mediante la adherencia de su ventosa, traer a la mano los grandes peces y careyes; y del sistema que aún se practica en algunos sectores de nuestro campesinado, y que llamamos **cuabear**; consistente en recorrer de noche el lecho de los ríos, por la zona de aguas mansas cercanas a las orillas, deslumbrando a los peces y crustáceos con una cuaba o alguna otra madera resinosa encendida, y arrojándolos a tierra, donde son recogidos en **jabas**.

A juzgar por algunas costumbres de gentes de apartados rincones cubanos de tierra adentro, que debemos suponer supervivencias aborígenes porque las encontramos semejantes entre los caribes supervivientes de las Antillas Menores, que como es sabido sufrieron una honda transculturación arauca, y también entre los aruacos continentales, nuestros indios de este origen construyeron curiosas y complicadas trampas, de madera, cestería y nudos corredizos, para capturar las aves, atrayéndolas con la imitación de su canto, o por medio de otras cautivas. Se sabe, por ejemplo, que los caribes insulares apresaban las aves prensibles embriagándolas con el humo de la pimienta verde, quemada con carbón en calabazas sujetas a una larga pértiga; y este sistema se utiliza aún, para el mismo fin, en lugares de la jurisdicción de Baracoa, donde es lógico suponerlo una supervivencia taína.

No había en Cuba grandes animales terrestres productores de carne, y solo dispusieron sus aborígenes de algunos pequeños como las jutías, el agutí y el perro mudo, completando la dieta con iguanas y murciélagos, y no repugnando alimentarse también de insectos y caracoles. Obtenían la sal por evaporación del agua del mar, y quizás por la maceración de las conchas de algunos cangrejos; el fuego, por la frotación de una varilla de madera, rotando sobre dos trozos de madera seca fuertemente atados. Un numeroso ajuar cerámico les permitía la cocción; y en las **barbacoas** –o sea, una enramada horizontalmente dispuesta a poca altura y sostenida por horquetas verticales clavadas al suelo– se ahumaban las carnes y el pescado.

Era usual la pintura del cuerpo y el rostro, de rojo con la bija y de negro con la jagua y también con carbón, en ocasiones guerreras y ceremoniales; así como la defor-

mación del cráneo por compresión fronto-occipital, iniciada desde los primeros años del infante. Llevaban los cabellos partidos al medio, y cortos, con un pequeño cerquillo sobre las cejas. Por lo general lampiños, se cortaban el pelo tomándolo entre dos finas conchas.

La desnudez era habitual, pero se adornaban con plumas y guirnaldas, collares y cintos de cuentas de piedra –llamadas **sibas**– y concha, y pectorales y aretes también de concha, y de hueso. En ocasiones de mayor ceremonia, algunos jefes usaban alrededor de las caderas una especie de cinto, o sayo, hecho de plumas de colores tejidas, o de algodón con huesecillos y escamas de pescado. Fue sin duda numerosa la variedad de estos sayos, así como la de bandas sobre las frentes para sujetar las plumas, y la de los pendientes, de concha, hueso y piedra. Las mujeres casadas usaban unas cortas faldas –las **naguas**– tejidas de algodón y a veces adornadas en su parte delantera con piedrecillas de colores; y las solteras se cubrían, en ocasiones, no más que con un pequeño delantal del mismo material y de forma de hoja de naranjo.

La armazón o esqueleto de sus viviendas, señalando la forma de la construcción, era de tronco de árboles; las paredes de yaguas, o cañas de bambú, fuertemente unidas por medio de ariques; y el techo de pencas, aunque a veces se utilizara también, según Las Casas, una clase de yerba muy delgada y parecida al lino seco. Nada se ha conservado de tales viviendas, que conocemos por las incompletas descripciones de los cronistas de Indias. Al decir de éstos, eran de dos tipos: uno de base circular y techumbre cónica –el **caney**–, y otro de base rectangular y techo a dos aguas, el **bohío**.

Perece que existió además un modelo de abrigo temporal, formado por una cubierta de pencas tendida desde un tronco horizontal, sujeto por sus extremos a dos altas horquetas, hasta el piso; dejando así el frente y los lados abiertos.

Algunas viviendas constaban de varias habitaciones, con su propia destinación. Otras, de mayor extensión, eran comunales. Los textos históricos nada dicen expresamente del adorno de las casas; pero a tenor de algunas referencias sobre algunas muy hermosas, y de lo que hacían a veces los aruacos continentales, de su misma filiación cultural, puede suponerse que excepcionalmente las hubiera decoradas con cestería coloreada con pigmentos vegetales.

No fue común a nuestros taínos el uso del arco y las flechas, aunque acaso utilizaran algún tipo de arco, o arpón pequeño, para la pesca del manatí. El arma más



Ajuar de los indios taínos de Cuba. Distintos tipos de ollas, platos y escudillas de barro (Colección de Orencio Miguel, Banes).

agresiva de su ajuar, fue sin duda la **macana**, o sea, una especie de bate de madera dura, generalmente de la palma cana, ancho y por lo general de forma triangular hacia el extremo agresor, en el que algunas veces se incrustaba un hacha de piedra.

Sus camas eran las hamacas, tejidas de algodón; y numeroso y variado era su ajuar cestero –jabas, jabucos y catauros–, de hojas de distintas palmas, bejucos y yaguas. El **sibucán** y el **jibe** también se tejían de hojas de palmas. El **dujo** es quizás el más interesante mueble del ajuar taíno; y de él tenemos constancias históricas y arqueológicas. Sabido es que se trata de un banquillo, generalmente de madera y con cuatro patas, y no pocas veces con el asiento y el espaldar formando una continuada curva. Eran asientos ceremoniales, y se les decoraba con tallas y esculturas simbólicas, muy finamente trabajadas; sirviendo para personajes de rango, y quizás para las jóvenes en ciertos momentos de su pubertad. Era parte esencial del equipo del médico hechicero –el **behique**–, que en él se sentaba para tomar sus ahumadas de tabaco y asistir al enfermo. El **dujo** es sin duda un artefacto de la cultura arauca; pero en su forma y decorado, los del taíno parecen acusar una influencia centroamericana, posiblemente de los **guetaros** de Costa Rica.

Otro de los implementos del behique, que también se utilizaba como de música para las danzas rituales, es la **maraka**. Este nombre se conserva entre los aruacos continentales de nuestros días. Es una güira o calabaza, insertada en un mango, y con varias piedrecillas dentro, seleccionadas por sus virtudes mágicas, que al sonar provoca el sueño en el enfermo, y aún en el médico. Como es sabido, el nombre de maraca subsiste entre nosotros, aplicado a un instrumento semejante

RETROSPECTIVA

de la música vernácula, suponiéndose que en su supervivencia ha influido poderosamente su adopción por los negros esclavos venidos del África, donde está muy extendido uno semejante.

Ni la Historia ni la Arqueología son muy elocuentes en relación con los instrumentos musicales de nuestros aborígenes. Existen hallazgos de vasijas de barro en cuyas patas huecas tintinea algún objeto suelto, y de cazuelas con asas igualmente dispuestas, así como de silbatos de huesos, y collares de olivas sonoras. Pero atendiendo a las noticias de algunos historiadores y tomando en cuenta usos tradicionales en nuestros campesinos de apartadas regiones, en comparación con los de tribus sudamericanas del mismo tronco aruaco que nuestros taínos, y los de los caribes insulares influidos por la transculturación Arauaca, pueden señalarse algunos otros instrumentos musicales como propios del indocubano. Así, éste debió conocer idiófonos de carapachos de tortuga, las trompetas de caracol –el **guamo**–, las flautas de huesos y de cañas, la trompeta de caña hecha resonar dentro de una botija de barro, que los aruacos de la Guayana llaman **botuto**, y se nos informa es conocida en lugares de ambos extremos de nuestra isla, y quizás alguna variedad de la **tarimba** aruaca, o sea, de una a tres cuerdas en tensión sobre un tronco hueco. Existió además el gran tambor ceremonial, o de guerra –el **mayohuacán**–, hecho de un tronco ahuecado a todo su largo por medio del fuego y el agua, y cerrado en sus extremos, con una hendidura rectangular en su parte inferior, y otra en la superior, con bordes de media luna o lengüetas, que se golpeaban con una maza –de resina probablemente– haciéndolo resonar con un fuerte y prolongado eco.

Numerosos testimonios históricos de tiempos del Descubrimiento nos hablan de las canoas de nuestros aborígenes, y nos presentan algunas de gran tamaño y adornadas con tallas y molduras. La palabra canoa es al parecer de origen caribe –**kanaua**– e ignoramos si nuestros taínos tuvieron otras para designar sus embarcaciones, en relación con su tamaño o su forma, ya que tradicionalmente se estima la voz cubana **cayuco** como aborígen, expresando un tipo de barquichuelo sin proa ni popa.

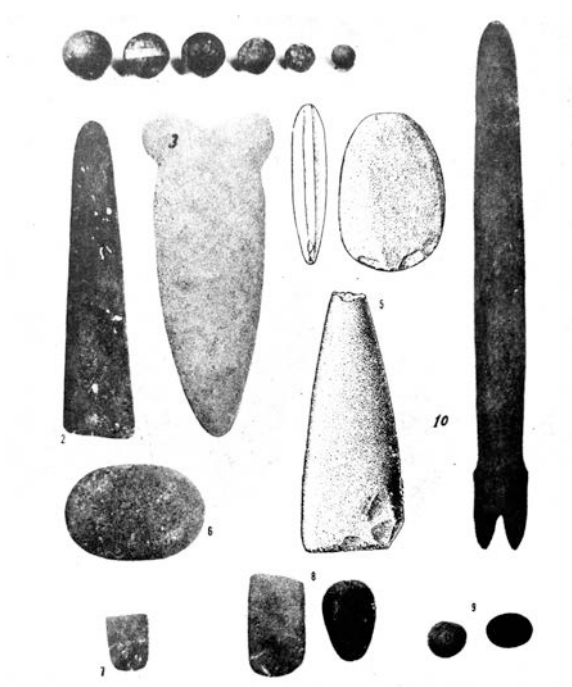
La construcción de una canoa era labor difícil y de tiempo. Se hacía del tronco de un gran árbol, que una vez derribado y conformado con las hachas de piedra, se ahuecaba por medio del fuego, carbonizándolo a lo largo y dejándole un borde de un grueso proporcional

al fondo y tamaño de la embarcación. La madera carbonizada se extraía con las mismas hachas y con raspadores de concha. La concavidad así formada se llenaba de agua y piedras, y se rodeaba de un fuego lento, para lograr que se combara, tomando su forma propia el vientre de la canoa, afirmada más tarde con traviesas interiores. Finalmente, se procedía en algunos casos a decorar la embarcación, que se impulsaba a remos, de los que había varios tipos.

Poco y muy confuso es lo que sabemos de la religión de los indios taínos, que fueron rápidamente extinguidos, sin que los más de los cronistas de Indias cuidaran de informarse sobre tal extremo, ni el fraile Ramón Pané, al que Colón encargó su investigación, acertara a interpretar y contarnos con claridad lo que alcanzara a conocer.

Aunque algunos historiadores nos hablan de la creencia en un todopoderoso **Gua-Maonocón** –también llamado Yucahu Vagua Maorocoti–, inmortal e invisible hijo de **Atabex**, la realidad es que los indocubanos agrícolas, al igual que los taínos de las restantes Antillas, parecen no haber tenido un verdadero concepto de un Ser Supremo, como tampoco lo tuvieron sus afines los aruacos del continente antes de sus contactos con los cristianos; y aunque también se nos cuenta de **Mabuya** como de un equivalente al Diablo de los cristianos, este nombre de **Mabuya** se registra, en las tradiciones y la vida de aruacos y caribes continentales, como el de los espíritus maliciosos de las florestas, de no mayor rango que otros de distintos paisajes; y lo único que podemos afirmar, a juzgar por las referencias históricas y las evidencias arqueológicas, es que la religión de nuestros indios era animista, con expresiones antropo y zoomorfas basadas en mitos referidos a los espíritus sidéreos y meteóricos, y que este animismo derivaba más –como es común en los pueblos salvajes– al culto de los malos espíritus que al de los buenos. A este culto se unía el de los antepasados –se veneraban cráneos y huesos humanos– y lo que se ha llamado **ceñismo**.

El **cemí**, o **zemí** o **zeme** era la fuerza, y a la vez la efígie en piedra, madera, hueso o algodón, de espíritus familiares; y el **behique** –médico, hechicero y sacerdote en una sola pieza– podía recibir sus inspiraciones y entenderse con el espíritu por medio de determinados ritos, entre los que figuraba en primer lugar el de las ahumadas y aspiraciones del tabaco, una vez limpio su cuerpo por haberse provocado el vómito, a veces con las llamadas por los arqueólogos espátulas vómicas,



Implementos de los indios siboneyes. 1, esferas líticas; 2, 3, 5 y 10, gladiolitos; hacha tosca de piedra, de frente y de perfil; 7, fragmento de gladiolito; 8, majador y fragmento de gladiolito; 6 y 9, cantos rodados usados como martillos.

de concha y hueso, que hoy podemos ver en los museos indoeuropeos.

El animismo de referencia está demostrado por la creencia del indocubano en la supervivencia de sus muertos, que podían volver de la otra vida a molestar a los vivos. El fantasma del resucitado –**opita** y también **operito**– era en todo semejante al vivo, pero se conocía de cerca por la falta del ombligo. También en las costumbres funerales –aunque no bien determinadas, siendo en Cuba las únicas acusadas arqueológicamente las del entierro sobre el piso de una caverna, o en residuarios– se hacía notar la condición animista de las creencias taínas, pues era corriente que al cadáver lo acompañasen alimentos y objetos de su mayor aprecio. Sus mitos explicaban la formación del mundo, la salida del sol y de la luna, la creación del hombre y la mujer, la formación del mar, los dones de la yuca y del tabaco; y se transmitían, al igual que las tradiciones y todo su saber, por medio de las danzas rituales llamadas **areitos** –de las que no podemos sin discusión pre-

cisar las formas– que se celebraban en las plazas o **bateyes**. En éstos se celebraban también los juegos de pelota –llamados **batos** y supuestos por algunos arqueólogos como influencia mexicana, posiblemente de carácter agroxsexual.

Socialmente estaban organizados nuestros taínos en clanes de tipo matriarcal, y gobernados por **caciques**. Ambos sexos podían desempeñar el cacicazgo. Existía una clase superior, la de los **nitáinos**, y una inferior, la de los **naborías**. Junto con el cacique, era el **behique** –sacerdote, médico y hechicero– el personaje más importante de la comunidad. El nódulo o hacha ceremonial era probablemente –a juzgar por lo que ocurre entre los aruacos continentales– la insignia de su jerarquía, y el dujo y la maraka constituían lo más destacado de su parafernalia.

Hemos de suponerles a estos indocubanos ceremonias para el nacimiento, la muerte y la pubertad, de las que no tenemos referencias históricas. Oviedo –dementido por Las Casas– habla del rito matrimonial consistente en la entrega de la novia a los asistentes a la boda del mismo rango social de su marido, que en realidad debemos estimar como una forma del **jus primae noctis**, común a algunos pueblos de tipo clánico matrilineal, como era el de los taínos. Y en algunos yacimientos cubanos se han recogido unas muy pequeñas ollas, semejantes a las que los aruacos continentales usan para la dieta de las jóvenes durante su primera menstruación.

Conocían el uso de numerosas plantas medicinales, y según Las Casas contaban de acuerdo con los dedos de las manos y los pies, y sus diez primeros números tenían nombre propio. Ignoramos su numeración para mayores cantidades, y su cómputo del tiempo, no siendo ilógico suponer que usaran los mismos sistemas seguidos por los aruacos continentales y los caribes insulares, que expresaban las grandes cantidades por comparación con puñados de cabellos o de arenas, y determinaban un transcurso de días por medio de piedrecillas encerradas en una calabaza, de la que extraían una diariamente; y su año por el curso de Las Pléyades.

4. Los indocubanos agrícolas de que tenemos evidencias arqueológicas y noticias históricas, como todos los de las Grandes Antillas y Las Bahamas, se incorporan al tronco étnico y lingüístico **aruaco**, originario de la América del Sur, y hoy todavía con representantes

RETROSPECTIVA

en las Guayanas; sin que sea este el lugar de exponer las razones que así lo demuestran. Los **aruacos**, por causas que desconocemos, se extendieron por las Antillas con mucha anterioridad al Descubrimiento, y en las islas evolucionaron, originándose por esta evolución la cultura llamada **taína**, que en lo fundamental, y aparte algunas manifestaciones de su técnica lítica, que parecen debidas a una influencia centroamericana aún no determinada, es la misma aruaca, perteneciente al área cultural sudamericana llamada amazónica, caracterizada por un conjunto de complejos –como por ejemplo la siembra de la yuca y la industria del casabe, el uso del tabaco en polvo y fumado en rollos, la hama-ca, la canoa, la macana, las casas de linajes, el cemiismo, las viviendas de maderas y hojas de palma, la cestería, la cerámica, la sucesión matrilineal– que sabemos histórica, tradicional y arqueológicamente que eran propios de aquellos indios nuestros, uno de los grupos de los taínos de las Grandes Antillas.

Hemos dicho que no es de este lugar –ya que aquí damos solo una síntesis de divulgación alrededor de las poblaciones y la historia de Cuba precolombina– el demostrar el origen aruaco sudamericano de los indios taínos de Cuba. Ciertamente, ello está hoy aceptado plenamente por la generalidad de arqueólogos y etnógrafos, salvo contadas excepciones, como la de Paul Radin, que supone a los aruacos en tránsito de mensajeros culturales desde la América del Norte a la del Sur; y la posibilidad, y aun relativa facilidad, de la emigración desde Venezuela hasta Cuba, al través de las Antillas, ha sido establecida por cuidadosos estudios, como el del notable arqueólogo puertorriqueño Adolfo de Hostos, publicado en 1924, en los “Anales del XX Congreso Internacional de Americanistas”.

RESUMEN DE LA HISTORIA PRECOLOMBINA DE CUBA

Cerca de un milenio antes de que Cristóbal Colón arribara a un puerto de la costa norte del Oriente de Cuba, en esta isla y extendidos por todo su territorio vivían unos indios salvajes, de pequeño cráneo y estatura más bien baja. Sus restos óseos, destruidos, quemados a veces y a veces pintados de rojo, se han encontrado en no pocas de las muchas cavernas que decoran las más de nuestras sierras, acompañados de los restos de sus comidas –corojos, conchas de moluscos, huesecillos de jutias, de pájaros, huesos del gran **megalocnus rodens**, extinguido ya cuando el Des-

cubrimiento, y del perro mudo que alcanzaron a conocer los conquistadores– y de algunos implementos de su vida cotidiana, como toscos martillos de piedra, morteros igualmente toscos cavados en las rocas, y vasijas hechas de grandes caracoles. Los arqueólogos discuten de dónde vinieron a Cuba estos indios, sin que podamos afirmar a ciencia cierta que fue de la América del Norte o de la del Sur. El hecho es que no conocemos nada de su idioma, religión y costumbres, aparte la lógica deducción de que eran habitantes de cavernas, desconocedores de toda agricultura y toda industria, de un arcaico primitivismo. Podemos, sin embargo, darles el nombre de guanahatabeyes, porque designados así encontraron en Cuba los conquistadores a unos pocos salvajes, que sin llevarse con los demás indios de la isla, sobrevivían en las cavernas del extremo occidente cubano, donde hoy abundan los restos a que hemos hecho referencia.

El hallazgo de estos mismos restos en otros lugares del centro y el oriente de Cuba, donde se encuentran sumergidos por los de otros indios de superior cultura, y donde los colonizadores no hallaron a su llegada tales salvajes, demuestra que éstos habían ocupado anteriormente toda la isla, y que ya cuando su descubrimiento estaban extinguidos, salvo aquel grupo occidental. La ocupación de un territorio de la extensión del nuestro por hombres de tan baja cultura, seguramente venidos de algún otro lugar de América, debió exigir un largísimo tiempo. Podemos así calcular que durante siglos los guanahatabeyes vivieron en paz en Cuba, habitando las cavernas y abrigos roqueros. Pero tal vida fue turbada un día, cuando los guanahatabeyes que se acercaron a alguna costa en busca de moluscos, se dieron cuenta de que habían llegado a la isla otros indios.

Aun faltaban siglos para que Colón arribase a nuestras costas.

Los nuevos indios de cráneo hipsidolicocefalo, eran de más alta estatura que los guanahatabeyes, y también más civilizados. Venían en pequeños grupos desde muy lejos, posiblemente de algún lugar del nordeste venezolano, quizás de las regiones del delta del Orinoco, y después de una larga emigración al través de las islas antillanas, algunos de ellos se establecieron en las costas de Cuba y en algunas isletas circundantes. Posiblemente levantaron aldeas palafíticas –en barba-coas– en las bajas costaneras, en las desembocaduras de los ríos, en esteros y lagunas, y no se adentraron

sino ocasionalmente en las tierras altas. Vivieron principalmente de la pesca y la recolección de moluscos. Pero otros de sus grupos, que arribaron a lugares de costas más limpias, llegaron a ubicarse más lejanamente del mar, y quizás conservaron algunas nociones de la agricultura y la alfarería primitivas que podemos suponer trajeran de su país de origen.

Hablaban una lengua correspondiente al tronco lingüístico de las que hablaban los aruacos sudamericanos, a los que pertenecían étnicamente. Trabajaban medianamente la madera, y tallaban con habilidad la piedra, sin pulirla, haciendo martillos de distintas formas, hachas groseras, morteros, majadores, discos que acaso se relacionaran con algún culto astral, y unas admirables esferas que seguramente debían tener uso mágico o religioso, porque las más de las veces se encuentran en sus entierros humanos acompañando los cráneos, así como unos implementos de uso desconocido, que los arqueólogos cubanos llaman gladiolitos. Utilizaban las astillas de pedernal. Enterraban sus

muestras en unos montículos que hoy llamamos canchales, hechos de capas alternas de tierra, caracoles y cenizas, orientándolos con la cabeza hacia el Este. Esta práctica funeral y aquellas esferas y piedras ceremoniales, peculiares de este indio, nos obligan a suponerle una cultura diferente, tanto de la de otros de su mismo origen aruaco que posteriormente invadieron a Cuba, como de la de los guanahatabeyes.

Podemos llamar siboneyes a estos constructores de esferas líticas y gladiolitos, porque según fray Bartolomé de Las Casas, así se llamaban unos indios que vivían en Cuba, en los lugares donde hoy abundan tales evidencias, y que los españoles supieron poblaban a Cuba antes que los que ellos encontraron como generales pobladores de la isla, éstos venidos de La Española, y que habían sojuzgado a los dichos siboneyes.

El proceso de extinción de los guanahatabeyes, naturalmente fatal para aquella gente arcaica y salvaje, comenzó a acelerarse con la llegada de los siboneyes. Privados por éstos del disfrute de las costas, y perseguidos donde



Dibujo ilustrativo que muestra a los pobladores indígenas fumando, en sus pipas elementales, el tabaco oriundo de nuestra tierra.

| RETROSPECTIVA |

quiera que eran encontrados, cada vez se les hizo más difícil su vida de miserable primitivismo, y se refugiaron en lugares inaccesibles, abandonando el territorio a los invasores.

Durante largos años, los siboneyes vivieron en Cuba, perdiendo todo contacto con sus parientes los aruacos del continente, y con los otros grupos de sus oleadas migratorias, que se establecieron en otras Antillas. Los de las costas eran excelentes pescadores, y los que se adentraron en la isla se estacionaron en su agricultura y su alfarería primitivas; y hubiesen hasta quizás perdido su recuerdo, si posteriores invasiones de indios agrícolas de igual procedencia aruaca no hubiesen llegado a Cuba, dominándolos e incorporándolos como una clase servil.

Estos nuevos invasores, también originarios del nordeste venezolano, son conocidos con el nombre de taínos; y como vinieron en distintas oleadas, habiendo las últimas evolucionado en su cultura material por una larga estancia en otras Antillas, algunos arqueólogos reservan para estos últimos inmigrantes aquel nombre, y llaman subtaínos a los indios de las primeras inmigraciones. Pero en realidad y por lo que acusan la Historia y la Arqueología, el complejo cultural de todos los grupos establecidos en Cuba era el mismo, aunque la mayor o menor antigüedad del establecimiento y su importancia, puedan notarse en sus evidencias arqueológicas.

Los taínos se extendieron por toda la isla, desde el Este hacia el Oeste. Su densidad de población disminuía cada vez más hacia occidente. Los del centro y el oeste perdieron quizás todo contacto con La Española y Puerto Rico, donde antiguas emigraciones se afincaron y alcanzaron mayor progreso; pero los del extremo oriente conservaron relaciones con los haitianos hasta los tiempos del Descubrimiento; y sabido es que Hatuey, el cacique rebelde que luchó contra Velásquez, vino con parte de su gente a Cuba, después de iniciada la colonización antillana.

De la vida y costumbres de los taínos hemos hablado en el capítulo anterior.

Al iniciarse la colonización de Cuba, podemos imaginarnos el mapa de la isla, situando, conforme a evidencias históricas y arqueológicas, los establecimientos de indios. Pero lejos de todo intento de dar nombres a éstos —aunque a veces algunos recogidos por los cronistas convienen con yacimientos arqueológicos conocidos— y de decir si eran cacicazgos, provincias, poblados

o cualquier clase de agrupación política. De todo esto se ha abusado, sin fundamentos respetables; y por nuestra parte nos limitamos a señalar, simplemente, las regiones indias de Cuba en la época de su colonización.

Indios taínos, de reciente inmigración en Cuba, ocupaban el extremo oriente de la isla, desde Mayarí y Sagua de Tánamo al norte y Guantánamo al sur, hacia el Este.

Indios taínos, de un más antiguo establecimiento en Cuba, ocupaban la parte norte de la actual provincia de Oriente, desde Banes hasta Puerto Padre; la parte central de la misma provincia, en las demarcaciones de los actuales Bayamo y Holguín, y la parte sur, en los alrededores de Manzanillo, del cabo Cruz y de Santiago de Cuba.

Indios taínos, también de antiguo establecimiento en Cuba, ocupaban lugares de los alrededores de la ciudad de Camagüey, en la provincia de este nombre; en las cercanías de Guáimaro; en las demarcaciones de los actuales partidos de Ciego de Ávila y Morón, y en las cercanías de Júcaro en la costa sur, y en la vertiente norte de la sierra de Cubitas.

Indios taínos, de antiguo establecimiento en Cuba, ocupaban lugares de la parte noreste de Las Villas y de los alrededores de Sancti Spíritus y Cienfuegos.

Indios taínos, de antiguo establecimiento en Cuba, debieron ocupar algunos lugares en las provincias de La Habana y Matanzas, sin que la Arqueología haya permitido hasta ahora situarlos; aunque por razones históricas, debieron ser en las cercanías de las actuales capitales de esas provincias, y en La Habana además hacia la parte sur.

Indios taínos tuvieron un poblado en la región de Guaniguanico, en Pinar del Río, aunque posiblemente fue un centro agrícola fundado por los conquistadores, trasplantando indios de otras regiones. También debemos suponerlos poblando la región del Mariel, a tenor de razones históricas.

Indios siboneyes ocupaban los cayos del sur de Camagüey y gran parte de la costa sur de esta provincia, así como algunos lugares de la costa norte de Las Villas, en las demarcaciones de las actuales Sagua y Caibarién.

Indios guanahatabeyes ocupaban cavernas, en la península de Guanahacabibes, en el extremo occidental de Pinar del Río.

Los lugares de más densa población fueron los de la demarcación de Banes, los de la demarcación de Holguín, los del extremo oriente y los de las demarcaciones

de Ciego de Ávila y Morón. El más denso núcleo de siboneyes debió ser el de la costa sur de Camagüey.

Repetimos que algunos nombres de pueblos indios ofrecidos en los antiguos documentos de Indias, así como algunos de los ofrecidos por los historiadores para las que ellos denominan **provincias**, se conservan hoy en uso, nombrando haciendas y hasta poblados de algunas de las demarcaciones en que hay yacimientos indios. Pero un recto criterio científico no permite, a lo menos en el estado actual de estos estudios, identificar poblados ni demarcar regiones indias sino en la forma aproximada en que lo hacemos.

Todo lo que hemos narrado, y la formación de este mapa, ocurrió en muy largo tiempo y muy lentamente. Guanahatabeyes, siboneyes y taínos se sucedieron en la ocupación de Cuba a lo largo de siglos, y la historia de la isla desde que a ella llegaron los primeros hasta que arribó Colón, es mucho más larga que su historia dentro de la civilización cristiana –si bien se reduce al monótono sucederse de tales invasiones de gentes, todas del mismo origen étnico, que llegaban desde Sudamérica al través del arco antillano, reemplazándose unas a otras. Posiblemente, el estudio metódico de nuestra indoarqueología pudiera demostrar que hubo otras migraciones a más de las tres aquí relacionadas; pero estas tres, de las que tenemos referencias históricas a más de evidencias arqueológicas, están tan diferenciadas por sus géneros de vida, técnica en la construcción de sus ajuares y ritos religiosos o funerales, que tenemos que suponer para cada una de ellas una cultura esencialmente distinta, aunque el origen racial pudiera ser el

mismo; y los indios de estas tres denominaciones son, hoy por hoy, los únicos protagonistas bien caracterizados de nuestra historia precolombina.

De no interrumpirse ésta bruscamente por el Descubrimiento, el ciclo invasor sudamericano se hubiese continuado, y tal como los guanahatabeyes y los siboneyes, también los taínos de Cuba hubieran sido dominados y exterminados por nuevas inmigraciones –la de los Caribes– que ya a fines del siglo xv se habían apoderado de las Antillas Menores y hacían incursiones a las Mayores. Pero los castellanos se adelantaron a los caribes, y con su llegada se inició la extinción de todos los indocubanos.

De éstos, en realidad los taínos fueron los únicos que tuvieron un contacto apreciable con conquistadores y colonos españoles, y los que nos dejaron las supervivencias indias, en voces vernáculas, en el **casa-be**, en algunos útiles como el **jibe** y la **jaba**, y quizás en algunas tradiciones, que pudiéramos señalar. La verdad es que su contribución a la formación de nuestra cultura no ha sido tan nula como hemos dado en decir; y determinadas manifestaciones de nuestro carácter parecen tener explicación en la herencia india –que sería la taína. Y quien recorra nuestra isla en pie de observador, puede notar que a veces en la soledad del monte y de alguna playa, el guajiro o el pescador procede como el taíno hace cientos de años, utilizando implementos que él utilizó, y siente supersticiones, miedos y alegrías que sintió el citado aborigen; mientras nosotros en las ciudades preferimos el nombre indio al castellano para designar muchas cosas.

El desarrollo urbano de Bejucal en el siglo XIX

Por: Dania Lunar Jiménez

RESUMEN

En esta investigación se analiza la evolución urbana y arquitectónica de Bejucal desde 1801 hasta 1900. Con este fin se precisan las normas urbanas que regían en el panorama constructivo de esa localidad habanera durante esos años, así como las tipologías de las viviendas, además de otras cuestiones de interés que contribuyen a dar una imagen de su entorno físico y ambiental en ese siglo.

El presente trabajo pudo concebirse, sobre todo, por la información que atesoran las Actas Capitulares del Ayuntamiento de Bejucal, los libros del Registro de la Propiedad e Hipotecas que se conservan en el Museo Municipal, que por constituir fuentes de consulta primarias dan un testimonio de primera mano sobre la temática estudiada.

ABSTRACT

Urban and architectonic development in the city of Bejucal since 1801 up to 1900 is covered in this research. Ordinances enforced for construction in this town during the term mentioned and the housing typology and other points of interest which provide information on the physical and environmental characteristics of the town during this century are made clear.

This research was possible thanks to the information kept in the minutes of Bejucal's City Hall and the books of land registration and mortgages still preserved in the local museum. These are primary sources of consultation which provide first hand testimony on the issued studied.

Introducción

El desarrollo de la arquitectura en Europa en el siglo XIX se caracteriza por imitaciones de estilos pasados; se preferían unos u otros según la moda. Predominaba una codificación arquitectónica ecléctica que *"implica la pérdida de la coherencia formal, característica del repertorio de elementos figurativos de cada época y el uso de componentes disímiles, provenientes del pasado europeo o de otras civilizaciones"*.¹

Sin embargo, hubo una ruptura al emplear nuevos materiales (el vidrio y el hierro) y al aplicar técnicas constructivas con conceptos completamente innovadores. Entre 1830 y 1850 nace la urbanística moderna con reformas y leyes para las redes urbanas en cuanto a: el sistema de cloacas, la organización de la limpieza y control de la higiene citadina, la ubicación de mataderos, las normas mínimas para las viviendas, la pavimentación de calles, el abastecimiento de agua y la sepultura de los muertos.

El siglo XIX se distinguió por el rápido crecimiento de las ciudades, por la creación de adecuadas vías de circulación y por la construcción de edificios para el beneficio y uso diario del pueblo, en lo que se descubre un nuevo propósito social en la arquitectura.

En Cuba también se sienten los ecos de renovación y de modernidad en su concepción arquitectónica en relación con los períodos anteriores. *"La arquitectura cubana del siglo XIX es esencialmente neoclásica... En Cuba el Neoclasicismo fue introducido a principios del siglo pasado con el retraso que ya, por distintas circunstancias, venía experimentando la arquitectura cubana con respecto a la Madre Patria, perdurando hasta el advenimiento de la República"*.²

Las construcciones cubanas de esa centuria revelaban una adaptación discreta de las formas neoclásicas de acuerdo con las condiciones físicas, económicas y urbanas de nuestro país. Este estilo tuvo una incidencia desigual en las poblaciones del interior.

Desde la fundación, en 1714, de la Ciudad de San Felipe y Santiago del Bejucal, y durante todo el siglo XVIII, el Ayuntamiento local veló por el cumplimiento de las regulaciones urbanas oficiales. Permitió así el

¹Roberto Segre: *Arquitectura y urbanismo modernos. Capitalismo y socialismo*, Editorial Arte y Literatura, Ciudad de La Habana, 1988, p. 63.

²Jacobo de la Pezuela: *Diccionario de la Isla de Cuba*, t. I. Madrid, 1866, p. 158.

desarrollo de una ciudad planificada y ordenada donde se ubicaron en línea recta los edificios básicos del gobierno colonial, frenando todo indicio de un asentamiento espontáneo.

El auge de la industria azucarera en Cuba en el siglo XIX influyó en la expansión pobladora y en la aparición de otros componentes de la red urbana. Bejucal no estuvo exento de estos cambios, pues experimentó un crecimiento en la producción azucarera avalado por la presencia de ingenios en la zona. Además del azúcar, el café, alguna cera y miel de abejas, arroz, raíces alimentarias, maíz y otros frutos menores, fueron el sostén de sus vecinos, que también tenían terrenos dedicados a pastos para el ganado.

Bejucal era una de las 31 jurisdicciones en que estaba dividida la Isla entonces. Se hallaba en la parte más estrecha del Departamento Occidental. Sus límites eran: por el norte la jurisdicción de Santiago y la de Santa María del Rosario, por el este la de Güines, por el sur el mar y por el oeste la jurisdicción de San Antonio.

Se conocía como partido de Bejucal el territorio de menos de 300 caballerías de superficie que estaba comprendido en la demarcación de la ciudad cabecera de la jurisdicción del mismo nombre. La comandancia militar de Bejucal era una dependencia del gobierno de La Habana y la jurisdicción judicial tenía como oficina rectora la Audiencia de La Habana que se dividía en 25 partidos, uno de ellos el de Bejucal que *"... además de su territorio político y militar comprende al partido ultramarino de la Isla de Pinos y a toda la jurisdicción de Santiago de las Vegas, y a los partidos de Bauta, Batabanó, el Cano, Guajay, Guatao, Quivicán, la Salud y San Antonio de las Vegas, dependientes en lo civil de ambas jurisdicciones; y la citada Isla de Pinos que depende de la Habana"*.³

El 19 de noviembre de 1813 se conoció el nombramiento de Bejucal como cabeza de partido y de él dependían cuarteles rurales como Beltrán, Aguas Verdes y otros terrenos sin población organizada que estaban en las cercanías. La localidad bejucaleña ejercía su autoridad civil sobre esos partidos pero no fue hasta mayo de 1843 que se le añadió la parte eclesiástica y administrativa. En abril de 1845 se pidió agregar a la jurisdicción de Bejucal los partidos de Managua y Govea, pertenecientes a La Habana y Santiago, respectivamente.

Toda esta dependencia de otros pueblos de Bejucal como centro rector en lo político, militar, judicial y administrativo, posibilitó el desenvolvimiento de un entorno urbano renovador en el siglo XIX. Unido a ello está que el *"urbanismo aparece como disciplina consciente en el medio arquitectónico cubano"*.⁴

Ordenanzas urbanas

El uso del guano para la techumbre de las viviendas facilitó la propagación de incendios en los poblados. Así pues se dispuso, en marzo de 1810, que como ocho años antes fueron reducidas a cenizas las tres cuartas partes de Bejucal por un incendio de dos horas, que en lo adelante las construcciones fueran necesariamente cubiertas de tejas y no de paja. Pero se reservó un barrio al poniente y sotavento de los vientos para que aquellos que careciesen de medios pudiesen fabricar con paja sin riesgo para los demás vecinos, pues de lo contrario se atentaría contra el bien y la tranquilidad ciudadana.

Fue la calle de la Herrería, desde la esquina del solar que poseía una tal María de Ebra con dirección al sur hasta la conclusión del pueblo, la zona donde se podía techar con guano. Se permitió, en abril de 1843, la reparación de las casas de guano que en esos momentos había diseminadas en toda la población, pero no se admitió este tipo de edificaciones en las calles principales.

El Cabildo local prohibió las construcciones de guano en el centro urbano comprendido por la calle Real, las de Sacristía y de Armas en toda su extensión y se dispuso lo mismo para las calles de la Estrella y Sala Capitular entre las traviesas Cruz Verde y la del Lucero. Este desvelo por proteger a los bejucaleños de la acción destructora de los incendios tuvo su clímax cuando se propone, en abril de 1864, la creación de una Compañía de Bomberos; pues aunque se había alejado el peligro de la parte céntrica, corrían el riesgo los barrios en que se hallaban aquel tipo de casas.

Y a pesar de que ese mismo año se impidió la reedificación de los bohíos de guano que existían entonces y la construcción de otros, algunos perduraron en el espacio urbano de Bejucal hasta las postrimerías del

³ Julio Le Riverend: *Problemas de la formación agraria de Cuba siglos XVI-XVIII*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, p. 49.

⁴ *Ibidem*, p. 105.

HISTORIA

siglo XIX. El guano se combinaba de forma habitual con la yagua y la madera pero excepcionalmente con la mampostería.

La exclusión de la techumbre de guano del núcleo urbano central se hizo posible por la existencia de tejares próximos, como el del ingenio San Ignacio de La Pita, propiedad del marqués de Bejucal, y de otros en el Cano, Santiago, Arroyo Arenas y Bauta, no tan cercanos pero que tal vez por estar en la misma jurisdicción abastecían de tejas a los bejucalenses. Ello propicia el incremento de construcciones con techos de tejas, bien acondicionadas y de buenas figuras.

Además, en mayo de 1848, por vez primera, diferentes individuos de común acuerdo solicitaron solares donde fabricar sus casas, pues habían formado una especie de sociedad por la cual se comprometían a depositar 4 reales todos los sábados y trabajar personalmente los domingos y días festivos, ya que siendo todos albañiles y carpinteros se prestaban recíprocamente sus servicios. Al parecer fue esta la pionera de las sociedades constructoras de casas para obreros e integrada por ellos, pues en las primeras décadas del siglo XX hubo un renacer de ese tipo de asociaciones en esta localidad.

Las posibilidades para construir fueron incentivadas siempre y cuando se respetasen las legislaciones urbanas vigentes. Era obligación de la Municipalidad atender el ornato y orden en la fabricación de las casas.

No se podía emprender una obra constructiva sin la licencia expedida por la Dirección de Obras Públicas que establecía para las casas de mampostería y tejas 5 varas de puntal por lo menos; si el edificio hiciese esquina debía tener igual altura que la fabricación de todo su costado a contar desde el pavimento y para las de tablas y tejas, 4 y media varas; a la vez tenían la obligación de hacer la acera de 5 cuartas de ancho. Estos preceptos urbanos rigieron desde agosto de 1858.

Para las construcciones de mampostería se decretó que los vanos para puertas debían medir 4 varas de altura y 2 de ancho, las ventanas debían tener la misma altura pero 1 y 3/4 varas de ancho. Los huecos para puertas en los edificios de madera eran de 3 y 1/2 varas de alto por 1 y 3/4 de ancho y para las ventanas de 3 por 1 y 1/2 varas. Las fabricaciones de madera tampoco eran permitidas en las calles principales y las tablas no podían montarse unas sobre otras para forrar las casas, además sus ventanas no debían construirse sin guardapolvos ni tinglados y había que dejar para poyo la media vara que difería de la altura de las puertas. Con estos requerimientos, no se afectaba el ornato ni la edificación.

Las solicitudes para fabricar debían mostrar claramente el propósito que inspiraba la petición y tenían que estar suscritas por el Maestro de Obras, permitiendo así que en los casos de ulterior responsabilidad fuera factible averiguar entonces a cargo de quién estuvo la dirección y si tenía la competencia necesaria. Todo ello se estipulaba reglamentariamente en los últimos 15 años del siglo XIX para Bejucal.

El adelanto y el progreso que caracterizó a la arquitectura cubana en esa época tuvo sus ecos en poblaciones del interior, como Bejucal. En su zona urbana se levantaron mayormente construcciones de mampostería y tejas o de madera y tejas, en menor grado se erigieron de madera y guano

junto a otras que combinaban paredes de mampostería y tablas con cubiertas de tejas, todas ellas a dos aguas.

La cantidad de casas en relación con la centuria anterior se multiplicó considerablemente:

Años	Casas habitadas
1726	13
1757	50
1813	mas de 250
1830	295 (incluye el Palacio de los Marqueses)
1846	mas de 400
1858	431 (incluye accesorias)

El aumento de las fincas urbanas se debe, sobre todo, al crecimiento numérico de las familias establecidas en la zona citadina de Bejucal:

Años	Habitantes
1823	1 700
1830	1 882
1846	2 165
1858	2 969
1859	3 752
1887	± 5 000 - 6 000

Para llevar a cabo estas construcciones se hizo imprescindible conceder la merced de solares por parte del Ayuntamiento, quien en épocas distintas a lo largo de este siglo otorgó mercedes a los que se lo solicitaron con el fin de fabricarlos. Aún en 1898 había poseedores de solares que los conservaban abandonados. En Cuba, la concesión de mercedes "...era más grave que en otras colonias, ya que los cabildos –para engrosar la riqueza de las oligarquías– habían

*manejado una facultad que nunca tuvieron*⁵ y que ejercieron hasta después de su prohibición, reafirmada en 1739, excepto en Oriente.

A pesar de que se había estatuido que en lo adelante los solares tuvieran 20 varas de frente y 30 de fondo, capacidad suficiente para casas cómodas y amplias, este precepto no se cumple en su totalidad. Se mercedaron solares con esas dimensiones, conocidos como solares modernos (los solares antiguos medían 30 x 40 varas), pero a la vez durante estos años se otorgaron terrenos con otras medidas. Esta arbitraria división en dos o más porciones de los terrenos mercedados, respondió a que no todos los dueños de solares podían fabricar la totalidad de las varas cedidas, unos daban el "sobrante" para construir accesorias y otros los agregaban al solar que ya poseían.

Al mismo tiempo que los concejales bejucaleños se preocupaban por embellecer su ciudad, ya fuera fabricando un área abandonada o no permitiendo edificios desnivelados o en ruinas, mostraban inquietud por la higiene y cuidado de zonas públicas y particulares. Se decretó la limpieza de plazas, calles y solares pues algunos vecinos vertían la basura de sus casas en esos lugares.

Los vecinos que vivían al suroeste de la población manifestaron los inconvenientes que sufrían por la cercanía de la "matazón", la que con el crecimiento del pueblo se hallaba ya rodeada de casas habitadas. Solicitaron alejar de sus recintos las matanzas de animales, el cementerio y demás oficinas que pudiesen dañar la salud pública.

El cementerio, que tenía más de cien años de existencia en febrero de 1882, estaba a 10 varas del poblado por un lado y por otro a 20 varas, de modo que se puede decir que estaba en la misma ciudad. Se había dispuesto que los cementerios estuviesen al menos a 2 caballerías de tierra y a sotavento de las poblaciones. Como se acercaba la época de epidemias y no estaba dicho cementerio con las condiciones requeridas, se propuso hacer uno nuevo a sotavento por haber terreno con capacidad para este fin.

El 11 de agosto de 1899 se determinó situar los establos o trenes de coche más allá de las calles Capitular, Estrella, Águila y Ceiba que eran los extremos de la población, y de esa manera no se dañaba la higiene citadina.

La costumbre de enumerar las casas se le atribuye a Napoleón, pero es mucho más antigua. En sus epístolas Cicerón menciona que los romanos numeraban sus edificios y en 1787 se hace referencia a la numeración de las casas de París y Versalles. Bejucal, que no estuvo al margen de las modernas regulaciones urbanas que rigieron la vida en Cuba en la centuria decimonónica, también preparó las condiciones para esa práctica.

El 6 de abril de 1813, por primera vez, se alude a la construcción de tarjetas para enumerar las casas y meses después en ese mismo año disponen ejecutar la enumeración colocando las tarjetas en los lugares más visibles, no había ley expresa que dijera dónde se debían poner. Los números fueron pintados sobre tarjetas de madera que se doblaban y caían, por lo que consideraron conveniente empotrarlas en las paredes para su preservación y para evitar más costos; como su poco grueso no ocupaba más que el repello, se le pidió colaboración a los dueños de las viviendas.

Tal parece que aquel primer intento por numerar las edificaciones no tuvo un feliz término; pues en noviembre de 1850 se volvió a acordar la colocación de tarjetas y números a calles y casas, respectivamente. Ya en la segunda mitad del siglo XIX las Actas Capitulares del Cabildo bejucaleño dan fe de haberse realizado la numeración de las fincas urbanas.

El Gobernador Superior Político comunicó que la Intendencia General de Hacienda dispuso en 1872 que en todos los pueblos de la Isla se hallasen numeradas las casas con claridad y exactitud, para mayor facilidad en la formación del padrón de fincas urbanas correspondiente al año 1873 y ordenó que fuese igual en toda Cuba con arreglo a los adelantos modernos. De esa empresa en Bejucal se hace responsable Federico Oliva, contratista de la numeración de las calles de Matanzas, Guanabacoa, Sagua, Cienfuegos, Guanajay y Santiago. Sus condiciones de precio fueron las mismas aceptadas por las demás poblaciones:

- a) rotular gratis las calles de esta población.
- b) cobrar a los dueños 1 peso con 50 centavos por cada número de casa que tuviese 1, 2 o 3 cifras.

En 1876 se procedió a una nueva numeración de las casas de esta localidad y se anotaron las calles, nombres de dueños e inquilinos y todos los demás pormenores a fin de formar un padrón exacto de la parte

⁵ Yolanda Aguirre: *Influencias económicas en la arquitectura colonial de Cuba*, La Habana, 1974, p. 35.

HISTORIA

urbana por ser defectuoso el que en esos momentos existía. Aún había casas sin números.

El Gobernador General ordenó que el 30 de diciembre de 1887 quedasen rotuladas las calles y numeradas las casas de todas las localidades de la Isla, empleándose para ello caracteres de hierro o de otro metal igualmente consistente.

En la zona urbana de Bejucal había también áreas de beneficio comunal en relación con la utilización de los pastos, leña, bejucos, piedra o palmas. En 1813, la gobernación de la península decretó la repartición de terrenos baldíos o realengos y de propios, por lo que recomendó a las Diputaciones Provinciales y Ayuntamientos Constitucionales se lo comunicasen a los habitantes de los pueblos.

En Bejucal no había terrenos baldíos o realengos, nada más que los necesarios ejidos: una caballería de tierra de donde se habían extraído algunos materiales para la construcción de las edificaciones. Consta en Actas capitulares del 3 de octubre de 1862 que los ejidos en la Loma de la Sierra era un terreno de 10 solares arrendados cada cierto tiempo: "...los ejidos eran de uso y disfrute de los vecinos individualmente, aunque no podían ser objeto de propiedad personal",⁶ ni ser transferidos a perpetuidad por voluntad de la comunidad.

Igualmente dispuso de un área conocida como Sitio de la Ciudad, que era tan antigua como la localidad misma y se había reservado con el consentimiento de los marqueses fundadores. Este sitio de labor se arrendaba desde entonces y su renta íntegra iba para el fondo de propios. El Sitio de la Ciudad no estaba destinado para construir casas, ni mucho menos podían venderse esos terrenos a censo. Esta finca rústica se hallaba en el perímetro de la zona de cultivo hacia el oeste del pueblo y se mantuvo durante todo el siglo XIX.

El panorama urbano bejucalense sufrió modificaciones durante estos cien años. Aparecieron en él otros elementos, ya fueran consecuencia de la adecuación climática o de otros importados, de la aplicación de nuevas normas constructivas o técnicas, o por responder a las necesidades de quienes invertían, siempre con resultados prácticos y estéticos.

La creciente actividad constructiva y la nueva concepción arquitectónica produjeron un cambio radical en relación con el siglo precedente. Aumentó el uso del

hierro en rejas (figura 1), guardavecinos, guardacantones (figura 2), portafaroles y otros aditamentos propios de nuestras casas coloniales (figura 3) debido al auge de herrerías locales; en 1830, en Bejucal habían dos con 2 maestros, 4 oficiales y 2 aprendices. Se empleó el cristal en mamparas, vitrales y lucetas que contribuyeron al refinamiento de los interiores junto a las cenefas a las persianas, que se hicieron frecuentes y a la variedad preciosista de las maderas. Bejucal contaba entonces con 3 carpinterías y 16 maestros y oficiales para esa labor.

Por otra parte "la inclinación de los techos de dos aguas no hacia los lados sino hacia el frente y hacia el patio central donde las canaletas que bordeaban los tejados recogían las lluvias que eran almacenadas"⁷ en aljibes o fuentes, fueron en algunos casos sustituidos por techos planos de vigas de madera y losas de barro, a menudo con falso techo en el interior, a los que se les aplicaba una capa de yeso que recibía una decoración pictórica o por moldes.



Fig. 1. Reja en construcción doméstica.

⁶ Joaquín Weiss: ob. cit., p. VIII.

⁷ Ibídem, p. 10-11.



Fig. 2. Único guardacantón que se conserva en Bejucal.



Fig. 3. Farol y portafarol en construcción doméstica.

No obstante, continuaron predominando en el ámbito urbano bejucaleño los tejados ante las minoritarias azoteas, quizás por ser más frescos y por permitir una mejor evacuación de las aguas pluviales, cuando aún se carecía de una infraestructura de más envergadura que garantizase el preciado líquido para la vida doméstica. La presencia de portales y de viviendas con altos matizaron igualmente las novedades arquitectónicas que disfrutó la población bejucaleña durante el siglo XIX. Entre esas transformaciones constructivas se deben incluir el pretil, la cornisa y el puente.

El puente y alameda de Medina, en honor de don Juan de Medina, presidente del Cuerpo Capitular, fueron hechos en 1856 y embellecían la entrada a esta población por la zona donde estaba el ferrocarril. Existían otros puentes de madera en el camino de Santiago de las Vegas y en el de la Salud, conocidos como puente de la Calzada y Arroyo Padrón, respectivamente.

Otro factor que anunciaba los nuevos tiempos fue el alumbrado. A fines del siglo XVIII se comenzaron a tomar medidas para ofrecer algún tipo de iluminación a la capital de la Isla. Casi a mediados del siglo XIX llegó el alumbrado de gas a La Habana, contemporáneamente con la luz por petróleo, pero en 1889 la modesta localidad de Cárdenas se adelantó a la capital en el empleo de la electricidad como fuente del alumbrado público.

El primer proyecto para poner alumbrado público en Bejucal, con el auxilio de la mayor parte de los vecinos, consta del 24 de marzo de 1841. Se habían contratado 50 farolas, 30 ya habían sido fijadas en sus puntos sobre bases poco sólidas; usaban aceite o grasa, aunque ya en 1859 se empleaba el gas para las farolas de las plazas de la Iglesia y de Armas.

Un nuevo intento para establecer la luz artificial en esta ciudad se acordó el 23 de agosto de 1867. Se propuso que 100 farolas alimentadas con aceite de carbón permanecieran encendidas cuando no hubiese luna, desde la puesta del sol hasta las diez de la noche.

Nueve años antes de terminarse este siglo, el 21 de diciembre de 1891, un tal Enrique Martín Rivero propone al Ayuntamiento local establecer en esta población el alumbrado de gas. Para su instalación exigía el privilegio sobre las ganancias por veinte años, pero el Ayuntamiento juzgó que en menos tiempo estaría en condiciones de implantar el alumbrado eléctrico, lo que no se concretó hasta la segunda década de la centuria entrante.

HISTORIA

Calles y vías de comunicación

Ya en el siglo XVIII las vías de acceso a Bejucal adquirieron importancia, pues relacionaban poblaciones y posibilitaban el intercambio comercial. Estos beneficios trascendieron el período formativo inicial de esta ciudad y llegaron hasta el siglo XIX, cuando experimentó una evolución notable en relación con sus medios de comunicación.

Los habitantes de la jurisdicción de Bejucal y de otras regiones contiguas transitaban por el camino de la Sierra para tramitar asuntos personales y de gobierno. Este camino unía la calzada de la capital, que terminaba en esta población, con el Camino Real de Batabanó. Por él se trasladaban las mercancías que venían de la costa sur y de Isla de Pinos (pescado, esponja, leña, etcétera) y lo producido en los ingenios, por ello su ubicación facilitaba el comercio, la agricultura y la comunicación entre los vecinos de estos términos municipales con La Habana.

Esa vía se reparaba con recursos cedidos por el Gobernador General por ser una de las carreteras del Estado, a las que se les prestaba una atención priorizada en cuanto al destino del presupuesto estatal. Esta carretera se mantenía con un tráfico considerable que desaparecería si se ponía intransitable.

Para el traslado de pasajeros y de los productos agrícolas en esta época eran habituales los carruajes, carretas, arrias de mulos y caballos. El 9 de abril de 1838, los hermanos Lázara María y Antonio Carlos Ferreti solicitaron permiso para establecer un servicio regular de diligencias de alquiler entre Bejucal y las villas de Guanabacoa y San Antonio Abad. Fue aceptada la instalación de esta diligencia por resultar provechosa para el vecindario.

Desde 1876 comenzó a funcionar también una empresa de carromatos, cuyo dueño era Pedro López. Estos, con pesos enormes, perjudicaban las calles y los edificios de esta ciudad hasta el punto de que formaron baches y algunas casas se agrietaron. Por lo que se dispuso su circulación solamente por la calle Capitular hasta la calzada que los conducía desde La Habana a esta población y viceversa, por las calles del Águila y Cruz Verde hasta su paradero sin cruzar por ninguna otra calle.

Para el transporte de víveres o efectos de comercio de La Habana a Bejucal o dentro del pueblo habían carros de dos ruedas tirados por acémilas, cuyos pro-

pietarios arrendaban sus servicios. En 1858 se notificó la existencia de 35 carretas, 3 carretones y 6 quitrines para uso de sus vecinos. Todo ello trajo consigo que el Cabildo local instituyera normas para el tránsito de carruajes y caballerías con el fin de evitar molestias e inconvenientes en la vía pública; este reglamento fue aprobado el 9 de agosto de 1889.

Las calles por las que circulaban estos medios de transporte no tenían un nombre oficial. El 21 de agosto de 1807 se verificó el primer acuerdo municipal para señalar con tarjetas el nombre de las calles, aunque ello no se llevó a cabo hasta 1813. La ausencia de un reconocimiento legal en relación con sus denominaciones hizo que la población, para identificarlas, tuviera en cuenta edificaciones y zonas de la localidad. Esto era costumbre ya en el siglo XVIII y continúa su práctica en el XIX, cuando, con el crecimiento de la zona urbana, se hizo imprescindible la apertura de otras calles y la extensión



Fig. 4. Plano de Bejucal realizado en 1893.

de las existentes. El plano de la ciudad en este período excede en 24 manzanas el trazado original (fig. 4).

Durante estos años no sólo las construcciones le dieron nombre a las calles, también esto obedeció a los apellidos de familias que vivían en ellas o a otro elemento típico del lugar. Algunas de estas vías fueron reconocidas, a veces simultáneamente, por más de una denominación –se subraya la más común– lo que indicaba un uso no estricto. Otras, por disposición legislativa, recibieron un segundo nombre invalidando de esta forma el anterior.

Corrían de norte a sur:

- . calle que sale al ingenio Aguiar, calle Aguiar o camino de Aguiar (el ingenio Aguiar fue demolido en 1876).

- . calle de San Juan.

- . calle de la Estrella (en 1862 era una de las menos pobladas).

- . calle de la Sacristía.

- . calle Real.

- . calle de la Plaza de Armas, calle de la Plaza de la Constitución, calle de Armas.

- . calle de la Cárcel, calle del Cabildo, calle de la Casa del Cabildo, calle de la Municipalidad, calle de la Sala Capitular, calle Capitular, calle o calzada de la Casa Capitular.

- . calle de la Herrería.

- . calle de San Francisco (era de nueva creación, en la década de los sesenta comenzó a poblarse).

Corrían de este a oeste:

- . calle del Matadero (se habilitó en la década de los cincuenta del siglo XIX).

- . calle del Águila (década de los veinte).

- . calle de la Cruz Verde.

- . calle del Sol.

- . calle de la Luna.

- . calle del Hospital, calle del Liceo (a partir del establecimiento de esa sociedad en 1865).

- . calle de o del León.

- . calle de la Carnicería, calle Arnaud (desde 1872).

- . calle de la Picota, calle del Hospital (desde 1872).

- . calle Nueva.

- . calle del Lucero.

- . calle de la Guásima, calle de los Cabildos, calle Colón (desde 1872).

- . calle de la Encarnación.

- . calle del Cuartel, calle de la Ceiba.

- . calle del Recinto.

Había otros caminos que conducían a parajes rurales cercanos o a otros pueblos, como el de Santa Rosa, el de Aguas Santas, el de las Piedras, Aguas Verdes, Cacahual, Santa Bárbara, Govea, el Rincón, la Salud, Santiago o el Camino Real del Batabanó, cuyo camino viejo a orillas de la ciudad de Bejucal era conocido como camino de la Terrera.

Estos caminos y calles empedrados no fueron las únicas rutas de comunicación con que contó San Felipe y Santiago del Bejucal en el siglo XIX. A fines de 1817 *"se dictaron leyes estimulando la inmigración de españoles y extranjeros, estos últimos excluidos hasta entonces por la legislación de Indias"*.⁸ De esta manera se facilitó la inversión de capital foráneo en Cuba, fue con él que se construyeron los primeros ferrocarriles en la Isla, heraldos de la civilización, los cuales contribuyeron al desarrollo de las ciudades.

El primer camino de hierro cubano y latinoamericano se inauguró el 19 de noviembre de 1837 y fue el tramo Habana-Bejucal. El ferrocarril transformó de un modo directo el paisaje urbano bejucalense, contaba con un paradero y almacenes muy cerca del área poblada. Este medio de transporte abrevió las distancias y multiplicó la comunicación con la capital; representa una ruta cómoda, fácil, acelerada y de menor costo y trajo una riqueza real y efectiva para la zona (fig. 5).

Bejucal experimentó un notable crecimiento hacia el sur. Ello trajo consigo la prolongación de las calles Real y Sacristía hasta el ferrocarril. Igualmente se abrieron nuevas calles para acortar el trayecto entre la Estación Ferroviaria y el área urbana, estas fueron Nueva, Lucero, Guásima (a fines de la década de los treinta), Encarnación (década de los cuarenta), Ceiba (década de los sesenta) y Recinto (década de los setenta).

Hubo otras vías de comunicación que significaron un sensible progreso para los bejucalenses. El 31 de enero de 1817, José Ventura Fuentes, administrador de la Renta de Correos Marítimos y Terrestres de Cuba y la Florida, estableció una Estafeta de Correos en Bejucal. El ferrocarril brindó también las posibilidades del correo diario. Se inauguró en 1851 el servicio telegráfico en Cuba y fue Bejucal una de las primeras poblaciones comunicada con La Habana por esa vía, en 1853.

⁸ *Ibíd.*, p. 11.

HISTORIA



Fig. 5. Estación de Ferrocarril reconstruida en 1882. La primera era de madera.

El 8 de octubre de 1900, el Ayuntamiento local accedió a la solicitud de Juan A. Murga, representante de la Compañía Telefónica de La Habana, para instalar el servicio telefónico en conexión con el de La Habana. A cambio dicha empresa serviría gratis un teléfono a esta Corporación, la que reconoce su utilidad y conveniencia. A pesar de ello, en Bejucal no se puso en práctica este medio de comunicación hasta 1912.

Pozos y el acueducto

La fundación de la ciudad de San Felipe y Santiago en el corral San Juan del Bejucal no fue un hecho fortuito, pues se tuvo en cuenta la fertilidad de sus tierras y la cercanía de suficientes fuentes abastecedoras de agua necesarias para el desenvolvimiento de la vida humana.

Durante todo el siglo XIX Bejucal continuó disfrutando de diversas fuentes de agua. Desde el siglo precedente había un pozo público en la Plaza de la Iglesia, al cual le dedicaban particular interés con el fin de surtir al vecindario de agua potable. Se beneficiaba la generalidad

de los bejucaleños también en este período con el Pozo de la Ciudad, como se conoció ese bien público, al cual se le instaló en 1898 una caldera de vapor y una bomba para alimentarla, tubería, herramientas y demás útiles necesarios para la extracción del preciado líquido.

En tierras de un ejido había otro pozo de 12 varas de profundidad y los habitantes de la zona este se proveían de este al llenarse de agua de lluvia. Existían pozos en propiedades particulares, los cuales satisfacían igualmente la demanda local.

Del arroyo contiguo a la ciudad, de la Cajita del Agua ubicada en la Sierra de Bejucal, de una aguada del barrio de Poveda, conocida como el Charcón de Aguiar, y de cuanto manantial hubiese en áreas colindantes se beneficiaban los vecinos. A los establecimientos públicos llegaba el agua en carretones debidamente controlados por el Ayuntamiento.

El 13 de septiembre de 1844, después de una angustiosa sequía sufrida en meses anteriores, los moradores de Bejucal encontraron un manantial en las inmediaciones del río que cruzaba la falda de la Sierra y que esta-

ba a corta distancia de la población. Este había sido descubierto hacía muchos años atrás pero no se había explotado por la ausencia de medios financieros para la ejecución de la obra. En ese año hombres laboriosos y con algunos conocimientos para esos trabajos trataron de descubrir el verdadero origen del manantial. Empezaron labores de consideración, hallaron otro, más fecundo, y pretendieron conducirlo a la ciudad por una cañería de hierro para edificar una fuente en la Plaza de Armas.

Este proyecto deseó continuarlo una Sociedad Anónima tres años después, a la cual el Ayuntamiento cedió el dominio perpetuo de las aguas que descubrieron, pues el estado de sus finanzas no le permitían los gastos para esos planes.

Mas no fue hasta mayo de 1888 que dos vecinos de la capital, Nicolás Nin y Francisco A. Regalado, pidieron permiso para posibilitar el surtido de agua por medio de tuberías, si la Corporación estaba dispuesta a toda clase de contribución para proveer de "agua buena" a toda la localidad. La autorización debía ser por 25 años, pasados los cuales quedaban todas las obras en la exclusiva propiedad de la Municipalidad, que convencida de la utilidad del proyecto dio su apoyo.

El 23 de octubre de 1895 hubo un nuevo intento destinado a la construcción de un acueducto, en el cual Joseph Lumay y Co. se comprometieron con un empréstito más o menos de 500 000 francos.

En septiembre de 1898 se autorizó al ingeniero civil José Primelles a contratar una compañía de los Estados Unidos con financiación para ejecutar aquella obra hidráulica en Bejucal, según los planos presentados por Lumay y la Compañía de Bruselas. Estos proyectos evidenciaban las potencialidades de la zona para proveer-

se de agua, sin embargo, en diciembre de 1899 se niega el préstamo para llevar a cabo el acueducto. Las ansias por dotar a Bejucal de un adecuado y útil acueducto no fueron satisfechas hasta bien entrado el siglo XX.

Conclusiones

Durante el siglo XIX la Ciudad de San Felipe y Santiago del Bejucal sufrió una notable variación en su ámbito urbano con los cambios operados en la economía nacional y con el status de cabeza de jurisdicción. Sus edificaciones y su red urbana continuaron rigiéndose por ordenanzas oficiales bien precisas, las cuales trataban de mantener un ambiente físico agradable para sus pobladores y visitantes.

El área urbana de Bejucal se extendió en este período hacia todos los puntos de su geografía, pero sobre todo hacia el sur, o sea, en dirección a la Estación Ferroviaria. La aparición del ferrocarril, índice máximo de civilización en esa época, contribuyó a mejorar las comunicaciones y acortó las distancias entre las fuentes de materias primas y los centros productores.

Al ambiente de modernidad y de progreso que se respiró en Bejucal en esa centuria contribuyeron su situación en la fragmentación territorial de la Isla y el estado de sus construcciones, algunas de las cuales mantienen hoy en día la atmósfera externa e interna del siglo XIX.

Agradecimientos

Al amigo fotógrafo Gervasio Cuervo por la realización de las imágenes.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, MANUEL MARIANO (1830): *Memoria sobre la ciudad de San Felipe y Santiago del Bejucal*, Editorial JUCEI de Bejucal.

Actas Capitulares (1800-1901): Ayuntamiento de Bejucal, tomos 4 al 26.

AGUIRRE, YOLANDA (1988): "Arquitectura colonial cubana", en *Por los caminos de La Edad de Oro*, Editorial Gente Nueva, Ciudad de La Habana, t. I.

_____ (1974): *Influencias económicas en la arquitectura colonial de Cuba*, La Habana.

"Análisis para la determinación del Centro Histórico", Archivo del Museo Municipal de Bejucal, s/f.

"Antecedentes relativos a los pueblos, caseríos y cuarterones de que se compone cada uno de los once Ayuntamientos que forman el territorio de este Registro", legajo no. 2, Archivo del Museo Municipal, 1880.

Arquitectura colonial. Aspectos fundamentales en el desarrollo de la arquitectura colonial cubana, Comisión Nacional de Museos y Monumentos, s/f.

HISTORIA

BENEVOLO, LEONARDO (1972): *Historia de la arquitectura moderna*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, V-I.

COFIÑO, MANUEL (1978): *Historia de nuestras casas*, Editorial Gente Nueva, La Habana.

"Desarrollo histórico de la estructura urbana", Archivo del Museo Municipal de Bejucal, s/f.

"Documento del Ayuntamiento de Bejucal", Archivo del Museo Municipal, 1894.

Hipotecas. Cartas de pago correspondientes al libro 1ro., 2do., 3ro., 4to. y 5to. Años 1876, 1877, 1878, 1879 y 1880. Archivo del Museo Municipal.

LE RIVEREND BRUSONE, JULIO (1992): *Problemas de la formación agraria de Cuba siglos XVI-XVII*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.

Libro de Hipotecas. Legajos 1, 2, 3, 4 y 5. Años 1876 al 1880. Archivo del Museo Municipal.

Libro Diario Provisional del Registro de la Propiedad, Bejucal, 1889.

MILLINGTON, JOHN (1848): *Elementos de arquitectura*, Madrid, t. II.

MOTA, FRANCISCO M. (1982): *Por primera vez en Cuba*, Editorial Gente Nueva, Ciudad de La Habana.

PEVSNER, NIKOLAUS (1972): *Esquema de la arquitectura europea*, Instituto Cubano del Libro, La Habana.

PEZUELA, JACOBO DE LA (1866): *Diccionario de la Isla de Cuba*, Madrid, t. I.

Registro de Hipotecas (1876 al 1880), tomos 1, 2, 3, 4 y 5, Bejucal.

Registro de la Propiedad, tomos 1 al 36; 38 al 47; 49 al 70, Bejucal.

Relaciones Certificadas, legajo 2do, Bejucal, 1881.

Revista Artes Plásticas, vol. 2, La Habana, 1960.

Revista Arquitectura, año XVI, no.180, La Habana, julio, 1948.

Revista Arquitectura, año XXII, no. 256, La Habana, nov., 1954.

Revista Arquitectura, año XXVIII, no. 32, La Habana, mayo, 1960.

Revista Arquitectura, no. 332, abril-mayo-junio, 1964.

SEGRE, ROBERTO (1988): *Arquitectura y urbanismo modernos. Capitalismo y socialismo*, Editorial Arte y Literatura, Ciudad de La Habana.

TOSTE BALLART, GILBERTO (1978): *Reeve: el inglesito*, Editorial Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana.

VENEGAS FORNIAS, CARLOS (1979): *Dos etapas de colonización y expansión urbana*, Editora Política, La Habana.

WEISS, JOAQUÍN (1989): *La arquitectura cubana del siglo XIX*, Editorial Pueblo y Educación, Ciudad de La Habana.

_____ (1978): *Techos coloniales cubanos*, Editorial Arte y Literatura, La Habana.

Un pícaro, gran almirante de las Indias

Por: César García del Pino

RESUMEN

Don Luis Colón de Toledo fue una figura relevante del siglo xvi. Era nieto del almirante don Cristóbal Colón y portaba varios títulos nobiliarios. Sin embargo, su fama no tuvo nada que ver con las hazañas de su predecesor, sino más bien con su vida disoluta y dedicada a los placeres mundanos. Dos obras de su autoría están cargadas de hechos inciertos y relatos confusos que han ocasionado interminables debates entre los historiadores y biógrafos colombinos.

ABSTRACT

Don Luis Colón de Toledo was a remarkable figure of the 16th century. He was a grandson of Christopher Columbus and had several titles. But his fame had nothing to do with the glory of his grandfather. Instead, he was famous for his dissolute life devoted to the taste of worldly pleasures. Two of his works are loaded with uncertain facts and confused stories that have caused endless debates among historians and biographers of Columbus.

En 1522 nació en Santo Domingo, La Española, don Luis Colón, nieto del Descubridor e hijo de don Diego Colón y doña María de Toledo y Roxas, sobrina del duque de Alba, quien heredó los títulos de duque de Veragua, marqués de Jamaica y tercer Gran Almirante y Adelantado de las Indias. Este inescrupuloso personaje, pese a su encumbrada posición, formó parte de la picaresca española que marcó los siglos xvi y xvii e inspiró un copioso género literario.

Don Luis fue un desenfrenado seductor que, a diferencia del Burlador de Sevilla, no vacilaba en contraer matrimonio con tal de satisfacer sus donjuanescas inclinaciones, lo que finalmente causaría su ruina. Residió en Santo Domingo, *"al cuidado de preceptores y criados"*, pues sus padres viajaron a la Península para atender sus pleitos con la corona por sus desmesurados privilegios, hasta junio de 1551, en que se trasladó, con el mismo propósito, a la metrópoli.

El primero de sus casorios conocido, no se sabe a cuántas engatusó este Tenorio tropical sin tener que recurrir a las bodas, ya que en Santo Domingo quedaron varios Colón ilegítimos, ocurrió cuando, *"como consecuencia de una aventura amorosa"*, contrajo nupcias *"por palabras de presente"*, en 1542, en La Española, con la joven María Orozco.

"Aquel incidente [...] pudo ser zanjado, no sabemos cómo ni por qué medios". Pero volviendo a las andadas, en 1549, en el propio Santo Domingo, contraía matrimonio, *in facie ecclesiae*, con doña María de Mosquera, del que tuvo descendencia. Este fue el único enlace considerado válido por las autoridades.

Ya en España, entre 1554 y 1555, se casó con doña Ana de Castro, hija de los condes de Lemos, con quien no tuvo hijos.

Descubiertas todas estas trápalas en 1558, se le inició proceso *"por delito de bigamia"*, que iba a poner fin a su libertad hasta el momento mismo de su muerte, ya que se le encerró en el castillo de Arévalo, de donde pasó al de la Mota y más tarde a Madrid. Aquí *"tuvo mañas el Duque para seducir a una doncella de trece años, con la que contrajo matrimonio clandestino"*.

La causa concluyó, en noviembre de 1565, con la condena de don Luis a diez años de destierro en Orán, con seis hombres de a caballo a su costa, para la defensa de aquella plaza, y cuatro mil ducados de multa, más las costas del juicio. Tras distintas dilaciones, llegó al lugar de su destierro en 1567.

HISTORIA

Mas no fueron estos los únicos desafueros de tan atrabiliario e inefable sujeto. Otro más grave cometió, desde el punto de vista histórico, que ha costado cuatro siglos dilucidar, pues fue el autor intelectual de dos de las mayores mixtificaciones conocidas, las que han embrollado y envuelto en sombras gran parte del episodio del Descubrimiento y la vida de su abuelo.

Es una la *Historia del Almirante don Cristóbal Colón*, atribuida a su hijo don Hernando, tío de don Luis. Este la hizo rellenar con interpolaciones de hechos inciertos y relatos confusos, que han ocasionado interminables debates entre los historiadores y biógrafos colombinos. La participación de don Luis en esa incalificable falsificación ha sido demostrada por el autorizado investigador español don Antonio Rumeu de Armas, mediante un concienzudo estudio.

La otra, es la *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, supuestamente escrita por un inexistente Andrés Bernáldez, imaginario cura de Los Palacios, en Andalucía, cuajada de anacronismos y errores geográficos, con párrafos enteros idénticos a otros de la obra antes citada, que, hace cuatro décadas, el doctor Filiberto Ramírez Corría demostró, con sólidos argumentos, es apócrifa. Consideramos que su

autoría intelectual se debe también a don Luis, debido al estrecho parentesco existente entre ambos libros, con pasajes análogos en numerosas ocasiones, y por aquello de: "el que hace un cesto hace cientos".

La muerte puso fin a la picaresca e inquieta vida de don Luis en los primeros días de febrero de 1572, sin que hubiese terminado de cumplir su condena de destierro en Orán.

Para terminar, diré que, en mi opinión, si se hubiera tratado de un individuo menos linajudo, su castigo habría sido mucho más severo.

BIBLIOGRAFÍA

NIETO CORTADELLAS, R. (1952): *Los descendientes de Cristóbal Colón*, Sociedad Colombista Panamericana, La Habana.

RAMÍREZ CORRÍA, F. (1959): *Excerta de una Isla Mágica*. Editorial Olimpo, México, DF.

RUMEU DE ARMAS, A. (1973): *Hernando Colón, historiador del descubrimiento de América*, Instituto de Cultura Hispánica, Madrid.



Puerto Cabello y La Habana: dos ciudades, una historia

Por: Lisette Roura Álvarez

RESUMEN

La mayoría de las ciudades fundadas en el Nuevo Mundo poseían características que las distinguían. El conquistador buscaba siempre asentarse en territorios cercanos a fuentes de agua potable, cercanía de amplios puertos y posiciones estratégicas para poder situar las defensas. Estas son algunas de las particularidades que comparten La Habana y Puerto Cabello y que se exponen en estas pocas líneas.

ABSTRACT

Most cities founded in the new world had features which made them peculiar. Conquerors tried to settle in places near sources of drinking water, large harbours and strategic positions to locate the corresponding means of defense. These are some of the features shared by Havana and Puerto Cabello, which are discussed in this paper.

Puerto Cabello y La Habana, dos ciudades que comparten raíz indígena, hispana y negra; historia y surgimiento de lo caribeño que nos une e identifica. El español, navegante experimentado que conocía de mares y azarosas travesías, buscó puertos que sirvieran de refugios y bahías que acogieran a sus naos para resguardarlas de la furia de los vientos y los hombres.

La villa de San Cristóbal de La Habana se fundó en 1519, en la costa norte occidental de Cuba. En los comienzos, solamente unos pocos se aventuraron a habitarla; la falta de agua potable y los acontecimientos desagradables que se sucedieron en el territorio del cacique Habaguanex hacían poco recomendable el lugar para su establecimiento. Sin embargo, el obstinado peninsular veía con otros ojos el magnífico puerto en que había carenado sus naves Sebastián de Ocampo en 1508, mientras realizaba el bojeo a la Isla. Aun cuando la principal villa se encontraba hacia el oriente y sur del país, y fungía como centro emisor y receptor de los barcos que navegaban por el mar Caribe, dedicados a la colonización de tierras sureñas, la conquista del Norte era inminente. La casi ausencia de plagas, las frescas temperaturas invernales y los planes de la futura conquista de los territorios norteños, hicieron que las principales autoridades eclesiásticas y civiles se trasladaran rápidamente hacia occidente. Ya en 1555, La Habana era considerada, sin discusión, como la capital cubana.

Ciento setenta y cinco años más tarde, los también obstinados y persistentes vascos arribaban a un magnífico puerto del litoral norteño de Tierra Firme –actualmente pertenece al estado Carabobo, Venezuela. Era impresionantemente bueno, según los cronistas, el mejor de toda la costa. Los productos agrícolas que producía el territorio tenían que ser exportados por algún punto de esta costa, y no hubo más que buscar: el cacao ya tenía un Puerto Cabello. Mucho tuvo el hombre que vencer en este territorio, solamente el pantano, las plagas, el mangle y el calor, hubieran podido hacer que la zona se mantuviera despoblada por siempre, pero una vez comenzadas las labores de la fortaleza de San Felipe, para las cuales hubo que rellenar parte de estos pantanos, hombres y mujeres se asentaron en la península que con posterioridad albergó definitivamente la ciudad. A partir de entonces, el núcleo urbano creció y se desarrolló a fuerza de voluntad y tesón.

HISTORIA



Fig. 1. Ubicación de las fortificaciones habaneras en el entorno citadino del siglo XVIII.



Fig. 2. Plano de la ciudad de Puerto Cabello, 1744.

Las fortificaciones

Piratas, corsarios y filibusteros abundaban en las costas caribeñas a lo largo del siglo XVI, XVII y XVIII. Las guerras que España desarrollaba con diferentes potencias europeas incidían en la seguridad de las colonias hispanas en el Nuevo Mundo. Las riquezas que producían estas colonias eran codiciadas por los enemigos de la metrópoli, por lo tanto, era necesario destruir o tomar por la fuerza las fuentes de estas, de manera que España no contara con los abastecimientos necesarios con los cuales enfrentar sus guerras en el Viejo Mundo.

Debido a la estratégica posición de las lengüetas de tierra que cierran la entrada del puerto, era necesario ubicar allí una fortificación que evitara que este pudiera ser tomado por el enemigo. En 1743, una escuadra de navíos ingleses comandada por Charles Knowles atacó desenfrenadamente las costas de Puerto Cabello, donde la fortaleza de San Felipe jugó un papel fundamental. La plaza no pudo ser tomada, pero las autoridades comprendieron que se necesitaba modernizar el sistema defensivo y este ataque tuvo un papel determinante en la toma de decisiones al respecto. A partir de 1763 fueron diseñadas nuevas baterías y cortinas de muralla dentro de la porción vetusta de la ciudad, y se llevaron a cabo otras obras defensivas a lo largo de la costa y en el cerro de La Vigía. Fue así como surgió la batería de Nuestra Señora del Coro –El Corito–, creando el cierre, mediante la posibilidad de mantener fuego cruzado con San Felipe, en la entrada del puerto. La forma y topografía de la península únicamente



Fig. 3. Fortaleza de San Felipe, Puerto Cabello.

permitía que se pudieran diseñar murallas –gracias también a que los ataques podían venir solamente desde el mar o desde el sur por tierra– en dos flancos: uno hacia el mar, y otro hacia El Arrabal, donde se desarrollaba el poblamiento extramural de la ciudad. A esta última obra defensiva se le situaron baterías parapetadas y solamente dos baluartes: El Príncipe y La Princesa. La comunicación entre ambas poblaciones se efectuaba a través de un puente levadizo, sobre el foso húmedo que comunicaba el interior de la bahía con el mar.

La Habana fue fortificada muy tempranamente, de hecho, aún hoy se levanta el Castillo de la Real Fuerza, la fortificación permanente abaluartada más antigua de América, terminada en el año 1577. Sin embargo, después de construida y radicado allí el Gobernador



Fig. 4. Fortaleza de San Carlos de La Cabaña.

de la Isla, era evidente que había sido colocada erróneamente, casi al final del canal de entrada de la bahía y justamente donde se encontraba el núcleo poblacional, por lo que se comenzó a planificar la edificación de otras dos a la entrada del puerto, al igual que en Puerto Cabello, y probablemente en casi todas las ciudades portuarias hispanas. Así, surge a finales del siglo XVI el castillo de San Salvador de La Punta y la fortaleza de los Tres Reyes del Morro.

Las flotas que cargaban los tesoros americanos hacia la península ibérica tenían como punto de reencontro La Habana, antes de seguir travesía hacia España, fue por ello que desde bien temprano en el siglo XVII se pensó en amurallar la ciudad y comenzó esa construcción el 3 de febrero de 1674, no terminándose la misma sino en el año 1740. Esta muralla se componía de dos tramos, uno que rodeaba la ciudad con vistas a evitar los ataques por tierra, y otro con la misma función pero en los límites marinos; de manera general, y basándonos en las evidencias documentales y arqueológicas halladas, se puede afirmar que poseía un total de 10 m de altura máxima y su ancho oscilaba entre los 1,50 m y 2,00 m. A pesar de ello, en 1762 la ciudad es sorprendida, también, por el ataque de una escuadra inglesa, la que tomó la plaza y la mantuvo en su poder durante once meses. Posteriormente, el territorio ocupado fue canjeado por la península de La Florida y el gobierno español rápidamente emprendió reformas en el sistema defensivo de la región. En la segunda mitad del siglo XVIII se construyeron dos grandes fortificaciones dentro del perímetro de la bahía habanera: las fortalezas de Atarés y El Príncipe, y otra en el canal de entrada al puerto: San Carlos de La Cabaña. Esta constituyó la más grande y moderna fortificación construida por España en América.

El agua

Muchos de los asentamientos humanos americanos fueron creados en las cercanías de ríos o lagunas, ya que las fuentes de abasto de agua potable casi siempre condicionaron el surgimiento y desarrollo de las poblaciones. Las opciones que se buscaron, en un principio, para solucionar este problema, fueron fundamentalmente dos: la construcción de aljibes dentro de las viviendas para almacenar el agua de lluvia, y el transporte del líquido en contenedores desde las reservas naturales.

La situación topográfica sui generis de la península donde se asentó la población originaria de Puerto Cabello —en muchos casos por debajo de la cota 0—, al parecer, no permitió que se generalizara la construcción de aljibes dentro de las casas, por lo que tenían que recurrir al transporte de esta desde el río San Esteban. En el siglo XVIII surgió la idea y proyecto de crear un canal subterráneo que llevara el líquido hasta el núcleo poblacional, pero fue levantado con materiales muy perecederos y dejó de utilizarse en poco tiempo. Posteriormente, una obra de mejor calidad fue ejecutada y el agua llegó hasta la fuente La Alcantarilla en El Arrabal, gracias a una canal de ladrillos en pendiente que recorría un gran trecho a través de los cerros, partiendo de una acequia que salía del mismo río. Este acueducto, llamado La Noria, funcionó hasta la primera mitad del siglo XX y aún hoy puede observarse parte de su estructura en la calle del mismo nombre.

Los habitantes de San Cristóbal de Habana, establecidos lejos de las cuencas hidrográficas naturales, solucionaron el problema acuífero trasladando el agua desde un aljibe o cisterna labrada en la roca natural, que recolectaba el agua de lluvia que bajaba por la ladera existente "al otro lado de la bahía", envasada en

HISTORIA



Fig. 5. Imagen de principios del siglo xx, donde puede observarse aún el buen estado constructivo del acueducto La Noria.



Fig. 6. Vista parcial del ramal de la Zanja Real que corría a través de la calle Teniente Rey, La Habana Vieja.

toneles de madera y transportados en botes hacia la banda de tierra donde se desarrolló la ciudad. Bien temprano en el tiempo se proyectó la construcción de una canal que trasladara el agua desde el río La Chorrera hasta el núcleo urbano. Así fue como en 1592 se daban por concluidas definitivamente las obras primigenias de la Zanja Real, canalización abovedada de piedra caliza que desembocaba en dos fajas de aguas ubicadas en la fuente de la Plaza de San Francisco de Asís y en el Callejón del Chorro. Con el paso del tiempo este sistema se amplía y se construyen varios ramales que permitieron que un mayor número de habaneros tuvieran acceso al agua que por estos corría. No es hasta el siglo XIX que se erigió el primer acueducto de la ciudad, y con ello mejoró el abastecimiento hídrico a la población.

Los invisibles lazos históricos que unen ambas ciudades en el tiempo aún hoy están en marcha. Se trabaja por el bienestar de un Centro Histórico que merece ser rescatado de la madeja del olvido. La Habana y Puerto Cabello seguirán andando y proyectándose hacia un futuro mejor, donde la historia continuará estrechando identidades.

Las ermitas de Nuestra Señora de la Candelaria de La Popa en Cartagena de Indias y la de Trinidad en Cuba

Por: Nelson Melero Lazo

RESUMEN

Como resultado de las relaciones comerciales que se establecieron en la zona caribeña durante la colonización española, y por ende, con el intercambio mercantil y cultural, se suscitaron interesantes coincidencias que han rebasado espacio y tiempo, compartiendo raíces comunes y largos siglos de dominio colonial. Tal es el caso de las ermitas dedicadas a Nuestra Señora de la Candelaria de la Popa, en Cartagena de Indias, y la de Trinidad. Este artículo ahonda sobre estas cuestiones y expone un acercamiento al comercio existente entre Cartagena de Indias y Trinidad, y a la historia de estas dos emblemáticas edificaciones.

ABSTRACT

As a result of trade and cultural relations developed in the Caribbean during the Spanish colonization interesting coincidences arose. They have survived in time, sharing common roots and centuries of colonial domain. Such is the case of the chapels of Nuestra Señora de la Candelaria de La Popa in Cartagena de Indias, Colombia and the chapel of the city of Trinidad, Cuba. The article makes an analysis of the points mentioned and presents an approach to the trade existing between Cartagena de Indias and Trinidad and the history of these two emblematic buildings.

Cartagena de Indias y Trinidad. Dos ciudades frente al Caribe

El emplazamiento costero de las ciudades de Cartagena de Indias y Trinidad, junto o muy cercanas a una bahía, generó en ellas una vocación expresa por la actividad marinera.

El espacio mediterráneo del Caribe, en cuyos bordes opuestos se asentaron esas poblaciones, paso obligado de la navegación que se movía entre la península ibérica y sus posesiones en el continente americano, lo convirtió en un elemento que, a la vez que constituía una barrera natural entre la isla de Cuba y la costa colombiana del Caribe, sirvió también como un fuerte vínculo entre las ciudades portuarias cubanas emplazadas en la costa sur, como Santiago de Cuba y Trinidad.

La ciudad de Cartagena de Indias, muy pocos años después de su fundación, se convirtió en el siglo XVI en punto de encuentro de los navíos que se concentraban en su resguardada bahía procedentes de Centroamérica y del Virreinato del Perú, para trasladar en las llamadas Flotas las riquezas extraídas de las colonias españolas del continente hacia La Habana, último puerto de escala de este recorrido, para desde allí emprender un viaje conjunto, protegidas por buques de la Armada española hacia la Península a través del océano Atlántico.

En los casi dos siglos que duró el trasiego de las flotas entre América y Europa debieron moverse un poco más de un centenar de estos convoyes marítimos. Las estancias de estos en los puertos que les servían de enclave para la reunión de la Flota podían extenderse hasta varios meses, y en algunas ocasiones este movimiento se podía realizar hasta dos veces en un mismo año (Del Castillo).

Estas grandes concentraciones de barcos y tripulaciones favorecían una intensa animación del comercio que debía atender a esta considerable población flotante, lo que determinó un carácter terciario y de almacén que caracterizó a estas ciudades. La "Feria de los Galeones", como se le conocía a estos eventos de transportación e intercambio de mercancías, reunía a miles de personas provenientes de diferentes orígenes enroladas en esta gran aventura marinera, convirtiendo a las ciudades en que se congregaban en sitios en los que se produjeron fenómenos socioculturales muy particulares y de gran riqueza para el continente.

HISTORIA

Aunque los puertos de escala de la flota fueron Cartagena de Indias, en Colombia, y La Habana en Cuba, hay una realidad geográfica evidente; Trinidad y Santiago, ciudades también con bahías emplazadas en la costa sur de la isla, poseían condiciones naturales óptimas para el intercambio comercial con el resto del área del Caribe.

Por otra parte, Cartagena de Indias se convirtió en el primer puerto del Nuevo Mundo en recibir esclavos africanos en el siglo XVI, y mantuvo la condición de plaza importante de la trata de esclavos del colonialismo español en América durante varios siglos; se registra en fecha tan temprana como 1603 un envío de 144 esclavos hacia La Habana (ídem).

En el mismo artículo de Nicolás del Castillo Mathieu son recogidos datos sobre la importante actividad comercial existente en el siglo XVII entre estas dos ciudades cubanas, Santiago de Cuba y Trinidad, con Cartagena de Indias, principalmente un comercio clandestino o de contrabando que constituyó, hasta la segunda mitad del siglo XVIII, una de las fuentes de ingreso más importantes para las villas de las colonias españolas emplazadas en el área del Caribe.

Este comercio de contrabando sufrió un notable incremento a partir del momento en que, durante el siglo XVII, varias potencias europeas: Inglaterra, Francia y Holanda, históricamente enemigas de España, ocuparon algunas de las islas de las Antillas Menores.

Hay algunos reportes de balandras que van desde Casilda, en Trinidad, La Habana, Santiago de Cuba y Santo Domingo a Cartagena de Indias para llevar tabaco en hojas y polvo y azúcares, también se llevaba manteca de cerdo de Santiago de Cuba a Cartagena de Indias a principios del siglo XVII.

El comercio de Cartagena de Indias con Santiago de Cuba y otros puertos del sur de Cuba, entre ellos el de Casilda, superó ampliamente al de esta ciudad con La Habana entre 1620 y 1640.

De igual manera, existen otras referencias a esta relación comercial entre las dos ciudades caribeñas recogidas por el historiador cubano José Martín Félix de Arrate, quien en una de sus obras expresa *"Trinidad hace azúcar y coge buen tabaco y aunque es terreno alto y pedregoso, logra mejores cosechas que otros lugares por la aplicación y trabajo de sus vecinos. Comercia con Cartagena y Portobelo que la proveen de dinero y con Campeche que saca venados y algunos ajuares"* (Arrate, 1964).

La interacción producida por estos vínculos y la estrecha relación creada entre estas ciudades han deja-

do huellas muy evidentes en la concreción de una cultura material y espiritual, expresada en tradiciones, formas de expresión, en su música y los bailes, y en una arquitectura con elementos que se hacen claramente reconocibles en ellas.

Es por eso que se afirma que Trinidad y Santiago de Cuba son las ciudades cubanas caribeñas por excelencia.

Breve semblanza de las ciudades de Cartagena de Indias y Trinidad de Cuba

Cartagena de Indias

Cartagena de Indias se encuentra situada junto a una gran bahía de bolsa de igual nombre y fue fundada por don Pedro de Heredia en el año de 1533, después de realizar una exploración del territorio del río Magdalena –que duró varios meses–, con el propósito de encontrar un sitio adecuado para el emplazamiento definitivo de la ciudad. Fue escogida la isla de Calamarí en la zona norte de la bahía, frente al mar, en un lugar en el que existía un asentamiento indígena.

El asentamiento urbano debió salvar en su crecimiento y desarrollo una compleja estructura formada por la bahía y un conjunto de islas, lagunas, pantanos y ríos, que fueron conectándose hasta articular la variada e interesante ciudad que es hoy Cartagena de Indias, en donde el diálogo de la ciudad con el mar es siempre motivo constante en sus imágenes.

A pesar de que el sitio escogido por los conquistadores españoles no presentaba buenas condiciones ambientales para el desarrollo urbano de la población, sin embargo, su ubicación estratégica la favoreció como punto de escala y antesala obligada de los recorridos hacia el interior de las ricas tierras del sur del continente.

El desarrollo y la prosperidad que fue alcanzando Cartagena de Indias y su localización en un escenario de acciones militares tan peligroso como lo era el Caribe durante los siglos XVI y XVII, determinaron en la colonia española la decisión de ejecutar un importante conjunto de obras de fortificación y defensa de la villa, denominada por la corona española como *"Llave del Reino de la Nueva Granada, del Choco y del Darién."*

Las obras militares de Cartagena y de modo muy particular su muralla, que se conserva casi completa en la actualidad, constituyen un elemento emblemático de la ciudad.

Cartagena nos muestra tres barrios en su recinto amurallado: Centro, donde se ubica el área fundacional, San Diego y Getsemaní. En ellos encontramos, además de un variado y muy completo repertorio de arquitectura militar, una interesante arquitectura religiosa en la cual se integran numerosos conventos e iglesias, excelentes exponentes de arquitectura civil, así como un extenso conjunto de construcciones domésticas en donde se aprecian hermosos y amplios edificios de hasta tres niveles con grandes balcones de enorme vuelo sobre la calle, apoyados sobre canes y pies derechos de madera, hasta la arquitectura sencilla y popular, uniplanta, y de proporciones mucho más modestas, como las que se encuentran en el barrio de Getsemaní.



Fig. 1. Vista aérea de la ciudad de Cartagena de Indias. En primer plano el centro amurallado; al fondo, el cerro de La Popa y el conjunto religioso.



Fig. 2. Vista aérea del conjunto de la Catedral en el centro histórico de Cartagena de Indias.

Los innegables valores patrimoniales presentes en la ciudad histórica de Cartagena de Indias determinaron su reconocimiento como Monumento Nacional de Colombia en 1959 y como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1984.

Trinidad de Cuba

La villa de La Santísima Trinidad, fundada en 1514 por el Adelantado Diego Velázquez, fue la tercera población asentada en el territorio cubano durante la conquista y colonización española, iniciada por el extremo oriental de la isla dos años antes.

Al igual que otras ciudades primadas, su emplazamiento inicial experimentó un movimiento que la desplazó desde el borde la amplia bahía de Jagua, en la actualidad Cienfuegos, situada en la costa sur de la región central, hacia su actual ubicación, en las estribaciones de las alturas de Trinidad, cuyas suaves colinas conocidas como La Vigía descienden hacia el mar desde una altura cercana a los setenta metros, convirtiéndola en un mirador natural excepcional.

Una barrera protectora natural lo constituyen las elevaciones de la cordillera de Guamuhaya, localizada a sus espaldas. En su cercanía se encuentran las fértiles tierras de los valles de Santa Rosa y San Luis, en la actualidad conocidos como Valle de los Ingenios, sustento del desarrollo económico y social de la villa, a partir de la producción agroindustrial azucarera que se incrementó en esos territorios hacia finales del siglo



Fig. 3. Vista general del centro histórico de Trinidad. Al fondo, la elevación de La Vigía.

HISTORIA



Fig. 4. Casa de vivienda del ingenio Manaca-Iznaga, Trinidad.
Fachada posterior.

XVIII y que experimentó su momento de mayor esplendor durante la primera mitad del siglo XIX.

La ciudad se encuentra aproximadamente a una milla de la costa, en donde se localizan las ensenadas de Casilda y Masío, las que eran utilizadas como puertos de la ciudad, así como también el del río Guaurabo, que garantizaba el acceso fluvial de embarcaciones de pequeño calado hasta Trinidad, por el que se efectuaba el trasiego de mercancías y, en particular, el de sus principales renglones de exportación: el tabaco y el azúcar.

La acumulación de grandes fortunas favoreció la expansión urbana de la villa, en la cual floreció una arquitectura notable, en la que predomina el gusto por las grandes construcciones ricamente ambientadas y decoradas. Este período de lujo y opulencia, correspondiente con la preponderancia de la industria azucarera trinitaria, comienza a experimentar un estancamiento y decadencia en la segunda mitad del siglo XIX, debido a que los propietarios de los ingenios azucareros mantuvieron las estructuras de producción tradicionales sin asimilar el desarrollo tecnológico que incorporó la máquina de vapor y otras innovaciones al proceso de obtención de azúcar, que permitían obtener mayores producciones y una alta productividad en las agroindustrias. Esto provocó que los ingenios trinitarios no pudiesen competir con sus similares de otras regiones, lo que trajo como consecuencia la desaparición y la ruina de una gran parte de ellos; aspecto que quedó reflejado en el congelamiento de la estructura edilicia y urbana de la ciudad, sumiéndola en un estatismo absoluto.



Fig. 5. Torre de vigilancia del ingenio Manaca-Iznaga, Trinidad.

Trinidad constituye en Cuba un caso de excepción en cuanto al nivel de integridad y conservación que presenta su centro histórico. Con una larga tradición en la protección y salvaguarda de sus valores patrimoniales, desde hace más de cuarenta años se comenzó a trabajar en esta dirección con programas y planes de intervenciones integrales que incluían al conjunto habitacional y garantizaba la conservación de sus estructuras arquitectónicas y urbanas.

En la actualidad, Trinidad se encuentra inmersa en una difícil tarea en la que debe conjugar armónicamente las condiciones excepcionales del sitio con un alto potencial de desarrollo turístico, en el que se combinan simultáneamente los atractivos naturales que poseen sus playas y las actividades de montaña, con los valores de tipo cultural que ofrecen el centro histórico urbano de la ciudad y el conjunto de construcciones industriales del Valle de los Ingenios, ambos reconocidos como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1989.



Fig. 6. Vista de la Plaza Mayor de Trinidad y su entorno.



Fig. 7. Palacio Cantero, Trinidad. Interior.

Las ermitas de La Popa. Descripción general

Nuestra Señora de la Candelaria de La Popa. Cartagena de Indias

Esta ermita se encuentra enclavada en lo alto de un promontorio desde el que se domina toda la ciudad de Cartagena de Indias, a una altura aproximada de 150 metros sobre el nivel del mar. La curiosa forma de esta elevación, que puede ser divisada desde cualquier punto de la ciudad, por constituir su accidente orográfico más notable, se conoce también como *"la popa de la Galera"*, ya que semeja el casco de una embarcación que hubiese encallado junto a la costa.

El templo forma parte de un convento cuyos primeros intentos de fundación se remontan a 1606, por parte del fraile agustino Vicente Mallol, aunque se considera al padre Alonso de la Cruz Paredes como su verdadero fundador, a quien le es concedida la licencia de obras y quien fue además el primer director del convento.

Las obras de construcción se desarrollan bajo la dirección del maestro Simón González y ya hacia 1611 se plantea que está levantada la iglesia de piedra y parte del edificio del convento, y que para 1617 estaba terminado la mayor parte de este. Posteriormente le serán añadidas al conjunto otras construcciones en los alrededores que servirán como hospedería para viajeros y visitantes.



Fig. 8. Vista de la elevación de La Popa de la Galera con el convento y la iglesia. Cartagena de Indias.

El convento posee un solo patio de pequeñas proporciones y sus galerías se apoyan sobre cuatro arcos de cantería en cada uno de sus lados. Contiguo hacia el lado norte del claustro se halla la iglesia. Es también una construcción ejecutada en cantería que responde a los patrones tipológicos de la arquitectura religiosa de rasgos más arcaicos, de las que fueron construidas en nuestro continente con una sola nave en donde se ubican sus coros: bajo y alto, el espacio del templo y un área para el altar mayor que no llega a definirse aún como presbiterio, con cubierta a dos aguas de madera y tejas curvas, a las que en Cuba llamamos españolas o criollas.

HISTORIA



Fig. 9. Vista general del conjunto.



Fig. 10. Interior del Claustro del Convento. Cartagena de Indias.



Fig. 11. Vista exterior de la iglesia. Cartagena de Indias.

Las proporciones tanto del claustro como las de la iglesia son modestas y se destacan en el conjunto los grandes aljibes que ocupan toda el área del patio, parte del edificio del convento y de la plazuela frente a este. La ejecución de esta obra requirió de una técnica constructiva muy cuidadosa y complicada, ya que parte del edificio queda en el borde del cerro y da casi directamente hacia el vacío de un gran despeñadero.

No puede hablarse de la historia de este conjunto sin hacer referencia a la leyenda de un maléfico dios venerado en este sitio hacia mediados del siglo XVII por esclavos negros, conocido como Busiraco, al que se consideraba el demonio representado por una figura de un macho cabrío. Al ser descubierto ese culto por fray Alonso de la Cruz, dicese que el religioso lanzó por el borde casi recto del cerro hacia el vacío la imagen de Busiraco, por lo que esta parte de la elevación es conocida popularmente en la actualidad como "el Salto del Cabrón".

Como es frecuente en la mayoría de estos edificios religiosos formados por varios componentes arquitectónicos con usos variados, este se fue ejecutando por partes y en el conjunto de La Popa se estuvieron realizando obras hasta principios del siglo XIX.

A lo largo de su existencia, el convento de La Popa sufrió ataques y destrucciones durante los siglos XVII y XVIII por parte de distintas expediciones francesas e inglesas que asediaron a la ciudad de Cartagena de Indias. Su emplazamiento, sobre una alta atalaya natural, llamó siempre la atención de los atacantes durante las acciones militares destinadas a tomar este estratégico emplazamiento del Caribe. Por ello, hacia el último tercio del siglo XVIII fue fortificada la cima del cerro con la construcción de tres baterías: la de Nuestra Señora de La Popa, San Juan y San Carlos, hoy prácticamente desaparecidas, las que se encontraban localizadas en un nivel más bajo, alrededor del convento, defendiendo su acceso.

Pero es quizás su peor momento el que transcurre a principios del siglo XIX, cuando se inician las guerras por la independencia y todas las luchas que se sucedieron entre 1810 y 1819, un período muy difícil dentro de la historia de Cartagena de Indias.

En 1820 es abandonado el convento por los religiosos y el edificio se convirtió en un sitio ruinoso, mas no ocurrió así con la iglesia que siempre mantuvo el culto. Las festividades por la celebración del día de la Candelaria, el 2 de febrero, famosa entre las fiestas popu-

lares cartageneras, no han dejado de realizarse cada año, cuando la población sube en peregrinación y romería al cerro, desde donde puede contemplarse a sus pies toda la belleza de la ciudad.

En 1880 el edificio del convento fue destinado por la presidencia de la república como Hospital Militar, realizándose una reconstrucción del inmueble.

La iglesia fue restaurada en 1940 y en 1960 se interviene en el claustro del convento, que se encontraba nuevamente en pésimo estado de conservación; una vez que este fue devuelto a la orden de los Agustinos Recoletos.

Hacia finales del siglo xx se realizaron trabajos de restauración en todo el conjunto, que en la actualidad se mantiene en muy buen estado.

Nuestra Señora de la Candelaria de La Popa. Trinidad, Cuba

La iglesia dedicada a esta advocación, similar a la de Cartagena de Indias, se enclava al pie de la loma de la Vigía y hasta este sitio se accede a través de la calle Desengaño, que en su recorrido ascendente llega hasta lo alto de esta colina, que con anterioridad se conoció por otro nombre. Este acceso tuvo un desarrollo escalonado a mediados del siglo xix, con algunos elementos laterales de ambientación que engalanaban esa vía de acceso peatonal, pero que en la actualidad no conserva nada de esta anterior solución.

Al frente de la edificación existe una explanada natural desde donde se divisa todo el conjunto urbano de la ciudad, la ensenada de Casilda, la punta del Ancón y de la boca del río Guarabo.

Esta construcción religiosa se considera como la más antigua de su tipo en Trinidad y algunos historiadores la sitúan en las primeras décadas del siglo xviii.

El licenciado Carlos Venegas expresa: *"La primera, levantada hacia 1716, fue dedicada a la virgen de la Popa, Nuestra Señora de la Candelaria, tomada del templo de igual nombre de la ciudad de Cartagena de Indias, muy vinculada a Trinidad por el comercio"* (Capablanca y Venegas, 1998).

Los historiadores de la ciudad de Trinidad, Francisco Marín Villafuerte y Carlos Joaquín Zerquera la ubican, el primero hacia el primer cuarto del siglo xviii (Marín, 1945), y el segundo la sitúa también antes de 1720 (Zerquera, 1995). Otros estudios e investigaciones realizados por la Oficina del Conservador de la Ciudad, basados en documentos consultados en los



Fig. 12. La Popa. Estado ruinoso del claustro del convento. Cartagena de Indias.



Fig. 13. Claustro. Estado actual. Cartagena de Indias.



Fig. 14. Vista general de La Popa al pie de La Vigía. Trinidad.

HISTORIA



Fig. 15. Foto antigua de principios del siglo xx en la que se observa el acceso escalonado a la iglesia. Trinidad.

archivos locales, plantean que la ermita debió estar construida antes de 1716.

Una descripción de época indudablemente de gran valor lo constituye la que realizó el obispo e historiador Pedro Agustín Morell de Santa Cruz y de Lora en su publicación *La visita eclesiástica* (Morell de Santa Cruz, 1985), documento que recoge la visita pastoral realizada a toda la isla entre 1755 y 1757. Arriba este prelado de la iglesia católica a la ciudad de Trinidad el 19 de diciembre de 1755 y permanece en ella durante 15 días, hasta el 2 de enero de 1756.

En el mencionado documento hace una descripción de la iglesia y dice: *"La una Hermita se llama la Popa, porque en ella se venera una señora de la misma advocación. Hallase sobre un cerro muy eminente de donde se vigía el Mar. Esta de Oriente a Poniente: toda su fabrica que constara de 25 varas de longitud, es de mampostería y texa: incluye tres Altares y Ornamentos decentes: Pulpito de Madera. Las campanas son tres se allan al lado de la puerta principal pendientes de quatro orcones, asistela un capellan y es el refugio de las necesidades de aquel pueblo"*.

Como puede apreciarse en lo reseñado por el obispo, las dimensiones del templo son modestas, alrede-

dor de 20 metros de largo, y no se encuentra aún en este momento con la espadaña que hoy se aprecia en la composición de su fachada, en la que se hayan colocadas las campanas.

En el reporte de Morell de Santa Cruz¹ se describe la presencia de "el hospital consistente en dos salas y un portal de la propia fabrica unidos a la Sacristía de la Popa". Puede observarse en esta nota la referencia a la presencia del local de la sacristía antigua, que se ubicaba hacia la izquierda del templo, hacia la parte en que se construyó la institución hospitalaria dedicada a la atención de personas de escasos recursos, que contaba con dos salas con un total de nueve camas. La construcción de este edificio se sitúa entre 1730 y 1740.

Un ciclón que afectó Trinidad en 1812 causó daños importantes en la iglesia, que fue sometida a trabajos de remozamiento. Al parecer adquiere a partir de este momento, en el siglo XIX, la fisonomía que ha llegado hasta nosotros, que incluye la espadaña en su fachada principal; se construyó el Hospital Militar y se añadió una construcción a la antigua sacristía. A finales del siglo XIX ese hospital fue utilizado como cuartel del ejército de ocupación norteamericano, entre 1898 y 1902.

¹ El obispo e historiador doctor Pedro Agustín Morell de Santa Cruz y de Lora, nació en Santiago de los Caballeros, República Dominicana, en los últimos días del año 1684. Fue ordenado sacerdote el 24 de abril de 1718 por el obispo Jerónimo Valdés. En 1719, es nombrado deán de la catedral de Santiago de Cuba. En 1729, es elegido por el cabildo catedralicio para ocupar la vacante dejada al morir el obispo Valdés. Es nombrado miembro del tribunal de la Inquisición de Cuba, el cual dependía del de Cartagena de Indias. En 1750, Morell de Santa Cruz embarca en la balandra Ave María rumbo a Cartagena de Indias, donde sería consagrado como obispo de Nicaragua. En 1753, es elegido obispo de Cuba. En 1755 inicia la visita eclesiástica en la Isla, concluyéndola en 1757. Arriba a la ciudad de Trinidad en la mañana del 19 de diciembre y parte hacia Sancti Spiritus el 2 de enero de 1756.



Fig. 16. Edificio del antiguo hospital de San Juan de Dios contiguo a la iglesia de La Popa. Trinidad.

Ya entrado el siglo xx se produce una modificación en el edificio de la iglesia al agregársele un nuevo local destinado a sacristía hacia el lado de la epístola, a la derecha de la nave.

El templo, a pesar de su mal estado de conservación, se mantuvo funcionando en condiciones ambientales muy precarias y fue cerrado definitivamente hacia mediados de los años ochenta por el peligro estructural que presentaba; se iniciaron algunas acciones de intervención en el inmueble en 1984 y 1985 que quedaron inconclusas. Esto provocó un aceleramiento en el deterioro del edificio, lo que se vio agudizado por algunos hechos vandálicos ejecutados en la construcción y que la despojaron de elementos importantes. A pesar de estar cerrado el inmueble, no ha dejado de celebrarse el oficio de la eucaristía en el local de la sacristía y en algunas oportunidades, por celebraciones especiales, ha sido utilizado el espacio libre que conforma una pequeña plaza en el frente de la iglesia.

Entre las tradiciones destacadas del lugar se recuerdan las celebraciones el día 2 de febrero dedicadas a la virgen de la Candelaria. Esta veneración tiene su nombre por las candelas (velas) que se bendecían en su honor este día, fecha dedicada por la iglesia católica al misterio de la Purificación de la Virgen. Tiene su origen en las Islas Canarias, en donde surge en el siglo vi y fue traída durante el proceso de conversión iniciado en las nuevas tierras descubiertas por los españoles en América.

El mencionado historiador Martín Villafuerte nos refiere en su Historia de Trinidad, ya citada: "*A las ferias que se celebraban el día de Nuestra Señora de la Candelarias (2 de febrero, festividad de la Purificación de*



Fig. 17. La iglesia de La Popa en su estado actual. Trinidad

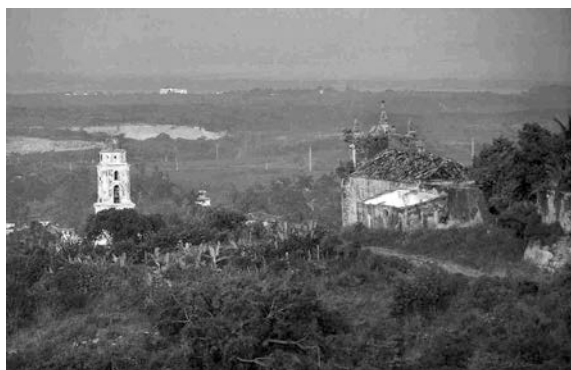


Fig. 18. Vista desde La Popa desde La Vigía donde se observa la sacristía y la nave de la iglesia con su cubierta de tejas criollas, c.1989. Trinidad.

Nuestra Señora y el 3 del mismo mes festividad de San Blas), acudía a la ermita y sus alrededores una gran muchedumbre y había extraordinaria romería, fuegos artificiales y agua de Loja". Todavía en la actualidad se sigue celebrando este día, sin el esplendor que caracterizó estas fiestas durante el siglo xix y la primera mitad del xx.

El edificio se compone de una nave rectangular de aproximadamente 20 m de largo, 8, 50 m de ancho y

HISTORIA



Fig. 19. Procesión de la virgen de La Candelaria en La Popa de Cartagena, c.1910.



Fig. 20. Nave de la iglesia en el estado actual, carente de cubierta. Trinidad.

4, 25 m de altura, con un espacio al fondo delimitado por un arco, el cual se encuentra apoyado sobre pilas-tras y un desnivel con respecto al resto del local, en donde se localiza el presbiterio. En este se encuentran dos nichos en la pared del fondo, destinados a la colocación de imágenes. Hacia el lado izquierdo o del evangelio se localizan los locales de la antigua sacristía, los que han sido convertidos en una vivienda y a la derecha o de la epístola se hallan los dos correspondientes a la sacristía actual.

Junto al acceso principal se ubican dos locales destinados: el de la izquierda para bautisterio y el de la derecha para escalera de acceso al campanario.

La cubierta, en la actualidad totalmente desaparecida, era una armadura de madera y tejas criollas, a tres pendientes para la nave y cuatro para la sacristía antigua.

La fachada principal del edificio incluye elementos típicos en la arquitectura religiosa cubana de influencia barroca, con algunas reminiscencias arcaizantes, como la espadaña de tres vanos terminados en arcos apuntados, a pesar de haber sido construida posterior al cuerpo de la nave, en la que se incorpora un arco abocinado en la entrada principal del templo.

En la actualidad en la ermita de La Popa, considerada uno de los edificios más antiguos y valiosos de Trinidad y del país, se han realizado los estudios y las propuestas para su restauración, priorizando de modo muy especial la reposición de la inexistente cubierta del edificio. Para este fin se han establecido contactos

con entidades nacionales y extranjeras, que han elaborado ofertas que están siendo evaluadas, ya que la madera en Cuba en estos momentos, aunque pueda resultar paradójico, es uno de los materiales más caros y deficitarios en la rama de la construcción y de modo particular en la referida a la conservación del patrimonio, donde constituye un componente significativo de las estructuras arquitectónicas coloniales.

El rescate de este valioso componente del patrimonio arquitectónico necesita una muy necesaria y reclamada acción constructiva que sustraerá a ese inmueble del deterioro y abandono en que durante años se ha mantenido este importante edificio religioso trinitario.

Consideraciones generales

Una diferencia de casi cien años separa la construcción de estos dos edificios religiosos de Cartagena de Indias, Colombia y Trinidad, Cuba. Sin embargo, resulta muy curioso hallar entre ellos un conjunto de aspectos de relación y coincidencia que atraen la atención y que para nada tienen que atribuirse necesariamente a la casualidad, y que parte de la propia denominación de estas edificaciones.

Existen innumerables ejemplos de templos dedicados a la misma advocación religiosa, pero en este caso resulta muy significativo que el templo de Trinidad reciba exactamente el mismo nombre que el de Cartagena de Indias, que por su emplazamiento en el



Fig. 21. Techo de armadura original de la nave de la iglesia de par e hilera con tirante doble sin decoración. Trinidad.



Fig. 22. La Ermita de Nuestra Señora de la Candelaria de La Popa de Trinidad desde el camino de acceso.

cerro de La Popa, incluye este nombre en su identificación. Pero nos preguntamos, ¿por qué el edificio trinitario, enclavado en las faldas del cerro llamado de la Vigía, también adopta el término de la toponimia geográfica que identifica la edificación cartagenera?

En la actualidad existe en Trinidad un barrio en los alrededores de la iglesia llamado La Popa, pero nos atrevemos a afirmar que es la iglesia y su nombre los que determinaron que un área urbana surgida mucho después de la construcción del templo tomara este nombre, ya que en los inicios del siglo XVIII el desarrollo de la ciudad no alcanzaba a llegar hasta este lugar.

La fuerte relación existente entre ambas ciudades, de estirpe marinera y muy vinculadas además por el tráfico comercial que se desarrolló entre ambas, propició la llegada a Trinidad de embarcaciones procedentes de Cartagena de Indias y, junto con ellas, arribaron y se mezclaron las influencias culturales de origen común.

No puede olvidarse que en aquellos momentos cruzar el mar Caribe en una nave de la época constituía un gran riesgo, por lo tanto, si los marinos al iniciar su viaje hacia Cuba se encomendaban a la virgen morena situada en lo alto del cerro de La Popa en Cartagena de Indias, para que los acompañara y protegiera durante la travesía hasta Trinidad, por qué dudar que también se haya decidido dedicar un templo a la patrona de los marineros en el sitio de llegada, donde pudieran agradecerle a esta el haber podido llegar a salvo al destino final.

Otro hecho que confirma las relaciones existentes entre Cartagena de Indias y Trinidad, desde muy tempranas fechas, aparece recogida en la referencia que hace la doctora Alicia García Santana (2004; 132), trinitaria de nacimiento y de arraigo medular, una de las personas que ha contribuido fervientemente no sólo al estudio de la historia de esta villa sino también a la conservación material de su patrimonio arquitectónico y urbanístico, desde hace más de treinta años.

En su libro *Trinidad de Cuba* expresa "que –como afirma Carlos J. Zerquera– el vínculo con el templo colombiano se explique por la presencia desde 1700 del alguacil del Santo Oficio Diego Ignacio de Zerquera y López de Vicuña, nacido en Cartagena en 1682".

En la Historia de Trinidad, de Marín Villafuerte, se refiere "la existencia de un cuadro con la inscripción de 1766, que llegó hasta mis días", una ofrenda de un grupo de marineros que estaban a punto de zozobrar y se encomendaron a la virgen y salvaron su vida. En agradecimiento cumplieron su promesa con la Virgen de La Popa, llamada por los marinos Virgen del Mar.

Tanto en Trinidad como en Cartagena de Indias hemos oído opiniones que relacionan la construcción de la ermita de La Popa de Trinidad con ciudadanos cartageneros, los que, se dice, la emplazaron en un cerro y la orientaron en dirección a donde se encuentra localizada su similar de Cartagena de Indias.

Según expresa la investigadora Bárbara Venegas (Venegas, 1999), la devoción a la virgen de la Candelaria no se limita solamente a la ciudad

HISTORIA

de Trinidad, también aparece en otros templos y es venerada en algunas otras poblaciones y sitios rurales localizados en los alrededores de la ciudad.

Al realizar un análisis de ambas edificaciones pueden apreciarse que éstas presentan algunas coincidencias arquitectónicas, históricas y funcionales que las hacen hermanarse aún más a través del tiempo y la distancia, uno de ellos es el emplazamiento en sitios o lugares prominentes en cuanto a su localización geográfica, en cerros que constituyen puntos extraordinarios tanto para observar como para ser vistos desde lejos.

Las estructuras arquitectónicas de ambas edificaciones están conformadas por construcciones de una sola nave, con dimensiones modestas y techos inclinados de madera y teja, que responden a una estructura tipológica acorde con las soluciones que se aplicaron en los templos católicos latinoamericanos del siglo XVII y principios del XVIII.

En ambos casos, y desde sus inicios, estas ermitas estuvieron asociadas a conjuntos religiosos mayores: convento, hospedería, hospital, etcétera y la actividad de la atención de enfermos fue común en ambas en un momento de la historia de estos edificios.

En el siglo XIX a ambos conjuntos religiosos, tanto al de Cartagena como al de Trinidad, le fueron asignados usos y funciones militares defensivas.

Las celebraciones, festividades, romerías y otras actividades sociales vinculadas a la veneración de la Candelaria constituyeron sucesos destacados y de amplio arraigo popular en Trinidad y Cartagena de Indias.

No podemos afirmar categóricamente, ya que no contamos con la información para esto, que la ermita de Nuestra Señora de la Candelaria de la Popa de Trinidad haya sido construida por personas procedentes de Cartagena de Indias, pero hemos pretendido acopiar, ahondar y profundizar en un conjunto de hechos que tienden a señalar que ello no parece estar muy lejos de la realidad histórica, ya que hay muchas evidencias que así lo indican.

Lo que resulta innegable es la gran cantidad de aspectos comunes que es posible hallar no sólo entre estas dos construcciones que hemos analizado de forma preliminar en este estudio, sino también en el ámbito cotidiano de la vida, las costumbres, las tradiciones, la arquitectura y el urbanismo de estos dos polos en equilibrio en el *mare nostrum* caribeño.

BIBLIOGRAFÍA

ARRATE, JOSÉ M. F. DE (1964): *Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias Occidentales*, UNESCO, La Habana.

CAPABLANCA, ENRIQUE Y CARLOS VENEGAS (1998): *La Habana Vieja. Trinidad*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.

CARDONAS, CARLOS E.: La Popa. Resumen Histórico.

CASTILLO MATHIEU, NICOLÁS DEL: "Relaciones comerciales y lingüísticas entre Cuba y Cartagena" en *Boletín Historial*, Academia de la Historia de Cartagena de Indias.

EXPEDIENTE TÉCNICO: Oficina del Historiador de la Ciudad, Trinidad.

GARCÍA SANTANA, ALICIA (2004): *Trinidad de Cuba. Ciudad, plazas, casas y valle*, Consejo Nacional de Patrimonio Cultural, Ministerio de Cultura, Cuba, Escandón Impresores, Sevilla, España.

GUÍA HISTÓRICA (1997): *Cartagena de Indias*, COLCULTURA, Ediciones PROA, Bogotá, Colombia.

MARÍN VILLAFUERTE, FRANCISCO (1945): *Historia de Trinidad*, Jesús Montero Editor, Obispo 251, La Habana.

MORELL DE SANTA CRUZ Y DE LORA, PEDRO A. (1985): *La visita eclesiástica, palabra de Cuba*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.

VENEGAS ARBOLÁEZ, BÁRBARA (1999): "La Candelaria y la cultura marítima de Trinidad en el siglo XVIII" en *Siga La Marcha*, Revista Historia, Ciencia y Cultura, Unión de Historiadores de Cuba, no. 12-13, Sancti Spiritus.

ZERQUERA, CARLOS J. (1995): "La Ermita de Nuestra Señora de La Candelaria de La Popa en Trinidad, Cuba", *Aguayro* XXIV, no. 215, diciembre, Las Palmas de Gran Canaria, España.

Tres décadas de un stacco. Restauración de un testigo patrimonial

Por: Sandra Páez Rosabal, Yanira Arteaga Romero, Aida C. Núñez Miranda y Yamir Chig Bello

RESUMEN

En la casa de la Obrapía no. 158 entre Mercaderes y San Ignacio se realizó, hace más de treinta años, una serie de staccos de grandes dimensiones provenientes de dos estancias construidas en la azotea. Este trabajo pertenece a un mural de la segunda estancia que, por presentar serias afectaciones, se decidió retirarlo de la exposición en que se encontraba y acometer una nueva intervención. Teniendo en cuenta la labor efectuada por los primeros restauradores, se realizaron varios procedimientos en los cuales se incluyen la confección de un nuevo bastidor, los trabajos en el reverso del soporte, eliminación de agentes patógenos, trabajos en el anverso, montaje en el bastidor, trabajos para la presentación estética, conclusiones y recomendaciones para su conservación y su nuevo montaje en la exposición.

ABSTRACT

In the house addressed at 158 Obrapía St. between Mercaderes St. and San Ignacio St. a series of large sized staccos from two rooms built in the roof were made more than thirty years ago. This work is actually involved with a mural in the second room. It was seriously damaged and it was decided to remove it from the exhibit for restoration. Upon consideration of the first restoration several procedures were applied: a new frame was made, works were made in the back of the support and the face of the painting, pathogens were eliminated and assembly was made in the new frame. Conclusions and recommendations and the new setting for exhibit are reported as well.

Introducción

La casa de la Obrapía, situada en la calle del mismo nombre, con el no. 158 y entre Mercaderes y San Ignacio, se construyó entre 1759-1769 por la familia Calvo de la Puerta que según describe Cirilo Villaverde *"derivaba de uno de los troncos más antiguos de la colonia arraigados ya al suelo cubano a mediados del siglo XVI"*. Uno de los miembros de la familia, Martín Calvo de la Puerta, ocupó cargos importantes en el Cabildo y gobierno de la colonia y a él se debe el apelativo de la casa y el nombre de la calle donde está ubicada, tras la instauración de una obra pía en 1769 que consistía en dotar cada año a cinco jóvenes huérfanas para facilitar su casamiento. En esta casa, definida por Cirilo Villaverde *"como una de las edificaciones que servían para trazar los límites elegantes de la villa"*, se han encontrado variedad de cenefas que decoraban las galerías, habitaciones y escaleras, además del frontón y dos estancias en una construcción de la azotea que han sido de gran importancia para los investigadores por su valor pictórico, ya que sus muros estaban cubiertos por pinturas en toda su extensión.

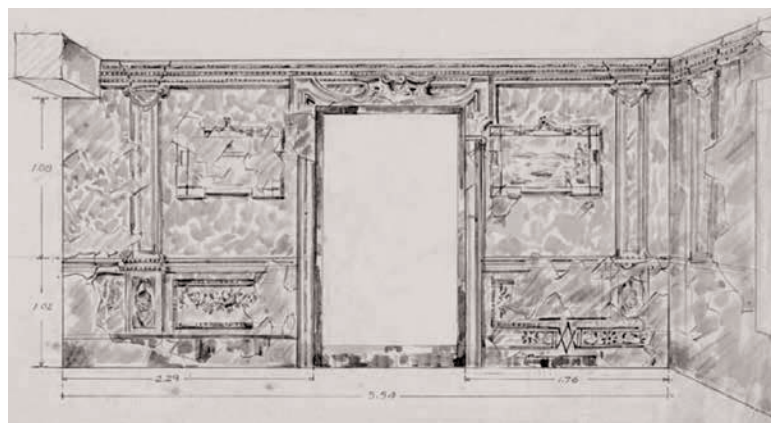


Fig. 1. Levantamiento en acuarela de la decoración al fresco ubicada en la casa Calvo de la Puerta, en Obrapía y Mercaderes, azotea. Descubierta bajo 15 capas de lechada. Investigación realizada y registrada por el escultor Mateo Torriente. Cuadernos de apuntes de investigaciones. Comisión Nacional de Monumentos. Foto e información facilitada por la profesora Elisa Serrano.

PINTURA MURAL

La obra que nos ocupa pertenece a la segunda estancia de esa construcción. En ella se destaca un decorado arquitectónico que nos recuerda el segundo estilo o el estilo arquitectural de la pintura pompeyana; podemos apreciar un friso que llegaba al techo de madera sostenido por una columna de orden jónico que en su base muestra un rostro enmascarado pendiendo de un lazo. Su parte inferior está adornada con un pequeño panel y en el centro una guirnalda. En la parte superior, al fondo de la composición, se ubica un cuadro enmarcado que describe un paisaje.

Objetivos

Dar solución a las afectaciones presentes en la obra, teniendo en cuenta el trabajo realizado por los primeros restauradores e incluyendo su montaje en un nuevo bastidor. Realizar una nueva presentación estética mediante el reintegro pictórico de lagunas.

Causas de la intervención

La pintura mural fue extraída en la década del 70 mediante el método del stacco, que consiste en el desprendimiento de la capa pictórica junto con uno o más de los estratos subyacentes (enlucido y revoque). En la documentación entregada por los restauradores que intervinieron la obra aparecen los siguientes datos, que argumentan el motivo de la extracción.

"Examen a simple vista: Podemos observar que el muro presenta algunas zonas cubiertas por varias capas así como repellos sobresalientes en mal estado. El color en

algunos lugares ha perdido su nitidez producto de las filtraciones en el techo.

Existe falta de adherencia entre sustrato y soporte. El dibujo en algunos muros aparece incompleto, el autor no concluye la obra.

"Investigación: Raspando lentamente con la ayuda del bisturí vamos descubriendo capa por capa que cubría la decoración. Comprobando una vez más las cavidades de aire que existen entre el sustrato y el soporte. El muro en general se encuentra en bastante mal estado de conservación."

Según el informe escrito, el stacco de 273,7 cm de largo por 179 cm de ancho se extrajo en dos partes debido precisamente a sus dimensiones.

Durante los últimos años la obra formó parte de una exposición que se exhibe en el mismo lugar de donde proviene, pero antes de esto se desconocen las condiciones de almacenamiento a que estuvo sometido por más de dos décadas.

Defectaciones

Anverso: El mural se encontraba totalmente cubierto por una gruesa capa de polvo ambiental, se observaban grietas en toda la superficie, desadherencia entre facing y enlucido localizado en el borde superior derecho, separación del stacco de su soporte en la sección central donde se unen las dos partes, desprendimiento de enlucido por todo el borde de las lagunas tratadas en la primera intervención, desprendimiento de capa pictórica, presencia de xilófagos en el borde superior (en la zona donde se ubicaba el marco de madera).

Reverso: Suciedad, ataque biológico con presencia de hongos en las bandas de lienzo que cubrían el mortero que reforzaba el soporte y presencia de insectos y deyecciones.



Fig. 2. 1) Documentación fotográfica facilitada por los restauradores anteriores; la foto muestra la pintura mural en su emplazamiento original. 2) La obra luego de ser desmontada de la exposición.

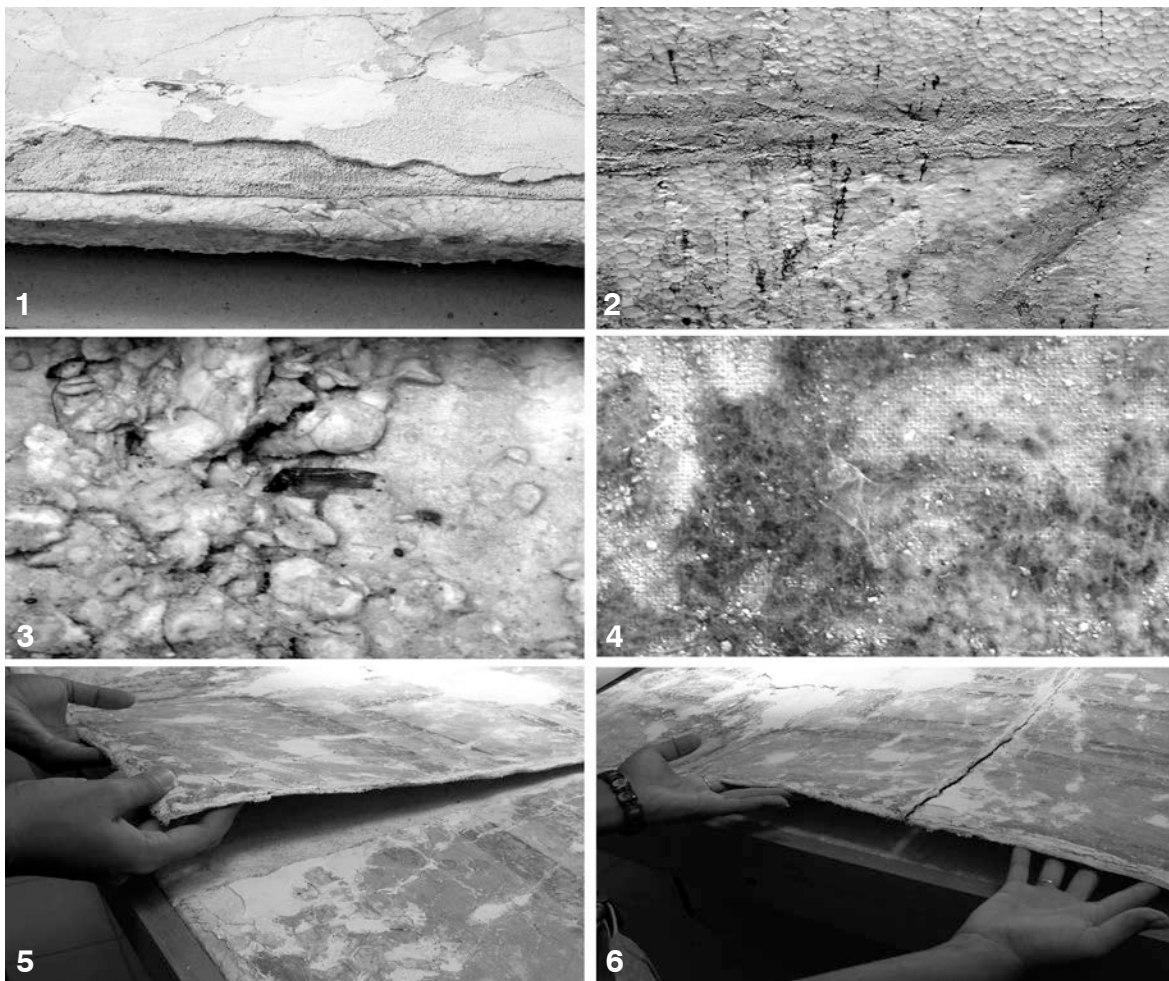


Fig. 3. 1) Desprendimiento de enlucido por todo el borde de las lagunas. 2) Deyecciones. 3) Presencia de xilófagos en el borde superior. 4) Ataque biológico. 5 y 6) Separación del stacco de su soporte en la zona donde se unen las dos secciones.

Proceso de intervención

Se confeccionó un bastidor con tablas de cedro que fue fumigado, como medida preventiva, con Perxil-10 por especialistas del Laboratorio de Biología del Gabinete de Conservación y Restauración.

Trabajos en el reverso de la obra

Para comenzar los trabajos en el reverso se tomaron muestras del lienzo contaminado con el propósito de identificar el tipo de hongo y la forma efectiva de com-

batirlo. Las muestras fueron llevadas a los especialistas del Laboratorio de Biología, quienes identificaron la presencia de un conglomerado de hongos, entre ellos *Aspergillus*; conforme a sus instrucciones las medidas a seguir fueron fumigación con New Des al 5% y exposición al sol. Una vez neutralizados los hongos, se retiró las bandas de lienzo que cubrían el mortero y se realizó el mismo procedimiento en las zonas del mortero que se hallaban contaminadas. Por el deterioro que presentaba se retiró parte de este y luego se reintegró con una mezcla a base de cal, tierra morteriza y AC33.

PINTURA MURAL



Fig. 4. 1) Confección del bastidor. 2) Reverso. 3) Toma de muestra del lienzo contaminado. 4) Fumigación.

Anverso

La superficie del mural fue limpiada con un brochón de celda suave y tomando las precauciones necesarias se procede el montaje de la obra en su nuevo bastidor. El facing desadherido del soporte es reforzado al colocar bandas de lienzo con dimensiones mayores al área despegada, aplicadas con una mezcla compuesta por AC33, CaCO_3 y agua desionizada. Estas bandas servirán de refuerzo para fijar la obra al bastidor con la ayuda de tornillos. Comprobada la adherencia de la argamasa, se aplicó en lagunas libres del mortero el mismo compuesto que en el facing pero con más espesor, a modo de base.

En el examen visual previo encontramos características que nos señalan que la obra pudo haberse realiza-

do con la técnica al fresco, pero con terminación al secco ya que presentaba, como se señala anteriormente, desprendimiento de la capa pictórica. Por consiguiente, se tomaron muestras de la película pictórica y se entregaron a los especialistas del Laboratorio de Arqueometría para que realizaran un estudio sobre los pigmentos y las técnicas empleadas, el cual arrojó el uso de un aglutinante de naturaleza no proteica. Algunas áreas en la zona inferior de la obra necesitaron de limpieza mecánica. Nuevamente se recurrió al uso del New Des al 5%, aplicándolo en el borde superior del soporte contaminado a causa del viejo marco de madera; se retiró la sección y se reintegró al emplear una cuña del mismo material (polietileno expandido). Se protegen los bordes agrietados de la pintura mural con papel japonés fijado a la superficie con

AC33 al 2% y se consolidan fragmentos con AC33 al 15%. El enlucido empleado en las lagunas fue retirado por su mal estado de conservación, se limpiaron los residuos de la mixtura utilizada para fijar el facing al soporte que aún se conservaba y fue reintegrado una vez más por capas con morteros de cal hidratada, CaCo_3 , tierra morteriza y AC33. Las primeras con granulometría más gruesa que la capa final de grano fino, para lograr una textura bruñida que facilite una reintegración cromática. Para el tratamiento de grietas se empleó Rasostuk, estuco indicado para la restauración de maderas y muros.

Presentación estética

Para el tratamiento de lagunas en una obra debemos tener en cuenta los principios básicos de la restauración. El tipo de presentación estética depende del aspecto de la obra. Las grandes pérdidas dificultan la percepción de la imagen ya que tienden a sobresalir, mientras que en la pintura en su conjunto tiende a convertirse en un fondo. Para contrarrestar la perturbación provocada por las lagunas decidimos disminuir el efecto que causan de manera que no resalten y se integren a la imagen y así respetar tanto su valor estético como histórico. Como método de reintegración pictórica empleamos el *tratteggio* y el *puntinato*. El primero consiste en la yuxtaposición de los colores primarios mediante líneas finas y el segundo radica también en la aplicación de los colores primarios yuxtapuestos pero a través de puntos, ambos sobre un color base. Estas técnicas de reintegro permiten distinguir el retoque de la pintura mural original si es apreciada

de cerca, pero a la distancia se fusionará con la decoración. La reintegración está basada en la documentación entregada por los primeros restauradores, la cual ayudó a darle continuidad a varias lagunas de la obra. En cuanto al material utilizado se escogió la acuarela por su transparencia y reversibilidad. Como protección final y debido al estado en que se encontraba la capa pictórica se empleará Paraloid B72 al 2% disuelto en tolueno.

Conclusiones y recomendaciones

El trabajo de conservación llevado a cabo por especialistas evita el deterioro de la obra de arte y por ende sus continuas intervenciones, que a la larga constituyen un factor más de deterioro.

Las técnicas de extracción deben realizarse sólo cuando lo requiera la obra y se hayan agotado todas las formas de rescate posibles.

Es de suma importancia emplear los materiales idóneos para lograr una conservación prolongada.

En varias bibliografías consultadas se habla del buen resultado del uso del caseinato cálcico para la mixtura empleada entre el facing y el soporte, pero al no contar con ese producto nos vimos en la necesidad de emplear el AC33 al 25%.

A pesar de saber la naturaleza del aglutinante utilizado en la pintura, la especialista Ariadna Mendoza Cuevas, directora del Laboratorio de Arqueometría, sugirió una investigación *in situ* para determinar con exactitud la técnica artística empleada.



Fig. 5. 1) Limpieza de la superficie. 2) Se refuerza el facing desadherido del soporte. 3 y 4) Los sobrantes del lienzo se utilizan para fijar la obra al bastidor.

PINTURA MURAL



Fig. 6. 1) Puntos de referencia donde se tomaron las muestras de pigmentos, la numeración no corresponde a la cantidad de muestras sino a la etiqueta de cada porta-muestra. 2) Consolidación de fragmentos. 3 y 4) Reintegro de enlucido por capas.

Una vez terminado el trabajo de restauración, la obra permanecerá bajo observación en posición vertical para comprobar la resistencia mecánica y estabilidad de los materiales empleados.

Recomendamos que se tomen las medidas necesarias en el momento de transportación y de su exhibición.

Debe procurarse total cuidado en cuanto a la humedad relativa, temperatura e iluminación del local así como la inclinación correcta cuando se exponga la obra.

El trabajo de restauración precisa del tiempo necesario, a veces prolongado, para lograr el resultado adecuado. Muchas veces nos vemos en la necesidad de detener el trabajo, en ocasiones por falta de materiales y otra por falta de los datos que nos facilitarían el proceso de restauración.

Agradecimientos

A los especialistas en restauración de la pintura de caballete y en especial a Ángel Bello Romero. A los especialistas del Laboratorio de Biología del Gabinete de Conservación y Restauración. A la Escuela-Taller "Gaspar Melchor de Jovellanos". A la Agrupación 2 de la Empresa de Restauración de Monumentos. A los especialistas del Laboratorio de Arqueometría de la Oficina del Historiador. Al arqueólogo Alejandro Nolasco, del Gabinete de Arqueología. A los conservadores del Museo de Arqueología. Al licenciado Juan Méndez Ramos y a Yobel Rodríguez.



Fig. 7. Reintegración pictórica.

BIBLIOGRAFÍA

BARTOLOMÉ, A. MIRALLES y P. P. PÉREZ (1995): "Restauración de las pinturas murales de San Felices de Castillería", en *Revista Pátina*, no. 7, Madrid, España.

BELLO ROMERO, ÁNGEL: Guía de Arquitectura. Informe inédito. La Habana-Sevilla, 1998.

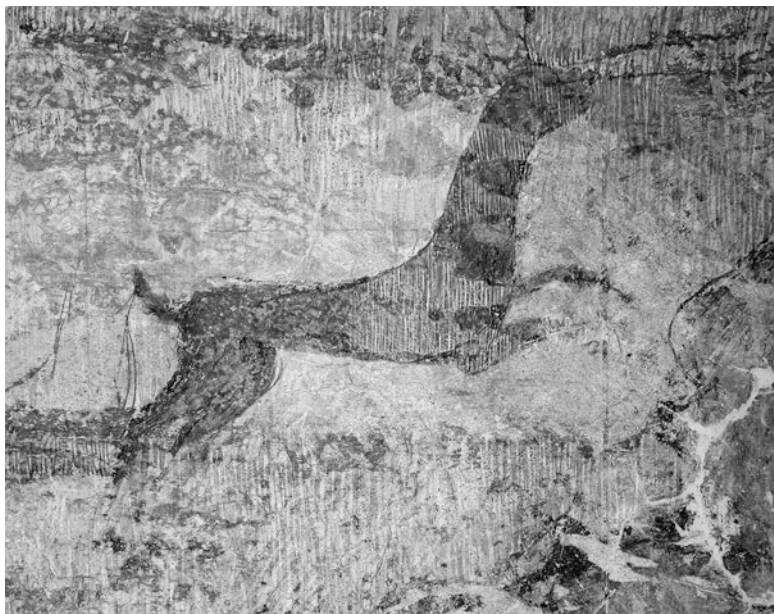
HERRERA, PEDRO A. (2001): "La casa de la Obra Pía", en *OPUS Habana*, no. 2, vol. V, OHCH, La Habana.

MÉNDEZ, JUAN (2005): "Estudio y propuesta de intervención de una pintura mural". Tesis de grado. Instituto Superior de Arte, La Habana.

MENDOZA, ARIADNA, RODRÍGUEZ, GLADIS y JULIO NAZCO (2002): "Tacón 12. Sus pinturas murales a la luz de la investigación arqueométrica", en *OPUS Habana*, no. 3, vol. VI, OHCH, La Habana.

MORA, PAOLO Y LAURA, PHILIPPOT PAÚL (1977): "Conservación de pinturas murales", Editorial Compositori, Bologna.

CATÁLOGO HABANERO



Fragmento de una escena de cacería. Detalle de una pintura mural que decora la escalera de la casa de Asia en la calle Mercaderes no. 111; la imagen muestra un venado en movimiento. La Habana Vieja.



Detalle de dos pequeñas aves de color verde con ramitas en sus picos, sobre un fondo azul claro, posadas en el borde de un jarrón. Esta pintura mural se encuentra actualmente en los talleres de Pintura Mural del Gabinete de Arqueología para su próxima restauración. La Habana Vieja.

CATÁLOGO HABANERO

En el segundo nivel del inmueble ubicado en la calle Oficios no. 358 se aprecia, bajo las fogonaduras, vestigios de dos aves sobre un fondo azul, una de mayor dimensión y la otra apenas perceptible y más pequeña vuela en sentido contrario.



Paisaje donde se representa un grupo de aves de gran colorido: azules, ocre, tierras, pertenecientes a uno de los recuadros que decoran una de las estancias del Museo de Arqueología, sito en calle Tacón no.12. La Habana Vieja.



Nuevamente se recurre a la representación de animales, muestras apreciables en los recuadros murales que embellecen la referida estancia del Museo de Arqueología, en la calle Tacón no. 12. La Habana Vieja.

Juan Antonio Cosculluela y Barreras: El mito de la ciénaga

Por: Michael Sánchez Torres

RESUMEN

Este breve artículo es una aproximación a la obra y personalidad de Juan Antonio Cosculluela y Barreras, arqueólogo e ingeniero cubano que desarrolló sus investigaciones durante la primera mitad del siglo xx. Fue uno de los intelectuales más reconocidos en su tiempo y su libro: *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, la obra más célebre de las que realizara en la arqueología, es considerada una joya de la literatura científica cubana en la etapa republicana. Evidentemente estamos ante una figura que aportó luces a muchos temas desconocidos sobre la historia del hombre primitivo cubano, nuestra geografía e ingeniería sanitaria.

ABSTRACT

This article is an approach to the work and personality of Juan Antonio Cosculluela y Barreras, a Cuban archaeologist and engineer who developed his researches during the first half of the 20th century. He was one of the most renowned intellectuals of his time and his book *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, is considered his best work in the area of archaeology and a gem of Cuban scientific literature of the first half of the 20th century. Obviously, we are meeting a figure who shed light on unknown issues of Cuban primitive men, our history and sanitary engineering.

"En la vida de los pueblos surgen de vez en cuando figuras cuya estatura espiritual sobresale en su época, cuya significación se desborda del marco de su grupo familiar, profesional y hasta nacional, y estas personalidades, que fueron faros y guías de una generación, sólo se llegan a aquilatar debidamente por el vacío irremediable que deja su desaparición.

"El ingeniero Juan Antonio Cosculluela y Barreras fue una de estas figuras... Están de luto nuestra ciencia, nuestra ingeniería, nuestra universidad y toda la sociedad cubana que ha perdido a uno de sus hombres más útiles, más probos y más nobles." (Revista de Arqueología y Etnología, 1951: 11-15).

Este científico que marcó sin dudas una época, se destacó por sus aportes en ingeniería y sanidad, además de consagrarse a estudios históricos y arqueológicos, de los cuales vieron la luz grandes descubrimientos. Un hombre de una versatilidad y vocación científica polifacética que lo colocan entre los científicos más importantes de la nación cubana durante la República. Valorado por muchos como el más calificado en ingeniería sanitaria e hidráulica del país durante muchos años, su muerte significó también una gran pérdida por sus cualidades humanas. De esto nos da fe el discurso de despedida anteriormente citado, pronunciado por el ingeniero Gustavo R. Sterling, decano de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de La Habana, en la tarde del 17 de mayo de 1950, durante el sepelio en La Necrópolis de Colón, que muestra la alta estima y consideración que tuvo este hombre de ciencias en la intelectualidad de su tiempo.

Juan Antonio Cosculluela y Barreras, nació en La Habana el 30 de abril de 1884. Sus padres, Emilio y Ángela, se trasladaron con su pequeño Juan a la ciudad de Camagüey, donde realizó sus estudios primarios en el Colegio de los Escolapios, institución ubicada en el centro de esta villa de callejuelas tortuosas. Desde pequeño demostró interés por las ciencias, gusto que marcó toda su vida. Fue un niño de carácter rebelde, amigo de las travesuras, por lo que sus padres decidieron que continuara sus estudios secundarios fuera de Cuba, en el Manhattan College de Nueva York, en Estados Unidos de Norteamérica.

Durante su estancia en Nueva York se enteró de la voladura del acorazado Maine de la Marina de los Estados Unidos, producida el martes 15 de febrero de 1898 en la rada habanera, como parte de un show armado por el gobierno de los Estados Unidos para involucrarse en la guerra que los cubanos libraban para lograr su independencia de la metrópolis espa-



Portada de la primera edición de *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, 1918.

Firma de Juan Antonio Cosculluela y Barreras.

Retornó a Cuba e ingresó en la Universidad de La Habana para cursar la carrera de Ingeniería Civil. Al poco tiempo fue seleccionado como alumno ayudante del profesor Oruz, en su cátedra de mecánica y astronomía, cargo que desempeñó hasta 1906, año en que se graduó con excelentes resultados académicos. Obtuvo en esta ocasión el galardón de alumno eminente con una tesis de grado referente a la canalización del Río Almendares.

El entusiasmo del joven profesional, que sentía la necesidad de trabajar en lo que había estudiado, lo llevó a rechazar propuestas para continuar estudios en el extranjero, prefiriendo un puesto de ingeniero de Obras Públicas, responsabilidad que desempeñó hasta 1912, llegando a ocupar el cargo de segundo jefe del distrito provincial de La Habana. En este departamento trabajó en el proyecto y construcción del puente que une El Vedado por la calle 23 con el actual municipio Playa, por entonces perteneciente a la jurisdicción de Marianao. Presentó durante este tiempo un estudio profético sobre la necesidad de abastecer de agua a la capital, marcando el principio de una fructífera carrera a la cual consagraría gran parte su vida. Dentro de la ingeniería hidráulica se pueden mencionar otros trabajos que realizara posteriormente, como los acueductos de Güira de Melena y Aguacate, los que incluyeron estudio, proyecto y construcción; el de Mazorra; el de Jagüey Grande, como anexo del Central Australia; así como el alcantarillado de Güines, entre otros proyectos a lo largo del país.

En 1913 se involucró en los proyectos gubernamentales de deslinde de los pantanos del sur de Matanzas, hasta entonces prácticamente desconocidos para la mayoría de los cubanos. Fue designado para estas funciones en mayo de ese año, por el ingeniero José Primelles, jefe de la Comisión de Deslinde y Deseccación de la Ciénaga de Zapata, donde permaneció hasta

ñola. Decidió entonces el joven Cosculluela escapar y aprovechó la complicidad que le brindaba la noche; llevaba consigo sólo la ropa que traía puesta y muy poco dinero y su objetivo era involucrarse en la lucha por la independencia de su país. Logró hacer contacto con la Junta Revolucionaria Cubana en esa ciudad, mintiendo sobre su edad, y se involucró en una expedición preparada para zarpar hacia la Isla. Las autoridades del colegio en el que estudiaba lo encontraron y reclamaron su custodia al aducir que tenía solamente trece años de edad y lo forzaron a retornar al internado, donde tuvo que soportar fuertes medidas disciplinarias.

"De no haber sido encontrado justamente el día antes del señalado para salir la expedición, nuestro amigo hubiera brillado en la lucha libertadora o hubiera muerto en el campo de batalla" (Morales Patiño, 1951:17).

PERSONALIDADES

1917. Se inició así una faceta más de su enciclopédica personalidad, la de arqueólogo y estudioso de las culturas precolombinas de Cuba y las Antillas.

La Ciénaga de Zapata era un territorio poco explorado e inhóspito a principios del siglo xx. Permanecer en estas tierras inundadas por mucho tiempo requería de una voluntad sorprendente. El ambiente hostil, plagado de mosquitos, cocodrilos y de infinita maleza no detuvieron la voluntad de explorador que le permitió a Cosculluela realizar importantes descubrimientos referentes a las culturas primitivas de Cuba.

Los proyectos de desecación no fructificaron, pero de haberse logrado se hubieran recuperado más de 10 000 caballerías de tierra fértil, apta para la siembra de caña de azúcar y pastizales en terrenos arrebatados a las turberas y lodazales. Esto hubiera destruido gran parte del humedal más extenso del Caribe, ecosistema que constituye refugio de una rica flora y fauna hoy admiradas por todo el mundo.

De los trabajos realizados en la Ciénaga de Zapata, publicó en 1918 una magnífica monografía titulada: *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata. Memorias de un ingeniero*, la más trascendental entre las que escribiera como arqueólogo. Considerada una de las más completas jamás realizadas sobre esta porción del territorio cubano, nos comenta al respecto Adolfo Orive Alba, estudioso de la geografía cubana y contemporáneo de Cosculluela, su obra es un "...libro interesantísimo, tanto desde el punto de vista literario, histórico, como técnico..." (Olenin, 1985: 22). Referente a estudios que realizó sobre geografía, sociología, arqueología e historia, además de sus trabajos en la reconstrucción del Central Australia y construcción de un ferrocarril que atravesaría la ciénaga conectando el central con la Bahía de Cochinos, así como sus estudios para la desecación de la ciénaga. Años después, esta obra conocería una segunda edición, en 1965, a cargo de la Comisión Cubana de la UNESCO, con una tirada de 4 000 ejemplares.

La obra *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata* representó un gran avance para la historiografía arqueológica cubana, pues Cosculluela aplicó por primera vez métodos estratigráficos en excavaciones de sitios de enterramientos, empleando consideraciones geológicas, mineralógicas y paleontológicas (Álvarez Conde, 1956). Sus descubrimientos esclarecieron parte del inmenso vacío que existía en el conocimiento de la prehistoria cubana, tanto Harrington como Montané cali-



Cosculluela durante sus trabajos en la Ciénaga de Zapata.

ficaron sus investigaciones de serias y regidas por principios estrictamente científicos.

De sus descubrimientos durante su estancia en la Ciénaga, los realizados el 6 de octubre de 1913 en el mound Guayabo Blanco fueron los más trascendentales, pues constituyó el único de los montículos estudiados en donde encontró restos humanos. El estudio de estos descubrimientos le permitió exponer criterios sobre la vida y costumbres funerarias del hombre que habitó el sitio en el pasado.

De la emoción que sintiera durante su descubrimiento nos dice el propio Cosculluela: "*Nadie hablaba; reinaba un silencio fúnebre, intenso, que sólo era interrumpido por los golpes en las excavaciones y los cantos de los pájaros*".

Además del montículo de Guayabo Blanco visitó otros cuatro, donde localizó fragmentos de piedra, conchas y restos de dieta. Estos montículos fueron los de Loma de la Cruz, en la finca San Miguel; Sábalo de Jiquí, en finca Jiquí; Venero Prieto, en finca Ventura y Ventura en la finca del mismo nombre.

Entre los descubrimientos que merecen mención están los realizados en Cayo de las Estacadas en la Laguna del Tesoro, considerado uno de los primeros hallazgos relacionados con estructuras de vivienda aborigen en Cuba, donde encontró: "...numerosas hileras de pilotes clavados que sobresalían bastante de la superficie. Todo el pilotaje guardaba un orden regular que indicaba ser obra del hombre, distanciándose entre sí unos tres metros aproximadamente. (...) la simetría de sus diversas filas era perfecta... sacamos uno [de los pilotes] con gran

trabajo y observamos lo siguiente: los pilotes todos eran de madera de yana, de una longitud de 10 metros; mientras la parte que había estado enterrada conservaba su diámetro primitivo (unas 6 pulgadas) el resto que estaba fuera de la superficie del fondo y sometido a la influencia variable del sol, humedad, etcétera, presentaba un desgaste uniforme muy marcado que había reducido su diámetro a una pulgada (Cosculluela, 1918: 77).

Cosculluela no pudo continuar los trabajos arqueológicos en la laguna por lo difícil del terreno, pues estaba cubierto por dos metros de agua en algunos lugares. Hasta la actualidad no se han retomado, para nuestro conocimiento, nuevos estudios en el sitio que develen luces sobre esta antigua comunidad palafítica¹ (Olenin, 1985).

Fueron muchos sus trabajos sobre arqueología los que, posteriormente a sus descubrimientos en la Ciénaga de Zapata, defendió en numerosos eventos nacionales e internacionales, como el presentado en el Primer Congreso Nacional de Historia, en 1942, y al Primer Congreso Histórico Municipal Interamericano, La Habana, en el mismo año, titulado: *Puntos fundamentales de la prehistoria de Cuba y el ciboney cubano y su cultura*, ponencia presentada al Tercer Congreso

Nacional de Historia, Trinidad, 1944. Además de publicaciones en revistas especializadas como la *American Antiquity* con el artículo *Prehistoric Cultures of Cuba*.

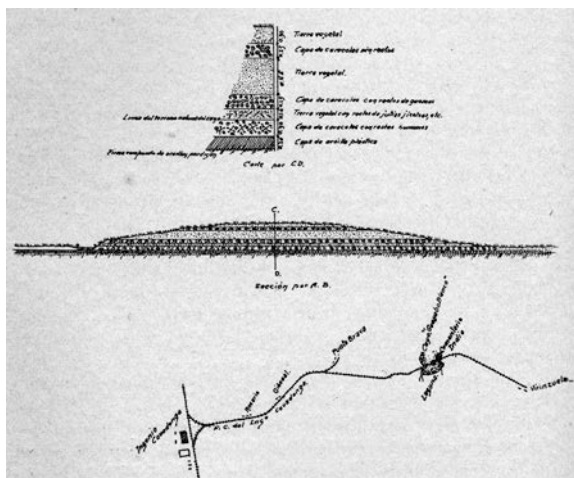
El 25 de octubre de 1922, Cosculluela imparte, para su ingreso a la Sociedad Cubana de Historia Natural Felipe Poey, una conferencia titulada *La prehistoria de Cuba*, en la que, entre otros temas, rectifica algunas consideraciones creídas por él erróneas en su libro *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*.

A su regreso a La Habana, abrió una firma contratista de obras de ingeniería y en 1922 realizó un estudio y proyecto de 130 kilómetros de la Carretera Central. Resulta interesante el hecho de que otro importante arqueólogo cubano, René Herrera Fritot, que también se graduó de Ingeniería Civil, tuvo a su cargo un tramo de la construcción de esa carretera.

En 1923 ocupó la plaza de profesor auxiliar y luego titular, grado obtenido tras brillantes oposiciones realizadas en 1926, en las especialidades de Hidráulica y Maquinaria. Fue llamado al crearse la Cátedra "E" de Ingeniería Hidráulica y Sanitaria, adjunta a la Universidad de La Habana en la cual se desempeñó como director. Ejerció por veintisiete años estas disciplinas, siendo él quien redactara algunos de los textos y cuadernos utilizados en la educación en este centro de altos estudios. Colaboró, además, en la reforma al Plan de Estudio Universitario de 1925.

En el campo de la ingeniería sanitaria, Cosculluela realizó una de sus obras más importantes, titulada *La ingeniería sanitaria en Cuba*, que fue editada en dos tomos. Esta obra, considerada una de las más completas escritas sobre esta especialidad a mediados del siglo pasado en idioma español, resultó indispensable para la salud pública de la época y de gran significación para la sociedad cubana. En esta misma rama se destacaron los estudios realizados sistemáticamente sobre las aguas embotelladas de Cuba, uno de los frutos más brillantes del Instituto de Investigaciones Científicas durante los años 1943 y 1944.

Durante su fructífera vida fue merecedor de diversas condecoraciones, como la medalla de oro en el Segundo Congreso Nacional de Ingenieros, efectuado en 1938 y el premio George W. Fulles, máximo galardón



Perfil del montículo Guayabo Blanco, donde se puede observar cómo Cosculluela diferenció los estratos.

¹ Olenin, O. S. duda de la posible fiabilidad de asentamiento descubierto por Cosculluela cuando dice que: "...a orillas de la Laguna descubrió (Cosculluela) varias empalizadas, propias de una población lacustre. Sin embargo, el práctico Arencibia narró... que su padre Miguel Arencibia, en unión de parientes y amigos, construyó varios viveros para guardar en ellos a los cocodrilos capturados. De inicio, esa construcción sirvió en calidad de vivero, y posteriormente al ser examinada la misma por Cosculluela, éste, por lo visto, supuso que se trataba de los restos de una población lacustre".

PERSONALIDADES

concedido por la American Water Works (AWWA), de reconocida reputación internacional. En varias oportunidades mereció la medalla de oro de la Sociedad Cubana de Ingenieros y en 1946 la Universidad de La Habana lo honró con el grado de profesor *emeritus* en reconocimiento a su alta personalidad científica y a su inapreciable cooperación en la enseñanza.

Fueron muchas las sociedades y organizaciones a las que perteneció, dentro y fuera del país. Ocupó el cargo de presidente de la Sociedad Cubana de Ingenieros y de la sección cubana de la AWWA, la cual organizó en 1940. Ésta fue la única sección extranjera de esa institución fuera de los Estados Unidos por aquellos años, como también la sección de Arqueología Aborigen de la Comisión Nacional de Arqueología y Etnología. Por sus sustanciales aportes al desarrollo de la nación, la Sociedad Económica de Amigos del País lo nombró miembro eminente.

Murió a los sesenta y seis años de edad a consecuencia de una insuficiencia cardíaca durante la madrugada del martes 16 de mayo de 1950. Durante su sepelio numerosos medios de prensa difundieron la pérdida que para la comunidad científica cubana representaba la figura de este destacado científico. Su cadáver fue expuesto en su domicilio en calle Línea 612, esquina a B, en el Vedado.

Por acuerdo de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología se dedicó el número doce de la revista de esa institución a conmemorar el primer aniversario de su muerte y homenaje a un hombre que dejó un extenso legado de conocimientos para la nación.

Todavía hoy se pueden escuchar por oídos entusiastas los cortes que desgajaban maleza con los que Cosculluela intentó domar la Ciénaga en busca de respuesta a su curiosidad de científico y aventurero. La leyenda que constituye su obra para mucho de los que intentamos adentrarnos en los oscuros mundos aún sin nitidez de nuestros antepasados todavía se mantiene viva. Su legado constituye un antecedente tesonero de los que, siguiendo sus pasos, intentan reconstruir una historia que explique y responda la pregunta de todos los tiempos: ¿de dónde somos, quiénes somos y adónde vamos?

Publicaciones y conferencias más importantes

(Se resaltan los trabajos relacionados con la arqueología)

1906 "Proyecto de canalización del Río Almendares". Tesis de grado.

1907 Estudio y obra para evitar las inundaciones en San Antonio de los Baños y Laguna de Ariguanabo.

1912 "El problema del agua en La Habana". Artículo publicado en el periódico *El Día*.

1914 *El regadío en el valle de Güines*. Imprenta Universal, La Habana.

1915 "La purificación de las aguas y sus aplicaciones a las de Vento". Conferencia pronunciada en la Sociedad Cubana de Ingenieros.

1916 Estudio y proyecto para la desecación de la Ciénaga de Zapata (este estudio se extiende hasta 1918, cuando publica *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*).

1918 *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*. La Habana, 1918.

1922 *La prehistoria de Cuba*. Presentado a la Sociedad de Historia Natural Felipe Poey, el día 25 de octubre de 1922. Folleto.

1924 "El problema más importante de la ciudad de La Habana". Discurso pronunciado en la sesión solemne celebrada en honor a ingenieros mexicanos.

- *La civilización precolombina desde el punto de vista de la geografía cubana*. Biblioteca geográfica cubana, 1914-1939.

1925 *Nuestro pasado Ciboney*. Trabajo de ingreso a la Academia de la Historia. Folleto.

- *El Canal de Vento. Lo que no se ha hecho y debe hacerse*. Folleto.

- Proyecto de regularización del curso del río Yince, Matanzas.

1926 "Informe acerca de las investigaciones arqueológicas en Cuba", en *Anales de la Academia de la Historia de Cuba*, t. 8, La Habana.

1927 *El territorio cubano como vínculo de unión a través de los tiempos*. Leído en la Academia de la Historia el 10 de octubre de 1927. Folleto. La Habana.

- *Estudio sobre el riego en Cuba*. Folleto.



Campamento en la Ciénaga de Zapata, durante los trabajos de deslinde para los proyectos de desecación.



Esqueleto encontrado por Cosculluela durante las excavaciones en el montículo Guayabo Blanco.

- *La verdunización de las aguas o auto-javelización imperceptible*. Folleto.

- "Asiento Guamajales, Matanzas", en *Anales de la Academia de la Historia de Cuba*, t. 20, La Habana.

1928 "Posibilidades de establecer el riego en Cuba y estudio de su implantación como consecuencia de la nueva política económica nacional". Conferencia pronunciada ante el Club Rotatorio.

1929 Las culturas indocubanas y su relación con las pinturas rupestres de la Cueva de Punta del Este, en La Isla de La Juventud. Inédito.

1930 *Estudio sobre acueductos cubanos*. Folleto.

1935 "Plantas de depuración de aguas residuales cubanas" Trabajo presentado en el primer Congreso Nacional de Ingeniería. Obtuvo el premio José Primelles.

1937 *Investigaciones hidrológicas en la finca La Catalina*. Folleto.

1938 "La conductividad eléctrica en sus aplicaciones hidrológicas a las aguas de Cuba". Trabajo presentado en el Segundo Congreso Nacional de Ingeniería. Obtuvo medalla de oro.

- "National, Municipal and Privately Owned Water Supli Systems in Cuba". Trabajo presentado en la Cuarta Convención de Ingenieros de la American Water Works Association, en Florida.

- "La fiebre tifoidea en Cuba en relación con algunos factores mesológicos". Trabajo presentado en el Congreso de la Asociación Médica Panamericana.

- *Ingeniería hidráulica*. Libro de texto.

- *Ingeniería sanitaria*. Libro de texto.

1939 "Sewage Treatment in Cuba". Trabajo presentado en la Quinta Convención de Ingenieros de la American Water Works Association, en Jacksonville.

1940 "El problema fundamental de Santiago de Cuba. La salubridad urbana, su influencia y solución". Trabajo presentado en el Primer Congreso Cubano de Patología Regional, celebrado en Santiago de Cuba.

- *Estudio de sanamiento de la bahía y litoral de la Habana*. Trabajo presentado en el Tercer Congreso Nacional de Ingeniería. Premio Secretario de Obras Públicas 1940. Publicado por Editora ÚCAR García, La Habana, 1950.

1942 *Sincronismo de las culturas indoantillanas*. Publicado en el folleto número 11 del grupo Guamá. Editorial Lex, La Habana, 1947.

1943 *Factores epidemiológicos cubanos*. Trabajo presentado en el Cuarto Congreso de Ingeniería Nacional. Publicado por la Compañía Editora de Libros y Folletos, La Habana.

- "Algunos apuntes fundamentales de la prehistoria de Cuba". Actas y documentos del Primer Congreso Histórico Municipal Interamericano, Instituto Interamericano de Historia Municipal e Internacional, La Habana.

1944 "El ciboney cubano y su cultura". Trabajo presentado en el tercer Congreso Nacional de Historia. Trinidad, 1944.

1945 "Aspectos fundamentales relacionados con la hidrología mineral de Cuba". Trabajo de ingreso a la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana.

1946 "Prehistoric Cultures of Cuba". Publicado en *America Antiquity*, vol.12, no. 1, july 1946.

- *Prehistoria documentada Cuba y Haití*. En colaboración con María Elena Cosculluela. Trabajo presentado en el VI Congreso Nacional de Historia, La Habana, 1946. Publicado en el folleto no. 12 del Grupo Guamá, La Habana, 1947.

- "Sincronismo de las culturas indo-antillanas". *Revista de Arqueología y Etnología*, segunda época, no. 3, año 1, Junta Nacional de Arqueología y Etnología, La Habana.

1947 *Ingeniería sanitaria: apuntes de clases*. Imprenta de la Universidad de La Habana.

PERSONALIDADES

Organizaciones a la que perteneció

American Anthropological Association.
Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana (académico de número desde 1945).
Academia de la Historia de Cuba (Miembro de número desde 1925).
American Geographical Association.
Comisión Nacional de Arqueología y Etnología.
American Public Health Association.
American Society for the Advancement of Science.
American Society of Civil Engineers Association.
American Society of Military Engineers.
American Water Works Association.
Comisión Hidrológica Nacional.
Grupo Guamá.

Miembro de la Liga contra el Ruido.
Société des Americanistes de Paris.
Sociedad Cubana de Ingenieros.
Sociedad Cubana de Salubridad y Asistencia Social.
Sociedad Económica de Amigos del País.
Sociedad Geográfica de Cuba.
Sociedad de Historia Natural Felipe Poey.

Agradecimientos

A todos los que de alguna manera colaboraron en la realización de este trabajo. En especial a Marta Marisel Hernández Rodríguez por su oportuna ayuda. A Mabel Bauta Bergantiños y Lissette Roura por facilitarme bibliografía necesaria. A Joyce Hidalgo-Gato por la digitalización de imágenes imprescindibles.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ CONDE, JOSÉ (1956): *Arqueología indocubana*, Impresoras ÚCAR García S. A., La Habana.

_____ (1957): *Historia de la geología, mineralogía y paleontología en Cuba*, Editorial Lex, La Habana.

COSCULLUELA, J. A. (1918): *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, La Habana.

_____ (1925): *El Canal de Vento*, La Habana.

DACAL MOURE, RAMÓN (2002): *Historiografía arqueológica de Cuba*, Editorial Asesor Pedagógico, S. A., México D. F.

DACAL MOURE, RAMÓN Y MANUEL RIVERO DE LA CALLE (1986): *Arqueología aborigen de Cuba*, Editorial Gente Nueva, La Habana.

DIARIO DE LA MARINA (1950): Recibirá cristiana sepultura hoy Juan A. Cosculluela y Barreras. Día 17 de mayo.

EL MUNDO (1950): Se efectuará hoy el sepelio del ingeniero y profesor Juan Antonio Cosculluela. Día 17 de mayo.

GARCÍA BLANCO, ROLANDO (2002): *Cien figuras de la ciencia en Cuba*, Editorial Científico-Técnica, La Habana.

HARRINGTON, M. R. (1935): *Cuba antes de Colón*, Colección de Libros Cubanos, vols. XXXII y XXXIII, Editorial, S. A., Habana.

HERNÁNDEZ GODOY, SILVIA TERESITA (2006): "La primera década del siglo xx y el desarrollo de la arqueología en la isla", en *El Caribe Arqueológico*, no. 9, Casa del Caribe, Santiago de Cuba.

OLENIN, O. S. (1985): *Asalto a la Ciénaga. Científicos soviéticos en Cuba*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.

ORTIZ FERNÁNDEZ, FERNANDO (1913): "Los caneyes de muertos", en *Cuba y América*, no. 16-17, año 1, nov.-dic. 1913, La Habana.

_____ (1922): "Historia de la arqueología indocubana", en *Cuba contemporánea*, sep.-oct., 1922, t. XXX, no. 117 y 118.

Revista de Arqueología y Etnología (1951): Número especial dedicado al ingeniero Juan A. Cosculluela, no. 12, segunda época, año VI, ene.-dic., 1951, Editorial La Verdad, La Habana.

TABÍO, ERNESTO E. Y ESTRELLA REY (1979): *Prehistoria de Cuba*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana.

Fuentes documentales

-Expediente. En el archivo del Museo Nacional de Historia de Las Ciencias Carlos J. Finlay, Fondo Académico (EYC).

-Archivo del Cementerio Colón, La Habana: Libro 188, inscripción 1540, página 38,5.

Botones en la Tercera Orden de San Francisco de Asís

Por: Eduardo Martell Ruiz, Ernesto Acuña Rico y Yanisley Rodríguez Companioni

RESUMEN

En este artículo se hace una clasificación tipológica de los botones hallados en la Tercera Orden de San Francisco de Asís (1760-1806) y se definen sus diferentes usos: civil, religioso y militar.

ABSTRACT

This paper covers a typological classification of the buttons found in the church of the Third Order, Society of St. Francis of Assisi (1760-1806) and the uses they had: civil, military and religious.

Introducción

Los botones, en su función de cerrar prendas de vestir y de adorno, son parte de nuestra vida cotidiana y son útiles piezas que nos ayudan a datar, definir ocupaciones sociales en los contextos arqueológicos y rangos de las clases. Muchas de estas piezas, halladas en sitios coloniales españoles del siglo XVIII, tienen origen inglés, francés u holandés y llegaron a las colonias españolas a través del contrabando (Deagan, 2002: 155). Aunque los documentos históricos también registran su presencia por vía del comercio oficial de la metrópoli con sus colonias. En el caso de Cuba, a partir de 1818, España autorizó el libre comercio con otras naciones europeas y Norteamérica.

Para el siglo XVIII, la moda francesa era dominante en Europa y el Nuevo Mundo. La excelente estética y factura de la industria botonera gala se impuso en todos los niveles sociales. Así, no sólo se importaron botones franceses, sino que diferentes factorías extranjeras copiaron el estilo de ese país.

Los botones del siglo XVIII se hacían de tejidos, hilo, cuero, madera, hueso, conchas, cerámica y prácticamente todo tipo de metales (Deagan, 2002: 164). Con frecuencia se combinaban dos o más materiales en un botón, particularmente los compuestos de dos, tres o más piezas (Deagan, 2002: 164).

Hacia 1726 los había de plata, acero, estaño, y se podían forrar con seda, cerda, hilo de oro o de plata, o bien de la misma tela del vestido (Martínez, 1995: 803-804).

Manufactura de botones en La Habana

En los primeros períodos de la historia colonial, La Habana, por ser un centro político y económico, debió favorecer el desarrollo de las artes industriales. Se conoce por un acta del Cabildo habanero de principios del siglo XVIII que había en la capital un buen número de plateros y maestros de obra prima. Pero las noticias no abundan al respecto. Posiblemente una de las razones que más abonan la escasa consideración de estas actividades fue el hecho de que estuvieran en manos de negros y mestizos, de cuyas buenas disposiciones para estos trabajos habla el historiador Arrate (Le Riverend, 1974: 72).

NUESTRA COLECCIÓN

En La Habana de la segunda mitad del siglo XVIII se corrobora la existencia de sastres, dentro de los Batallones de Pardos y Morenos libres, que se dedicaban a la confección de las vestimentas de estas milicias de color. *"También era un problema el costo de los forros, el hilo, los botones, y la hechura. Para que aquel fuese menor se insistía en que en las compañías de pardos y morenos debía haber varios individuos con el oficio de sastres y estos podían confeccionar este vestuario, con lo cual se beneficiarían y además la ropa sería a la medida de cada miliciano"*. (Barcia, 2009: 314).

En nuestro caso abordaremos el estudio de una colección exhumada en la Tercera Orden de San Francisco de Asís, iglesia donde se realizaron inhumaciones desde 1760 hasta aproximadamente 1806.

Objetivos

1. Clasificar la colección objeto de estudio.
2. Determinar los usos de los botones: religioso, civil y militar.

Resultados y discusión

La colección presenta diferentes soportes, como: metal, hueso, madera, cerámica, nácar, marfil y textil. Los materiales como el hueso y el marfil se mantienen en mejor estado de conservación que los metales. A continuación iremos clasificando los botones y exponiendo su posible uso.

Botones de hueso

En este sitio arqueológico algunos botones simples, planos, de hueso con un orificio central (fig. 1), se encontraron *in situ* sobre los cadáveres, que mantenían el orden de su botonadura. Se hallaron en la entrada de la cripta y en los estratos arqueológicos de las 12 tumbas que se pudieron excavar; la muestra que se pudo estudiar fue de 254 especímenes, cuyos diámetros varían desde 2,1 mm hasta 31 mm y sus espesores de 1,2 mm a 3,5 mm. En los botones se puede observar la huella del troquel con que fueron extraídos de la materia prima, como costillas de vaca (*Bos taurus*) (Osvaldo Jiménez, com. pers., 2009) (ver fig. 2). Estos botones formaron parte del hábito de la orden, con el cual eran enterrados los fieles en esta iglesia.



Fig. 1.



Fig. 2.

Otra tipología presente en el sitio es un botón simple de hueso de cuerpo redondo semilunar, hallado en la tumba 9; este presenta un orificio que no atraviesa completamente su superficie interna plana, su diámetro máximo es de 12 mm. Su datación la estimamos como los anteriores entre 1760-1806.

Igualmente se hallan en la colección dos tipos de botones compuestos de hueso y metal de dos piezas con cuatro orificios; presentan un surco en las márgenes, tienen la cara interior cóncava y la cara exterior convexa, su diámetro máximo oscila de 16,5 mm hasta 28 mm y el diámetro de los orificios es de 2 mm, uno de ellos fue sometido a un proceso de restauración. Se localizan en las tumbas 2, 7, 8, 9, 10 y 11, se reportan como de uso castrense, específicamente de oficiales entre 1730 y 1785 en La Florida y la Luisiana (<http://www.artifacts.org/Early%20Buttons.htm>) y son muy comunes en La Habana Vieja en contextos del XVIII y principios del XIX (figs. 3 y 4).

Botón simple de hueso en forma de domo con espiga central, cara exterior convexa con un orificio que no

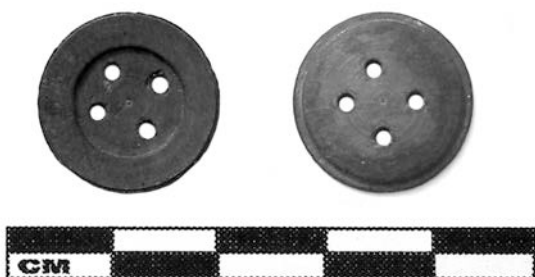


Fig. 3

atraviesa la cabeza y cara interior aplanada con espiga central que atraviesa un orificio perpendicular. Su diámetro es de 12 mm (Roger Arrazcaeta, com. pers., 2007). Fue hallado en la tumba 11.

Botón simple de 5 orificios, 4 orificios equidistantes y un orificio central. Cara externa labrada y cara interna lisa. El centro presenta un rebaje, líneas concéntricas alrededor de los 5 orificios de la cara externa, diámetro de 16 mm. Se detectó en la entrada de la cripta. Son muy comunes en los sitios del siglo XIX en La Habana intramural. Ivor Noël Hume lo clasifica como del período de 1837 a 1865 (Roger Arrazcaeta, com. pers., 2009) (fig. 5).



Fig. 4.

Botón de marfil

Botón simple de marfil, fue hallado en la tumba 5, su cara interior y exterior es convexa; esta última tiene en su acabado un mayor lustre, presenta dos orificios centrales. Su diámetro es de 12 mm. Su datación es dudosa, aunque por su tipología corresponde al siglo XIX. (Roger Arrazcaeta, com. pers., 2007) (fig. 6).

Botón de nácar

Botón simple de nácar discoidal de 2 orificios centrales, caras externa e interna convexas. Las perforaciones son cónicas y fueron hechas desde la cara externa, su diámetro es de 24 mm (Roger Arrazcaeta, com. pers., 2007). Se encontró en la tumba 7. Su cronología estimada es de 1760-1806 (fig. 7).



Fig. 5.

Botón de madera

Se encontró un botón simple de madera de forma ovoidal, su cara externa es convexa y sus dimensiones son de 13 mm de largo y 15 mm de ancho y su cara

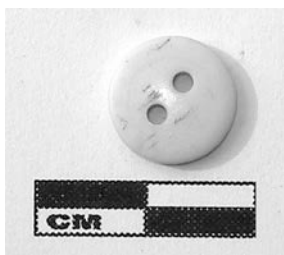


Fig. 6.



Fig. 7.



Fig. 8.

NUESTRA COLECCIÓN

interna es cóncava y presenta un orificio para su fijación en el vestuario. Su madera no se pudo identificar (Raquel Carreras, com. pers., 2007).

Botones de metal

Botón compuesto de latón fundido, de uniforme militar; en la tumba 7 se reporta un ejemplar que presenta el cuerpo redondo, su diámetro máximo es de 34 mm, su cara interna es ligeramente aplanada con el anillo de alambre enganchado, cuyo diámetro total es de 6 mm y el orificio de sujeción a la prenda de vestir es de 1 mm. (fig. 8)

Botón compuesto de latón fundido de uniforme militar; en la tumba 5 existe uno que tiene el cuerpo redondo, ligeramente aplanado en la cara interna y la forma general es semilunar, el anillo está ausente, el diámetro máximo varía entre 11,5 mm y 13,3 mm y la altura es de 7,7 mm y 11,6 mm. Se registró por Hume (1970: 90) como tipo 27 de Stanley South. Lo fechamos según la cronología del sitio: 1760-1806.

En las tumbas 2, 7, 11 y 12 aparecieron botones compuestos de latón fundido de uniforme militar, de forma plana con anillo de alambre soldado al cuerpo del botón; algunos ejemplares presentan enganchada en el anillo una argolla redonda de alambre, su diámetro máximo va de 33 mm y 38 mm y el diámetro máximo de la argolla es de 1 mm; varios ejemplares conservan el textil que los cubría (fig. 9).

Se hallaron en las tumbas 9, 10 y 12 otros botones compuestos de latón fundido de uniforme militar con cuerpo redondo, cóncavo por la cara externa y convexo por la interna; presenta anillo soldado de alambre y su diámetro máximo es entre 12,3 mm y 17 mm.

Se reportó, en la tumba 2, un botón compuesto de uniforme militar proveniente de España, se aprecia un tipo semilunar con anillo alambrado, plano y soldado al cuerpo. La cara externa es cóncava y la cara interna es convexa, la altura del anillo es de 12 mm y el diámetro máximo es de 19,7 mm (fig. 10). En esta misma tumba se hallaron botones compuestos de uniforme militar de cuerpo redondo, cóncavos por la cara externa y convexa por la interna, cuyo diámetro máximo es de 17 mm.

En la tumba 9, 10 y 11 se hallaron botones compuestos de latón fundido de uniforme militar, de cuerpo



Fig. 9.



Fig. 10.



Fig. 11.

redondo y plano con anillo soldado de alambre, cuyo diámetro máximo es de 17,5 mm.

En la tumba 10 se localizó un botón compuesto de latón fundido de uniforme militar, en forma de media esfera, cóncavo por la cara interna y plano por la cara externa, anillo soldado de alambre, su diámetro máximo es de 15,4 mm.

En la tumba 9 fue encontrado un botón compuesto de bronce para uniforme militar cuyo diámetro máximo es de 29 mm (Roger Arrazcaeta, com. pers., 2007) (fig. 11).

Botón simple, hallado en la tumba 12, en su cara externa tiene una decoración fitomorfa –representa una flor– y fue dorado, su cara interna es convexa y tuvo un vástago en forma de u insertado para su fija-



Fig. 12.



Fig. 13.

ción a la ropa. Su diámetro máximo es de 20 mm y su espesor es de 3 mm. Continúa en estudio su uso. Su datación es entre 1760-1806 (fig. 12).

Botón de cerámica y metal

Botón compuesto de metal y cerámica, convexo por su cara externa y que presenta un vidriado cerámico, con una decoración azul sobre blanco; muestra un anillo soldado para su sujeción a la ropa. Su diámetro máximo es de 10 mm. Su uso fue decorativo, posiblemente sea europeo y lo datamos entre 1760-1806 (fig. 13).

Conclusiones

1. La colección reafirma la elaboración artesanal de botones en La Habana colonial, y del comercio de prendas de vestir a través del puerto.

2. En esta iglesia no solamente se enterraron individuos con el hábito religioso, algunos también vestían atuendos de la vida cotidiana en la esfera civil y militar.

Agradecimientos

A Roger Arrazcaeta por haber realizado las fotografías para este artículo y por su asesoría en la clasificación de algunos botones, a Alejandro Nolasco por su apoyo en el tratamiento digital de las imágenes y a Osvaldo Jiménez, quien determinó la especie biológica a la cual pertenecían algunas de las materias primas con que se fabricaron los botones de huesos. También al amigo aficionado a la arqueología Yaser Torres, por facilitarnos bibliografía.

BIBLIOGRAFÍA

BARCIA, MARÍA DEL CARMEN (2009): *Los ilustres apellidos: Negros en La Habana Colonial*, Ediciones Boloña, OHCH.

DEAGAN, KATHLEN A. (2002): *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean 1500-1800: Portable Personal Possessions*, Edit. Smithsonian Institution Press, Washington D. C.

LE RIVEREND, J. (1974): *Historia económica de Cuba*, Editorial Pueblo y Educación.

MARTÍNEZ MELÉNDEZ, MARÍA DEL CARMEN (1995): *Estudio de los nombres de los oficios artesanales en castellano medieval*, Universidad de Granada, España.

NOËL HUME, I. (1970): *A Guide to Artifacts of Colonial America*, Alfred A. Know, New York.
[http://www.artifacts.org/Early 20% Buttons.htm](http://www.artifacts.org/Early%20Buttons.htm) (consultado en mayo de 2009).

BIBLIOTECA

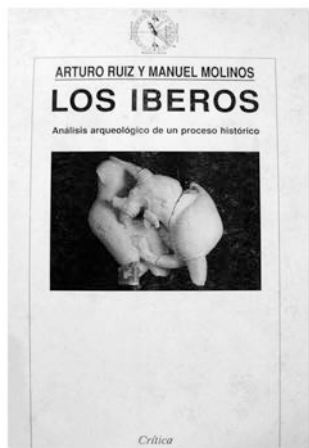
Por: Kenia Chinique Cruz



CERAM, C. W.: *En busca del pasado (Historia gráfica de la arqueología)*, Editorial Labor, s. f., Barcelona, 1957, 364 p.

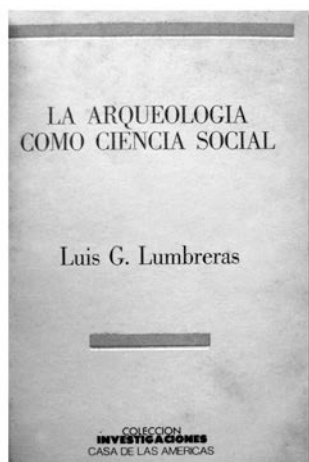
El libro presenta 310 figuras en huecograbado y 16 láminas en color, lo que hacen un total de 326 grabados reproducidos directamente de los originales.

Su sumario abarca entre otros temas: el nacimiento de la arqueología clásica; la obra de Heinrich Schlieman (Alemania, 1822-Italia, 1890); el desciframiento de la escritura cuneiforme; métodos y resultados de la excavación de Ur; y los primeros relatos de la conquista de México. Según el autor, muchas de las ilustraciones que se reproducen en el texto y varios de los manuscritos se publicaron por primera vez después de haber permanecido ignorados durante tres o cuatro siglos, incluso el especialista encontrará en esta obra grabados y textos que aun no se conocían.



RUIZ, ARTURO Y MANUEL MOLINOS: *Los Iberos (Análisis arqueológico de un proceso histórico)*, Editorial Crítica, Barcelona, 1993, 330 p.

Este libro pretende abordar aspectos teórico-prácticos de la arqueología desde una novedosa perspectiva, en especial metodológica, sobre la historia de los iberos y la consolidación del poder aristocrático al final de la sociedad prehistórica en Andalucía, Extremadura, Levante, Aragón, Cataluña y sur de Francia. Desde un punto de vista más profundo, se analizan cuestiones como: las estratigrafías arqueológicas y sus nuevas funciones respecto a lo ibérico, la economía, el asentamiento, la arqueología del hábitat, las formaciones socioeconómicas, la jerarquía social ante la muerte, entre otros, a partir de estudios sobre el paisaje, el clima, la agricultura y la ganadería. Esta obra constituye un gran aporte de las nuevas generaciones de arqueólogos españoles a sus colegas y a otros estudiosos de la arqueología.



LUMBRERAS, LUIS GUILLERMO: *La Arqueología como ciencia social*. Colección Investigaciones (Casa de las Américas), La Habana, 1984, 293 p.

Una serie de trabajos experimentales conforman este ensayo, con escritos acumulados entre los años 1967 y 1973. No es un libro basado en una misma materia, es más bien heterogéneo y diverso, sólo tiene un elemento de unidad: encontrar un método de análisis coherente que nos sirva para entender el pasado y el presente de manera científica y significativa, siguiendo la metódica materialista-histórica de la Arqueología Social latinoamericana. Entre los temas fundamentales trata las causas y elementos de la conducta social, la reconstrucción arqueológica, los materiales arqueológicos, la evidencia etnobotánica, los estados regionales y el reino de Chimú, en el antiguo Perú. La obra de Lumbreras muestra al lector parte de lo que encierra la arqueología como ciencia social.

Jorge Brito Niz *in memoriam*

Por: Carlos A. Hernández Oliva

No sé si tengo información y formación suficiente para caracterizar la presencia científica de Jorge Brito Niz en la arqueología cubana, pero intentaré suplir las deficiencias al rememorar aspectos de su vida profesional en los cuales estuve directamente involucrado.

Seguir la obra de Brito es relativamente sencillo gracias a nuestra relación durante años, por las publicaciones que tenemos, algún material inédito y los recuerdos. Era biólogo, especializado en temas marinos, y justo cuando terminó de estudiar, quizás al año, se incorporó al novel equipo de arqueólogos que reunía Leandro Romero para sostener las actividades del Gabinete de Arqueología adscrito a la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

Esos inicios nos marcaron en alguna medida y es necesario reconocer que proveníamos de diferentes especialidades, pero Romero tenía ideas definidas: un museólogo, un biólogo, un geólogo, un arquitecto (o estudiante de arquitectura por entonces) e historiadores componíamos aquel equipo.

Con el paso de los años nos fuimos desgajando y el *dream team* se quebró y formaron pequeñas facciones con ideas diferentes sobre el modo de hacer Arqueología, según puntos de vista y pasiones casi siempre con un trasfondo personal.

Brito, como dije en su momento, se hizo fuerte en las labores emprendidas en la iglesia de San Francisco de Asís y desarrolló una línea apegada a la Arqueología menos teórica, más vinculada a la práctica, sobre todo, por su experiencia en los predios franciscanos. Se formó como todos, a trompicones y mucha imaginación. La necesidad de leer, aprender, ir más allá de lo que veíamos hacer, clasificar, secuenciar, combinar dato histórico con inferencia arqueológica, fue gestándose poco a poco, en mayor o menor medida, en todos los que, en aquel entonces, nos empeñábamos en sacarle algo más que piedras a los sustratos habaneros. Siempre que charlé al respecto de esto con Brito no lo sentí interesado, podría decir

que caricaturizaba, con su particular manera de "pinchar", la necesidad de trabajar con un cuerpo teórico predefinido e interpretar, por lo tanto, con arreglo a esa base teórica. Sin duda, no fue una postura privativa de él, también marcó a más de uno por diversas razones que no creo necesario apuntar aquí.

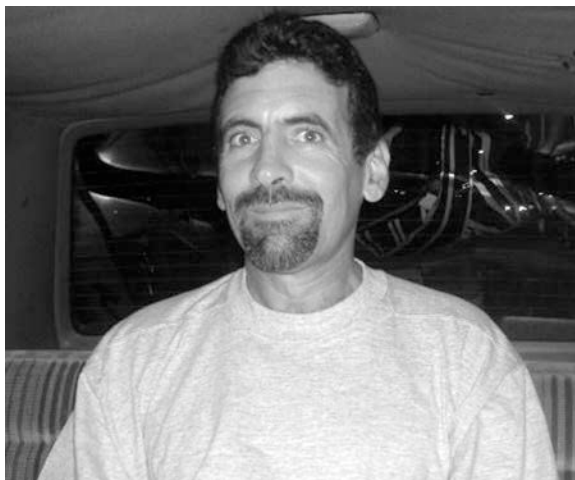
Recuerdo haber leído sus cosas. Hubo una época en que intentamos hacer una obra científica, discutir proyectos entre todos, escribir informes y exponer resultados ante los demás compañeros del Gabinete. Creo recordar que funcionó un tiempo...; ignoro si se sigue haciendo, pero, en cualquier caso, ahí está el boletín, quimera largamente soñada.

Si tuviéramos que caracterizar la arqueología que comenzamos haciendo en el Gabinete, no tengo dudas de que podríamos hablar de normativa o histórico-cultural. Ese fue el legado que aprendimos sin saberlo... pues no teníamos preparación teórica para definir realmente bajo qué paradigma excavábamos. No se me ocurriría nunca estigmatizar la arqueología normativa que hacemos en Cuba, pero rechazo de plano las posiciones excluyentes y totalitarias. Las limitaciones metodológicas son a la arqueología normativa lo mismo que a la proceval..., marxista..., estructuralista..., etcétera.

En aquel entonces la clasificación era el final del trayecto, y luego se conjugaba con el dato histórico, inductivamente, para producir "explicaciones" que ya teníamos preconcebidas. De esta forma se armaba el rompecabezas, conociendo de antemano sus formas y posición en el puzzle.

Personalmente discutí mucho con Brito al respecto de este tema. Era un ejercicio tremendo. No dejaba títere con cabeza, lo cuestionaba todo hasta la saciedad y a su favor hay que decir que yo estaba en pleno proceso formativo, más bien transformativo y abundaban en mi endeble estructura teórica las indefiniciones, lagunas, inconsistencias y todo aquello que me hacía vulnerable a sus afilados dardos.

BREVES del boletín



Realmente, y mirándolo desde la perspectiva que nos da el tiempo, quizás no exagero si digo que no creía en el beneficio de los cambios metodológicos, buscaba constantemente puntos débiles y, ocasionalmente, los encontraba con esa sagacidad y resistencia que lo convertían en un disputador incansable, quizás su tozudez llevó a más de un/a colega a replantear posturas y rebatir sus argumentos con mejor preparación. En algún momento, no perceptible para mí sino tras muchos años, las discusiones perdieron su matiz científico, mientras Brito defendía un castillo irreductible y yo me perdía en las incomprensibles jergas propias de la teoría: *behaviorístico...*, *epistemológicos...*, *normativismo...*, palabras y conceptos que nunca había escuchado (ya tenía unas cuantas excavaciones sobre mis hombros) y que tuve que estudiar y buscar la forma de aplicar a los contextos arqueológicos de Cuba.

No mostró fehaciente interés por el movimiento que comenzó en el Gabinete cuando descubrimos libros y fuimos concientes de nuestras propias limitaciones, no se montó en ese barco que tenía todo el aspecto de zozobrar ante cualquier brisita, prefirió la seguridad de lo sabido, la limitación asumida en sus aportes, la contrastación de hipótesis que ya sabíamos tesis antes de construirlas. No creo que ello se haya debido a incapacidad alguna, no en alguien como Brito, quizás era otro tipo de movimiento el que estaba experimentando, otros los descubrimientos (o debo decir necesidades) que motivarían su fuero interno, en cualquier caso –y alejándonos de todo cliché o tal vez asumiéndolo con propiedad– Brito fue de esas personas que dejan huella, con virtudes y defectos, por suerte.

Le perdí la pista durante su etapa en el Centro de Antropología y luego supe de su peregrinar por las tierras del norte, sin que pueda aportar dato alguno de ese tiempo.

Recordémoslo con su risita socarrona, solidario, en bicicleta por media Cuba, incluyendo Isla de la Juventud, haciendo visajes en el juego de las películas. Era incansable. Se podía pasar todo el viaje en el tren de La Habana a Santiago de Cuba imitando (según su peculiar forma de ver la vida) lo mismo a Paul Newman que a la Pantera Rosa...

Una amiga común siempre decía que lo importante no era llegar, sino prevalecer..., llegar para quedarse; otra me recordaba tiempos de camaradería, de lo terrible de su ausencia y esperaba, como yo, que el tiempo nos ayudara a superarlo. Brito llegó a nuestra vida para quedarse, para siempre. Un abrazo compañero, donde quiera que no estés. ■

Arqueología de un medio tren francés o jamaicano

Por: Jorge F. Garcell Domínguez

Un inusual hallazgo arqueológico se realizó a finales de julio de 2007 en las antiguas ruinas del ingenio San Francisco, otrora San Nicolás –ubicado en las cercanías del asentamiento urbano de La Ruda, del Consejo Popular de San Antonio de las Vegas, municipio San José de Las Lajas en la provincia La Habana–, cuando un grupo de campesinos residentes en la zona pidieron a la Oficina de Monumentos y Sitios Históricos de La Habana el estudio de un grupo de "agujeros o huecos" ubicados en el suelo, dentro de un área de pastoreo de ganado vacuno. Los seguidos accidentes que sufrían los animales obligaron finalmente a que se solicitara el permiso al Centro Nacional de Patrimonio Cultural (CNPC) con el objetivo de realizar una intervención arqueológica de emergencia en el sitio.

Participaron en la excavación varios especialistas de la Oficina de Monumentos y Sitios Históricos de La Habana, el Museo de Guanajay, el Comité Espeleológico de La Habana de la Sociedad Espeleológica de Cuba (SEC) –con la presencia de miembros de los grupos Combate de Moralitos y Guamuhaya–, además de un grupo de jóvenes estudiantes y profesores de la Escuela-Taller de La Habana Gaspar Melchor de Jovellanos, perteneciente a la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, entre otros invitados. Todo el equipo estuvo bajo mi dirección pues ostento el cargo de director de la Oficina de Monumentos y Sitios Históricos de La Habana.

El otrora ingenio fue desbastado hace más de un siglo y sus tierras se dedicaron al pastoreo y a los cultivos menores, por lo que el hallazgo arqueológico de cualquier elemento remanente de la antigua industria no era casual. No obstante, los antiguos vecinos del sitio no habían detectado con anterioridad la existen-

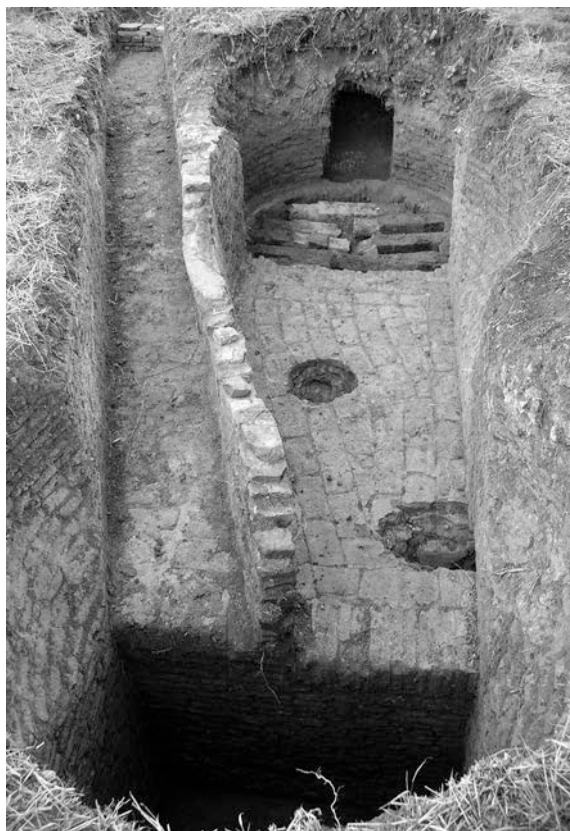
cia de ruinas o muros que señalaran la subsistencia en el área de estas evidencias.

Las jornadas de trabajo arqueológico de limpieza de los "huecos" sacaron a la luz un sistema de estructuras correspondientes al procedimiento de evaporización de la casa de calderas de ese ingenio. La edificación, en forma de túnel corredizo con hornallas u hornillas y calderas, permitía aprovechar mejor el calor y disminuir el consumo de leña tan necesario para la época. La estructura encontrada no coincide con lo arrojado por los reportes de hallazgos de reverberos de estilo inglés, trenes franceses o jamaicanos; no obstante, comparten el mismo principio tecnológico que aparece descrito en la bibliografía como el utilizado entre mediados del siglo XVIII y principios del XIX.

La estructura desenterrada consiste en tres hornallas para la colocación de las calderas empleadas en la cocción de los caldos hasta su evaporación, e incluyen el clarificador o reverbero sobre el fuego directo, del que se conservan todas las piezas de metal vinculadas al cenicero, así como el vano por donde se alimentaba la combustión. No aparece división o pedúnculos entre hornallas y el piso es plano, pero en la última el pavimento cae en un deprimido o trampa para la recogida de la ceniza a través de un conducto que une esta área al túnel abovedado que corre paralelo a ella. A través de este conducto se evacuaba la ceniza residual del proceso. Desde la última hornalla, y a otro nivel, se desarrolla un conducto que va a la chimenea. Toda la construcción está hecha con ladrillos de barro rojo, de los denominados panetela, quizás fabricados en un tejár de la zona o en el propio ingenio.

Como parte de los resultados, se localizaron otros elementos asociados a la antigua manufactura azucarera, entre ellos los vestigios de una represa en el río

BREVES del boletín



Excavación del tren francés o jamaicano en el ingenio San Francisco, La Ruda, Municipio San José de las Lajas, La Habana.



Restos de hormas de cerámica de purgar azúcar halladas en el sitio.

cercano, un pequeño fragmento de muro que fuera absorbido por un gran árbol y el camino empedrado que aún persiste a pesar del tiempo y su uso.

Muchos de los dueños de ingenios se negaron a mantener el sistema de trenes españoles de un solo fuego, que a pesar de su rapidez elevaba el consumo de combustible, esto hizo que se combinaran las técnicas de la casa de calderas con el tren francés o jamaicano relacionado con los reverberos de estilo inglés; de esta forma se obtuvo un tren mixto, el cual se reportó por algunos viajeros y cronistas como medio tren francés o jamaicano. Este reducía las bocas de fuego del tren español, con lo cual aprove-

chaba mejor la energía del calor y hacía posible que se quemara madera y bagazo. Manuel Moreno Friginals, en su monumental monografía sobre el tema (*El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, 1978), sostiene que cada maestro de azúcar establecía una especial colocación de las pailas y las bautiza con su nombre.

Sin duda, el reciente hallazgo nos coloca ante una nueva propuesta, que redirige la investigación, dentro del campo de estudios de la arqueología industrial, en torno a las huellas de las antiguas plantaciones y la manufactura azucarera que conformaron el paisaje habanero desde los siglos XVI hasta finales del XIX. ■

Bicentenario del arqueólogo Charles Darwin

Por: Fernando Ortega Sastriques

El 12 de febrero se conmemoró el bicentenario del nacimiento de Charles Darwin en Shrewsbury, Inglaterra. Todos conocemos su principal aporte a la ciencia, plasmado en su libro *On the Origin of the Species*, publicado en 1859; en ese libro, por primera vez, se plantean mecanismos plausibles a través de los cuales las especies pueden transformarse durante el tiempo, lo que superó las limitaciones del lamarkismo y fundó la teoría de la evolución de las especies. Fue un rudo golpe contra el creacionismo, que permitió abrir nuevos cauces al razonamiento naturalista sobre los fenómenos de la naturaleza y la sociedad.

El brillo de esa obra es tal que ha opacado otros trabajos del multifacético naturalista. A fines del siglo XIX los conocimientos sobre el mundo material no cesaban de aumentar, como fruto de estos procesos gnoseológicos los campos del conocimiento se fueron haciendo cada vez más específicos y comenzaron a desgajarse nuevas disciplinas que se convirtieron en nuevas ciencias. Darwin estaba en el núcleo de ese proceso de profundización y especialización de los conocimientos, pues sus trabajos multifacéticos permiten que se le considere entre los pioneros de varias ciencias modernas. Se le puede considerar como pionero de la edafología, agronomía, geología, ecología y etiología. La arqueología, en esos tiempos, ya tenía alguna tradición museológica, sólo por eso sería exagerado considerar a Darwin como un pionero de esa ciencia, aunque sí realizó aportes de importancia en ella.

Fue su tío, Josiah Darwin, quien despertó en él la primera inquietud arqueológica: ¿Por qué los restos arqueológicos se encuentran siempre enterrados y hay que excavar para encontrarlos? En 1877, sir Thomas Farrer descubrió cerca de su residencia las ruinas de una villa romana, así se puede leer en la página 94 del libro de Darwin (Londres, 1881): "*The formation of vegetable mould through the action of Worms, with observations on their habits*" (La formación de la tierra vegetal por la acción de las lombrices, con observaciones sobre sus hábitos). El estudio de esos vestigios romanos le permitió observar y medir por sí mismo la actividad de las lombrices de tierra sobre los objetos arqueológicos. Diez de los quince grabados que aparecen en la obra citada están dedicados a la explicación de sus trabajos sobre el enterramiento de objetos arqueológicos por las lombrices. En algunas ruinas romanas constató que las lombrices habían logrado taladrar los pisos de concreto y por tanto consideró que las lombrices habían vivido bajo el piso y que comenzaron a penetrarlo tan pronto se humedeció lo suficiente al hacerse permeable a la lluvia. Luego fueron depositando deyecciones sobre ese piso durante muchos siglos. De la misma manera explicaba el hundimiento de los pavimentos que eran minados por la acción de las lombrices.

Darwin concluyó que las lombrices "protegían y preservaban de manera indefinida, por largos períodos, todo objeto no corrompible que cayera en la

BREVES del boletín

superficie del suelo, enterrándolo bajo sus deyecciones" y que "los arqueólogos debían agradecer esto a las lombrices".

Para reafirmar que Darwin fue un acucioso arqueólogo les presento la figura 2 del libro citado, con la prolija descripción de la lámina arqueológica. ■

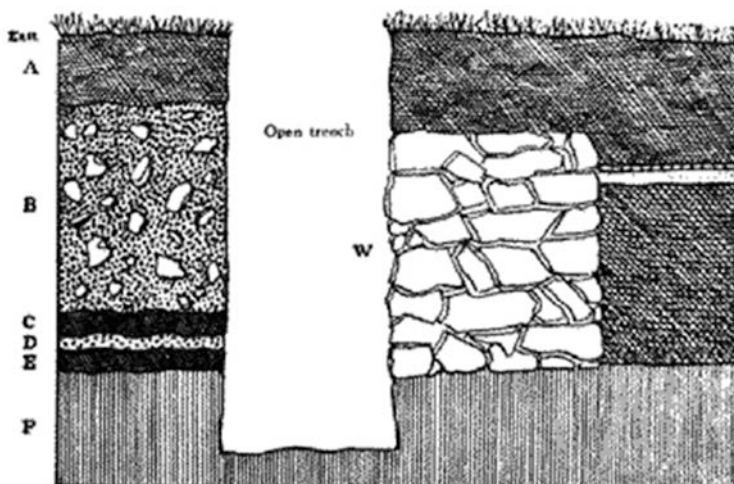


Figura 2. Sección transversal a través de los cimientos de una villa romana enterrada en Abinger, Surrey. La trinchera es de unos 1,2 a 1,5 m de ancho y 1,5 m de profundidad, cavada a lo largo de una pared enterrada y de una habitación contigua. A: tierra vegetal fina, 27,9-40,6 cm de profundidad sobre la pared y sobre el piso del *atrium* (a la derecha del diagrama), y 22,9-35,6 cm en la habitación sobre una masa de tierra gruesa negruzca (B: al lado izquierdo del diagrama): tierra oscura llena de piedras grandes, 58,4 cm de espesor; C: capa ligera de tierra vegetal fina, con probabilidad indica una superficie antigua; D: capa de tierra llena de fragmentos de argamasa; E: capa fina de unos 7,6 cm de tierra vegetal negra, la cual posiblemente indique una superficie antigua; F: subsuelo no perturbado compuesto de una arena arcillosa firme amarillenta; G: *Tesserae* (losas rojas pequeñas) que indican el piso del *atrium*; H: capa de concreto; I: material de naturaleza desconocida; W: pared enterrada de la villa romana, 58,4 cm de ancho (Darwin, 1881: 93).

Labores arqueológicas en el antiguo Convento Santa Teresa de Jesús

Por: Yoao Hidalgo Navarro

El antiguo Convento Santa Teresa de Jesús fue fundado en 1702 por la orden religiosa de las Carmelitas Descalzas en la intersección de las calles Compostela y Teniente Rey. En la segunda mitad del siglo XVIII fue ampliado hacia el sur, ocupando la mitad de la manzana en que se encuentra.

Su función conventual perduró hasta 1928, cuando decidieron mudarse debido a factores externos que incidían sobre sus condiciones de clausura; entonces el edificio fue ocupado por una casa de vecindad o ciudadela, lo que alteró considerablemente su distribución espacial.

En el año 2005 la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana intervino el inmueble para su

rehabilitación. Desde entonces el Equipo de Arqueología de la Empresa de Restauración de Monumentos se encuentra al frente de los trabajos de investigación histórico-arqueológicos que se realizan.

Las labores han estado encaminadas fundamentalmente a aportar elementos que permitan rediseñar la distribución espacial originaria del edificio, a través del estudio de la arquitectura y el hallazgo de antiguas estructuras mediante excavaciones arqueológicas. Igualmente se ha trabajado en el estudio de las técnicas y momentos constructivos, así como en la catalogación y registro de elementos arquitectónicos originales de la edificación.

BREVES del boletín



Por la permanencia aún de vecinos en las áreas del segundo y tercer patio, no se han podido hacer extensivas las labores de excavación hacia antiguas áreas de servicio ya localizadas. No obstante, se ha intervenido el sector sur de la parcela, en el espacio que ocupa la galería que dividía las áreas de la capilla y la huerta, actualmente desaparecidas. A través de los datos aportados se elaboró una propuesta que ha sido tomada en cuenta en el proyecto restaurador.

Mediante las excavaciones también fueron encontradas una letrina del primer momento constructivo del edificio y dos áreas del basural, correspondientes a principios del siglo XIX la primera y al siglo XVIII, la segunda. La abundancia de evidencias materiales en ellas traza importantes líneas de investigación que en este momento se llevan a cabo.

Las labores de investigación arqueológica aún continúan realizándose. ■

Hallazgos bajo el teatro Martí

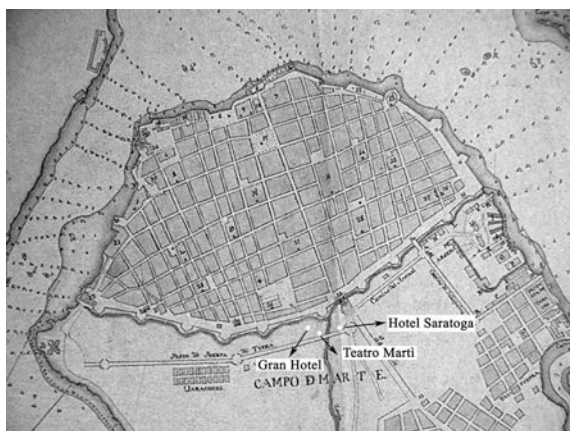
Por: Roger Arrazcaeta Delgado, Osvaldo Jiménez Vázquez, Lázaro R. Rodríguez Matos y Eduardo Martell Ruiz

En el intervalo que abarca de julio de 2007 a noviembre de 2008, realizamos el seguimiento de obras en las excavaciones para la cimentación hechas por los constructores encargados de la restauración del teatro Martí, antiguo Irijoa. Este viejo edificio de aspecto neoclásico se inauguró el 8 de junio de 1884, en la calle Dragones no. 56 esquina Zulueta, La Habana Vieja, y estaba en la zona extramuros. Los mencionados cortes se hicieron en área del escenario, algunos con profundidad de 3,92 m de rellenos antrópicos, y mostraron capas de tono oscuro con profusos restos de basura del siglo XVIII. Se recuperaron, en reiteradas visitas al lugar, diversidad de restos arqueológicos, e hicimos registros fotográficos de las secciones de varios cortes.

Los amplios sondeos dejaron ver que las capas arqueológicas eran consecuencia del rellenamiento de un sector contiguo al paramento exterior de la muralla habanera, en el conocido tramo de tierra. Una prospección hecha por nosotros en el actual solar de las ruinas del Gran Hotel, sito en Teniente Rey entre Zulueta y Monserrate, verificó la existencia de una estratificación similar, compuesta de materiales con cronología idéntica a los recuperados en el Martí.

De igual modo, en 1998, se constató una situación estratigráfica análoga en el hotel Saratoga, también como resultado de una gran excavación abierta para construir nuevos cimientos en el vetusto edificio. Al hurgar en la documentación primaria relacionada con esa zona urbana, saltó a la luz un interesante dato del año 1797, pues apareció la solicitud de un vecino de La Habana para sembrar hortalizas en esa área, comprometiéndose a rellenar la misma con basuras porque esta se inundaba frecuentemente por los desbordes de la Zanja Real, la cual pasaba muy próxima al lugar, por la actual calle Dragones.

El análisis de los estratos arqueológicos, los sedimentos y la información histórica, permiten teorizar la



posibilidad de un masivo vertimiento de basuras en el sitio durante el siglo XVIII, con el fin de desecar la zona pantanosa formada por la inundación que provocaba el desborde de la mencionada zanja. Según el historiador J. M. de La Torre (1857: 77), la porción más meridional de la calle del Prado, adyacente al Saratoga y cercana al Martí: "... Se llamó calle Ancha desde la Calzada de Monte al Arsenal porque forma una verdadera calle ancha. Estuvo cerrado este tramo hasta



1832 y se conocía por la calle del Basurero porque había siempre en el un gran basurero".

Con todo, no dejamos de prever la posibilidad de que tal profundidad alcanzada por los rellenos de tierra y basura, entre 2,00 y 3,00 m en muchos de los cortes, pudiera ser consecuencia de la apertura de canteras de extracción de piedra o arcilla en todo ese sector, materiales muy usados para la elaboración de cal, sillería, mampostería, ladrillos y tejas en La Habana decimonónica.

Los hallazgos mobiliarios más reveladores en el subsuelo del teatro Martí, todos del siglo XVIII y algunos anteriores como evidencias relictas, fueron: ma-

yólicas españolas de Triana, Alcora, Talavera de la Reina y Cataluña; mayólicas mexicanas, particularmente las de la ciudad de Puebla de los Ángeles; delf y lozas finas de fabricación británica; porcelanas chinas de la dinastía Ching; alfarería burda, sobresaliendo entre ellas las llamada Cerámica de Tradición Aborigen, El Morro y Loza Rey. Restos de botellas de vidrio negro y vasos de vidrio para el servicio de mesa también fueron recuperados.

De excepcional puede considerarse la recolección de piezas de madera torneada de muebles, suelas de zapato y trozos de piel de res, semillas de papaya (*Carica papaya*), cáscaras de huevos y epidermis de cocos, todos conservados por estar en un ambiente anaeróbico.

El material óseo fue abundante, entre ellos había restos de vaca (*Bos taurus*), cerdo (*Sus scrofa*), gallina (*Gallus gallus*), guanajo (*Meleagris gallopavo*), perro (*Canis familiares*), gato (*Felis domesticus*) y caballo (*Equus caballus*). También numerosas conchas de ostiones de manglar (*Crassostrea virginica*) y sigua (*Cittarium pica*), entre otros.

Estas evidencias constituyen una muestra representativa de algunos de los artículos de consumo adquiridos por la población habanera del siglo XVIII, destacando entre ellos la variedad de tipos cerámicos de importación. En estos momentos se elabora un detallado reporte sobre este sitio y los otros mencionados. ■

Plantas epilíticas asociadas a los sillares constructivos del Castillo de Atarés

Por: Rubén Cabrera García

El deterioro de las obras patrimoniales pétreas se debe a la acción independiente o combinada de factores tan diversos como los agentes físicos, químicos o biológicos. Dentro de estos últimos se destacan, por su nocividad para la conservación de los inmuebles, las plantas vasculares epilíticas, dentro de las cuales sobresalen las de porte arbustivo o arbóreo.

La identificación temprana de las especies vegetales puede ser de interés para quienes han de tomar decisiones acerca de su siega precautoria, ya que las raíces pueden horadar visiblemente las rocas porosas que constituyen las edificaciones, y provocar, por tanto, daños apreciables a los inmuebles, al tiempo que destruyen con su acción otros elementos que

BREVES del boletín

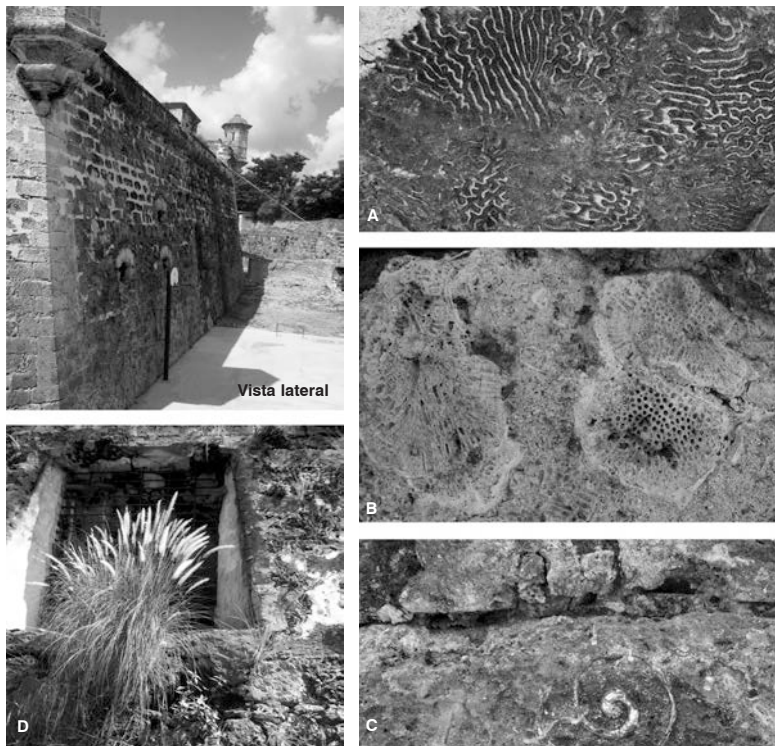


Fig. 1. Vista lateral del castillo de Atarés. A-C, corales y moluscos incrustados en los sillares; D, plantas que invaden los muros externos del castillo.

para geólogos, arqueólogos o historiadores pudieran ser de interés, como, por ejemplo, los organismos de diversas especies petrificados en los sillares, los cuales pueden develar el origen, antigüedad y procedencia de los elementos primarios de la edificación.

En la presente nota se ofrece la relación de aquellos componentes que se asocian a los muros, almenas y ventanas del castillo de Atarés, o se hallan petrificados en ellos (tabla 1, figura 1 A-C).

Debido a que este inmueble es frecuentemente desprovisto de la vegetación secundaria, se hizo imposible determinar con un grado de confiabilidad apreciable las áreas del castillo que albergaron la mayor riqueza de especies vegetales; sin embargo, en las ventanas se observaron algunas especies que estuvieron presentes por períodos prolongados (*Pennisetum orientale* var. *triflorum*), seguramente por su inaccesibilidad (figura 1 D). No se observaron especies vegetales conspicuas en los espacios interiores del castillo, a excepción de dos especies de helechos y musgos no identificados. Es posible aseverar con gran fidelidad que los sitios más diversos en cuanto a cantidad de identidades zoológicas fue el foso del castillo, lo que es comprensible por su extensión (figura 1 A-C). ■

NOMBRES CIENTÍFICOS

Helechos

- *Cheilanthes microphylla* (Sw.) Sw.
- *Pteris vittata* L.

Plantas superiores

- *Argemone mexicana* L.
- *Bidens alba* (L) DC. var. *radiata* (Sch. Bip) R. E. Ballard ex Melchert
- *Calliandra* sp.
- *Cenchrus* sp.
- *Chamaesyce* sp.
- *Ficus benghalensis* *
- *Lycopersicon esculentum* L.
- *Oxalis* sp.
- *Paspalum fimbriatum* H. B. K.
- *Passiflora suberosa* L.
- *Pennisetum orientale* var. *triflorum**
- *Rhytidophyllum crenulatum* DC.
- *Stylosanthes* sp.
- *Tridax procumbens* L.
- *Turnera ulmifolia* L.

Hallazgo de una piedra litográfica en un sitio arqueológico

Por: Alexander Manuel Pérez Almira

Como parte de la investigación histórico-arqueológica realizada en el sitio ubicado en Cuba 510, se recuperó una piedra litográfica que como caso inusual formaba parte de un antiguo nivel de piso compuesto por losas de San Miguel. Este pavimento se hallaba a un metro de profundidad, teniendo como referencia el piso actual del área.

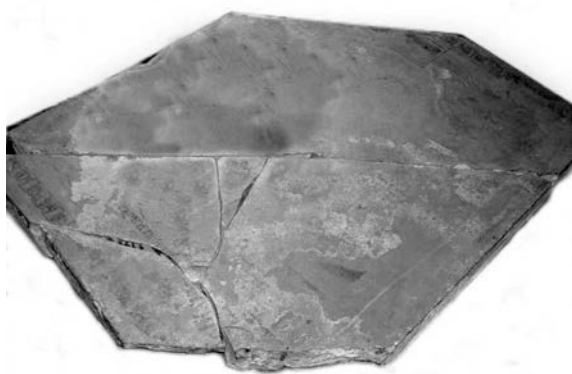
La pieza se encontró fragmentada y presentaba dos de sus vértices opuestos mutilados. Debió tener forma rectangular con dimensiones de 0,92 m x 0,71 m x 0,07 m. Es una caliza procedente de las canteras de Baviera, explotadas desde la segunda mitad del siglo XVIII (Maurou P. y A. Broquelet, 1903) y muy utilizadas durante el siglo XIX.

La imagen grabada se corresponde con un plano topográfico del actual municipio de Regla, con el trazado y nombre de sus calles, además de la ubicación y recorrido de la línea del ferrocarril. Al pie de la inscripción aparece la fecha de ejecución, entre 1856-1858. Enmarcando la imagen aparece un decorado a manera de cenefa con motivos fitomorfos. Curiosamente se resalta la ubicación de la casa del autor del plano, único detalle de vivienda presente en el mismo. Como diseños bien definidos se observan dos recuadros, uno con pie de grabado: Vista del Palacio y el otro con una vista esquinera del Santuario de Regla. Se distinguen también apuntes sobre las calles y la población de Regla, además de los resultados numéricos del censo de población realizado en 1855.

Formando parte de la colección del Museo de Regla se conserva una valiosa copia que se corresponde con el grabado de la pieza. Sus dimensiones son mayores respecto a la piedra, sugiriendo la existencia de otra donde debe estar inscrita el resto de la información. Gracias a la existencia de esta reproducción



Localización de la piedra litográfica en el antiguo pavimento.



Piedra litográfica.

BREVES del boletín



Detalle de la inscripción.



Vista general del plano que se conserva en el Museo de Regla.

podimos obtener el título del plano: *EL GRAN PLANO TOPOGRAFICO HISTORICO I ESTADISTICO DEL PUEBLO DE REGLA*. Junto a este se encontraban los rótulos: *DEDICADO AL SÓR MARQUES DE LA REAL PROCLAMACION* y *POR JOSE MARIA DE LOMA OSSORIO*

I FERNANDEZ PINTADO. El litógrafo que realizó esta obra fue Santiago Martín.

Actualmente la pieza se encuentra en los depósitos del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. ■

Coloquio Internacional de Arqueología y Simposium Internacional de Arte Rupestre

Por: Dany Morales Valdés y Liamne Torres La Paz

La IX Conferencia Internacional Antropología 2008 –convocada por el Instituto Cubano de Antropología (ICAN)– celebró colateralmente el I Simposium Internacional de Arte Rupestre y I Coloquio Internacional de Arqueología durante los días 24 y 28 de noviembre, en La Habana, Cuba. Los dos encuentros académicos contaron con el auspicio de prestigiosas instituciones como el Grupo Cubano de Investigaciones de Arte Rupestre, el Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, la Fundación Fernando Ortiz, el Grupo de Trabajo Per-

manente Expediciones, Exploraciones y Viajeros en el Caribe, el Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana y el Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología. De forma paralela a las sesiones científicas se organizó una variada programación de actividades relacionadas con el ámbito arqueológico.

Participaron en esta edición arqueólogos y especialistas de Argentina, Brasil, Colombia, Curazao, España, Guyana Francesa, Guadalupe, Islas Seychelles, México, Noruega, Portugal, República Dominicana,



Instantánea con algunos de los delegados al Simposium Internacional de Arte Rupestre y al Coloquio Internacional de Arqueología.



Visita de los delegados al sitio de arte rupestre Cueva de Ambrosio, Península de Hicacos, Matanzas.

Uruguay y Venezuela, además del país sede, para un total de 83 participantes, de ellos 21 fueron extranjeros y 62, nacionales, que se dieron cita en los acogedores salones del Convento de San Francisco de Asís. Ambos eventos son exponentes de los últimos resultados de las investigaciones en ejecución, cuyas experiencias acumuladas fueron compartidas en un ambiente fraterno, de camaradería y respeto.

Asociadas al evento se realizaron un grupo de actividades, como la colocación de una ofrenda floral en la tumba del doctor Antonio Núñez Jiménez, presidente fundador de la Sociedad Espeleológica de Cuba; el develamiento –en la fachada del ICAN– de la placa del Grupo Cubano de Investigaciones de Arte Rupestre; la inauguración del Museo Guamá del ICAN; la inauguración de la muestra de arte Huellas, que exhibe una colección filatélica y obras plásticas con la temá-

tica arqueológica y del arte rupestre; la apertura de la muestra fotográfica "Arte Rupestre en Quisqueya", a la cual asistieron personalidades como el Ministro Consejero de la Embajada de la República Dominicana en Cuba, el señor Alberto Caamaño Cedeño, Clenis Tavares María, encargada del Departamento de Antropología Física del Museo del Hombre Dominicano y Rafael Robaina y Roger Arrazcaeta, Directores del Instituto Cubano de Antropología y del Gabinete de Arqueología, respectivamente; y la presentación del libro infantil *¿Quiénes hicieron los dibujos en las cuevas?* de los autores Victorio Cué y Racso Fernández, a cargo de Roger Arrazcaeta.

Al final de los encuentros se realizó una excursión por varios sitios de interés arqueológico y rupestre de Matanzas: el Castillo de San Severino, el fortín El Morrillo y la Cueva Ambrosio. ■

Curso de Arqueología Subacuática

Por: Fernando Padilla González

El punto de partida fue una evocación a los pioneros del buceo y de la Arqueología Subacuática en Cuba: Juan Álvarez Forteza, Antonio Mumné, Maiko y Roger Montañéz; César García del Pino, historiador naval, y su compañera, la paleógrafa Alicia Melis, ambos recopiladores de legajos en el Archivo de Indias. También se repasó, brevemente, la labor de las cerca de diez instituciones cubanas que se han dedicado a la prospección submarina.

La calidad del curso estuvo avalada por más de tres décadas de experiencia del capitán Alessandro López, miembro del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, y los especialistas interdisciplinarios invitados a impartir conferencias, en temáticas como las legislaciones internacionales de la Convención sobre Protección del Patrimonio Cultural Subacuático, el fechado y catalogación numismática y la identificación y conservación de las evidencias arqueológicas.

El mayor potencial arqueológico sumergido se corresponde a los bajeles que integraban la Carrera de Indias. La Casa de Contratación de Sevilla, fundada el 20 de enero de 1503, fomentó el comercio y la navegación de la Península con América. A través del río Guadalquivir las flotas salían de Sevilla, y con posterioridad de Cádiz, llegaban a las Islas Canarias por aguas y provisiones, para emprender rumbo a América.

En el arco de las Antillas Menores las flotas tomaban destinos diferentes. La de Nueva España llegaba a Veracruz para embarcar las mercancías y manufacturas de procedencia asiática transportadas por el Galeón de Manila; mientras tanto la de Tierra Firme enfilaba proa al puerto de Cartagena de Indias en busca de los caudales de Lima, Potosí y Santa Fe de Bogotá, para luego reunirse en La Habana, antes de regresar a España.

Los eventos climatológicos adversos como los huracanes o tormentas tropicales en la temporada de junio a noviembre, y los nortes o frentes fríos de octu-



El capitán Alessandro López Pérez fue el profesor principal del curso, a la vez que funge como Jefe de la Sección Naval del Gabinete de Arqueología.

bre a febrero, son los más comunes en el Caribe y a su vez responsables de numerosos naufragios de la Carrera de Indias, identificados por los arqueólogos debido a la disposición Norte-Sur de las anclas y la dispersión de las evidencias del navío varado.

La Arqueología Subacuática es una disciplina que requiere de planificación para rebajar sus altos costos. Con anterioridad a la inmersión debe analizarse las condiciones hidrometeorológicas, así como asegurarse de obtener los permisos pertinentes de las comisiones de patrimonio. Otro aspecto indispensable es la consulta de documentos antiguos que puedan ofrecer fecha, localización, carga, tipología y calado del bajel.

Tomando como referencia las labores desarrolladas en zonas potenciales como el Fondeadero de La Habana; Sambo; Archipiélago de los Canarreos y fundamentalmente la costa norte de Pinar del Río, el parque arqueológico subacuático más importante de la Isla, y en particular en los pecios Inés de Soto, Fuxa, Sánchez Barcaiztegui, Lingote I y II, fueron presentadas y analizadas en detalle las estructuras que se conservan de un naufragio en lecho marino.

Contrariamente a la visión romántica ofrecida por la cinematografía, el navío sumergido no conserva la integridad de sus elementos, sino una ínfima porción de la obra viva. Generalmente situado bajo el lastre, se pueden hallar las estructuras conformadas por la quilla, sobrequilla, carlinga, varengas, palmejares, sobreplanos, y en ocasiones: genoles, ligazones, orcas, roda, codaste, curva coral, pernos y alguna traca.

En cambio, las evidencias de la carga son variables de acuerdo a la procedencia del navío. Discos y barras de oro y plata, monedas y caudales de América del Sur; y cerámicas y manufacturas asiáticas embarcadas desde México, junto a cañones e instrumentos de navegación, sin obviar la notable variedad de objetos de contrabando, constituyen elementos cronodiagnósticos, fundamentalmente las monedas, capaces ante la ausencia de documentos primarios de identificar el pecio.

La primera fase de la prospección posterior a la consulta de documentos antiguos es la exploración, con el objetivo de definir las cotas exactas de las evidencias arqueológicas mediante el levantamiento topográfico y la definición de los puntos duros: anclas y cañones. Cuatro de los métodos fundamentales de esta fase son la exploración visual por arrastre, nado libre, prospección por magnetometría y detección por carrileras.

La combinación de la magnetometría con la exploración visual permite cubrir extensas áreas, cuando la ubicación del pecio resulta imprecisa; mientras el nado libre es aconsejable en presencia de crestas

arrecifales. Una vez acotado el sitio se pasa a la microlocalización de objetos mediante el detector de metales en las carrileras. El hallazgo debe quedar registrado en el GPS y por la ecosonda.

La próxima fase, la excavación, se realiza a partir de un estudio del paleofondo con el objetivo de seleccionar las herramientas más adecuadas. El Prop Wash por su versatilidad es el idóneo en la realización de calas de prueba en suelos de cascajos y arena. Las dragas de succión o chupón propician un control exhaustivo dentro de la evidencia, mientras en suelos duros o carbonatados exige del tradicional método del cincel y martillo.

Una vez recolectadas las evidencias, deben ser colocadas por separado y protegidas en recipientes con agua dulce, para su posterior tratamiento de eliminación de concreciones y conservación por los especialistas en el laboratorio. La última fase es su colocación y exhibición al público en museos, cuando se reafirma su condición de piezas pertenecientes al patrimonio cultural subacuático.

La divulgación mediante conferencias y publicaciones debe concientizarse dada las contribuciones históricas que favorecen una mejor comprensión de la vida a bordo, el comercio y el contrabando, la construcción naval, la numismática, la confección de cerámicas, la artillería, y –sobre todas las cosas– el entendimiento de la interrelación entre las evidencias arqueológicas y el ecosistema marino, en el incansable llamado a la preservación del equilibrio ecológico.

Jornada Científica del Instituto Cubano de Antropología en homenaje a Enrique M. Alonso

Por: Yanelis Cordero Cabrera

En conmemoración al 44 Aniversario de la fundación del Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba, el día 20 de Octubre de

2008 fue celebrada la II Jornada Científica en la Sala Fernando Ortiz del Instituto Cubano de Antropología. En esta ocasión la Jornada se dedicó al Dr. Enrique M.

BREVES del boletín

Alonso Alonso, destacada personalidad de la Arqueología cubana que con su obra científica ha ofrecido importantes aportes a esta ciencia.

La solemne actividad contó con la honrosa participación de varias personalidades, algunas de las cuales fueron fundadoras del Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba en el año 1964. Entre estos se encontraba el MSc Milton Pino, el historiador César García del Pino, los investigadores Mario Orlando Pariente y Eduardo Queral, quienes acompañaban al homenajeado, doctor Enrique M. Alonso. También participaron investigadores de prestigiosas entidades homólogas entre los que se encontraban el colega Roger Arrazcaeta Delgado, Director del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, así como un grupo de jóvenes arqueólogos del Instituto Cubano de Antropología (ICAN), del Gabinete de Arqueología y de otras instituciones.

La Jornada se inició con unas palabras de reconocimiento a la fecunda obra de más de tres décadas realizada por el Dr. Alonso; seguida por una breve mirada a la vida de este incansable investigador, a sus vivencias, preocupaciones y aportes a la arqueología y a la ardua labor que aún hoy continúa desarrollando. Se reconoció su experiencia en la arqueología colonial y del cimarronaje, a la cual le ha dedicado largos años de investigación, con el reporte de más de un centenar de sitios en la Cordillera de Guaniguanico con evidencias de la presencia de esclavos prófugos en la región. También se elogiaron sus estudios sobre la presencia de comunidades aborígenes en la provincia de Pinar del Río donde relaciona elementos de la historia, la naturaleza y la vida social; así como su sólida vocación y quehacer más allá del contexto nacional.

La ocasión resultó el momento oportuno para que los investigadores del Departamento de Arqueología del ICAN presentaran las ponencias que serían expuestas en el I Coloquio Internacional de Arqueolo-

gía y el I Simposio Internacional de Arte Rupestre que tendrían lugar en el marco de la IX Conferencia Internacional de Antropología 2008. En este sentido fueron presentadas 8 ponencias donde se abordaron interesantes problemáticas de diferentes tópicos como: la zooarqueología, el arte rupestre, las prácticas funerarias en comunidades aborígenes, arqueología subacuática, el paleoclima, así como la protección y conservación del patrimonio nacional en asociación con el desarrollo turístico.

El marco de la Jornada Científica también constituyó un espacio propicio para la presentación de propuestas de notables investigadores de la arqueología cubana y la posterior selección del meritorio grupo de ellos que por su excepcional quehacer científico, constancia y madurez creativa conformarán la "Galería de Personalidades Ilustres de la Arqueología Cubana" en los predios del ICAN. En este primer acercamiento fueron seleccionadas las propuestas de los destacados doctores: Manuel Fermín Rivero de la Calle, René Herrera Fritot, José Manuel Guarch Delmonte, Carlos García Robiou, Rodolfo Payares Suárez y Leandro Romero Estébanez, entre otros. La Galería será inaugurada durante el próximo 2009.

La Jornada, como ya es habitual, volverá a realizarse el 19 de octubre del año 2009 y será una vez más el espacio para un encuentro fraternal entre colegas, para el intercambio científico pleno, en aras de discutir problemáticas actuales relacionadas con la arqueología de Cuba. Por todo ello esperamos contar con la valiosa participación de investigadores y colegas de la arqueología y las ciencias afines para, una vez más, compartir juntos una sencilla pero emotiva jornada más de trabajo y de reconocimiento a las personalidades de la arqueología nacional; oportunidad en que estaremos conmemorando el 45 aniversario de la fundación del Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba. ■

Curso de Técnicas de Arqueología de Salvamento

Por: Liamne Torres La Paz y Dany Morales Valdés

Por iniciativa y coordinación del Instituto Cubano de Antropología y el Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, se desarrolló del 17 al 24 de noviembre de 2008, el curso pre-congreso "Técnicas de Arqueología de Salvamento", como parte de la IX Conferencia Internacional Antropología 2008.

Las conferencias fueron impartidas por el profesor e investigador del Instituto de Antropología e Historia de México, doctor Rubén Manzanilla López, cuya experiencia en este campo es muy reconocida.

Entre los objetivos fundamentales de este curso se encontraban el compartir las experiencias docentes y prácticas de este especialista en sus labores de arqueología de rescate, así como actualizar a los especialistas cubanos en técnicas y procedimientos novedosos que contribuyen a la protección y conservación del patrimonio arqueológico.

Esta moderna propuesta permite a los arqueólogos implementar con herramientas sencillas el trabajo de campo, pues muchas veces –con el fin de resolver de manera urgente las tareas de salvamento y rescate arqueológico– es escaso el tiempo disponible para acometer estas tareas en momentos en que los presupuestos obligan a recurrir a las estrategias básicas para la toma y el aprovechamiento de datos.

Los temas tratados incluyen el levantamiento topográfico del área objeto de estudio y la utilización de programas informáticos que permiten el procesamiento de los datos obtenidos en el trabajo de campo. El doctor Manzanilla impartió los elementos



Foto de los especialistas que participaron en la práctica del curso "Técnicas de Arqueología de Salvamento".

esenciales para el uso del programa automatizado D'Strech, con el cual se logran visualizar –mediante las diferentes aplicaciones que brinda el programa– trazos y rasgos imperceptibles a simple vista en la actualidad en fotografías cromáticas de la pintura rupestre. Conocimientos que se complementaron con el desarrollo de secciones prácticas aplicadas a la metodología propuesta.

Finalizó el curso con un intercambio de experiencias en los temas tratados por los especialistas de las diferentes instituciones participantes; la entrega de diplomas y un donativo de instrumentos para las labores de campo a todos los participantes. ■

Buscadores de fósiles

Por: Jorge Isaac Mengana

Como parte de las actividades del verano 2009, el Museo Nacional de Historia Natural desarrolló diferentes cursos de verano, entre ellos el de "Paleontología elemental". En esta oportunidad, los participantes fueron niños entre 6 y 14 años que asistieron, en su mayoría, acompañados por familiares adultos. El curso se extendió por 5 días, tiempo suficiente para poner en práctica el "Método de indagación", aplicado al aprendizaje de la Paleontología, que obtuvo resultados satisfactorios.

Quedó demostrada la conveniencia del método empleado, el cual favorece la observación, la caracterización, la comparación, y el planteamiento de hipótesis tendientes a dar respuestas a interrogantes surgidas durante el proceso indagatorio, y a la solución de problemas iniciales. Sin embargo, lo más importante, a nuestro juicio, fue el surgimiento en los participantes de nuevos problemas que debían ser resueltos por ellos mismos. Esto favoreció que los niños se sintieran, por momentos, como descubridores, como científicos.

Las actividades prácticas fueron, como siempre ocurre, las más productivas y aleccionadoras, no sólo para los cursillistas sino también para quienes condujeron el curso. Los niños –y los adultos acompañantes– se entregaron a la búsqueda de fósiles en muestras de rocas de la Formación Jaimanitas, obtenidas en los escombros que se originan en la remodelación del pavimento del parque de la Plaza de Armas; los hallazgos fueron sorprendentes: conchas de moluscos bivalvos y gasterópodos; fragmentos de erizos de mar; tubos de gusanos marinos. No obstante, fue inesperado el descubrimiento de espinas de erizos fosilizadas, de conchas de escafópodos de alrededor de un millón de años de antigüedad.

La excursión a sitios arqueológicos de La Habana Vieja resultó un hermoso fin de curso. Roger Arrascaeta y Osvaldo Jiménez, más un grupo de técnicos y especialistas del Gabinete de Arqueología (Oficina del Historiador de la Ciudad) tuvieron a su cargo la conducción del grupo por los tiempos históricos. Los niños bajaron a las excavaciones, excavaron y encon-



Niños colectando fósiles.



Excavación en el inmueble sito en Tacón no. 8.

traron materiales arqueológicos de importancia que fueron documentados y hoy forman parte de las colecciones del Gabinete. Tanto cursillistas como especialistas, quedaron profundamente agradecidos y satisfechos.

El Museo Nacional de Historia Natural y el Gabinete de Arqueología continuarán desarrollando actividades educativas como las de este verano. ■

DE LOS AUTORES

Aida C. Núñez Miranda: Especialista en Pintura Mural (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba. Email: aidac1979@yahoo.es

Alessandro López Pérez: Especialista en Arqueología Subacuática (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba.
Email: monica@arq.patrimonio.ohc.cu

Alexander M. Pérez Almira: Licenciado en Biología. Especialista en Arqueología Histórica. Empresa de Restauración de Monumentos (OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba.
Email: u3@monumentos.ohc.cu

Alfredo Rankin Santander: Msc. en Arqueología. Licenciado en Historia. Ciudad de La Habana, Cuba. Email: alrankin@restauro.co.cu

Antonio Quevedo Herrero: Director del Museo de Arqueología (OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba.
Email: tony@arq.patrimonio.ohc.cu

Carlos A. Hernández Oliva: Arqueólogo. Colaborador del Gabinete de Arqueología de la OHCH. Reside en España.
Email: jespauador@hotmail.com

César García del Pino: Msc. en Arqueología. Especialista en Historia Naval. Premio Nacional de Historia. Asesor (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba.

Claudia H. Sedano Álvarez: Especialista en Pintura Mural (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba.
Email: claudiasedano@gmail.com

Clive A. Carruthers: Arqueólogo canadiense. Colaborador del Gabinete de Arqueología. Email: cclivec@yahoo.ca

Dania Lunar Jiménez: Licenciada en Letras, Literatura Hispánica. Centro Nacional de Biopreparados, Bejucal, La Habana, Cuba. Email: dlunar@biocen.cu

Dany Morales Valdés: Licenciado en Educación en la especialidad de Biología. Instituto Cubano de Antropología (ICAN, CITMA). Grupo Cubano de Investigaciones del Arte Rupestre (GCIAR), Ciudad de La Habana, Cuba. Email: ican@ceniai.inf.cu

Divaldo Gutiérrez Calvache: MSc. en Administración. Investigador asociado al ICAN. Experto en Arte Rupestre. Coordinador del Proyecto Cuba: Dibujos Rupestres (SEC). Miembro del GCIAR. Ciudad de La Habana, Cuba. Email: divaldo2004@yahoo.es

Eduardo Martell Ruiz: Especialista en Arqueología Histórica (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba.
Email: ernesto@arq.patrimonio.ohc.cu

Ernesto Acuña Rico: Especialista en Arqueología Histórica (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba.
Email: ernesto@arq.patrimonio.ohc.cu

Fernando Padilla González: Licenciado en Historia del Arte. Editor-redactor de la revista *Opus Habana* (OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba. Email: fernando@opus.ohc.cu

Fernando Ortega Sastriques: Doctor en Ciencias Agrícolas. Especialista en Edafología. Profesor de la Universidad Agraria de La Habana, provincia La Habana, Cuba.
Email: ortega@enet.cu

Gabino La Rosa Corzo: Doctor en Ciencias Históricas. Especialista en Arqueología. Miembro de la UNEAC y de la Academia de Ciencias de Cuba. Profesor e investigador titular, miembro de la Sociedad de Arqueólogos Americanos (SAA). Ciudad de La Habana, Cuba.

Glaydson José da Silva: Doctor en Ciencias Históricas. Profesor de la Universidad Federal de São Paulo (UNIFESP), Brasil.
Email: sglaydson@hotmail.com

Gerardo Izquierdo Díaz: Licenciado en Historia del Arte. Investigador Auxiliar. Vicedirector Científico del Instituto Cubano de Antropología (ICAN, CITMA). Ciudad de La Habana, Cuba.
Email: antropol@ceniai.inf.cu

Jorge Isaac Mengana: Licenciado en Educación, especialidad en Geografía. Museo Nacional de Historia Natural. Ciudad de La Habana, Cuba. Email: isaac@mnhc.inf.cu

Ivalú Rodríguez Gil: Museólogo del Museo de Arqueología (OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba.
Email: tony@arq.patrimonio.ohc.cu

Javier Rivera: Colaborador del Gabinete de Arqueología. Ciudad de La Habana, Cuba.

Jorge F. Garcell Domínguez: MSc. en Arqueología. Arquitecto y topógrafo. Director de la Oficina de Monumentos y Sitios Históricos de La Habana. Presidente del grupo espeleológico "Combate de Moralitas" (SEC), provincia La Habana, Cuba.
Email: jgnanok@cubarte.cult.cu

DE LOS AUTORES

Kenia Chinique Cruz: Técnica en bibliotecología y documentación (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba.

Lázaro R. Rodríguez Matos: Colaborador del Gabinete de Arqueología. Ciudad de La Habana, Cuba.

Liamne Torres La Paz: Licenciada en Educación en la especialidad de Biología. Instituto Cubano de Antropología (ICAN, CITMA). Grupo Cubano de Investigaciones del Arte Rupestre (GCIAR), Ciudad de La Habana, Cuba. Email: ican@ceniai.inf.cu

Lisette Roura Álvarez: Especialista Principal en Arqueología Histórica (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba. Email: roura@arq.patrimonio.ohc.cu

Manuel R. Almeida Estévez: Ingeniero Químico. Especialista en conservación (CENCREM), Ciudad de La Habana, Cuba. Email: almeidaarq@yahoo.com

Marcos E. Rodríguez Matamoros: Licenciado en Historia. Investigador agregado. Profesor de Arqueología del CESOC, Facultad de Ciencias Sociales y Humanísticas, Universidad Carlos Rafael Rodríguez. Cienfuegos, Cuba. Email: marcos@azurina.cult.cu / mmatamoros@ucf.edu.cu

Michael Sánchez Torres: Especialista en Arqueología Histórica (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba.

Mónica Pavía Pérez: Especialista en Arqueología Histórica (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba. Email: monica@arq.patrimonio.ohc.cu

Nelson Melero Lazo: Arquitecto, profesor. MSc. en Conservación y Rehabilitación del Patrimonio Construido. Especialista en Conservación Arquitectónica del ICCROM, Roma. CENCREM, Ciudad de La Habana, Cuba. Email: nmelero@cubarte.cult.cu

Odlanyer Hernández de Lara: Coordinador de *Cuba Arqueológica* (www.cubaarqueologica.org). Buenos Aires, Argentina. Email: odlanyer@cubaarqueologica.org

Osvaldo Jiménez Vázquez: Zooarqueólogo y paleontólogo. Especialista en Arqueología Histórica (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba. Email: osvaldojimenez@arq.patrimonio.ohc.cu

Rasco Fernández Ortega: MSc. en Antropología. Investigador Auxiliar y director del Departamento de Arqueología del Instituto Cubano de Antropología (ICAN, CITMA). Coordinador

del Proyecto Cuba: Dibujos Rupestres (SEC). Miembro del GCIAR. Ciudad de La Habana, Cuba. Email: itibacahubaba@yahoo.com.ar

Roberto Valcárcel Rojas: MSc. Investigador auxiliar del Departamento Centro Oriental de Arqueología (CITMA), Holguín, Cuba. Email: valcarcel@yahoo.es

Roger Arrazcaeta Delgado: Museólogo. Director del Gabinete de Arqueología. Especialista en Arqueología Histórica (GA, OHCH). Miembro del GCIAR. Ciudad de La Habana, Cuba. Email: roger@arq.patrimonio.ohc.cu

Rubén Cabrera García: Licenciado en Biología. MSc. en Biología Marina. Zooarqueólogo (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba. Email: cabrera@arq.patrimonio.ohc.cu

Sandra Páez Rosabal: Especialista Principal en Pintura Mural (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba. Email: sandra@arq.patrimonio.ohc.cu

Ulises M. González Herrera: Licenciado en Historia. Investigador Agregado del Departamento de Arqueología, Instituto Cubano de Antropología (ICAN, CITMA). Ciudad de La Habana, Cuba. Email: antropol@ceniai.inf.cu

Victorio Cué Villate: Auxiliar de Investigaciones (ICAN). Miembro del GCIAR. Ciudad de La Habana, Cuba. Email: ican@ceniac.inf.cu

Yamir Chig Bello: Especialista en Pintura Mural (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba. Email: tania@arq.patrimonio.ohc.cu

Yanelis Cordero Cabrera: Licenciado en Historia. Aspirante a investigadora del Instituto Cubano de Antropología (ICAN-CITMA). Grupo Cubano de Investigaciones del Arte Rupestre (GCIAR). Ciudad de La Habana, Cuba. Email: ican@ceniac.inf.cu

Yanisley Rodríguez Companioni: Especialista en Arqueología Histórica (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba. Email: ernesto@arq.patrimonio.ohc.cu

Yanira Arteaga Romero: Especialista en Pintura Mural (GA, OHCH), Ciudad de La Habana, Cuba. Email: tania@arq.patrimonio.ohc.cu

Yoao Hidalgo Navarro: Técnico en Geodesia y Cartografía. Especialista en Arqueología Histórica. Empresa de Restauración de Monumentos, OHCH, Cuba. Email: yoah443@yahoo.es

NORMAS EDITORIALES

Instrucciones para los autores

La presente publicación tiene carácter anual, y está concebida para compilar y difundir resultados investigativos originales en la especialidad de Arqueología Histórica e Historia, aunque se admiten trabajos de Arqueología de teoría y metodología, de procedencia nacional e internacional.

Los textos se someterán a evaluación por el Consejo Científico, según la calidad y relevancia para la disciplina. Estos, una vez aceptados, pasan a ser propiedad del boletín y no se devuelven los originales hasta tanto el número no salga impreso y sean solicitados por los autores.

Con la finalidad de agilizar y uniformar el proceso editorial, se solicita atentamente que los autores orienten y ajusten los artículos a las normativas que a continuación se relacionan:

- El boletín recibe artículos inéditos en español, inglés o italiano, los cuales son publicados en español.
- La extensión máxima de los textos no excederá de veinte cuartillas para las secciones Arqueología, Pensamiento arqueológico, Historia, Pintura mural, Personalidades y Retrospectiva, y una cuartilla para la sección Breves del boletín.
- Los artículos se presentarán legibles, en formato A4, a espacio y medio, con tipografía Times New Roman a 12 puntos, el texto justificado, y un total de treinta líneas por cuartillas, que deberán ser numeradas.
- Se solicita, además, una copia en microdisco de 3.5 pulgadas en formato Word sobre Windows, o se puede enviar la misma por correo electrónico.
- Los autores acompañarán los artículos con los datos curriculares siguientes: nombres y apellidos, profesión, especialidad, institución a la cual pertenecen, nacionalidad y correo electrónico.
- Los artículos deberán contener los subtítulos en minúscula y negrita, ubicados en el margen izquierdo y contar, en lo fundamental, con: título (corto y descriptivo), autor o autores (nombres y apellidos completos), resumen que sintetice el contenido temático del artículo con no más de doscientas cincuenta palabras, introducción, desarrollo del tema y conclusiones. La sección Breves del boletín está sujeta al formato de noticia comúnmente utilizado en la prensa y debe acompañarse con una imagen.

Mapas, cuadros, tablas, ilustraciones, dibujos, fotografías y otras

- Los autores deben enviar adjuntas las imágenes con el número de orden correspondiente (mapas, cuadros, tablas, ilustraciones, dibujos, fotografías y otras). Los pies explicativos de estas, en el orden respectivo, se incluirán al final de la bibliografía. Indicar en cuál lugar del texto deben colocarse las imágenes y cuáles deben tener mayor tamaño. Las fotografías deben tener alta resolución, ser preferentemente diapositivas o digitales. Cuando se envíen impresiones fotográficas en soporte de papel,

deberán tener muy buena nitidez y un estado de conservación aceptable. Cuando se trate de piezas arqueológicas se anotarán datos de identificación. Para el envío de imágenes en formato digital se requiere:

- Archivos JPG o TIFF, independientes.
- 300 DPI de resolución.
- Grabado en CD o ZIP.
- Las citas deben aparecer en cursiva, sin entrecorillar.
- Las notas explicativas y documentales deberán aparecer a pie de página. Sobre la cita de autores en el texto: un autor Harris (1991: 96); dos autores Hernández y Torres (2004: 93); más de dos autores Cobo et al. (1996: 28), siguiéndose el mismo criterio cuando van entre paréntesis. Cuando se incluyen dos o más citas juntas se colocan en orden cronológico separadas por punto y coma. Las referencias bibliográficas van en el texto siguiendo el criterio autor-año. Se acepta la omisión de páginas u otras especificaciones. Ejemplo: (Binford 1990); (Shiffer y Skibo 1986); (Heizer et al. 1968)
- La bibliografía debe aparecer al final del artículo, en orden alfabético y cronológico. Para diferenciar títulos de libros y revistas de textos no publicados se usarán letras en cursivas y entre comillas. Ejemplos:

Libro:

Moreno Fragnals, M. (1978): *El ingenio*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.

Capítulo de libro:

Schmidt, S. (1975): «Problemas actuales del estudio de las fuentes históricas», en *Lecturas escogidas de metodología*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, pp.125-173.

Revista:

Cobo, A. et al. (1996): «Primeras consideraciones antropológicas sobre un protoagricultor en el Caribe», en *El Caribe Arqueológico*, no. 1: 26-30, Casa del Caribe, Santiago de Cuba.

Tesis:

Rangel, R. (2002): «Aproximación a la Antropología: de los precursores al museo Antropológico Montané», Tesis doctoral, Facultad de Biología, Universidad de La Habana, La Habana.

Los artículos pueden ser remitidos a:

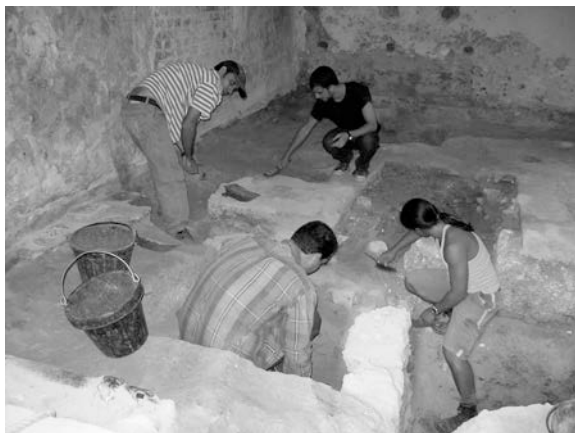
Gabinete de Arqueología

Tacón no. 12, entre O'Reilly y Empedrado. Habana Vieja, CP. 10100, Ciudad de La Habana, Cuba.

Correo electrónico: roger@arq.patrimonio.ohc.cu

CONSEJO CIENTÍFICO Y EDITORIAL

GABINETE Y MUSEO DE ARQUEOLOGÍA



El Gabinete y Museo de Arqueología de la Oficina del Historiador de La Ciudad de La Habana exhiben importantes piezas recuperadas en las excavaciones del Centro Histórico de la capital; cuentan también con salas dedicadas a las culturas precolombinas de Cuba, Perú, Ecuador y Centroamérica. Se pueden solicitar visitas dirigidas y recorridos por sitios donde es posible intercambiar con los arqueólogos y restauradores de pintura mural inmersos en sus faenas.

La institución ofrece además conferencias, sesiones de videos, cursos y entrenamientos especializados en Arqueología Histórica, y servicio de biblioteca en temas como Arqueología cubana e internacional, Historia, Conservación y Restauración de bienes culturales y Pintura Mural, entre otros afines a su actividad.

Horario de Biblioteca: lunes a viernes de 8:30 a.m. a 5:00 p.m.

Horario de visitas libres al Museo: martes a sábado de 9:00 a.m. a 5:00 p.m. y domingos de 9:00 a.m. a 1:00 p.m.

Calle Tacón no. 12 e/ O'Reilly y Empedrado, La Habana Vieja.
Ciudad de La Habana, Cuba, C. P. 10100.
Telf.: 861-4469. E-mail: gabinete@arqueologia.ohch.cu



GABINETE DE
ARQUEOLOGÍA
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA CIUDAD DE LA HABANA

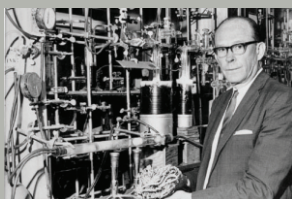


Próximo número

9



**Motivos simbólicos representados
en la porcelana oriental, siglos XVI y XVII,
Centro Histórico de la Ciudad de México**
Eladio Terreros Espinosa



**La datación en el Arte Rupestre.
Métodos, actualidad y expectativas
para Cuba**

Divaldo A. Gutiérrez Calvache
y Roger Arrazcaeta Delgado



**Posibles áreas de ubicación geográfica
del segundo asentamiento de la villa
de Santa María del Puerto del Príncipe**

Odalys Brito Martínez, Iosvany Hernández Mora,
Odalmis Martín Fuentes, Omelio Caballero Agüero,
Raquel Terrero Gutiérrez, Daimara Delgado
Cabanés e Isis Hernández Sosa



**Navío de línea Santísima Trinidad,
36 años para la historia**

Fernando Padilla González



GABINETE DE
ARQUEOLOGÍA
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA CIUDAD DE LA HABANA



EDICIONES BOLOÑA
PUBLICACIONES DE LA OFICINA DEL HISTORIADOR

ISSN 1680-7693